

ADÉNTRATE EN EL EPICENTRO DEL MAL.

DONATO
CARRISI

EL
SUSURRADOR

THRILLER

LOS IMPERDIBLES

EL SUSURRADOR

DONATO CARRISI



Duomo ediciones

Barcelona, 2019

Título original: Il Suggestore

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2009, Donato Carrisi

© de la traducción, 2019 de Manuel Manzano

© de esta edición, 2019 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. de la Riera de Cassoles, 20, 3º B, Barcelona 08012 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17128-95-1

Diseño de cubierta: Opalworks BCN/Andrea Falsetti

Conversión a formato digital: David Pablo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

**CÁRCEL DE [REDACTED]
DISTRITO PENITENCIARIO N.º 45**

Informe del director, Sr. Alphonse Bérenger

23 de noviembre del año en curso

A la atención de la oficina del procurador general, J. B. Marin

Asunto: CONFIDENCIAL

Apreciado señor Marin:

Me permito escribirle para referirle el extraño caso de un detenido.

El sujeto en cuestión tiene el número de registro RK-357/9. Ya solo nos referimos a él de este modo, a la vista de que nunca ha querido procurarnos sus datos personales.

La detención por parte de la policía tuvo lugar el 22 de octubre. El hombre vagaba de noche, solo y desnudo, por una carretera rural de la región de [REDACTED].

La comprobación de las huellas digitales con las contenidas en los archivos ha excluido su implicación en delitos precedentes o en crímenes no resueltos. Sin embargo, su reiterado rechazo a revelar la propia identidad, incluso delante de un juez, le ha costado una condena de cuatro meses y dieciocho días de reclusión.

Desde el mismo momento en que llegó a la penitenciaría, el detenido RK-357/9 nunca ha dado señales de insubordinación, sino que se ha mostrado siempre respetuoso con el reglamento carcelario. Además, el individuo es de índole solitaria y poco propenso a

socializar.

Quizá también por eso nadie se había dado cuenta de su particular comportamiento, recientemente descubierto solo por uno de nuestros carceleros.

El detenido RK-357/9 limpia y repasa con un paño de fieltro todos los objetos con los que entra en contacto, recoge cada uno de los pelos que pierde a diario, lustra a la perfección los cubiertos y el inodoro cada vez que los usa.

Así pues, o bien estamos ante un maníaco de la higiene, o, mucho más probablemente, ante un individuo que quiere evitar a toda costa dejar “material orgánico”.

Albergamos, por consiguiente, la seria sospecha de que el detenido RK-357/9 haya cometido algún crimen de particular gravedad y quiera impedirnos conseguir su ADN para identificarlo.

Hasta hoy, el sujeto ha compartido la celda con otro preso, lo que lo ha favorecido ciertamente para confundir las propias huellas biológicas. Sin embargo, le informo de que como primera medida hemos suprimido tal condición de promiscuidad, aislándolo.

Así pues, remito este comunicado a su despacho con el objeto de proceder con la adecuada investigación y solicitar, si fuera necesario, una medida de urgencia del tribunal que obligue a efectuar un análisis de ADN al detenido RK-357/9.

Todo ello teniendo en cuenta el hecho de que, dentro de exactamente ciento nueve días (el 12 de marzo), el sujeto habrá terminado de cumplir condena.

Con obediencia.

Sr. Alphonse Bérenger, director

1

*Un lugar en las cercanías de W.
5 de febrero*

Tenía la impresión de viajar en una gran polilla que se movía a través de la noche, haciendo vibrar sus alas polvorientas, esquivando el acecho de las montañas, inmóviles como gigantes dormidos hombro contra hombro.

Sobre ellos, un cielo de terciopelo. Debajo, el bosque, espesísimo.

El piloto se volvió hacia el pasajero y señaló un punto frente a él, abajo, un enorme agujero blanco parecido a la luminosa boca de un volcán.

El helicóptero viró en esa dirección.

Aterrizaron después de siete minutos en el arcén de la carretera estatal. La vía estaba cortada y el área, acordonada por la policía. Un hombre vestido con un traje azul fue a recibir al pasajero debajo de las hélices, dominando apenas su corbata, que se agitaba enloquecida.

—Bienvenido, doctor, lo estábamos esperando —dijo en voz alta para hacerse oír por encima del ruido de los rotores.

Goran Gavila no respondió.

El agente especial Stern continuó:

—Venga, se lo explicaré por el camino.

Enfilaron un sendero accidentado, dejando a sus espaldas el ruido del helicóptero que volvía a tomar altura, reabsorbido por un cielo negro como la tinta.

La niebla descendía como un sudario, desnudando los perfiles de las colinas. Alrededor, los perfumes del bosque, mezclados y endulzados por la humedad de la noche que trepaba por la ropa, arrastrándose fría sobre la piel.

—No ha sido fácil, se lo aseguro: tiene que verlo con sus propios ojos.

El agente Stern precedía a Goran unos pasos, abriéndose camino con las manos entre los arbustos, y mientras tanto le hablaba sin mirarlo.

—Todo ha empezado esta mañana, a eso de las once. Dos chiquillos que recorren el sendero con su perro. Se adentran en el bosque, suben la colina y desembocan en el claro. El animal es un labrador y, ya sabe, a esa clase de perros les gusta escarbar... En fin, que casi enloquece porque ha olisqueado algo. Hace un agujero... y aparece el primero.

Goran trató de mantener el paso a medida que se internaban en la vegetación, cada vez más espesa, a lo largo de una pendiente que poco a poco se empinaba cada vez más. Reparó en que Stern llevaba un pequeño roto en los pantalones, a la altura de la rodilla, señal de que esa noche ya había recorrido más veces ese mismo trayecto.

—Obviamente, los chiquillos salen corriendo en seguida y avisan a la policía local —prosiguió el agente—. Éstos vienen, examinan el lugar, los detalles, buscan indicios..., en fin, toda la actividad de rutina. Luego a alguien se le ocurre pensar que puede que haya más..., ¡y aparece el segundo! En ese momento nos han llamado: llevamos aquí desde las tres. Aún no sabemos todo lo que puede haber ahí debajo. Ya hemos llegado...

Frente a sí se abría un pequeño claro iluminado por focos: la boca iluminada del volcán. De repente, los perfumes del bosque se desvanecieron y ambos hombres fueron alcanzados por un hedor inconfundible. Goran levantó la cabeza, dejándose invadir por el olor. «Ácido fénico», se dijo.

Y lo vio.

Un círculo de pequeñas tumbas. Y una treintena de hombres en bata blanca que excavaban bajo aquella luz halógena y marciana, provistos de pequeñas palas y pinceles para retirar delicadamente la tierra. Algunos tamizaban la hierba, otros fotografiaban y catalogaban con cuidado cada resto. Se movían a cámara lenta. Sus gestos eran precisos, calibrados, hipnóticos, envueltos en un silencio sagrado, de vez en cuando violado solo por los pequeños estallidos de los flashes.

Goran localizó a los agentes especiales Sarah Rosa y Klaus Boris. También estaba Roche, el inspector jefe, que lo reconoció y se acercó a él en seguida, a grandes zancadas. Antes de que pudiera abrir la boca, el médico se le adelantó con una pregunta.

—¿Cuántas?

—Cinco. Cada una mide cincuenta centímetros por veinte de ancho, y otros cincuenta de profundidad... En tu opinión, ¿qué puede enterrarse en fosas así?

En todas ellas, una cosa. La misma cosa.

El criminólogo lo miró, a la espera.

La respuesta llegó:

—Un brazo izquierdo.

Goran miró a esos hombres en bata blanca atareados en ese absurdo cementerio a cielo abierto. La tierra devolvía solo restos en descomposición, pero el origen de ese mal debía colocarse antes de ese momento suspendido e irreal.

—¿Son ellas? —preguntó Goran, aunque, esta vez, conocía la respuesta.

—Según el análisis de los cuerpos de Barr, son hembras caucásicas de entre siete y trece años de edad...

Niñas.

Roche había pronunciado la frase sin inflexión alguna en la voz; como un esputo, que si lo retienes un poco más te amarga la boca.

Debby. Anneke. Sabine. Melissa. Caroline.

Había empezado veinticinco días antes, como una pequeña historia de periódico de provincias: la desaparición de una joven estudiante de un prestigioso colegio para niños ricos. Todos se habían imaginado una fuga. La protagonista tenía doce años y se llamaba Debby. Sus compañeros recordaban haberla visto salir al acabar las clases. En la residencia femenina se habían dado cuenta de su ausencia al pasar lista por la noche. Tenía toda la pinta de ser uno de esos sucesos que se ganan medio artículo en tercera página, y que luego languidecen en un breve a la espera de un previsible desenlace feliz.

Pero después había desaparecido Anneke.

Había ocurrido en un pequeño pueblo de casas de madera con una iglesia blanca. Anneke tenía diez años. Al principio pensaron que se había perdido en el bosque, adonde se aventuraba a menudo con su bicicleta de montaña. Toda la población local había participado con los grupos de búsqueda, pero sin éxito.

Antes de que pudieran darse cuenta de lo que estaba pasando realmente, había ocurrido de nuevo.

La tercera se llamaba Sabine, y era la más pequeña. Siete años. Había sucedido en la ciudad, el sábado por la tarde. Había ido con los suyos al parque de atracciones, como tantas otras familias con hijos. Allí se había montado en un caballo del tiovivo, que estaba lleno de niños. Su madre la había visto pasar la primera vez, y la había saludado con la mano. La segunda, y había repetido el saludo. Pero la tercera vez Sabine ya no estaba.

Solo entonces alguien había empezado a pensar que tres niñas desaparecidas en el marco de tres días constituían una anomalía.

Las búsquedas se iniciaron con mucho ruido. Hubo llamamientos televisivos. En seguida se habló de uno o más maníacos, quizá una banda. En realidad no había elementos para formular una hipótesis de investigación más exacta. La policía había abierto una línea telefónica para reunir información de manera anónima. Las llamadas se contaron a cientos, para verificarlas todas se habrían necesitado meses, pero no había ni rastro de las niñas. Además, las desapariciones habían ocurrido en lugares distintos, por lo que las policías locales no conseguían ponerse de acuerdo sobre la jurisdicción.

La Unidad de Investigación de Crímenes Violentos, dirigida por el inspector jefe Roche, había intervenido solo entonces. Los casos de desaparición no eran de su competencia, pero la psicosis generada había inducido a la excepción.

Roche y los suyos habían recogido la patata caliente cuando desapareció la niña número cuatro.

Melissa era la mayor: trece años. Como a todas las chiquillas de su edad, también sus padres le habían impuesto a ella el toque de queda, por temor a que pudiera convertirse en otra víctima del maníaco que estaba aterrorizando el país. Pero esa clausura forzada coincidió con el día de su cumpleaños, y Melissa tenía otros planes para esa tarde. Junto con sus amigas maquinó un pequeño plan de fuga para ir a celebrarlo a la bolera. Acudieron todas sus compañeras. Melissa fue la única que no se presentó.

A partir de ahí se había dado inicio a una caza del monstruo, a menudo confusa e improvisada. Los ciudadanos se habían movilizado, dispuestos a tomarse la justicia por su mano. La policía había plagado las calles de puestos de control. Los controles a sujetos ya condenados o sospechosos de crímenes contra menores se hicieron más urgentes. Los padres eran reacios a dejar salir de casa a sus hijos, ni tan solo para mandarlos a la escuela. Muchos institutos

cerraron por falta de alumnos. La gente solo salía de sus viviendas cuando era estrictamente necesario. Después de cierta hora, los pueblos y las ciudades se convertían en desiertos.

Durante un par de días no hubo noticias de nuevas desapariciones. Algunos empezaron a pensar que todas las medidas y las precauciones adoptadas habían causado el efecto esperado, desanimando al maníaco. Pero se equivocaban.

El secuestro de la quinta niña fue el más clamoroso.

Se llamaba Caroline, once años. Fue arrebatada en su propia cama, mientras dormía en la habitación junto a la de sus padres, que no se percataron de nada.

Cinco chiquillas secuestradas en una semana. Después, diecisiete larguísimos días de silencio.

Hasta ese momento.

Hasta esos cinco brazos sepultados.

Debby. Anneke. Sabine. Melissa. Caroline.

Goran volvió la mirada hacia el círculo de pequeñas fosas. Un macabro corro de manos. Casi parecía oírlas entonar una cantinela.

—Desde este momento está claro que ya no se trata de casos de desaparición —dijo Roche mientras con un gesto convocaba para un breve discurso a todos los que se encontraban alrededor.

Era una costumbre. Rosa, Boris y Stern se acercaron y se dispusieron a escucharlo, con la mirada fija en el suelo y las manos cruzadas a la espalda.

—Pienso en quien nos ha traído aquí esta noche —empezó Roche—. En quien ha previsto que sucediera todo esto. Estamos aquí porque *éllo* ha querido, porque *él* lo ha imaginado, y ha construido todo esto para nosotros. Porque el espectáculo es para nosotros, señores, solo para nosotros. Lo ha preparado con cuidado, saboreando el momento, nuestra reacción. Para asombrarnos. Para hacernos saber que es grande, y poderoso.

Los demás asintieron.

Fuera quien fuese el artífice, había actuado serenamente.

Roche, que tenía desde hacía tiempo a Gavila en el equipo a todos los efectos, se dio cuenta de que el criminólogo estaba ensimismado en sus pensamientos, con los ojos inmóviles.

—Y tú, doctor, ¿qué piensas?

Goran emergió del silencio que se había impuesto y dijo simplemente:

—Los pájaros.

En un principio, nadie pareció entenderlo.

Él prosiguió, impasible:

—No me he fijado al llegar, me he dado cuenta ahora. Es extraño. Escuchad...

Del oscuro bosque se elevaba la voz de miles de pájaros.

—Cantan —dijo Rosa, sorprendida.

Goran se volvió hacia ella y asintió con la cabeza.

—Son los focos... Han confundido esta luz con el amanecer. Y cantan — señaló Boris.

—¿Os parece que tiene sentido? —prosiguió Goran, mirándolo esta vez—. No obstante, lo tiene... Cinco brazos enterrados. Pedazos. Sin los cuerpos. Si queremos, no existe verdadera crueldad en todo esto. Sin los cuerpos no hay nada. Sin los cuerpos no hay individuos, no hay personas. Solo tenemos que preguntarnos dónde están las niñas. ¿Por qué no están ahí, en esas fosas? No podemos mirarlas a los ojos, no podemos percibir que son como nosotros, porque, en realidad, no hay nada de humano en esto. Son solo *partes*... Ninguna compasión. Él no nos la ha concedido. Nos ha dejado solo el miedo. No se puede sentir piedad por esas pequeñas víctimas. Quiere hacernos saber únicamente que están muertas... ¿Os parece que tiene sentido? Miles de pájaros en la oscuridad obligados a gritar alrededor de una luz imposible. Nosotros no podemos verlos pero ellos nos observan: miles de pájaros. ¿Qué son? Algo simple. Pero también el fruto de una ilusión. Y hay que prestar atención a los ilusionistas: a veces el mal nos engaña asumiendo la forma más simple de las cosas.

Silencio. Una vez más, el criminólogo había dado con un pequeño y preñado sentido simbólico. Eso que los demás a menudo no lograban ver o, como en ese caso, sentir. Los detalles, los contornos, los matices. La sombra alrededor de las cosas, el aura oscura en que se esconde el mal.

Cada asesino tiene un «diseño», una forma precisa que le proporciona satisfacción, orgullo. La tarea más difícil es entender cuál es su visión. Por eso estaba allí Goran. Por eso lo habían llamado. Para que capturara aquel mal inexplicable entre los elementos tranquilizadores de su ciencia.

En ese instante, un miembro de la policía científica vestido con bata blanca se acercó a ellos y se dirigió directamente al inspector jefe con una expresión confusa en el rostro.

—Señor Roche, hay un problema... *Son seis brazos.*

2

El profesor de música había hablado.

Pero no fue eso lo que la afectó. No era la primera vez. Muchos individuos solitarios dan voz a sus propios pensamientos cuando se sienten protegidos por las paredes de sus casas. También Mila hablaba sola cuando estaba en casa.

No. La novedad era otra. Y era esa la que la recompensaba por una semana entera de vigilancia, helándose dentro de su coche, constantemente aparcado frente a la casa marrón, escudriñando con unos pequeños prismáticos el interior, los desplazamientos de aquel hombre de unos cuarenta años, gordo y lechoso, que se movía tranquilo en su pequeño y ordenado universo, siempre repitiendo los mismos gestos, como si fueran la trama de una telaraña que, no obstante, solo él conocía.

El profesor de música había hablado. Pero la novedad era que, esta vez, había dicho un nombre.

Mila lo había visto brotar, letra a letra, de sus labios: Pablo. Era la confirmación, la clave para acceder a ese mundo misterioso. Ahora lo sabía.

El profesor de música tenía un huésped.

Hasta apenas diez días antes, Pablo era solo un niño de ocho años de cabellos castaños y ojos avispados al que le encantaba recorrer el barrio con su monopatín. Y una cosa era cierta: si Pablo tenía que hacer un recado para su madre o para su abuela, iba con el monopatín. Se pasaba las horas encima de aquella cosa, calle arriba y calle abajo. Para los vecinos que lo veían pasar por delante de sus ventanas, el pequeño *Pablito* —como todos lo llamaban— era como una de aquellas imágenes ya integradas en el paisaje.

Quizá también por eso nadie había visto nada esa mañana de febrero en el

pequeño barrio residencial donde todos se conocían por el nombre y todas las casas y las vidas se parecían. Un Volvo verde familiar —el profesor de música debía de haberlo elegido a propósito porque era similar a tantos otros coches estacionados en la zona— apareció en la calle desierta. El silencio de un normalísimo sábado por la mañana fue roto solamente por el lento crujir del asfalto bajo los neumáticos y el monótono roce de un monopatín que ganaba velocidad progresivamente... Pasaron largas horas antes de que alguien se percatara de que entre los sonidos de ese sábado faltaba algo. Ese roce. Y de que el pequeño Pablo, en una mañana de gélido sol, fue tragado por una sombra huidiza que ya no quiso devolverlo, separándolo de su querido monopatín.

Esa tabla con cuatro ruedas había acabado yaciendo inmóvil en medio del bullicio de los agentes de policía, que, justo después de la denuncia, habían tomado posesión del barrio.

Eso había sucedido apenas diez días antes.

Y podía ser ya demasiado tarde para Pablo: tarde para su frágil psique de niño; tarde para despertarse sin traumas de su feo sueño.

Ahora el monopatín estaba en el maletero del coche de la policía, junto a otros objetos, juegos, ropa. Restos que Mila olfateó en busca de una pista que seguir, y que la condujeron a aquella madriguera marrón. Hasta el profesor de música, que enseñaba en un instituto superior y tocaba el órgano en la iglesia los domingos por la mañana. El vicepresidente de la asociación musical, que todos los años organizaba un pequeño festival mozartiano. El anónimo y tímido solterón con gafas, una calvicie incipiente y las manos sudadas y blandas.

Mila lo había observado bien. Porque ese era su fuerte.

Había ingresado en la policía con un objetivo preciso y, recién salida de la academia, se había dedicado a él con todas sus energías. No le interesaban los criminales y mucho menos la ley. No era por eso por lo que acechaba incesantemente cada rincón donde anida la sombra, donde se pudre quieta la existencia.

Cuando leyó el nombre de Pablo en los labios de su carcelero, Mila sintió una punzada en la pierna derecha. Quizá era por las muchas horas pasadas en el coche, esperando esa señal. Quizá también por la herida en el muslo, que había necesitado un par de puntos de sutura.

«Después volveré a curármela», se propuso. Después, sin embargo. Y en ese momento, formulando ese pensamiento, Mila ya había decidido que entraría en esa casa para romper el hechizo y terminar con la pesadilla.

—Agente Mila Vasquez a Central: localizado sospechoso del secuestro del pequeño Pablo Ramos. El edificio es una casa marrón en el número veintisiete de la avenida Albras. Posible situación de peligro.

—Está bien, agente Vasquez, mandamos un par de patrullas hacia tu posición; tardarán al menos treinta minutos.

Demasiado.

Mila no los tenía. Pablo no los tenía.

El terror de enfrentarse a las palabras «ya era demasiado tarde» la empujó a moverse hacia la casa.

La voz en la radio se oía ya como un eco lejano, y ella —revólver en mano, bajo, a la altura de la cintura, mirada atenta, pasos cortos y veloces— alcanzó rápidamente la valla color ceniza que enmarcaba solo la fachada posterior del chalet.

Un enorme plátano blanco se recortaba a un lado de la casa. Las hojas cambiaban de color según soplaban el viento, mostrando su perfil argénteo. Mila llegó a la cancela de madera de la parte de atrás, apretó su cuerpo contra la empalizada y escuchó. De vez en cuando le llegaban ráfagas de notas de una canción de rock, tal vez arrastradas por el viento desde algún lugar del vecindario. Mila se asomó por encima de la cancela y vio un jardín bien cuidado, con una cabaña para herramientas y una manguera de goma roja que serpenteaba por la hierba hasta un rociador. Muebles de plástico y una barbacoa de gas. Todo tranquilo. Una puerta de cristales esmerilados de color malva. Mila alargó un brazo hasta el otro lado de la cancela y levantó el pestillo delicadamente. Las bisagras chirriaron, y ella abrió solo lo suficiente como para cruzar el umbral del jardín.

Volvió a cerrar para que nadie desde dentro se percatara de cambio alguno al mirar hacia fuera; todo tenía que permanecer como estaba. Después se encaminó como le habían enseñado en la academia, posando atentamente los pies sobre la hierba —solo con las puntas, sin dejar huellas—, lista para disparar si se presentaba la necesidad. Al cabo de pocos instantes se encontró junto a la puerta de servicio, del lado desde donde era imposible hacer sombra si se asomaba para mirar hacia el interior de la casa. Y eso fue lo que

hizo. Los cristales esmerilados no le permitieron distinguir el escenario pero, por el perfil de los muebles, intuyó que debía de tratarse del comedor. Mila deslizó la mano hacia la manija, que se encontraba del lado de la puerta. La agarró y empujó hacia abajo. La puerta se abrió.

Estaba abierta.

El profesor de música debía de sentirse seguro en la madriguera que había preparado para sí mismo y para su prisionero. Dentro de poco, Mila también descubriría por qué.

El suelo de linóleo gemía a cada paso bajo la goma de las suelas. Se esforzó en no hacer demasiado ruido, pero después decidió quitarse las zapatillas deportivas y dejarlas al lado de un mueble. Descalza, llegó al umbral del pasillo y lo oyó hablar...

—También necesitaría papel de cocina. Y ese producto para lustrar la cerámica... Sí, ese mismo... Tráigame también seis cajas de caldo de pollo, azúcar, una guía de televisión y un par de paquetes de cigarrillos *light*, la marca de siempre...

La voz provenía del cuarto de estar. El profesor de música estaba haciendo la compra por teléfono. ¿Estaba demasiado ocupado para salir de casa, o bien no quería alejarse, prefería quedarse para controlar cada movimiento de su huésped?

—Sí, el número veintisiete de la avenida Alheras, gracias. Y traiga cambio de cincuenta porque no tengo otros billetes en casa.

Mila siguió la voz, pasando por delante de un espejo que le devolvió su imagen deformada, como los de los parques de atracciones. Cuando llegó junto a la entrada de la habitación, dobló hacia arriba los brazos con el revólver, tomó aliento e irrumpió en el umbral. Esperaba sorprenderlo, quizá de espaldas, con el auricular todavía en la mano y junto a la ventana. Un perfecto blanco de carne...

... Que no estaba.

El cuarto de estar estaba vacío, el auricular perfectamente colocado sobre el aparato.

Comprendió que nadie había llamado por teléfono desde esa habitación cuando sintió los fríos labios de una pistola apoyarse en su nuca como un beso.

Estaba a su espalda.

Mila maldijo para sí, sintiéndose imbécil. El profesor de música había preparado bien su guarida. La cancela del jardín que chirriaba y el suelo de linóleo que gemía eran las alarmas para señalar la presencia de intrusos. Luego la falsa llamada, como un anzuelo para atraer a su presa. El espejo «deformante» para colocarse a su espalda sin ser visto. Todo formaba parte de la trampa.

Sintió que alargaba el brazo más allá de ella hasta cogerle el revólver. Mila lo soltó.

—Puedes dispararme, pero no tienes escapatoria. Mis compañeros estarán aquí en seguida. No puedes librarte, te conviene rendirte.

Él no contestó. Por el rabillo del ojo, casi le pareció verlo. ¿Era posible que estuviera sonriendo?

El profesor de música retrocedió. El cañón del arma se apartó de Mila, pero ella aún podía notar esa prolongación de atracción magnética entre su cabeza y la bala en el obturador. Luego el hombre la rodeó y por fin se dejó ver. La miró durante un largo instante, sin verla. Había algo en el fondo de sus ojos que a Mila le pareció la antecámara de las tinieblas.

El profesor se volvió, dándole la espalda sin ningún temor. Mila lo vio dirigirse con seguridad hacia el piano adosado a la pared. Al llegar frente al instrumento, el hombre se sentó en el taburete, observó el teclado y dejó las armas en el extremo izquierdo.

Levantó las manos y, después de un instante, las dejó caer encima de las teclas.

Mientras el Nocturno n.º 20 en do menor de Chopin se esparcía por la habitación, Mila respiraba con fuerza, la tensión se derramaba a través de los tendones y de los músculos del cuello. Los dedos del profesor de música se deslizaban con gracia y agilidad sobre el teclado. La dulzura de las notas obligó a Mila a contemplar aquella ejecución, como si estuviera hipnotizada.

Se esforzó en volver en sí y deslizó hacia atrás los talones descalzos, lentamente, hasta encontrarse de nuevo en el pasillo. Tomó aliento, tratando de ralentizar los latidos de su corazón. Luego empezó a buscar rápidamente por las habitaciones, perseguida por la melodía. Las inspeccionó una a una. Un estudio. Un baño. Una despensa.

Hasta llegar a la puerta cerrada.

Empujó la hoja con el hombro. La herida en el muslo le dolió y concentró

el peso en el deltoides. La madera cedió.

La tenue luz del pasillo irrumpió en la habitación, cuyas ventanas parecían tapiadas. Mila siguió el reflejo en la oscuridad hasta cruzarse con dos ojos líquidos que le devolvieron la mirada, petrificados. Pablito estaba allí, en la cama, con las piernas acurrucadas contra el delgado tórax. Solo llevaba puestos unos calzoncillos y una camiseta. Estaba tratando de adivinar si era alguien a quien tenerle miedo, si Mila formaba parte de su pesadilla. Ella le dijo lo que siempre decía cuando encontraba a un niño:

—Tenemos que irnos.

Él asintió, le tendió los brazos y se agarró a ella. Mila tenía el oído puesto en la música, que mientras tanto continuaba, la perseguía. Temía que esa pieza no durara lo suficiente y que no tuviera tiempo de salir de la casa. Una nueva ansiedad se adueñó de ella. Estaba arriesgando su vida y la del rehén. Y ahora tenía miedo. Miedo de equivocarse de nuevo. Miedo de tropezar en el último paso, el que la llevaría fuera de esa maldita madriguera. O de descubrir que la casa nunca la dejaría salir, que se cernería sobre ella como una telaraña y la mantendría prisionera para siempre.

Pero, en cambio, la puerta se abrió y se vieron fuera, a la luz pálida pero tranquilizadora del día.

Cuando ya los latidos de su corazón se ralentizaron, y pudo perder interés en el revólver que había dejado en la casa y apretar a Pablo contra sí, haciendo las veces de escudo con su cuerpo cálido para tranquilizarlo, el pequeño se acercó a su oído y le susurró:

—¿Y ella no viene?

Los pies de Mila se clavaron en el suelo, pesados de repente. Se tambaleó, pero no perdió el equilibrio.

Lo preguntó sin saber por qué, con la sola fuerza de una aterradora conciencia:

—¿Dónde está *ella*?

El niño levantó el brazo y con un dedo señaló la segunda planta. La casa la miraba con sus ventanas y se reía, socarrona, con la misma puerta abierta que poco antes los había dejado marchar.

Fue entonces cuando el miedo se desvaneció por completo. Mila recorrió los últimos metros que la separaban de su coche, acomodó al pequeño Pablo en el asiento y le dijo con el tono solemne de una promesa:

—Vuelvo en seguida.

Después volvió a dejarse engullir por la casa.

Se encontró al pie de la escalera. Miró hacia arriba, sin saber qué encontraría allí. Empezó a subir, agarrándose al pasamanos. Las notas de Chopin continuaban, impertérritas, siguiéndola también en esa exploración. Los pies se le hundían en los escalones, las manos se le pegaban a la balaustrada, que a cada paso parecía querer retenerla.

De pronto, la música cesó.

Mila se detuvo, con los cinco sentidos en alerta. Luego la seca percusión de un disparo, un estruendo sordo y las notas inarticuladas del piano, bajo el peso del cuerpo del profesor de música, que se derrumbó sobre el teclado. Mila continuó subiendo más de prisa hasta el piso superior. No podía estar segura de que no se tratara de otro engaño. La escalera se curvó y el descansillo se dilató en un estrecho corredor revestido de una espesa moqueta. Al fondo, una ventana. Frente a ella, un cuerpo humano. Frágil, delgado, a contraluz: con los pies sobre una silla, el cuello y los brazos tendidos hacia un lazo que colgaba del techo. Mila la vio mientras intentaba meter la cabeza por la cuerda y gritó. También ella la vio, e intentó acelerar la operación. Porque así se lo había dicho él, porque así se lo había enseñado: «Si ellos vienen, debes matarte».

«Ellos» eran los demás, el mundo exterior, los que no podían entender, los que nunca habrían perdonado.

Mila se lanzó hacia la chica con la desesperada intención de detenerla. Y cuanto más se acercaba, más le parecía correr hacia atrás en el tiempo.

Muchos años antes, en otra vida, aquella muchacha había sido una niña.

Mila recordaba su foto a la perfección. La había estudiado bien, rasgo a rasgo, recorriendo con la mente cada pliegue, cada línea de expresión, catalogando y repitiendo cada señal particular, hasta la más mínima imperfección de la piel.

Y aquellos ojos. De un azul jaspeado, vivaz, capaces de conservar intacta la luz del flash. Los ojos de una niña de diez años, Elisa Gomes. La foto se la había hecho su padre. Una imagen robada en un día de fiesta, mientras ella estaba ocupada en abrir un regalo y no la esperaba. Mila también había imaginado la escena, con el padre llamándola para que se volviera y sacarle

así la foto por sorpresa. Y Elisa volviéndose hacia él, sin tiempo a sorprenderse. En su expresión se había inmortalizado un instante, algo que a simple vista es imperceptible. El origen milagroso de una sonrisa, antes de que se abra y brote de los labios o se ilumine en la mirada como una estrella naciente.

Por eso la agente de policía no se había asombrado cuando los padres de Elisa Gomes le dieron precisamente esa foto cuando Mila les pidió una imagen reciente. No era la foto más adecuada, porque la expresión de Elisa no era natural, y eso la hacía casi inservible para imaginar cómo podría cambiar su cara con el paso del tiempo. Los demás colegas asignados a la investigación se quejaron, pero a Mila no le importó porque en aquella foto había algo, una energía, y eso era lo que debía buscar. No un rostro entre los rostros, una niña entre muchas. Sino *aquella* niña, con *aquella* luz en los ojos. Siempre que mientras tanto no hubiera alguien decidido a apagarla...

Mila la agarró a tiempo, rodeándole las piernas con los brazos antes de que se dejara caer de la cuerda con todo su peso. Ella pataleó, se sacudió, intentó gritar..., hasta que Mila la llamó por su nombre.

—Elisa —dijo con infinita dulzura.

Y ella se reconoció a sí misma.

Había olvidado quién era. Años de prisionera le habían extirpado la identidad, un pedacito cada día. Hasta que se convenció de que aquel hombre era su familia, porque el resto del mundo la había olvidado. El resto del mundo nunca la habría salvado.

Elisa miró a Mila a los ojos con estupor. Se calmó y se dejó salvar.

3

Seis brazos. Cinco nombres.

Con ese enigma, el equipo dejó el claro del bosque y se trasladó a la unidad móvil dispuesta en la carretera estatal. La presencia de café recién hecho y bocadillos parecía desentonar con la situación, pero sirvió para proporcionar una apariencia de control. En todo caso, nadie en esa fría mañana de febrero tocaría el bufé.

Stern se sacó del bolsillo una cajita de caramelitos de menta. La agitó y dejó caer en una mano un par, que luego se metió directamente en la boca. Decía que lo ayudaban a pensar.

—¿Cómo es posible? —preguntó entonces, más para sí mismo que para los demás.

—Joder... —soltó Boris, pero lo dijo en voz tan baja que nadie lo oyó.

Rosa buscaba un punto en el interior de la caravana donde concentrar su atención. Goran se dio cuenta. La entendía, ella tenía una hija de la edad de aquellas niñas. En eso es en lo primero que piensas cuando te encuentras frente a un crimen perpetrado contra un menor. En tus hijos. Y te preguntas qué habría pasado si..., pero no consigues acabar la frase, porque solo pensarlo ya duele.

—Hará que nos las encontremos a pedazos —señaló el inspector jefe Roche.

—Entonces, ¿esa será nuestra tarea? ¿Recoger cadáveres? —inquirió Boris.

Él, que era un hombre de acción, no soportaba verse relegado al papel de sepulturero. Buscaba a un culpable. Y también los demás, que de hecho no tardaron en asentir a sus palabras.

Roche los tranquilizó.

—Lo prioritario siempre es el arresto del culpable, pero no podemos evitar la desgarradora búsqueda de los restos.

—Ha sido intencionado.

Todos miraron a Goran, en vilo frente a esa última frase.

—El labrador que olfatea el brazo y cava el hoyo: forma parte del «diseño». Nuestro hombre tenía controlados a los dos críos del perro: sabía que lo llevaban al bosque, por eso ha enclavado ahí su pequeño cementerio. Una idea simple. Ha completado su «obra» y nos la ha mostrado. Está todo aquí.

—¿Quiere decir que no lo cogemos? —preguntó Boris, incapaz de creerlo y furioso por eso mismo.

—Vosotros sabéis mejor que yo cómo van estas cosas...

—Pero lo hará, ¿verdad? Matará de nuevo... —Esta vez era Rosa la que no quería resignarse—. Le ha salido bien y repetirá.

Quería que desmintieran sus palabras, pero Goran no tenía una respuesta. Y, aunque hubiera tenido una opinión, no habría sabido traducir en términos comprensivamente aceptables la crueldad de tener que dividirse entre el pensamiento de aquellas muertes terribles y el cínico deseo de que el asesino volviera a golpear. Porque —y eso lo sabían todos— la única posibilidad de atraparlo era que no se detuviera.

El inspector jefe Roche retomó la palabra:

—Si encontramos los cuerpos de esas niñas, al menos podremos dar a sus familias un funeral y una tumba sobre la que llorar.

Como siempre, Roche dio la vuelta a los términos de la cuestión, presentándola del modo más políticamente correcto. Era el ensayo general de lo que le diría a la prensa para endulzar la historia en beneficio de la propia imagen. Antes del luto, el dolor, para ganar tiempo. Luego, la investigación y los culpables.

Pero Goran sabía que la operación no saldría bien, y que los periodistas se abalanzarían sobre cada bocado, descarnando ávidamente el suceso y sazónándolo con los detalles más sórdidos. Y, sobre todo, que a partir de ese momento no les dejarían pasar ni una. Cada gesto, cada palabra adquiriría el valor de una promesa, de un empeño solemne. Roche estaba convencido de poder mantener controlados a los cronistas, dándoles cada vez un poco de lo

que quisieran oír. Y Goran le permitió al inspector jefe su frágil ilusión de control.

—Me da que tendríamos que darle un nombre a ese tío..., antes de que lo haga la prensa —dijo Roche.

Goran estaba de acuerdo, pero no por el mismo motivo que el inspector jefe. Como todos los criminólogos que trabajaban para la policía, el doctor Gavila tenía sus propios métodos. Ante todo había que atribuirle al criminal unos rasgos, de modo que se transformara de una figura indefinida en algo humano. Porque, frente a un mal tan feroz y gratuito, se tiende siempre a olvidar que el autor, como la víctima, es un ser humano, con una existencia a menudo normal, un trabajo y quizá también una familia. Como argumento de su tesis, el doctor Gavila les hacía notar a sus alumnos de la facultad que casi siempre que se detenía a un asesino en serie sus vecinos y parientes eran los primeros sorprendidos. «Los llamamos “monstruos” porque los sentimos lejos de nosotros, porque los queremos “distintos” —decía Goran en sus seminarios—. En cambio, se nos parecen en todo. No obstante, preferimos desechar la idea de que alguien como nosotros sea capaz de hacer algo así. Y eso, para exculpar en parte nuestra naturaleza. Los antropólogos lo definen como “despersonalización del culpable”, y a menudo constituye el mayor obstáculo para la identificación de un asesino en serie. Porque un hombre tiene puntos débiles y puede ser capturado. Un monstruo, no.»

Por ese motivo, en sus clases Goran siempre tenía colgada de la pared la foto en blanco y negro de un niño. Un pequeño, gordito e indefenso cachorro de hombre. Sus estudiantes la veían a diario y acababan por cogerle afecto a la imagen. Cuando —más o menos hacia la mitad del semestre— alguien encontraba el coraje de preguntarle quién era, él lo desafiaba a adivinarlo. Las respuestas eran de lo más variadas y fantásticas. Y él se divertía frente a sus expresiones cuando les desvelaba que aquel niño era Adolf Hitler.

En la posguerra, el líder del nazismo se convirtió en un monstruo, en el imaginario colectivo, y durante años las naciones que salieron vencedoras del conflicto se opusieron a una visión diferente. Por eso nadie conocía las fotos de infancia del Führer. Un monstruo no podía haber sido un niño, no podía haber tenido sentimientos diferentes del odio y una existencia parecida a la de sus coetáneos, que luego se convertirían en sus víctimas. «Para muchos, humanizar a Hitler significa “explicarlo” de algún modo —decía entonces

Goran a la clase—. Pero la sociedad pretende que el mal extremo no pueda ser explicado, y no pueda ser comprendido. Intentarlo quiere decir buscarle también una justificación.»

En la caravana de la unidad móvil, Boris propuso para el artífice del cementerio de brazos el nombre de «Albert», en recuerdo de un viejo caso. La idea fue acogida con una sonrisa de los presentes. Y la decisión fue tomada.

Desde ese momento, los miembros del equipo se referirían al asesino con ese nombre. Y, día tras día, Albert empezaría a adquirir una fisonomía. Una nariz, dos ojos, un rostro, una vida propia. Cada uno le atribuiría su propia visión, y ya solo lo verían como una sombra huidiza.

—Albert, ¿eh?

Al término de la reunión, Roche aún estaba sopesando el valor mediático del nombre. Lo repetía entre dientes, buscando su sabor. Podía funcionar.

Pero había algo más que atormentaba al inspector jefe. Se lo confió a Goran:

—Si quieres saber la verdad, estoy de acuerdo con Boris. ¡Dios santo! ¡No puedo obligar a mis hombres a recoger cadáveres mientras un psicópata nos obliga a quedar como verdaderos imbéciles!

Goran sabía que, cuando Roche hablaba de «sus» hombres, en realidad se refería sobre todo a sí mismo. Él era quien tenía miedo de no poder colgarse ninguna medalla. Y siempre era él quien temía que alguien invocara la ineficacia de la policía federal por no haber logrado detener al culpable.

Además, aún estaba la cuestión del brazo número seis.

—He pensado no difundir por el momento la noticia de la existencia de una sexta víctima.

Goran estaba desconcertado.

—Pero, entonces, ¿cómo conseguiremos saber quién es?

—Ya he pensado en eso, no te preocupes...

En toda su carrera, Mila Vasquez había resuelto ochenta y nueve casos de desapariciones. Le habían concedido tres medallas y muchas condecoraciones. Se la consideraba una experta en su campo, y a menudo la llamaban para consultorías, también en el extranjero.

La operación de esa mañana, en la que Pablo y Elisa habían sido liberados

al mismo tiempo, había sido definida como un clamoroso éxito. Mila no había dicho nada, pero le fastidiaba. Hubiera querido admitir todos sus errores. Haberse introducido en la casa marrón sin esperar a los refuerzos. Haber infravalorado el escenario y las posibles trampas. Haberse puesto en peligro a sí misma y a los rehenes al permitir que el sospechoso la desarmara y la apuntara con una pistola en la nuca. En fin, no haber impedido el suicidio del profesor de música.

Pero todo eso fue omitido por sus superiores, que enfatizaron en cambio sus méritos mientras se hacían inmortalizar por la prensa con las fotos de costumbre.

Mila nunca aparecía en aquellas instantáneas. La razón oficial era que prefería salvaguardar el propio anonimato para las futuras investigaciones. Pero la verdad era que odiaba ser fotografiada. Ni siquiera soportaba ver su imagen reflejada en el espejo. No porque no fuera guapa, que no lo era: a sus treinta y dos años, horas y horas de gimnasio habían erradicado tenazmente todo rasgo de feminidad. Cada curva, cada suavidad. Como si ser mujer fuera un mal que aniquilar. Aunque a menudo vestía ropa masculina, tampoco era masculina. Sencillamente no tenía nada que hiciera pensar en una identidad sexual. Y era así como ella quería aparecer. Su ropa era anónima. Vaqueros no demasiado ceñidos, zapatillas de deporte bien rodadas, chaqueta de piel... Era ropa, y punto. Su función era mantenerla caliente y cubrirla. No perdía tiempo en elegirla, simplemente la compraba. Quizá parecía toda igual, pero no le importaba. Así deseaba ser.

Invisible entre los invisibles.

Quizá también por eso podía compartir el vestuario de la comisaría del distrito con los agentes varones.

Hacía diez minutos que Mila miraba su armario abierto, mientras recorría los acontecimientos de la jornada. Tenía algo que hacer, pero en ese momento su mente estaba en otro lugar. Luego, una punzada lacerante en el muslo la hizo volver en sí. La herida se había abierto, trató de taponar la sangre con una gasa y esparadrapo, pero resultó inútil. Los bordes de piel alrededor del tajo eran demasiado cortos y no logró hacer un buen trabajo con la aguja y el hilo. Quizá esa vez debería haber consultado a un médico, pero no le apetecía ir a un hospital: demasiadas preguntas. Decidió que se haría una nueva sutura y un vendaje más apretado, con la esperanza de que la hemorragia cesara. Pero, en

todo caso, tendría que tomar un antibiótico para evitar que hubiera infección. Le pediría una receta falsa a un tipo que de vez en cuando le pasaba noticias sobre los nuevos sin techo que llegaban a la estación de tren...

Estaciones.

«Es extraño —pensó Mila—. Mientras que para el resto del mundo son solo un lugar de paso, para algunos son un final. Se detienen allí y no vuelven a partir nunca más. Las estaciones son una especie de antiinfierno, donde las almas que se han perdido se amontonan a la espera de que alguien vaya a buscarlas.»

Cada día desaparecía una media de entre veinte y veinticinco individuos. Mila conocía bien la estadística. De repente, esas personas dejaban de dar noticias de sí mismas. Se desvanecían sin avisar, sin equipaje. Así, como si se hubieran disuelto en el vacío.

Mila sabía que, en la mayoría de los casos, se trataba de inadaptados, de gente que vivía de la droga, de fichados, siempre listos para mancharse con algún crimen, individuos que entraban y salían de la cárcel continuamente. Pero después estaban también los que —y esa era una extraña minoría—, llegados a un cierto punto de sus vidas, decidían desaparecer para siempre. Como la madre de familia que se iba a hacer la compra al supermercado y nunca volvía a casa, o el hijo o el hermano que subían a un tren sin llegar nunca a su destino.

Mila pensaba que cada uno de nosotros tiene un camino; un camino que lleva a casa, a las personas más queridas, a lo que estamos mayormente ligados. Generalmente el camino siempre es ese, se aprende cuando somos pequeños, y cada uno lo sigue durante toda la vida. Pero a veces ocurre que ese camino se quiebra. A veces empieza de nuevo en otro lugar. O, después de haber dibujado un tortuoso recorrido, vuelve al punto en el que se ha quebrado. O bien queda como suspendido.

A veces, en cambio, se pierde en la oscuridad.

Mila sabía que más de la mitad de aquellos que desaparecen vuelven atrás y cuentan una historia. Algunos, en cambio, no tienen nada que contar, y retoman la misma existencia de antes. Otros son menos afortunados y de ellos solo queda un cuerpo mudo. Pero luego están aquellos de los que nunca se sabrá nada más.

Entre éstos siempre hay un niño.

Muchos padres darían su vida por saber qué ha pasado, en qué se han equivocado. Qué distracción ha dado inicio a ese drama de silencio. Qué fin ha tenido su cachorro. Quién se lo ha arrebatado, y por qué. Hay quien interroga a Dios para saber por qué pecado ha sido castigado; quien se atormenta durante el resto de sus días en busca de respuestas, o se deja morir mientras persigue esas preguntas. «Hazme saber al menos si está muerto», dicen. Algunos llegan a desearlo porque ya solo quieren llorar. Su único deseo no es resignarse, sino dejar de esperar. Porque la esperanza mata más lentamente.

Sin embargo, Mila no creía en la historia de la «verdad liberadora». Lo había aprendido en su propia piel la primera vez que había encontrado a alguien. Y lo había experimentado de nuevo esa misma tarde, después de haber acompañado a casa a Pablo y a Elisa.

Para el niño hubo gritos de alegría en todo el barrio, cláxones festivos y caravanas de coches.

Para Elisa, no: había pasado demasiado tiempo.

Después de haberla salvado, Mila la había conducido a un centro especializado donde los asistentes sociales se habían ocupado de ella. Le habían dado algo de comer y ropa limpia. Quién sabe por qué esas prendas siempre resultaban una o dos tallas más grandes, pensó Mila. Quizá porque los individuos a los que iban destinadas se habían consumido durante aquellos años de olvido y habían sido encontrados antes de que se desvanecieran por completo.

Elisa guardó silencio todo el tiempo. Se dejó cuidar, aceptando todo lo que le hicieron. Después, Mila le anunció que la llevaría a casa. Tampoco entonces ella dijo nada.

Mientras miraba su armario, la joven policía no podía dejar de volver a ver las caras de los padres de Elisa Gomes cuando se presentó con ella en su puerta. Estaban desprevenidos, y también algo molestos. Quizá pensaban que les devolverían a una niña de diez años, no a aquella chica ya crecida con la que no tenían nada en común.

Elisa había sido una chiquilla inteligente y muy precoz. Había empezado pronto a hablar. La primera palabra que había dicho fue «*May*», el nombre de su osito de peluche. Su madre, sin embargo, también recordaría la última: «mañana», que completaba la frase «nos vemos mañana», pronunciada en la

puerta de su casa antes de ir a dormir a casa de una amiga. Pero ese día nunca había llegado. El mañana de Elisa Gomes aún no había llegado, porque su «ayer» era un larguísimo día que no parecía acabar.

En ese día prolongado en el tiempo, para sus padres, Elisa seguía viviendo como una niña de diez años, con su camita llena de muñecas y los regalos de Navidad que se amontonaban junto a la chimenea. Ella seguiría siendo siempre como la recordaban, inmortalizada en una foto de su memoria como prisionera de un hechizo.

Y, aunque Mila la había encontrado, ellos continuarían esperando a la niña que habían perdido. Sin hallar nunca la paz.

Tras un abrazo salpicado de lágrimas y una emoción incluso demasiado breve, la señora Gomes las había hecho entrar en casa y les había ofrecido té y pastas. Se había comportado con su hija como si se tratara de una huésped, quizá con la secreta esperanza de que volvería a marcharse al final de esa visita, dejándolos a ella y a su marido con su ya confortable sentimiento de carencia.

Mila siempre comparaba la tristeza con esos viejos armarios de los que querías deshacerte pero que, al final, se quedan en su sitio y después de un tiempo desprenden un olor característico, que impregna toda la habitación. Con el tiempo te acostumbras, y terminas tú también perteneciendo a su olor.

Elisa había vuelto, por lo que sus padres tendrían que abandonar el luto y devolver toda la compasión de la que habían sido objeto en esos años. Ya no tendrían motivo para seguir estando tristes. ¿Con qué ánimo podían contar al resto del mundo esa nueva infelicidad de tener a una extraña vagando por la casa?

Después de una hora de formalidades, Mila se despidió de ellos, y le pareció descubrir en la mirada de la madre de Elisa una invocación de ayuda. «Y ahora, ¿qué hago?», gritaba muda aquella mujer en la angustia de tener que enfrentarse a la nueva realidad.

También Mila tenía una verdad que afrontar: la de que Elisa Gomes había sido encontrada por pura casualidad. Si su captor, después de todos esos años, no hubiera sentido la necesidad de aumentar la «familia» secuestrando también a Pablito, nadie hubiese sabido nunca cómo habrían acabado las cosas. Y Elisa hubiera permanecido encerrada en ese mundo creado solo para ella y para la obsesión de su carcelero; primero, como hija; después, como esposa

fiel.

Mila cerró el armario con esos pensamientos. «Olvídalo —se dijo—. Esa es la única medicina.»

La comisaría del distrito se estaba vaciando, y ella tenía ganas de volver a casa. Se daría una ducha, abriría una botella de oporto y asaría castañas en la cocina. Después se pondría a contemplar el árbol frente a la ventana del salón. Y, quizá, con un poco de suerte, se dormiría temprano en el sofá.

Pero mientras se disponía a premiarse con esa velada solitaria, uno de sus colegas se asomó al vestuario.

El sargento Morexu quería verla.

Una brillante capa de humedad revestía las calles en esa tarde de febrero. Goran bajó del taxi. No tenía coche, no tenía carnet, dejaba que algún otro se ocupara de llevarlo a donde tuviera que ir. No es que no hubiera intentado conducir, porque sabía hacerlo, pero para alguien que tenía la costumbre de perderse en las profundidades de sus propios pensamientos no era aconsejable ponerse al volante. Así que Goran había renunciado a ello.

Tras pagar al conductor, la primera cosa que hizo después de plantar sus zapatos del cuarenta y cuatro en la acera fue extraer de la chaqueta el tercer cigarrillo del día. Lo encendió, le dio dos caladas y lo tiró. Era una costumbre consolidada desde que había decidido dejarlo; una especie de compromiso consigo mismo para engañar la necesidad de nicotina.

Mientras estaba allí de pie, se encontró con su imagen reflejada en un escaparate. Se contempló durante unos instantes. La barba incipiente que le enmarcaba el rostro cada vez más cansado; las gafas y los cabellos despeinados. Era consciente de que no cuidaba mucho de sí mismo, pero quien solía ocuparse de ello había renunciado a ese papel hacía tiempo.

Lo que más llamaba la atención de Goran —todos lo decían— eran sus largos y misteriosos silencios.

Y sus ojos, muy grandes y atentos.

Ya era casi la hora de cenar. Subió lentamente la escalera de su casa, entró en su apartamento y se detuvo a escuchar. Pasaron unos segundos y, cuando se habituó a ese nuevo silencio, reconoció el sonido familiar y acogedor de la voz de Tommy, que jugaba en su habitación. Fue hasta allí pero se quedó observándolo desde la puerta, sin atreverse a interrumpirlo.

Tommy tenía nueve años y carecía de preocupaciones. Tenía los cabellos castaños y le gustaba el color rojo, el baloncesto y los helados, también en invierno. Su amigo del alma se llamaba Bastian, y con él organizaba fantásticos «safaris» en el jardín de la escuela. Ambos estaban en los *boy scouts*, y ese verano irían juntos de acampada; últimamente no hablaban de otra cosa.

Tommy se parecía increíblemente a su madre, pero poseía un rasgo de su padre.

Dos ojos grandísimos y atentos.

Cuando se dio cuenta de la presencia de Goran, se volvió y le sonrió.

—Es tarde —lo regañó.

—Lo sé. Lo siento —se defendió Goran—. ¿Hace mucho rato que se ha ido la señora Runa?

—Su hijo ha venido a buscarla hace media hora.

Goran se molestó. La señora Runa era su ama de llaves desde hacía ya unos cuantos años, por lo que tenía que saber que no le gustaba que Tommy se quedara solo en casa. Y ese era uno de los pequeños inconvenientes que a veces parecían convertir en imposible la empresa de seguir adelante con la propia existencia a pesar de todo. Goran no podía con todo; era como si la única persona que poseía ese misterioso poder hubiera olvidado dejarle el manual con las fórmulas mágicas antes de irse.

Debería aclarar las cosas con la señora Runa y quizá ser un poco duro con ella. Le diría que por las tardes se quedara siempre, hasta que él llegara. Tommy percibió algo de esos pensamientos y se entristeció. Por eso Goran trató de distraerlo en seguida, preguntándole:

—¿Tienes hambre?

—Me he comido una manzana y una barrita de cereales, y me he bebido un vaso de agua.

Goran sacudió la cabeza, divertido.

—Como cena, no es mucho.

—Era mi merienda. Pero ahora me gustaría algo más...

—¿Espaguetis?

Tommy aplaudió la propuesta. Goran le acarició la cabeza.

Prepararon juntos la pasta y pusieron la mesa, como en un aceptado

ménage, donde cada uno tenía sus tareas y las llevaba a cabo sin consultar al otro. Su hijo aprendía de prisa, y Goran estaba orgulloso.

Los últimos meses no habían sido fáciles para ninguno de los dos.

Su vida amenazaba con deshilacharse, y él intentaba mantener juntos los cabos, volver a anudarlos con paciencia. Superaba la ausencia con el orden: comidas regulares, horarios precisos, costumbres consolidadas. Desde ese punto de vista, nada había cambiado respecto a *antes*. Todo se repetía del mismo modo, y eso le proporcionaba seguridad a Tommy.

Al final habían aprendido juntos, el uno del otro, a convivir con ese vacío, sin por eso negar la realidad. Es más, cuando uno de los dos tenía ganas de hablar de ello, se hablaba.

Lo único que nunca hacían era llamar a ese vacío por su nombre. Porque ese nombre había desaparecido de su vocabulario. Usaban otras maneras, otras expresiones. Era extraño. El hombre que se preocupaba de bautizar a cada asesino en serie que encontraba no sabía cómo llamar a aquella que durante un tiempo había sido su mujer, y había permitido al hijo «despersonalizar» a su madre. Era casi como un personaje de los cuentos que él le leía todas las noches.

Tommy era el único contrapeso que todavía lo mantenía atado al mundo. De otro modo, tardaría un instante en resbalar hacia el abismo que exploraba a diario allí fuera.

Después de cenar, Goran se retiró a su estudio, y Tommy lo siguió. Lo hacían todas las noches. Él se sentaba en su sillón desvencijado y su hijo se tumbaba boca abajo sobre la alfombra, retomando sus diálogos imaginarios.

Goran observó su biblioteca. Los libros de criminología, antropología criminal y medicina legal quedaban muy bien en las estanterías: algunos, con el lomo de damasco y grabados en oro; otros, más simples, encuadernados sin cumplidos. Allí dentro estaban las respuestas, pero lo difícil —como decía siempre a sus alumnos— era encontrar las preguntas. Aquellos textos estaban llenos de fotos angustiantes: cuerpos heridos, llagados, atormentados, quemados, destrozados, todo rigurosamente sellado en brillantes páginas, anotado en precisas leyendas. La vida humana reducida a frío objeto de estudio.

Por eso, hasta hacía poco, Goran no permitía que Tommy entrase en esa especie de sagrario. Temía que su curiosidad actuara y que al abrir uno de

aquellos libros descubriera lo violenta que podía ser la existencia. Una vez, sin embargo, Tommy había transgredido la orden. Lo encontró tumbado, como ahora, intentando hojear uno de aquellos volúmenes. Goran aún lo recordaba. Se había detenido sobre la imagen de una mujer joven sacada de un río, en invierno; estaba desnuda, la piel violeta, los ojos inmóviles.

No obstante, Tommy no parecía para nada afectado y, en vez de regañarlo, Goran se sentó junto a él con las piernas cruzadas: «¿Sabes qué es?».

Tommy esperó un buen rato, impasible. Después respondió, nombrando diligentemente todo lo que veía: las manos agarrotadas, los cabellos llenos de escarcha, la mirada perdida en quién sabía qué pensamientos. Al final empezó a fantasear sobre lo que hacía para vivir, sobre sus amigos y sobre el lugar donde vivía. Y entonces Goran se dio cuenta de que Tommy lo había captado todo de aquella foto, excepto una cosa: la muerte.

Los niños no ven la muerte porque su vida dura un día, desde que se despiertan hasta que se van a dormir.

En esa ocasión, Goran comprendió que, por mucho que se esforzara, nunca podría proteger a su hijo de los males del mundo. Como, años después, no había podido evitarle aquello que le había hecho su madre.

El sargento Morexu no era como los demás superiores de Mila. No le importaba nada la gloria, ni las fotos de los periódicos. Por eso la agente de policía se esperaba una reprimenda por cómo había conducido la operación en casa del profesor de música.

Morexu era una persona apresurada tanto en los modos como en el humor. No conseguía mantener una emoción más de unos pocos segundos. Así, en un momento dado estaba airado o contrariado, y justo después, sonriente e increíblemente amable. Para no perder tiempo, entonces, juntaba los gestos. Por ejemplo, si tenía que consolarte, te ponía una mano sobre el hombro y mientras tanto te acompañaba a la puerta. O hablaba por teléfono mientras con el auricular se rascaba las sienes.

Pero esa vez no tenía prisa.

Dejó a Mila de pie frente a su escritorio, sin invitarla a sentarse. Después se la quedó mirando fijamente, con las piernas estiradas bajo la mesa y los brazos cruzados.

—No sé si te das cuenta de lo que ha pasado hoy...

—Lo sé, me he equivocado —dijo ella, adelantándose.

—Al contrario, has salvado tres vidas.

Esa afirmación la paralizó durante un larguísimo instante.

—¿Tres?

Morexu se echó hacia delante en el sillón y posó los ojos sobre un papel que tenía frente a sí.

—Han encontrado una nota en casa del profesor de música. Parece que tenía intenciones de secuestrar a otra...

El sargento le tendió a Mila la fotocopia de la página de una agenda. Debajo del día y el mes, había un nombre.

—¿Priscilla? —preguntó ella.

—Priscilla —repitió Morexu.

—¿Y quién es?

—Una chica afortunada.

Y el sargento no dijo nada más. Porque no sabía más. No había un apellido, unas señas, una foto. Nada. Solo ese nombre: Priscilla.

—Por tanto, deja de cargar con esa cruz —continuó Morexu, y, antes de que Mila pudiera replicar, añadió—: Hoy te he visto en la rueda de prensa: parecía que no te importara nada.

—Es que, de hecho, no me importa.

—¡Joder, Vásquez! Pero ¿no te das cuenta de lo agradecidas que deben de estar las personas a las que has salvado? ¡Eso, por no hablar de sus familias!

«Porque ellos no han visto la mirada de la madre de Elisa Gomes», hubiera querido decir Mila. En cambio, se limitó a asentir. Morexu la miró al tiempo que sacudía la cabeza.

—Desde que estás aquí, no he oído una sola queja sobre ti.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Si no lo sabes, entonces tienes un problema, chiquilla... Por eso creo que te vendrá bien un poco de trabajo en equipo.

Pero Mila no estaba de acuerdo.

—¿Por qué? Hago mi trabajo, y es lo único que me interesa. Estoy acostumbrada a hacerlo así. Tendría que adaptar mis métodos a los de otra persona. ¿Cómo le explico que...?

—Ve a hacer las maletas —la interrumpió Morexu, poniendo así fin a sus

quejas.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Sales esta misma noche.

—¿Es una especie de castigo?

—No es un castigo, pero tampoco unas vacaciones: quieren el consejo de una experta. Y tú eres muy popular.

La agente de policía se puso seria.

—¿De qué se trata?

—El caso de las cinco niñas secuestradas.

Mila había oído hablar de ello en los noticiarios de la televisión.

—¿Por qué yo? —preguntó.

—Porque parece que hay una sexta, pero aún no saben quién es...

Habría querido más explicaciones, pero Morexu evidentemente había decidido que la conversación se había acabado. Volvía a tener prisa, y se limitó a darle un sobre con el que le señaló la puerta.

—Aquí dentro está también el billete de tren.

Mila lo cogió y se dirigió a la salida. Pero antes de dejar la habitación, se volvió de nuevo hacia el sargento:

—Priscilla, ¿eh?

—Sí...

4

«The Piper at the Gates of Dawn», de 1967. «A Saucerful of Secrets», de 1968. «Ummagumma» era del 69, como la banda sonora de la película *More*. En 1971 salió «Meddle», pero antes hubo otro... En 1970, estaba seguro. No recordaba el título, pero la portada sí. Esa en la que había una vaca..., ¿cómo se llamaba?

«Tengo que echar gasolina», pensó.

El indicador ya estaba al mínimo, y el piloto había empezado a parpadear con un rojo perentorio.

Pero él no quería detenerse.

Conducía desde hacía cinco horas largas y había recorrido casi seiscientos kilómetros. Sin embargo, haber interpuesto esa notable distancia con lo sucedido esa noche no lo hacía sentirse mejor. Tenía los brazos agarrotados sobre el volante; los músculos del cuello, tensos, le dolían.

Se volvió un instante.

«No pienses..., no pienses...»

Ocupaba su mente recuperando de la memoria recuerdos familiares, tranquilizadores. En los últimos diez minutos se había concentrado en la discografía de Pink Floyd. Pero en las cuatro horas precedentes habían sido los títulos de sus películas preferidas, los jugadores de las últimas tres temporadas del equipo de *hockey* del que era seguidor, los nombres de sus viejos compañeros de escuela, y también los profesores. Había llegado hasta la señora Berger. ¿Qué habría sido de ella? Le gustaría volver a verla. Cualquier cosa con tal de mantener alejado *ese* pensamiento. ¡Y ahora, su mente se había detenido en aquel álbum de la vaca de las narices en la portada!

Y el pensamiento había vuelto.

Tenía que deshacerse de él, devolverlo al rincón de su cabeza donde ya había conseguido confinarlo varias veces esa noche. De otro modo, empezaba a sudar, y a ratos estallaba en llanto, desesperándose por la situación, aunque no le duraba mucho. El miedo volvía a atenazarle el estómago. Pero él se obligaba a mantenerse lúcido.

«Atom Heart Mother.»

Ese era el título del disco. Por un instante se sintió feliz, pero fue una sensación pasajera. En su situación, había bien poco por lo que ser feliz.

Se volvió nuevamente para mirar atrás.

Después, otra vez: «Tengo que echar gasolina».

De vez en cuando, de la alfombrilla que tenía debajo de él subía una vaharada rancia de amoníaco para recordarle que se lo había hecho encima. Los músculos de las piernas empezaban a entumecerse, y se le había dormido una pantorrilla.

La tormenta que había golpeado la autopista durante casi toda la noche se había alejado más allá de las montañas. Pudo ver el resplandor verdoso en el horizonte, mientras en la radio un locutor proporcionaba el enésimo informe meteorológico. Dentro de poco llegaría el alba. Una hora antes había salido de la autopista y había cogido la carretera general. Ni siquiera se había detenido a pagar el peaje. Su objetivo por el momento era ir hacia delante, cada vez más lejos.

Siguiendo al pie de la letra las instrucciones recibidas.

Por unos minutos permitió a su mente vagar por otros derroteros. Pero, inevitablemente, al final se dirigió al recuerdo de aquella noche.

Había llegado en coche al hotel Modigliani el día anterior, hacia las once de la mañana. Había hecho su trabajo de representante comercial en la ciudad durante toda la tarde y luego, por la noche, tal como tenía previsto, había cenado con algunos clientes en el bistró del hotel. Pasadas las diez, se había retirado a su habitación.

Tras cerrar la puerta, lo primero que hizo fue aflojarse la corbata frente al espejo, y, en ese momento, el reflejo le devolvió, junto a su semblante sudado y los ojos inyectados en sangre, el verdadero rostro de su obsesión. Eso era lo que sucedía cuando el deseo le sacaba ventaja.

Mientras se miraba se preguntó, asombrado, cómo había conseguido

esconderles tan bien a los comensales la naturaleza real de sus pensamientos durante toda la noche. Había hablado con ellos, escuchado los insulsos discursos sobre golf y sobre esposas demasiado exigentes, reído chistes malos sobre sexo. Pero su mente estaba en otra parte. Saboreaba por adelantado el momento en que, de vuelta a su habitación y una vez aflojado el nudo de la corbata, le permitiría a ese bolo ácido que le cerraba la garganta remontar y estallarle en la cara, en forma de sudor, resuello y mirada pérfida.

El verdadero rostro bajo la máscara.

Encerrado en su habitación pudo por fin dar desahogo a aquel deseo que le oprimía el pecho y los pantalones, temiendo que estallase de un momento a otro. No obstante, eso no había sucedido; había conseguido controlarse.

Porque dentro de poco se habría marchado.

Como siempre, se había jurado a sí mismo que esa sería la última vez. Como siempre, esa promesa se había repetido antes y después. Y, como siempre también, sería incumplida y renovada la próxima ocasión.

Había dejado el hotel hacia la medianoche en el colmo de la excitación y había empezado a dar vueltas sin sentido, haciendo tiempo. Esa tarde, entre un recado y otro, efectuó inspecciones para cerciorarse de que todo fuera según sus planes, para que no surgieran obstáculos. Hacía dos meses que se preparaba, que cortejaba a su «mariposa» con cuidado. La espera era el justo adelanto de todo placer, y él la disfrutaba. Había cuidado los detalles, porque eran siempre éstos los que te traicionaban. Pero a él no le ocurriría. A él nunca le ocurriría. Aunque ahora, tras el hallazgo del cementerio de brazos, debía tomar algunas precauciones adicionales. Había mucha policía por allí, y todos parecían estar alertas. Pero él era bueno haciéndose invisible. No tenía nada que temer. Solo debía relajarse. Dentro de poco vería la mariposa en la carretera, en el punto acordado el día anterior. Siempre temía que pudieran cambiar de idea, que algo en la parte que les tocaba interpretar se torciera. Y entonces él se pondría triste, con aquella tristeza podrida de la que se necesitan días para librarse de ella y, lo que es peor, que no puede esconderse. Pero seguía repitiéndose que también esa vez saldría bien.

La mariposa acudiría.

La haría subir de prisa, acogiéndola con sus habituales formalidades, aquellas que no solo gustan, sino que además ahuyentan las dudas generadas por el miedo. La conduciría al lugar que había elegido para ellos esa tarde,

desviándose por un caminito desde el que se veía el lago.

El perfume de las mariposas era siempre muy penetrante: chicle, zapatillas de deporte y sudor. Eso le gustaba. Ese olor ya formaba parte de su coche.

También ahora lo percibió, mezclado con el de la orina. Lloró de nuevo. Cuántas cosas habían pasado desde aquel momento. Fue brusco el paso de la excitación y la felicidad a lo que sucedió a continuación.

Miró hacia atrás.

«Tengo que echar gasolina.»

Pero luego lo olvidó, y, con una bocanada de aquel aire viciado, volvió a sumirse en el recuerdo de lo que ocurrió después...

Estaba inmóvil en el coche, a la espera de la mariposa. De vez en cuando, la luna opaca asomaba la cabeza por entre las nubes. Para engañar a su ansiedad, repasó el plan. Al principio hablarían, pero él sobre todo escucharía. Porque sabía que las mariposas siempre necesitaban recibir lo que no encontraban en otro lugar: atención. Sabía interpretar bien ese papel. Escuchar pacientemente a la pequeña presa que, abriéndole el corazón, se debilitaba sola. Bajaba la guardia, y lo dejaba pasar tranquilamente a territorios profundos.

Cerca de la superficie del alma.

Él siempre decía algo extremadamente apropiado. Siempre lo hacía. Así era como se convertía en su maestro. Era bonito instruir a alguien sobre sus propios deseos. Explicarle bien lo que se quiere, hacerle ver cómo se hace. Era algo importante. Convertirse en su escuela, en su zona de prácticas. Proporcionar un adiestramiento sobre lo que es agradable.

Pero justo mientras estaba componiendo esa lección mágica que le abriría todas las puertas de su intimidad, miró distraídamente por el espejo retrovisor.

Y en ese momento lo vio.

Algo menos consistente que una sombra. Algo que puedes no haber visto en realidad, porque proviene directamente de tu imaginación. Y él en seguida había pensado en un espejismo, en una ilusión.

Hasta el puñetazo en la ventanilla.

El ruido seco de la puerta al abrirse. La mano que se introdujo y le agarró el cuello, apretando. Ninguna posibilidad de reaccionar. Una ráfaga de aire frío invadió el habitáculo, y recordaba bien haber pensado: «He olvidado

echar el seguro». ¡El seguro! Pero eso no habría bastado para detenerlo.

El hombre tenía una fuerza considerable y logró sacarlo fuera del coche agarrándolo tan solo de un brazo. Un pasamontañas negro le cubría la cara. Mientras lo sostenía en el aire, él pensó en la mariposa: la valiosa presa que había atraído con tanto trabajo ya estaba perdida.

E, indudablemente, llegados a ese punto, la presa era él.

El hombre aflojó la presión sobre su cuello y lo arrojó al suelo. Luego regresó hacia su coche. «Claro, ha ido a buscar el arma con la que acabará conmigo...», pensó él. Y así, movido por un desesperado instinto de supervivencia, había intentado arrastrarse por el suelo húmedo y frío, aunque al hombre del pasamontañas le habrían bastado solo unos pasos para alcanzarlo y terminar lo que había empezado.

«Cuántas cosas inútiles hace la gente cuando trata de escapar de la muerte —pensó ahora, dentro de su coche—. Hay quien frente al cañón de una pistola alarga la mano, con el único resultado de hacerse perforar la palma por la bala. Y están los que para huir de un incendio se arrojan por las ventanas de los edificios... Quieren evitar lo inevitable, y terminan haciendo cosas absurdas.»

Él no creía formar parte de ese tipo de personas. Siempre había estado seguro de poder afrontar la muerte dignamente. Al menos hasta esa noche, cuando se encontró arrastrándose como un gusano, suplicando ingenuamente su propia salvación.

Renqueando a duras penas, ganó tan solo un par de metros. Luego se desmayó.

Dos bofetadas secas en las mejillas lo hicieron volver en sí. El hombre del pasamontañas había vuelto. Se recortaba por encima de él y lo miraba con sus ojos apagados, calinosos. No llevaba ninguna arma consigo. Con un gesto de la cabeza, señaló el coche y le dijo: «Vete y no te detengas, Alexander».

El tipo del pasamontañas conocía su nombre.

Al principio le pareció sensato. Después, pensando de nuevo en ello, era lo que más lo aterrorizaba.

Marcharse de allí. En ese momento no lo había creído. Se había levantado del suelo, había alcanzado el coche tambaleándose, tratando de apresurarse por temor a que el otro pudiera cambiar de idea. Se había puesto al volante en seguida, con la vista aún nublada y las manos temblando hasta tal punto que no

lograba poner en marcha el vehículo. Cuando finalmente lo había conseguido, había comenzado su larga noche en la carretera. Lejos de allí, cuanto más lejos, mejor...

«Tengo que echar gasolina», pensó para volver a ser práctico.

El depósito estaba casi vacío. Buscó las indicaciones de una estación de servicio, preguntándose si eso entraría en conflicto con la orden que había recibido esa noche.

No detenerse.

Hasta la una de la madrugada, dos preguntas habían ocupado sus pensamientos: ¿por qué el hombre del pasamontañas lo había dejado marchar? Y ¿qué había pasado mientras él estaba inconsciente?

La respuesta la obtuvo cuando su mente recuperó parte de la lucidez y empezó a oír el *ruido*.

Un roce en la carrocería, acompañado por un golpeteo rítmico y metálico —tum, tum, tum—, oscuro e incesante. «¡Claro, le ha hecho algo al coche: antes o después, una de las ruedas se saldrá del eje y perderé el control, aplastándome contra el guardarraíl!» Pero nada de todo eso había sucedido, porque aquel ruido no era de naturaleza mecánica. Pero eso lo había comprendido después..., aunque no fuera capaz de admitirlo.

En ese momento apareció una señal en la carretera: la estación de servicio más próxima estaba a menos de ocho kilómetros. Llegaría, pero allí tendría que ser rápido.

Con ese pensamiento, se volvió por enésima vez.

Pero su atención no se dirigía a la carretera nacional que dejaba a sus espaldas, ni a los coches que circulaban detrás de él.

No, su mirada se detenía antes, mucho antes.

Lo que lo perseguía no estaba allí, en aquella carretera. Estaba mucho más cerca. Era la fuente de aquel ruido. Era algo de lo que no podía escapar.

Porque aquello estaba en su maletero.

Eso era lo que miraba con tanta insistencia, aunque trataba de no pensar en lo que contenía. Pero cuando Alexander Bermann volvió a mirar hacia delante ya era demasiado tarde. En el arcén, el policía le estaba haciendo señas para que se detuviera.

5

Mila descendió del tren. Tenía la cara brillante y los ojos hinchados porque había pasado la noche en vela. Echó a andar bajo la marquesina de la estación. El edificio estaba compuesto por un magnífico cuerpo principal, construido en el siglo XIX, y por un centro comercial inmenso. Todo estaba limpio, en orden. Sin embargo, tras unos pocos minutos, Mila ya conocía todos sus rincones oscuros. Los lugares donde buscaría a sus niños desaparecidos, donde la vida se vende y se compra, anida o se esconde.

Pero no estaba allí por eso.

Pronto alguien se la llevaría de ese lugar. Cerca de la oficina de la policía ferroviaria la esperaban dos colegas. La mujer era maciza, de unos cuarenta años, de tez trigueña, pelo corto y caderas anchas, demasiado para aquel par de vaqueros. El hombre, de unos treinta y ocho años, era alto y robusto. A Mila le recordó a los grandullones del pueblo donde había crecido. En secundaria había tenido un par de novios así; los recordaba muy torpes.

El hombre le sonrió, mientras su colega se limitó a marcarla levantando una ceja. Mila se acercó para las presentaciones de costumbre. Sarah Rosa dijo solo su nombre y el grado. El otro, en cambio, le tendió la mano, recalcando: «Agente especial Klaus Boris». Luego se ofreció a llevarle la bolsa de lona:

—Deja, ya me ocupo yo.

—No, gracias, puedo sola —respondió Mila.

Pero él insistió:

—No es ningún problema.

El tono con que lo dijo y su obstinado modo de sonreír le hicieron comprender que el agente Boris debía de ser una suerte de donjuán,

convencido de poder ejercitar su propia fascinación sobre toda hembra que se le pusiera a tiro. Mila estaba segura de que, en el mismo momento en que la había visto de lejos, él había decidido intentarlo.

Boris propuso tomar un café antes de irse, pero Sarah Rosa lo fulminó con la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? —se defendió él.

—No tenemos tiempo, ¿recuerdas? —repuso la mujer con decisión.

—Nuestra compañera ha hecho un largo viaje, y pensaba que...

—No es necesario —intervino Mila—. Estoy bien, gracias.

Mila no tenía intención de ponerse en contra de Sarah Rosa, que, sin embargo, no parecía apreciar su alianza.

Alcanzaron el coche en el aparcamiento y Boris se puso al volante. Rosa ocupó el asiento a su lado y Mila subió atrás con su bolsa de lona. Luego, se mezclaron con el tráfico, recorriendo la calle que discurría paralela al río.

Sarah Rosa parecía bastante molesta por haber tenido que escoltar a una colega. A Boris, en cambio, aquello no le desagradaba.

—¿Adónde vamos? —preguntó tímidamente Mila.

Boris la miró a través del espejo retrovisor:

—Al Departamento. El inspector jefe Roche quiere hablar contigo. Será él quien te dé las instrucciones.

—Nunca antes he trabajado en un caso de un asesino en serie —quiso precisar Mila.

—Tú no tienes que capturar ninguno —replicó Rosa con acritud—; de eso nos ocupamos nosotros. Tu objetivo tan solo es encontrar el nombre de la sexta niña. Espero que hayas podido estudiar el informe...

Mila hizo caso omiso de la nota de suficiencia en la voz de su colega, porque esa frase le trajo a la mente la noche que había pasado en blanco con aquellos papeles. Las fotos de los brazos sepultados, los descarnados datos médico-legales sobre la edad de las víctimas y la cronología de las muertes...

—¿Qué pasó en aquel bosque? —quiso saber.

—¡Es el caso más grande de los últimos tiempos! —dijo Boris, apartando por un instante la vista de la calzada, presa de la excitación—. Nunca antes se ha visto nada parecido. En mi opinión, hará saltar un montón de culos entre los altos cargos. Por eso Roche se lo está haciendo encima.

La jerga escabrosa de Boris fastidiaba a Sarah Rosa y, en realidad, también a Mila. Todavía no conocía al inspector jefe, pero ya tenía claro que sus hombres no tenían demasiada consideración hacia él. Sí, Boris era más directo, pero si se tomaba esas libertades delante de Rosa quería decir que también ella estaba de acuerdo, aunque no lo demostrara. «Eso no está bien», pensó Mila. Independientemente de los comentarios que pudiera oír, solo juzgaría a Roche por sus métodos.

Rosa repitió la pregunta y solo entonces Mila se dio cuenta de que estaba hablando con ella.

—¿Es tuya esa sangre?

Sarah Rosa se había vuelto en el asiento y le señalaba un punto en la pierna. Mila se miró el muslo. Tenía el pantalón manchado de sangre; la cicatriz se había abierto de nuevo. Se puso de inmediato una mano encima y sintió el impulso de justificarse.

—Me caí haciendo *jogging* —mintió.

—Bueno, intenta curarte esa herida. No queremos que tu sangre se mezcle con alguna prueba.

Mila advirtió una repentina incomodidad por ese reproche, también porque Boris la estaba mirando por el espejo. Esperó a que el momento pasara, pero Rosa no había terminado su lección.

—Una vez, un novato que tenía que vigilar la escena de un homicidio de trasfondo sexual meó en el lavabo de la víctima. Durante seis meses estuvimos buscando a un fantasma, creyendo que el asesino había olvidado tirar de la cadena.

Boris rio al oír eso. Mila, en cambio, intentó cambiar de tema:

—¿Por qué me habéis llamado? ¿No bastaba con echar un vistazo a las denuncias de desapariciones del último mes para identificar a la niña?

—Eso no debes preguntárnoslo a nosotros... —replicó Rosa con un tono desagradable.

«El trabajo sucio», pensó Mila. Era incluso demasiado obvio que la habían llamado para eso. Roche quería endilgarle el asunto a alguien externo al equipo, alguien que no estuviera demasiado cerca, para después culparlo en el caso de que el sexto cadáver quedara sin identificar.

Debby. Anneke. Sabine. Melissa. Caroline.

—¿Y las familias de las otras cinco? —quiso saber Mila.

—También van de camino al Departamento, para el examen de ADN.

Mila pensó en aquellos pobres padres, obligados a someterse a la lotería del ADN para tener la certeza de que la sangre de su sangre había sido bárbaramente asesinada y descuartizada. Pronto su existencia cambiaría para siempre.

—Y del monstruo, ¿qué se sabe? —preguntó, intentando distraerse de ese pensamiento.

—Nosotros no lo llamamos monstruo —señaló Boris—. Así lo despersonalizas. —Mientras lo decía, Boris intercambió una mirada de complicidad con Rosa—. Al doctor Gavila no le gusta.

—¿El doctor Gavila? —repitió Mila.

—Ya lo conocerás.

El malestar de Mila aumentó. Estaba claro que su escaso conocimiento del caso la ponía en desventaja frente a sus colegas, que, por eso mismo, podían tomarle el pelo a gusto. Pero tampoco esa vez dijo una sola palabra para defenderse.

Rosa, en cambio, no tenía intención alguna de dejarla en paz, y continuó con tono paternalista:

—Querida, no te sorprendas si no logras entender cómo están las cosas. Seguro que eres muy buena en tu trabajo, pero aquí la historia es distinta, porque los crímenes en serie se rigen por otras reglas, y eso también vale para las víctimas. No han hecho nada para convertirse en tales. Su única culpa, por lo común, es que sencillamente se encontraban en el lugar erróneo en el momento equivocado. O que para salir de casa ese día se han vestido de un color en particular en vez de otro. O, como en el caso que nos ocupa, tienen la culpa de ser niñas, caucásicas, y de tener entre siete y trece años... No te enfades, pero tú no puedes saber esas cosas. No es nada personal...

«Ya, como si eso fuera verdad», pensó Mila. Desde el momento exacto en que se habían conocido, Rosa había hecho de cada argumento una cuestión personal.

—Aprendo de prisa —respondió Mila.

Rosa se volvió para mirarla, rígida.

—¿Tienes hijos?

Por un instante, Mila se quedó descolocada.

—No, ¿por qué? ¿Qué tiene eso que ver?

—Porque cuando encuentres a los padres de la sexta niña tendrás que explicarles la «razón» por la que su preciosa hija ha sido tratada de ese modo. No obstante, tú no tendrás idea de los sacrificios que han tenido que hacer para criarla y educarla, de las noches que han pasado en vela cuando tenía fiebre, de los ahorros puestos aparte para darle unos estudios y asegurarle un futuro, de las horas pasadas con ella jugando o haciendo los deberes. —El tono de Rosa iba alterándose cada vez más—. ¡Y tampoco sabrás por qué tres de esas niñas llevaban esmalte brillante en las uñas, o que una de ellas tenía una vieja cicatriz en el codo porque se cayó de la bicicleta a los cinco años, o que eran todas pequeñas y bonitas y tenían los sueños y los deseos propios de esa edad inocente, que ahora ha sido violada para siempre! Tú esas cosas no puedes saberlas porque nunca has sido madre...

—Hollie —fue la seca respuesta de Mila.

—¿Cómo? —contestó Sarah Rosa sin entender.

—La marca de la laca de uñas es Hollie. Es esmalte brillante, polvo de coral. Lo regalaban hace un mes con una revista para adolescentes. Por eso tres de ellas lo llevaban: tuvo mucho éxito... Además, una de las víctimas llevaba un brazalete de la suerte.

—No hemos encontrado ningún brazalete —repuso Boris, que empezaba a interesarse por el tema.

Mila extrajo del informe una de las fotos.

—Es la número dos, Anneke. La piel cercana a la muñeca es más clara, señal de que llevaba algo ahí. Quizá se lo quitara el asesino, quizá lo perdiera cuando fue secuestrada, o durante una pelea. Eran todas diestras excepto una, la tercera: tenía manchas de tinta en el perfil del índice, por lo que deduzco que era zurda.

Boris estaba impresionado; Rosa, aturdida. Mila estaba lanzada.

—Una última cosa: la número seis, la que sigue sin identificar, conocía a la que desapareció en primer lugar, Debby.

—¿Y tú cómo coño lo sabes? —preguntó Rosa.

Mila sacó del informe las fotos de los brazos uno y seis.

—Hay un puntito rojo en las yemas de ambos índices. Eran «hermanas de

sangre».

El Departamento de Ciencias de la Conducta de la policía federal se ocupaba sobre todo de los crímenes violentos. Roche estaba al mando desde hacía ocho años y había sido capaz de revolucionar el estilo y los métodos empleados. Había sido él, de hecho, el que había abierto las puertas a los civiles como el doctor Gavila, que, por sus estudios e investigaciones, era unánimemente considerado el más innovador de todos los criminólogos en circulación.

En la unidad de investigación, Stern era el agente de información; era el más viejo y el de mayor grado. Su cometido era recabar las noticias que luego servirían para construir los perfiles, y trazar los paralelismos con otros casos. Él era la «memoria» del grupo.

Sarah Rosa era la agente con funciones logísticas y la experta en informática. Pasaba gran parte del tiempo poniéndose al día sobre las nuevas tecnologías y recibiendo adiestramientos específicos sobre la planificación de las operaciones de la policía.

Por último estaba Boris, el agente examinador. Su tarea consistía en interrogar a las personas implicadas en los casos, además de hacer confesar al eventual culpable. Estaba especializado en múltiples técnicas para alcanzar ese objetivo, y habitualmente lo conseguía.

Roche impartía las órdenes, pero no conducía materialmente al equipo: eran las intuiciones del doctor Gavila las que dirigían las investigaciones. El inspector jefe era sobre todo un político, y sus elecciones eran a menudo dictadas por razones de carrera. Le gustaba aparecer en los medios y apropiarse del mérito en las investigaciones que acababan bien. En las que no obtenía éxito, en cambio, cargaba las responsabilidades en todo el grupo o, como a él le gustaba decir, «el equipo de Roche». Una fórmula que le había hecho ganarse la antipatía y a menudo el desprecio de sus subordinados.

En la sala de juntas del piso más alto del edificio que albergaba la sede del Departamento, en el centro de la ciudad, estaban todos reunidos.

Mila se dirigió a la última fila. En el baño se había curado de nuevo la herida de la pierna, cerrándola con dos capas de tiritas. Después se había cambiado los vaqueros por otro par igual.

Tomó asiento y dejó la bolsa en el suelo. En seguida reconoció al

inspector jefe Roche en un hombre larguirucho. Discutía animadamente con un tipo de aspecto modesto que irradiaba una extraña aura a su alrededor; una luz gris. Mila estaba segura de que fuera de aquella habitación, en el mundo real, ese hombre se desvanecería como un fantasma, pero allí dentro su presencia tenía un sentido. Seguramente era el doctor Gavila, del que Boris y Rosa le habían hablado en el coche.

Sin embargo, ese hombre tenía algo que hacía olvidar de inmediato su ropa ajada y su melena despeinada: sus ojos, grandísimos y atentos.

Mientras seguía hablando con Roche, se acercó a ella, pillándola desprevenida. Entonces Mila apartó la mirada, torpe, y al poco él hizo lo mismo y fue a sentarse un poco más lejos. Desde ese momento la ignoró por completo y, minutos después, la reunión empezó oficialmente.

Roche subió al entarimado y tomó la palabra con un gesto solemne de la mano, como si estuviera hablándole a toda una platea, y no a un auditorio de cinco personas.

—Acabo de estar con los de la científica: nuestro Albert no ha dejado ningún indicio a sus espaldas. Ha sido verdaderamente cuidadoso. Ni un rastro, ni una huella en el pequeño cementerio de brazos. Nos ha dejado solo seis niñas que encontrar, seis cuerpos... Y un nombre.

Luego el inspector cedió la palabra a Goran, que, en cambio, no se reunió con él sobre la tarima, sino que se mantuvo en su sitio, con los brazos cruzados y las piernas estiradas bajo el asiento de delante.

—Desde el principio, nuestro Albert sabía bien cómo se desarrollarían los acontecimientos. Ha previsto hasta el más mínimo detalle. Él es quien controla el tiovivo. Y, además, el seis es ya un número completo en la cábala de un asesino en serie.

—666, el número del diablo —intervino Mila.

Todos se volvieron para mirarla con expresiones de reprobación.

—No recurramos a ese tipo de banalidades —repuso Goran, y ella sintió que se hundía—. Cuando hablamos de un número completo nos referimos al hecho de que el sujeto ya ha completado una o más series.

Mila entornó imperceptiblemente los ojos y Goran intuyó que no lo había entendido, así que se explicó mejor:

—Definimos como asesino en serie a alguien que ha matado al menos tres veces de un modo similar.

—Dos cadáveres hacen solo a un pluriasesino —añadió Boris.

—Por eso dos víctimas son dos series.

—¿Es una especie de convención? —preguntó Mila.

—No. Quiere decir que si matas por tercera vez ya no te detienes nunca —intervino Rosa, zanjando el asunto.

—Los frenos inhibidores se relajan, el sentido de culpa se apacigua y ya matas de forma mecánica —concluyó Goran, y volvió a dirigirse a todo el mundo—: Pero ¿por qué aún no sabemos nada del cadáver número seis?

—Ahora sabemos una cosa —intervino Roche—. Por cuanto me ha sido referido, nuestra diligente colega nos ha provisto de un indicio que creo importante. Ha relacionado la víctima sin identificar con Debby Gordon, la número uno. —Roche lo dijo como si la idea de Mila fuera, en realidad, mérito suyo—. Por favor, agente: diga en qué consiste su intuición investigativa.

Mila se encontró de nuevo en el centro de la atención. Bajó la cabeza sobre sus apuntes, intentando asignarles un orden a sus pensamientos antes de enfrentarse al discurso. Roche, mientras tanto, le hacía gestos para que se pusiera en pie.

Mila se levantó.

—Debby Gordon y la niña número seis se conocían. Naturalmente, aún es solo una suposición, pero eso explicaría el hecho de que las dos presenten una señal idéntica en el índice...

—¿De qué se trata exactamente? —preguntó Goran, curioso.

—Bueno..., es ese ritual de pincharse la punta de un dedo con un imperdible y mezclar la sangre uniendo las yemas: una versión juvenil del pacto de sangre. Generalmente se hace para consagrar una amistad.

También Mila lo había hecho con su amiga Graciela, aunque ellas usaron un clavo oxidado porque el imperdible les pareció una cosa de niñas. Ese recuerdo volvió a su mente de pronto. Graciela había sido su compañera de juegos. Cada una conocía los secretos de la otra y, una vez, habían compartido incluso a un chico sin que él lo supiera. Le habían dejado creer que era él el listillo que conseguía estar con ambas amigas sin que ellas se dieran cuenta. ¿Qué habría sido de Graciela? Hacía años que no sabía nada de ella. Habían perdido el contacto demasiado pronto, para no reencontrarse nunca más. Sin embargo, se habían prometido amistad eterna. ¿Por qué había sido tan fácil

olvidarse de ella?

—Si eso es así, la niña número seis debería tener la misma edad que Debby.

—El análisis de los cuerpos de Barr efectuado sobre el sexto miembro avala esa tesis: la víctima tenía doce años —intervino Boris, que no veía la hora de ganar puntos a ojos de Mila.

—Debby Gordon iba a un colegio exclusivo. No es plausible que su hermana de sangre fuera una compañera de la escuela porque no falta ningún estudiante más.

—Por tanto, debió de conocerla fuera del ámbito escolar —terció Boris de nuevo.

Mila asintió.

—Debby estaba en ese colegio desde hacía ocho meses. Debía de sentirse muy sola tan lejos de casa. Juraría que tenía dificultades para relacionarse con sus compañeras. Supongo entonces que conoció a su hermana de sangre en otras circunstancias.

—Quiero que vaya a echar un vistazo a la habitación de la chica en el colegio —intervino Roche—, a ver si se nos ha escapado algo.

—También querría hablar con los padres de Debby, si es posible.

—Claro, haga lo que crea conveniente.

Antes de que el inspector jefe pasara a otra cosa, llamaron a la puerta. Tres golpes rápidos. Justo después entró un tipo bajo con una bata blanca al que nadie había invitado a pasar. Tenía el cabello hirsuto y unos ojos almendrados muy singulares.

—Ah, Chang —lo saludó Roche.

Era el médico forense que se ocupaba del caso. Mila descubrió casi en seguida que no era oriental, sino que, por alguna misteriosa razón genética, había heredado esos rasgos. Se llamaba Leonard Vross, pero todo el mundo lo llamaba Chang.

El hombrecillo se quedó de pie al lado de Roche. Llevaba consigo una carpeta que abrió de inmediato, aunque no necesitó leer su contenido, puesto que lo conocía de memoria. Probablemente, tener aquellas hojas delante le daba seguridad.

—Querría que escucharais con atención lo que ha descubierto el doctor

Chang —dijo el inspector jefe—, aunque sé que para algunos de vosotros será difícil comprender ciertos detalles.

Se refería a ella, Mila estaba más que segura.

Chang se puso un par de gafitas que llevaba en el bolsillo de la bata y tomó la palabra aclarándose la voz:

—El estado de conservación de los restos, a pesar de haber estado sepultados, era óptimo.

Eso confirmaba la tesis según la cual no había pasado mucho tiempo entre la creación del cementerio de brazos y su recuperación. Luego, el patólogo se extendió sobre algunos detalles, pero cuando finalmente tuvo que ilustrar cómo habían muerto las seis niñas, Chang no se anduvo por las ramas.

—Las mató cortándoles el brazo.

Las lesiones tienen un lenguaje propio, y con él se comunican. Mila lo sabía bien. Cuando el médico forense levantó la carpeta abierta mostrando la imagen ampliada de uno de los brazos, la agente reparó de inmediato en el halo rojizo alrededor del corte y en la fractura del hueso. La infiltración de la sangre en los tejidos es la primera señal que se busca para establecer si la lesión ha sido o no letal. Si ha sido infligida en un cadáver, no hay actividad de bombeo cardíaco y, por tanto, la sangre permanece estancada en los vasos seccionados, sin fijarse en los tejidos circundantes. Si, en cambio, el golpe es infligido cuando la víctima todavía está viva, la presión sanguínea de las arterias y los capilares sigue propagándose porque el corazón empuja la sangre a los tejidos perjudicados, en la desgraciada empresa de cicatrizarlos. En las niñas, ese mecanismo salvavidas solo se detuvo cuando el brazo fue seccionado.

—La lesión se produjo en la zona media de los bíceps braquiales — continuó Chang—. El hueso no está astillado, la fractura es limpia. Debió de emplear una sierra de precisión: no hemos encontrado limaduras de hierro en los márgenes de la herida. La sección uniforme de los vasos sanguíneos y de los tendones nos dice que la amputación fue realizada con una pericia casi quirúrgica. La muerte sobrevino por desangramiento. —Y añadió—: Fue una muerte horrible.

Al oír esa frase, Mila tuvo el impulso de bajar los ojos en señal de respeto, pero se dio cuenta en seguida de que habría sido la única.

Chang continuó:

—Diría que las mató en seguida: no tenía interés en mantenerlas con vida más allá de lo necesario, y no titubeó. El tipo de muerte es idéntica para todas las víctimas. Excepto para una...

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire durante un instante, para luego caer sobre los presentes como una ducha helada.

—¿Qué significa eso? —preguntó Goran.

Con un dedo, Chang se empujó hacia arriba las gafas, que se le habían deslizado hasta la punta de la nariz; después miró al criminólogo:

—Que para una de ellas aún fue peor.

En la habitación se hizo un silencio absoluto.

—Los exámenes toxicológicos han revelado restos de un cóctel de fármacos en la sangre y en los tejidos. En concreto: antiarrítmicos como la disopiramida, inhibidores de la ECA y atenolol, que es un betabloqueante...

—Redució su ritmo cardíaco, bajándole a la vez la presión —añadió Goran Gavila, que lo había comprendido todo.

—¿Por qué? —preguntó Stern, que, en cambio, no lo tenía nada claro.

A los labios de Chang asomó una mueca, parecida a una amarga sonrisa.

—Ralentizó el desangramiento para que muriera lentamente... Quiso «disfrutar del espectáculo».

—¿De qué niña se trata? —preguntó Roche, aunque ya todos conocían la respuesta.

—De la número seis.

Esta vez, Mila no tenía la necesidad de ser una profesional de los asesinatos en serie para comprender lo que había pasado. En la práctica, el médico forense acababa de afirmar que el asesino había modificado su modus operandi, lo que significaba que había adquirido seguridad en lo que hacía. Estaba experimentando un nuevo juego, y le gustaba.

—Ha cambiado porque estaba contento con el resultado. Le iba cada vez mejor —concluyó Goran—. Por lo que parece, le ha cogido el gusto.

Mila notó una extraña sensación. Eran aquellas cosquillas en la nuca que advertía siempre que estaba acercándose a la solución de uno de sus casos de desaparición. Algo difícil de explicar. Luego, la mente se abría, revelándole una verdad insospechada. Generalmente aquella percepción duraba más, pero esta vez desapareció antes de que pudiera agarrarla. Fue una frase de Chang la

que la alejó.

—Una cosa más... —El médico forense se dirigió directamente a Mila: aunque no la conocía, ella era el único rostro extraño en aquella sala, y ya debía de estar al corriente de las razones de su presencia—. Ahí fuera están los padres de las niñas desaparecidas.

Desde la ventana de la comisaría de la policía de tráfico, apartada entre las montañas, Alexander Bermann pudo gozar de una vista completa del aparcamiento. Su coche estaba al fondo, estacionado en batería. Desde ese punto de observación le parecía muy lejano.

El sol, ya alto, hacía resplandecer las carrocerías de los vehículos. Después de la tormenta de aquella noche nunca se habría imaginado un día como ese. Parecía que se hubiera adelantado la primavera, y casi hacía calor. De la ventana abierta llegaba una débil brisa que traía una sensación de paz. Alexander se sentía extrañamente contento.

Cuando lo habían detenido al alba en el control de carretera, no se turbó, ni le entró el pánico. En cambio, había permanecido en el interior del vehículo, con aquella fastidiosa sensación de humedad entre las piernas.

Desde el asiento del conductor tuvo una óptima visión de los agentes junto al coche patrulla. Uno tenía en la mano la carpeta con su documentación, y le dictaba al otro los datos, que luego este repetía por radio.

«Dentro de poco vendrán aquí y me harán abrir el maletero», pensó.

El agente que le había hecho detenerse había sido muy cortés. Le había preguntado por el aguacero y había demostrado compasión diciéndole que no lo envidiaba por tener que conducir toda la noche con ese tiempo.

—Usted no es de por aquí —había afirmado tras leer la matrícula.

—No, en efecto —había contestado él—. Vengo de fuera.

La conversación había acabado ahí. Por un instante, incluso pensó en contárselo todo, pero luego cambió de idea. Aún no había llegado el momento. Después, el agente se había alejado hacia su compañero. Alexander Bermann no sabía lo que sucedería, pero por primera vez había aflojado la presión sobre el volante. Así, la sangre volvió a circular por sus manos, que recobraron su color.

Y se dio cuenta de que se había puesto a pensar en sus mariposas. Tan frágiles, tan ajenas a su encanto... Él, en cambio, había detenido el tiempo

para ellas, haciéndolas conscientes de los secretos de su atractivo. Los demás se limitaban a consumir su belleza; él las cuidaba. En el fondo, ¿de qué podían acusarlo?

Cuando vio que el policía se acercaba de nuevo a su ventanilla, sus pensamientos se desvanecieron de repente y la tensión, que había disminuido momentáneamente, aumentó de nuevo. Habían invertido demasiado tiempo, pensó. Mientras se aproximaba, el agente llevaba una mano apoyada en la cadera, a la altura del cinturón. Alexander sabía qué era aquel gesto: significaba que estaba listo para desenfundar su revólver. Cuando estuvo finalmente cerca, lo oyó pronunciar una frase que no esperaba:

—Debe usted seguirnos a comisaría, señor Bermann. Entre sus documentos falta el permiso de circulación.

«Qué extraño —había pensado él—. Estaba seguro de haberlo puesto ahí.» Pero después lo comprendió: se lo había robado el hombre del pasamontañas mientras él estaba inconsciente. Y ahora estaba allí, en aquella pequeña sala de espera, disfrutando del calor inmerecido de aquella brisa. Lo habían confinado a ese lugar después de haberle incautado el coche, ignorantes de que la amenaza de una sanción administrativa era la última de sus preocupaciones. Ellos se habían retirado a sus despachos para decidir cosas que para él ya no tenían importancia alguna. Reflexionó sobre esa curiosa condición: cómo cambian las prioridades para un hombre que no tiene nada que perder. Porque lo que más le preocupaba en ese momento era que no acabara la caricia de aquella brisa.

Alexander Bermann mantenía los ojos fijos en el aparcamiento y en el ir y venir de los agentes. Su coche estaba allí, a la vista de todos, con su secreto encerrado en el maletero. Y nadie se daba cuenta de nada.

Mientras reflexionaba sobre la singularidad de la situación, vio a una patrulla de agentes que volvían de la pausa para el café de media mañana. Tres hombres y dos mujeres con uniforme. Probablemente uno de ellos estaba contando una anécdota, pues caminaba gesticulando. Cuando acabó, los demás se rieron. Él no había oído una sola palabra de su historia, pero el sonido de las risotadas tuvo un efecto contagioso y de pronto se encontró sonriendo. Duró poco. El grupo pasó cerca de su coche. Uno de ellos, el más alto, se detuvo de repente, dejando que los demás prosiguieran solos. Se había dado cuenta de algo.

Alexander percibió en seguida la expresión que había adoptado su rostro.

«El olor —pensó—. Debe de haber notado el olor.»

Sin decir nada a sus compañeros, el agente empezó a mirar a su alrededor. Olfateaba el aire como si todavía buscara la débil estela que por un instante había puesto en alerta sus sentidos. Cuando la encontró, se volvió hacia el coche que estaba a su lado. Dio algunos pasos en esa dirección y se detuvo frente al maletero cerrado.

Al ver la escena, Alexander dejó escapar un suspiro de alivio. Estaba *agradecido*. Agradecido por la coincidencia que lo había conducido allí, por la brisa que había recibido a modo de obsequio, y por el hecho de que no tendría que ser él quien abriera ese maldito maletero.

La caricia del viento cesó. Alexander Bermann se levantó de su sitio frente a la ventana y se sacó del bolsillo el teléfono móvil.

Había llegado el momento de hacer una llamada.

6

«Debby. Anneke. Sabine. Melissa. Caroline.»

Mila repetía en su mente aquellos nombres mientras observaba desde detrás de un cristal a los familiares de las cinco víctimas identificadas, que habían sido reunidos para la ocasión en la morgue del Instituto de Medicina Legal. Se trataba de un edificio de estilo gótico con grandes ventanales y rodeado de un parque desnudo.

«Faltan dos —se repetía Mila de manera obsesiva—. Un padre y una madre que aún no hemos conseguido encontrar.»

Tenía que identificar el brazo izquierdo número seis. La niña con la que Albert se había encarnizado más, con aquellos cócteles de fármacos para ralentizar dolorosamente su muerte.

«Ha querido “disfrutar del espectáculo”.»

Recordó el último caso que había resuelto, el del profesor de música, cuando liberó a Pablo y a Elisa. «Al contrario, has salvado tres vidas», fue la frase que usó el sargento Morexu refiriéndose a la nota encontrada en la agenda del tipo. Aquel nombre...

Priscilla.

Su jefe tenía razón: la niña había sido afortunada. Mila notó una cruel unión entre ella y las seis víctimas.

Priscilla había sido escogida por su verdugo. Solo por casualidad no se había convertido en una presa. ¿Dónde estaría ahora? ¿Cómo sería su vida? Quién sabía si tal vez una parte de ella, profunda y apartada, era consciente de haber huido de un horror semejante.

Desde el momento mismo en que había pisado la casa del profesor de música, Mila la había salvado. Y ella nunca lo sabría. Nunca podría apreciar

el regalo de vivir una segunda vida que le había sido concedido.

Priscilla, como Debby, Anneke, Sabine, Melissa y Caroline. Predestinada, pero sin el mismo destino que ellas.

Priscilla, como la número seis, una víctima sin rostro. Pero al menos ella tenía un nombre.

Chang sostenía que era solo cuestión de tiempo, que antes o después se descubriría la identidad de la sexta niña. Pero Mila no esperaba demasiado, y la idea de que se hubiera desvanecido para siempre le hacía difícil considerar cualquier otra opción.

No obstante, ahora debía estar lúcida. «Me toca a mí», se dijo mientras miraba más allá del cristal que la separaba de los padres de las niñas que ya habían sido identificadas. Observaba aquella especie de acuario humano, la coreografía de aquellas afligidas criaturas silenciosas. Dentro de poco tendría que ir a hablar con el padre y la madre de Debby Gordon. Debería entregar a aquellos padres el resto de su dolor.

El pasillo de la morgue, que se encontraba en la planta subterránea del edificio, era largo y oscuro. A él se accedía por una escalera o por un estrecho ascensor que generalmente no funcionaba. Había unas angostas ventanas a ambos lados del techo que dejaban filtrar algo de luz. Las baldosas esmaltadas de blanco que revestían las paredes no lograban reflejarla, y probablemente ese había sido el objetivo de quien las había puesto allí. El resultado era que la estancia resultaba oscura también de día, y los neones del techo siempre permanecían encendidos, llenando el espectral silencio del lugar con su incesante zumbido.

«Qué lugar tan horrible para afrontar la noticia de la pérdida de un hijo», consideró Mila mientras seguía observando a aquellos familiares apenados. Para reconfortarlos solo había algunas anónimas sillas de plástico y una mesa con viejas revistas llenas de rostros sonrientes.

Debby. Anneke. Sabine. Melissa. Caroline.

—Mira allí —dijo Goran Gavila a su espalda—. ¿Qué ves?

Antes, en presencia de los demás, la había humillado. ¿Ahora, en cambio, la tuteaba?

Mila continuó observando durante un largo instante.

—Veo su sufrimiento.

—Mira mejor. No solo hay eso.

—Veo a las niñas muertas. Aunque no estén ahí. Sus rostros son la suma de los rostros de sus padres. Por eso puedo ver a las víctimas.

—Yo veo, en cambio, cinco núcleos familiares. Todos con una extracción social distinta. Con distintos tren de vida y renta. Veo una pareja que, por motivos varios, solo ha tenido un hijo. Veo a mujeres que han superado de sobras los cuarenta años y que, por tanto, no pueden esperar biológicamente otro embarazo... Yo veo eso. —Goran se volvió para mirarla—: Ellos son las verdaderas víctimas. Los ha estudiado, los ha elegido. Una sola hija. Ha querido arrebatarles toda esperanza de superar el luto, de intentar olvidar la pérdida. Tendrán que acordarse de lo que les ha hecho durante el resto de sus días. Ha aumentado su dolor robándoles el futuro. Los ha privado de la posibilidad de transmitir una memoria de sí mismos en los años venideros, de sobrevivir a la propia muerte... Y se ha alimentado de eso. Es la recompensa de su sadismo, la fuente de su placer.

Mila apartó la mirada. El criminólogo tenía razón: había una simetría en el mal que les habían infligido a aquellas personas.

—Un diseño —señaló Goran, corrigiendo sus pensamientos.

Mila pensó de nuevo en la niña número seis. Aún no había nadie que la llorara a ella, pero tenía derecho a esas lágrimas al igual que todas las demás. El sufrimiento tiene un objetivo: sirve para recomponer los lazos entre los asuntos de los vivos y los de los muertos. Es un lenguaje que reemplaza a las palabras, que cambia los términos de la cuestión. Y eso era lo que estaban haciendo los padres al otro lado del cristal. Reconstruir minuciosamente, con el dolor, un jirón de aquella existencia que ya no estaba. Entrelazando los frágiles recuerdos, atando los blancos hilos del pasado con los tenues del presente.

Mila hizo acopio de fuerzas y cruzó el umbral. De inmediato, las miradas de los padres se desplazaron hacia ella y se hizo el silencio.

La agente de policía se encaminó hacia la madre de Debby Gordon; estaba sentada junto a su marido, que había posado una mano sobre su hombro. Los pasos de la agente resonaron, siniestros, mientras desfilaba por delante de los demás.

—Señor y señora Gordon, necesitaría hablar con ustedes un momento...

Con un gesto del brazo, Mila les señaló el camino. Luego dejó que la precedieran hacia una segunda salita, donde había una máquina expendedora

de café y un distribuidor de bollos, un sofá raído adosado al muro, una mesa con sillas de plástico azul y una papelera llena de vasos desechables.

Mila hizo acomodar a los Gordon en el sofá y cogió una de las sillas. Cruzó las piernas, notando aún una pequeña punzada de dolor en la herida del muslo. Sin embargo, ya no era tan fuerte: se estaba curando.

La agente de policía reunió ánimos y empezó presentándose. Habló de la investigación, sin añadir detalles a lo que ellos ya sabían. Su intención era que se sintieran cómodos antes de hacerles las preguntas que verdaderamente le interesaban.

Los Gordon no habían dejado de mirarla ni un instante, como si de alguna manera ella tuviera el poder de detener aquella pesadilla. Marido y mujer tenían un aspecto elegante. Ambos, abogados, de los que se pagan por horas. Mila los imaginaba en su casa perfecta, rodeada de amistades selectas, con su existencia dorada. Tanto como para permitirse mandar a su única hija a estudiar a una prestigiosa escuela privada. Mila lo sabía: marido y mujer debían de ser dos tiburones en su oficio. Gente que en el propio campo sabe cómo gestionar las situaciones más críticas, que está acostumbrada a hundir los dientes en el adversario y a no desanimarse nunca ante la adversidad. Ahora, sin embargo, ambos estaban absolutamente desvalidos frente a una tragedia como esta.

Cuando terminó de exponer el caso, pasó al punto crucial:

—Señores Gordon, ¿saben si Debby había entablado amistad con alguna niña de su misma edad de fuera del colegio?

Ambos se miraron como si, antes que una respuesta, buscaran una razón plausible para aquella pregunta. Pero no la encontraron.

—No, que nosotros sepamos —contestó el padre de Debby.

Mila no podía contentarse con aquella respuesta descarnada.

—¿Están seguros de que su hija nunca mencionó al teléfono a alguien que no fuera una compañera suya de la escuela?

Mientras la señora Gordon se esforzaba en recordar, Mila se encontró observando su perfil: aquel vientre tan plano, los músculos de las piernas tan tonificados. Comprendió en seguida que la elección de tener un solo hijo había sido considerada cuidadosamente. Aquella mujer no habría cargado su físico con una segunda maternidad. Pero de todos modos ya era demasiado tarde: su edad, próxima a los cincuenta, no le permitiría tener más bebés. Goran tenía

razón: Albert no había elegido a sus víctimas por casualidad...

—No... Pero últimamente parecía mucho más serena cuando hablaba con nosotros por teléfono —dijo la mujer.

—Imagino que les había pedido que la dejaran volver a casa...

Había tocado una tecla dolorosa, pero no podía dejar de hacerlo si quería llegar a la verdad. Con la voz rota por el sentimiento de culpa, el padre de Debby admitió:

—Es verdad: se sentía desplazada, decía que nos echaba de menos y que añoraba a *Sting*... —Mila lo miró, desconcertada, y el hombre precisó—: Su perro... Debby quería volver a casa, a su antigua escuela. Bueno, en realidad nunca lo dijo. Quizá tenía miedo de desilusionarnos, pero... resultaba evidente por su tono de voz.

Mila supo lo que sucedería: aquellos padres se reprocharían para siempre no haber prestado atención a la hija que les suplicaba que la dejaran volver. Pero los Gordon habían antepuesto su ambición, como si eso pudiera transmitirse genéticamente. Bien mirado, no había nada malo en su comportamiento: querían lo mejor para su única hija. En el fondo, simplemente se habían comportado como padres. Y si las cosas hubieran ido de otra manera, quizá algún día Debby les habría estado agradecida por ello. Pero ese día, desafortunadamente para ellos, nunca llegaría.

—Señor y señora Gordon, siento tener que insistir, imagino por lo que están pasando, pero debo pedirles que vuelvan a pensar en las conversaciones mantenidas con Debby: sus encuentros fuera del colegio podrían revelarse muy importantes para la solución del caso. Se lo ruego, piensen en ello, y si recuerdan algo...

Ambos asintieron al mismo tiempo, prometiendo esforzarse en recordar. Fue entonces cuando Mila entrevió una figura que se recortaba en el cristal de la puerta. Era Sarah Rosa, que intentaba captar su atención. Mila se excusó con los Gordon y salió. Cuando se encontraron cara a cara en el pasillo, la mujer dijo solo unas pocas palabras:

—Prepárate, tenemos que irnos. Han encontrado el cadáver de una niña.

El agente especial Stern siempre vestía chaqueta y corbata. Prefería los trajes de color marrón, beis o azul, y las camisas de rayas finas. Mila comprendió que su mujer se ocupaba de que llevara siempre los trajes bien

planchados. Tenía un aspecto cuidado. El cabello peinado hacia atrás con un poco de gomina. Se afeitaba todas las mañanas, y la piel del rostro parecía suave y lisa, emanaba un buen perfume. Stern era un tipo preciso, de esos que nunca cambian de hábitos, y para los que una apariencia ordenada es más importante que ir a la moda.

Además, tenía que ser muy capaz en su trabajo de recopilación de datos.

Durante el trayecto en coche que los conducía al lugar donde se había hallado el cuerpo, Stern se metió en la boca un caramelo de menta; después, expuso rápidamente los hechos que se conocían hasta el momento:

—El detenido se llama Alexander Bermann. Tiene cuarenta años y es representante comercial: maquinaria para la industria textil, una buena firma. Casado, siempre ha llevado una vida tranquila. Es muy querido y conocido en su ciudad. Su actividad le reporta buenos beneficios: Bermann no será rico, pero las cosas le van muy bien.

—Un tipo limpio, en definitiva —añadió Rosa—. Alguien de quien nadie sospecharía.

Cuando llegaron a la comisaría de la policía de tráfico, el agente que había encontrado el cuerpo estaba sentado en el viejo sofá de uno de los despachos, en estado de *shock*.

Las autoridades locales habían cedido la competencia del caso a la Unidad de Investigación de Crímenes Violentos. Y ellos se pusieron manos a la obra con la asistencia de Goran y bajo la atenta mirada de Mila, cuyo papel consistía simplemente en verificar la presencia o no de elementos útiles para desarrollar de la mejor manera su tarea, sin poder intervenir activamente. Roche se quedó en su despacho, dejando que fueran sus hombres quienes se encargaran de averiguar lo ocurrido.

Mila notó que Sarah Rosa se mantenía a cierta distancia de ella. Eso le gustaba, aunque estaba segura de que la agente la tenía en el punto de mira, lista para cazarla en algún error.

Un joven teniente se ofreció a acompañarlos al lugar preciso. Tratando de mostrarse seguro de sí mismo, les aclaró que nada había sido movido de su sitio, pero todos los miembros del equipo sabían bien que probablemente era la primera vez que se encontraba frente a una escena como esa. En la carrera de un policía de provincias no ocurría a menudo tener que vérselas con un crimen de esas características.

A lo largo del camino, el teniente expuso los hechos con extrema precisión; quizá había ensayado antes ese discurso para no equivocarse, pero el caso es que habló como si leyera un acta ya escrita.

—Hemos verificado que el sospechoso, Alexander Bermann, llegó ayer por la mañana a un hotel de un pueblo bastante alejado de aquí.

—Seiscientos kilómetros de distancia —precisó Stern.

—Según parece, ha conducido toda la noche. El coche estaba casi seco —puntualizó el teniente.

—¿Se vio con alguien en el hotel? —preguntó Boris.

—Parece ser que cenó con unos cuantos clientes. Luego se retiró a su habitación... Eso afirman los que estuvieron con él. Pero aún estamos verificando sus versiones.

Rosa anotó también ese detalle en un cuaderno y dejó ver una nota que Mila miró por encima de su hombro: «Recoger versión huéspedes hotel sobre horarios».

Goran intervino:

—Bermann aún no ha dicho nada, supongo.

—El sospechoso se niega a hablar sin la presencia de un abogado.

Por fin llegaron al aparcamiento. Goran se fijó en que alrededor del coche de Bermann habían colocado unas telas de color blanco para esconder aquel espectáculo de muerte. Pero esa era solo la enésima, hipócrita precaución. Frente a algunos crímenes feroces, la turbación solo es una máscara. Eso era algo que Goran Gavila había aprendido pronto. La muerte, especialmente si es violenta, ejerce una extraña fascinación sobre los vivos. Frente a un cadáver, todos nos convertimos en curiosos. La muerte es una mujer muy seductora.

Antes de acceder a la escena del crimen se pusieron unos cubrezapatos de plástico y unos gorros para sujetarse el pelo, además de los infalibles guantes estériles. Luego se pasaron unos a otros un pequeño frasco de pasta de alcanfor. Cada uno cogió un poco y se lo untó debajo de la nariz, para inhibir así todo tipo de olor.

Era un ritual convenido que no tenía necesidad de palabras, pero también un modo para encontrar la propia concentración. Cuando recibió el frasco de manos de Boris, Mila se sintió partícipe de aquella rara comunión.

El teniente de la policía de tráfico, invitado a precederlos, perdió de

repente toda su seguridad y titubeó durante un largo instante. Luego les abrió paso.

Antes de cruzar la frontera de aquel nuevo mundo, Goran dirigió una mirada a Mila, que asintió, y él pareció más tranquilo.

El primer paso siempre era el más difícil. Mila no olvidaría fácilmente el suyo.

Fue como entrar en otra dimensión. En aquellos pocos metros cuadrados, donde también la luz del sol estaba alterada por las artificiales y frías lámparas halógenas, había otro universo, con reglas y leyes físicas completamente diferentes de las del mundo conocido. A las tres dimensiones de altura, anchura y profundidad, se añadía una cuarta: el vacío. Todo criminólogo sabe que es precisamente en los «vacíos» de una escena del crimen donde se encuentran las respuestas. Rellenando esos espacios con la presencia de la víctima y del verdugo se reconstruye la acción delictiva, se da un sentido a la violencia, se ilumina lo desconocido. Se dilata el tiempo, tratando de estirarlo hacia atrás, en una tensión que siempre dura demasiado poco y que no se repetirá jamás. Por eso la primera impresión en una escena del crimen siempre es la más importante.

La de Mila fue sobre todo olfativa.

A pesar del alcanfor, el olor era penetrante. El perfume de la muerte es al mismo tiempo nauseabundo y dulce, como una contradicción. Primero te golpea como un puñetazo en el estómago; después descubres que hay algo en el fondo de ese olor que no puedes evitar que te guste.

En un instante, los hombres del equipo se instalaron alrededor del coche de Bermann. Cada uno ocupó un puesto de observación, dibujando nuevos puntos cardinales. Era como si de sus ojos partieran las coordenadas de una parrilla que cubría cada centímetro cuadrado, sin omitir nada.

Mila siguió a Goran a la parte trasera del automóvil.

El maletero estaba abierto, como lo había dejado el agente que había encontrado el cuerpo. Goran se asomó a aquel agujero, y Mila hizo otro tanto.

No vio el cadáver, porque en el interior del maletero solo había un gran saco negro de plástico, dentro del cual se intuía la silueta de un cuerpo.

¿El de una niña?

El saco se había adherido perfectamente al físico, adaptándose a los rasgos del rostro y asumiendo su forma. La boca estaba abierta en un grito

mudo, como si el aire hubiera sido extraído de aquella vorágine oscura.

Como un sudario de carne.

Anneke, Debby, Sabine, Melissa, Caroline... ¿O era la número seis?

Se podían distinguir las cavidades oculares y la cabeza inclinada hacia atrás. El cuerpo no estaba relajado; al contrario, la postura de los miembros era rígida, como si el cuerpo hubiera sido fulminado por un rayo inesperado. En aquella estatua de carne era evidente la ausencia de algo. Faltaba un brazo. El izquierdo.

—Está bien, empecemos con el análisis —dijo Goran.

El método del criminólogo consistía en la exposición de preguntas. A veces, las más simples y, en apariencia, insignificantes. Preguntas a las que todos juntos tratarían de dar respuesta. También en ese caso, toda opinión era bien recibida.

—Antes que nada, la orientación —empezó—. Bien, decidme: ¿por qué estamos aquí?

—Comenzaré yo —se ofreció Boris, que se encontraba en el lado del conductor—. Estamos aquí a causa de una detención por un permiso de circulación extraviado.

—¿Qué pensáis? En vuestra opinión, ¿es suficiente eso como explicación? —preguntó Goran, mirando a los presentes.

—El puesto de control —dijo Sarah Rosa—. Desde que desaparecieron las niñas, hay decenas de ellos repartidos por todos lados. Podía ocurrir, y ha ocurrido... Ha salido bien.

Goran sacudió la cabeza: él no creía en la suerte.

—¿Por qué corrió el riesgo de salir por ahí con esa carga tan comprometedora?

—Quizá solo quería deshacerse de ella —aventuró Stern—. Tal vez temía que se le echaran encima e intentaba alejar el cuerpo todo lo posible.

—En mi opinión, podría tratarse de un intento de despistarnos —le hizo eco Boris—. Pero le ha salido mal.

Mila comprendió que ellos ya lo habían decidido: Alexander Bermann era Albert. Solo Goran parecía conservar alguna perplejidad.

—Todavía tenemos que comprender cuál era su plan. Por ahora tenemos un cadáver en un maletero. Pero la pregunta inicial era otra, y aún no tenemos una

respuesta: ¿por qué estamos aquí? ¿Qué es lo que nos ha conducido a este coche, a este cuerpo? Desde el principio, habíamos dado por hecho que nuestro hombre era astuto; quizá incluso más que nosotros. En el fondo ya nos la ha jugado muchas veces, logrando también secuestrar a las niñas en pleno estado de alerta... ¿Es imaginable, entonces, que haya sido la falta de un simple permiso de circulación lo que lo ha traicionado?

Todos reflexionaron en silencio sobre esa última consideración.

Luego el criminólogo se dirigió de nuevo al teniente de la policía de tráfico, que se había quedado aparte, silencioso y pálido como la camisa que vestía debajo del uniforme.

—Teniente, nos ha dicho que Bermann había solicitado la presencia de un abogado, ¿verdad?

—Exactamente.

—Quizá bastará un abogado de oficio, porque cuando hayamos terminado aquí, querríamos hablar con el sospechoso para darle la ocasión de rebatir los resultados de nuestros análisis.

—¿Quiere que me ocupe de ello ahora?

El hombre esperó a que Gavila le diera permiso, y este estuvo a punto de contentarlo.

—Probablemente Bermann ya habrá tenido ocasión de prepararse una versión de los hechos —señaló Boris—. Es mejor cogerlo por sorpresa e intentar hacerlo caer en contradicciones antes de que la memorice demasiado bien.

—Me gustaría esperar a que haya tenido tiempo de hacer un buen examen de conciencia encerrado ahí dentro.

Al oír las palabras del teniente, los miembros del equipo se miraron unos a otros con incredulidad.

—¿Quiere decir que lo ha dejado solo? —inquirió Goran.

El policía estaba descolocado.

—Lo hemos puesto en aislamiento, según el protocolo. ¿Por qué?...

No tuvo tiempo de terminar la frase. Boris fue el primero en moverse, y de un salto se encontró fuera del círculo. Lo siguieron Stern y Sarah Rosa, que se alejaron quitándose a toda prisa los cubrezapatos para no resbalar mientras corrían.

Mila, como el joven teniente de la policía de tráfico, parecía no comprender qué estaba pasando. Goran se precipitó tras los demás diciendo simplemente:

—Es un sujeto de riesgo: ¡tenía que estar vigilado!

En ese momento, tanto Mila como el teniente comprendieron cuál era el peligro del que hablaba el criminólogo.

Poco después, se encontraron todos frente a la puerta de la celda en la que el hombre había sido encerrado. Frente a ella había un agente de vigilancia, que se apresuró a abrir la mirilla cuando Boris le mostró su identificación. Por el pequeño resquicio, sin embargo, no se veía a Alexander Bermann.

«Ha elegido el rincón ciego de la celda», se dijo Goran.

Mientras el agente de custodia abría las pesadas cerraduras, el teniente todavía trataba de tranquilizar a todo el mundo —pero sobre todo a sí mismo—, afirmando una vez más que se había seguido el procedimiento al pie de la letra. A Bermann le habían quitado el reloj, el cinturón, la corbata y hasta los cordones de los zapatos. No tenía nada con lo que pudiera autolesionarse.

Pero el policía fue desmentido en cuanto la puerta de hierro estuvo abierta.

El hombre yacía en un rincón de la celda. El rincón ciego.

La espalda contra el muro, los brazos abandonados en el regazo y las piernas abiertas. La boca llena de sangre. Un charco negro rodeaba su cuerpo.

Para matarse usó el menos tradicional de los métodos.

Alexander Bermann se había arrancado la carne de las muñecas a mordiscos, y había esperado hasta morir desangrado.

7

La llevarían a casa.

Con esa promesa no expresada, tomaron en custodia el cuerpo de la niña.

Le harían justicia.

Después del suicidio de Bermann era difícil mantener ese empeño, pero lo intentarían de todos modos.

Así que ahora el cadáver estaba allí, en el Instituto de Medicina Legal.

El doctor Chang recolocó el mango del micrófono que colgaba del techo de modo que quedara perfectamente perpendicular a la mesa de acero de la sala de autopsias. Luego conectó la grabadora.

En primer lugar se hizo con un bisturí y lo deslizó sobre la bolsa de plástico con un gesto rápido, trazando una línea recta muy precisa. Dejó de nuevo el instrumento quirúrgico y, delicadamente, aferró con los dedos los dos bordes resultantes.

La única luz en la sala era la de la cegadora lámpara que dominaba la mesa de autopsias. Todo a su alrededor era un abismo de oscuridad, y, en vilo sobre ese abismo, estaban Goran y Mila. Ninguno de los demás miembros del equipo había creído que tuviera que participar en aquella ceremonia.

El médico forense y los dos huéspedes vestían batas estériles, guantes y mascarilla para no contaminar las pruebas.

Ayudándose con una solución salina, Chang empezó a separar lentamente los márgenes de la bolsa, despegando el plástico del cuerpo al que estaba adherido. Un poco cada vez, con infinita paciencia.

Poco a poco, empezó a aparecer... Mila en seguida vio la falda verde de pana. La blusa blanca y el chaleco de lana. Luego empezó a verse la franela de una americana.

A medida que Chang subía, iba desvelando nuevos detalles. Llegó a la sección torácica en la que faltaba el brazo. Allí, la chaqueta no estaba manchada de sangre: estaba sencillamente cortada a la altura del hombro izquierdo, por el que sobresalía un muñón.

—Cuando la mató no llevaba puesta esta ropa. Recompuso el cadáver después —dijo el patólogo.

Ese «después» se perdió en el eco de la habitación, precipitándose en el remolino de oscuridad que los rodeaba, como una piedra que rebota contra las paredes de un pozo sin fondo.

Chang levantó el brazo derecho. En la muñeca llevaba una pulsera de la que pendía un colgante en forma de llave.

Al llegar a la altura del cuello, el médico forense se detuvo un momento para secarse la frente con una pequeña toalla. Solo entonces Mila reparó en que estaba sudando. Había llegado al punto más delicado. Temía que al despegar el plástico del rostro pudiera arrancar también la epidermis.

Mila había asistido anteriormente a otras autopsias. Por lo general, los médicos forenses no tenían demasiados escrúpulos al tratar los cuerpos que tenían que investigar; los cortaban y los cosían sin cuidado alguno. Pero en ese momento comprendió que Chang, en cambio, deseaba que los padres volvieran a ver por una última vez a su niña en el mejor estado posible. Por eso era tan cuidadoso. Tuvo un sentimiento de respeto hacia aquel hombre.

Por fin, después de unos minutos que se hicieron interminables, el médico logró despegar completamente la bolsa negra del rostro de la pequeña. Mila la vio. Y la reconoció al instante.

Debby Gordon. Doce años. La primera en desaparecer.

Tenía los ojos abiertos como platos. La boca aún estaba desencajada, como si estuviera intentando decir algo desesperadamente.

En el pelo llevaba un broche con una azucena blanca. *Él la había peinado.* «Qué absurdo», pensó Mila. ¡Le había resultado más fácil tener compasión por un cadáver que por una niña viva! Pero luego dedujo que el motivo por el que había cuidado tanto de ella era otro.

«La ha acicalado para nosotros», se dijo. Y sintió rabia. Pero también comprendió que en ese momento esas emociones no le pertenecían. Correspondían a otros, y al poco ella tendría que irse de allí, superar la profunda oscuridad y comunicar a dos padres ya destrozados que su vida había

acabado de una vez por todas.

El doctor Chang intercambió una mirada con Goran. Había llegado el momento de establecer con qué tipo de asesino estaban lidiando; si su interés por aquella criatura había sido genérico, o bien terriblemente determinado. En otras palabras, si la niña había padecido abusos sexuales o no.

Todos en la sala experimentaban una contradicción interior que oponía el deseo de que le hubiera ahorrado esa enésima tortura a la pequeña y la esperanza de que, en cambio, eso no hubiera sido así, porque en tal caso tendrían más posibilidades de que el asesino hubiera dejado restos orgánicos que les permitieran identificarlo.

Existía un procedimiento preciso para los casos de violación, y Chang, no teniendo razones para evitarlo, empezó con el historial. Consistía en tratar de reconstruir las circunstancias y el tipo de agresión, pero en ese caso, dada también la imposibilidad de asumir información de la víctima, no había modo de remontarse a los hechos.

La fase siguiente era el examen objetivo. Una valoración física, acompañada de una documentación fotográfica, que procedía de la descripción del aspecto general, hasta la localización de lesiones externas que pudieran señalar que la víctima había luchado, se había defendido.

Generalmente se empezaba marcando y examinando las prendas de vestir. Luego se procedía con la búsqueda de eventuales manchas sospechosas sobre la ropa, filamentos, pelos, hojas... Solo entonces se pasaba al raspado *subungueal*, que consistía en recoger de las uñas de la víctima, con una especie de palillo, ocasionales restos de piel del asesino —en el caso de que la víctima se hubiera defendido—, o de tierra y fibras varias para identificar el lugar del crimen.

También esa vez el resultado fue negativo. Las condiciones del cadáver —aparte de la amputación del miembro— y de su ropa eran perfectas.

Como si alguien la hubiera lavado antes de meterla en la bolsa.

La tercera fase era la más invasiva e incluía el examen ginecológico.

Chang se proveyó de un colposcopio y empezó a examinar la superficie medial de los muslos para localizar manchas de sangre, esperma u otras secreciones del violador. Después cogió de una bandeja metálica los instrumentos para el examen vaginal, que comprendía un tampón cutáneo y uno para la mucosa. Con las sustancias obtenidas, preparó dos placas de Petri, fijó

la primera con Citofix y dejó que la segunda se secase al aire.

Mila sabía que servirían para una eventual identificación genética del asesino.

La última fase era la más cruda. El doctor Chang plegó la mesa de acero, levantando las piernas de la niña sobre dos soportes. Luego se sentó en un taburete y, con una lupa dotada de una particular lámpara ultravioleta, pasó a la localización de posibles lesiones internas.

Tras unos minutos, levantó la cabeza hacia Goran y Mila y sentenció:

—No la ha tocado.

Mila asintió y, antes de alejarse de la sala, se inclinó sobre el cadáver de Debby para quitarle de la muñeca la pulsera de la que colgaba la pequeña llave. Ese objeto, junto con la noticia de que la niña no había sido violada, constituiría la única dote para llevarles a los Gordon.

Nada más despedirse de Chang y de Goran, Mila sintió la necesidad urgente de deshacerse de aquella bata limpia. Porque, en ese momento, se sintió sucia. Al pasar por el vestuario, se detuvo delante del gran lavabo de cerámica. Abrió el grifo del agua caliente, metió las manos bajo el chorro y empezó a frotárselas con fuerza.

Mientras seguía lavándose frenéticamente, levantó la mirada hacia el espejo que tenía enfrente e imaginó en el reflejo a la pequeña Debby, que entraba en el vestuario con su falda verde, la americana azul y el broche en el pelo. Apoyándose en el único brazo que le quedaba, se sentaba en el banco colocado contra la pared y empezaba a mirarla, meciendo los pies. Debby abría la boca y luego la cerraba, como si tratara de comunicarse con ella, pero en realidad no decía nada. Mila habría deseado tanto preguntarle detalles sobre su hermana de sangre, aquella que ya era para todos la niña número seis.

Entonces salió del trance.

El agua del grifo corría. El vapor ascendía en amplias volutas y cubría casi por completo la superficie del espejo.

Solo entonces Mila notó el dolor.

Bajó la mirada e instintivamente sacó las manos del chorro de agua hirviendo. La piel del dorso estaba enrojecida, mientras que en los dedos ya sobresalían algunas ampollas. Mila se las cubrió en seguida con una toalla; después se dirigió al botiquín en busca de vendas.

Nadie debía saber nunca lo que le había pasado.

Cuando abrió los ojos, en primer lugar sintió el escozor en las manos. Se sentó, retomando bruscamente contacto con la realidad del dormitorio que la rodeaba. El armario que tenía enfrente, con el espejo rajado, la cómoda a su izquierda y la ventana con la persiana bajada que, aun así, dejaba filtrar algunas líneas de luz azulada. Mila se había dormido vestida porque las mantas y las sábanas de aquella miserable habitación de motel estaban sucias.

¿Por qué se había despertado? Quizá habían llamado. O tal vez solo lo había soñado.

Llamaron de nuevo. Se levantó, se acercó a la puerta y la abrió solo algunos centímetros.

—¿Quién es? —preguntó inútilmente a la cara sonriente de Boris.

—He venido a buscarte. Dentro de una hora dará comienzo el registro en casa de Bermann. Los demás nos esperan allí... Además, he pensado que estaría bien traerte el desayuno. —Y agitó bajo su nariz una pequeña bolsa de papel que presumiblemente contenía cruasanes y un café.

Mila se echó un vistazo rápido. No estaba nada presentable, pero quizá eso fuera bueno: desanimaría a las hormonas de su colega. Lo invitó a entrar.

Boris dio algunos pasos por la habitación, mirando a su alrededor con aire perplejo, mientras Mila se acercaba al lavabo situado en un rincón para lavarse la cara pero, sobre todo, para esconder sus manos vendadas.

—Este lugar es incluso peor de como lo recordaba —dijo él, y olfateó el aire—. Además, siempre huele igual.

—Creo que es un repelente para insectos.

—Cuando entré a formar parte del equipo, pasé aquí casi un mes entero antes de encontrar un piso... ¿Sabías que aquí cada llave abre todas las demás habitaciones? Los clientes tienen la costumbre de marcharse sin pagar, y el propietario se cansó de tener que reemplazar las cerraduras cada vez. Por la noche, harías bien en bloquear la puerta con la cómoda.

Mila lo miró a través del espejo que estaba sobre el lavabo.

—Gracias por el consejo.

—No, en serio. Si necesitas un sitio más decente donde alojarte, puedo echarte una mano.

Mila le dirigió una mirada interrogativa.

—¿Por casualidad me estás invitando a tu casa, agente?

Boris, incómodo, se apresuró a precisar:

—No, no me refería a eso. Pero podría preguntar por ahí si hay alguna compañera que quiera compartir su piso...

—Espero no tener que quedarme mucho —observó ella, encogiéndose de hombros.

Después de secarse la cara, Mila señaló la bolsa que él le había traído. Casi se la arrebató de las manos, yéndose a sentar con las piernas cruzadas encima de la cama para inspeccionar su contenido. Croissants y café, como había esperado.

Boris se quedó descolocado por ese gesto, y más aún al ver sus manos cubiertas por las vendas, pero no dijo nada.

—¿Hay hambre? —preguntó en cambio, intimidado.

Ella le respondió con la boca llena.

—Hace dos días que no como. Si esta mañana no hubieras venido, dudo que hubiera logrado encontrar las fuerzas para cruzar el umbral.

Mila supo al instante que no debería haber dicho algo así, esa afirmación era un estímulo evidente, pero no encontró otro modo de darle las gracias, y además tenía hambre de verdad. Boris le sonrió, presumido.

—Entonces, ¿cómo te sientes? —le preguntó.

—Me adapto fácilmente, así que bien.

«Aparte de tu amiga Sarah Rosa, que prácticamente me odia», pero eso Mila solo lo pensó.

—Me gustó tu intuición sobre las hermanas de sangre...

—Un golpe de suerte: me bastó con repescar entre mis experiencias juveniles. Tú también debiste de hacer alguna estupidez a los doce años, ¿no?

Al percatarse del desconcierto de su colega, que buscaba inútilmente una respuesta, Mila esbozó una sonrisa.

—Estaba bromeando, Boris...

—Ah, claro —dijo él ruborizándose.

Mila dio el último bocado, se chupó los dedos y se abalanzó sobre el segundo cruasán de la bolsita, el de Boris, que no tuvo el ánimo de decir nada frente a tanto apetito.

—Boris, dime una cosa... ¿Por qué lo habéis llamado Albert?

—Es una historia muy interesante —afirmó él. Entonces, con soltura, se sentó junto a ella y empezó a explicar—: Hace cinco años investigamos un caso muy singular. Un asesino en serie que secuestra a las mujeres, las viola, las mata estrangulándolas y luego hace que encontremos los cadáveres sin el pie derecho.

—¿El pie derecho?

—Exacto. Nadie entiende nada porque el tipo es también muy preciso y limpio, no deja huellas. Solo hace esa cosa de la amputación, y golpea al azar... En fin, ya vamos por el quinto cadáver y no logramos pararlo. A llegar a este punto, el doctor Gavila tiene una idea...

Mila había terminado también el segundo cruasán y empezó a beberse el café.

—¿Qué clase de idea?

—Nos pide que busquemos en los archivos todos los casos que tengan que ver con pies, incluso aquellos más insignificantes.

Mila mostró una expresión más que perpleja. Luego vertió tres sobres de azúcar en el vaso de poliestireno. Boris reparó en ello y compuso un gesto de disgusto; estuvo a punto de decirle algo al respecto, pero prefirió continuar con el relato.

—Al principio a mí también me pareció un poco absurdo. Bueno, el caso es que empezamos a investigar y resulta que desde hace algún tiempo hay un ladrón que vaga por la zona robando zapatos de mujer de los expositores que están en el exterior de las tiendas de calzado. Normalmente, ahí solo colocan un zapato por número y modelo (ya sabes, para evitar que los roben), y generalmente es el derecho, para facilitarles a los clientes que se los prueben.

Mila se detuvo con el vaso de café a medio camino, esperando, extasiada, la resolución de aquella original intuición investigadora.

—Vigilasteis las tiendas de zapatos y capturasteis al ladrón...

—Albert Finley. Un ingeniero de treinta y ocho años, casado, dos hijos pequeños. Un chalet en el campo y una autocaravana para las vacaciones.

—Un tipo normal.

—En el garaje de su vivienda encontramos un congelador y, dentro, cuidadosamente envueltos en celofán, cinco pies derechos de mujer. El tipo se divertía poniéndoles los zapatos que robaba. Era una especie de obsesión fetichista.

—Pie derecho, brazo izquierdo. ¡Por eso Albert!

—¡Exacto! —dijo Boris, dándole una palmada en el hombro en señal de aprobación.

Mila se apartó bruscamente, levantándose de la cama de un salto. El joven policía se sintió asombrado e incómodo al mismo tiempo.

—Perdona —le dijo ella.

—No pasa nada.

No era verdad y, en efecto, Mila no lo creyó. Pero decidió fingir que era como había dicho él. Le dio la espalda y regresó al lavabo.

—Estaré lista dentro de un minuto y así podremos irnos.

Boris se levantó y se dirigió a la puerta.

—Tómalo con calma. Te espero fuera.

Mila lo vio salir de la habitación. Luego se miró al espejo.

«Dios mío, ¿cuándo acabará esto? —se preguntó—. ¿Cuándo conseguiré dejarme tocar de nuevo por alguien?»

Durante todo el trayecto hasta la casa de Bermann no cruzaron una sola palabra. Es más, al subir al coche, Mila encontró la radio encendida y comprendió en seguida que esa era una declaración de intenciones sobre cómo se desarrollaría el viaje. A Boris le había sentado mal aquello, y quizá ahora ya tenía otro enemigo dentro del equipo.

Llegaron al cabo de poco menos de una hora y media. La vivienda de Alexander Bermann era un inmenso chalet en medio de la vegetación, en una tranquila zona residencial.

La calle delantera estaba cortada. Más allá de ese límite se amontonaban curiosos, vecinos y periodistas. Mila los miró y pensó que ya había empezado. En el trayecto, habían escuchado por la radio la noticia del hallazgo del cadáver de la pequeña Debby, en la que mencionaban también el nombre de Bermann.

El motivo de tanta euforia mediática era simple. El cementerio de brazos había sido un duro golpe para la opinión pública, pero ahora tenían por fin un nombre con el que referirse a esa pesadilla.

Lo había visto otras veces. La prensa se dedicaría insistentemente a la historia y, en poco tiempo, aplastaría cada aspecto de la vida de Bermann, sin

hacer distinciones. Su suicidio valía como una admisión de culpa. Por tanto, los medios de comunicación insistirían sobre su versión. Lo designarían para desarrollar el papel de monstruo sin ninguna contradicción, solo confiando en la fuerza de su unanimidad. Lo harían trizas cruelmente, tal como presuponían que él había hecho con sus pequeñas víctimas, sin, no obstante, captar siquiera la ironía de ese paralelismo. Extraerían litros de sangre de todo el suceso para sazonar y hacer más apetitosas las primeras páginas, sin respeto, sin equidad. Y cuando alguien se permitiera hacerlo notar, se encerrarían tras una cómoda y siempre actual «libertad de prensa» para proteger su antinatural impudicia.

Tras bajar del coche, Mila se abrió paso entre la pequeña multitud de cronistas y gente común, entró en el perímetro circunscrito por las fuerzas del orden y se dirigió a paso rápido a lo largo de la calle hasta la puerta de la casa, sin poder evitar ser deslumbrada por algunos flashes. En ese momento vio que Goran la observaba desde la ventana, y se sintió absurdamente pillada en falta porque la había visto llegar en compañía de Boris, y luego, estúpida por haber pensado algo así.

Goran dirigió de nuevo su atención al interior de la casa. Poco después, Mila cruzó el umbral.

Stern y Sarah Rosa, asistidos por otros detectives, ya estaban trabajando desde hacía un rato, moviéndose como insectos laboriosos. Todo estaba patas arriba. Los agentes estaban analizando muebles, paredes y todo lo que pudiera desvelar algún indicio que aclarase los hechos.

Una vez más, Mila no pudo unirse a aquella batida. Desde el otro lado, Sarah Rosa se apresuró a ladrarle que a ella solo le estaba reservado el derecho a observar. Así que empezó a mirar a su alrededor, manteniendo las manos en los bolsillos para no tener que justificar las vendas que las cubrían.

Las fotos llamaron su atención.

Había decenas colocadas sobre los muebles, en elegantes marcos de brezo o plata. Retrataban a Bermann y a su mujer en momentos felices, una vida que ahora parecía lejana, casi imposible. Reparó en que habían viajado mucho. Había imágenes de numerosos lugares del mundo. Sin embargo, a medida que las fotos se hacían más recientes y sus rostros más viejos, las expresiones aparecían veladas. Había algo en esas fotos..., Mila estaba segura de ello, pero no podía decir qué era. Había tenido una extraña sensación al entrar en la casa, y ahora le pareció advertirla de nuevo.

Una presencia.

En aquel vaivén de agentes, también había otra espectadora. Mila reconoció a la mujer de las fotos: Veronica Bermann, la esposa del presunto asesino. Comprendió en seguida que debía de tener un carácter orgulloso, pues mantenía una actitud de decorosa distancia mientras aquellos desconocidos tocaban sus cosas sin pedirle permiso siquiera, violando la intimidad de aquellos objetos, de aquellos recuerdos, con su intromisión. No parecía resignada, sino conforme. Le había ofrecido su colaboración al inspector jefe Roche, asegurando que su marido no tenía nada que ver con aquellas terribles acusaciones.

Tras observarla durante un rato, Mila se volvió y se encontró frente a un espectáculo inesperado.

Una de las paredes estaba enteramente recubierta de mariposas disecadas.

Contenidas en marcos de cristal, algunas de ellas eran muy raras y bellas. Otras tenían nombres exóticos, y una pequeña placa de latón indicaba su lugar de origen. Las más fascinantes provenían de África y de Japón.

—Son bellísimas porque están muertas.

Fue Goran quien lo dijo. El criminólogo vestía un suéter negro y unos pantalones de vicuña. El cuello de la camisa se le recortaba en parte por el escote del jersey. Se situó junto a ella para observar mejor la pared de mariposas.

—Delante de un espectáculo como este, olvidamos lo más importante y evidente... Estas mariposas no volverán a volar nunca más.

—Es antinatural —convino Mila—. Sin embargo, también es algo tan sugerente...

—Es precisamente el efecto que provoca la muerte en algunos individuos, por eso existen los asesinos en serie.

En ese instante, Goran hizo un leve gesto con la mano, aunque suficiente para que todos los miembros del equipo se reunieran en seguida a su alrededor. Eso indicaba que, aunque parecían completamente ocupados por sus cometidos, en realidad seguían mirándolo, a la espera de que dijera o hiciera algo.

Mila tuvo la confirmación de cuán grande era la confianza que depositaban en su intuición. Goran los guiaba. Era muy extraño, porque él no era un agente, y los policías —al menos los que ella conocía— siempre se resistían a fiarse

de un civil. Habría sido más justo que ese grupo se llamara «el equipo de Gavila» más que «el equipo de Roche», que como siempre no estaba presente. Se dejaría ver solo en el caso de que apareciera la clásica prueba aplastante que culpara definitivamente a Bermann.

Stern, Boris y Rosa se hicieron un lugar alrededor del criminólogo según su esquema habitual, en el que cada uno tenía su posición. Mila se quedó un paso atrás: temiendo sentirse excluida, se excluía ella sola.

Goran habló en voz baja, fijando en seguida para todos el tono con el que quería que se desarrollara aquella conversación. Probablemente no deseaba turbar a Veronica Bermann.

—Veamos, ¿qué tenemos?

Stern fue el primero en contestar al tiempo que sacudía la cabeza:

—En la casa no hay nada relevante que pueda relacionar a Bermann con las seis niñas.

—La mujer parece no tener ni idea de nada —añadió Boris—. Le he hecho algunas preguntas y no he tenido la impresión de que mintiera.

—Los nuestros están examinando el jardín con los perros rastreadores de cadáveres —dijo Rosa—. Pero hasta ahora, nada.

—Tendremos que reconstruir cada desplazamiento de Bermann en las últimas seis semanas —observó Goran, y todos asintieron, aunque ya sabían que sería un trabajo casi imposible—. Stern, ¿hay algo más?

—Ningún movimiento extraño de dinero en el banco. El gasto más ingente que Bermann ha tenido que afrontar en el último año ha sido una terapia de inseminación artificial para su mujer que le ha costado bastante dinero.

Al oír las palabras de Stern, Mila se dio cuenta de cuál había sido la sensación que había notado poco antes, al entrar, y luego mirando las fotos. No era una presencia, como había pensado en un primer momento. Se había equivocado.

En realidad, era una *ausencia*.

Se advertía la falta de un hijo en aquella casa de muebles caros e impersonales, decorada por dos individuos que se sentían destinados a quedarse solos. Por eso, esa terapia de inseminación artificial de la que había hablado el agente Stern parecía un contrasentido, en vista de que en aquel lugar tampoco se percibía la ansiedad de quien espera el regalo de un hijo.

Stern concluyó su exposición con un rápido retrato de la «vida íntima» de Bermann: «No consumía drogas, no bebía y no fumaba. Era socio de un gimnasio y de un videoclub, pero solo alquilaba documentales sobre insectos. Frecuentaba la iglesia luterana del barrio y, dos veces al mes, prestaba sus servicios como voluntario en la casa de reposo».

—Un santo —ironizó Boris.

Goran se volvió hacia Veronica Bermann para cerciorarse de que no hubiera oído ese último comentario. Después volvió a mirar a Rosa:

—¿Algo más?

—He hecho un escaneo del disco duro de los ordenadores de la casa y del despacho. También he utilizado un programa de recuperación de los archivos eliminados, pero no había nada interesante. Solo trabajo, trabajo y más trabajo. Ese tío estaba obsesionado con su empleo.

Mila se percató de que Goran se había distraído momentáneamente, pero pronto volvió a concentrarse de nuevo en la conversación.

—De Internet, ¿qué sabemos?

—He llamado a la empresa titular del servidor y me han dado una lista de las páginas web visitadas en los últimos seis meses. Pero ahí tampoco hay nada... Por lo que parece, sentía pasión por las webs dedicadas a la naturaleza, los viajes y los animales. A veces utilizaba la red para adquirir objetos de anticuario y, en eBay, sobre todo mariposas de colección.

Cuando Rosa hubo acabado su exposición, Goran volvió a cruzarse de brazos y miró, uno por uno, a todos sus colaboradores. Aquel trávelin incluyó también a Mila, que se sintió por fin implicada.

—Bueno, ¿qué opináis? —preguntó el doctor.

—Estoy deslumbrado —dijo Boris, llevándose una mano a los ojos para dar énfasis a su frase—. Todo está demasiado *limpio*.

Los demás asintieron.

Mila no supo a qué se refería, pero tampoco quiso preguntarlo. Goran deslizó una mano sobre la frente y se frotó los ojos cansados. Luego volvió a aparecer en su rostro *aquella distracción*... Por su mente cruzó un pensamiento que durante un segundo o dos lo llevó a otro lugar y que, obviamente al final, el criminólogo archivó por algún motivo.

—¿Cuál es la primera regla de una investigación sobre un sospechoso?

—Todos tenemos secretos —se apresuró a responder el diligente Boris.

—Exacto —le hizo eco Goran—. Todos hemos tenido alguna debilidad, al menos una vez en la vida. Cada uno de nosotros tiene su pequeño o grande, inconfesable secreto... No obstante, mirad a vuestro alrededor: ese hombre es el prototipo del buen marido, del buen creyente, del fiel trabajador —afirmó, recalcando cada definición con los dedos—. Es un filántropo, un hombre saludable, solo alquila documentales, no tiene vicios de ningún tipo, colecciona mariposas... ¿Es creíble un hombre así?

Esa vez, la respuesta estaba clara: no, no lo era.

—Entonces, ¿qué hace un hombre como ese con el cadáver de una niña en el maletero?

Stern intervino:

—Desembarazarse de lo que le sobra...

—Nos hechiza con toda esta perfección para no dejarnos mirar hacia otro lugar... —convino Goran—. ¿Y dónde no estamos mirando en este momento?

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —preguntó Rosa.

—Empezar desde el principio. La respuesta está ahí, entre esas cosas que ya habéis examinado. Repasadlas al detalle. Tendréis que quitarle la brillante capa que las envuelve. No os dejéis engañar por el resplandor de la existencia perfecta: ese fulgor solo sirve para distraernos y confundirnos las ideas. Luego debéis...

Goran se perdió de nuevo; su atención estaba en otro lugar. Esa vez, todos se dieron cuenta. Había algo que por fin tomaba cuerpo en su cabeza, y crecía.

Mila decidió seguir la mirada del criminólogo, que se paseaba por la habitación. No estaba simplemente perdida en el vacío, sino que se percató de que estaba mirando algo...

El pequeño led rojo relampagueaba intermitentemente, recalcando un ritmo propio para llamar la atención.

—¿Alguien ha escuchado los mensajes del contestador automático? —preguntó Gavila en voz alta.

En un instante, la habitación se detuvo. Todos miraron el aparato que guiñaba su ojo rojo a los presentes y se sintieron culpables, cogidos in fraganti en aquel clamoroso olvido. Goran los ignoró, y sencillamente fue a pulsar el interruptor que accionó la pequeña grabadora digital.

Poco después, la oscuridad regurgitó las palabras de un muerto.

Y Alexander Bermann entró por última vez en su casa.

—Ejem... Soy yo... Ejem... No tengo mucho tiempo..., pero quería decirte que lo siento... Lo siento, todo... Debería haberlo hecho antes, pero no lo conseguí... Intenta perdonarme. Todo ha sido culpa mía...

La comunicación se interrumpió y un silencio sepulcral invadió la habitación. La mirada de todos los presentes, inevitablemente, se posó sobre Veronica Bermann, que permanecía impasible como una estatua.

Goran Gavila fue el único que se movió. Fue a su encuentro y la cogió por los hombros, confiándola a una agente femenina, que la condujo a otra habitación.

Fue Stern quien habló por todos:

—Bien, señores, por lo que parece, tenemos una confesión.

8

La llamaría *Priscilla*.

Adoptaría el método de Goran Gavila, que atribuía una identidad a los asesinos que investigaba. Para humanizarlos, para volverlos más verdaderos a sus ojos, no solo como sombras huidizas. Así que Mila bautizaría a la víctima número seis, dándole el nombre de una jovencita más dichosa, que ahora —en alguna parte, quién sabía dónde— seguía siendo una niña como muchas otras, ajena al hecho de que había sido salvada.

Mila tomó esa decisión mientras circulaba por la calle que llevaba al motel. Un agente había sido designado para acompañarla. Esta vez, Boris no se ofreció, y Mila no se lo reprochó, después de haberlo rechazado tan bruscamente esa misma mañana.

La elección de llamar Priscilla a la sexta niña no se debió solamente a la necesidad de atribuirle una consistencia humana. Había también otro motivo: Mila no quería referirse más a ella con un número. Ahora, la agente sentía que ella era la única que se preocupaba por su identidad porque, después de haber escuchado el mensaje telefónico de Bermann, descubrirla ya no era una prioridad.

Tenían un cadáver en un coche y, grabada en la cinta de un contestador, la que parecía ser una confesión a todos los efectos. No había necesidad de ir más allá. Ya solo se trataba de relacionar al representante comercial con las otras víctimas. Y después formular un móvil. Aunque quizá eso ya lo tuvieran...

«Las víctimas no son las niñas, sino las familias.»

Había sido Goran el que había proporcionado esa explicación mientras observaban a los familiares de las niñas detrás del cristal de la morgue.

Padres que, por motivos diversos, solo habían tenido un único hijo. Una madre que había superado ampliamente los cuarenta años y que, por tanto, no podía esperar otro embarazo... «Ellos son las verdaderas víctimas. Los ha estudiado, los ha elegido. Una sola hija. Ha querido arrebatarnos toda esperanza de superar el luto, de intentar olvidar la pérdida. Tendrán que acordarse de lo que les ha hecho durante el resto de sus días. Ha aumentado su dolor robándonos el futuro. Los ha privado de la posibilidad de transmitir una memoria de sí mismos en los años venideros, de sobrevivir a la propia muerte... Y se ha alimentado de eso. Es la recompensa de su sadismo, la fuente de su placer.»

Alexander Bermann no tenía hijos. Había intentado tenerlos mediante la inseminación artificial a la que se había sometido su mujer, pero no había servido de nada. Quizá por eso quería desahogar su rabia sobre aquellas pobres familias. Quizá con ellos se vengaba de su infertilidad.

«No, no es una venganza —pensó Mila—. Hay algo más...» La agente no se resignaba, aunque en realidad no sabía por qué tenía esa sensación.

El coche llegó a las cercanías del motel y Mila se bajó, despidiéndose del agente que le había hecho de chófer. Él le correspondió con un gesto de la cabeza y dio media vuelta para marcharse por donde había venido, dejándola sola en medio de la amplia plaza empedrada. A su espalda sobresalía un brazo de bosque del que asomaban varios bungalós. Hacía frío y la única luz que se veía era la del letrero de neón que anunciaba habitaciones libres y televisión de pago. Mila se encaminó hacia su cuarto. Todas las ventanas estaban a oscuras.

Ella era la única huésped.

Pasó por delante de la oficina del vigilante, sumida en la penumbra azulada de un televisor encendido. Las imágenes estaban privadas del sonido y el hombre no estaba. Quizá había ido al baño, pensó Mila, y continuó su camino. Por suerte, tenía la llave, de lo contrario, ahora debería esperar a que el vigilante regresara.

En la mano llevaba una bolsa de papel que contenía un refresco y dos sándwiches de queso —su cena de esa noche—, así como un bote con un ungüento que más tarde se extendería sobre las quemaduras de las manos. Su aliento se condensaba en el aire helado. Mila se apresuró, se estaba muriendo de frío. Sus pasos sobre la grava llenaron la noche. Su bungaló era el último

de la fila.

«Priscilla», pensó mientras caminaba. Y volvieron a su mente las palabras de Chang, el médico forense: «Diría que las mató en seguida: no tenía interés en mantenerlas con vida más allá de lo necesario, y no titubeó. El tipo de muerte es idéntica para todas las víctimas. Excepto para una...».

El doctor Gavila había preguntado: «¿Qué significa eso?». Y Chang le había respondido, mirándolo, que para la sexta había sido incluso peor...

Esa frase obsesionaba a Mila. Pero no solo por la idea de que la sexta niña hubiera tenido que pagar un precio más alto que las demás: «Ralentizó el desangramiento para que muriera lentamente... Quiso “disfrutar del espectáculo”». No, había algo más. ¿Por qué el asesino había cambiado su modus operandi? Al igual que durante la reunión con Chang, Mila advirtió de nuevo un cosquilleo en la nuca.

Su habitación estaba ya solo unos pocos metros, y ella fue concentrándose en aquella sensación, convencida esa vez de poder encontrar la causa. Un pequeño hoyo en el terreno la hizo tropezar.

Y fue entonces cuando lo oyó.

El breve ruido detrás de ella expulsó en un instante sus razonamientos. Un pisoteo en la grava. Alguien estaba «copiando» su paso, coordinaba los pasos con los suyos para acercarse sin que ella se diera cuenta. Al tropezar, el acosador había perdido el ritmo, delatando así su presencia.

Mila no se alteró, no aminoró su ritmo, y los pasos del perseguidor se perdieron nuevamente en los suyos. Calculó que debería de hallarse una decena de metros detrás de ella. Mientras tanto, empezó a valorar posibles soluciones. Era inútil sacar el revólver que llevaba a la espalda: si quienquiera que le iba detrás estaba armado, tendría todo el tiempo del mundo para dispararle primero. «El vigilante», pensó entonces. El televisor encendido en el despacho vacío. «Si ya se ha librado de él, ahora me toca a mí», concluyó. Ya faltaba poco para llegar a la puerta del bungalow. Tenía que decidirse, y se decidió. No tenía elección.

Hurgó en su bolsillo en busca de la llave y subió rápidamente los tres peldaños que la separaban del porche. Abrió la puerta después de dar un par de vueltas a la llave, con el corazón hundido en el pecho, y se metió en la habitación. Sacó el revólver y alargó la otra mano hacia el interruptor de la luz. La lámpara junto a la cama se encendió. Mila no se movió de su posición,

rígida, con los hombros contra la puerta y los oídos bien abiertos. «No me ha atacado», pensó. Entonces le pareció oír pasos que se desplazaban sobre el entablado que revestía el porche.

Boris le había dicho que las llaves del motel eran todas iguales, desde que el propietario se había cansado de sustituirlas porque los clientes se las llevaban cuando se marchaban sin pagar. «¿También lo sabe quien me está siguiendo? Probablemente tenga una llave como la mía», se dijo. Y pensó que, si intentaba entrar, podría pillarlo de espaldas y por sorpresa.

Se arrodilló y se deslizó sobre la sucia moqueta hasta alcanzar la ventana. Pegó su cuerpo contra la pared y levantó la mano para abrirla. El frío había bloqueado las bisagras. Con un poco de esfuerzo, logró abrir uno de los postigos. Se puso de pie, dio un salto y se encontró fuera, de nuevo en la oscuridad.

Delante tenía el bosque. Las altas copas de los árboles ondeaban juntas, rítmicamente. La parte trasera del motel estaba recorrida por una tarima de cemento que unía los bungalós unos con otros. Mila la rodeó, manteniéndose agachada y tratando de percibir cada movimiento, cada ruido a su alrededor. Superó rápidamente la habitación junto a la suya y también la siguiente. Luego se detuvo y embocó por el estrecho intersticio que separaba las habitaciones unas de las otras.

En ese momento debía asomarse si quería ver el porche del bungaló, pero ese era un movimiento muy arriesgado. Cerró los dedos de ambas manos alrededor del revólver para aumentar la presión, olvidando el dolor de las quemaduras. Contó de prisa hasta tres, respirando antes profundamente tres veces, y emergió de la esquina con el arma apuntada. Nadie. No podía haber sido su imaginación; estaba convencida de que alguien la había seguido. Alguien que era perfectamente capaz de moverse a las espaldas de un blanco, vigilando la sombra sonora de sus pasos.

Un depredador.

Mila buscó con la mirada alguna señal del enemigo en la plaza. Parecía haber desaparecido con el viento, acompañado por el repetitivo concierto de los árboles condescendientes que rodeaban el motel.

—Discúlpeme...

Mila dio un salto atrás y miró al hombre sin levantar el revólver, paralizada por esa simple palabra. Necesitó unos segundos para entender que

se trataba del vigilante. Él se dio cuenta de que la había asustado y repitió:

—Discúlpeme. —Esta vez, solo para excusarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mila, que aún no conseguía ralentizar los latidos de su corazón.

—La llaman al teléfono...

El hombre señaló la cabina de su despacho y Mila se dirigió hacia allí sin esperar a que el otro le abriera camino.

—Mila Vasquez —le dijo al auricular.

—Hola, soy Stern... El doctor Gavila quiere verte.

—¿A mí? —preguntó ella, sorprendida, pero también con una pizca de orgullo.

—Sí. Hemos llamado al agente que te ha acompañado, está volviendo a buscarte.

—Está bien. —Mila estaba perpleja. Stern no añadía nada más, así que ella se aventuró a preguntarle—: ¿Hay novedades?

—Alexander Bermann nos ha escondido algo.

Boris trataba de programar el navegador sin perder de vista la carretera. Mila miraba al frente sin decir nada. Gavila viajaba en el asiento posterior, cubierto con su abrigo arrugado y con los ojos cerrados. Se dirigían a casa de la hermana de Veronica Bermann, donde la mujer se había refugiado para huir de los periodistas.

Goran había llegado a la conclusión de que Bermann había tratado de encubrir algo, todo ello, basándose en el mensaje dejado en el contestador automático: «Ejem... Soy yo... Ejem... No tengo mucho tiempo..., pero quería decirte que lo siento... Lo siento, todo... Debería haberlo hecho antes, pero no lo conseguí... Intenta perdonarme. Todo ha sido culpa mía...».

Por el registro telefónico, había establecido que Bermann había efectuado la llamada cuando se encontraba en la comisaría de la policía de tráfico, más o menos en el mismo momento en que era descubierto el cadáver de la pequeña Debby Gordon.

De repente, Goran se había preguntado por qué un hombre de la condición de Alexander Bermann —con un cadáver en el maletero y la intención de quitarse la vida en cuanto le fuera posible— había hecho una llamada como

esa a su mujer.

Los asesinos en serie no piden perdón. Si lo hacen es porque quieren dar una imagen diferente de sí mismos, porque está en su naturaleza mistificadora. Su objetivo es enturbiar la verdad, alimentar la cortina de humo con la que se han rodeado. Pero con Bermann parecía distinto. Había una urgencia en su voz. Tenía que llevar algo a cabo, antes de que fuera demasiado tarde.

¿Por qué quería ser perdonado Alexander Bermann?

Goran creía que tenía que ver tan solo con su mujer, con su relación de pareja.

—Repítamelo una vez más, por favor, doctor Gavila...

Goran abrió los ojos y vio a Mila vuelta en su asiento, mirándolo a la espera de una respuesta.

—Quizá Veronica Bermann descubrió algo que probablemente fue motivo de pelea entre ella y el marido. Creo que él quiso pedirle perdón por eso.

—¿Y por qué debería ser tan importante para nosotros esa información?

—No sé si lo es en realidad... Pero un hombre en sus condiciones no pierde tiempo en resolver una simple riña conyugal si no tiene un objetivo ulterior.

—¿Y cuál sería ese objetivo?

—Quizá su mujer no sea del todo consciente de lo que sabe.

—Y con esa llamada él quería bloquear la situación para impedirle profundizar. O darnos esos detalles...

—Sí, eso es lo que pienso... Veronica Bermann se ha mostrado muy cooperativa hasta ahora, no tendría interés alguno en escondernos nada si no pensara que esa información no tiene nada que ver con las acusaciones que recaen sobre su marido, sino con algo que les concierne solo a ellos dos.

Para Mila ahora estaba todo mucho más claro. La intuición del criminólogo no podía tomarse del mismo modo que una prueba de la investigación; primero había que verificarla, por eso Goran todavía no le había dicho nada a Roche.

Esperaban obtener elementos significativos del encuentro con Veronica Bermann. Boris, en calidad de experto en el interrogatorio de testigos y personas informadas sobre los hechos, debería haber conducido aquella especie de conversación informal, pero Goran decidió que solo Mila y él irían

a ver a la mujer de Bermann. Boris lo había aceptado como si fuera una orden impartida por un superior y no por un consultor civil, pero su hostilidad hacia Mila se había acrecentado. No entendía por qué ella tenía que estar presente.

La agente advirtió la tensión, y, en realidad, tampoco ella comprendía completamente las razones que habían motivado a Gavila a preferirla. A Boris no le quedó sino la tarea de instruirla sobre cómo administrar la conversación. Y eso era precisamente lo que había hecho hasta ese momento, antes de ponerse con el navegador en busca de su destino.

Mila pensó en el comentario de Boris mientras Stern y Rosa trazaban un retrato de Alexander Bermann: «Estoy deslumbrado. Todo está demasiado *limpio*».

Aquella perfección era poco creíble. Parecía preparada por alguien.

«Todos tenemos un secreto —se repitió Mila—. También yo.»

Siempre hay algo que esconder. Su padre se lo decía cuando era pequeña: «Todos nos metemos el dedo en la nariz. Quizá lo hagamos cuando nadie nos ve, pero lo hacemos».

¿Cuál era entonces el secreto de Alexander Bermann?

¿Qué sabía su mujer?

¿Cuál era el nombre de la niña número seis?

Llegaron cuando ya casi despuntaba el alba. El pueblecito estaba al amparo de una pequeña catedral, construida donde el dique se encorbaba y las casas se asomaban al río.

La hermana de Veronica Bermann vivía en un piso situado encima de una cervecería. Sarah Rosa le había advertido por teléfono de la visita que iba a recibir. Como era previsible, ella no se había opuesto y no había manifestado renuencia alguna. El preaviso iba destinado a alejar de ella la idea de tener que enfrentarse a un interrogatorio. Pero Veronica Bermann no estaba interesada en la cautela de la agente especial Rosa, y probablemente habría consentido también en enfrentarse a un tercer grado.

La mujer recibió a Mila y a Goran cuando casi eran las siete de la mañana, cómodamente vestida con bata y zapatillas. Los hizo pasar al cuarto de estar, con un techo con vigas a la vista y muebles labrados, y les ofreció café recién hecho. Mila y Goran se sentaron en el sofá, Veronica Bermann tomó asiento en el borde de un sillón, la mirada apagada de quien no consigue ni dormir ni llorar. Tenía las manos apretadas contra el regazo, y Goran comprendió que

estaba tensa.

La habitación estaba iluminada por la cálida luz amarilla de una lámpara cubierta con un viejo pañuelo, y el perfume de las plantas que decoraban el alféizar añadía un toque acogedor.

La hermana de Veronica Bermann les sirvió café y luego volvió a llevarse la bandeja vacía. Cuando se quedaron solos, Goran dejó que fuera Mila quien hablara. El tipo de preguntas que habían ido a hacerle necesitaban de una gran dosis de tacto. Mila se tomó su tiempo para saborear el café. No tenía prisa, quería que la mujer bajara completamente la guardia antes de empezar. Boris la había prevenido: en ciertos casos basta una frase equivocada para que el otro se cierre en banda y decida no colaborar más.

—Señora Bermann, todo esto debe de ser muy duro para usted, y sentimos mucho tener que venir a estas horas...

—No se preocupe, tengo la costumbre de levantarme temprano.

—Necesitamos profundizar en la figura de su marido, porque solo conociéndolo mejor podremos establecer en qué medida estaba realmente implicado. Y ese hecho, créame, todavía presenta muchas dudas. Háblenos de él...

Veronica no modificó en lo más mínimo la expresión del rostro, pero su mirada cambió de intensidad. Entonces empezó a hablar:

—Alexander y yo nos conocíamos desde el instituto. Él era dos años mayor que yo y formaba parte del equipo de *hockey*. No era un gran jugador, pero todos lo apreciaban. Una amiga mía lo frecuentaba, y así fue como lo conocí. Empezamos a salir juntos, pero en grupo, como simples amigos; aún no había nada, y tampoco pensábamos que pudiera unirnos algo más. En realidad, no creo que él me viera nunca de ese modo..., como su posible novia, quiero decir. Y yo a él tampoco.

—Pasó luego...

—Sí, ¿no es extraño? Después del instituto le perdí el rastro y no nos vimos durante muchos años. Por amigos comunes supe que iba a la universidad. Después, un día reapareció en mi vida: me llamó diciendo que había encontrado mi número casualmente en el listín telefónico. Pero en seguida supe por los mismos amigos de siempre que, cuando había vuelto tras obtener la licenciatura, se había informado sobre mí y sobre lo que había hecho durante esos años...

Mientras la escuchaba, Goran tuvo la impresión de que Veronica Bermann no estaba entregándose simplemente a la nostalgia de los recuerdos, sino que su relato tenía, de alguna manera, un objetivo preciso. Como si estuviera conduciéndolos intencionadamente hacia algún sitio, lejano en el tiempo, donde encontrarían lo que habían ido a buscar.

—Y desde ese momento volvieron a frecuentarse... —dijo Mila.

Goran advirtió, satisfecho, que la agente de policía, siguiendo las indicaciones de Boris, había decidido no hacerle preguntas a Veronica Bermann, sino sugerir frases que después ella completaría, para que pareciera más una conversación que un interrogatorio.

—Desde ese momento empezamos a vernos de nuevo —repitió Bermann—. Alexander me hizo la corte de un modo insistente, para convencerme de que me casara con él. Y, al final, acepté.

Goran se concentró en esa última frase. Le sonaba mal, como una mentira de orgullo insertada apresuradamente en el discurso a la espera de que pasara inadvertida. Y entonces le volvió a la mente lo que había notado al ver por primera vez a aquella mujer: Veronica no era hermosa, probablemente nunca lo había sido; una feminidad mediocre, privada de *pathos*. En cambio, Alexander Bermann era un hombre guapo. Ojos claros, sonrisa segura de quien sabe que puede generar cierta atracción. Al criminólogo le resultaba difícil creer que necesitara insistir mucho para convencerla de que se casara con él.

En ese momento, Mila decidió recuperar el dominio del discurso:

—Pero últimamente su relación iba mal...

Veronica se concedió una pausa, demasiado larga según Goran, que pensó que Mila había lanzado el anzuelo demasiado pronto.

—Teníamos problemas —admitió finalmente.

—Trataron de tener hijos en el pasado...

—Me sometí a una terapia hormonal durante un tiempo. Después también probamos la inseminación.

—Imagino que deseaban ardientemente tener un bebé...

—En realidad era Alexander quien insistía.

Lo dijo con un tono defensivo, señal de que quizá eso había sido el motivo de mayor roce entre la pareja.

Estaban acercándose al objetivo. Goran se sentía satisfecho. Había

preferido a Mila para hacer hablar a la señora Bermann porque creía que una figura femenina sería ideal para establecer una unión de solidaridad y vencer así la eventual resistencia de la mujer. Obviamente, podría haber elegido a Sarah Rosa y tal vez así no hubiera herido la susceptibilidad de Boris, pero Mila le pareció la más indicada, y no se equivocó.

La agente se inclinó sobre el escritorio que separaba el sofá del lugar donde Veronica Bermann se había sentado para apoyar su taza de café, aunque en realidad era una maniobra para encontrar la mirada de Goran sin que la mujer la viera. Él asintió levemente: era la señal de que había llegado el momento de acabar con los rodeos e intentar profundizar.

—Señora Bermann —dijo entonces Mila—, ¿por qué le pedía perdón su marido en el mensaje del contestador automático?

Veronica volvió la cabeza hacia otro punto de la habitación, tratando de esconder una lágrima que rebosaba el dique impuesto a las propias emociones.

—Señora Bermann, con nosotros, sus secretos están a salvo. Quiero ser franca con usted: ningún policía, procurador o juez podrá nunca obligarla a responder a esa pregunta, porque el hecho no tiene ninguna pertinencia con la investigación. Pero para nosotros es importante saberlo, porque su marido podría ser inocente...

Cuando oyó esa última palabra, Veronica Bermann se volvió hacia ella de nuevo.

—¿Inocente? Alexander no ha matado a nadie... ¡Pero eso no significa que no fuera culpable de algo!

Lo dijo con una rabia oscura que afloró sin preaviso y que le deformó la voz. Goran tuvo entonces la confirmación que esperaba. También Mila lo entendió: Veronica Bermann estaba esperándolos. Aguardaba su visita, sus preguntas disfrazadas de inocuas frases insertadas aquí y allá en el discurso. Creían que estaban dirigiendo la conversación, pero la mujer había preparado su relato para hacerlos llegar exactamente a ese lugar. Debía contárselo a alguien...

—Tenía la sospecha de que Alexander tenía una amante. Una mujer siempre se da cuenta de esas cosas, y en ese momento se pregunta si podrá perdonar. Pero, antes o después, una mujer también quiere saber, y por eso un día empecé a hurgar en su ropa. No sabía qué buscaba exactamente, y no podía prever cuál sería mi reacción en caso de que encontrara algo.

—¿Qué encontró?

—La confirmación: Alexander escondía una agenda electrónica idéntica a la que usaba habitualmente para el trabajo. ¿Por qué tener dos iguales sino para servirse de la primera para ocultar la segunda? ¡Así conocí el nombre de su amante: señalaba todas sus citas! Lo puse delante del hecho consumado, pero él lo negó, haciendo desaparecer en seguida la segunda agenda. Sin embargo, no me detuve ahí: lo seguí hasta la casa de aquella mujer, en aquel sitio miserable, pero no pude ir más allá. Me detuve delante de la puerta. En realidad, no quería siquiera verle la cara.

¿Ese era todo el inconfesable secreto de Alexander Bermann?, se preguntó Goran. ¿Una amante? ¿Se habían molestado por tan poco?

Por suerte, no había informado a Roche de su iniciativa o, de lo contrario, también debería haber afrontado el escarnio del inspector jefe, que ya veía el caso cerrado. Mientras tanto, Veronica Bermann había abierto el grifo y no tenía intención alguna de dejarlos marchar antes de haber desahogado su propio rencor hacia el marido. La actitud de valiente defensa de la pareja tras el descubrimiento del cadáver en el maletero obviamente había sido solo una prudente fachada. Un modo para sustraerse del peso de la acusación, de apartar las salpicaduras de barro. Ahora que había encontrado la fuerza necesaria para librarse del pacto de solidaridad conyugal, había empezado, como todos los demás, a cavar una fosa de la que Alexander Bermann nunca podría escapar.

Goran buscó la mirada de Mila para que pusiera punto final a aquella conversación cuanto antes. Fue en ese instante cuando el criminólogo notó un inesperado cambio en los rasgos faciales de la agente de policía, que ahora revelaban una expresión en vilo, entre el asombro y la incertidumbre.

A lo largo de todos esos años de carrera, Goran había aprendido a reconocer los efectos del miedo en los rostros ajenos. Y entendió que algo había afectado profundamente a Mila.

Era un nombre.

La oyó preguntarle a Veronica Bermann:

—¿Podría repetirme el nombre de la amante de su marido?

—Ya se lo he dicho: esa ramera se llama Priscilla.

9

No podía tratarse tan solo de una coincidencia.

Mila revivió, a beneficio de los presentes, los aspectos más importantes del último caso del que se había ocupado, el del profesor de música. Mientras recordaba las palabras del sargento Morexu respecto al hallazgo de aquel nombre —Priscilla— en la agenda del «monstruo», Sarah Rosa elevó los ojos al cielo, y Stern hizo eco a su gesto sacudiendo la cabeza.

No la creían, lo cual era comprensible. Sin embargo, Mila no se resignaba a la idea de que no hubiera un nexo. Solo Goran la dejaba hacer; quién sabía qué esperaba conseguir el criminólogo. Mila quería profundizar a toda costa en aquella broma del caso. Pero de su conversación con Veronica Bermann solamente había obtenido un resultado: la mujer había dicho que había seguido al marido hasta la casa de su amante, adonde ahora se dirigían. Cabía la posibilidad de que en ese lugar se escondieran otros horrores. Quizá también los cuerpos de las restantes niñas.

Y la respuesta a la pregunta relativa a la número seis.

Mila habría querido decirles a los demás: «La he llamado Priscilla...», pero no lo hizo. Ahora le parecía casi una blasfemia. Era como si ese nombre lo hubiera elegido Bermann en persona, su verdugo.

La estructura del edificio era la típica de un suburbio de la periferia. El clásico gueto, construido en los años sesenta como corolario natural de una recién nacida área industrial. Estaba compuesto por casas grises, que con el tiempo se habían cubierto del polvo rojizo que emanaba de una acerería cercana; inmuebles de escaso valor comercial, con urgentes necesidades de reformas. Allí vivía una humanidad precaria, compuesta sobre todo de inmigrantes, parados y familias que salían adelante gracias al subsidio público.

Goran se dio cuenta de que nadie se atrevía a mirar a Mila. Se mantenían alejados de ella porque, al proporcionar una pista inesperada, la agente había cruzado un límite.

«¿Por qué alguien querría venir a vivir a un sitio como este?», se preguntó Boris, mirando a su alrededor con expresión de asco.

El número de la casa que estaban buscando se encontraba al final de la manzana. Correspondía a un semisótano al que se accedía por una escalera externa. La puerta era de hierro. Las únicas tres ventanas, que se asomaban al nivel de la planta baja, estaban protegidas por rejas y tapiadas desde el interior con tablones de madera.

Stern intentó mirar a través de ellos, agachado en una posición ridícula, con las manos alrededor de los ojos y las caderas hacia atrás para no ensuciarse los pantalones.

—Por aquí no se ve nada.

Boris, Stern y Rosa intercambiaron un gesto de asentimiento con la cabeza y se colocaron alrededor de la entrada. Stern invitó a Goran y a Mila a quedarse detrás.

Fue Boris quien se acercó. No había timbre, así que golpeó la puerta. Lo hizo enérgicamente, con la palma de la mano. El ruido servía para intimidar, mientras que el tono de voz de Boris se mantuvo intencionadamente calmo:

—Señora, es la policía. Abra la puerta, por favor...

Era una técnica de presión psicológica para hacer perder la orientación al interlocutor: dirigirse a él con fingida paciencia y, al mismo tiempo, urgiéndolo para que hiciera lo que se le pedía. Pero en ese caso no funcionó, porque parecía que en la casa no había nadie.

—Venga, entremos —propuso Rosa, que era la que estaba más impaciente por averiguar qué había allí dentro.

—Tenemos que esperar a que Roche nos llame para decirnos que ha conseguido la orden —repuso Boris, y miró la hora—. Ya no debería tardar mucho...

—¡A tomar por culo Roche y también la orden! —se opuso Rosa—. ¡Ahí dentro podría estar pasando cualquier cosa!

—Ella tiene razón —terció Goran—; entremos.

Al ver que todos aceptaban su decisión, Mila tuvo la confirmación de que

el criminólogo contaba más que Roche en aquel pequeño conciliábulo.

Se colocaron delante de la puerta. Boris sacó una caja de ganzúas y comenzó a trastear en la cerradura. En pocos instantes, el mecanismo de apertura se desbloqueó. Mientras mantenía el revólver bien aferrado con una mano, con la otra empujó la puerta de hierro.

Su primera impresión fue la de un lugar deshabitado.

Un pasillo, estrecho y desnudo. La luz del día no era suficiente para iluminarlo. Rosa enfocó con su linterna y divisaron tres puertas. Las dos primeras a la izquierda; la tercera, al fondo.

La tercera estaba cerrada.

Empezaron a avanzar. Boris delante; detrás de él, Rosa; después, Stern y Goran. Mila cerraba la fila. Excepto el criminólogo, todos llevaban un arma en la mano. Mila solo estaba «agregada» al equipo y no debería poder, pero la llevaba metida en los vaqueros, a la espalda, con los dedos en la culata, lista para sacarla. Por eso había entrado en último lugar.

Boris probó el interruptor que había en una de las paredes.

—No hay luz.

Levantó la linterna para mirar en la primera de las tres habitaciones. Estaba vacía. En la pared podía verse una mancha de humedad que subía desde los cimientos, comiéndose todo el revoque como si de un cáncer se tratara. Los tubos de la calefacción y los de los desagües se cruzaban por el techo. En el suelo se había formado un charco.

—¡Este hedor es insoportable! —se lamentó Stern.

Nadie podría vivir en esas condiciones.

—Ahora se hace evidente que no hay ninguna amante —dijo Rosa.

—Entonces, ¿qué es este sitio? —se preguntó Boris.

Llegaron frente a la segunda habitación. La puerta estaba rígida por culpa de las oxidadas bisagras, levemente alejada de la pared: ese rincón podría ofrecer un fácil refugio a un eventual agresor. Boris la abrió de una patada, pero detrás no había nadie. La habitación era completamente idéntica a la primera. Las baldosas del suelo estaban arrancadas, dejando a la vista el cemento que revestía los cimientos. No había muebles, solo el esqueleto de acero de un sofá. Continuaron más allá.

Quedaba un último cuarto, el del fondo del pasillo, cuya puerta estaba

cerrada.

Boris levantó dos dedos de la mano izquierda y se los llevó a los ojos, una señal acordada con Stern y Rosa para que tomaran posición a ambos lados de la puerta. Luego el joven policía retrocedió un paso, cogió carrerilla y le propinó una patada al pomo de la puerta. Ésta se abrió y los tres agentes se colocaron en seguida en línea de tiro, iluminando al mismo tiempo con las linternas cada rincón. Pero allí tampoco había nadie.

Goran se metió entre ellos, dejando resbalar la mano con el guante de látex por la pared hasta encontrar el interruptor. Después de dos breves zumbidos, un neón se encendió en el techo, esparciendo por la habitación su luz polvorienta. Era un entorno completamente diferente de los otros dos. En primer lugar, estaba limpio, y las paredes no presentaban signos de humedad porque estaban revestidas de papel plastificado e impermeable. El suelo todavía conservaba las baldosas, que se hallaban en buenas condiciones. No había ventanas, pero un aparato de aire acondicionado se puso en marcha tras unos segundos. La instalación eléctrica estaba a la vista señal de que había sido añadida con posterioridad. Canaletas de plástico conducían los cables al interruptor que le había permitido a Goran encender la luz, pero también a una toma de corriente en el lado derecho de la habitación, donde, apoyado contra la pared, había un escritorio con una silla de despacho. Y, encima de la mesa, un ordenador personal apagado.

Esa era la única decoración, a excepción de un viejo sillón de piel que se encontraba cerca de la pared opuesta, a mano izquierda.

—Por lo que parece, a Alexander Bermann solo le interesaba esta habitación —dijo Stern dirigiéndose a Goran.

Rosa avanzó por el cuarto en dirección al ordenador:

—Estoy segura de que ahí están las respuestas que estamos buscando.

Pero Goran la detuvo, reteniéndola por un brazo.

—No, es mejor proceder de manera ordenada. Primero salgamos todos de aquí para no alterar la humedad del entorno. —Luego se dirigió a Stern—: Llama a Krepp para que venga con su equipo a buscar huellas. Yo avisaré a Roche.

Mila observó atentamente la luz que brillaba en los ojos del criminólogo. Estaba convencida de que él estaba seguro de hallarse muy cerca de algo importante.

Se pasó los dedos por la cabeza como si se peinara, aunque en realidad no tenía pelo. Solamente le quedaba una espesa mata en el cogote, del que brotaba una cola de caballo que le bajaba por la espalda. Una serpiente verde y roja se extendía por el antebrazo derecho, con su boca abierta a la altura de la mano. También en el otro brazo tenía un tatuaje parecido, y en la parte del tórax que se entreveía bajo la bata. Tras los variados *piercings* que le cubrían el rostro estaba Krepp, el experto de la policía científica.

Mila estaba fascinada con su aspecto, tan alejado del de un sesentón normal y corriente. «Así es como acaban los punkis cuando envejecen», pensó. Sin embargo, hasta hacía pocos años, Krepp había sido un hombre normal de mediana edad, bastante austero y gris en sus modales. De la noche a la mañana, sin embargo, se había producido el cambio. Pero después de que todos comprobaron que el hombre no había perdido el juicio, nadie había dicho una palabra más sobre su nuevo aspecto, porque Krepp era el mejor en su campo.

Después de haberle dado las gracias a Goran por haber preservado la humedad de la escena, Krepp se puso de inmediato manos a la obra. Pasó una hora en la habitación, con su equipo, todos provistos de batas y máscaras para protegerse de las sustancias que utilizaban para encontrar las huellas. Luego salió del semisótano y se acercó al criminólogo y a Roche, que había llegado mientras tanto.

—¿Cómo va, Krepp? —lo saludó el inspector jefe.

—Esa historia del cementerio de brazos me está volviendo loco —empezó diciendo Krepp—. Aún estábamos analizando esos miembros en busca de una huella útil cuando nos han llamado.

Goran sabía que encontrar una huella sobre la piel humana era la cosa más difícil del mundo, por la posible contaminación, o por la sudoración del sujeto que se debía examinar o, si se trataba de los tejidos de un cadáver en el caso de los brazos, por el fenómeno de la putrefacción.

—He probado con el humo de yodo, con el Kromekote y hasta con la electronografía.

—¿Qué es eso? —preguntó el criminólogo.

—Es el método más moderno para extraer las huellas dejadas sobre la piel: una radiografía en emisión electrónica... Ese maldito Albert es bastante

hábil en no dejar huellas —dijo Krepp.

Y Mila reparó en que era el único en referirse al asesino por ese nombre, porque para los demás ya había asumido la identidad de Alexander Bermann.

—Entonces, ¿qué tenemos aquí, Krepp? —preguntó Roche, que estaba cansado de oír cosas que no le servían.

El técnico se quitó los guantes y, manteniendo la mirada siempre baja, empezó a describir lo que habían hecho:

—Hemos utilizado la ninhidrina, el efecto no era del todo nítido al láser, así que la he mejorado con cloruro de zinc. Hemos extraído algunas series de huellas en el papel adhesivo que hay junto al interruptor de la luz y sobre la superficie porosa de la mesa. Con el ordenador ha sido más difícil: las huellas se superponían unas sobre otras, y necesitaríamos el cianoacrilato, pero deberíamos llevar el teclado a la cámara hiperbárica y...

—Después. No tenemos tiempo de encontrar un teclado para sustituir este y tenemos que analizar el ordenador ahora —lo interrumpió Roche, que tenía prisa por obtener información—. En fin, que las huellas pertenecen a una sola persona...

—Sí, todas son de Alexander Bermann.

Esa frase inquietó a todos, excepto a uno: el que ya sabía la respuesta. Y la conocía desde el mismo momento en que habían puesto un pie en aquel semisótano.

—Parece que Priscilla nunca ha existido —dijo en efecto Gavila.

Lo afirmó sin mirar a Mila, que advirtió una punzada de orgullo cuando la privó del consuelo de su mirada.

—Hay otra cosa... —Krepp hablaba de nuevo—. El sillón de piel.

—¿Qué? —preguntó Mila, emergiendo del silencio.

Krepp la miró como si la viera por primera vez, luego bajó los ojos hasta sus manos vendadas, mostrando una expresión inquieta. Mila no pudo por menos que pensar que era absurdo que precisamente un hombre tan curtido como Krepp la mirara de un modo tan extraño. Pero no se turbó.

—No hay huellas en el sillón.

—¿Y eso es extraño? —preguntó Mila.

—No sabría decirle —se limitó a afirmar Krepp—. Solo digo que hay huellas por todas partes, pero ahí no.

—Pero tenemos las huellas de Bermann en todos los demás objetos; ¿qué nos importa eso? —intervino Roche—. Nos basta para darle como se merece... Y, si queréis saberlo, a mí cada vez me gusta menos ese tío.

Mila pensó que, en cambio, debía de gustarle bastante, ya que era la solución a todas sus preocupaciones.

—Entonces, ¿qué hago con el sillón?, ¿sigo analizándolo?

—Olvídate del condenado sillón y deja que mis hombres le echen un vistazo a ese ordenador personal.

Sintiéndose de ese modo aludidos, los miembros del equipo trataron de no cruzar sus miradas para no reírse. A veces, el tono de sargento de hierro usado por Roche podía ser más paradójico que el aspecto de Krepp.

El inspector jefe se alejó hacia el coche que lo esperaba al final de la manzana, no sin haber reconfortado antes a los suyos con un: «Ánimo, chicos, cuento con vosotros».

Cuando estuvo suficientemente lejos, Goran se dirigió a los demás:

—Está bien —dijo—, veamos qué hay en ese ordenador.

Volvieron a tomar posesión de la habitación. Las paredes revestidas de plástico la hacían parecer un gran embrión, y la madriguera de Alexander Bermann estaba a punto de abrirse solo para ellos. O, al menos, eso era lo que esperaban. Se pusieron los guantes de látex. Después Sarah Rosa se sentó frente al ordenador: ahora le tocaba a ella.

Antes de encender el PC, conectó un pequeño mecanismo a uno de los puertos USB. Stern puso en marcha una grabadora y la colocó junto al teclado. Rosa describió la operación:

—He conectado el ordenador de Bermann a un lápiz de memoria: en el caso de que el ordenador se bloqueara, el dispositivo recibirá toda la memoria.

Los demás se colocaron de pie detrás de ella, en silencio.

Encendió el ordenador.

La primera señal eléctrica fue seguida por el típico ruido de la unidad de disco duro que empezaba a arrancar. Todo parecía normal. Con cierta lentitud, el ordenador empezó a despertar de su letargo. Era un viejo modelo que ya no se fabricaba. En la pantalla aparecieron por orden los datos del sistema operativo que, poco después, dejaron sitio a la imagen del escritorio. Nada

importante: solo un fondo azul con iconos de programas muy comunes.

—Parece el ordenador de mi casa —aventuró Boris.

Pero el chiste no le hizo gracia a nadie más.

—Está bien... Ahora veamos qué hay en la carpeta de Documentos del señor Bermann...

Rosa abrió la carpeta. Vacía. Como también lo estaban la de Imágenes y la de Documentos recientes.

—No hay archivos de texto... Es muy extraño —dijo Goran.

—Quizá lo borraba todo al final de cada sesión —sugirió Stern.

—Si eso es así, puedo intentar recuperarlo —aseguró Rosa. A continuación insertó un CD en el lector y descargó rápidamente un software que sería capaz de recuperar cualquier archivo eliminado.

La memoria de los ordenadores nunca se vacía por completo, y es casi imposible borrar algunos datos, que es como si quedaran impresos para siempre. Mila recordaba haber oído decir a alguien que el compuesto de silicio encerrado en cada ordenador funcionaba de manera parecida al cerebro humano. También cuando parece que hemos olvidado algo, en realidad en alguna parte de nuestra cabeza hay un grupo de células que retiene dicha información, y puede que nos la proporcione de nuevo cuando la necesitemos bajo la forma, si no de imágenes, de instinto. No es esencial recordar la primera vez que nos quemamos con el fuego cuando éramos niños. Lo que cuenta es que ese conocimiento, depurado por todas las circunstancias biográficas en que se ha formado, quedará impreso en la mente para volver todas las veces que nos acerquemos a una fuente de calor. Eso era lo que pensaba Mila mientras se miraba una vez más las manos vendadas... Al parecer, en algún lugar de su cerebro se conservaba una información equivocada.

—Aquí no hay nada.

Fue la desconsolada constatación de Rosa lo que devolvió a Mila a la realidad. El ordenador estaba completamente vacío.

Pero Goran no estaba convencido de ello.

—Hay un navegador web.

—Pero el ordenador no está conectado a Internet —señaló Boris.

Sarah Rosa, en cambio, entendió adónde quería ir a parar el criminólogo.

Cogió su teléfono móvil y pulsó diversas teclas.

—Hay red... —dijo—. Puede conectarse con el móvil.

Rosa abrió de inmediato el historial del navegador y comprobó el listado de direcciones. Solo había una.

—¡Esto era lo que hacía Bermann aquí dentro!

Se trataba de una secuencia de números. La dirección era un código.

<http://4589278497.89474525.com>

—Probablemente es la dirección de un servidor reservado —supuso Rosa.

—¿Qué significa eso? —preguntó Boris.

—Que no nos llega a través de un motor de búsqueda y para entrar hay que tener una clave. Es probable que esté contenida directamente en el ordenador. Pero, si no es así, nos arriesgamos a bloquear el acceso para siempre.

—Entonces debemos ser prudentes y hacer exactamente lo mismo que Bermann... —dijo Goran, y luego se volvió hacia Stern—: ¿Tenemos su móvil?

—Sí, lo tengo en el coche, junto al ordenador de su casa.

—Pues ve a buscarlo...

Cuando Stern estuvo de vuelta, los encontró en silencio; lo aguardaban con evidente impaciencia. El agente le pasó a Rosa el móvil de Bermann y ella lo conectó al ordenador. Inmediatamente después, empezó la conexión. El servidor tardó un poco en reconocer la llamada; estaba procesando los datos. Luego empezó a cargarlos velozmente.

—Parece que nos deja entrar sin problemas...

Con los ojos apostados en el monitor, esperaron ver la imagen que aparecería tras unos instantes. Podía ser cualquier cosa, pensó Mila. Una fuerte tensión unía ahora a los miembros del equipo, como una carga de energía que corría entre un cuerpo y otro. Se podía palpar en el aire.

El monitor empezó a componer píxeles que se disponían ordenadamente sobre su superficie como pequeñas piezas de un puzle. Pero lo que vieron no era lo que esperaban. La energía, que hasta poco antes invadía el entorno, se agotó al instante y el entusiasmo se desvaneció.

La pantalla estaba negra.

—Debe de ser un sistema de protección —anunció Rosa—, que ha interpretado nuestro intento como una intrusión.

—¿Has ocultado la señal? —preguntó Boris, inquieto.

—¡Claro que la he ocultado! —se irritó ella—. ¿Acaso me tomas por imbécil? Probablemente era un código o algo parecido...

—¿Como un nombre de usuario y una contraseña? —preguntó Goran, que quería saber más.

—Algo así —le respondió distraídamente Rosa. Pero después completó la respuesta—: Lo que nosotros teníamos era una dirección para una conexión directa. El nombre de usuario y la contraseña son mecanismos de seguridad superados: dejan rastro y siempre pueden conducir a alguien hasta ti. Aquí entra quien quiere permanecer anónimo.

Mila todavía no había dicho una palabra, y todos aquellos discursos la estaban poniendo nerviosa. Respiraba profundamente y apretaba los puños haciendo crujir los nudillos. Había algo que no encajaba, pero no conseguía entender qué podía ser. Goran se volvió hacia ella durante un instante, como si al sentirse observado, hubiera notado un pinchazo. Mila fingió no darse cuenta.

Mientras tanto, el ambiente en la sala se estaba caldeando. Boris decidió desahogar su frustración con Sarah Rosa.

—Si pensabas que podía haber una barrera en la entrada, ¿por qué no has seguido un procedimiento de conexión paralela?

—¿Por qué no lo has sugerido tú?

—¿Por qué?, ¿qué sucede en esos casos? —quiso saber Goran.

—¡Sucede que, cuando un sistema como este está protegido, no hay otro modo de penetrar en él!

—Trataremos de formular un nuevo código y volveremos a intentarlo —propuso Sarah Rosa.

—¿De verdad? ¡Son millones de combinaciones! —se burló Boris.

—¡Que te den por culo! ¿Quieres echarme toda la culpa a mí?

Mila continuó asistiendo en silencio a aquel extraño ajuste de cuentas.

—¡Si alguien tenía alguna idea que proponer o algún consejo que dar, podría haberlo hecho antes!

—¡Pero si te lanzas a la yugular cada vez que abrimos la boca!

—¡Escucha, Boris, déjame en paz! También yo podría decirte que...

—¿Qué es eso?

La frase de Goran cayó entre los contendientes como una barrera. Su tono no era de alarma ni de desesperación, como Mila habría esperado, pero provocó el mismo efecto y los hizo callar de una vez.

El criminólogo señalaba algo delante de él. Siguiendo la línea de su brazo tendido, todos se encontraron observando de nuevo la pantalla del ordenador.

Ya no estaba negra.

En la parte superior, confinada en el margen izquierdo, aparecía una inscripción.

—**¿quien eres?**

—¡Joder! —exclamó Boris.

—Bueno, ¿qué es eso? ¿Alguno de vosotros puede decírmelo? —insistió Goran.

Rosa se situó de nuevo delante del monitor, con las manos tendidas hacia el teclado.

—Estamos dentro —anunció.

Los demás se colocaron alrededor de ella para ver mejor.

El led luminoso bajo la frase seguía relampagueando, como a la espera de una respuesta, que de momento no llegaba.

—**eres tu?**

—A ver, ¿alguien puede explicarme qué sucede? —Ahora Goran ya estaba perdiendo la paciencia.

Rosa elaboró rápidamente una explicación.

—Es una puerta.

—¿Es decir?...

—Una puerta de acceso. Parece que estamos dentro de un sistema complejo. Ésta es una ventana de diálogo, una especie de chat... En el otro lado hay alguien, doctor.

—Y quiere hablar con nosotros —añadió Boris.

—O con Alexander Bermann... —lo corrigió Mila.

—¿Y a qué esperamos, entonces? ¡Respondamos! —dijo Stern con un tono de urgencia en la voz.

Gavila miró a Boris: él era el experto en comunicación. El joven agente

asintió y se colocó detrás de Sarah Rosa, para sugerirle qué escribir.

—Dile que estás aquí.

Y ella escribió:

—**Sí, estoy aquí.**

Esperaron unos instantes, hasta que en el monitor apareció otra frase.

—**no creía q estuvieras vivo, estaba preocupado.**

—Bien, está «preocupado», así que es un hombre —declaró Boris, satisfecho. Luego le dictó a Sarah Rosa la siguiente respuesta. Pero le recomendó usar solo letras minúsculas, como hacía su interlocutor, y luego le explicó que algunas personas se sienten intimidadas por el uso de las mayúsculas. Ellos querían, sobre todo, que quien estuviera al otro lado se sintiera cómodo.

—**he estado muy ocupado, tú cómo estás?**

—**me an echo un monton de preguntas pero yo no e dicho nada.**

¿Alguien le había hecho preguntas? ¿Sobre qué? La impresión de todos, y en particular de Goran, es que parecía que el hombre con el que estaban hablando estuviera implicado en algo sospechoso.

—Quizá haya sido interrogado por la policía, pero no han creído oportuno detenerlo —sugirió Rosa.

—O quizá no tenían pruebas suficientes —convino Stern.

En sus mentes empezaba a perfilarse la figura de un cómplice de Bermann. Mila pensó en lo que le había ocurrido en el motel, cuando le pareció que alguien la seguía por la plaza empedrada. No le había dicho ni una palabra a nadie, por temor a que se tratara solo de una impresión.

Boris decidió preguntarle al misterioso interlocutor:

—**quién te ha hecho las preguntas?**

Pausa.

—**ellos.**

—**ellos quiénes?**

No hubo respuesta. Boris decidió ignorar ese silencio e intentó rodear el obstáculo preguntando algo diferente.

—**qué les has dicho?**

—**les e contado la historia que tu me dijiste y a funcionado.**

Más que la oscuridad de aquellas palabras, era la presencia de frecuentes

errores gramaticales lo que preocupaba a Goran.

—Podría ser una especie de código de reconocimiento —explicó—. Quizá espera que nosotros también hagamos faltas. Y si no las hacemos, podría cortar la comunicación.

—Tiene razón. Copia su lenguaje e inserta sus mismos errores —le sugirió Boris a Rosa.

Mientras tanto, en la pantalla apareció:

—e preparado todo como tu querias no veo el momento me diras tu cuando?

Esa conversación no estaba llevándolos a ninguna parte. Boris le pidió a Sarah Rosa que contestara que pronto sabría «cuándo», pero que de momento era mejor repasar todo el plan para estar seguros de que funcionaría.

A Mila le pareció una buena idea, así recuperarían la desventaja respecto de su interlocutor. Poco después, este respondió:

—el plan es: salir de noxe xq asi no me ve nadie, cuando sean las 2. ir final de la calle, esconderme entre los matojos, esperar, las luces del coche se encenderan 3 veces, entonces puedo salir.

Nadie entendía nada. Boris miró a su alrededor en busca de sugerencias e interceptó la mirada de Gavila:

—¿Usted qué piensa, doctor?

El criminólogo estaba reflexionando.

—No lo sé... Hay algo que se me escapa. No logro encajarlo.

—También yo tengo la misma sensación —dijo Boris—. El tío que está hablando parece..., parece un disminuido psíquico o alguien con un fuerte déficit psicológico.

Goran se acercó más a Boris:

—Tienes que hacerlo salir al descubierto.

—¿Y cómo?

—No lo sé... Dile que ya no estás seguro de él y que estás pensando en mandarlo todo al traste. Dile que «ellos» también están encima de ti, y luego pídele que te dé una prueba... ¡Eso: le pides que te llame por teléfono a un número seguro!

Rosa se apresuró a teclear la pregunta. Pero en el espacio para la respuesta solo brilló el led durante un buen rato.

Luego en la pantalla empezó a componerse algo.

—**no puedo hablar por telefono, ellos me escuchan.**

Era evidente: o era muy listo, o realmente tenía miedo de ser espiado.

—Insiste, dale vueltas. Quiero saber quiénes son «ellos» —dijo Goran—.

Pregúntale dónde se encuentran en este momento...

La respuesta no se hizo esperar demasiado.

—**ellos estan cerca.**

—Pregúntale: ¿cómo de cerca? —insistió Goran.

—**estan aqui a mi lado.**

—¿Y eso qué coño significa? —protestó Boris, llevándose las manos a la nuca en un gesto de exasperación.

Rosa se dejó caer contra el respaldo de la silla y sacudió la cabeza, desalentada.

—Si «ellos» están tan cerca y lo tienen vigilado, ¿por qué no pueden ver lo que está escribiendo?

—Porque él no ve lo que estamos viendo nosotros.

Fue Mila quien lo dijo. Y notó complacida que no se habían vuelto a mirarla como si hubiera hablado un fantasma. Por el contrario, su consideración reavivó el interés del grupo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gavila.

—Hemos dado por sentado que él, como nosotros, tenía enfrente una pantalla negra. Pero, en mi opinión, su ventana de diálogo está insertada en una página web en la que hay otros elementos: quizá animaciones gráficas, escritos o imágenes de algún tipo... Por eso «ellos», a pesar de estar cerca, no pueden darse cuenta de que está hablando con nosotros.

—¡Tiene razón! —dijo Stern.

La habitación se llenó de nuevo de una extraña euforia. Goran se dirigió a Sarah Rosa:

—¿Podemos ver lo que ve él?

—Claro —respondió ella—, le mando una señal de reconocimiento y, cuando su ordenador me la devuelva, obtendremos la dirección de Internet a la que está conectado.

Mientras explicaba todo esto, la agente ya estaba abriendo su portátil para crear una segunda conexión a la red.

Poco después apareció en la pantalla principal:

—**aun estas ahí?**

Boris miró a Goran:

—¿Qué respondemos?

—Gana tiempo, pero sin que sospeche.

Boris escribió que esperara unos segundos porque habían llamado a la puerta y tenía que ir a abrir.

Mientras tanto, en el *notebook*, Sarah Rosa logró copiar la dirección de Internet desde la que el hombre se estaba comunicando.

—Aquí la tengo, ya está... —anunció.

Insertó los datos en la barra y pulsó *enter*.

Tras unos pocos segundos se cargó una página web.

Nadie habría sabido decir si fue el estupor o el horror lo que los dejó sin palabras.

En la pantalla, los osos bailaban junto a las jirafas, los hipopótamos golpeaban los bongos con buen ritmo, y un chimpancé tocaba el ukelele. La habitación se llenó de música, y mientras la selva se animaba a su alrededor, una mariposa multicolor les dio la bienvenida a la página web.

Se llamaba Priscilla.

Todos permanecieron atónitos durante unos instantes. Luego, Boris desplazó la mirada hacia la pantalla principal, donde todavía aparecía la pregunta:

—**aun estas ahí?**

Fue entonces cuando el agente logró pronunciar aquellas durísimas cuatro palabras:

—Joder... Es un niño.

10

La palabra que más se repite en los motores de búsqueda es «sex». La segunda es «God». Y cada vez que Goran pensaba en ello, también se preguntaba por qué alguien querría buscar a Dios precisamente en Internet. En tercer lugar, en realidad, hay dos palabras: «Britney Spears», que comparte su puesto con «death», la muerte.

Sexo, Dios, muerte y Britney Spears.

La primera vez que Goran introdujo el nombre de su mujer en un motor de búsqueda fue apenas tres meses antes. No sabía por qué lo había hecho; le salió así, de manera instintiva. No esperaba encontrarla y, en efecto, no la encontró. Pero ese era oficialmente el último lugar donde había pensado buscarla. ¿Era posible que supiera tan poco de ella? Y desde ese momento se despertó algo en su interior.

Comprendió por qué estaba siguiéndola.

En realidad no quería saber dónde estaba. En el fondo, no le importaba en absoluto. Lo que quería saber era si ella era feliz. Porque eso era lo que le daba rabia: que se hubiera deshecho de él y de Tommy para poder ser feliz en otro lugar. ¿Se puede ser capaz de herir tan profundamente a alguien para perseguir un deseo egoísta de felicidad? Evidentemente, sí. Ella lo había hecho y, lo que era peor, no había vuelto atrás para enmendarlo, para poner remedio a aquella lesión, a aquel jirón en la carne del hombre con quien ella misma había elegido compartir la vida, y en la carne de su misma carne. Porque se puede volver atrás, se debe volver atrás. Siempre hay un momento en que, a fuerza de avanzar y solo mirar hacia delante, se percibe algo, una llamada, y se vuelve un poco atrás para ver si allí todo sigue igual o si, en cambio, ha variado algo en quien hemos dejado a nuestras espaldas, o en nosotros mismos. Ese momento le llega a todo el mundo. ¿Por qué a ella no?

¿Por qué ni siquiera lo había intentado? Ni una sola llamada muda en plena noche. Ni una postal sin palabras. Cuántas veces Goran se había apostado frente a la escuela de Tommy esperando sorprenderla espiando a su hijo a hurtadillas... Pero nada. Ni siquiera había ido para cerciorarse de que estaba bien. Y entonces Goran había empezado a preguntárselo: ¿qué tipo de persona había creído poder retener a su lado toda la vida?

¿En qué era él tan diferente entonces de Veronica Bermann?

También aquella mujer había sido engañada. Su marido se había servido de ella para crearse una fachada respetable, para que fuera ella quien cuidara de lo que él poseía: su nombre, su casa, sus pertenencias, cada cosa. Porque lo que él quería estaba en otro lugar. Pero, a diferencia de Goran, aquella mujer sospechaba el abismo que se abría bajo su vida perfecta, percibía el olor de algo putrefacto. Y había callado. Se había prestado al engaño, aunque sin tomar parte en él. Había sido cómplice en el silencio, compañera en la representación, esposa para lo bueno y para lo malo.

Goran, en cambio, no sospechó nunca que su mujer pudiera abandonarlo. Ni un aviso, ni una señal, ni siquiera una siniestra intuición sobre la que poder volver con la memoria y decir: «¡Sí! Era tan evidente, y yo, estúpido de mí, ni me di cuenta». Porque habría preferido descubrir que era un pésimo marido, para luego culparse a sí mismo, su negligencia, su escasa atención. Habría querido encontrar en sí mismo las razones: así, al menos, las tendría. En cambio, no, solo silencio. Y dudas. Al resto del mundo le ofrecía la versión más cruda de los hechos: ella se había ido, punto. Porque Goran sabía que cada uno vería lo que quisiera ver. Unos, al pobre marido. Otros, al hombre que por fuerza debió de hacerle algo para que huyese. Y en seguida se identificaba con esos papeles, pasando con soltura del uno al otro, porque cada dolor tiene su prosa, y debe ser respetada.

¿Y ella? ¿Durante cuánto tiempo había fingido ella? ¿Durante cuánto tiempo había madurado aquella idea? ¿Cuánto tiempo había necesitado para fecundarla con sueños inconfesables, con pensamientos escondidos bajo la almohada noche tras noche, mientras él dormía a su lado? Tejiendo ese deseo con los gestos cotidianos, de madre, de mujer, hasta convertir sus fantasías en un proyecto, un plan. Un *diseño*. Quién sabía cuándo había comprendido que lo que imaginaba era posible. La larva albergaba dentro de sí el secreto de aquella metamorfosis, y, mientras tanto, seguía viviendo a su lado, junto a él y

junto a Tommy. Y se preparaba, silenciosa, para el cambio.

¿Y dónde estaba ahora? Porque ella seguía viviendo, pero en otro lugar, en un universo paralelo, hecho de hombres y mujeres como los que Goran encontraba a diario, hecho de casas a las que hacer salir adelante, de maridos que soportar, de hijos que cuidar. Un mundo igual de banal, pero lejos de él y de Tommy, con nuevos colores, nuevos amigos, nuevas caras, nuevos nombres. ¿Qué buscaba ella en ese mundo? ¿Qué era eso que tanto necesitaba y que allí nunca había logrado encontrar? «En el fondo, todos viajamos a un universo paralelo en busca de respuestas —pensó Goran—. Como los que en la web buscan sexo, Dios, muerte y Britney Spears.»

Alexander Bermann, en cambio, navegaba por Internet a la caza de niños.

Todo se había aclarado en seguida. Desde la aparición de la web «Priscilla, la mariposa» en el ordenador de Bermann a la localización del servidor internacional que gestionaba dicho sistema, todo había empezado a asumir una forma.

Era una red de pedófilos con ramificaciones en varios estados.

Mila tenía razón: también estaba *su* profesor de música.

La Unidad Especial para Crímenes en Internet identificó casi un centenar de abonados. Se efectuaron las primeras detenciones, y continuarían realizándose en las siguientes horas. Pocos adeptos, pero muy selectos. Todos profesionales intachables, acomodados y, por tanto, dispuestos a desembolsar grandes sumas de dinero con tal de preservar su anonimato.

Entre ellos, Alexander Bermann.

Mientras volvía a casa esa tarde, Goran pensó en el hombre templado, siempre sonriente y moralmente íntegro que se deducía de las descripciones de los amigos y conocidos de Bermann. Una máscara perfecta. Quién sabía por qué habría establecido un paralelismo entre Bermann y su mujer. O quizá sí lo sabía, pero no quería admitirlo. En todo caso, una vez cruzado el umbral, dejaría aparte ese tipo de reflexiones y se dedicaría completamente a Tommy, como le había prometido por teléfono, cuando le anunció que regresaría antes a casa. Su hijo había recibido la noticia con entusiasmo y le había pedido si podían cenar *pizzas*. Goran había accedido sin dudar, sabiendo que bastaría esa pequeña concesión para hacerlo feliz. Los niños saben expresar la felicidad de todo aquello que les ocurre.

Así que Goran se encontró pidiendo *pizza* de pimientos para él y con

doble de *mozzarella* para Tommy. Hicieron juntos el pedido por teléfono, porque el de la *pizza* era un ritual que debía ser compartido. Tommy marcó el número y Goran hizo el pedido. Luego prepararon los platos grandes, que habían comprado a propósito para tal fin. Tommy bebería zumo de fruta, y Goran se permitió una cerveza. Antes de llevarlos a mesa, metieron los vasos en el congelador para que se enfriaran suficientemente antes de acoger las bebidas.

Pero Goran estaba de todo menos sereno. Su mente todavía corría por aquella perfecta organización. Los agentes de la Unidad Especial para Crímenes en Internet habían descubierto una base de datos con más de tres mil nombres de niños, con direcciones y fotografías. La red se servía de falsos dominios dedicados a la infancia para atraer a las víctimas hacia la trampa. «Priscilla, la mariposa.» Animales, coloridos videojuegos, inocuas musiquitas hacían el resto... Muy parecidas a las de los dibujos animados que Goran y Tommy vieron juntos después de cenar en un canal de la televisión digital. El tigre azul y el león blanco. Mientras su hijo se acurrucaba contra él, muy concentrado en las aventuras de los dos amigos de la selva, Goran lo observó.

«Tengo que protegerlo», se dijo.

Y lo pensó con un miedo extraño en el fondo del pecho, un nudo oscuro y pegajoso. El temor de no hacer suficiente, de no ser suficiente, porque un padre solo no puede ser suficiente. Aunque, en el fondo, él y Tommy salieran adelante. Pero ¿qué habría ocurrido si tras la pantalla negra del ordenador de Bermann, en lugar de aquel niño desconocido, hubiera estado su Tommy? ¿Habría sido capaz de percatarse de que alguien estaba tratando de penetrar en la mente y en la vida de su hijo?

Mientras Tommy acababa los deberes, Goran se retiró al estudio. Aún no eran las siete, así que se puso a hojear de nuevo el expediente de Bermann y encontró varios puntos que podrían ser útiles a la investigación.

En primer lugar, aquel sillón de piel que se hallaba en el semisótano y en el que Krepp no había encontrado huellas.

«Solo digo que hay huellas por todas partes, pero ahí no... ¿Por qué?»

Estaba seguro de que también había una razón para eso. Sin embargo, cada vez que le parecía haber entendido un concepto, su mente viajaba a otro lugar: a los peligros que rodeaban la vida de su hijo.

Goran era criminólogo, sabía de qué materia estaba hecho el mal. Pero

siempre lo había observado a distancia, como estudioso. Nunca se había dejado corromper por la idea de que ese mismo mal pudiera alargarse de alguna manera su mano huesuda hasta tocarlo. Ahora, en cambio, sí lo pensaba.

¿Cuándo se transforma uno en un «monstruo»?

Esa definición, que oficialmente había desterrado de su mente, volvía ahora a ella en secreto. Porque quería saber cómo ocurría. Cuándo se daba uno cuenta de haber cruzado ese límite.

Bermann pertenecía a una organización perfecta, con una jerarquía y unos estatutos relativos. El representante comercial había entrado en ella cuando iba a la universidad. En aquellos tiempos, Internet no era considerado todavía un terreno de caza, y se requería mucho esfuerzo para mantenerse en la sombra y no despertar sospechas. Por eso, a los adeptos se les aconsejaba crearse una vida ejemplar y segura en la que ocultar su verdadera naturaleza y refugiar sus impulsos. Mimetizarse, confundirse y desaparecer: esas eran las palabras clave de aquella estrategia.

Bermann había terminado la universidad con la idea en mente, clarísima, de lo que haría. En primer lugar, se puso tras las huellas de una vieja amiga a la que no veía desde hacía años. Aquella Veronica que nunca había sido lo suficientemente guapa para que los chicos —incluido él— se interesaran por ella. Le había hecho creer que el suyo era un amor madurado durante mucho tiempo y ocultado tímidamente. Y ella, de manera previsible, aceptó en seguida casarse con él. Los primeros años de matrimonio transcurrieron como para todas las parejas, entre altibajos. A menudo él se ausentaba por trabajo. En realidad, solía aprovechar los viajes para encontrarse con otros como él o para seducir a sus pequeñas presas.

Con la llegada de Internet se volvió más fácil. Los pedófilos se apoderaron en seguida de aquel increíble instrumento que permitía no solo actuar protegidos por el anonimato, sino también manipular a sus víctimas con ingeniosas trampas.

Pero Alexander Bermann todavía no podía completar su perfecto plan de mimetismo, porque Veronica no lograba darle un heredero. Eso era lo que faltaba, el detalle que habría hecho de él una auténtica persona fuera de toda sospecha, porque un padre de familia no se interesa por los hijos de los demás.

El criminólogo se deshizo de la rabia que le había subido hasta la garganta

y cerró el expediente, que había ido engordando en las últimas horas. Ya no quería leerlo. Más bien, solo quería acostarse, dejarse aturdir por el sueño.

¿Quién sino Bermann podía ser Albert? Aunque todavía tenían que relacionarlo con el cementerio de brazos y con la desaparición de las seis niñas, y hallar los cadáveres restantes, nadie más que él se merecía asumir el papel de verdugo.

Pero cuanto más lo pensaba, menos convencido estaba de ello.

A las ocho, Roche anunciaría oficialmente la captura del culpable en una abarrotada rueda de prensa. Goran se dio cuenta de que la idea que ahora lo atormentaba, en realidad, había empezado a zumbarle en la cabeza justo después de haber descubierto el secreto de Bermann. Titubeando, vaga como la niebla, se había quedado escondida durante toda la tarde en un rincón de su mente. No obstante, en la sombra en la que se había refugiado, seguía pulsando, para demostrarle que estaba allí y seguía viva. Solo ahora, en la quietud de su casa, Goran decidió otorgarle la consistencia de un pensamiento acabado.

«Hay algo que no cuadra en esta historia... ¿Piensas que Bermann no es el culpable? Oh, claro que lo pienso: ese hombre era un pedófilo. Pero él no ha matado a las seis niñas. Él no tiene nada que ver... ¿Cómo puedes estar tan seguro?»

»Porque si Alexander Bermann fuese realmente nuestro Albert, habríamos encontrado a la última niña en su maletero, la número seis, y no a Debby, la primera. Ya debería haberse desembarazado de ella desde hace tiempo...»

Y, precisamente mientras tomaba conciencia de esa deducción, el criminólogo miró la hora: faltaban pocos minutos para la rueda de prensa de las ocho.

Tenía que detener a Roche.

El inspector jefe había convocado a los principales periodistas en cuanto la información sobre el giro del caso Bermann empezó a circular. El pretexto oficial era que no quería que los periodistas encontraran noticias de segunda mano, quizá mal filtradas por alguna fuente confidencial. Pero, en realidad, le preocupaba que la historia pudiera filtrarse completamente por otras vías, excluyéndolo así a él de la primera plana.

Roche era bueno organizando eventos de ese tipo, sabía calibrar la espera

y sentía un cierto placer en mantener en ascuas a la prensa. Por eso acudía a la cita con algunos minutos de retraso, dando a entender que en cuanto jefe de la unidad era siempre perseguido por los acontecimientos de última hora.

El inspector disfrutaba del zumbido que provenía de la sala de prensa contigua a su despacho: era como energía que alimentaba su ego. Mientras tanto, permanecía tranquilamente sentado, con los pies sobre el escritorio que había heredado de su predecesor, del que había sido segundo durante mucho tiempo —demasiado, según él—, y al que no había tenido escrúpulos de torpedear ocho años antes.

Las líneas de su teléfono seguían iluminándose sin parar. Pero Roche no tenía intención de contestar: quería hacer subir la tensión.

Entonces llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Roche.

Apenas cruzó el umbral, Mila vio una sarcástica sonrisa de complacencia en el rostro del inspector jefe. Se preguntaba por qué diablos querría verla.

—Agente Vasquez, quería darle las gracias personalmente por su valiosa contribución a esta investigación.

Mila se habría ruborizado si no hubiera comprendido que aquello solo era un artificioso prelude para deshacerse de ella.

—No me parece que haya hecho mucho, señor.

Roche empuñó un abrecartas y empezó a limpiarse las uñas con la punta. Luego, con tono despistado, prosiguió:

—En cambio, ha sido útil.

—Aún no conocemos la identidad de la sexta niña.

—Saldrá a la luz, como todo lo demás.

—Señor, le pido permiso para completar mi trabajo, al menos durante un par de días. Estoy segura de poder llegar a un resultado...

Roche dejó el abrecartas, bajó los pies del escritorio y se levantó para dirigirse hacia Mila. Con la más resplandeciente de las sonrisas, le cogió la mano derecha, todavía vendada, y se la apretó, sin percatarse de que le hacía daño.

—He hablado con su superior: el sargento Morexu me ha asegurado que recibirá una mención especial por esta historia.

Luego la acompañó hacia la salida.

—Que tenga un buen viaje, agente. Y acuérdesse de nosotros de vez en cuando.

Mila asintió, porque no había nada más que decir. Al cabo de pocos segundos se encontró al otro lado del umbral, observando la puerta del despacho que se cerraba.

Habría querido discutir la cuestión con Goran Gavila, porque estaba segura de que él no estaba al corriente de su repentino despido, pero ya se había marchado a casa. Unas horas antes lo había oído mientras llamaba por teléfono y quedaba para cenar. A juzgar por el tono que había usado, la persona al otro lado del hilo no debía de tener más de ocho o nueve años. Habían pedido *pizzas*.

Mila había comprendido que Goran tenía un hijo. Quizá también hubiera una mujer en su vida, y puede que también ella se dispusiera a compartir la agradable velada que padre e hijo estaban preparando. La agente sintió una punzada de celos, aunque no sabía por qué.

Devolvió la tarjeta de identificación en la entrada y allí le entregaron un sobre con un billete de tren para volver a casa. Esta vez, nadie la acompañaría a la estación. Debería haber llamado a un taxi, con la esperanza de que su jefe le reembolsara el gasto, y pasar por el motel para recoger sus cosas.

Sin embargo, una vez en la calle, Mila descubrió que no tenía prisa. Miró alrededor y respiró aquel aire que de repente le pareció muy limpio y quieto. La ciudad aparecía como inmersa en una innatural burbuja de frío, en equilibrio sobre el borde de un inminente acontecimiento meteorológico. Un grado de más o de menos, y todo cambiaría. Aquel aire enrarecido escondía la prematura promesa de una nevada. O bien, todo quedaría como ahora, inmóvil.

Sacó del sobre el billete de tren: todavía faltaban tres horas para la partida, pero ella estaba pensando en otra cosa. Quizá ese lapso de tiempo sería suficiente para hacer lo que la apremiaba. Y no había modo de saberlo sin intentarlo. En el fondo, si se hubiera revelado un agujero en el agua, nadie lo hubiera sabido. Y ella no podía marcharse con esa duda.

Tres horas. Serían suficientes.

Había alquilado un coche y llevaba cerca de una hora de viaje. Las cimas de las montañas se recortaban contra el cielo delante de ella. Casas de madera con tejados inclinados. De las chimeneas se elevaba un humo gris, perfumado

de resina. La leña se apilaba en los patios. Las ventanas proyectaban una luz ocre y confortable.

Tras recorrer durante un buen rato la carretera estatal 115, Mila embocó por la salida 25. Se dirigía al colegio en el que había estado interna Debby Gordon. Quería ver su habitación. Estaba convencida de que allí encontraría algo que la conduciría de nuevo a la niña número seis, a su nombre. Aunque para el inspector jefe Roche Mila ya fuera prácticamente inútil, no podía dejar a sus espaldas esa identidad incompleta. Era un pequeño gesto de piedad. Todavía no había sido difundida la noticia de que las niñas desaparecidas no eran solamente cinco, por lo que aún nadie tenía la posibilidad de llorar a la sexta víctima. No lo harían sin un nombre, y eso Mila lo sabía. Se convertiría en la mancha blanca sobre una lápida, la pausa silenciosa al final de una breve lista de nombres, solo un número que añadir a la fría contabilidad de la muerte. Y ella no podía permitirlo en absoluto.

En realidad, había otra idea que la obsesionaba, por la que había recorrido todos aquellos kilómetros. Era por aquel cosquilleo suyo en la nuca...

La agente de policía llegó a su destino pasadas las nueve. El colegio se encontraba en un gracioso pueblo, a mil doscientos metros de altura. A esas horas, las calles estaban desiertas. El edificio escolar se hallaba algo apartado del pueblo, sobre una colina rodeada de un bonito parque, con un picadero de caballos y pistas de tenis y de baloncesto. Para llegar había que recorrer una larga avenida, por la que se entretenían los estudiantes que volvían de las actividades deportivas. Las risotadas cristalinas de aquellos jóvenes rompían el silencio.

Mila los adelantó y aparcó en la plaza. Poco después se presentó en la secretaría y pidió si podía visitar la habitación de Debby, con la esperanza de que nadie pusiera pegas. Después de consultar con un superior, la empleada regresó y le dijo que sí. Por suerte, la madre de Debby, después de la conversación que ambas habían mantenido, había llamado por teléfono para anunciar su visita. La empleada le entregó una etiqueta de identificación en la que se leía «Visitante» y le señaló el camino.

Mila recorrió los distintos pasillos hasta el ala que albergaba las habitaciones de las estudiantes. No le resultó difícil encontrar la de Debby. Sus compañeras habían llenado la puerta de cintas y tarjetas pintadas. Decían que la echaban mucho de menos, que no la olvidarían jamás. Y también estaba

el previsible «Estarás en nuestros corazones × siempre».

Volvió a pensar en Debby, en la llamada telefónica hecha a sus padres para que se la llevaran a casa, en el aislamiento que una niña de su edad, tímida y retraída, puede padecer por culpa de sus compañeros en un sitio como ese. Y por eso encontró aquellas tarjetas de mal gusto, una manifestación hipócrita de un cariño tardío. «Podríais haberos fijado en ella cuando estaba aquí —pensó—. O cuando alguien se la llevó delante de vuestras narices.»

Del fondo del pasillo llegaban gritos y un alegre alboroto. Superando los cabos de velas ya apagados que alguien había dispuesto a lo largo del umbral en señal de recuerdo, Mila se introdujo en el refugio de Debby.

Cerró la puerta a su espalda y se hizo el silencio. Acto seguido, alargó una mano hacia una lámpara y la encendió. La habitación era pequeña. Enfrente había una ventana que daba directamente al parque. Apoyado contra la pared se veía un escritorio muy ordenado, encima del cual colgaban estantes llenos de libros. A Debby le gustaba leer. A la derecha estaba la puerta del baño, cerrado, y Mila decidió que le echaría un vistazo en último lugar. Sobre la cama yacían algunos peluches que escudriñaron a la agente con sus ojos fríos e inútiles, haciendo que se sintiera como una intrusa. La habitación estaba completamente tapizada de pósteres y fotografías que mostraban a Debby en casa, con los compañeros de su antigua escuela, sus amigas y su perro *Sting*. Todos los efectos personales que le fueron arrebatados para vivir en aquel colegio exclusivo.

Debby era una niña que escondía en sí misma los rasgos de una bella mujer, observó Mila. Los muchachos de su misma edad se habrían enterado demasiado tarde, arrepintiéndose de no haber entrevisto antes al cisne escondido en aquel patito aislado. Pero entonces ella, sabiamente, los habría ignorado.

Su mente regresó a la autopsia a la que había asistido, al momento en que Chang liberó del plástico su rostro y apareció entre el pelo el broche con la azucena blanca. Su asesino la había peinado, y Mila recordó haber pensado que la había arreglado para ellos.

«Pero no, la había arreglado para Alexander Bermann...»

Su mirada fue atraída por un pedazo de pared que quedaba extrañamente vacío. Se acercó y descubrió que, en varios puntos, el revoque estaba desconchado, como si antes hubiera algo que ahora ya no estaba. ¿Otra foto?

Mila tuvo la sensación de que aquel lugar había sido violado. Otras manos, otros ojos, habían rozado el mundo de Debby, sus objetos, sus recuerdos. Quizá había sido la madre quien había quitado las fotos de la pared...; tendría que averiguarlo.

Todavía estaba reflexionando sobre esa circunstancia cuando un ruido la sobresaltó. Venía de fuera. Pero no del pasillo, sino de detrás de la puerta del baño.

Se llevó instintivamente la mano al cinturón, en busca del revólver. Cuando lo hubo agarrado firmemente, se arriesgó a levantarse de la posición en que se encontraba, hasta ponerse frente al baño con el arma preparada. Otro ruido. Esta vez, más nítido. Sí, allí dentro había alguien. Alguien que no se había dado cuenta de que ella estaba en la habitación. Alguien que, como ella, había pensado que esa era la mejor hora para introducirse sin ser molestado en el cuarto de Debby y llevarse algo... ¿Pruebas, tal vez? El corazón estaba a punto de salirse del pecho. No entraría, sino que esperaría, decidió.

La puerta se abrió de golpe. Mila desplazó el dedo de la posición de seguridad al gatillo. Luego, por suerte, se detuvo. La muchacha abrió los brazos asustada, dejando caer lo que tenía entre las manos.

—¿Quién eres? —le preguntó Mila.

La niña titubeó:

—Soy... una amiga de Debby.

Mentía. Mila era perfectamente consciente. Devolvió el revólver al cinturón y miró al suelo, hacia los objetos que se le habían caído: un bote de perfume, algunos frascos de champú y un sombrero rojo de ala ancha.

—Solo he venido a recoger las cosas que le presté —dijo, aunque sonó más como una excusa—. Las demás también han pasado, antes que yo...

Mila reconoció el sombrero rojo en una de las fotografías de la pared. Era Debby quien lo llevaba puesto, y entonces comprendió que estaba siendo testigo de una actividad de saqueo por parte de las compañeras de Debby que probablemente se prolongaría durante algunos días. No sería extraño que alguien se hubiera llevado las fotos de la pared.

—Está bien —dijo secamente—. Ahora vete.

La chica tuvo un instante de indecisión, luego recogió cuanto se le había caído al suelo y salió del cuarto. Mila la dejó hacer. A Debby le habría gustado así. Esos objetos no le servirían a su madre, que se sentiría culpable

durante el resto de su vida por haberla mandado allí. En el fondo, creía que la señora Gordon había sido de alguna manera «afortunada» —siempre que se pudiera hablar de suerte en esos casos—, por tener al menos el cuerpo de su hija para poder llorarla.

Mila comenzó entonces a hurgar entre los cuadernos y los libros. Quería un nombre y lo tendría. Claro que sería mucho más fácil si encontrara el diario de Debby. Estaba segura de que debía de tener uno al que confiar sus penas, y, como todas las niñas de doce años, lo tendría en un sitio oculto. Un lugar no muy lejos del corazón, no obstante, donde poder cogerlo cuando lo necesitara. «Y ¿cuándo tenemos más necesidad de refugiarnos en aquello que más queremos? —se preguntó—. De noche», fue la respuesta. Se inclinó junto a la cama, metió la mano bajo el colchón y palpó hasta que encontró algo.

Era una pequeña caja de latón con conejitos plateados que estaba cerrada con un sencillo candado.

La apoyó en la cama y miró a su alrededor, en busca del sitio donde pudiera estar escondida la llave. Pero de repente recordó haberla visto. Fue durante la autopsia del cadáver de Debby: estaba colgada del brazalete que llevaba en la muñeca derecha.

Se lo había dado a su madre y ahora no tenía tiempo de recuperarlo, así que decidió forzar la cajita. Haciendo palanca con un bolígrafo, logró desencajar las anillas en las que se cerraba el candado; después levantó la tapa. En el interior había un popurrí de especias, flores secas y maderas perfumadas; un imperdible manchado de rojo que debía de haber servido para el ritual de las hermanas de sangre; un pañuelito de seda bordado; un osito de goma con las orejas melladas; las velas de una tarta de cumpleaños... El tesoro de recuerdos de una adolescente.

Pero ningún diario.

«Qué extraño», se dijo Mila. Las dimensiones de la caja y la escasez de su contenido habrían hecho pensar en la presencia de algo más. Y también el hecho de que Debby tuviera la necesidad de preservarlo todo con un candado. Aunque quizá precisamente por eso no hubiera ningún diario.

Decepcionada por ese callejón sin salida, miró el reloj: había perdido el tren. Mejor haría quedándose allí a buscar algo que pudiera reconducirla a la misteriosa amiga de Debby. Ya antes, mientras se adentraba entre los objetos de la niña, había vuelto a notar aquella sensación que ya había sentido varias

veces y que no había conseguido identificar.

El cosquilleo en la nuca.

No podía marcharse de allí sin antes saber a qué era debido, pero necesitaba algo o a alguien que sirviera de apoyo a sus pensamientos huidizos para redirigir su trayectoria. A pesar de la hora, Mila tomó una decisión que se le antojó necesaria.

Marcó el número de teléfono de Goran Gavila.

—Doctor Gavila, soy Mila...

El criminólogo se quedó sorprendido y no respondió hasta pasados unos segundos.

—¿En qué puedo ayudarte, Mila?

¿Su tono era de fastidio? No, era solo su impresión. La agente empezó contándole que a esas horas debería estar en un tren, pero, en cambio, se encontraba en la habitación de Debby Gordon, en el colegio. Prefirió contarle toda la verdad, y Goran la escuchó. Cuando terminó, hubo un largo silencio al otro lado.

Ella no podía saberlo, pero Goran estaba mirando los estantes de su cocina con una taza de café humeante en la mano. El criminólogo había intentado contactar con Roche una y otra vez para evitar su suicidio mediático, pero había sido inútil.

—Quizá nos hayamos precipitado con Alexander Bermann —declaró.

Mila se percató de que Gavila hablaba con un hilo de voz, casi como si le hubiera costado pronunciar esa frase.

—Yo también lo creo —convino—. ¿Cómo ha llegado usted a esa conclusión?

—Porque llevaba a Debby Gordon en el maletero. ¿Por qué no a la última niña?

Mila recordó la explicación de Stern de aquella rara circunstancia:

—Quizá Bermann cometió un error al ocultar el cadáver, dio un paso en falso que podría hacer que lo descubrieran, y se disponía a llevarla a un lugar en el que esconderla mejor.

Goran escuchó, perplejo. Desde el otro lado, su respiración se agitó.

—¿Qué ocurre? —se inquietó Mila—. ¿He dicho algo que no encaja?

—No. Pero no parecías muy convencida mientras lo decías.

—No, en efecto —convino ella después de pensarlo.

—Falta algo. O, mejor dicho, hay algo que no está en armonía con el resto.

Mila sabía que un buen policía vive de sus percepciones. Nunca se hace referencia a ellas en los informes oficiales, pues en estos solo sirven los «hechos». Pero, ya que había sido Gavila el que había sacado el tema, Mila se arriesgó a hablarle de sus sensaciones.

—La primera vez que lo sentí fue durante el informe del médico legal. Fue como una nota desafinada, pero no logré retenerla, y la perdí casi en seguida.

El cosquilleo en la nuca.

Oyó que en su casa Goran desplazaba una silla, y también ella se sentó. Después habló él:

—Probemos, como hipótesis, a excluir a Bermann...

—De acuerdo.

—Imaginemos que el artífice de todo sea otra persona. Supongamos que ese tío ha salido de la nada y ha metido a una niña con el brazo amputado en el maletero de Bermann...

—Bermann nos lo habría dicho para desviar las sospechas que caían sobre sí mismo —apuntó Mila.

—No lo creo —replicó Goran con seguridad—. Bermann era un pedófilo: no podría haberlas desviado mucho. Sabía que estaba perdido. Se suicidó porque no tenía salvación, y para proteger a la organización de la que formaba parte.

Mila recordó que también el profesor de música se había suicidado.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Volver a Albert, el perfil neutro e impersonal que habíamos elaborado al principio.

Por primera vez, Mila se sintió realmente implicada en el caso. El trabajo en equipo era una experiencia nueva para ella. Y no le desagradaba trabajar junto al doctor Gavila. Lo conocía desde hacía poco, pero ya había aprendido a confiar en él.

—El caso es que el secuestro de las niñas y el cementerio de brazos tienen una razón. Quizá absurda, pero la tienen. Y, para explicarla, necesitamos conocer a nuestro hombre. Cuanto más lo conozcamos, más podremos

comprenderlo. Cuanto más lo comprendamos, más nos acercaremos a él. ¿Tienes eso claro?

—Sí... Pero ¿cuál será mi papel? —quiso saber ella.

El tono de Goran se hizo más grave, la voz cargada de energía:

—Es un depredador, ¿no? Entonces, enséñame cómo caza...

Mila abrió el cuaderno que llevaba consigo. Del otro lado, él oyó que pasaba las páginas. La agente empezó a leer sus notas sobre las víctimas:

—Debby, doce años. Desaparecida en la escuela. Sus compañeros recuerdan haberla visto salir al acabar las clases. En el colegio no se dieron cuenta de su ausencia hasta que pasaron lista por la noche.

Goran dio un largo sorbo a su café y luego dijo:

—Ahora háblame de la segunda...

—Anneke, diez años. Al principio todos pensaron que se había perdido en el bosque... La número tres se llamaba Sabine, era la más pequeña: siete años. Ocurrió el sábado por la tarde, mientras estaba con su familia en el parque de atracciones.

—Es la que se llevó del ti vivo, delante de las narices de los padres. En ese momento se disparó la alarma en todo el país. Nuestro equipo intervino, y fue entonces cuando la cuarta niña desapareció también.

—Melissa, la mayor: trece años. Sus padres le habían impuesto el toque de queda, pero el día de su cumpleaños lo desobedeció para ir a celebrarlo con sus amigas a la bolera.

—Fueron todas, menos Melissa —recordó el criminólogo.

—A Caroline la secuestró cuando estaba en su cama, tras entrar en la casa... Y luego está la número seis.

—Esa, después. Hablemos de las otras por ahora.

Goran se sentía increíblemente en sintonía con Mila, una sensación que no percibía desde hacía mucho tiempo.

—Ahora necesito que razones conmigo, Mila. Dime: ¿cómo se comporta nuestro Albert?

—Primero secuestra a una niña que está lejos de casa y que es poco sociable. Así nadie se dará cuenta de nada y él tendrá tiempo...

—¿Tiempo para hacer qué?

—Es como una prueba: quiere estar seguro de lograr lo que se propone. Y,

con tiempo a su disposición, siempre puede deshacerse de la víctima y desaparecer.

—Con Anneke ya está más relajado, pero decide secuestrarla él mismo en el bosque, lejos de posibles testigos... ¿Y cómo se comporta con Sabine?

—Se la lleva a la vista de todos: en el parque de atracciones.

—¿Por qué? —preguntó Goran.

—Por el mismo motivo por el que secuestra a Melissa cuando ya están todos alerta o a Caroline en su casa.

—¿Cuál es ese motivo?

—Se siente fuerte, ha adquirido seguridad.

—Bien —dijo Goran—. Sigue... Ahora cuéntame desde el principio la historia de las hermanas de sangre...

—Lo hacen las niñas. Se pinchan el dedo con un imperdible y luego unen las yemas, recitando juntas una cantinela.

—¿Quiénes son las dos niñas?

—Debby y la número seis.

—Pero ¿por qué la elige Albert? —inquirió Goran—. Es absurdo. ¡Las autoridades están en alerta, todos buscan a Debby y él vuelve para secuestrar a su mejor amiga! ¿Por qué correr un riesgo como ese? ¿Por qué?

Mila sabía adónde quería llegar el criminólogo, y, aunque fue ella quien lo dijo, había sido él el que la había conducido hasta allí.

—Creo que se trata de un *desafío*...

Esa última palabra pronunciada por Mila tuvo el efecto de abrir una puerta cerrada en la cabeza del criminólogo, que se levantó de la silla y empezó a caminar por la cocina.

—Continúa...

—Ha querido demostrar algo. Que es el más listo, por ejemplo.

—El mejor de todos. Es evidente que se trata de un egocéntrico, de un hombre enfermo de narcisismo... Ahora, háblame de la número seis.

Ella pareció contrariada.

—No sabemos nada.

—Tú háblame de ella de todos modos. Hazlo con lo que tenemos...

Mila dejó el cuaderno, ahora tenía que improvisar.

—Está bien, veamos... Tiene más o menos la edad de Debby, porque eran

amigas. O sea, unos doce años. Lo confirma también el análisis de los cuerpos de Barr.

—Bien... ¿Qué más?

—Según el examen forense, murió de manera distinta.

—¿Es decir? Recuérdamelo...

Mila cogió de nuevo el cuaderno en busca de la respuesta.

—Le amputó el brazo como a las demás, solo que en su sangre y en sus tejidos había restos de un cóctel de fármacos.

Goran le hizo repetir los nombres de las medicinas enumeradas por Chang. Antiarrítmicos como la disopiramida, inhibidores de la ECA, atenolol, que es un betabloqueante...

Eso era lo que no lo convencía.

—Eso es lo que no me convence —dijo Mila, y por un instante, Goran Gavila tuvo la sospecha de que aquella mujer podía leerle el pensamiento.

»Durante la reunión, usted dijo que Albert redujo así su ritmo cardíaco e hizo que le bajara la presión —apuntó Mila—. Y el doctor Chang añadió que su objetivo era ralentizar el desangramiento para dejarla morir lentamente.

«Ralentizar el desangramiento. Dejarla morir lentamente.»

—Está bien, ahora háblame de sus padres...

—¿Cuáles? —preguntó Mila sin entender.

—¡No me importa que no esté escrito en tu maldito cuaderno! ¡Quiero tus impresiones, vamos!

¿Cómo sabía lo del cuaderno de notas?, se preguntó, sorprendida por su reacción. Pero luego comenzó a razonar de nuevo.

—Los padres de la sexta niña no se han presentado como los demás para el examen del ADN. No sabemos quiénes son porque no han denunciado su desaparición.

—¿Por qué no la han denunciado? ¿Quizá no lo saben todavía?

—Improbable.

«Ralentizar el desangramiento.»

—¡Quizá no tenga padres! ¡Quizá esté sola en el mundo! ¡Tal vez no le importe a nadie! —Goran se estaba alterando.

—No, ella tiene una familia. Es como todas las demás, ¿recuerda? Hija única, madre de más de cuarenta años, cónyuges que han decidido tener un

solo hijo. Él no cambia, porque ellos son sus verdaderas víctimas: es probable que no tengan hijos nunca más. Ha elegido a las familias, no a las niñas.

—Justo —dijo Goran, gratificándola—. ¿Y entonces?

Mila pensó un poco en ello.

—A él le gusta desafiarnos. Quiere el desafío, como las niñas hermanas de sangre. Es un enigma... Y está poniéndonos a prueba.

«Dejarla morir lentamente.»

—Si existen los padres, y lo saben, entonces ¿por qué no han denunciado su desaparición? —insistió Goran, bajando la mirada al suelo de la cocina. Tenía la sensación de que estaban cerca de algo. A lo mejor, una respuesta.

—Porque tienen miedo.

La frase de Mila iluminó todos los rincones oscuros de la habitación, y le provocó una picazón en la nuca, una especie de cosquilleo...

—¿Miedo de qué?

La respuesta era una consecuencia directa de lo que Mila había dicho poco antes. En realidad no era necesario, pero aun así quería que aquella idea adoptara la forma de palabras, para aferrarse a ella y evitar así que se disolviera.

—Los padres tienen miedo de que Albert pueda hacerle daño...

—Pero ¿cómo va a hacerle daño si ya está muerta?

«Ralentizar el desangramiento. Dejarla morir lentamente.»

Goran se detuvo y se dejó caer al suelo de rodillas. Mila, en cambio, se puso en pie de un salto.

—No ha ralentizado el desangramiento..., ¡lo ha detenido!

Ambos llegaron a la vez a esa conclusión.

—Oh, Dios mío... —dijo ella.

—Sí..., aún sigue con vida.

11

La niña abre los ojos.

Respira profundamente, como si hubiera emergido de un abismo líquido; mientras tanto, pequeñas manos invisibles aún tiran de ella hacia abajo. Pero ella se esfuerza por mantenerse en equilibrio en esa vigilia.

Una repentina punzada en el hombro izquierdo la despierta.

El dolor es cegador, pero le devuelve un poco de lucidez. Trata de recordar dónde se encuentra. Ha perdido la orientación. Está tumbada, eso lo sabe. La cabeza le da vueltas y está rodeada por una cortina de oscuridad. Tiene fiebre y no puede moverse; se siente como aplastada. Solo dos sensaciones logran empapar las nieblas de su duermevela. El olor a humedad y a roca, parecido al de una cueva. Y el eco repetido y enervante de una gota que cae.

¿Qué ha pasado?

Los recuerdos afloran de uno en uno en su cabeza. Y entonces rompe a llorar. Lágrimas calientes comienzan a deslizarse por sus mejillas y mojan sus labios resecos. Así es como descubre que tiene sed.

Tenían que ir al lago ese fin de semana. Papá, mamá y ella. Hacía días que no pensaba en otra cosa, en la excursión en la que su padre le enseñaría a pescar. Había recogido lombrices en el jardín y las había conservado en un bote. Se movían, estaban vivas. Pero a ella le daba igual. Mejor dicho, consideraba irrelevante ese detalle, porque daba por sentado que las lombrices no tienen sentimientos. Así pues, no se preguntaba qué sentían estando allí dentro, encerradas. Ahora, en cambio, sí se lo pregunta. Porque es así como se siente ahora. Siente pena por ellas, y por sí misma. Y vergüenza por haber sido mala. Y espera de todo corazón que quienquiera

que la haya capturado, arrancándola de su vida, sea mejor que ella.

No recuerda mucho de lo que sucedió.

Se levantó temprano para ir al colegio, un poco antes de la hora habitual, porque era jueves y, como todos los jueves, su padre no podría acompañarla porque hacía la ronda de sus clientes. Vendía productos de peluquería, y, en previsión del aumento de clientes del fin de semana, los abastecía de laca para el pelo y champú, además de cosméticos. Por eso ella tenía que ir sola al colegio. Lo hacía ya desde que tenía nueve años. Todavía recordaba la primera vez que él la había acompañado a lo largo del breve trayecto hasta la parada del autobús. Iba de la mano, atenta a sus recomendaciones: mira a ambos lados antes de cruzar, o no llegues tarde porque el conductor no espera, o no te detengas a hablar con desconocidos porque puede ser peligroso. Con el tiempo, aquellos consejos habían sido tan interiorizados que ya no le parecía oírlos en su cabeza con la voz de su padre. Se había convertido en una experta.

Ese jueves por la mañana se levantó con una alegría nueva en el corazón. Además de la excursión pendiente al lago, tenía otro motivo de felicidad: la tirita que llevaba en el dedo. En el baño se había despegado uno de los bordes con agua caliente y se había mirado la yema con un orgullo mezclado con un ligero dolor.

Tenía una hermana de sangre.

No veía la hora de verla de nuevo, pero eso no sucedería antes del anochecer, ya que iban a escuelas diferentes. En el lugar de siempre se contarían las últimas novedades, porque ya hacía algunos días que no se veían. Luego jugarían y harían proyectos, y antes de despedirse renovarían la solemne promesa de ser amigas para siempre.

Sí, sería un gran día.

Metió en la mochila el libro de álgebra. Era su materia preferida, y lo decían también sus calificaciones. A las once tenía educación física, por lo que cogió un maillot de uno de los cajones del armario y metió en una bolsa de papel las zapatillas de deporte y los calcetines. Mientras hacía la cama, su madre la llamó para el desayuno. En la mesa todos tenían siempre mucha prisa, y esa mañana no fue diferente de las demás. Su padre, que generalmente solo tomaba un café, se quedó de pie junto al mueble leyendo el periódico. Lo mantenía delante de la cara, sujetándolo solamente con una

mano, mientras que con la otra empuñaba la taza sorbiendo el café con los labios. Su madre ya estaba al teléfono con una amiga, y le sirvió los huevos en el plato sin perderse una sola palabra de lo que le contaba su interlocutora. Houdini estaba acurrucado en su cesta y no se había dignado echarle siquiera una mirada desde que había bajado. Su abuelo decía que, como él, aquel gato padecía de tensión baja y, por tanto, tardaba un poco en empezar a funcionar por las mañanas. Pero ya hacía tiempo que ella había dejado de sufrir por la indiferencia de Houdini; entre ambos existía un acuerdo tácito de división del espacio y eso bastaba.

Al acabar el desayuno, había dejado el plato sucio en el fregadero y había hecho su ronda habitual por la cocina para recibir un beso de cada uno de sus padres. Luego había salido de casa.

Al viento aún pudo sentir en la mejilla la huella húmeda de café de los labios de su padre. El día era claro. Las pocas nubes que manchaban el cielo no tenían nada de amenazadoras. Las previsiones decían que el tiempo se mantendría así durante todo el fin de semana. «Óptimo para una excursión de pesca», había comentado su padre. Y con aquella promesa en el corazón, ella se había encaminado por la acera, directa a la parada del autobús. En total eran trescientos veintinueve pasos —los había contado—, aunque, con los años, ese número se había ido reduciendo progresivamente. Señal de que estaba creciendo. Periódicamente los recalculaba. Como esa mañana. Y cuando estaba a punto de dar el paso trescientos once, alguien la había llamado.

Ya nunca olvidaría ese número. El punto preciso en que su vida se había roto.

Se había vuelto y lo había visto. El hombre sonriente que fue a su encuentro no tenía un rostro familiar, pero lo había oído llamarla por su nombre, y en seguida pensó: «Si me conoce, no puede ser peligroso». A medida que se acercaba, ella lo examinaba con la mirada para tratar de averiguar quién era. Él había apretado el paso para alcanzarla, ella lo había esperado. Sus cabellos... eran extraños, como los de una muñeca que había tenido de pequeña. Parecían postizos. Cuando entendió que el hombre llevaba una peluca, ya era demasiado tarde. Tampoco se había fijado en el furgón blanco aparcado junto a la acera. Él la había agarrado, abriendo al mismo tiempo la puerta trasera del vehículo y entrando con ella en el

habitáculo. Había intentado gritar, pero le cubría la boca con una mano. La peluca se le había resbalado de la cabeza, y le había apretado la cara con un pañuelo húmedo. Luego, las lágrimas repentinas e incesantes, puntos negros y rojos delante de los ojos que decoloraban el mundo. Y, al final, la oscuridad.

¿Quién es ese hombre? ¿Qué quiere de ella? ¿Por qué la ha llevado allí? ¿Dónde se encuentra ahora?

Las preguntas llegan veloces y se marchan sin respuesta. Las imágenes de su última mañana de niña se desvanecen, y ella se encuentra de nuevo en aquella cueva, la barriga húmeda del monstruo que se la ha tragado. En compensación, vuelve a notar esa confortable sensación de entumecimiento. «Cualquier cosa con tal de no tener que pensar en todo eso», se dice. Cierra los ojos, hundiéndose una vez más en el mar de sombras que la rodea.

Tampoco se ha dado cuenta de que una de esas sombras está observándola.

12

La nieve cayó copiosamente durante toda la noche, posándose como el silencio sobre el mundo.

La temperatura se suavizó y las calles fueron barridas por una pálida brisa. Mientras el esperado acontecimiento meteorológico lo ralentizaba todo, un nuevo frenesí se apoderó del equipo.

Por fin había un objetivo. Un modo de remediar, aunque solo fuera en parte, todo aquel mal. Encontrar a la sexta niña, salvarla. Y así salvarse a sí mismos.

—Siempre y cuando aún siga con vida —tuvo que remarcar Goran, apaciguando un poco el entusiasmo de los demás.

Después del descubrimiento, Chang fue crucificado por Roche por no haber llegado antes a esa conclusión. La prensa todavía no había sido informada de la existencia de una sexta niña secuestrada, pero, en previsión, el inspector jefe estaba confeccionando una coartada mediática, y necesitaba un chivo expiatorio.

En el ínterin, Roche convocó a un equipo de médicos —cada uno con una especialización diferente— para que contestaran a una sola y fundamental pregunta: «¿Cuánto podría sobrevivir una niña en esas condiciones?».

La respuesta no fue unánime. Los más optimistas sostuvieron que, con cuidados médicos apropiados y sin que aparecieran infecciones, podía resistir entre diez y veinte días. Los pesimistas afirmaron que, a pesar de la corta edad, con una amputación así, las expectativas de vida por fuerza tenían que verse reducidas a medida que pasaran las horas, y que era muy probable que la pequeña ya hubiera muerto.

Roche no se quedó satisfecho con sus explicaciones y decidió seguir

manteniendo públicamente que Alexander Bermann aún era el principal sospechoso. Aunque convencido de que el representante comercial era ajeno a la desaparición de las niñas, Goran no desmintió la versión oficial del jefe. No era una cuestión de verdades. Sabía que Roche no podía quedar como un estúpido desdiciéndose de las declaraciones hechas antes sobre la culpabilidad de Bermann. Eso habría dicho mucho de sí mismo, pero también hubiera minado la credibilidad de sus métodos de investigación.

La convicción del criminólogo, en cambio, era que aquel hombre había sido de alguna manera «seleccionado» expresamente por el verdadero responsable.

Albert volvió a ser de repente el centro de su atención.

—Sabía que Bermann era un pedófilo —dijo Goran cuando estuvieron todos en la sala de operaciones—. Por un momento, lo hemos infravalorado.

Un elemento nuevo se introducía en el perfil de Albert. Lo intuyeron por primera vez cuando Chang describió las lesiones en los brazos hallados, definiendo como «quirúrgica» la precisión con que el homicida había asestado el golpe mortal. El empleo de fármacos para inducir una disminución de la velocidad de la presión sanguínea en la sexta niña avalaba las capacidades clínicas de su hombre. Finalmente, el hecho de que probablemente la mantuviera todavía con vida indujo a pensar que poseía un conocimiento notable de las técnicas de reanimación y de los protocolos de unidad de vigilancia intensiva.

—Podría ser médico, o quizá lo haya sido en el pasado —reflexionó Goran.

—Me ocuparé de efectuar una búsqueda en los registros profesionales: a lo mejor ha sido expulsado —se apresuró a decir Stern.

Era un buen comienzo.

—¿Cómo consigue las medicinas para mantenerla viva?

—Buena pregunta, Boris. Averigüemos en las farmacias privadas y en las de los hospitales quién ha solicitado esos fármacos.

—Aunque tal vez se proveyera meses atrás —señaló Rosa.

—Sobre todo, antibióticos: los necesitará para evitar infecciones... ¿Qué más?

Aparentemente, no había nada más. Ahora solo se trataba de descubrir dónde estaba la niña, viva o muerta.

En la sala de operaciones todos miraron a Mila. Ella era la experta, la persona a quien consultar para alcanzar el objetivo que daría un sentido a su trabajo.

—Tenemos que hallar un modo de comunicarnos con la familia.

Los presentes se miraron unos a otros, hasta que Stern preguntó:

—¿Por qué? Ahora tenemos ventaja sobre Albert: él aún no sabe lo que sabemos.

—¿Creéis de veras que una mente capaz de imaginar todo esto no ha previsto nuestros movimientos con antelación?

—Si nuestra hipótesis es correcta, la mantiene con vida para nosotros. — Gavila había intervenido para apoyar a Mila, secundando su nueva teoría.

—Él conduce el juego, y la niña es el premio final. Se trata de una competición, a ver quién es más listo.

—Entonces, ¿no la matará? —preguntó Boris.

—No será él quien la mate. Seremos nosotros.

Esa constatación era dura de digerir, pero constituía la esencia del *desafío*.

—Si tardamos demasiado tiempo en encontrarla, la niña morirá. Si lo irritamos de alguna manera, la niña morirá. Si no respetamos las reglas, la niña morirá.

—¿Las reglas? ¿Qué reglas? —inquirió Rosa, disimulando mal su ansiedad.

—Las que él ha establecido y que nosotros, por desgracia, no conocemos. Los caminos por los que se mueve su mente son oscuros para nosotros, pero muy claros para él. Por esa razón, cada acción nuestra puede ser interpretada como una violación de las reglas del juego.

Stern asintió, pensativo.

—Por tanto, dirigirnos directamente a la familia de la sexta niña es como favorecer su juego.

—Sí —dijo Mila—. Es lo que Albert espera de nosotros en este momento; lo tiene en cuenta. Pero también está convencido de que fracasaremos, porque esos padres tienen demasiado miedo para salir a la luz. De otro modo, ya lo habrían hecho. Quiere demostrarnos que su poder de persuasión es más fuerte que cualquier intento por nuestra parte. Paradójicamente, a sus ojos, está tratando de hacerse pasar por el «héroe» de esta historia. Es como si nos

estuviera diciendo: «Solo yo soy capaz de salvar a vuestra niña, solo podéis fiaros de mí...». ¿Os dais cuenta de la presión psicológica que logra ejercer? Pero si, en cambio, logramos convencer a esos padres de que contacten con nosotros, habremos sumado un punto a nuestro favor.

—Pero corremos el riesgo de chocar contra su susceptibilidad —protestó Sarah Rosa, que no parecía estar de acuerdo.

—Es un riesgo que debemos correr, aunque no creo que haga daño a la niña por eso. Nos castigará, quizá quitándonos tiempo, pero no la matará: primero tiene que mostrarnos su obra al completo.

Goran pensó que era extraordinario el modo en que Mila se había hecho tan rápidamente con los mecanismos de la investigación. Lograba trazar las líneas de conducta con precisión. Sin embargo, aunque por fin los demás la escuchaban, no sería fácil que sus colegas la aceptaran definitivamente. Desde el principio la habían clasificado como una presencia extraña, que no necesitaban, y estaba claro que su opinión no cambiaría rápidamente.

En ese momento, Roche pensó que ya había oído suficiente y decidió intervenir:

—Haremos como sugiere la agente Vasquez: difundiremos la noticia de la existencia de una sexta niña secuestrada y nos dirigiremos públicamente a su familia. ¡Por Dios! ¡Demostremos que tenemos un par de pelotas! ¡Estoy cansado de esperar los acontecimientos, como si ese monstruo fuera realmente el que lo decide todo!

Algunos se asombraron de la nueva actitud del inspector jefe. Goran, no. Sin darse cuenta, Roche estaba calcando la técnica de su asesino en serie al invertir los papeles y, en consecuencia, las responsabilidades: si no encontraban a la niña, sería solo porque sus padres no se habían fiado de los investigadores y se habían quedado en la sombra.

En todo caso, había un trasfondo de verdad en sus palabras: había llegado el momento de tratar de adelantarse a los acontecimientos.

—Habéis oído a esos charlatanes, ¿no? ¡A la sexta niña le quedarían a lo sumo diez días! —exclamó Roche. Luego miró uno a uno a los miembros del equipo y anunció, muy serio—: Está decidido: abrimos el Estudio de nuevo.

A la hora de la cena, durante el telediario, en las pantallas de los televisores apareció el rostro de un conocido actor. Lo habían elegido para

leer la llamada de auxilio a los padres de la sexta niña. Era una figura familiar, y le otorgaría al asunto la justa dosis de emoción. La idea, obviamente, había sido de Roche, y Mila la creyó acertada, pues desalentaría a los malintencionados y a los mitómanos con deseos de llamar al número sobreimpreso en la pantalla.

Más o menos a la misma hora en que los telespectadores se enteraban — con horror y al mismo tiempo esperanza— de la noticia de la existencia de una sexta niña que todavía seguía con vida, ellos tomaban posesión del Estudio.

Se trataba de un apartamento situado en la cuarta planta de un edificio anónimo situado en el centro de la ciudad. El inmueble albergaba sobre todo despachos secundarios de la policía federal, generalmente administrativos y contables, además de los ya obsoletos archivos en papel que todavía no habían sido introducidos en las nuevas bases de datos.

El lugar había servido durante un tiempo de refugio seguro en el programa de protección de testigos, y era utilizado para acoger a los que necesitaban amparo por parte de la policía. El Estudio estaba perfectamente disimulado entre otros dos pisos iguales. Por eso no tenía ventanas. La instalación de aire acondicionado estaba siempre en funcionamiento, y el único acceso era la puerta principal. Las paredes eran muy gruesas, y originalmente contaban con numerosas medidas de seguridad. Pero dado que el apartamento ya no era utilizado para su función inicial, los distintos aparatos habían sido desmantelados, y solamente quedaba una pesada puerta blindada.

Había sido Goran quien había conseguido ese lugar, ya desde los tiempos en que fue constituida la Unidad de Investigación de Crímenes Violentos. Y a Roche no le había costado mucho contentarlo: se acordó sencillamente de aquella casa segura que ya nadie utilizaba desde hacía años. El criminólogo sostenía la necesidad de vivir codo con codo durante la dirección del caso. Así, las ideas podían circular más fácilmente, y ser compartidas y procesadas al instante, sin mediaciones. La convivencia forzada engendraba consonancia, y esta última servía para alimentar un único cerebro pensante. El doctor Gavila había imitado de la *new economy* los métodos sobre la constitución del entorno de trabajo, hecho de espacios comunes y con una distribución «horizontal» de las funciones, opuesta al reparto vertical que usa generalmente la policía, atada a la división del grado, que a menudo engendra conflictos y competencia. En el Estudio, en cambio, las diferencias habían sido anuladas,

se desarrollaban las soluciones, y la contribución de cada uno era solicitada, escuchada y considerada.

Cuando Mila cruzó la puerta, de inmediato pensó que ese era el sitio donde se capturaba a los asesinos en serie. No ocurría en el mundo real, sino allí dentro, entre esas paredes.

En el centro de todo no había una simple caza del hombre, sino el esfuerzo de entender el dibujo que aparentemente se escondía tras una incomprensible secuencia de crímenes violentos. La visión deforme de una mente enferma.

En el momento mismo en que dio el paso, Mila fue consciente de que sería el presagio de una nueva fase en la investigación.

Stern llevaba la bolsa marrón de piel sintética que su mujer le había preparado y les abría paso a los demás. Luego iba Boris, con la mochila al hombro. Después, Rosa y, por último, Mila.

Al otro lado de la puerta blindada había una garita con cristales antibalas, que en un tiempo albergaba a los guardias de vigilancia. En el interior, los monitores apagados del sistema de vídeo, un par de sillas giratorias y un estante para las armas, vacío. Un segundo paso de seguridad, con una puerta eléctrica, separaba esa zona del resto de la casa. En el pasado debía de ser accionada por los guardias, pero ahora estaba abierta.

Mila notó que olía a cerrado, a humedad y a rancio, y que se oía el incesante zumbido de los compresores del aire acondicionado. No sería fácil dormir, tendría que procurarse tapones para los oídos.

Un largo pasillo dividía en dos el piso. Sobre las paredes, papeles y fotografías de un caso anterior.

El rostro de una chica, joven y bonita.

Por las miradas que se dirigieron unos a otros, Mila entendió que el caso no se había resuelto de la mejor de las maneras, y que probablemente no habían estado allí desde entonces.

Nadie habló, nadie le explicó nada. Solo Boris exclamó:

—¡Joder, al menos podrían haber quitado su cara de las paredes!

Las habitaciones estaban decoradas con viejos muebles de oficina, de los que con mucha imaginación habían fabricado armarios y cómodas. En la cocina, un escritorio suplía la mesa de almuerzo. El frigorífico todavía era de esos que contenían CFC, unos gases que dañan la capa de ozono. Alguien se había tomado la molestia de descongelarlo y dejarlo abierto, pero no había

retirado los restos adheridos de comida china. En el lugar también había una sala común, con un par de sofás, una tele y una mesa llena de enchufes para ordenadores y periféricos. En un rincón había una máquina de café. Aquí y allá, ceniceros sucios y residuos de todo tipo, sobre todo vasos de cartón de una conocida cadena de comida rápida. Había solo un baño, pequeño y maloliente. Junto a la ducha habían colocado un viejo archivador sobre el que acampaban frascos de gel y champús medio consumidos, así como un paquete de cinco rollos de papel higiénico. Dos habitaciones cerradas estaban reservadas para los interrogatorios.

Al fondo del apartamento se hallaba el dormitorio: tres literas y dos catres adosados a la pared; una silla por cada cama, para dejar la maleta o los efectos personales. Dormirían todos juntos. Mila esperó a que los demás tomaran posesión de las camas, imaginando que cada uno tendría la suya desde hacía tiempo. Ella, en calidad de recién llegada, ocuparía la que quedara. Al final, optó por uno de los catres, el más alejado de Rosa.

Boris fue el único en instalarse en la cama de arriba de una de las literas.

—Stern ronca —le advirtió en voz baja mientras pasaba por su lado.

El tono divertido y la sonrisa con que acompañó la impertinente confianza hicieron pensar a Mila que quizá se le había pasado el enfado. Mejor así: eso le haría menos difícil la convivencia. Ya en otras ocasiones había compartido el mismo espacio con otros colegas, pero al final siempre le había resultado bastante pesado socializar con ellos. Incluso con las personas de su mismo sexo. Mientras que, entre los demás, al cabo de algo de tiempo se establecía una natural camaradería, ella seguía quedándose al margen, incapaz de acortar distancias. Al principio sufría, pero luego aprendió a crearse una «burbuja de supervivencia», una porción de espacio en el que solo podía entrar lo que ella decidía, sonidos y ruidos incluidos, además de los comentarios de quienes se mantenía alejada.

Sobre el segundo catre del dormitorio ya estaban colocadas las cosas de Goran. Los esperaba en la sala principal. La que Boris, a iniciativa propia, había bautizado como el «Pensatorio».

Entraron en silencio y lo encontraron allí de espaldas, ocupado en escribir en la pizarra la frase: «Conocedor de técnicas de reanimación y cuidados intensivos: probable médico».

En las paredes estaban adheridas las fotos de las cinco niñas, las

instantáneas del cementerio de brazos y del coche de Bermann, además de las copias de todos los informes del caso. En una caja que descansaba en un rincón, Mila todavía reconoció el rostro de la chica joven y guapa: el doctor Gavila debía de haber despegado aquellas imágenes de la pared para reemplazarlas por las nuevas.

En el centro de la habitación, cinco sillas puestas en círculo.

El Pensatorio.

Goran reparó en la mirada que Mila dirigía a la desnuda decoración y se apresuró a puntualizar:

—Nos sirve para focalizar. Tenemos que concentrarnos en lo que tenemos. Lo he arreglado todo de la manera que mejor me ha parecido. Pero, como siempre digo, si algo no os parece bien, podéis cambiarlo. Quitad lo que queráis. En esta habitación somos libres de hacer lo que nos venga en gana. Las sillas son una pequeña concesión, pero el café y el aseo serán un premio, por lo que tenemos que ganárnoslos.

—Perfecto —dijo Mila—. ¿Qué tenemos que hacer?

Goran dio una palmada y señaló la pizarra donde ya había empezado a anotar las características de su asesino en serie.

—Tenemos que comprender la personalidad de Albert. A medida que descubramos un nuevo detalle sobre él, lo apuntaremos aquí... ¿Tenéis presente eso de entrar en la cabeza del asesino en serie e intentar pensar como él?

—Sí, claro.

—Bien, pues olvidadlo: es una tontería. No puede hacerse. Nuestro Albert posee una íntima justificación para lo que hace, perfectamente estructurada en su psique. Es un proceso construido durante años de experiencias, de traumas o de fantasías. Por tanto, no tenemos que tratar de imaginar qué hará, sino esforzarnos en entender cómo ha llegado a hacer lo que ha hecho, esperando así llegar hasta él.

Mila consideraba que, sin embargo, la senda de indicios trazada por el asesino se había interrumpido después de Bermann.

—Hará que encontremos otro cadáver.

—También yo opino lo mismo que tú, Stern. Pero por ahora falta algo, ¿no te parece?

—¿Cómo? —preguntó Boris, que como los demás aún no comprendía adónde quería ir a parar el criminólogo con ese discurso.

Pero Goran Gavila no estaba por las respuestas fáciles y directas; prefería guiarlos hasta cierto punto del razonamiento, dejando que reconstruyeran el resto solos.

—Un asesino en serie se mueve en un universo de símbolos. Recorre un camino esotérico, iniciado muchos años antes en la intimidad de su corazón, y que ahora continúa en el mundo real. Las niñas secuestradas son solo un medio para alcanzar un objetivo, una meta.

—Es una búsqueda de la felicidad —añadió Mila.

Goran la miró.

—Exacto. Albert está buscando una forma de satisfacción, una retribución no solo por lo que hace, sino sobre todo por lo que es. Su naturaleza le sugiere un impulso, y él solo lo está secundando. Por otro lado, también está tratando de comunicarnos algo con lo que hace...

Eso era lo que faltaba: una señal. Algo que los condujera más allá en la exploración del mundo personal de Albert.

Sarah Rosa tomó la palabra:

—En el cadáver de la primera niña no había huellas.

—Es una constatación razonable —aprobó Goran—. En los libros y las películas sobre asesinos en serie, es conocido que el criminal tiende siempre a «trazar» el propio recorrido, dejando a los investigadores algunas pistas que seguir... Albert, sin embargo, no lo ha hecho.

—O bien lo ha hecho y no nos hemos dado cuenta.

—Quizá no hayamos sido capaces de entender esa señal —concedió Goran—. Probablemente aún no lo conocemos bastante. Por eso ha llegado el momento de reconstruir los *estudios*...

Eran cinco, y se referían al modus operandi. En los manuales de criminología se utilizaban para recalcar la acción de los asesinos en serie, seccionándola en precisos momentos empíricos que luego podían ser analizados por separado.

Se parte de la base de que el asesino en serie no nace como tal, sino que acumula de forma pasiva experiencias y estímulos que se incuban hasta crear una personalidad homicida que desemboca luego en violencia.

El primer estadio de ese proceso es el de la «fantasía».

—Antes de buscarlo en la realidad, el sujeto fantasea largamente con el objeto de deseo —explicó Goran—. Sabemos que el mundo interior de un asesino en serie es un enredo de estímulos y tensiones, pero cuando ese interior ya no es capaz de contenerlos, el paso a la acción es inevitable. La vida interior, la de la imaginación, acaba por suplantar a la real. Es entonces cuando el asesino en serie empieza a modelar la realidad que lo circunda según su fantasía.

—¿Cuál es la fantasía de Albert? —preguntó Stern mientras se metía en la boca el enésimo caramelo—. ¿Qué lo fascina?

—Lo fascina el desafío —apuntó Mila.

—Quizá ha sido o se ha sentido infravalorado durante mucho tiempo. Ahora quiere demostrarnos que es mejor que los demás..., mejor que nosotros.

—Pero eso no lo ha «fantaseado» simplemente, ¿verdad? —preguntó Goran, no para obtener una confirmación, sino porque consideraba esa fase superada—. Albert ya ha ido más allá: ha proyectado cada movimiento previendo nuestra reacción. Él tiene el «control», y eso es lo que nos está diciendo: que se conoce bien a sí mismo, pero también nos conoce bien a nosotros.

El segundo estadio es el de la «organización» o «planificación». Es cuando la fantasía madura, pasando a una fase ejecutiva, que empieza inevitablemente con la elección de la víctima.

—Ya sabemos que él no elige a las niñas, sino a las familias. Los padres son su verdadero blanco, los que han querido un solo hijo. Quiere castigarlos por su egoísmo... Aquí, la identificación de la víctima con un símbolo no aparece. Las niñas son diferentes entre sí, y tienen edades distintas, aunque por poco. Físicamente no hay un rasgo que las una, como el pelo rubio o las pecas, por ejemplo.

—Por eso no las toca —sugirió Boris—. Desde ese punto de vista no le interesan.

—¿Por qué niñas entonces, y no también niños? —preguntó Mila.

Nadie supo contestar a esa pregunta. Goran asintió, reflexionando acerca de ese detalle.

—Yo también he pensado en ello, pero el problema es que no sabemos dónde se origina su fantasía. A menudo la explicación es mucho más banal de

lo que se pueda pensar. Tal vez fuera humillado en la escuela por una compañera, quién sabe... Sería interesante conocer la respuesta, pero todavía no tenemos los elementos necesarios, así que nos centraremos en lo que hay.

El modo en que Goran había estigmatizado su intervención irritó a Mila, que, sin embargo, estaba convencida de que el criminólogo no se la tenía jurada. Era como si, de alguna manera, estuviera frustrado porque no conocía todas las respuestas.

La tercera fase es la del «engaño».

—¿Cómo han sido seducidas las víctimas? ¿Qué artificio ha tenido que poner en marcha Albert para secuestrarlas?

—Debby, fuera de la escuela. Anneke, en el bosque donde se había aventurado con su bicicleta de montaña.

—Se llevó a Sabine de un tiovivo, a la vista de todo el mundo —dijo Stern.

—Porque cada uno de los presentes solo miraba a su propio hijo —añadió Rosa con una pizca de acritud—. A la gente no le importa nada, esa es la realidad.

—En cada caso lo ha hecho delante de un montón de personas. ¡Es tremendamente hábil, el muy cabrón!

Goran le hizo un gesto a Stern para que se calmara; no quería que la rabia por haber sido burlados tan aparatosamente les sacara ventaja.

—A las dos primeras las secuestró en lugares apartados: constituían una especie de ensayo general. Cuando adquirió seguridad, secuestró a Sabine.

—Con ella elevó el nivel de desafío.

—No olvidemos que entonces todavía nadie lo estaba buscando: solo con Sabine se relacionaron las desapariciones de las niñas y cundió el pánico...

—Sí, pero queda el hecho de que Albert logró secuestrarla delante de los padres. La hizo desaparecer como en un truco de magia. Y yo no creo, como dice Rosa, que a quien estaba allí no le importara nada... No, los engañó también a ellos.

—Muy bien, Stern, sobre eso es sobre lo que tenemos que trabajar —dijo Goran—. ¿Cómo lo consiguió Albert?

—¡Ya lo tengo: es invisible!

El chiste de Boris arrancó una breve sonrisa en los presentes, pero para

Gavila había un trasfondo de verdad en su comentario.

—Eso nos dice que tiene el aspecto de un hombre común con muy buenas cualidades para el mimetismo: se hizo pasar por un padre de familia cuando bajó a Sabine del caballo de feria para llevársela. Y todo ello, ¿en cuánto tiempo?, ¿cuatro segundos?

—Escapó en seguida, confundiéndose entre la muchedumbre.

—¿Y la niña no lloró? ¿No protestó? —replicó Boris, incrédulo.

—¿Conoces a muchos niños de siete años que no se enfaden cuando los bajas de un tiovivo? —subrayó Mila.

—Aunque llorase, era una escena habitual a los ojos de los presentes —dijo Goran, retomando el hilo de su discurso—. Después viene Melissa...

—La alarma ya había saltado. Le habían impuesto el toque de queda, pero ella hizo caso omiso para reunirse a hurtadillas con sus amigas en la bolera.

Stern se levantó de su silla y se acercó a la foto de la pared desde la que sonreía Melissa. La imagen había sido extraída del anuario de la escuela. Aunque era la mayor, su físico aún inmaduro conservaba los rasgos de la infancia y, además, no era muy alta. Dentro de poco hubiera cruzado el umbral de la pubertad, su cuerpo habría revelado suavidades inesperadas, y los chicos por fin habrían reparado en ella. Por el momento, la leyenda junto a la foto del anuario exaltaba solamente sus dotes de atleta y su participación en calidad de redactora jefe en el periódico de la escuela. Su sueño era llegar a ser reportera, pero ya nunca se realizaría.

—Albert estaba esperándola. Ese bastardo...

Mila lo miró: el agente especial parecía afectado por sus propias palabras.

—En cambio, a Caroline la secuestró en su cama, en su propia casa.

—Todo calculado...

Goran se acercó a la pizarra, cogió un rotulador y empezó a trazar velozmente una serie de puntos.

—A las dos primeras, sencillamente, las hace desaparecer. A su favor obra el hecho de que hay decenas de menores que se escapan de su casa a diario porque han obtenido malas notas o se han peleado con sus padres. Por eso nadie relaciona las dos desapariciones... La tercera debe aparecer claramente como un secuestro, así que dispara la alarma... En el caso de la cuarta, él ya sabía que Melissa no resistiría el impulso de irse de fiesta con sus

compañeras... Y, finalmente, para la quinta había estudiado desde hacía tiempo los lugares y las costumbres de su familia, para poder introducirse en su casa con tranquilidad... ¿Qué deducimos de ello?

—Que el suyo es un engaño sofisticado —sugirió Mila—. Dirigido, más que a las víctimas, a sus custodios: los padres o las fuerzas del orden. No necesita detalladas puestas en escena para obtener la confianza de las niñas: se las lleva a la fuerza y punto.

Mila recordó entonces que Ted Bundy, en cambio, iba enyesado para inspirar confianza en las universitarias cuando las seducía. Era un modo de parecer vulnerable a sus ojos. Hacía que lo ayudaran a transportar objetos pesados y así las convencía de que subieran a su furgoneta. Todas se percataban demasiado tarde de que en su lado faltaba la manija de la puerta...

Cuando Goran hubo acabado de escribir, anunció el cuarto estadio. El del «asesinato».

—Hay un «ritual» en el hecho de administrar la muerte que el asesino en serie repite cada vez. Con el tiempo puede perfeccionarlo, pero a grandes rasgos permanece inalterable. Es su marca de fábrica. En cada ritual, luego, se acompaña de un particular simbolismo.

—Por el momento solo tenemos seis brazos y un cadáver. Las mata cortándoles el brazo, excepto a la última, como sabemos —añadió Sarah Rosa.

Boris recuperó el parte médico del patólogo y leyó:

—Chang dice que las mató en seguida, justo después de haberlas secuestrado.

—¿Por qué tanta prisa? —se preguntó Stern.

—Porque no le interesan las niñas, por tanto, no necesita mantenerlas con vida.

—Él no las ve como seres humanos —intervino Mila—. Para Albert son solo objetos.

«También la número seis», pensaron todos, pero ninguno tuvo el coraje de decirlo. Era evidente que a Albert no le importaba si sufría o no. Solo tenía que mantenerla con vida hasta que alcanzara su objetivo.

El último estadio es el de la «disposición de los restos».

—Primero, el cementerio de brazos; después, Albert introduce un cadáver

en el maletero de un pedófilo. ¿Nos está mandando un mensaje?

Goran interrogó con la mirada a los presentes.

—Nos está diciendo que él no es como Alexander Bermann —afirmó Sarah Rosa—. Es más, quizá quiere sugerirnos que fue víctima de abusos cuando era pequeño. Es como si dijera: «¡Soy como soy porque alguien ha hecho de mí un monstruo!».

Stern sacudió la cabeza.

—Le gusta desafiarnos, dar espectáculo. Pero hoy las primeras páginas de los periódicos solo eran para Bermann. Dudo que quiera compartir la gloria con alguien más. No ha elegido a un pedófilo por venganza, sino que debe de tener otros motivos...

—Yo veo raro también algo más... —dijo Goran, recordando la autopsia que presenció—. Lavó y arregló el cuerpo de Debby Gordon, y luego la vistió con las mismas ropas.

«La arregló para Bermann», pensó Mila.

—No sabemos si ha hecho lo mismo con todas, y si ese comportamiento ha pasado a formar parte de su ritual. Pero es extraño...

La extrañeza a la que se refería el doctor Gavila —y Mila, incluso no siendo una experta, lo sabía bien— era que a menudo los asesinos en serie se llevan algo de las víctimas. Un fetiche, o un recuerdo, para revivir en privado aquella experiencia.

Para ellos, poseer el objeto equivale a poseer a la persona.

—No se llevó nada de Debby Gordon.

En cuanto Goran hubo pronunciado esa frase, a Mila le vino a la mente la llave colgada del brazalete de Debby, que abría la cajita de latón en la que creyó que guardaba su diario secreto.

—Hijo de puta... —exclamó casi sin darse cuenta.

Una vez más, fue el centro de atención.

—¿Quieres compartirlo con nosotros o...?

Mila miró a Goran.

—Cuando estuve en la habitación de Debby en el colegio, escondida bajo el colchón encontré una cajita de latón; pensé que en el interior estaría su diario, pero no era así.

—¿Y bien? —inquirió Rosa con suficiencia.

—La cajita estaba cerrada con un candado. La llave la llevaba Debby colgada de la muñeca, por lo que era natural pensar que, si solo podía abrirla ella, entonces quizá ese diario no existiera... ¡Pero me equivoqué: el diario tenía que estar allí!

Boris se puso en pie de repente.

—¡Estuvo allí! ¡Ese bastardo fue a la habitación de la niña!

—¿Y por qué iba a correr un riesgo semejante? —objetó Sarah Rosa, que obviamente no quería darle la razón a Mila.

—Porque él siempre corre riesgos. Eso le excita —explicó Goran.

—Pero también hay otro motivo —añadió Mila, que se sentía cada vez más segura de aquella teoría—. Me fijé en que habían desaparecido algunas fotos de las paredes: probablemente de Debby junto a la niña número seis. ¡Ese tipo quiere impedir a toda costa que sepamos quién es!

—Por eso también se llevó el diario... Y cerró la caja con el candado... ¿Por qué? —Stern no se calmaba.

Para Boris, en cambio, estaba claro.

—¿No lo veis? El diario ha desaparecido, pero la caja está cerrada, y la llave siempre ha estado en la muñeca de Debby... Nos está diciendo: «Solo yo podía cogerlo».

—¿Y por qué quiere que lo sepamos?

—Porque ha dejado algo... ¡Algo para nosotros!

La «señal» que estaban buscando.

Una vez más, el Pensatorio había dado sus frutos, demostrándole a Goran la validez de aquel método inductivo.

Acto seguido, el criminólogo se dirigió a Mila:

—Tú has estado allí, has visto qué había en la habitación...

Ella intentó recordar, pero no consiguió revivir nada que hiciera disparar una alarma en su cabeza.

—¡Sin embargo, tiene que haber algo! —señaló Goran—. No nos equivocamos.

—Hurgué en cada rincón de aquella habitación sin que nada llamara mi atención.

—¡Debe de tratarse de algo evidente, no puede habérselo pasado por alto!

Pero Mila no recordaba nada. Entonces Stern decidió que volverían todos

a aquel lugar para hacer un registro más minucioso. Boris se puso al teléfono para comunicar al colegio su llegada, mientras que Sarah Rosa advertía a Krepp que se les uniera en cuanto fuera posible para sacar huellas.

Fue en ese momento cuando Mila tuvo su pequeña epifanía.

—Es inútil —anunció, encontrando toda la seguridad que parecía haber perdido poco antes—. Fuera lo que fuese, ya no está en esa habitación.

Cuando llegaron al colegio, las compañeras de Debby estaban alineadas en el salón, que generalmente se utilizaba para las asambleas y para la entrega oficial de los diplomas. Las paredes estaban revestidas de caoba taraceada. Los rostros severos de los docentes, que en el transcurso de los años habían convertido la escuela en una institución ilustre, miraban la escena desde lo alto, protegidos por valiosos marcos, la expresión del rostro inmóvil en el retrato que los encarcelaba.

Fue Mila quien habló. Trató de ser lo más amable que pudo porque las chicas ya estaban bastante asustadas. La directora del colegio les aseguró a todas la más completa impunidad. Sin embargo, a juzgar por el temor que se reflejaba en sus rostros, era evidente que no se fiaban demasiado de esa promesa.

—Sabemos que algunas de vosotras habéis visitado la habitación de Debby después de su muerte. Estoy convencida de que sobre todo os ha movido la intención de poseer un recuerdo de vuestra amiga trágicamente desaparecida.

Mientras lo decía, Mila cruzó la mirada con la estudiante que había sorprendido en el baño de la habitación, con las manos llenas de objetos. Si ese pequeño accidente no hubiera sucedido, nunca se le habría ocurrido hacer lo que estaba haciendo.

Sarah Rosa la observaba desde un rincón de la sala, segura de que no conseguiría nada. En cambio, tanto Boris como Stern confiaban en ella. Goran se limitaba a esperar.

—Querría no tener que pedíroslo, pero sé cuánto queríais a Debby. Por eso necesito que devolváis sus cosas ahora, y que las traigáis aquí.

Mila trató de mostrarse firme en su petición.

—Os ruego que no olvidéis nada, incluso el objeto más insignificante podría revelarse útil. Estamos convencidos de que entre ellos hay un elemento

que hemos pasado por alto en la investigación. Estoy segura de que cada una de vosotras quiere que el asesino de Debby sea capturado. Y como también sé que ninguna será incriminada por haber sustraído pruebas, confío en que cumpliréis con vuestro deber.

Esa última amenaza, aunque irrealizable a la vista de la edad de las niñas, le sirvió a Mila para subrayar la gravedad de su comportamiento, así como para concederle el tanto del desempate a Debby, tan poco considerada en vida y, en cambio, convertida de repente en objeto de atención, después de morir a manos de un salvaje depredador.

Mila esperó, calibrando la duración de aquella pausa para dejarles tiempo para reflexionar. El silencio sería su mejor instrumento de persuasión, y sabía que para ellas cada segundo se haría más pesado. Vio que algunas de las niñas intercambiaban miradas. Nadie quería ser la primera, era normal. Luego, un par de ellas acordaron con un gesto salir de la fila, cosa que hicieron casi simultáneamente. Otras cinco las siguieron. Las restantes permanecieron inmóviles donde estaban.

Mila dejó transcurrir un minuto más, escudriñando en sus rostros en busca de algún chacal que hubiera actuado creyendo inútil el consuelo de la manada. Pero no lo encontró. Deseó de veras que solo aquellas siete fueran las responsables.

—Bien, las demás podéis iros.

Las chicas se despidieron sin demora y salieron de prisa. Mila se volvió hacia sus colegas y cruzó una mirada con Goran, impasible. No obstante, de repente él hizo algo que la desconcertó: le guiñó el ojo. Quiso sonreírle, pero se contuvo, porque también los demás la estaban mirando.

Pasaron unos quince minutos hasta que las siete muchachas estuvieron de vuelta en la sala. Cada una llevaba algunos objetos consigo, que depositaron sobre la larga mesa donde generalmente se sentaban los docentes vestidos con sus togas durante las ceremonias. Luego esperaron a que Mila y los demás pasaran revista.

Eran sobre todo vestidos y accesorios, cosas de niñas, como muñecas y peluches. También había un lector de MP3 de color rosa, un par de gafas de sol, perfumes, sales de baño, un estuche en forma de mariquita, el sombrero rojo de Debby y un videojuego.

—No lo he roto yo...

Mila miró a la niña algo rolliza que había hablado. Era la más pequeña de todas; debía de tener a lo sumo ocho años. Llevaba el cabello rubio y largo recogido en una trenza, y sus ojos azules apenas conseguían retener las lágrimas. La agente le sonrió para reconfortarla. Luego miró mejor el aparato, lo cogió y se lo tendió a Boris.

—¿Qué es?

Él le dio vueltas entre las manos.

—No parece un videojuego...

Lo puso en marcha.

Una lucecita roja empezó a parpadear en la pantalla, emitiendo un breve sonido a intervalos regulares.

—Ya les he dicho que está roto. La pelotita no se mueve —se apresuró a precisar la niña rolliza.

Mila notó que Boris palidecía de repente.

—Ya sé qué es... Joder...

Al oír el impropio de Boris, la niña entornó los ojos, incrédula y al mismo tiempo divertida por que alguien pudiera profanar aquel austero lugar.

Pero Boris ni siquiera reparó en ella, concentrado como estaba en la función del objeto que tenía entre las manos.

—Es el receptor de un GPS. Desde alguna parte, alguien nos está mandando una señal...

13

El llamamiento televisivo a la familia de la sexta niña no estaba dando frutos.

La mayoría de las llamadas que se recibían eran de personas que expresaban su solidaridad y que, de hecho, solo saturaban las líneas. Una abuela de cinco nietos llamó unas siete veces para «tener noticias de aquella pobre niña». A la enésima llamada, uno de los agentes encargados le rogó amablemente que, por favor, no volviera a llamar, y, por toda respuesta, oyó cómo la anciana lo mandaba al diablo.

—Si intentas hacerles notar lo inoportuno de su comportamiento, dicen que el insensible eres tú —fue el comentario de Goran cuando Stern lo puso al corriente.

Se hallaban a bordo de la unidad móvil, detrás de la señal del GPS.

Frente a ellos, los vehículos blindados de los cuerpos especiales, que esta vez dirigirían el espectáculo, como les había comunicado Roche un rato antes.

Tanta prudencia era debida al hecho de que todavía no sabían adónde los estaba conduciendo Albert; podía tratarse incluso de una trampa. Pero Goran era de otro parecer: «Quiere mostrarnos algo. Algo de lo que seguramente está muy orgulloso».

La señal del GPS había sido localizada en una vasta zona de algunos kilómetros cuadrados. A esa distancia no se podía localizar el transmisor; era necesario acudir en persona al lugar.

En la unidad móvil, la tensión era palpable. Goran intercambiaba algunas palabras con Stern. Boris revisaba el arma reglamentaria para verificar su eficacia, y luego volvía a asegurarse de que el chaleco antibalas se adhería bien a su costado. Mientras tanto, Mila miraba por la ventanilla la zona cercana a la salida de la autopista, con sus puentes y sus lenguas de asfalto que

se entrelazaban.

Le habían dado el receptor GPS al capitán del comando especial, pero Sarah Rosa podía seguir en la pantalla de su ordenador todo cuanto veían los compañeros que los precedían.

De pronto, una voz anunció por radio:

—Nos estamos acercando. Parece que la señal procede de un punto situado a un kilómetro por delante de nosotros, cambio...

Todos se inclinaron para mirar.

—¿Qué clase de sitio es ese? —inquirió Rosa.

Mila entrevió a lo lejos un majestuoso edificio de ladrillo rojo, compuesto por varios pabellones unidos entre sí y dispuestos en forma de cruz. El estilo era el gótico revisitado de los años treinta, severo y oscuro, típico de las iglesias construidas en la época. Sobre uno de los perfiles despuntaba un campanario. A su lado, una iglesia.

Los blindados se alinearon en la larga avenida de tierra que conducía al cuerpo central. Al llegar a la plaza, los hombres se prepararon para irrumpir en el edificio.

Mila bajó con los demás y levantó la mirada hacia la imponente fachada ennegrecida por el paso de los años. Sobre el umbral podía verse una inscripción en bajorrelieve.

Visitare pupillos in tribulatione eorum et immaculatum se custodire ab hoc saeculo.

—«Socorrer a los huérfanos en sus tribulaciones y mantenerse incontaminado de este mundo» —tradujo Goran por ella.

En una época había sido un orfanato. Ahora estaba cerrado.

El capitán hizo una seña y los equipos operativos se separaron, entrando en el edificio por los accesos laterales. A falta de un plan logístico, estaban obligados a improvisar.

Esperaron cerca de un minuto, luego Mila y los demás entraron junto con el capitán por el portón principal.

La primera sala que encontraron era inmensa. Delante de ellos se entrelazaban dos escaleras que conducían a las plantas superiores. Una alta cristalera filtraba una luz calinosa. Los únicos dueños del sitio, a estas alturas, eran algunas palomas que, asustadas por aquellas presencias extrañas, se

agitaron batiendo enloquecidas las alas alrededor del tragaluz y proyectando en el suelo sombras fugaces. En el interior retumbaba el sonido de las botas de los hombres de los equipos especiales que inspeccionaban habitación por habitación.

—¡Despejado! —se gritaban cada vez que un local se «aseguraba».

En aquella atmósfera irreal, Mila miró a su alrededor. Una vez más, había un colegio en el diseño de Albert, aunque muy distinto del exclusivo de Debby Gordon.

—Un orfanato. Aquí, al menos, tenían un techo y una educación asegurada —comentó Stern.

Pero Boris se sintió en la obligación de precisar:

—Aquí mandaban a los niños que nadie adoptaría nunca: los hijos de los presos, y los huérfanos de padres suicidas.

Todos estaban a la espera de una revelación. Cualquier cosa que interrumpiera aquel hechizo de horror sería bien recibida. Algo que por fin revelara la razón que los había llevado hasta ese lugar. El eco de los pasos cesó de repente, y después de unos pocos segundos, una voz irrumpió en la radio:

—Señor, aquí hay algo...

El transmisor GPS se hallaba en el sótano. Mila se encontró con los demás corriendo en esa dirección, atravesando la cocina del colegio con sus grandes calderos de hierro, y cruzando después un enorme refectorio con sillas y mesas de conglomerado de madera revestidas de formica azul. A continuación bajaron por una estrecha escalera de caracol hasta encontrarse en un amplio local con el techo bajo que recibía la luz de una fila de claraboyas. El suelo era de mármol y descendía hacia un pasillo central donde desembocaban las tuberías. De mármol eran también las tinas que se alineaban a lo largo de las paredes.

—Esto debía de ser la lavandería —dijo Stern.

Los hombres de los equipos especiales rodearon los lavaderos, manteniéndose a distancia para no contaminar la escena. Uno de ellos se quitó el casco y se arrodilló para vomitar. Nadie quería mirar.

Boris fue el primero en cruzar la formación dispuesta como una frontera alrededor de lo indescriptible, y se detuvo de inmediato, llevándose una mano a la boca. Sarah Rosa desvió la mirada. Stern solamente exclamó:

—Que Dios nos perdone...

Mientras el doctor Gavila se mantenía impasible, fue el turno de Mila. Anneke.

El cuerpo yacía sobre un par de centímetros de líquido turbio. Su tez cerúlea ya presentaba las primeras señales de la degradación *post mortem*. Estaba desnuda. En la mano derecha, la niña sujetaba el transmisor GPS, que seguía parpadeando, un absurdo destello de vida artificial en aquel cuadro de muerte.

También a Anneke le había cortado el brazo izquierdo, cuya ausencia desarticulaba la postura del busto. Pero no era ese detalle el que turbaba a los presentes, ni tampoco el estado de conservación del cuerpo, ni el hecho de encontrarse frente a la exhibición de una inocente obscenidad. Lo que había provocado su reacción era otra cosa.

El cadáver estaba sonriendo.

14

Se llamaba padre Timothy. Tenía unos treinta y cinco años, pelo rubio y fino, con la raya al lado. Y temblaba.

Era el único habitante del lugar.

Ocupaba la casa parroquial que se encontraba junto a la pequeña iglesia: los únicos inmuebles del enorme complejo que todavía se utilizaban. El resto estaba abandonado desde hacía años.

—Yo estoy aquí porque la iglesia todavía está consagrada —explicó el joven sacerdote. Aunque el padre Timothy ahora ya oficiaba misa exclusivamente para sí mismo—. Nadie viene hasta aquí. La periferia está demasiado lejos, y la autopista nos ha aislado por completo.

Hacía apenas seis meses que estaba allí. Había sustituido a un tal padre Rolf cuando este se jubiló y, obviamente, no tenía ni idea de lo que había ocurrido en el orfanato.

—Casi nunca me acerco por allí —confesó—. ¿Para qué tendría que ir?

Habían sido Sarah Rosa y Mila las que le habían informado de las razones de su intrusión. Y del hallazgo del cadáver. Cuando supo de la existencia del padre Timothy, Goran prefirió mandarlas a ellas dos para que hablaran con él. Rosa simulaba tomar notas en su cuaderno, pero se veía a la legua que no le importaban demasiado las palabras del cura. Mila trataba de tranquilizarlo diciéndole que nadie esperaba nada de él, y que de ningún modo tenía la culpa de lo sucedido.

—Esa pobre niña desdichada —exclamó el cura antes de echarse a llorar. Se lo veía muy afectado.

—Cuando se recupere, querríamos que se reuniera con nosotros en la lavandería —dijo Sarah Rosa, reavivando así su desaliento.

—¿Por qué?

—Porque podríamos necesitar hacerle algunas preguntas sobre el lugar: ese sitio parece un laberinto.

—Pero ya les he dicho que yo he entrado allí muy pocas veces, y no creo que...

Mila lo interrumpió:

—Se tratará solo de unos pocos minutos, cuando ya hayamos sacado el cadáver.

Se las había ingeniado para insertar hábilmente esa información en su discurso porque comprendió que el padre Timothy no quería que la imagen del cuerpo torturado de una niña se grabara en su memoria. En el fondo, él tenía que seguir viviendo en ese lúgubre lugar, y ya le resultaría bastante difícil así.

—Como quieran —consintió al fin, inclinando la cabeza.

Luego las acompañó hasta la puerta, recalcando su intención de mantenerse a su disposición.

Cuando volvieron junto a los demás, Rosa precedió a propósito a Mila un par de pasos, lo suficiente para marcar la distancia que había entre ellas. En otro momento, Mila habría reaccionado ante la provocación, pero ahora formaba parte de un equipo y tenía que respetar unas reglas si quería llevar a cabo su trabajo.

«Ya ajustaré cuentas contigo más tarde», pensó.

Pero, mientras formulaba ese pensamiento, se percató de que había dado por hecho que aquello tendría un fin. Que, de alguna manera, dejarían atrás ese horror.

«Es innato en la naturaleza humana —se dijo—. Uno tiene que seguir adelante con su propia vida.» Los muertos serían enterrados, y con el tiempo todo sería metabolizado. Solo quedaría un vago recuerdo en su ánimo, el descarte de un inevitable proceso de autoconservación.

Para todos..., excepto para ella, que esa misma tarde haría que ese recuerdo se tornara indeleble.

Es posible obtener una gran cantidad de información del escenario de un crimen, ya sea sobre la dinámica de los acontecimientos como sobre la personalidad del homicida.

Mientras que el del coche de Bermann no podía valorarse como un verdadero escenario del crimen, en el caso del segundo cadáver podría deducirse mucho sobre Albert. Por eso era necesario un análisis profundo del lugar y, a través de aquella suerte de entrenamiento colectivo que constituía la verdadera fuerza del equipo, una mejor definición de la figura del asesino al que intentaban dar caza.

A pesar de las tentativas de Sarah Rosa de mantenerla fuera del grupo, Mila al final se había ganado un sitio en la cadena de energías —como la había rebautizado ella en ocasión del hallazgo del primer cadáver en el coche de Bermann—, y ahora también Boris y Stern la consideraban una de los suyos.

Una vez que se hubieron marchado los integrantes de las fuerzas especiales, Goran y los suyos ocuparon la lavandería.

La escena había sido iluminada por las luces halógenas plantadas sobre cuatro trípodes y conectadas a un generador, ya que en el edificio no había corriente eléctrica.

Nada había sido tocado todavía. El doctor Chang, sin embargo, ya se afanaba alrededor del cadáver. Había traído consigo un extraño atrezo metido en un maletín, compuesto por probetas, reactivos químicos y un microscopio. En ese momento estaba retirando una muestra del agua turbia en la que había sido sumergido parcialmente el cadáver. Dentro de poco llegaría Krepp y tomaría el relevo.

Disponían aún de media hora de tiempo antes de dejarle el campo libre a la científica.

—Obviamente no nos encontramos frente a una escena del crimen primaria —empezó Goran, entendiendo que esa era una escena secundaria, porque indudablemente la muerte de la niña había ocurrido en otro sitio.

En el caso de los asesinos en serie, el enclave del hallazgo de las víctimas es mucho más importante que el lugar donde han sido asesinadas, porque, mientras que el asesinato es siempre un acto que el homicida se reserva para sí, todo lo que lo sigue se convierte en una manera de compartir la experiencia. Mediante el cadáver de la víctima, el asesino establece un tipo de comunicación con los investigadores.

Desde ese punto de vista, Albert no era menos.

—Debemos leer la escena. Entender el mensaje que contiene, y a quién va

dirigido. ¿Quién quiere empezar? Os recuerdo que ninguna opinión será descartada *a priori*, por tanto, sentíos libres de decir lo primero que se os pase por la cabeza.

Nadie quería empezar. Eran demasiadas las dudas que se hacinaban en su mente.

—Quizá nuestro hombre pasó la infancia en este orfanato. Quizá su odio y su rencor provienen de aquí. Deberíamos buscar entre los archivos.

—Francamente, Mila, no creo que Albert quiera darnos noticias de sí mismo.

—¿Por qué?

—Porque no creo que pretenda dejarse capturar... Al menos, por ahora. En el fondo solamente hemos encontrado el segundo cadáver.

—¿Me equivoco o a veces los asesinos en serie quieren ser apresados por la policía porque no son capaces de dejar de matar?

—Eso es una chorrada —replicó Sarah Rosa con su habitual arrogancia.

Y Goran añadió:

—Es cierto que a menudo la última aspiración de un asesino en serie es ser detenido, pero no porque no logre controlarse, sino porque con su captura por fin puede salir al descubierto. Especialmente si posee una personalidad narcisista, quiere ser reconocido por el tamaño de su obra. Y mientras su identidad sigue siendo un misterio, no puede conseguir su objetivo.

Mila asintió, aunque no estaba del todo convencida. Goran se percató de ello y se dirigió a los demás:

—Quizá deberíamos resumir cómo reconstruimos la relación que existe entre el escenario del crimen y la conducta organizativa del asesino en serie.

Era una lección a beneficio de Mila, pero a ella no le molestó. Se trataba de una manera de elevarla a la misma altura que los demás. Y por cómo reaccionaron de inmediato Boris y Stern, realmente pareció que no querían que se quedara atrás.

Fue el agente de más edad el que tomó la palabra. Lo hizo sin mirar directamente a Mila, evitando incomodarla.

—Según el estado del lugar, subdividimos a los asesinos en serie en dos grandes categorías: desorganizados y organizados.

Boris continuó:

—El perteneciente al primer grupo es, precisamente, desorganizado en todos los aspectos de su vida. Es un individuo que ha fracasado en el contacto humano, un solitario. Tiene una inteligencia inferior a la media, una cultura modesta, y desarrolla un trabajo que no requiere habilidades particulares. No es sexualmente competente. Desde ese punto de vista, solo ha tenido experiencias apresuradas y torpes.

—A menudo es una persona que en la infancia ha estado sometida a una severa disciplina —prosiguió Goran—. Por ese motivo, muchos criminólogos opinan que tiende a infligirles a las víctimas la misma cantidad de dolor y sufrimiento que él recibió de niño. Es por eso por lo que esconde un sentimiento de rabia y hostilidad que no necesariamente se manifiesta al exterior, con las personas que frecuenta habitualmente.

—El desorganizado no planifica: actúa espontáneamente —intervino Rosa, que no quería verse excluida.

Y Goran puntualizó:

—La falta de organización del crimen hace que el asesino se sienta ansioso en el momento de la consumación. Por eso tiende a actuar cerca de lugares que le son familiares, donde se siente cómodo. La ansiedad y el hecho de que no se aleja demasiado lo llevan a cometer errores, por ejemplo, dejando huellas que a menudo lo traicionan.

—En general, sus víctimas solo son personas que se encuentran en el lugar erróneo en el momento equivocado. Y mata porque ese es el único modo que conoce de relacionarse con los demás —concluyó Stern.

—Y el organizado, ¿cómo se comporta? —quiso saber Mila.

—Bueno, en primer lugar, es muy listo —dijo Goran—. Puede resultar muy difícil identificarlo a causa de su perfecto mimetismo: parece un individuo normal, respetuoso con las leyes. Tiene un cociente intelectual elevado. Es hábil en su trabajo. A menudo posee una posición relevante en el seno de la comunidad en la que vive. No ha padecido traumas particulares en la infancia. Tiene una familia que lo quiere. Es sexualmente competente y no tiene problemas para relacionarse con el sexo opuesto. Mata solo por puro placer.

Esa última afirmación hizo estremecer a Mila. No fue la única en sentirse turbada porque, por primera vez, Chang desvió la atención de su microscopio para dirigir la mirada hacia ellos. Quizá también él se preguntaba cómo un ser

humano podía obtener satisfacción del mal que infligía a un semejante.

—Es un depredador. Selecciona a sus víctimas con esmero, a menudo buscándolas en lugares lejos de donde vive. Es astuto, prudente. Es capaz de prever la evolución de las investigaciones sobre su caso, adelantándose así a los movimientos de los investigadores. Por eso es difícil capturarlo: aprende de la experiencia. El organizado acecha, espera y mata. Sus acciones pueden ser programadas durante días o semanas. Elige a su víctima con sumo cuidado. La observa. Se mete en su vida, recogiendo información y anotando bien sus costumbres. Siempre busca un contacto, fingiendo determinados comportamientos o cierta afinidad para ganarse su confianza. Para obtener la razón, prefiere las palabras a la fuerza física. La suya es una obra de seducción.

Mila se volvió a mirar el espectáculo de muerte que se había representado en aquella sala. Después declaró:

—Su escena del crimen siempre estará limpia, porque su palabra para el orden es «control».

Goran asintió.

—Por lo que parece, has encuadrado a Albert.

Boris y Stern le sonrieron. Sarah Rosa evitó cuidadosamente su mirada y fingió mirar la hora en su reloj, suspirando por aquella inútil pérdida de tiempo.

—Señores, tenemos novedades...

El miembro silencioso de aquel pequeño conciliábulo había hablado: Chang se levantó; llevaba entre las manos una placa de Petri que acababa de sacar del microscopio.

—¿Qué hay, Chang? —preguntó el doctor Gavila, impaciente.

Pero el médico forense tenía la intención de disfrutar de ese momento. En su mirada ardía la luz de un pequeño triunfo.

—Cuando he visto el cuerpo, me he preguntado por qué estaba sumergido en dos dedos de agua...

—Estamos en una lavandería —afirmó Boris, como si fuera lo más evidente del mundo.

—Sí, pero como la instalación eléctrica del edificio, tampoco la de agua funciona desde hace años.

La revelación los pilló a todos por sorpresa. Sobre todo a Goran.

—Entonces, ¿qué es ese líquido?

—Agárrese, doctor... Son lágrimas.

15

El hombre es el único ser en la naturaleza capaz de reír o llorar.

Mila sabía eso. En cambio, lo que ignoraba era que el ojo humano produce tres tipos de lágrimas. Las basales, que humedecen y nutren continuamente el bulbo ocular. Las reflejas, que se generan cuando un elemento extraño penetra en el ojo. Y las lágrimas emocionales, que se asocian al dolor. Estas últimas tienen una composición química diferente: contienen porcentajes muy elevados de manganeso y una hormona, la prolactina.

En el mundo de los fenómenos naturales cada cosa individual puede ser reducida a una fórmula, pero explicar por qué las lágrimas de dolor son fisiológicamente diferentes de las otras es prácticamente imposible.

Las lágrimas de Mila no contenían prolactina.

Ese era su inconfesable secreto.

Ya no era capaz de sufrir, de sentir empatía, necesaria para comprender a los demás y, por eso mismo, para no sentirse sola entre el género humano.

¿Siempre había sido así, o bien algo o alguien había extirpado de ella esa capacidad?

Se había dado cuenta con la muerte de su padre, a sus catorce años. Lo había encontrado ella una tarde, sin vida, en el sillón del cuarto de estar. Parecía que durmiera. Al menos, así lo contó cuando le preguntaron por qué no había pedido ayuda en seguida, sino que se había quedado allí, velándolo, durante casi una hora. La verdad era que Mila había comprendido de inmediato que no había nada que hacer. Pero su sorpresa no iba dirigida a ese suceso trágico. Lo que la había asombrado era su incapacidad para comprender desde un punto de vista emotivo lo que tenía delante de los ojos. Su padre —el hombre más importante de su vida, el que se lo había enseñado

todo, su modelo— ya no estaría más. Nunca más. Sin embargo, ella no tenía el corazón destrozado.

En el funeral había llorado. No porque por fin la idea de lo ineluctable hubiera hecho brotar la desesperación en su ánimo, sino solo porque eso era lo que se esperaba de una hija. Aquellas lágrimas saladas fueron el fruto de un esfuerzo enorme.

«Me he bloqueado —se dijo—. Solo me he bloqueado. Es el estrés. Estoy en estado de *shock*. Seguro que les ha ocurrido a otros antes.» Lo intentó todo. Se torturó con recuerdos para al menos sentir un ápice de culpa. Pero nada.

No lograba explicárselo. Entonces se encerró en un silencio intransitable, sin permitir que nadie le preguntase sobre su estado de ánimo. También su madre, después de algunos intentos, se resignó a ser excluida de aquella privada elaboración del luto.

El mundo la creyó rota, asolada. En cambio, Mila, encerrada en su habitación, se preguntaba por qué solo alimentaba el deseo de volver a su vida de siempre, enterrando a aquel hombre en su corazón.

Con el tiempo, las cosas no cambiaron. El dolor por la pérdida no llegó nunca. Es más, hubo otros lutos: su abuela, una compañera, otros parientes... Pero tampoco en esos casos Mila consiguió sentir nada, a excepción del impulso de evitar relacionarse con la muerte lo más de prisa posible.

¿A quién podía decírselo? La habrían mirado como a un monstruo insensible, indigno de formar parte del género humano. Solo su madre, en el lecho de muerte, comprendió por un instante la indiferencia en su mirada y apartó la mano de la suya, como si de repente hubiera sentido frío.

Una vez acabadas las ocasiones de luto en su familia, para Mila fue más fácil aparentar con los extraños lo que no sentía. Alcanzar la edad en que se empieza a necesitar contacto humano, especialmente con el sexo opuesto, fue todo un problema. «No puedo comenzar una historia con un chico si no soy capaz de sentir empatía por él», se repetía. Porque, mientras tanto, Mila había aprendido a definir así su problema. Donde el término «empatía» —lo había aprendido bien— sustituía a la «capacidad de proyectar las propias emociones sobre un sujeto para identificarse con él».

Fue entonces cuando empezó a consultar a los primeros psicoanalistas. Algunos no sabían responderle, otros le dijeron que la terapia sería larga y pesada, que se debía excavar bastante para hallar sus «raíces emocionales» y

entender dónde se había interrumpido el flujo de los sentimientos.

Pero todos estuvieron de acuerdo en una cosa: necesitaba salir de su bloqueo.

Durante años asistió a terapia, sin resultado. Incluso cambió de médico varias veces, y habría continuado hasta el infinito si uno de ellos —el más cínico, al que nunca le estaría suficientemente agradecida— no le hubiera dicho claramente: «El dolor no existe, como el resto de la gama de las emociones humanas. Es solo química. El amor solo es una cuestión de endorfinas. Con una inyección de pentotal puedo suprimirte toda exigencia afectiva. Solo somos máquinas de carne».

Por fin se había sentido aliviada. ¡No satisfecha, pero sí aliviada! No podía hacer nada: su cuerpo adoptaba una forma de «protección», como les ocurre a ciertos aparatos electrónicos cuando hay una sobrecarga y tienen que preservar los propios circuitos. Ese médico también le dijo que hay personas que, en un momento dado de su existencia, sienten mucho dolor, demasiado, mucho más de lo que pueda tolerar un ser humano en toda su vida. Es en ese punto cuando, o bien dejan de vivir, o se acostumbran a ello.

Mila no sabía si considerar su afección una suerte, pero gracias a ella se había convertido en lo que ahora era: una buscadora de niños desaparecidos. Poner remedio al sufrimiento ajeno la recompensaba por lo que no sentiría jamás. Así, su maldición se había convertido de repente en su talento.

Los salvaba. Los llevaba a casa. Ellos se lo agradecían. Algunos le cogían cariño y, cuando crecían, iban en su busca para que les contara su historia. «Si tú no hubieras pensado en mí...», le decían.

Y ella no podía revelar ciertamente de qué estaba hecho, en realidad, ese «pensamiento», siempre igual para cada niño que buscaba. Podía sentir rabia por cuanto les había ocurrido —como con la niña número seis—, pero nunca sentía «compasión».

Había aceptado su destino. Aun así, siempre se hacía una pregunta: ¿sería capaz de amar a alguien alguna vez?

Sin saber qué responder a eso, Mila había vaciado su mente y su corazón desde hacía mucho tiempo. Nunca tendría un amor, un marido o un novio, ni tampoco hijos, ni siquiera un animal de compañía. Porque el secreto era no tener nada que perder. Nada que alguien pudiera arrebatarse. Solo así lograba penetrar en la mente de las personas que buscaba.

Creando alrededor de sí misma el mismo vacío que había alrededor de ellas.

Pero un día surgió un problema. Ocurrió después de la liberación de un niño de las garras del pedófilo que solo lo había secuestrado para pasar con él un fin de semana. Lo habría soltado después de tres días porque, en su mente enferma, lo había «tomado en préstamo». No le importaba en qué estado lo devolvería a su familia y a la vida; se justificaba diciendo que nunca le habría hecho daño.

¿Y todo lo demás, entonces? ¿Cómo definía el *shock* del secuestro? ¿La reclusión? ¿La violencia?

No se trataba del desesperado intento de encontrar una débil legitimación a sus actos. ¡Él realmente creía que lo que hacía estaba bien! Porque era incapaz de identificarse con su víctima. Al fin y al cabo, Mila lo sabía: ese hombre era igual que ella.

Desde ese día, decidió que ya no le permitiría a su ánimo privarse de aquella medida fundamental de los demás y de la vida que era la compasión. Aunque no la encontrara en su propio interior, la provocaría de un modo artificial.

Mila había mentido al equipo y al doctor Gavila, pues en realidad poseía un conocimiento bien claro de los asesinos en serie. O, al menos, de un determinado aspecto de su comportamiento.

El sadismo.

Casi siempre, en el modo de actuar de un asesino en serie se reconocen componentes sádicos marcados y arraigados. Las víctimas son consideradas «objetos», de cuyo sufrimiento, de cuyo uso se puede sacar un provecho personal.

El asesino en serie, mediante el «uso sádico» de la víctima, logra sentir placer.

A menudo se reconoce en él la incapacidad de alcanzar una relación madura y completa con los demás, que son degradados, por tanto, de personas a cosas. Así pues, la violencia solo es el descubrimiento de una posibilidad de contacto con el resto del mundo.

«Por eso no quiero que también me suceda a mí», se dijo Mila. Tener algo en común con aquellos asesinos incapaces de sentir piedad le daba náuseas.

Después del hallazgo del cadáver de Anneke, mientras dejaba con Rosa la

casa del padre Timothy, se propuso que esa misma tarde haría indeleble el recuerdo de lo que le había ocurrido a aquella niña. Y así, al final del día, mientras los demás volvían al Estudio para resumir y ordenar los resultados de la investigación, ella pidió permiso para ausentarse un par de horas.

Luego, como había hecho muchas otras veces, fue a una farmacia, donde compró lo necesario: antiséptico, tiritas, algodón hidrófilo, un rollo de venda estéril, agujas e hilo de sutura.

Y una hoja de afeitar.

Con una idea bien clara en la cabeza, volvió a su vieja habitación del motel. No la había dejado y seguía pagándola precisamente para aquella eventualidad. Cerró las cortinas y tan solo dejó encendida la luz que había junto a una de las dos camas. Se sentó y vació el contenido de la pequeña bolsa de papel sobre el colchón.

A continuación se quitó los vaqueros.

Tras haberse vertido un poco de antiséptico en las manos, se las frotó bien. Luego impregnó de otro líquido un poco de algodón hidrófilo y se lo pasó por el interior del muslo derecho. Un poco más arriba estaba la herida ya cicatrizada, producto del anterior intento, demasiado torpe. Pero esta vez no lo echaría todo a perder, sino que lo haría bien. Arrancó con la boca el papel de seda que envolvía la hoja de afeitar. La agarró bien entre los dedos, cerró los ojos y bajó la mano. Contó hasta tres y acarició la piel del interior del muslo. Luego sintió hundirse el filo de la hoja en la carne y deslizarse abriendo un surco caliente a su paso.

El dolor físico la recorrió con su silencioso estruendo, subiendo desde la herida y diseminándose por el resto del cuerpo. Alcanzó la cumbre en su cabeza, limpiándola de las imágenes de muerte.

—Esto es por ti, Anneke —le dijo Mila al silencio.

Después, al fin, lloró.

Una sonrisa entre las lágrimas.

Esa era la imagen simbólica de la escena del crimen. Además, estaba el detalle nada irrelevante de que el cuerpo de la segunda niña hubiera sido hallado desnudo en una lavandería.

—¿Su intención sería purificar la creación con el llanto? —había preguntado Roche.

Pero Goran Gavila, como de costumbre, no creía en esas explicaciones simplistas. Hasta ese momento, el modelo homicida de Albert se había demostrado demasiado refinado para caer en una banalidad como esa. Se creía por encima de los asesinos en serie que lo precedían.

En el Estudio, el cansancio ya era palpable. Por la tarde, Mila había vuelto del motel hacia las nueve, los ojos congestionados, una ligera cojera en la pierna derecha. En seguida había ido a tumbarse al dormitorio para descansar un poco, sin deshacer el catre y sin quitarse siquiera la ropa. Hacia las once la despertó Goran, que, en el pasillo, hablaba por el móvil en voz baja. Ella permaneció inmóvil para dar la impresión de que dormía, aunque en realidad estaba escuchando. Intuyó que al otro lado de la línea no estaba su esposa, sino una asistenta, o quizá un ama de llaves, que él en un momento dado llamó «señora Runa». Le preguntaba si Tommy —entonces, era así como se llamaba el niño— había comido y hecho sus deberes, y si por casualidad había tenido alguna rabieta. Mientras la señora Runa lo ponía al corriente, Goran iba murmurando. La conversación acabó con la promesa del criminólogo de que pasaría por casa al día siguiente, de manera que pudiera estar algunas horas con su hijo.

Mila, acurrucada con la espalda contra la pared, no se movió. Pero cuando Goran colgó, tuvo la impresión de que se detenía en el umbral del dormitorio y miraba precisamente en su dirección. Podía ver parte de su sombra proyectada contra la pared delante de ella. ¿Qué habría ocurrido si se hubiera vuelto? Sus miradas se habrían encontrado en la penumbra. Quizá la incomodidad inicial habría dado paso a algo más. Un mudo diálogo de ojos. Pero ¿era eso lo que realmente necesitaba Mila? Porque ese hombre ejercía una extraña atracción sobre ella, aunque no sabía decir de qué estaba hecho exactamente ese reclamo. Al final, decidió volverse, pero Goran ya no estaba.

Poco después, volvió a dormirse.

—Mila... Mila...

Como un susurro, la voz de Boris se introdujo en un sueño de árboles negros y calles sin final. Mila abrió los ojos y lo vio junto a su catre. Para despertarla no la había tocado, sino que se había limitado a llamarla por su nombre. Pero sonreía.

—¿Qué hora es? ¿He dormido demasiado?

—No, son las seis... Voy a salir, Gavila quiere que entreviste a unos antiguos internos del orfanato. Me preguntaba si querrías venir conmigo...

A ella no le sorprendió su propuesta. Es más, por la incomodidad de Boris, comprendió que no había sido idea suya.

—Está bien, iré.

El grandullón asintió, agradecido de que le hubiera ahorrado ulteriores insistencias.

Unos quince minutos después se encontraron en el aparcamiento situado frente al edificio. El motor del coche ya estaba en marcha, y Boris la esperaba fuera del habitáculo, apoyado en la carrocería con un cigarrillo entre los labios. Vestía una parka acolchada que le llegaba casi hasta las rodillas. Mila llevaba encima su habitual cazadora de piel; al hacer el equipaje no había previsto que por aquella zona haría tanto frío. Un sol pálido, que asomaba entre los edificios, empezaba a calentar ligeramente los montones de nieve sucia que se acumulaban a ambos lados de las calles. Pero no duraría mucho: para esa tarde se había pronosticado la llegada de una tormenta.

—Deberías abrigarte un poco más, ¿no crees? —le dijo Boris, dirigiendo una mirada preocupada a su atuendo—. Aquí, en esta época del año, hiela.

El interior estaba caliente y era acogedor. Sobre el salpicadero había un vaso de plástico y una bolsa de papel.

—¿Croissants calientes y café?

—¡Y son todos para ti! —respondió él, consciente de su glotonería.

Era una oferta de paz, que Mila aceptó sin hacer comentarios. Con la boca llena preguntó:

—¿Adónde vamos exactamente?

—Ya te lo he dicho: tenemos que hablar con algunos de los que vivieron en el orfanato. Gavila está convencido de que la puesta en escena del cadáver en la lavandería no solo es un espectáculo dedicado a nosotros.

—Quizá reviva algo del pasado...

—Muy lejano, si es así. Lugares como ese, por suerte, ya no existen desde hace casi veintiocho años. Desde que cambiaron la ley, y abolieron por fin los orfanatos.

La voz de Boris sonaba atormentada, e inmediatamente después confesó:

—Yo estuve en un sitio parecido a ese, ¿sabes? Tenía unos diez años.

Nunca conocí a mi padre, y mi madre no podía criarme sola. Así que me aparcó allí durante un tiempo.

Mila no sabía qué decir, descolocada como estaba por aquella revelación tan personal. Boris lo intuyó.

—No es necesario que digas nada, no te preocupes. Es más, no sé por qué te lo he contado.

—Lo siento, pero no soy una persona muy efusiva. A muchos puedo resultarles incluso fría.

—No a mí.

Mientras tanto, Boris miraba la carretera. Los vehículos circulaban lentamente por el hielo que aún recubría el asfalto. El humo de los tubos de escape se quedaba a media altura. La gente caminaba de prisa por las aceras.

—Stern, Dios lo bendiga, ha logrado localizar a una docena de antiguos residentes del orfanato. A nosotros nos tocan la mitad. Los otros se los meriendan él y Rosa.

—¿Solo doce?

—De entre los de la zona. No sé exactamente qué tiene el doctor en mente, pero si él piensa que podemos sacar algo en claro...

La verdad es que no había alternativas y, a veces, hacía falta recurrir a todo para reactivar la investigación.

Esa mañana entrevistaron a cuatro de los antiguos chicos del orfanato. Todos tenían más de veintiocho años, y más o menos el mismo historial delictivo. Colegio, reformatorio, cárcel, libertad condicional, de nuevo la cárcel, libertad condicional bajo la tutela de los servicios sociales. Solo uno había logrado reformarse por completo gracias a su iglesia: había llegado a ser el pastor de una de las muchas comunidades evangélicas presentes en la zona. Otros dos vivían a salto de mata. El cuarto era vendedor a domicilio. Pero cuando cada uno de ellos revivía el tiempo pasado en el orfanato, Mila y Boris notaban una repentina turbación en sus semblantes. Personas que luego habían conocido la cárcel, la verdadera, nunca olvidarían, sin embargo, aquel sitio.

—¿Has visto sus caras? —preguntó Mila a su compañero después de la cuarta visita—. ¿Tú también piensas que en ese orfanato ocurría algo muy feo?

—Ese lugar no era diferente de otros parecidos, créeme. Pienso, en cambio, que puede estar relacionado con el hecho de ser niños. Al crecer, te

resbala todo, también las peores cosas. Pero con esa edad, los recuerdos se imprimen en la carne, y ya no se borran nunca más.

Cada vez que, con la oportuna cautela, los policías contaban la historia del hallazgo del cadáver en la lavandería, los entrevistados se limitaban a sacudir la cabeza. Ese oscuro simbolismo no significaba nada para ellos.

Hacia mediodía, Mila y Boris se detuvieron en una cafetería donde tomaron de prisa unos sándwiches de atún y un par de capuchinos.

El cielo estaba encapotado. Los meteorólogos no se habían equivocado: pronto volvería a nevar.

Todavía tenían que ver a dos antes de que la tormenta los sorprendiera y les impidiera volver atrás. Decidieron empezar por el que vivía más lejos.

—Se llama Feldher. Vive a unos treinta kilómetros.

Boris estaba de buen humor, y Mila pensó en aprovechar la circunstancia para preguntarle algo más acerca de los intereses de Goran. Ese hombre despertaba su curiosidad: no parecía posible que tuviera una vida privada, una compañera, un hijo. Su mujer, en particular, era un misterio. Sobre todo después de la conversación telefónica que Mila había escuchado la noche anterior. ¿Dónde estaba su mujer? ¿Por qué no estaba en casa ocupándose del pequeño Tommy? ¿Por qué en su lugar estaba «la señora Runa»? Quizá Boris podría dar respuestas a esas preguntas. Pero Mila, que no sabía cómo introducir el tema, al final renunció.

Llegaron a casa de Feldher cuando casi eran las dos de la tarde. Habían llamado para anunciar su visita, pero una grabación de la compañía telefónica les informó de que el número ya no estaba activo.

—Por lo que parece, nuestro amigo no está pasando por un buen momento —comentó Boris.

Al ver el sitio en el que vivía, obtuvieron la confirmación. La casa —si podía definirse así— se encontraba en medio de un cementerio de coches, rodeada por chasis de automóviles. Un perro de pelo rojizo, que parecía enmohecer lentamente como todo el resto, los recibió con un ladrido ronco. Un hombre de unos cuarenta años apareció poco después en el umbral. Solo llevaba una sucia camiseta y unos vaqueros, a pesar del frío.

—¿Es usted el señor Feldher?

—Sí... ¿Y ustedes quiénes son?

Boris levantó simplemente la mano con su placa:

—¿Podemos hablar con usted?

Feldher no parecía agradecer la visita, pero les hizo un gesto para que entraran.

Tenía una barriga enorme y los dedos amarillentos por la nicotina. El interior de la casa se le parecía: sucio y en desorden. Sirvió té frío en vasos desparejados, se encendió un cigarrillo y fue a sentarse en una tumbona chirriante, dejándoles el sofá para ellos.

—Me han encontrado de casualidad. Generalmente trabajo...

—¿Y hoy por qué no? —preguntó Mila.

El hombre miró hacia fuera:

—La nieve. Nadie contrata a peones con este tiempo. Y yo estoy perdiendo un montón de días.

Mila y Boris mantenían el té entre las manos, pero ninguno de los dos bebía. Feldher no parecía ofenderse.

—Entonces, ¿por qué no prueba a cambiar de trabajo? —aventuró Mila para fingir interés y entablar así un contacto.

Feldher resopló.

—¡Ya lo he intentado! ¿Acaso creen que no lo he intentado? Pero también me fue mal, como mi matrimonio. Aquella cerda buscaba algo mejor. Cada santo día me repetía que no valía para nada. Ahora trabaja de camarera por dos duros y comparte un piso con otras dos imbéciles como ella. Lo he visto, ¿saben? ¡Es un sitio administrado por la Iglesia de la que ahora forma parte! ¡Ésos la han convencido de que también para una persona como ella habrá un lugar en el paraíso! ¿Se dan cuenta?

Mila recordó que habían encontrado al menos una docena de esas nuevas iglesias a lo largo de la carretera. Todas exhibían grandes carteles de neón sobre los que, además del nombre de la congregación, aparecía también el eslogan que la caracterizaba. Desde hacía algunos años también proliferaban por aquella zona, reuniendo adeptos entre los parados de las grandes industrias, madres solteras y personas decepcionadas de las fes tradicionales. Aunque las varias confesiones parecían diferentes entre sí, las unía la adhesión incondicional a las teorías creacionistas, la homofobia, el antiabortismo, la afirmación del principio por el cual cada individuo tiene derecho a poseer un arma y el pleno apoyo a la pena de muerte.

Quién sabía cómo reaccionaría Feldher, pensó Mila, si le dijeran que uno de sus antiguos compañeros de orfanato había llegado incluso a ser un pastor de una de esas iglesias.

—Cuando han llegado los he tomado por dos de ellos: ¡vienen hasta aquí a predicar su evangelio! ¡El mes pasado, la puta de mi ex mandó a uno de ellos para convertirme! —rio, mostrando dos filas de dientes cariados.

Mila trató de escabullirse del tema conyugal y le preguntó de pasada:

—¿Qué hacía antes de ser peón, señor Feldher?

—No lo creerá... —El hombre sonrió, echando un vistazo a la mugre que lo rodeaba—: Tenía una pequeña lavandería.

Los dos agentes evitaron mirarse para no revelar a Feldher cuán interesante era lo que acababa de decir. A Mila no se le escapó que Boris dejaba resbalar una mano por la cadera, liberando el seguro de la funda del revólver. Recordó que, al llegar a ese lugar, se había percatado de que los móviles no tenían cobertura. No sabían mucho del hombre que tenían delante, y debían ser prudentes.

—¿Ha estado alguna vez en la cárcel, señor Feldher?

—Solo por pequeños delitos, nada por lo que un hombre honesto no debería dormir por la noche.

Boris anotó mentalmente dicha información. Mientras tanto, miraba a Feldher para incomodarlo.

—¿Y bien?, ¿qué puedo hacer por ustedes, *agentes*? —dijo el hombre, sin disimular un cierto fastidio.

—Por cuanto nos consta, usted pasó su infancia y gran parte de su adolescencia en un orfanato religioso —retomó Boris con cautela.

Feldher lo miró con expresión de sospecha: como los demás, no esperaba que dos policías se molestaran solo por ese motivo.

—Los mejores años de mi vida —dijo con maldad.

Boris le explicó los motivos que los habían conducido hasta allí. Feldher parecía alegrarse de ser puesto al corriente de los hechos antes de que aquella historia acabara como pasto para la prensa.

—Podría sacar un montón de dinero contando esa historia a los periódicos, ¿sabe? —fue su único comentario.

Boris lo miró.

—Si lo intenta, lo arresto.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Feldher. El agente se acercó a él. Era una técnica de interrogatorio, Mila también la conocía. Los interlocutores, a menos que estén ligados por particulares relaciones afectivas o de intimidad, siempre tienden a respetar una frontera invisible. En este caso, en cambio, el que interrogaba se acercó al interrogado para invadir su espacio e incomodarlo.

—Señor Feldher, estoy seguro de que se divierte bastante recibiendo a los policías que vienen por aquí, ofreciéndoles un té en el que incluso se ha meado, para luego reírse en sus caras mientras ellos se quedan como idiotas con el vaso en la mano sin atreverse a beber.

Feldher no dijo una palabra. Mila miró a su compañero: quizá el suyo era un buen movimiento, en vista de la situación; lo sabría en seguida. Luego el agente apoyó con calma el té en el escritorio sin haberlo probado siquiera y volvió a mirar al hombre a los ojos.

—Ahora espero que quiera contarnos un poco sobre su estancia en el orfanato...

Feldher bajó la mirada y su voz se hizo un susurro:

—Puede decirse que nací en ese lugar. Nunca conocí a mis padres. Me llevaron allí después de que mi madre me escupió fuera. El nombre que llevo me lo puso el padre Rolf, dijo que había pertenecido a un tipo que conoció y que murió joven en la guerra. ¡Quién sabe por qué aquel cura loco pensaba que el nombre que le había traído la mala suerte al otro, a mí, en cambio, me daría buena suerte!

Afuera, el perro empezó a ladrar, y Feldher se distrajo un momento para regañarlo:

—¡Calla, *Koch*! —Después volvió a dirigirse a los policías—: Antes tenía muchos más. Este sitio era un vertedero. Cuando compré el terreno, me aseguraron que había sido saneado. Pero de vez en cuando emerge algo: líquidos y asquerosidades varias, sobre todo cuando llueve. Los perros beben esas cosas, se les hincha la barriga y después de unos pocos días revientan. Solo me queda *Koch*, pero creo que también él está a punto de palmarla.

Feldher divagaba. No le apetecía volver con ellos a aquel lugar que probablemente había marcado su destino. Con la historia de los perros muertos estaba probando a negociar con sus interlocutores, para que lo dejaran

en paz. Pero ellos no podían soltar la presa.

Mila trató de ser convincente cuando dijo:

—Querría que hiciera un esfuerzo, señor Feldher.

—De acuerdo, dispere...

—Querría que nos dijera qué le sugiere la idea de «una sonrisa entre lágrimas»...

—Es como eso que hacen los psiquiatras, ¿no? Una especie de juego de asociación de ideas.

—Algo así —convino ella.

Feldher pensó en ello. Lo hizo de un modo teatral, con los ojos vueltos hacia arriba y rascándose el mentón con una mano. Quizá quería dar la impresión de colaborar, o tal vez sabía que evidentemente no podían incriminarlo por «omisión de recuerdo» y solo les estaba tomando el pelo. Al cabo, en cambio, dijo:

—Billy Moore.

—Quién era, ¿un compañero suyo?

—¡Ah, aquel crío era extraordinario! Tenía siete años cuando llegó. Siempre estaba alegre, sonriente. En seguida se convirtió en la mascota de todos nosotros... En aquella época ya casi estaban a punto de cerrar el orfanato: quedábamos dieciséis.

—¿Todo ese enorme lugar solo para esos pocos?

—También los curas se habían ido. Solo quedaba el padre Rolf... Yo estaba entre los chicos mayores, tenía quince años, más o menos... La historia de Billy era triste: sus padres se suicidaron ahorcándose. Él fue quien encontró los cuerpos. No gritó, ni buscó ayuda: en cambio, se puso de pie sobre una silla y, agarrándose a ellos, los descolgó del techo.

—Son experiencias que marcan...

—No a Billy. Él siempre estaba feliz. Se adaptaba también a lo peor. Para él, todo era un juego. Nunca habíamos visto nada parecido. Para nosotros, los demás, aquel sitio era una cárcel, pero a Billy no le importaba. ¡Irradiaba una energía, no sé cómo decirlo!... ¡Tenía dos obsesiones: aquellos condenados patines de ruedas con los que iba arriba y abajo por los pasillos ya desiertos y los partidos de fútbol! Pero no le gustaba jugar. Prefería estar al borde del campo retransmitiendo la crónica televisiva: «¡Aquí Billy Moore desde el

estadio Azteca de Ciudad de México, en la final de la Copa del Mundo...». Para su cumpleaños le compramos una maldita grabadora entre todos. ¡Era de locos: grababa horas y horas de aquella cháchara y luego se escuchaba!

Feldher parloteaba sin parar, la conversación se estaba desviando. Mila intentó encarrilarla de nuevo:

—Háblenos de los últimos meses en el orfanato...

—Como le he dicho, estaban a punto de cerrar y nosotros solo teníamos dos posibilidades: ser adoptados por fin o acabar en otras organizaciones, tipo casas de acogida. Pero éramos huérfanos de serie B, nadie nos quería. Para Billy, sin embargo, era distinto: ¡hacían fila! ¡Todos se enamoraban en seguida de él y querían llevárselo!

—¿Y qué fue de él? ¿Encontró Billy una buena familia?

—Billy está muerto, señora.

Lo dijo con tal desilusión que pareció que fuera él quien hubiera sufrido esa suerte. Y quizá fuera un poco así, como si aquel niño también hubiera representado una especie de rescate para sus compañeros. Uno que por fin podría haberlo conseguido.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Boris.

—Meningitis.

El hombre sorbió por la nariz con los ojos brillantes. Luego se volvió hacia la ventana porque no quería mostrarse frágil ante dos extraños. Mila estaba segura de que, una vez que se fueran, el recuerdo de Billy seguiría flotando como un viejo fantasma en aquella casa. Pero precisamente gracias a sus lágrimas, Feldher se había ganado su confianza: Mila vio cómo Boris alejaba la mano de su revólver. Era inocuo.

—Solo Billy tenía meningitis. Pero, temiendo una epidemia, se libraron de todos nosotros en un dos por tres... Qué mierda de suerte, ¿eh? —Rio forzosamente—. Bueno, nos hicieron una rebaja de la condena, ¿no? Y aquella cloaca se cerró seis meses antes de lo previsto.

Mientras se levantaban para marcharse, Boris todavía preguntó:

—¿Ha vuelto a ver a alguno más de sus compañeros?

—No, pero hace un par de años me encontré de nuevo con el padre Rolf.

—Que ahora se ha jubilado.

—Esperaba que la hubiera palmado...

—¿Por qué? —preguntó Mila, imaginando lo peor—. ¿Le hizo daño?

—Nunca. Pero cuando pasas la infancia en un lugar como ese, aprendes a odiar aquello que te recuerda por qué estabas allí.

Era un pensamiento similar al de Boris, que se encontró asintiendo involuntariamente.

Feldher no los acompañó a la puerta. En cambio, se inclinó sobre el escritorio y recuperó el vaso de té frío que Boris no se había bebido. Se lo acercó a los labios y se lo bebió de un solo trago.

Después los miró a ambos, arrogante, y dijo:

—Buenas tardes.

Una vieja foto de grupo —los últimos chicos que habían vivido en el orfanato antes del cierre— recuperada en lo que en una época había sido el despacho del padre Rolf.

De dieciséis niños posando junto al anciano sacerdote, uno solo sonreía en dirección al objetivo.

Una sonrisa entre lágrimas.

Los ojos avispados, el pelo desgreñado, la ausencia de un incisivo, una llamativa mancha de grasa sobre el suéter verde, brillante como si de una medalla al mérito se tratara.

Billy Moore descansaba para siempre en aquella foto y en el pequeño cementerio junto a la iglesia del orfanato. No era el único niño enterrado allí, pero su tumba era la más bonita, con un ángel de piedra que desplegaba sus alas en un gesto protector.

Después de haber oído la historia por boca de Mila y Boris, Gavila pidió a Stern que consiguiera todos los documentos relativos a la muerte de Billy. El agente los suministró con la habitual diligencia, y, confrontando aquellos papeles, saltó a la vista una extraña coincidencia.

—En caso de enfermedades potencialmente infecciosas como la meningitis es obligatorio el aviso a la autoridad sanitaria. El médico que recibió el aviso por parte del padre Rolf es el mismo que redactó el certificado de muerte. Ambos documentos llevan la misma fecha.

Goran intentó razonar:

—El hospital más cercano está a treinta kilómetros. Probablemente ni

siquiera se tomarían la molestia de acudir a comprobarlo en persona.

—Se fio de la palabra del cura —añadió Boris—. Porque los curas, habitualmente, no mienten...

«Eso no siempre es así», pensó Mila.

Llegados a ese punto, Gavila no tenía dudas:

—Hay que desenterrar el cuerpo.

La nieve había empezado a caer en pequeños copos, como para preparar el terreno a los grandes que llegarían después. Dentro de poco caería la noche, por eso tenían que darse prisa.

Los sepultureros de Chang se habían puesto manos a la obra y, con el auxilio de una pequeña pala mecánica, cavaban la tierra endurecida por el hielo. En la espera, nadie hablaba.

El inspector jefe Roche ya había sido informado de la evolución del caso y mantenía a un lado a la prensa, de repente tan agitada que parecía a punto de fibrilar. Quizá Feldher había tratado realmente de especular sobre lo que los dos agentes le habían contado de forma reservada. Por lo demás, Roche lo decía siempre: «Cuando los medios de comunicación no saben, inventan».

Por eso tenían que darse prisa, antes de que alguien decidiera llenar aquel silencio con alguna patraña bien ensamblada. Luego sería muy duro tener que desmentirlo todo.

Se oyó un ruido sordo: por fin la pala mecánica había dado con algo.

Los hombres de Chang bajaron a la fosa y continuaron la excavación a mano. Una tela de plástico revestía la caja para retrasar su deterioro. La cortaron, y entonces se entrevió la tapa de un pequeño ataúd blanco.

—Está todo podrido —anunció el médico forense después de un rápido vistazo—. Si lo subimos, nos arriesgamos a que se rompa. Y, además, con esta nieve ya es suficiente lío —añadió Chang en dirección a Goran, a quien le correspondía tomar la última decisión.

—Está bien... Ábrela.

Nadie esperaba que el criminólogo ordenara una exhumación in situ. Así que los hombres de Chang tendieron un hule sobre la fosa, fijándolo con estacas a modo de gran paraguas, para proteger el sitio.

El patólogo se puso un chaleco con una lámpara sobre el hombro y

después descendió a la fosa bajo la mirada del ángel de piedra. Frente a él, un técnico con un soplete empezó a derretir las soldaduras de zinc de la caja y la tapa empezó a moverse.

«¿Cómo se despierta a un niño muerto hace veintiocho años?», se preguntó Mila. Probablemente Billy Moore habría merecido una breve ceremonia o una mención, pero nadie tenía ganas ni tiempo de hacerlo.

Cuando Chang abrió el ataúd, aparecieron los pobres restos de Billy, cubiertos con lo que quedaba de un traje de comunión; elegante, con la pajarita y unos pantalones con bandas a los lados. En un rincón del ataúd había unos patines oxidados y una vieja grabadora.

A Mila le volvió a la mente el relato de Feldher: «¡Tenía dos obsesiones: aquellos condenados patines de ruedas con los que iba arriba y abajo por los pasillos ya desiertos y los partidos de fútbol! Pero no le gustaba jugar. Prefería estar al borde del campo retransmitiendo la crónica televisiva».

Eran los únicos haberes de Billy.

Chang empezó a seccionar lentamente diversas partes del traje con la ayuda de un bisturí, e, incluso en aquella incómoda posición, sus gestos eran rápidos y precisos. Verificó el estado de conservación del esqueleto. Después se volvió al resto del equipo y declaró:

—Hay muchas fracturas. No soy capaz de decir exactamente a cuándo se remontan... Pero en mi opinión está claro que este niño no murió de meningitis.

16

Sarah Rosa acompañó al padre Timothy al interior de la autocaravana de la unidad móvil, donde Goran lo esperaba junto a los demás. El sacerdote todavía parecía ansioso.

—Necesitaríamos que nos hiciera un favor —empezó Stern—. Tenemos que hablar urgentemente con el padre Rolf.

—Ya se lo dije: se jubiló. No sé dónde está ahora. Cuando llegué aquí hace seis meses, solo estuve con él unas pocas horas, el tiempo de hacer el relevo. Me explicó algunas cosas, me confió algunos documentos, las llaves y se fue.

Boris se dirigió a Stern:

—Quizá deberíamos acudir directamente a la curia. Según tú, ¿adónde mandan a los sacerdotes cuando se jubilan?

—He oído decir que existe una especie de casa de reposo.

—Quizá, pero...

Se volvieron de nuevo hacia el padre Timothy.

—¿Qué? —lo encorajó Stern.

—Me parece recordar que el padre Rolf tenía intención de irse a vivir con su hermana... Sí, me dijo que tenía más o menos su edad y que no se había casado.

El sacerdote parecía contento de haber contribuido al fin a la investigación; tanto, que llegó a ofrecerles la ayuda que poco antes les había negado:

—Si quieren, yo mismo hablaré con la curia. Pensándolo bien, no debería ser difícil saber dónde se encuentra el padre Rolf. Y es probable que se me ocurra algo más.

El joven cura parecía haberse tranquilizado.

En ese momento, Goran intervino:

—Nos haría un favor y evitaríamos publicidad inútil sobre lo que está ocurriendo. Creo que eso no desagradaría a la curia.

—También yo creo lo mismo —consintió el padre Timothy, serio.

Cuando el sacerdote dejó la autocaravana, Sarah Rosa se dirigió a Goran, visiblemente contrariada:

—Si todos estamos de acuerdo en el hecho de que la muerte de Billy no fue un accidente, ¿por qué no pedimos una orden de detención contra el padre Rolf? ¡Es evidente que tiene algo que ver en el asunto!

—Sí, pero él no es el responsable del homicidio del niño.

A Mila no se le escapó la palabra «homicidio», pronunciada por Goran por primera vez. Las fracturas de Billy podían señalar solo una muerte violenta, pero no existían pruebas de que hubiera ocurrido a manos de alguien.

—¿Y cómo está usted tan seguro de que el cura no es culpable? —continuó Rosa.

—El padre Rolf solo encubrió el asunto. Se inventó la historia de la meningitis de Billy, así nadie se arriesgaría a profundizar, temiendo el contagio. El resto lo hizo el mundo de ahí fuera: a nadie le importaban esos huérfanos, supongo que lo veis claro.

—Además, el orfanato estuvo a punto de cerrar —lo ayudó Mila.

—El padre Rolf es el único que conoce la verdad, por eso tenemos que interrogarlo. Pero tengo miedo de que si vamos a por él con una orden..., bueno, también podríamos no encontrarlo. Es viejo, y podría estar determinado a llevarse esta historia a la tumba.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —Boris estaba impaciente—. ¿Deberíamos esperar a que ese curilla dé señales de vida?

—Claro que no —contestó el criminólogo. Después dirigió su atención al plano del orfanato que Stern había conseguido en el despacho del catastro municipal, donde señaló una zona a Boris y a Rosa.

—Tenéis que ir al pabellón que da al este, ¿veis? Aquí está el archivo con todas las fichas de los chicos que el orfanato hospedó hasta su cierre. Obviamente, a nosotros solo nos interesan los últimos dieciséis niños.

Goran les entregó la foto de grupo en que resaltaba la sonrisa de Billy

Moore. La volvió: en el reverso estaban las firmas de todos los críos presentes en aquella imagen.

—Comprobad los nombres: necesitamos el de la única ficha que falta...

Boris y Rosa lo miraron extrañados.

—¿Cómo sabe que falta una?

—Porque a Billy Moore lo mató un compañero suyo.

En la misma foto de grupo que mostraba a Billy Moore sonriente, el sitio de Ronald Dermis era el tercero por la izquierda. Tenía ocho años, lo que quería decir que él había sido la mascota antes de la llegada de Billy.

Para un niño, los celos pueden ser motivo suficiente para desear la muerte de alguien.

Una vez que salió del orfanato junto con los demás, la burocracia había perdido su rastro. ¿Había sido adoptado? Eso era improbable. Quizá había acabado en una casa de acogida. Era un misterio. Casi podían estar seguros de que tras esa ausencia de información se escondía también la mano del padre Rolf.

Se hacía absolutamente necesario encontrar al sacerdote.

El padre Timothy aseguró que la curia se estaba ocupando de ello:

—La hermana ha muerto y él ha pedido ser devuelto al estado laico.

En la práctica, había renunciado a la sotana. Tal vez había sido el sentimiento de culpa por haber encubierto un homicidio, tal vez el insoportable descubrimiento de que el mal también sabe esconderse muy bien en las semblanzas de un niño.

Estas y otras hipótesis agitaban al equipo.

—¡Aún no he entendido si tengo que iniciar la caza al hombre del siglo o si, en cambio, debo esperar a que te dignes darme alguna respuesta!

Las paredes de contrachapado del despacho de Roche temblaron con el sonido de su voz. La ansiedad del inspector jefe, sin embargo, rebotaba contra la obstinada calma de Goran.

—¡Están encima de mí por la historia de la sexta niña: dicen que no estamos haciendo lo suficiente!

—No lograremos encontrarla hasta que Albert decida darnos algún indicio. Acabo de hablar con Krepp: dice que también ese escenario del

crimen ha sido limpiado.

—¿Dime al menos si crees que Ronald Dermis y Albert son la misma persona!

—Ya cometimos ese mismo error con Alexander Bermann. De momento, yo me abstendría de acelerar conclusiones.

Eso era un consejo, y Roche no estaba acostumbrado a recibir consejos sobre la gestión política de los casos. Pero esta vez lo aceptó.

—Pero no podemos quedarnos aquí sentados esperando a que ese psicópata nos lleve a donde quiera. ¡Así nunca salvaremos a esa niña! Suponiendo que aún esté viva.

—Solo hay una persona que puede salvarla. Y es él mismo.

—¿De verdad esperas que la suelte sin más?

—Solo digo que, en algún momento, también podría querer cometer un error.

—¡Joder! ¿Acaso crees que puedo vivir de esperanzas mientras ahí fuera solo esperan darme por culo? ¡Quiero resultados, doctor!

Goran estaba acostumbrado a los arrebatos de Roche. No iban dirigidos a él en particular: el inspector jefe se las tenía con el mundo entero. Era un efecto colateral de su cargo: cuando estás muy arriba, siempre hay alguien que quiere echarte abajo.

—He esquivado un montón de mierda en este período, y tampoco iba toda dirigida a mí.

Goran sabía ser paciente, pero era consciente de que con Roche no siempre funcionaba. Así que probó a tomar la iniciativa para quitárselo de encima.

—¿Quieres que te diga algo que hace que me vuelva loco?

—Cualquier cosa que me saque de este *impasse*, por favor.

—No se lo he dicho a nadie hasta ahora... Las lágrimas.

—¿Y?

—¡Al menos había cinco litros alrededor del cadáver de la segunda niña! Pero las lágrimas son salinas, por eso tienden a secarse en seguida. Esas, en cambio, no. Me he preguntado el porqué...

—¿Y por qué?, si te apetece decírmelo.

—Son artificiales: reproducen exactamente la composición química de las

humanas, pero son una ilusión. Por eso no se secan... ¿Sabes cómo se consigue recrear artificialmente las lágrimas?

—No tengo ni idea.

—Esa es la cuestión: Albert, sí. Y lo ha hecho, ha invertido tiempo. ¿Sabes qué significa?

—Dímelo tú.

—Que ha preparado cada cosa con cuidado. ¡Todo lo que está mostrándonos es el fruto de un plan concebido durante años de preparación! Y nosotros tenemos que controlar sus movimientos en poco tiempo. Eso es lo que significa.

Roche se arrellanó en el respaldo de su sillón, con la mirada fija en el vacío.

—¿Qué nos espera, según tú?

—Francamente, temo que lo peor aún esté por llegar.

Mila bajó a los sótanos del Instituto de Medicina Legal. Había comprado algunos cromos de futbolistas famosos o, al menos, eso fue lo que le aseguró quien se los vendió. Ese pequeño gesto formaba parte de un ritual de despedida. En la morgue, en efecto, Chang recompondría el cadáver de Billy Moore para enterrarlo de nuevo bajo el ángel de piedra.

El patólogo estaba completando su examen y había sacado algunas placas de las fracturas. Las radiografías estaban expuestas sobre un panel luminoso delante del cual se hallaba Boris. Mila no se sorprendió de encontrarlo allí.

Cuando se dio cuenta de que había llegado ella, el agente sintió la necesidad de justificarse.

—He pasado a ver si había novedades.

—¿Y las hay? —preguntó Mila, siguiéndole el juego para no incomodarlo. Era evidente que Boris estaba allí por motivos personales.

Chang interrumpió su trabajo para contestar él mismo a la pregunta de Mila:

—El cuerpo se precipitó desde lo alto. Por la gravedad y la cantidad de fracturas que he descubierto en el esqueleto se puede deducir que la muerte fue casi instantánea.

Tras ese «casi» se escondía esperanza y, a la vez, angustia.

—Obviamente, nadie puede decir si Billy saltó o fue empujado...

—Obviamente.

Mila se percató de que sobre una silla había un folleto de una agencia de pompas fúnebres, pero no del servicio proporcionado por la policía. Debía de haber sido idea de Boris pagar de su propio bolsillo para que Billy recibiera una digna sepultura. Sobre un estante todavía estaban los patines, que habían sido perfectamente lustrados, y la grabadora, regalo de cumpleaños del que el niño no se separaba nunca.

—Puede que Chang haya descubierto también dónde pudo ocurrir la muerte —anunció Boris.

El médico forense se dirigió entonces hacia algunas fotos ampliadas del colegio.

—Los cuerpos que caen al vacío adquieren peso con la velocidad: es un efecto de la fuerza de la gravedad. A fin de cuentas, es como si fuera aplastado contra el suelo por una mano invisible. Así, cruzando los datos relativos a la edad de la víctima, por lo que concierne al proceso de calcificación ósea, con los de la entidad de las fracturas, se consigue presumiblemente la altura desde la que tuvo lugar la caída. En este caso, más de quince metros. Por tanto, teniendo en cuenta la elevación media del edificio y la inclinación del suelo, casi puedo afirmar con certeza que el niño se precipitó desde la torre, desde este punto... ¿Veis?

De nuevo, un «casi» mezclado con las palabras de Chang mientras señalaba el lugar exacto sobre la foto. En ese momento, un ayudante asomó por la puerta.

—Doctor Vross, lo buscan...

Por un momento, Mila no logró establecer una relación entre el rostro del médico forense y su verdadero nombre. Por lo que parecía, ninguno de sus subordinados se atrevía a dirigirse a él llamándolo Chang.

—Perdonadme —se disculpó, dejándolos solos.

—Yo también tengo que irme —dijo Mila, y Boris asintió.

Mientras se encaminaba hacia la salida, pasó junto al estante donde se encontraban los patines y la grabadora de Billy y añadió los cromos que había comprado. Boris se percató de ello.

—Ahí está su voz...

—¿Cómo? —preguntó ella, que no lo había entendido.

Boris señaló la grabadora con un gesto de la cabeza, y repitió:

—La voz de Billy. Sus retransmisiones inventadas...

Sonrió. Pero era una sonrisa triste.

—¿Las has escuchado?

Boris asintió.

—Sí, solo el principio, después no he podido seguir...

—Comprendo... —dijo Mila, y no añadió nada más.

—La cinta está casi íntegra, ¿sabes? Los ácidos de la... —no podía decirlo— descomposición no la han afectado. Chang sostiene que es bastante raro. Quizá haya dependido de la naturaleza del terreno en que fue enterrada. Faltaban las pilas, he tenido que ponérselas yo.

Mila fingió sorpresa para aplacar la tensión de Boris.

—Entonces, la grabadora funciona.

—Por fuerza: ¡es japonesa!

Ambos rieron juntos.

—¿Quieres escucharla entera conmigo?

Mila lo pensó un momento antes de contestar. En realidad, no le apetecía demasiado: «Hay cosas que merecen descansar en paz», pensaba. Pero, bien mirado, en ese caso era Boris quien lo necesitaba, y no se atrevió a decirle que no.

—Vamos, conéctala.

Él se acercó a la grabadora, pulsó el *play* y, en aquella fría sala de autopsias, Billy Moore volvió a la vida.

—«... ¡El estadio es el mítico Wembley, amigos deportistas a la escucha! ¡El *match* es de esos que pasarán a la historia del deporte: Inglaterra-Alemania!»

Tenía un tono vivaz, con las eses sibilantes en las que inevitablemente tropezaba la frase. En esas palabras estaba encerrado el sonido de una sonrisa, y les parecía estar viendo a Billy, en la despreocupación de su edad, mientras trataba de infundirle al mundo una pizca de la alegría que lo caracterizaba.

Mila y Boris sonreían con él.

—«La temperatura es cálida y, a pesar del otoño avanzado, no se prevé lluvia. ¡Los equipos ya están alineados en el centro del campo para escuchar

los himnos nacionales!... ¡Las gradas están repletas de seguidores! ¡Menudo espectáculo, señoras y señores! ¡Dentro de poco asistiremos a un gran desafío futbolístico! Pero primero la alineación de los jugadores que saltarán al cam... Dios mío, me arrepiento y lamento de todo corazón mis pecados, porque pecando he merecido tus castigos, y mucho más porque te he ofendido a ti, infinitamente bueno y digno de ser querido sobre todas las cosas.»

Mila y Boris se miraron, sin entender. La voz que se superponía a la de la primera grabación era mucho más débil.

—Es una plegaria.

—Pero ese no es Billy...

—«... Propongo con tu santa ayuda no ofenderte nunca más y huir de las ocasiones próximas al pecado. Señor, misericordia, perdóname.»

—«Está bien.»

La voz de un hombre.

—«¿Qué quieres decirme?»

—«He dicho muchas palabrotas últimamente. Y hace tres días robé galletas de la despensa, aunque Jonathan se las comió conmigo... Y luego... copié los deberes de matemáticas.»

—«¿Y nada más?»

—Debe de ser el padre Rolf—dijo Mila.

—«...»

—«Piénsalo bien, Ron.»

El nombre pronunciado heló el silencio de la sala. Y también Ronald Dermis volvió a ser un niño.

—«En realidad... hay algo que...»

—«¿Y puedes hablarme de ello?»

—«... No.»

—«Si no me lo cuentas, ¿cómo puedo darte la absolución?»

—«... No lo sé.»

—«Tú sabes lo que le ha pasado a Billy, ¿verdad, Ron?»

—«Dios se lo ha llevado consigo.»

—«No ha sido Dios, Ron. ¿Tú sabes quién ha sido?»

—«Se cayó. Se cayó de la torre.»

—«Pero tú estabas con él...»

—«... Sí.»

—«¿Quién tuvo la idea de subir allí arriba?»

—«... Alguien había escondido sus patines en la torre.»

—«¿Fuiste tú?»

—«... Sí.»

—«¿Y también lo empujaste?»

—«...»

—«Ronald, te lo ruego: responde a la pregunta.»

—«...»

—«Nadie te castigará si dices lo que pasó. Es una promesa.»

—«Él me dijo que lo hiciera.»

—«¿Él, quién? ¿Billy? ¿Te dijo Billy que lo empujaras?»

—«No.»

—«Entonces, ¿fue uno de los demás niños?»

—«No.»

—«¿Entonces, quién?»

—«...»

—«Ron.»

—«¿Sí?»

—«Vamos, respóndeme. Esa persona que dices no existe, ¿verdad? Es solo fruto de tu imaginación...»

—«No.»

—«No hay nadie más aquí. Solo tus compañeros y yo.»

—«Él solo viene por mí.»

—«Escúchame, Ron: me gustaría que dijeras que estás muy arrepentido por lo que le ha pasado a Billy.»

—«... Estoy muy arrepentido por lo que le ha pasado a Billy.»

—«Espero que seas sincero... En todo caso, esto será un secreto entre tú, yo y el Señor.»

—«Está bien.»

—«No debes decírselo a nadie.»

—«Está bien.»

—«Yo te absuelvo de tus pecados. En el nombre del Padre, del Hijo y del

Espíritu Santo. Amén.»

—«Amén.»

17

—Estamos buscando a un tal Ronald Dermis —anunció Roche a la nutrida platea de flashes y micrófonos—. Debe de tener alrededor de treinta y seis años. Pelo castaño, ojos marrones y tez clara.

Luego mostró a los presentes una elaboración gráfica sacada de la foto en que estaba posando junto a sus compañeros. Representaba a un hipotético Ron adulto, y Roche la sostuvo en alto mientras se sucedían los flashes.

—Tenemos razones para creer que este hombre está implicado en el secuestro de las niñas desaparecidas. Quienquiera que lo conozca, tenga noticias acerca de él o haya tenido contacto con él en los últimos treinta años, se ruega que lo comunique a la policía. Gracias.

Esa última palabra dio paso a un coro de ruegos y preguntas por parte de los periodistas:

—¡Señor Roche!... ¡Inspector jefe!... ¡Una pregunta!...

Roche los ignoró, saliendo de escena por una puerta secundaria.

Había sido un movimiento inevitable. Era necesario dar la alarma.

Al descubrimiento hecho por Boris y Mila habían seguido dos horas febriles. La situación ahora estaba clara.

El padre Rolf había grabado la confesión de Ron en la grabadora de Billy. Luego la había enterrado con él, como cuando se planta una semilla a sabiendas de que antes o después dará sus frutos, con la esperanza de que la verdad, algún día, lo redimiría todo. Quién, a pesar de la inocencia de su edad, había cometido aquella abominación. Quién la había padecido. Y quién se había apresurado a esconderlo a dos metros bajo tierra.

«... En todo caso, esto será un secreto entre tú, yo y el Señor.»

—¿Cómo podía Albert saber nada de esta historia? —dijo Goran—. El

padre Rolf y Ron eran los únicos que conocían el secreto. Por tanto, la única explicación posible es que Ron y Albert sean la misma persona.

Quizá también la elección de implicar a Alexander Bermann tenía que ser releída desde ese punto de vista. El criminólogo no recordaba quién había dicho que su asesino en serie era un pedófilo porque probablemente había sufrido abusos de pequeño. Quizá había sido Sarah Rosa. Pero Stern había descartado en seguida esa hipótesis, y Gavila había estado de acuerdo con él. Ahora tenía que admitir que tal vez se había equivocado.

—Las víctimas preferidas de los pedófilos son los huérfanos y los chicos desorientados, porque nadie puede defenderlos.

Goran estaba enfadado consigo mismo por no haberse dado cuenta antes, a pesar de haber tenido todas las piezas del puzle delante de sus narices desde el principio. Sin embargo, se había dejado seducir por la idea de que Albert fuera un sutil estratega.

«El asesino en serie, con sus actos, nos cuenta una historia: la de su conflicto interior», les repetía continuamente a sus estudiantes. ¿Por qué, entonces, se había dejado despistar por una hipótesis diferente?

«Me ha engañado con el orgullo. He creído que solo quería desafiarnos. Y me gustaba pensar que me enfrentaba a un adversario que trataba de ser más listo que yo.»

Después de haber asistido por televisión a la rueda de prensa de Roche, el criminólogo reunió de nuevo al equipo en la lavandería del orfanato, donde habían hallado a Anneke. Le pareció el sitio más adecuado para reanudar la investigación. Aquel breve *mea culpa* había servido para ahuyentar toda duda sobre el hecho de que todavía eran un equipo, y no solo el laboratorio para los experimentos del doctor Gavila.

El cadáver de la segunda niña había sido retirado hacía tiempo; la tina de mármol, vaciada de lágrimas. Únicamente quedaban los focos halógenos y el zumbido del generador. Dentro de poco, también se llevarían todo aquello.

Goran solicitó la presencia del padre Timothy. El cura llegó jadeante y en evidente estado de agitación: aunque nada en aquella sala recordaba la escena del crimen, se sentía terriblemente mal de todos modos.

—No encuentro al padre Rolf —empezó el joven cura—. Y creo que...

—El padre Rolf seguramente está muerto —lo interrumpió bruscamente Goran—. De otro modo, después del comunicado de Roche, habría dado

señales de vida.

El padre Timothy pareció turbado.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Goran se tomó su tiempo para elegir bien las palabras. Después se dirigió a todos los presentes:

—Os parecerá raro, lo sé..., pero querría que pronunciáramos una plegaria.

Rosa no logró disimular su estupor. Tampoco Boris, que en seguida intercambió una mirada con ella. Mila estaba descolocada. No así Stern, que era muy religioso. Él fue el primero en acoger la propuesta de Goran. Se situó en el centro de la sala y extendió los brazos a la altura de sus caderas para cogerles las manos a los demás y formar así un círculo. Mila fue la primera en acercarse. Rosa la siguió de mala gana. Boris era el más reacio, pero no logró rechazar la petición del doctor Gavila. El padre Timothy asintió, por fin sereno, antes de ocupar su lugar entre ellos.

Goran no sabía rezar, aunque quizá tampoco había oraciones adecuadas para ese momento. Pero lo intentó de todos modos, en tono afligido.

—En estos últimos tiempos hemos tenido que asistir a acontecimientos terribles. Lo que ha ocurrido aquí, además, no tiene nombre. No sé si existe un Dios; sin embargo, siempre lo he deseado. Sé con certeza que existe el mal, porque el mal puede ser *demostrado*. El bien, nunca. A su paso, el mal deja huellas tras de sí. Cuerpos de niños inocentes, por ejemplo. El bien solo se puede testimoniar. Pero eso no nos basta a los que buscamos pruebas concretas... —Goran hizo una pausa—. Si hubiera un Dios, me gustaría preguntarle... ¿por qué tuvo que morir Billy Moore? ¿De dónde procedía el odio de Ronald Dermis? ¿Qué le ha ocurrido en estos años? ¿Cómo ha aprendido a matar? ¿Cuál es la razón que lo empujó a preferir el mal? ¿Y por qué no pone fin a tanto horror?

Las preguntas de Goran quedaron suspendidas en el silencio que los rodeaba.

—Cuando usted quiera, padre... —dijo el intachable Stern después de un momento.

Y el padre Timothy tomó la palabra en aquella pequeña asamblea. Juntó las manos y empezó a entonar un himno sagrado. Su voz, segura y bellísima, se apoderó del eco del entorno y comenzó a revolotear a su alrededor. Mila cerró

los ojos y se dejó transportar por las palabras. Estaban en latín, pero su sentido también habría resultado evidente al más sordo de los hombres. Con ese canto, el padre Timothy estaba reconduciendo la paz hacia donde estaba el caos, limpiándolo todo de los infames excrementos del mal.

La carta iba dirigida al Departamento de Ciencias de la Conducta. Habría sido clasificada como la misiva de un mitómano si la caligrafía no hubiera presentado algunas correspondencias con la de unos deberes que Ronald Dermis escribió de niño en clase.

Había sido trazada en una página de cuaderno, con un bolígrafo normal y corriente. El remitente no se preocupó de las huellas que había dejado en la hoja.

Por lo que parecía, Albert ya no necesitaba artificios.

El texto estaba escrito en el centro de la hoja en una única frase sin casi puntuación.

a los que me están dando caza

billy era un bastardo ¡un BASTARDO! Y he hecho bien en matarlo lo odiaba nos habría hecho daño porque habría tenido una familia y nosotros no. Lo que me hicieron a mí era peor y NADIE ha venido a salvarme NADIE. Siempre he estado aquí delante de vuestros ojos y no me veíais después llegó ÉL. ÉL me entendía. Me ha enseñado habéis sido vosotros los que queríais verme así ¿no me veíais y ahora me veis? Peor para vosotros al final será solo culpa vuestra yo soy lo que soy. NADIE puede impedir todo esto NADIE.

RONALD

Goran se llevó una copia para estudiarla mejor. Pasaría esa noche en casa, junto a Tommy. Le apetecía pasar una velada con su hijo. Hacía días que no lo veía.

Cruzó la puerta de casa y en seguida lo oyó llegar.

—¿Cómo ha ido, papá?

Goran lo cogió al vuelo, levantándolo en un abrazo feliz.

—No puedo quejarme. ¿Y tú?

—Yo estoy bien.

Eran las tres palabras mágicas. Su hijo había aprendido a usarlas cuando se habían quedado solos los dos. Como para decirle que Goran no tenía motivo alguno para preocuparse, porque él «estaba bien». No echaba de menos a mamá. Estaba aprendiendo a no echarla en falta.

Ese, sin embargo, también era el límite. Con esas tres palabras se cerraba el tema. Todo se apaciguaba: «Bueno, hemos recordado cuánto nos duele estar sin ella. Ahora podemos seguir adelante».

Y eso era precisamente lo que ocurría.

Goran traía consigo una bolsa que Tommy exploró, impaciente.

—¡Guau! ¡Comida china!

—He pensado que te gustaría variar un poco el menú de la señora Runa.

Tommy puso cara de disgusto.

—¡Odio sus albóndigas! ¡Les echa demasiada menta: saben a dentífrico!

Goran se rio: efectivamente, no se equivocaba.

—Venga, ve a lavarte las manos...

Tommy corrió al baño. A la vuelta empezó a poner la mesa. Goran había trasladado gran parte de los objetos de la cocina de los estantes superiores a los que estaban a su altura: quería hacer que se sintiera partícipe de su nuevo *ménage* familiar. Hacer las cosas juntos significaba que ahora tenían que ocuparse el uno del otro y, por tanto, ninguno de los dos podía «rendirse». Ninguno de los dos tenía el derecho de entregarse a la tristeza.

Tommy cogió una bandeja donde dispuso los *wanton* fritos y la salsa agridulce, mientras su padre vertía el arroz cantonés en dos cuencos. También tenían palillos, y, en sustitución del helado frito, Goran había comprado un bote de helado de vainilla.

Mientras cenaban hablaron de sus respectivas jornadas. Tommy le contó cómo iba la organización del campamento de verano con los *boy scouts*. Él le preguntó por la escuela y descubrió, con orgullo, que su hijo había sacado la nota más alta en educación física.

—Yo era un desastre en casi todos los deportes —admitió Goran.

—¿En cuál eras bueno, entonces?

—En el ajedrez.

—Pero ¡el ajedrez no es un deporte!

—¿Cómo que no? ¡Si hasta participan en las olimpiadas!

Tommy no parecía demasiado convencido, pero había aprendido que su padre nunca mentía. Había sido una dura lección, en realidad, porque la primera vez que le había preguntado por su madre, Goran le había contado la verdad. Nada de rodeos. «Nada de bromas», como decía Tommy cuando buscaba la lealtad de alguien. Y el padre lo había complacido en seguida. No por venganza o para castigar a su madre. Las mentiras —o peor, las medias verdades— acrecentarían la ansiedad del niño. Tendría que enfrentarse solo a dos grandes mentiras: la de su madre, que se había ido, y la de su padre, que no tenía el valor de decírselo.

—¿Un día me enseñarás a jugar al ajedrez?

—Claro.

Y con esa solemne promesa, Goran lo acostó. Luego fue a encerrarse en su estudio. Cogió la carta de Ronald, y la leyó por enésima vez. De todo el texto, una cosa lo había golpeado ya desde el principio. Se trataba de la frase «después llegó ÉL. ÉL me entendía. Me ha enseñado», donde la palabra «ÉL» había sido escrita intencionadamente en mayúsculas. Goran había oído esa extraña referencia anteriormente. En la cinta de la confesión de Ronald al padre Rolf: «Él solo viene por mí».

Se trataba de un claro ejemplo de disociación de la personalidad, donde el Yo negativo aparece siempre separado del Yo agente. Y se convierte en Él. «He sido YO. Pero ha sido ÉL quien me ha dicho que lo hiciera. La culpa de lo que soy es SUYA.»

En ese contexto, todos los demás se convierten en «NADIE», también eso escrito con letras mayúsculas.

«NADIE ha venido a salvarme.» «NADIE puede impedir todo esto.»

Ron quería ser salvado. Pero todos se habían olvidado de él y del hecho de que, en el fondo, solo era un niño.

Se había alejado para comprar algo de comer. Y después de un vano peregrinar por tiendas y cafeterías que cerraban antes de la hora a causa del mal tiempo, Mila tuvo que conformarse con una sopa precocinada que compró en una tienda de comestibles. Pensaba calentarla en el microondas que había visto en la cocina del Estudio, pero recordó demasiado tarde que no estaba segura de que funcionara.

Volvió al piso antes de que el frío punzante de la noche le paralizara los

músculos y le impidiera caminar. Le habría gustado tener allí el chándal y sus zapatillas de *jogging*: hacía días que no se movía, y el ácido láctico se le acumulaba en las articulaciones, haciéndole pesados los movimientos.

Mientras se disponía a subir, vio a Sarah Rosa en la acera de enfrente, discutiendo animadamente con un hombre. Él trataba de calmarla, aunque no parecía tener mucho éxito. Mila pensó que debía de ser su marido, y sintió compasión por él. Antes de que aquella arpía pudiera reparar en ella y tener así un motivo más para odiarla, Mila entró en el edificio.

En la escalera se cruzó con Boris y Stern, que bajaban.

—¿Adónde vais?

—Al Departamento, para controlar cómo va la caza del hombre —contestó Boris metiéndose un cigarrillo entre los labios—. ¿Quieres venir?

—No, gracias.

Boris se fijó en su sopa.

—Entonces, que aproveche.

Mila continuó subiendo y oyó cómo le decía al colega de más edad:

—Deberías volver a fumar.

—Tú harías mejor pasándote a estos...

Mila reconoció el sonido de la cajita de caramelos de menta de Stern y esbozó una sonrisa.

En el Estudio ahora solo estaba ella. Goran pasaría la noche en casa, con su hijo. Eso la disgustaba un poco: se había acostumbrado a su presencia, y encontraba interesante su método de investigación, oración del día anterior aparte. Si su madre hubiera estado viva y la hubiera visto participar en ese ritual, no habría dado crédito a sus ojos.

El microondas funcionaba. Y, después de todo, la sopa no estaba tan mal. O quizá era el hambre lo que la hacía parecer mejor. Con el bol y una cuchara, Mila se retiró al dormitorio, encantada de tener el piso a su entera disposición al menos durante un rato.

Se sentó con las piernas cruzadas sobre el catre. La herida en el muslo izquierdo le tiraba un poco, pero se estaba curando. «Todo se cura siempre», pensó. Entre una cucharada y la siguiente, cogió una fotocopia de la carta de Dermis y se la puso delante. La contempló mientras seguía comiendo. Estaba claro que Ronald había elegido una oportunidad extraordinaria para

reaparecer en aquella historia. Sin embargo, había algo que desentonaba en sus palabras. Mila no había tenido el valor de hablarle de ello a Goran porque no creía poder ofrecerle consejos, pero esa idea la había perseguido toda la tarde.

La carta también había sido entregada a la prensa, cosa inusual, por otra parte. Estaba claro que Gavila había decidido acariciarle el ego a su asesino en serie. Era como si le estuviera diciendo: «¿Ves? ¡Te estamos prestando atención!», mientras que en realidad solo quería distraerlo de la niña que mantenía prisionera. «No sé cuánto tiempo podrá resistir el impulso de matarla», había dejado escapar algunas horas antes.

Mila trató de desechar ese pensamiento y volvió a concentrarse en la carta. Le fastidiaba la forma elegida por Ronald para esa misiva. Eso era lo que le parecía que desentonaba. No habría sabido decir por qué, pero el texto centrado en la hoja, en una especie de única línea sin interrupciones, le impedía captar el contenido por completo.

Decidió descomponerlo. Dejó el bol y cogió cuaderno y lápiz.

—a los que me están dando caza.

—billy era un bastardo ¡un BASTARDO! Y he hecho bien en matarlo lo odiaba nos habría hecho daño porque habría tenido una familia y nosotros no.

—lo que me hicieron a mí era peor y NADIE ha venido a salvarme NADIE.

—siempre he estado aquí delante de vuestros ojos y no me veíais.

—después llegó ÉL. ÉL me entendía, me ha enseñado.

—habéis sido vosotros los que queríais verme así ¿no me veíais y ahora me veis? Peor para vosotros al final será solo culpa vuestra.

—yo soy lo que soy. NADIE puede impedir todo esto NADIE.

—RONALD

Mila releyó los párrafos, uno cada vez. Era un desahogo cargado de odio y rencor. Iba dirigido a todo el mundo, sin distinciones. Porque Billy, en la mente de su asesino, representaba algo grande, totalizador. Algo que Ron nunca podría tener.

La felicidad.

Billy era alegre, a pesar de que hubiera presenciado el suicidio de sus

padres. Billy habría sido adoptado, a pesar de ser un huérfano de serie B. Billy era querido por todos, a pesar de que no tuviera nada que ofrecer.

Matándolo, Ronald borraría para siempre la sonrisa de la cara hipócrita del mundo.

Pero, cuanto más leía Mila aquellas palabras, más se daba cuenta de que las frases que componían la carta parecían, no tanto una confesión o un desafío, como una serie de *respuestas*. Como si alguien estuviera interrogando a Ronald, y él no viera la hora de salir del silencio en el que había sido encarcelado durante tanto tiempo, de librarse del secreto que le había sido impuesto por el padre Rolf.

Pero ¿cuáles eran las preguntas? ¿Y quién se las había formulado?

Mila recordó todo cuanto Goran había dicho durante la oración. Eso de que el bien no es demostrable, mientras que del mal tenemos continuos ejemplos. *Pruebas*. Ronald creía haber hecho una buena acción, una acción necesaria, matando a su compañero. Para él, Billy representaba el mal. ¿Quién podía demostrar que no había hecho lo correcto? Su lógica era perfecta. Porque quizá Billy Moore, al crecer, se habría convertido en un hombre pésimo. ¿Quién podía asegurar que no hubiera sido así?

Cuando era pequeña e iba a clases de catequesis, a menudo Mila se hacía una pregunta. Y al crecer, esa duda no la había abandonado.

¿Por qué un Dios que se supone bueno permite que mueran los niños? Bien mirado, eso era lo que precisamente contrastaba con el ideal de amor y justicia que promulgaban los Evangelios.

Pero quizá el hecho de morir jóvenes es el destino que Dios les tiene reservado a sus peores hijos. Así pues, tal vez también los niños que ella salvaba podían convertirse algún día en criminales, o en asesinos en serie. Probablemente lo que hacía era una equivocación. Si alguien hubiera matado a Adolf Hitler, o a Jeffrey Dahmer o a Charles Manson cuando todavía eran unos críos, ¿habría cometido una buena o una mala acción? Sin embargo, sus asesinos habrían sido castigados y condenados por ello, no aclamados como salvadores de la humanidad.

Mila concluyó que el bien y el mal a menudo se confunden; que uno, a veces, es instrumento del otro, y viceversa. «Como se pueden confundir también las palabras de una oración con aquellas delirantes de un homicida», se dijo.

En un primer instante fue el habitual cosquilleo en la nuca, como algo que se acercara desde un lugar recóndito detrás de ella. Luego ese último pensamiento se repitió y, en ese momento, se dio cuenta de que conocía bien las preguntas a las que Ronald había tratado de contestar con su carta.

«Estaban contenidas en la oración de Goran.»

Se esforzó en recordarlas, aunque las había oído una sola vez. Hizo varios intentos en su cuaderno. Se equivocó en el orden y tuvo que empezar de nuevo, pero al final aparecieron allí, delante de sus ojos. Entonces trató de unir las frases de la carta, recomponiendo aquel diálogo a distancia.

Al final, lo releyó...

Y todo resultó evidente desde la primera frase.

«A los que me están dando caza.»

Esas palabras iban dirigidas a ellos, para contestar a los interrogantes que el criminólogo le dictó al silencio...

«¿Por qué tuvo que morir Billy Moore?»

«billy era un bastardo ¡un BASTARDO! Y he hecho bien en matarlo lo odiaba nos habría hecho daño porque habría tenido una familia y nosotros no.»

«¿De dónde procedía el odio de Ronald Dermis?»

«lo que me hicieron a mí era peor y NADIE ha venido a salvarme NADIE.»

«¿Qué le ha ocurrido en estos años?»

«siempre he estado aquí delante de vuestros ojos y no me veíais.»

«¿Cómo ha aprendido a matar?»

«después llegó ÉL. ÉL me entendía. Me ha enseñado.»

«¿Cuál es la razón que lo empujó a preferir el mal?»

«habéis sido vosotros los que queríais verme así ¿no me veíais y ahora me veis? Peor para vosotros al final será solo culpa vuestra.»

«¿Y por qué no pone fin a tanto horror?»

«yo soy lo que soy. NADIE puede impedir todo esto NADIE.»

Mila no sabía qué pensar. Pero quizá la respuesta a su pregunta estaba contenida a pie de página de la misiva. Un nombre.

«RONALD»

Tenía que verificar su suposición de inmediato.

18

Un cielo cubierto descargaba lentamente de nieve sus nubes violáceas.

Mila logró encontrar un taxi después de haber esperado en la calle durante más de cuarenta minutos. Cuando se dio cuenta de adónde se dirigían, el taxista protestó. Dijo que estaba demasiado lejos y, por la noche y con ese tiempo, nunca encontraría a otro pasajero para el trayecto de vuelta. Solo cuando Mila se ofreció a pagarle el doble de la carrera, el hombre aceptó llevarla.

Sobre el asfalto ya se acumulaban muchos centímetros de nieve, haciendo vano el trabajo de los hombres que esparcían la sal. Se circulaba solo con cadenas y la marcha se resentía. En el taxi, el aire estaba viciado, y Mila reparó en los restos de un kebab con cebolla que descansaba sobre el asiento del copiloto. El olor se mezclaba con el de un ambientador de pino colocado justo sobre una de las salidas de la calefacción. Desde luego, no era una buena manera de recibir a los clientes.

Mientras atravesaban la ciudad, Mila pudo reordenar sus ideas. Estaba segura de la bondad de su teoría, y, a medida que se acercaba al lugar adonde se dirigía, se fortalecía en su convicción. Pensó en llamar a Gavila para una confirmación, pero la batería de su móvil estaba casi agotada. Así, pospuso la llamada para el momento en que encontrara lo que buscaba.

Dejaron atrás la zona de los enlaces de autopista. Una patrulla de la policía detenía el tráfico en el peaje, obligando a los coches a volver atrás.

—¡Hay demasiada nieve, es peligroso! —repetían los agentes a los conductores.

Algunos camiones habían aparcado en el arcén de la carretera, con la esperanza de reemprender el viaje a la mañana siguiente.

El taxi evitó el bloqueo introduciéndose en una arteria secundaria; también se podía llegar al orfanato sin pasar por la autopista. Probablemente, en el pasado esa fuera la única manera de hacerlo, y el taxista, por suerte, la conocía.

Cuando llegaron, Mila le pidió al taxista que se detuviera cerca de la cancela; ni siquiera se le pasó por la cabeza pedirle que la esperara ofreciéndole dinero de nuevo. Estaba convencida de no estar equivocada, y que dentro de poco el lugar sería invadido de nuevo por sus colegas.

—¿No quiere que me quede hasta que haya acabado lo que tiene que hacer? —preguntó el hombre cuando se dio cuenta del estado de abandono de aquel lugar.

—No, gracias, puede irse.

El taxista no insistió, se encogió de hombros y dio media vuelta, dejando en el aire una breve estela de kebab con cebolla.

Mila saltó la cancela y recorrió la avenida de tierra hundiendo los pies en la nieve mezclada con barro. Sabía que los policías, por orden de Roche, habían levantado el campamento. También se habían llevado la autocaravana de la unidad móvil. No había nada en ese lugar que pudiera interesar a la investigación.

«Hasta esta noche», pensó ella.

Al llegar frente a la entrada principal vio que el portón, forzado por la irrupción de las unidades especiales, había sido cerrado con una cerradura nueva. Se volvió hacia la casa parroquial, sopesando si el padre Timothy aún estaría despierto.

Había llegado hasta allí, y no tenía más elección.

Se dirigió hacia la vivienda del cura. Llamó varias veces, hasta que una ventana se iluminó en la segunda planta. El padre Timothy se asomó poco después.

—¿Quién es?

—Padre, soy agente de policía. Ya nos hemos visto antes, ¿recuerda?

El sacerdote trató de enfocarla mejor entre la espesa nieve.

—Sí, claro. ¿Qué quiere a estas horas? Pensaba que ya habían acabado aquí...

—Lo sé, perdóneme, pero necesitaría comprobar una cosa en la

lavandería. ¿Me daría las llaves, por favor?

—Está bien, en seguida bajo.

Mila ya empezaba a preguntarse por qué tardaba tanto cuando, pasados unos minutos, lo oyó trastear al otro lado de la puerta mientras abría los cerrojos. El sacerdote apareció envuelto en una vieja chaqueta raída por los codos, con su habitual expresión benévola en el rostro.

—Pero si está temblando...

—No se preocupe, padre.

—Pase dentro a secarse un poco mientras le busco las llaves. ¿Sabe?, han dejado un buen desorden al marcharse.

Mila lo siguió por la casa. El impacto del calor le provocó una inmediata sensación de bienestar.

—Estaba a punto de acostarme.

—Lo siento.

—No pasa nada. ¿Quiere una taza de té? Yo siempre me tomo una antes de dormir, me relaja.

—No, gracias. Querría regresar cuanto antes.

—Tómesele, le sentará bien. Ya está preparado, solo tiene que servírselo. Mientras tanto, yo le traeré las llaves.

Salió de la habitación y ella se dirigió hacia la cocina que el sacerdote le había indicado. En efecto, la tetera estaba sobre la mesa. Su perfume se esparcía con el vapor, y Mila no pudo resistirse. Se sirvió una taza y luego le echó abundante azúcar. Entonces recordó el miserable té frío que Feldher les había ofrecido a ella y a Boris en su casa del vertedero. Quién sabía de dónde sacaría el agua para prepararlo.

El padre Timothy volvió con un gran manojito de llaves. Todavía estaba buscando la que necesitaba.

—Mejor ahora, ¿verdad? —sonrió el cura, satisfecho por haber insistido.

Mila le devolvió la sonrisa:

—Sí, mucho mejor.

—Ya está: debería ser esta la que abre el portón principal... ¿Quiere que la acompañe?

—No, gracias —dijo ella, y en seguida vio que el sacerdote se relajaba—. Pero tendría que hacerme un favor de todos modos...

—Dígame.

Le tendió una tarjeta.

—Si dentro de una hora no he vuelto, llame a este número y pida ayuda.

El padre Timothy palideció.

—Creía que ya no había peligro.

—Solo es una medida de precaución. En realidad no creo que me ocurra nada. Es solo que no sé bien cómo moverme por el edificio: podría tener un accidente... Además, ahí dentro no hay luz.

En cuanto pronunció esa última frase, Mila se dio cuenta de que no había considerado esos detalles. ¿Cómo pensaba hacerlo? No había corriente eléctrica y el generador usado para los focos halógenos seguramente habría sido desmontado y trasladado con el resto del equipo.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿No tendrá por casualidad una linterna?

—Lo siento, agente... Pero si lleva un teléfono móvil consigo, podría servirse de la luz de la pantalla.

No lo había pensado.

—Gracias por el consejo.

—No hay de qué.

Justo después, Mila salía de nuevo a la fría noche, mientras a sus espaldas el cura cerraba uno a uno todos los cerrojos de la puerta.

Subió a lo largo de la cuesta y alcanzó de nuevo la entrada del orfanato. Introdujo la llave en la cerradura y oyó el eco de las vueltas que se perdía en la sala del otro lado. Empujó y luego cerró el enorme portón.

Estaba dentro.

Las palomas reunidas sobre el tragaluz saludaron su presencia con su frenético batir de alas. La pantalla del teléfono móvil emitía un débil resplandor verde que le permitía iluminar solamente una limitada porción de lo que tenía delante. Una oscuridad densa estaba al acecho en los confines de aquella burbuja de luz, lista para desbordarse, para invadirla de un momento a otro.

Mila trató de recordar el recorrido que conducía a la lavandería. Y echó a andar.

El ruido de sus pasos violaba el silencio. Su aliento se condensaba en el

aire frío. En seguida se encontró en las cocinas y reconoció el perfil de las grandes calderas de hierro. Luego pasó por el refectorio, donde tuvo que prestar atención para esquivar las mesas de formica. A pesar de ello, impactó con la cadera contra una de ellas, lo que hizo caer una de las sillas que estaba apoyada encima. El ruido, amplificado por el eco, fue casi ensordecedor. Mientras la recolocaba en su sitio, Mila vio la entrada que conducía a la planta inferior por la estrecha escalera de caracol. Se introdujo lentamente en aquellas tripas de piedra y bajó los peldaños, resbaladizos por la erosión del tiempo.

Finalmente, alcanzó la lavandería.

Desplazó el móvil para mirar a su alrededor. En la tina de mármol donde había sido hallado el cuerpo de Anneke, alguien había puesto una flor. Mila recordó entonces la plegaria que habían rezado todos juntos en aquella sala.

Y empezó a buscar.

En primer lugar miró a lo largo de las paredes, recorriendo los zócalos con los dedos. Nada. Evitaba preguntarse cuánto resistiría la batería del móvil antes de descargarse. No tanto por la perspectiva de tener que volver atrás a oscuras, como por la idea de que sin aquella, aunque escasa, luz tardaría mucho más tiempo. Transcurrida una hora, el padre Timothy pediría ayuda, y ella quedaría como una verdadera estúpida. Debía apresurarse.

«¿Dónde está? —pensó—. Sé que está en alguna parte...»

Un fortísimo y repentino sonido hizo que le diera un vuelco el corazón. Pasaron unos instantes antes de que se percatara de que tan solo se trataba del timbre de su teléfono.

Miró la pantalla y leyó: «Goran».

Apoyó el auricular en su oreja y respondió.

—¿No se ha quedado nadie en el Estudio? —dijo él—. Al menos he llamado diez veces durante la última hora.

—Boris y Stern han salido, pero Sarah Rosa debería estar allí.

—¿Y tú dónde estás?

Mila pensó que no tenía por qué mentirle. Aunque todavía no estaba completamente segura de su suposición, decidió informarle.

—Creo que Ronald nos estaba escuchando la otra noche.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—He comparado su carta con las preguntas que usted se hizo durante nuestra plegaria. Parecen respuestas...

—Es una muy buena deducción...

El criminólogo no pareció en absoluto sorprendido; quizá él también había llegado a la misma conclusión. Mila se sintió un poco estúpida por haber creído que podía asombrarlo.

—Pero no has contestado a mi pregunta: ¿dónde estás ahora?

—Estoy buscando el micrófono.

—¿Qué micrófono?

—El que Ronald colocó en la lavandería.

—¿Estás en el orfanato?

Ahora, el tono de Goran era de alarma.

—Sí.

—¡Tienes que salir de ahí en seguida!

—¿Por qué?

—¡Mila, no hay ningún micrófono!

—Estoy segura de que...

Goran la interrumpió:

—¡Escucha: los agentes ya registraron el área, lo habrían encontrado!

En ese instante se sintió estúpida de veras. El criminólogo tenía razón: ¿era posible que hubiera sido tan idiota como para no pensar en ello? ¿Qué tenía en la cabeza?

—Y entonces, ¿cómo consiguió...? —No acabó la frase. Una imaginaria gota fría le resbaló a lo largo de la espalda.

«Estaba aquí.»

—¡La oración solo era un truco para que saliera al descubierto!

—¿Por qué no lo he pensado antes?

—¡Mila, sal de ahí, por el amor de Dios!

En ese momento se dio cuenta del riesgo que corría. Sacó su revólver y se encaminó a paso rápido hacia la salida, que al menos estaba doscientos metros de donde se encontraba; una distancia enorme para cubrir con aquella «presencia» en el orfanato.

—¿Por qué...? —se preguntó Mila en voz alta mientras subía la escalera de caracol hasta el refectorio.

Cuando advirtió que sus piernas flaqueaban y cedían, entendió la respuesta.

—El té...

Había interferencias en la línea. Oyó a Goran por el auricular, que le preguntaba:

—¿Qué dices?

—El padre Timothy es Ronald, ¿verdad?

Interferencias. Ruidos. Más interferencias.

—¡Sí! Después de la muerte de Billy Moore, el padre Rolf ordenó sacar a todos los niños del orfanato antes de la verdadera fecha de cierre. Excepto a él. Hizo que se quedara a su lado porque tenía miedo de su naturaleza y esperaba conseguir mantenerlo bajo control.

—Creo que me ha drogado.

La voz de Goran era intermitente.

—¿... has dicho? No... te entien...

—Creo que... —trató de repetir Mila, pero las palabras se le disolvieron en la boca.

Cayó hacia delante.

El auricular le resbaló de la oreja. El teléfono se le cayó de la mano y fue a parar debajo de una de las mesas. Los latidos de su corazón se aceleraban a causa del miedo, favoreciendo al mismo tiempo la propagación de la droga por el organismo. Los sentidos se le entorpecieron, pero todavía lograba oír a Goran que le decía desde el auricular, a unos metros:

—¡Mila! ¡Mila..., respond...! ¿... sucede?

Cerró los ojos con el temor de no poder abrirlos nunca más. Entonces se dijo que no moriría en un sitio como ese.

—Adrenalina... Necesito adrenalina...

Sabía cómo proporcionársela. Todavía mantenía bien apretado el revólver en la mano derecha. Lo apuntó de modo que el cañón rozara el deltoides. Y disparó. El golpe laceró la piel de la chaqueta y arrancó la carne retumbando fuertemente en el vacío que la rodeaba. Dejó escapar un grito por el escozor, pero recobró el conocimiento.

Goran gritó claramente su nombre:

—¡Mila!

Se arrastró en dirección a la luz de la pantalla del móvil, lo agarró y respondió a Gavila:

—Todo va bien.

Se levantó y echó a andar. El esfuerzo que debía hacer para dar un solo paso era enorme. Le pareció que se encontraba en uno de esos sueños donde alguien te persigue y tú no puedes correr porque las piernas te pesan mucho, como si estuvieran sumergidas hasta las rodillas en un líquido denso.

La herida le palpitaba, pero no perdía mucha sangre. Había sabido calcular bien la trayectoria del disparo. Apretó los dientes y, paso tras paso, le pareció que la salida estaba cada vez más cerca.

—Si lo sabía, ¿por qué no arrestó en seguida a ese bastardo? —le gritó al móvil—. ¿Y por qué yo no he sido informada?

La voz del criminólogo era clara de nuevo:

—Lo siento, Mila. Queríamos que siguierais comportándoos de un modo natural con él, para que no sospechara. Lo estamos monitorizando a distancia. Hemos colocado detectores en su coche. Esperábamos que pudiera conducirnos hasta la sexta niña...

—Pero no lo ha hecho...

—Porque él no es Albert, Mila.

—Pero es peligroso de todos modos, ¿verdad?

Goran guardó silencio durante un largo instante: lo era.

—He dado la alarma, van hacia allí. Pero tardarán un poco: el cordón de vigilancia tiene un radio de un par de kilómetros.

«Hagan lo que hagan, será demasiado tarde», pensó Mila. Con aquella tormenta y la droga que circulaba por su organismo mermándole las fuerzas, no albergaba esperanzas. Y lo supo. ¡Debería haberle hecho caso a aquel taxista de las narices cuando trató de disuadirla de que fuera hasta allí! Maldita sea, ¿por qué no había aceptado cuando se había ofrecido a esperarla hasta que acabara? ¡Le molestaba el olor de kebab con cebolla que apestaba el coche, he ahí el porqué! Y ahora, allí estaba, atrapada. Se había metido solita en la trampa, quizá porque, inconscientemente, una parte de ella así lo quería. La seducía la idea de correr riesgos, ¡de morir incluso!

«¡No! —se impuso—. Yo quiero vivir.»

Ronald —alias padre Timothy— aún no había hecho su movimiento, pero

Mila estaba segura de que no tendría que esperar demasiado.

Tres breves sonidos consecutivos la sacaron de su ensimismamiento.

—Mierda —exclamó mientras la batería del móvil la abandonaba definitivamente.

La oscuridad se cerró sobre ella como los dedos de una mano.

¿Cuántas veces se había metido en líos? En el fondo, algo parecido ya había sucedido antes. En casa del profesor de música, por ejemplo. Pero ¿cuántas veces se había encontrado en un lío como ese? La respuesta que se dio a sí misma fue desalentadora: «Nunca».

Drogada, herida, sin fuerzas y también sin móvil. Por esa última falta le entraron ganas de reír: ¿qué podría haber hecho con el teléfono? A lo mejor llamar a algún viejo amigo. A Graciela, por ejemplo, para decirle: «¿Cómo estás? ¿Sabes?, ¡yo estoy a punto de morir!».

La oscuridad era lo peor. Pero debía considerarla una ventaja: si ella no podía ver a Ronald, tampoco él podría verla a ella.

«Espera que yo vaya hacia la salida...»

En realidad, solo tenía ganas de dejar atrás aquel sitio. Pero era consciente de que no debía seguir su instinto o, de lo contrario, moriría.

«Tengo que esconderme y esperar la llegada de los refuerzos.»

Pensó que esa decisión era la más sabia, porque el sueño podría vencerla de un momento a otro. Todavía tenía el revólver, y eso le infundió ánimos. Quizá también él iba armado, pero Ronald no parecía un tipo bueno con las armas; en cualquier caso, no tan bueno como ella. Sin embargo, había interpretado bien el papel del tímido y aprensivo padre Timothy. En el fondo, consideró Mila, podía esconder muchas otras habilidades.

Se acurrucó bajo una de las mesas del enorme refectorio y permaneció a la escucha. El eco no ayudaba: amplificaba sonidos inútiles, oscuros crujidos, tramposos y lejanos, que no sabía interpretar. Los párpados se le cerraban, inexorables.

«No puede verme. No puede verme —se repetía una y otra vez—. Sabe que voy armada: si hace un solo ruido o usa la linterna para buscarme, es hombre muerto.»

Colores inverosímiles empezaron a relampaguear frente a sus ojos.

«Debe de ser la droga...», se dijo.

Pero los colores se convirtieron luego en figuras que se movían solo para ella. No era posible que únicamente los estuviera imaginando. En realidad, eran relámpagos repentinos que se encendían en varios puntos de la sala.

«¡Ese bastardo está aquí y está utilizando un flash!»

Mila trató de apuntar con su revólver, pero las luces cegadoras, alteradas por el efecto alucinógeno de la droga, le hacían imposible localizarlo.

Estaba prisionera en un enorme caleidoscopio.

Sacudió la cabeza, pero ya no era dueña de sí misma. Poco después, sintió un estremecimiento que se extendió por los músculos de los brazos y las piernas, como una convulsión que no era capaz de controlar. Por mucho que intentara desecharla, la idea de la muerte volvía a seducirla con la promesa de que, si cerraba los ojos, todo acabaría. Para siempre.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Media hora? ¿Diez minutos? ¿Y cuánto le quedaba?

Y en ese instante, lo oyó.

Estaba cerca, muy cerca. A no más de cuatro o cinco metros de ella.

¡Lo vio!

Solo duró una fracción de segundo. En el halo luminoso que lo rodeaba, se destacaba la sonrisa siniestra que le llenaba la cara.

Mila sabía que de un momento a otro la descubriría, y que ella ya no tendría fuerzas para dispararle. Por eso tenía que hacerlo antes, aunque a costa de revelar su posición.

Apuntó en la oscuridad, dirigiendo el arma en la dirección en que creía que lo vería reaparecer de un momento a otro en el halo del flash. Era un acto al azar, pero no tenía alternativa.

Estaba a punto de apretar el gatillo cuando Ronald empezó a cantar.

La misma bonita voz que el padre Timothy, cuando entonó aquel himno delante de todo el equipo. Era un contrasentido, una broma de la naturaleza que un don así fuera custodiado por el corazón sordo de un asesino. Desde allí se liberaba, alto y desalentador, aquel canto de muerte.

Podría haber sido dulce y conmovedor. En cambio, lo que Mila sintió fue miedo. Sus piernas cedieron definitivamente, igual que los músculos de los brazos. Y se dejó caer al suelo.

El resplandor de un flash.

El entumecimiento la envolvió como una manta fría. Oyó con mucha mayor claridad los pasos de Ronald, que se acercaban para descubrirla.

Otro flash más.

«Se acabó. Ahora me verá.»

En realidad no le importaba cómo iba a matarla. Se entregó a la invitación de la muerte con una tranquilidad inesperada. Su último pensamiento fue sobre la niña número seis.

«Nunca sabré quién eras...»

Una claridad la envolvió por completo.

La patada contra el revólver, arrebatándosele así de la mano. Dos manos que la agarraban. Notó que la levantaba. Trató de decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Luego se desmayó.

Se despertó al notar que se movía: Ronald la llevaba al hombro; estaban subiendo unos peldaños.

Se desmayó de nuevo.

Un fuerte olor a amoníaco la despertó de aquel sueño artificial. Ronald agitaba un frasquito bajo su nariz. Le había atado las manos, pero quería que estuviera bien despierta.

Un viento helado la golpeó en la cara. Estaban al aire libre. ¿Dónde se encontraban? Mila intuyó que tenían que estar en algún lugar alto. Luego recordó la foto ampliada del orfanato que Chang les enseñó para indicar el punto desde el que había caído Billy Moore.

«La torre. ¡Estamos en la torre!»

Ronald se alejó de ella unos instantes. Lo vio dirigirse al pretil y mirar hacia abajo.

«¡Quiere arrojarme al vacío desde aquí!»

Luego volvió atrás y la agarró por las piernas, arrastrándola hasta la cornisa. Con las pocas fuerzas que le quedaban, Mila intentó patalear, pero sin éxito.

Gritó. Se sacudió. Una ciega desesperación le oprimía el corazón. Él apoyó el torso de ella en el pretil. Con la cabeza inclinada hacia atrás, Mila vio el abismo que se abría allí abajo. Y después, a través de la cortina de

nieve, pudo ver en la lejanía los resplandores de las sirenas de la policía que se acercaban por la autopista.

Ronald se acercó a su oído, y ella notó su aliento caliente mientras le susurraba:

—Ya es demasiado tarde, no llegarán a tiempo...

Y se dispuso a empujarla. Con las manos atadas a la espalda, Mila logró agarrarse al borde resbaladizo de la cornisa. Se resistía con todas sus fuerzas, pero no podría aguantar mucho más. Su único aliado era el hielo que cubría el suelo de la torre, haciendo resbalar el pie con el que Ronald se apoyaba cada vez que intentaba darle el empujón decisivo. Vio cómo su rostro se contorsionaba por el esfuerzo, y cómo perdía la calma por su obstinada resistencia. Luego Ronald cambió de técnica y decidió levantarle las piernas por encima del pretil. Se colocó justo frente a ella y, en ese preciso instante, un desesperado instinto de supervivencia hizo que Mila cargara todas las fuerzas que le quedaban en la rodilla, que lanzó contra su entrepierna.

Ronald retrocedió, quedándose sin aliento, con las manos en el vientre. Y entonces ella comprendió que esa era la única posibilidad que tenía antes de que él se recuperara.

Sin energías, su única aliada era la gravedad.

La herida del deltoides quemaba como el fuego, pero Mila no sentía el dolor. Se irguió: ahora el hielo jugaba en su contra, pero tomó impulso de todos modos y se abalanzó sobre él. Ronald se la vio encima de repente y perdió el equilibrio. Agitó los brazos en busca de un asidero, pero ya tenía medio cuerpo más allá de la cornisa.

Cuando entendió que no lo conseguiría, alargó una mano para agarrar a Mila y arrastrarla consigo al abismo que se abría debajo de él. Ella vio sus dedos rozar el borde de su chaqueta de cuero, en una última y terrible caricia. Lo vio precipitarse a cámara lenta, como si los blancos copos amortiguaran su caída.

Y luego la oscuridad lo acogió.

19

Una profunda oscuridad.

Perfecto diafragma entre el sueño y la vigilia. La fiebre ha subido. La siente en las mejillas encarnadas, en las piernas doloridas, en el estómago que le hierve.

No sabe cuándo empiezan y cuándo acaban sus días, si hace horas o semanas que está allí tumbada. El tiempo no existe en la barriga del monstruo que se la ha tragado: se dilata y se contrae, como un estómago que digiere lentamente la comida. Y no sirve. Allí el tiempo no sirve de nada. Porque no es capaz de contestar a la más importante de las preguntas: «¿Cuándo acabará?».

La privación del tiempo es el peor de sus castigos. Más que el dolor en el brazo izquierdo, que se irradia a veces hacia el cuello y le comprime las sienes hasta hacerla desfallecer. Porque hay algo que ya es evidente.

Todo esto es un castigo.

Pero ella no sabe exactamente por qué pecado está siendo castigada.

«Quizá haya sido mala con mamá o con papá, tengo rabietas demasiado a menudo, nunca quiero beberme la leche, y la tiro a hurtadillas cuando no me ven. Quise que me compraran un gato con la promesa de que siempre me ocuparía de él, pero después de conocer a Houdini les pedí un perro y se enfadaron mucho y me dijeron que no podíamos abandonar al gato, y yo traté de hacerles entender que Houdini no me quiere para nada. O quizá sea porque no he sacado buenas notas en la escuela, este año la primera cartilla de notas ha sido un desastre, y tengo que recuperar en geografía y en dibujo. O a lo mejor ha sido por los tres cigarrillos que me fumé a escondidas en el tejado del gimnasio junto a mi primo, pero yo no me tragué

el humo, no; o puede que sea por los broches con forma de mariquita que robé en la tienda, juro que solo lo hice aquella vez, y soy muy testaruda, sobre todo con mamá, que siempre quiere decidir qué vestidos tengo que ponerme, y no entiende que ya soy mayor y que las cosas que me compra no me gustan porque ya tenemos gustos diferentes...»

Cuando está despierta, sigue pensando en una explicación, buscando un motivo que justifique lo que está ocurriéndole. Así llega a imaginarse las cosas más absurdas. Pero cada vez que le parece que por fin ha encontrado una razón, esta se derrumba como un castillo de naipes porque su castigo es demasiado grave para la culpa.

Otras veces, en cambio, se enfada porque mamá y papá todavía no han ido a rescatarla.

«¿Qué esperan para liberarme? ¿Ya se han olvidado de que tienen una hija?»

Luego, en cambio, se arrepiente. Y de nuevo empieza a llamarlos con el pensamiento, con la esperanza de poseer algún poder telepático. Es el último recurso que le queda.

También hay momentos en que se convence de haber muerto.

«Sí, he muerto y me han enterrado aquí abajo. En realidad, no logro moverme porque estoy en un ataúd. Me quedaré aquí para siempre...»

Pero luego vuelve el dolor a recordarle que está viva. Ese dolor que es a la vez una condena y una liberación. La arranca del sueño y la devuelve a la realidad. Como ahora.

Un líquido caliente se desliza por el interior de su brazo derecho. Lo siente. Es agradable. Huele a medicina. Alguien está cuidando de ella. Pero no sabe si tiene que estar contenta por eso o no, porque eso significa dos cosas. La primera es que no está sola. La segunda es que no sabe si la que tiene al lado es una presencia buena o mala.

Ha aprendido a esperarla. Sabe cuándo se manifestará. Por ejemplo, ha entendido que el cansancio que la invade a cada momento y el sueño en que se precipita de repente no están determinados autónomamente por su organismo. Es una droga que le entorpece los sentidos.

Solo le hace efecto cuando viene.

Se sienta junto a ella y la alimenta pacientemente con una cuchara. El sabor es dulce, y no hay necesidad de masticar. Luego le da a beber agua.

Nunca la toca, nunca le dice nada. En cambio, ella querría hablar, pero sus labios se niegan a formar las palabras y su garganta a emitir los sonidos necesarios. A veces, siente esa presencia moverse a su alrededor. A veces le parece que está allí, inmóvil, mirándola.

Un nuevo pinchazo. Un grito estrangulado que rebota contra las paredes de su prisión. Y la vuelve en sí.

Es entonces cuando se da cuenta.

En la oscuridad se aloja ahora una pequeña luz, lejana. Un puntito rojo ha aparecido de repente para limitar su breve horizonte. ¿Qué es? Trata de verlo mejor, pero no lo consigue. Luego siente algo bajo la mano derecha. Algo que antes no estaba. Un objeto con una consistencia basta e irregular. Parece hecho de escamas. Le da asco. Es rígido. Seguramente es un animal muerto. Querría echarlo, pero está fuertemente aferrado a la palma de su mano. Con las pocas fuerzas que le quedan, prueba a sacudírselo de encima. Pero al mover la muñeca, empieza también a solucionar ese misterio... No es un animal muerto. Es rígido porque está hecho de plástico. No se aferra a su mano, sino que simplemente está sujeto a la palma con cinta adhesiva. Y no está cubierto de escamas, sino de teclas.

Es un mando a distancia.

De repente todo le resulta claro. Le basta levantar un poco la muñeca, dirigir ese objeto hacia la lucecita roja y pulsar al azar un interruptor. La secuencia de ruidos que sigue le dice que no se ha equivocado. Primero un ruido seco. Luego la cinta que se rebobina velozmente. El sonido familiar del mecanismo de un reproductor de vídeo. Al mismo tiempo, frente a ella se ilumina una pantalla.

Por primera vez, la luz alumbra la habitación.

La rodean paredes altas de roca oscura. Y ella está tendida en lo que parece una cama de hospital, con las barandillas y la cabecera de acero. Junto a ella hay un caballete con una fleboclisis que acaba en una aguja en su brazo derecho. El izquierdo está completamente cubierto por vendas muy apretadas que le inmovilizan todo el tórax. Sobre una mesa hay frasquitos de papilla infantil, y muchas, muchas medicinas. Más allá del televisor, en cambio, sigue reinando una oscuridad impenetrable.

Por fin la cinta del reproductor de vídeo acaba de rebobinarse. Se detiene de golpe y luego echa a andar, aunque más despacio. El rumor del

audio anuncia el principio de una filmación. Poco después se oye una musiquilla alegre y estridente: el audio está ligeramente distorsionado. Luego la pantalla se llena de colores desenfocados. Aparece un hombrecillo con un peto azul y un sombrero de vaquero; incluso hay un caballo de largas patas. El hombrecillo intenta montarlo, pero no lo consigue. Los intentos se repiten y siempre acaban del mismo modo: con el hombrecillo que rueda por el suelo y el caballo que se ríe de él. Continúa así durante diez minutos. Luego los dibujos animados acaban, sin títulos de crédito. La cinta, en cambio, continúa corriendo. Cuando llega al final, se rebobina sola. Y empieza de nuevo. Siempre el hombrecillo. Siempre el caballo al que nunca logrará subirse. Sin embargo, ella sigue mirándolo. Aunque ya sabe cómo le irán las cosas a ese animal fastidioso.

Ella espera.

Porque eso es lo único que le queda. La esperanza. La capacidad de no entregarse completamente al horror. Quizá quien ha elegido esos dibujos animados para ella tenía otro objetivo, pero el hecho de que el hombrecillo no quiera rendirse y resista a pesar de los tropiezos y el dolor le infunde ánimo.

«¡Vamos, súbete a la silla!», le dice en su cabeza cada vez, antes de que el sueño vuelva de nuevo a apoderarse de ella.

**FISCALÍA DE [REDACTED]
OFICINA DEL PROCURADOR GENERAL**

J. B. MARIN

11 de diciembre del año en curso

A la atención del director, Sr. Alphonse Bérenger

Cárcel de [REDACTED]

Distrito penitenciario n.º 45

Asunto: En respuesta al informe confidencial del 23 de noviembre

Distinguido Sr. Bérenger:

En respuesta a su solicitud de investigación sobre el caso del

sujeto detenido cerca de su penitenciaría y hasta ahora clasificado solo con el número RK-357/9, siento tener que informarle de que la ulterior búsqueda de la identidad del hombre no ha producido resultado alguno.

Convengo con usted cuando afirma que existe la fundada sospecha de que el preso RK-357/9 pueda haber cometido algún delito grave en el pasado y esté haciendo todo lo posible para ocultarnos información. En este momento, el examen del ADN es el único instrumento en nuestras manos para tener confirmación o refutación de ello.

Sin embargo, como usted bien sabe, no podemos obligar al preso RK-357/9 a someterse al análisis. En realidad, eso nos expondría a una grave violación de sus derechos, ya que el crimen por el que ha sido condenado (no haber querido proporcionar sus datos personales a los oficiales) no lo contempla.

Distinto sería si existieran “sustanciales” y “unívocos” indicios de que el preso RK-357/9 hubiera cometido un delito grave, o si existieran “serios motivos de peligrosidad social”.

A día de hoy, en cambio, debemos excluirlo.

Por tanto, pues, el único modo que tenemos para conseguir su ADN es extraerlo directamente de material de procedencia orgánica, con la única condición de que este haya sido perdido o dejado de manera voluntaria por el sujeto en el curso de sus normales actividades cotidianas.

Teniendo en cuenta el afán higiénico del preso RK-357/9, este despacho autoriza a los guardias carceleros a acceder sin previo aviso a su celda para inspeccionarla en busca del susodicho material orgánico.

Con la esperanza de que el expediente sea adecuado al logro del objetivo, lo saludo cordialmente,

Matthew Sedris,
viceprocurador

20

Hospital militar de R., 16 de febrero

—¡Que digan lo que quieran, ignóralos! Eres una buena policía, ¿queda claro?

El sargento Morexu había hecho uso de todo su espíritu gitano para expresarle su solidaridad. Nunca se había dirigido a ella con ese tono afligido, casi paternal. Sin embargo, Mila sentía que no merecía esa defensa. La llamada telefónica de su superior la había pillado por sorpresa, justo cuando se había difundido la noticia de su excursión nocturna al orfanato. Le endilgarían la muerte de Ronald Dermis, eso era seguro, a pesar de que solo hubiera sido en legítima defensa.

Estaba ingresada en un hospital militar. La elección no había recaído en una estructura civil porque Roche había creído sabiamente que debía evitarle la curiosidad de la prensa. Por eso ocupaba una habitación para ella sola. Y cuando preguntó por qué no había ningún otro paciente, la respuesta lapidaria fue que aquel complejo había sido diseñado para alojar a los infectados en un eventual ataque bacteriológico.

La ropa de cama se cambiaba todas las semanas, las sábanas se lavaban y se planchaban. En la farmacia, los medicamentos que caducaban eran rápidamente renovados. Y todo ese derroche de recursos solo por la remota posibilidad de que alguien decidiera liberar un virus o una bacteria genéticamente modificada que en todo caso no dejaría supervivientes.

«Nada más insensato», pensó Mila.

La herida del brazo fue cosida con unos cuarenta puntos por un amable cirujano que, cuando la visitó, no hizo ningún comentario sobre las demás

cicatrices, sino que se limitó a decir: «No podría haber acudido a un sitio mejor para una herida de bala».

«¿Qué tienen que ver los virus y las bacterias con las balas?», había preguntado ella provocativamente. Él se había reído.

Luego otro médico la examinó un par de veces, tomándole la tensión y también la temperatura. Los efectos del potente somnífero que el padre Timothy le había administrado se desvanecieron al cabo de pocas horas. Un diurético hizo el resto.

Mila tenía mucho tiempo para darle vueltas a la cabeza.

No podía dejar de pensar en la niña número seis. Ella no tenía un hospital entero a su disposición, y su mayor esperanza era que Albert la mantuviera constantemente sedada. Los especialistas que Roche había llamado para pronunciarse sobre las probabilidades de supervivencia, al manifestar su pesimismo, habían tenido en cuenta no solo el grave daño físico, sino también el *shock* resultante y el estrés al que estaba sometida.

«Quizá aún no se haya dado cuenta de que le falta el brazo», pensó Mila, cosa que le ocurría a menudo a quien sufría una amputación. Había oído hablar de ello a algunos heridos de guerra que, a pesar de que habían perdido un miembro, todavía advertían cierta sensibilidad en aquella parte del cuerpo, captaban sensaciones de movimiento más allá del dolor y a veces incluso sentían cosquillas. Los médicos lo llaman «percepción del miembro fantasma».

Esos pensamientos la molestaban intensamente, amplificadas por el silencio agobiante del dormitorio; quizá por primera vez después de muchos años, deseaba tener compañía. Antes de la llamada de Morexu no había ido nadie: ni Goran, ni Boris, ni Stern, mucho menos Rosa. Y eso únicamente podía significar una cosa: estaban tomando una decisión sobre su caso, si mantenerla o no en el equipo. Aunque, de todas formas, la última palabra la tenía Roche.

Mila se enojó por haber sido tan ingenua. El único pensamiento que la consolaba era la certeza de Goran de que Ronald Dermis no podía ser Albert. De otro modo, ya no habría esperanza para la sexta niña.

Aislada en aquel sitio, no sabía nada del desarrollo de la investigación. Le pidió a la enfermera que le servía el desayuno que la pusiera al día, y poco después se presentó con un periódico.

Hasta la sexta página no se hablaba de otra cosa. Las pocas noticias que se habían filtrado venían explicadas en varias versiones y estaban desarrolladas en exceso; la gente ansiaba novedades. Después de que la opinión pública se hubo enterado de la existencia de una sexta niña, en todo el país se despertó el sentido de solidaridad, que empujó a la gente a hacer cosas hasta entonces impensables, como organizar vigilias para rezar o grupos de apoyo, y se lanzó una iniciativa: «Una vela en cada ventana». Esas llamitas recalcarían la espera del «milagro», y solo se apagarían cuando la sexta niña volviera a casa. Personas acostumbradas a ignorarse durante toda la vida, gracias a esa tragedia, estaban probando un nuevo tipo de experiencia: el contacto humano. Ya no debían buscar pretextos para relacionarse unos con otros, porque ahora tenían algo en común: la compasión por aquella criatura. Y eso los ayudaba a comunicarse. Lo hacían en todas partes: en el supermercado, en el bar, en el lugar de trabajo, en el metro. En la televisión no se hablaba de otra cosa.

Pero entre todas las iniciativas, una en particular había creado sensación, incomodando, de paso, a los investigadores.

La recompensa.

Diez millones para quien proporcionara noticias útiles que contribuyeran a salvar a la sexta niña, una gran suma que no había dejado de instigar polémicas feroces. Alguien, en efecto, opinó que había contaminado la espontaneidad de las manifestaciones de solidaridad. Alguien más la creyó una idea justa, algo que al final daría resultado porque, más allá de la fachada benévola, imperaba todavía el egoísmo, que solo podía ser estimulado con la promesa de un beneficio.

Y así, sin darse cuenta, el país volvió a dividirse.

La iniciativa de la recompensa se debía a la Fundación Rockford. Cuando Mila le preguntó a la enfermera quién se escondía tras ese ente benéfico, la mujer abrió unos ojos como platos a causa del estupor.

—Todo el mundo sabe quién es Joseph B. Rockford.

Esa reacción hizo comprender a Mila cuánto se había alejado del mundo real, absorbida como estaba por la búsqueda de niños desaparecidos y a causa de sus problemas personales.

—Lo siento, yo no —repuso, y pensó cuán absurda era una situación en que la suerte de un magnate se entrelazaba de manera fatal con la de una niña desconocida. Dos seres humanos que hasta unos días antes llevaban

existencias alejadas y diferentes, y que probablemente habrían continuado de ese modo hasta el final de sus días si Albert no los hubiera unido.

Se durmió con esos pensamientos, y por fin pudo disfrutar de un sueño sin pesadillas que limpió su mente de las infamias de aquellos días de horror. Cuando despertó, reconfortada, no estaba sola.

Goran Gavila estaba sentado junto a su cama.

Mila se incorporó, preguntándose cuánto tiempo llevaba allí. Él la tranquilizó:

—He preferido esperar en lugar de despertarte. Parecías tan serena... ¿He hecho mal?

—No —mintió ella. Era como si la hubiera pillado en un momento en que estaba completamente falta de defensas y, antes de que él se diera cuenta de su incomodidad, se apresuró a cambiar de tema—: Quieren mantenerme aquí en observación, pero yo les he dicho que me voy esta misma tarde.

Goran miró la hora:

—Entonces tendrás que darte prisa: ya casi es por la tarde.

Mila se asombró de haber dormido tanto.

—¿Hay novedades?

—Vuelvo de una larga reunión con el inspector jefe Roche.

«Eso es lo que ha venido a hacer —pensó ella—. Quiere comunicarme personalmente que estoy fuera del caso.» Pero se equivocaba.

—Hemos encontrado al padre Rolf.

Mila sintió que el estómago se le contraía, imaginándose lo peor.

—Murió hace un año aproximadamente, por causas naturales.

—¿Dónde lo enterró?

Por su pregunta, Goran comprendió que Mila ya lo había intuido todo.

—Detrás de la iglesia. También había otras fosas con esqueletos de animales.

—El padre Rolf lo tenía controlado.

—Por lo que parece, así era. Ronald padecía un trastorno de la personalidad. Era un asesino en serie en potencia, y el cura lo había comprendido. La matanza de animales es habitual en esos casos. Se empieza siempre así: cuando el sujeto ya no logra obtener satisfacción, desplaza la atención sobre sus semejantes. También Ronald, antes o después, habría

empezado a matar a seres humanos. En el fondo, esa experiencia era parte de su bagaje emocional desde niño.

—Pero lo hemos parado.

Goran sacudió la cabeza con gravedad.

—En realidad, ha sido Albert quien lo ha parado.

Era paradójico, pero también era la verdad.

—¡Aunque antes que admitir una cosa así, Roche se suicidaría!

Mila pensó que, con sus discursos, Goran solo estaba tratando de posponer la noticia de su exclusión del caso, y decidió ir al grano.

—Estoy fuera, ¿verdad?

Él pareció sorprendido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he hecho una tontería.

—Todos las hacemos.

—He provocado la muerte de Ronald Dermis: así nunca sabremos cómo Albert logró conocer su historia...

—Antes de nada, creo que Ronald ya había tenido en cuenta su propia muerte: había querido poner punto final a la duda que lo angustiaba desde hacía muchos años. El padre Rolf lo había transformado en un falso cura, convenciéndolo de que podría vivir como un hombre entregado al prójimo y a Dios. Pero él no quería amar a su prójimo, sino matarlo para obtener su propio placer.

—Y Albert, ¿cómo podía saberlo?

El rostro de Goran se ensombreció.

—Debió de establecer contacto con Ronald en algún momento de su vida. No logro encontrar otra explicación. Comprendió lo que antes que él había adivinado el padre Rolf. Y fue así porque él y Ronald eran muy parecidos. De alguna manera, se encontraron y se reconocieron.

Mila respiró profundamente mientras pensaba en el destino. Ronald Dermis solo había sido comprendido por dos personas en su vida. Un cura que no encontró una solución mejor que esconderlo del mundo. Y un homólogo suyo, que probablemente le desveló su verdadera naturaleza.

—Habrías sido la segunda...

Las palabras de Goran la trajeron de vuelta.

—¿Qué?

—Si no lo hubieras detenido, Ronald te habría matado como hizo hace tantos años con Billy Moore.

En ese momento extrajo un sobre del bolsillo interior del abrigo y se lo tendió.

—Creo que tienes derecho a verlo...

Mila cogió el sobre de papel y lo abrió. En el interior estaban las fotos que Ronald había sacado mientras la buscaba en el refectorio. En un rincón de una de aquellas imágenes estaba ella, acurrucada debajo de la mesa, con el miedo instalado en sus ojos.

—No soy muy fotogénica —intentó desdramatizar.

Pero Goran se percató de que la había afectado.

—Esta mañana Roche ha decretado romper filas durante veinticuatro horas... O, al menos, hasta que aparezca el próximo cadáver.

—No quiero unas vacaciones, hay que encontrar a la sexta niña —protestó Mila—. ¡Ella no puede esperar!

—Creo que el inspector jefe lo sabe... Pero me temo que está intentando jugar otra carta.

—La recompensa —se apresuró a decir ella.

—También podría dar frutos inesperados.

—¿Y las búsquedas en los registros profesionales de los médicos? ¿Y la teoría de que Albert pueda ser uno de ellos?

—Una pista débil. En realidad, nadie creía en ella en un principio. Del mismo modo que no confío en que podamos obtener nada de la investigación sobre los fármacos con que mantiene con vida a la niña. Nuestro hombre puede haberlos conseguido de muchas maneras. Es intuitivo e inteligente, no lo olvides.

—Por lo que parece, mucho más que nosotros —repuso Mila con resentimiento.

Goran no se ofendió.

—He venido a sacarte de aquí, no a discutir contigo.

—¿A sacarme? ¿Qué piensa hacer?

—Te llevo a cenar... Y, a propósito, me gustaría que empezaras a tutearme.

Una vez fuera del hospital, Mila insistió en pasar por el Estudio: quería lavarse y cambiarse de ropa. Una y otra vez se repetía que si el jersey no hubiera sido agujereado por la bala y el resto de su ropa no estuviera manchada de sangre a causa de la herida, llevaría lo que ya tenía puesto. Pero, en realidad, aquella inesperada invitación a cenar la había alterado, y no quería apestar a sudor y a tintura de yodo.

El acuerdo tácito con el doctor Gavila —aunque debía acostumbrarse a llamarlo ya por su nombre— fue que esa no tenía que considerarse una salida de placer y que, después de cenar, ella volvería en seguida al Estudio para retomar el trabajo. No obstante, aunque eso le provocaba un sentimiento de culpa por la sexta niña, no podía dejar de sentir cierta complacencia por la invitación.

No podía ducharse a causa de la herida, así que se lavó cuidadosamente por partes, hasta agotar el agua caliente del pequeño calentador.

Se puso un jersey de cuello alto, negro. Los únicos vaqueros de repuesto resultaron demasiado ajustados en el trasero, pero no tenía elección. Su chaqueta de piel estaba rasgada a la altura del hombro izquierdo, donde se disparó con el revólver, por lo que no podía utilizarla. Para su gran sorpresa, sin embargo, sobre su catre del dormitorio había una parka de color verde militar con una nota: «Aquí, el frío mata más que las balas. Bienvenida de nuevo. Tu amigo Boris».

Se sintió profundamente agradecida hacia él. Sobre todo porque Boris había firmado como «amigo», lo que le resolvía toda duda sobre el hecho de que quisiera salir con ella. Encima de la parka también había una caja de caramelitos de menta: la contribución de Stern a aquel gesto de amistad.

Hacía años que no vestía un color diferente del negro. La parka verde, en cambio, le sentaba bien; incluso era de su talla. Cuando la vio bajar del Estudio, Goran no pareció reparar en su nuevo aspecto. Él, que solía ir siempre bastante desaliñado, probablemente tampoco se fijaba en el aspecto de los demás.

Fueron andando hasta el restaurante. Resultó un paseo agradable, y, gracias al regalo de Boris, Mila no pasó frío.

El cartel del asador prometía jugosos bistecs de carne argentina. Se sentaron a una mesa para dos, junto a la ventana. Afuera, la nieve lo cubría

todo, y un cielo rojizo y brumoso anunciaba más para esa noche. En el interior del local, la gente conversaba y sonreía, despreocupada. Una música de *jazz* calentaba la atmósfera y sonaba de fondo en las conversaciones inocentes.

En la carta, todo parecía bueno, y Mila tardó un poco en decidirse. Al final optó por un filete de ternera muy hecho y unas patatas al horno con abundante romero. Goran tomó un entrecot y una ensalada de tomates. Ambos pidieron agua con gas para beber.

Mila no tenía ni idea de qué hablarían: si de trabajo o de sus vidas. La segunda opción, aunque interesante, la incomodaba. Pero primero tenía una curiosidad que satisfacer.

—¿Cómo fue, en realidad?

—¿A qué te refieres?

—Roche quería echarme de la investigación, pero después cambió de idea... ¿Por qué?

Goran tardó, pero al final se decidió.

—Lo sometimos a votación.

—¿A votación? —se sorprendió ella—. Entonces, ganó el sí.

—No había un gran margen para el no, realmente.

—Pero... ¿Cómo?

—También Sarah Rosa votó a favor de tu permanencia —dijo él, intuyendo el motivo de su reacción.

Mila estaba aturdida.

—¡Hasta mi peor enemiga!

—No deberías ser tan dura con ella.

—En realidad, pensaba que era al contrario...

—Es un momento malo para Rosa: se está separando de su marido.

Mila estuvo a punto de decir que los había visto discutir la otra tarde bajo el Estudio, pero se contuvo para no parecer demasiado indiscreta.

—Lo siento.

—Cuando hay hijos de por medio, nunca es fácil.

A Mila le pareció que la referencia iba más allá de Sarah Rosa, y que quizá Goran hablaba por propia experiencia.

—La hija de Rosa ha empezado a padecer un grave trastorno alimentario, con el resultado de que sus padres siguen viviendo bajo el mismo techo por

ella. Te dejo imaginar los efectos de una convivencia como esa...

—¿Y eso la autoriza a tenérmela jurada?

—Como recién llegada, además de única otra «hembra» de la manada, eres el blanco más fácil para ella. Está claro que no puede desahogarse con Boris o con Stern, pues los conoce desde hace años...

Mila se sirvió un poco de agua mineral, luego dirigió su curiosidad hacia los demás colegas.

—Querría conocerlos suficientemente como para saber cómo debo comportarme con ellos —dijo.

—Bueno, en mi opinión, de Boris no hay mucho que decir: es justo lo que parece.

—En efecto —admitió Mila.

—Podría decirte que estuvo en el ejército, donde se convirtió en un profesional de las técnicas de interrogatorio. Lo he visto a menudo en acción, pero cada vez me deja de nuevo con la boca abierta. Sabe entrar en la cabeza de cualquiera.

—No creía que fuera tan bueno.

—Pues lo es. Hace un par de años arrestaron a un tipo porque era sospechoso de haber matado y ocultado los cadáveres de la pareja de tíos con los que vivía. Deberías haberlo visto: estaba frío, calmado. Después de dieciocho horas de interrogatorio en el que cinco agentes se habían relevado para mantenerlo bajo presión, no había admitido nada. Entonces llega Boris, entra en la habitación, se queda con él veinte minutos y el tipo lo confiesa todo.

—¡Vaya! ¿Y Stern?

—Stern es un buen hombre. Es más, creo que esta expresión ha sido acuñada a propósito para él. Está casado desde hace treinta y siete años. Tiene dos hijos varones, gemelos, ambos reclutas en la marina.

—Me parece un tipo tranquilo. Me he dado cuenta de que también es muy religioso.

—Va a misa todos los domingos, y canta en el coro.

—¡Además, en mi opinión, sus trajes son lo más: hacen que parezca el protagonista de un telefilme de los setenta!

Goran se rio, estaba de acuerdo. Luego se puso serio cuando añadió:

—Su mujer, Marie, ha estado durante cinco años en diálisis, a la espera de un riñón que no llegaba. Hace dos años, Stern le dio uno de los suyos.

Sorprendida y admirada, Mila se quedó sin palabras.

Goran prosiguió:

—Ese hombre ha renunciado a una buena mitad del tiempo que le quedaba de vida para que ella tuviera al menos una esperanza.

—Debe de estar muy enamorado.

—Sí, creo que sí... —dijo Goran, con una pizca de amargura que no evitó.

En ese momento llegaron los platos. Ambos comieron en silencio, sin que la falta de diálogo pesara en absoluto, como dos personas que se conocen tan bien que no necesitan llenar constantemente los vacíos con palabras para no sentirse incómodos.

—Tengo que decirte algo —retomó Mila la conversación hacia el final de la cena—. Pasó cuando llegué, la segunda noche que estuve en el motel donde estaba antes de trasladarme al Estudio.

—Te escucho...

—Quizá no fuera nada, o puede que solo se tratara de una sensación mía, pero... me pareció que alguien me seguía mientras cruzaba la plaza.

—¿Qué significa que te *pareció*?

—Que copiaba mis pasos.

—¿Y por qué iba a seguirte alguien?

—Por eso no se lo he dicho a nadie. También a mí me parece absurdo. Quizá solo lo imaginé...

Goran registró esa información y guardó silencio.

Entonces llegó el café y Mila miró el reloj.

—Me gustaría ir a un sitio —dijo.

—¿A estas horas?

—Sí.

—De acuerdo. Entonces, pediré la cuenta.

Mila se ofreció a pagar a escote, pero él se mostró inamovible, reivindicando su deber de pagar por haberla invitado. Con su típico —y casi pintoresco— desorden, junto a los billetes, monedas y notas, llevaba en el bolsillo unos globos de colores.

—Son de mi hijo Tommy, me los mete en los bolsillos.

—Ah, no sabía que estuvieras... —fingió ella.

—No, no lo estoy —se apresuró a decir él, bajando la mirada. Después añadió—: Ya no.

Mila nunca había asistido a un funeral nocturno. El de Ronald Dermis era el primero; se decidió así por razones de orden público. Para ella, la idea de que alguien pudiera vengarse en un cadáver era tan lúgubre como ese mismo acontecimiento.

Los sepultureros estaban trabajando alrededor de la fosa. No tenían excavadora, el terreno estaba helado, y cavar resultaba difícil además de fatigoso. Eran cuatro y se turnaban cada cinco minutos, dos cavando y otros dos iluminando el lugar con linternas. De vez en cuando, alguien renegaba a causa de aquel maldito frío, y, para calentarse, se pasaban una botella de Wild Turkey.

Goran y Mila observaban la escena en silencio. La caja que contenía los despojos de Ronald todavía estaba en el furgón. Algo más allá, se veía la lápida que pondrían al final: ningún nombre, ninguna fecha, solo un número progresivo. Y una pequeña cruz.

En ese momento, en la cabeza de Mila reapareció la escena de la caída de Ronald desde la torre. Mientras se precipitaba, ella no había visto en su rostro miedo alguno, ningún estupor. Era como si, en el fondo, no le doliera morir. Quizá también él, como Alexander Bermann, prefería esa solución. Ceder al deseo de destruirse para siempre.

—¿Todo bien? —le preguntó Goran, penetrando en su silencio.

Mila se volvió hacia él.

—Todo bien.

Justo entonces le pareció ver a alguien detrás de un árbol del cementerio. Miró de nuevo y reconoció a Feldher. Al parecer, el funeral secreto de Ronald no era tan secreto.

El peón vestía un chaquetón de lana de cuadros y tenía entre las manos una lata de cerveza, como si estuviera brindando por última vez a la salud del viejo amigo de infancia, aunque probablemente hacía años que no lo veía. Mila creyó que era algo positivo: también en el lugar en que se entierra el mal puede haber espacio para la piedad.

Si no hubiera sido por Feldher, por su ayuda involuntaria, no estarían allí.

También a él se debía el mérito de haber detenido a aquel asesino en serie en potencia, como lo había definido Goran. A saber a cuántas víctimas potenciales había salvado.

Cuando sus miradas se cruzaron, Feldher aplastó la lata y se encaminó hacia la camioneta estacionada allí cerca. Volvería a la soledad de su casa en el vertedero, al té frío en vasos desparejados, al perro de color rojizo, a esperar que esa misma muerte anónima también se presentara algún día en su puerta.

El motivo que había empujado a Mila a querer asistir al apresurado funeral de Ronald estaba ligado, probablemente, a la frase que Goran le había dicho en el hospital: «Si no lo hubieras detenido, Ronald te habría matado como hizo hace tantos años con Billy Moore».

Y, quién sabe, quizá después de ella habría continuado.

—La gente no lo sabe, pero según nuestras estadísticas hay actualmente entre seis y ocho asesinos en serie activos en el país. Sin embargo, nadie los ha localizado todavía —dijo Goran mientras los sepultureros hacían descender la caja de madera.

Mila se quedó asombrada.

—¿Cómo es eso posible?

—Porque golpean al azar, sin un esquema. O porque todavía nadie ha logrado relacionar entre sí homicidios aparentemente diferentes. O, en definitiva, porque las víctimas no son merecedoras de una detallada investigación... Por ejemplo, una prostituta es encontrada en un foso. En la mayoría de los casos, el culpable ha sido el crimen organizado o su chulo, o bien un cliente. Teniendo en cuenta los riesgos de la profesión, diez prostitutas asesinadas constituyen una media aceptable, y no siempre componen una casuística de asesinatos en serie. Es difícil de aceptar, lo sé, pero desafortunadamente es así.

Una ráfaga de viento levantó remolinos de nieve y polvo. Mila sintió un escalofrío, y se abrigó aún más con la parka.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —preguntó.

La cuestión, en realidad, escondía una invocación. No tenía nada que ver con el caso que los ocupaba, ni con la profesión que habían elegido. Era una plegaria, un modo de rendirse a la incapacidad de comprender ciertas dinámicas del mal, pero también una desconsolada solicitud de salvación. Y,

en realidad, ella no esperaba respuesta alguna.

Pero Goran habló.

—Dios es silencioso. El diablo susurra...

Ninguno de los dos dijo nada más.

Los sepultureros empezaron a cubrir la fosa con la tierra congelada. En el cementerio solo retumbaban los golpes de las palas. Luego sonó el móvil de Goran. No le dio tiempo a sacarlo del bolsillo del abrigo, cuando empezó a sonar también el de Mila.

No era necesario contestar para saber que había sido encontrada la tercera niña.

21

La familia Kobashi —padre, madre y dos hijos, un varón de quince años y una niña de doce— vivía en el prestigioso complejo de Cabo Alto. Sesenta hectáreas inmersas en la vegetación, con piscina, cuerdas, campo de golf y un club reservado a los propietarios de las cuarenta casas que lo formaban. Un refugio de la alta burguesía, compuesta comúnmente por médicos especialistas, arquitectos y abogados.

Un muro de dos metros, sabiamente disfrazado por un seto, separaba del resto del mundo ese paraíso solo para elegidos, que disponía, además, de un servicio de vigilancia las veinticuatro horas del día. Setenta cámaras de televisión vigilaban el perímetro entero, y un servicio privado garantizaba la seguridad de sus habitantes.

Kobashi era dentista. Renta elevada, un Maserati y un Mercedes aparcados en el garaje, una segunda residencia en la montaña, un velero y una envidiable colección de vinos en el sótano. Su mujer se ocupaba de la educación de los hijos y de decorar la casa con objetos únicos y muy caros.

—Llevaban más de tres semanas en los trópicos, volvieron anoche — anunció Stern mientras Goran y Mila llegaban a la casa—. El motivo de las vacaciones fue precisamente la historia de las jóvenes secuestradas. Su hija tiene más o menos esa edad, así que creyeron mejor dar un descanso al servicio y cambiar de aires.

—¿Dónde están ahora?

—En un hotel. Los vigilamos por seguridad. La mujer ha necesitado un par de Valium. Están bastante trastornados.

Las últimas palabras de Stern sirvieron para prepararlos para lo que verían dentro de muy poco.

La casa ya no era una casa. Ahora se definía como el nuevo «lugar de la investigación». Había sido rodeada completamente por una cinta policial para mantener alejados a los vecinos que se amontonaban para averiguar qué había sucedido.

—Por lo menos, la prensa no podrá llegar hasta aquí —apuntó Goran.

Se encaminaron a lo largo del prado que separaba la casa de la calle. El jardín estaba bien cuidado y se veían espléndidas plantas de invierno decorando los bancales donde, en verano, la señora Kobashi cultivaba personalmente sus rosas para concurso.

Un agente custodiaba la puerta y solo dejaba pasar al personal acreditado. Allí estaban Krepp y Chang, con sus correspondientes equipos, todos manos a la obra. Justo antes de que Goran y Mila se dispusieran a cruzar el umbral, el inspector jefe Roche salió a su encuentro.

—No os lo podéis ni imaginar... —dijo, muy pálido, apretándose un pañuelo contra la boca—. Esta historia está dando un giro cada vez más terrible. Desearía que pudiéramos haber impedido esta desgracia... ¡Solo son niñas, santo Dios!

La angustia de Roche parecía auténtica.

—¡Y, por si fuera poco, los vecinos ya se han quejado de nuestra presencia y presionan a sus contactos políticos para echarnos de aquí cuanto antes! ¿Os dais cuenta? ¡Ahora debo llamar al maldito senador para asegurarle que nos daremos prisa!

Mila recorrió con la mirada la pequeña muchedumbre de vecinos agrupados delante de la casa. Ese era su edén privado, y ellos los invasores.

Sin embargo, en un rincón del paraíso se había abierto, inesperada, una puerta al infierno.

Stern le pasó el frasquito con la pasta de alcanfor para que se la aplicara debajo de la nariz; Mila completó el ritual de presentación a la muerte poniéndose los cubrezapatos de plástico y los guantes de látex. El agente que custodiaba la puerta se apartó para dejarlos pasar.

En la entrada todavía estaban las maletas de las vacaciones y las bolsas con los souvenirs. El vuelo que había traído a los Kobashi del sol de los trópicos a aquel helado febrero había llegado hacia las diez de la noche. Luego, de camino a casa, a encontrarse con las viejas costumbres y el consuelo de un lugar que, sin embargo, ya no sería el mismo para ellos. La

servidumbre regresaría de las vacaciones al día siguiente, así que ellos habían sido los primeros en traspasar ese umbral.

El olor llenaba el aire.

—Esto es lo que han olido los Kobashi en cuanto han abierto la puerta — se apresuró a explicar Goran.

«Durante un segundo o dos se habrán preguntado qué era —pensó Mila—. Luego han encendido la luz...»

En el amplio salón, los técnicos de la policía científica y el equipo del médico forense se movían coordinando los gestos, como guiados por un misterioso e invisible coreógrafo. El suelo de mármol caro reflejaba sin piedad la luz de las lámparas halógenas. La decoración alternaba espacios de diseño moderno con muebles de anticuario. Tres sofás de napa de color beis delimitaban los lados de un cuadrado frente a una enorme chimenea de piedra rosada.

Sobre el sofá del centro estaba sentado el cadáver de la niña.

Tenía los ojos abiertos, de un azul jaspeado. Y los estaba mirando.

Aquella mirada fija era la última semblanza humana en el rostro devastado. El proceso de deterioro estaba ya en un estadio avanzado. La falta del brazo izquierdo le confería una postura oblicua, como si tuviera que resbalarse hacia un lado de un momento a otro. Pero, en cambio, permanecía sentada.

Llevaba un vestido de flores azules. Las costuras y el corte revelaban una factura casera; con toda probabilidad estaba hecho a medida. Mila también reparó en la trama de ganchillo de las medias blancas, el cinturón de raso sujeto a la cintura con un botón de nácar.

Estaba vestida como una muñeca. Una muñeca rota.

La agente no pudo mirarla más que algunos segundos. Bajó los ojos y se fijó por primera vez en la alfombra adamascada que había entre los sofás y que representaba rosas persas y florituras multicolores. Tuvo la impresión de que las figuras se movían. Luego miró mejor: la alfombra estaba completamente recubierta de pequeños insectos, que hormigueaban y se amontonaban unos sobre otros.

Mila se llevó instintivamente una mano a la herida del brazo y apretó. Si alguien hubiera estado cerca de ella, habría pensado que le dolía. Pero, en realidad, era todo lo contrario.

Como siempre, buscaba consuelo en el dolor.

La punzada fue breve, pero le dio fuerzas para presenciar con atención aquella obscena representación. Cuando no pudo más, dejó de apretar. Oyó que el doctor Chang le decía a Goran:

—Son larvas de *Sarcophaga carnaria*. Su ciclo biológico es muy rápido si hay calor. Y son muy voraces.

Mila sabía a qué se refería el médico, porque sus casos de desapariciones a menudo se solucionaban con la recuperación de un cadáver. Con frecuencia era necesario no solo proceder con el rito piadoso del reconocimiento, sino también con el más prosaico de la datación de los restos. En las varias fases que siguen a la muerte participan insectos diferentes, sobre todo cuando los restos están expuestos. La llamada «fauna cadavérica» se divide en ocho grupos. Cada uno de ellos se manifiesta en cada una de las varias etapas de la modificación que sufren las sustancias orgánicas después de la muerte. Así, según la especie que ha entrado en acción, es posible remontarse hasta el momento de la muerte.

La *Sarcophaga carnaria* era una mosca vivípara y debía de formar parte del segundo grupo porque Mila oyó al patólogo añadir que el cadáver debía de encontrarse allí desde hacía al menos una semana.

—Albert ha tenido todo el tiempo para actuar mientras los propietarios estaban fuera.

—Pero hay una cosa que no me explico... —añadió Chang—. ¿Cómo ha conseguido ese bastardo traer aquí el cuerpo si hay setenta cámaras de vigilancia y unos treinta guardias de seguridad controlando el área de noche y de día?

22

—Tuvimos un problema de sobrecarga de energía en la instalación —dijo el jefe de seguridad de Cabo Alto cuando Sarah Rosa le pidió que le explicara el apagón de tres horas en las grabaciones de las cámaras de vigilancia ocurrido una semana antes, cuando se suponía que Albert había llevado a la niña a casa de los Kobashi.

—¿Y algo así no los alarmó?

—No, señora...

—Comprendo —asintió, y no añadió nada más, desplazando sin embargo

la mirada a los galones de capitán que el hombre lucía en el uniforme; un grado, por lo demás, tan falso como su función.

Los guardias, que en realidad habrían tenido que garantizar la seguridad de los vecinos, solo eran culturistas con un uniforme. Su único adiestramiento consistía en un curso de tres meses impartido por policías jubilados cerca de la sede de la sociedad que los contrataría. Su dotación constaba de un auricular unido a un *walkie-talkie* y de un espray de pimienta. Así que para Albert no había sido difícil engatusarlos. Además, en la barrera perimétrica se había hallado una brecha de un metro y medio, bien escondida por el seto que cubría todo el muro circundante. Ese capricho estético había acabado frustrando la única medida de seguridad real de Cabo Alto.

Ahora se trataba de entender por qué Albert había elegido justamente aquel sitio y aquella familia.

El temor de encontrarse frente a un nuevo Alexander Bermann empujó a Roche a autorizar todo tipo de investigación, y en el caso de Kobashi y su mujer, también la más invasora.

Boris fue el encargado de exprimir al dentista.

Probablemente el hombre no tenía ni idea del trato especial que se le reservaría durante las siguientes horas. Sufrir el interrogatorio de un profesional no es para nada comparable a cuanto ocurre normalmente en las comisarías de policía de medio mundo, donde todo se basa en el agotamiento del sospechoso durante horas y horas de presión psicológica y vigilia forzada, contestando una y otra vez a las mismas preguntas.

Boris casi nunca trataba de hacer caer en contradicción a las personas que interrogaba, porque sabía que el estrés a menudo produce efectos negativos en la declaración, que se debilita así ante los ataques de un buen abogado en el tribunal. Tampoco le interesaban las medias admisiones, ni los intentos de negociación que ofrecían los sospechosos cuando se veían contra las cuerdas.

No. El agente especial Klaus Boris trataba de conseguir solo la plena confesión.

Mila lo vio en la cocina del Estudio mientras se preparaba para entrar en escena, porque en el fondo se trataba de eso: una representación en la que a menudo las partes se invierten. Valiéndose de la falsedad, Boris penetraría en las defensas de Kobashi. Llevaba la camisa arremangada, una botellita de agua en una mano, y andaba adelante y atrás para calentar las piernas: a diferencia

de Kobashi, en efecto, Boris no se sentaría, dominándolo con su corpulencia durante todo el tiempo.

Mientras tanto, Stern lo ponía al día rápidamente sobre cuanto había descubierto acerca del sospechoso:

—El dentista evade parte de los impuestos. Tiene una cuenta *off-shore* en la que ingresa los beneficios en negro de la consulta y los premios de los torneos de golf en los que participa como semiprofesional prácticamente todos los fines de semana... La señora Kobashi, en cambio, prefiere otro tipo de pasatiempo: cada miércoles por la tarde se encuentra con un conocido abogado en un hotel del centro. Sobra añadir que el abogado juega al golf todos los fines de semana con el marido...

Esas informaciones constituirían el gancho del interrogatorio. Boris las degustaría, usándolas en el momento oportuno para hacer derrumbarse al dentista.

La habitación para los interrogatorios había sido preparada mucho tiempo antes en el Estudio junto a los dormitorios. Era estrecha, casi sofocante, sin ventanas y con una única puerta que Boris cerraría con llave en cuanto hubiera entrado junto al sospechoso. Luego se metería la llave en el bolsillo, como hacía siempre: un simple gesto que establecería la posición de fuerza.

La luz de neón era potente, y la lámpara emitía un molesto zumbido; ese sonido también formaba parte de los instrumentos de presión de Boris. Él mitigaría su efecto con unos tapones de algodón.

Un falso espejo separaba la habitación de otra salita, con una entrada independiente, para el resto del equipo que asistiría al interrogatorio. Era muy importante que el interrogado estuviera siempre colocado de perfil con respecto del espejo y nunca de frente, puesto que tenía que sentirse observado sin poder corresponder a aquella mirada invisible.

Tanto la mesa como las paredes estaban pintadas de blanco: la monocromía servía para no ofrecerle ningún punto sobre el que concentrar la atención para reflexionar sobre las respuestas. Su silla tenía una pata más corta, y cojearía todo el tiempo para fastidiarlo.

Mila entró en la sala contigua mientras Sarah Rosa preparaba el VSA (Voice Stress Analysis), un aparato que permitiría medir las variaciones de su voz. Pequeños temblores, asociados a las contracciones musculares, determinan oscilaciones a una frecuencia de entre diez y doce hercios. Cuando

una persona miente, la cantidad de sangre en las cuerdas vocales disminuye a causa de la tensión, lo que, por consiguiente, reduce la vibración. Un ordenador analizaría las variaciones en las palabras de Kobashi y desvelaría sus mentiras.

Pero la técnica más importante que el agente especial Klaus Boris usaría, en la que prácticamente era un maestro, era la observación del comportamiento.

Kobashi fue conducido a la sala de los interrogatorios después de haber sido cortésmente invitado, aunque sin previo aviso, a dar explicaciones. Los agentes que debían encargarse de escoltarlo hasta allí desde el hotel en que residía con su familia le ordenaron que se sentara solo en el asiento posterior del coche e hicieron un recorrido más amplio para llevarlo al Estudio y aumentar así su incertidumbre.

Puesto que solo debía de tratarse de una conversación informal, Kobashi no había solicitado la presencia de un abogado. Temía que dicha solicitud lo expusiera a sospechas de culpabilidad. Y eso era lo que Boris esperaba precisamente.

En la sala, el dentista tenía mal aspecto. Mila lo observó. Vestía pantalones de color amarillo, veraniegos. Probablemente eran parte de uno de los trajes de golf que se había llevado de vacaciones a los trópicos y que ahora constituían su único vestuario. Llevaba un jersey fucsia de cachemir por cuyo cuello se entreveía un polo blanco.

Le comunicaron que al cabo de poco rato llegaría un investigador para hacerle algunas preguntas, a lo que Kobashi asintió, poniendo las manos sobre el regazo en una postura defensiva.

Mientras tanto, Boris lo observaba desde el otro lado del espejo, concediéndose una larga espera para estudiarlo bien.

Kobashi reparó en que encima de la mesa había una carpeta con su nombre. Boris la había colocado allí. El dentista no la tocaría, del mismo modo que nunca volvería la mirada en dirección al espejo, aun sabiendo muy bien que estaba siendo observado.

En realidad, la carpeta estaba vacía.

—Parece la sala de espera de un dentista, ¿no? —ironizó Sarah Rosa, mirando al desventurado del otro lado del cristal.

Luego Boris anunció:

—Bien, empecemos.

Instantes después, cruzó el umbral de la sala de interrogatorios. Saludó a Kobashi, cerró con llave la puerta y se disculpó por el retraso. Dejó claro una vez más que las preguntas que le haría eran solamente para pedirle algunas explicaciones, y finalmente cogió la carpeta de encima de la mesa, la abrió y fingió leer algo.

—Doctor Kobashi, usted tiene cuarenta y tres años, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Cuánto tiempo hace que ejerce la profesión de dentista?

—Soy cirujano ortodoncista —especificó—. En cualquier caso, hace quince años que ejerzo.

Boris se tomó algún tiempo para examinar sus papeles invisibles.

—¿Puedo preguntarle cuánto ganó el año pasado?

El hombre dio un leve respingo. Boris había asestado su primer golpe: mediante la referencia a los beneficios aludía a los impuestos.

Como había previsto, el dentista mintió descaradamente sobre su situación económica, y Mila no pudo dejar de notar lo ingenuo que había sido al hacerlo. Esa conversación versaba sobre un homicidio, y las informaciones fiscales que surgieran no tendrían relevancia alguna ni podrían ser transmitidas al Departamento de Impuestos.

El hombre también mintió sobre otros detalles, creyendo poder dirigir cómodamente las respuestas. Y Boris lo dejó hacer durante un rato.

Mila conocía el juego de Boris. Se lo había visto hacer a algunos colegas de su antigua escuela, aunque el agente especial lo practicaba a niveles indudablemente superiores.

Cuando un individuo miente, tiene que efectuar una labor psicológica para compensar una serie de tensiones. Para hacer más creíbles sus respuestas, está obligado a extraer informaciones verdaderas, ya sedimentadas en su memoria, y a recurrir a mecanismos de elaboración lógica para configurar la mentira que está contando.

Eso requiere un esfuerzo enorme, además de un notable uso de la imaginación.

Cada vez que se cuenta una mentira, hace falta recordar todos los hechos con los que esta se sostiene en pie. Cuando las mentiras son muchas, el juego

se hace complejo. Es un poco como el malabarista que intenta hacer girar los platos sobre los palos en el circo. Cada vez que añade uno, el ejercicio se complica, y él se ve obligado a correr de un lado a otro sin parar.

Es justo entonces cuando más se debilita y se expone.

En el caso de que Kobashi se hubiera valido de la propia fantasía, Boris lo habría comprendido en seguida. El incremento de la ansiedad genera microacciones anómalas, como arquear la espalda, frotarse las manos o friccionarse las sienes o las muñecas. A menudo eso va acompañado de alteraciones fisiológicas como un aumento de la sudoración, agudización de la tonalidad de la voz y movimientos oculares incontrolados.

Pero un especialista bien adiestrado como Boris también sabía que eso solo son indicios de mentiras, y tienen que ser tratados como tales. Para llegar a la prueba de que el sujeto está mintiendo es necesario llevarlo a admitir sus propias responsabilidades.

Cuando Boris creyó que Kobashi se sentía bastante seguro de sí mismo, pasó al contraataque insinuando en las preguntas elementos que tenían que ver con Albert y la desaparición de las seis niñas.

Dos horas después, Kobashi estaba siendo atacado por una retahíla de preguntas cada vez más íntimas e insistentes. Boris había estrechado el círculo a su alrededor, reduciendo así su espacio de defensa. El dentista ya ni siquiera pensaba en llamar a un abogado, solo quería salir de allí cuanto antes. Por el modo en que se había derrumbado psicológicamente, habría dicho cualquier cosa con tal de recobrar la libertad. Quizá hasta habría admitido ser Albert.

Solo que no sería la verdad.

Cuando Boris se dio cuenta, salió de la habitación con la excusa de ir por un vaso de agua y se reunió con Goran y los demás en la sala de detrás del espejo.

—No tiene nada que ver —dijo—. Y no sabe nada.

Goran asintió.

Sarah Rosa había vuelto hacia poco con los resultados de los análisis de los ordenadores y los informes del uso de los móviles de la familia Kobashi, que no revelaban nada. Tampoco había elementos de interés entre sus amistades y conocidos.

—Entonces, se trata ciertamente de la casa —concluyó el criminólogo.

¿Quizá la vivienda de los Kobashi había sido el escenario —como en el

caso del orfanato— de algo terrible que nunca había salido a la luz?

Pero también esa teoría era débil.

—La casa fue la última construida en la única parcela que quedaba libre en el complejo. La terminaron hace unos tres meses, y los Kobashi han sido los primeros y únicos propietarios —dijo Stern.

Goran, en cambio, no se daba por vencido:

—Esa casa esconde un secreto.

Stern lo entendió de inmediato y preguntó:

—¿Por dónde empezamos?

Goran pensó un instante, luego ordenó:

—Comenzad cavando en el jardín.

En un primer momento trajeron perros rastreadores de cadáveres, capaces de olfatear restos humanos a grandes profundidades. Luego llegó el turno de los radares especiales para sondear el subsuelo, pero sobre las pantallas verdes no apareció nada sospechoso.

Mila observaba trabajar a los hombres, así como la sucesión de aquellos intentos: todavía estaba a la espera de que Chang le dijera la identidad de la niña hallada en la casa para la comparación con el ADN de los padres de las víctimas.

Empezaron a cavar hacia las tres de la tarde. Las pequeñas excavadoras removieron la tierra del jardín, destruyendo la sabia arquitectura de exteriores que tanto trabajo y dinero debía de haber costado. Ahora todo había sido extirpado y acumulado sin respeto sobre los camiones.

El ruido de los motores diésel rompía la quietud de Cabo Alto. Y por si no bastara, las vibraciones producidas por las excavadoras hacían disparar continuamente la alarma del Maserati de Kobashi.

Después del jardín, las búsquedas se desplazaron hacia el interior de la casa. Contactaron con una empresa especializada para levantar las pesadas losas de mármol del salón. Los muros interiores fueron auscultados en busca de vacíos, luego abiertos a golpe de pico. También los muebles padecieron una suerte infeliz: desmontados y seccionados, hasta que estuvieron para tirar. Las excavaciones también se continuaron en el sótano y en la zona de los cimientos.

Había sido Roche quien había autorizado aquella destrucción. El Departamento no podía permitirse fracasar otra vez, ni siquiera a costa de padecer una demanda millonaria por daños. Pero los Kobashi no tenían intención alguna de volver a vivir allí. Cuanto les había pertenecido estaba irremediablemente contaminado por el horror. Venderían la propiedad a un precio inferior al de la compra, ya que su vida dorada nunca volvería a ser la misma con el recuerdo de lo ocurrido.

Hacia las seis de la tarde, el nerviosismo de los presentes en la escena del crimen era palpable.

—¿Alguien quiere parar esa maldita alarma? —gritó Roche señalando el Maserati de Kobashi.

—No logramos encontrar los mandos a distancia de los coches —le contestó Boris.

—¡Llamad al dentista y que os los dé! ¿Es posible que tenga que decíroslo yo todo?

Giraban en el vacío. En lugar de unirlos, la tensión los enfrentaba unos con otros, frustrándolos por la incapacidad de resolver el enigma que Albert había ideado para ellos.

—¿Por qué ha vestido a la niña como una muñeca?

El interrogante hacía volverse loco a Goran. Mila nunca lo había visto así. Había algo personal en el desafío que había asumido; algo de lo que ni siquiera el propio criminólogo se había dado cuenta, y que minaba irremediablemente su capacidad de razonar con claridad.

Mila se mantenía a distancia, enervada por la espera. ¿Qué sentido tenía el comportamiento de Albert?

En los pocos días que había estado en estrecho contacto con el equipo y con los métodos del doctor Gavila, había aprendido muchas cosas. Por ejemplo, que un asesino en serie es un sujeto que mata a intervalos de tiempo variables —de pocas horas a meses y hasta años—, con una compulsión que lo obliga a repetir el comportamiento y que no es capaz de detener. Por eso en su *background* faltan motivos como la cólera o la venganza. El asesino en serie actúa para repetir una motivación particular, que es la sola necesidad o el placer de matar.

Pero Albert desmentía claramente esa definición.

Había secuestrado a las niñas y las había asesinado de inmediato, una tras

otra, para luego mantener con vida solo a una. ¿Por qué? No obtenía placer del asesinato en cuanto a tal, sino que le servía como instrumento para llamar la atención. Pero no sobre sí mismo, sino sobre otros. Alexander Bermann, un pedófilo. Ronald Dermis, uno igual que él a punto de poner manos a la obra.

Gracias a él, ambos habían sido detenidos. En el fondo, había hecho un servicio a la sociedad. Paradójicamente se podía decir que su mal tenía el bien como fin.

Pero ¿quién era Albert realmente?

Un hombre cualquiera —porque de eso se trataba, no de un monstruo ni de una sombra— que en ese preciso instante se movía por el mundo como si nada ocurriera. Hacía la compra, daba una vuelta por la calle, se encontraba con otras personas —tenderos, paseantes, vecinos— que no imaginaban ni de lejos quién era en realidad.

Caminaba entre ellos, y era invisible.

Detrás de aquella fachada, en resumidas cuentas, estaba la verdad. Y la verdad estaba hecha de violencia. Con ella, los asesinos en serie experimentan una sensación de poder que soluciona al menos temporalmente su complejo de inferioridad. La violencia perpetrada permite alcanzar un doble resultado: conseguir el placer y sentirse poderosos. Sin necesidad de mantener relaciones con nadie. El máximo resultado con el mínimo derroche de ansiedad relacional.

«Es como si esos individuos solo existieran por la muerte de los otros», pensó Mila.

A media noche, la alarma del coche de Kobashi todavía recalca el paso infructuoso del tiempo, recordándole inexorablemente a todo el mundo que los esfuerzos hechos hasta entonces casi habían resultado inútiles.

Del subsuelo no emergían novedades. La casa había sido prácticamente destripada, pero las paredes no habían desvelado ningún secreto.

Mientras Mila estaba sentada en la acera de delante de la casa, Boris se le acercó con un teléfono móvil entre las manos.

—Estoy tratando de telefonar, pero no hay cobertura...

Mila también comprobó su aparato.

—Quizá por eso Chang aún no me ha llamado para darme el resultado del examen del ADN.

Boris señaló a su alrededor.

—Bueno, es un consuelo saber que también a los ricos les falta algo, ¿no?

Sonrió, se metió el teléfono en el bolsillo y se sentó junto a ella. Mila aún no le había dado las gracias por haberle regalado la parka, así que aprovechó para hacerlo entonces.

—De nada —respondió él.

En ese momento repararon en que los guardias privados de Cabo Alto se disponían alrededor de la parcela para formar un cordón de seguridad.

—¿Qué sucede?

—Está llegando la prensa —anunció Boris—. Roche ha decidido autorizar la filmación de la casa: unos pocos minutos para los telediarios para demostrar que estamos haciendo todo lo posible.

Mila observó cómo los policías ficticios se colocaban en posición; estaban ridículos en sus uniformes azules y naranjas, confeccionados a medida para evidenciar el torso musculoso, la expresión de dureza en el rostro y el auricular del *walkie-talkie* que, se suponía, debía otorgarles un aspecto profesional.

«¡Albert os ha burlado haciendo un agujero en la pared y averiando vuestras cámaras de seguridad con un simple cortocircuito, idiotas!», pensó.

—Después de tantas horas sin respuestas, Roche estará echando espuma por la boca...

—Ese siempre encuentra el modo de salir bien parado de todo, no te preocupes.

Boris cogió el papel de fumar y una bolsa de tabaco y empezó a liarse un cigarrillo en silencio. Mila tenía la evidente sensación de que quería preguntarle algo, pero no de un modo directo. Si se quedaba en silencio, no lo ayudaría. Así que decidió echarle una mano:

—¿Cómo has pasado las veinticuatro horas de libertad que os ha concedido Roche?

Boris fue evasivo:

—He dormido y he pensado en el caso. A veces va bien aclararse las ideas... Me he enterado de que anoche saliste con Gavila.

«¡Ya está, por fin lo ha dicho!» Pero Mila se equivocaba al pensar que la referencia de Boris estuviera motivada por los celos. Eran otras sus

intenciones, y lo entendió por lo que dijo después:

—Creo que él ha sufrido mucho.

Estaba hablando de la mujer de Goran. Y lo hacía con un tono tan afligido que hacía pensar que, fuera lo que fuese lo que le había ocurrido a aquella pareja, había acabado implicando también al equipo.

—En realidad, no sé nada —dijo ella—. Él no me habló de eso. Solo un detalle al final de la noche.

—Entonces quizá sea mejor que lo sepas ahora...

Antes de continuar, Boris encendió el cigarrillo, dio una profunda calada y exhaló el humo. Estaba buscando las palabras.

—La mujer del doctor Gavila era una mujer magnífica, además de guapa y también amable. Perdí la cuenta de las veces que fuimos todos a comer a su casa. Formaba parte de nosotros, era como si también ella tuviera un papel en el equipo. Cuando teníamos un caso difícil entre manos, aquellas cenas eran el único alivio después de un día entre sangre y cadáveres. Un ritual de reconciliación con la vida, no sé si me explico...

—¿Y qué pasó?

—Sucedió hace año y medio. Sin ningún aviso, sin una señal, un buen día se fue.

—¿Lo abandonó?

—No solo a Gavila, sino también a Tommy, su único hijo. Es un niño muy dulce, desde entonces vive con su padre.

Mila había intuido que el criminólogo cargaba con la tristeza de una separación, pero nunca habría imaginado que fuera tanta. «¿Cómo puede una madre abandonar a su hijo?», se preguntó.

—¿Por qué se fue?

—Nadie lo ha entendido nunca. Quizá había otro hombre, quizá se había cansado de aquella vida, quién puede saberlo... Ni siquiera le dejó una nota. Hizo las maletas y se marchó. Punto.

—Yo no lo habría resistido, sin conocer el motivo.

—Lo extraño es que nunca nos ha pedido que la busquemos. —El tono de Boris cambió y miró a su alrededor antes de proseguir, comprobando que Goran no estuviera por allí—. Además, hay algo que Gavila no sabe y no debe saber...

Mila asintió, dándole a entender que podía confiar en ella.

—Bueno... Pocos meses después, Stern y yo la localizamos. Vivía en una localidad de la costa. No fuimos directamente a verla, sino que nos hicimos los contradizos por la calle con la esperanza de que se acercara para hablarnos.

—Y ella...

—Se sorprendió al vernos. Pero luego nos saludó con un gesto, bajó la mirada y continuó su camino.

Siguió un silencio que Mila no fue capaz de interpretar. Boris lanzó lejos la colilla, despreocupándose de la mirada de uno de los guardias privados que en seguida fue a recogerla del césped.

—¿Por qué me lo has contado, Boris?

—Porque el doctor Gavila es mi amigo. Y también tú lo eres, aunque haga menos tiempo que te conozco.

Boris debía de haber entendido algo que ni ella ni Goran habían identificado todavía. Algo que los concernía. Solo estaba tratando de protegerlos a ambos.

—Cuando su mujer se fue, Gavila lo pasó muy mal. Tenía que superarlo, sobre todo por su hijo. Con nosotros no cambió nada. Parecía el mismo de siempre: preciso, puntual, eficiente. Aunque empezó a descuidar su manera de vestir. Era algo sin importancia, no tenía que alarmarnos, pero luego llegó el «caso Wilson Pickett»...

—¿Como el cantante?

—Sí, lo llamamos así. —Era evidente que Boris ya se había arrepentido de haber empezado a contarlo, así que se limitó a añadir—: Fue mal. Hubo errores, y alguien amenazó con disolver el equipo y despedir al doctor Gavila. Fue Roche quien nos defendió y presionó para que nos quedáramos en nuestros puestos.

Mila estaba a punto de preguntar qué había pasado, segura de que al final Boris se lo contaría, cuando la alarma del Maserati de Kobashi volvió a sonar.

—¡Joder, ese ruido te perfora el cerebro!

En ese momento, Mila desplazó casualmente la mirada hacia la casa y, en un instante, catalogó una serie de imágenes que llamaron su atención: en las caras de los guardias privados aparecía la misma expresión de molestia y

todos se habían llevado la mano al auricular del *walkie-talkie*, como si hubiera habido una repentina e insoportable interferencia.

Mila miró de nuevo el Maserati. Luego se sacó del bolsillo el móvil: seguía sin haber cobertura. Y tuvo una idea.

—Hay un sitio donde aún no hemos buscado... —le dijo a Boris.

—¿Qué sitio?

Ella señaló hacia arriba.

—En el aire.

Menos de media hora después, en el frío de la noche, los expertos del equipo electrónico ya habían empezado a sondear el área. Cada uno de ellos llevaba unos auriculares y tenía entre las manos una pequeña antena parabólica que apuntaba hacia arriba. Iban dando vueltas —lentos y silenciosos como fantasmas—, tratando de captar eventuales señales de radio o frecuencias sospechosas, en caso de que el aire escondiera algún mensaje.

El mensaje, efectivamente, estaba ahí.

Era aquello lo que interfería con la alarma del Maserati de Kobashi, inhibía la cobertura de los teléfonos y se había manifestado en los *walkie-talkies* de los guardias privados bajo la forma de un silbido insoportable.

Cuando los hombres del equipo electrónico lo localizaron, también dijeron que era bastante débil.

Poco después, la transmisión fue trasladada a un receptor.

Se reunieron alrededor del aparato para escuchar lo que la oscuridad tenía que decirles.

No eran palabras, sino sonidos.

Estaban sumergidos en un mar de chirridos en el que de vez en cuando se ahogaban, para luego volver a emerger.

Pero había una armonía en aquella sucesión de notas exactas, breves y luego prolongadas.

—Tres puntos, tres rayas y otra vez tres puntos —tradujo Goran a beneficio de los presentes.

En la lengua del código de radio más famoso del mundo, aquellos sonidos elementales tenían un sentido unívoco.

S.O.S.

—¿De dónde proviene? —preguntó el criminólogo.

El técnico observó por un instante el espectro de la señal que se descomponía para luego volver al monitor. Después levantó la mirada hacia la calle e indicó:

—De la casa de enfrente.

23

La habían tenido siempre delante de los ojos.

La casa de enfrente los había observado, muda, durante todo el día, en sus afanosas tentativas de llegar a la solución del enigma. Estaba allí, a pocos metros, y los llamaba repitiendo su rara y anacrónica solicitud de socorro.

La casa de dos plantas pertenecía a Yvonne Gress. La pintora, como la llamaban los vecinos. La mujer vivía con sus dos hijos, un niño de once años y una chica de dieciséis. Se habían trasladado a Cabo Alto después del divorcio de Yvonne, y ella había vuelto a sentir la pasión por el arte figurativo que había abandonado en su juventud para casarse con el joven y prometedor abogado Gress.

Al principio, los cuadros abstractos de Yvonne no habían tenido muy buena aceptación. La galería en que habían sido expuestos cerró su exposición personal sin haber vendido una sola pieza. Yvonne, sin embargo, convencida de su talento, no cejó en su empeño, y cuando una amiga le encargó un retrato al óleo de su familia para colgar sobre la chimenea, descubrió que poseía un insospechable rasgo naif. En poco tiempo llegó a ser la retratista más solicitada por quienes, cansados de las usuales fotografías, querían immortalizar a la propia estirpe sobre una tela.

Cuando el mensaje en morse llamó la atención sobre la casa del otro lado de la calle, uno de los vigilantes jurados observó que, efectivamente, hacía bastante tiempo que Yvonne Gress y sus chicos no se veían por allí.

Las cortinas de las ventanas estaban echadas, por lo que era imposible ver el interior.

Antes de que Roche diera la orden de entrar en la casa, Goran intentó llamar al número de teléfono de la mujer. Poco después, en el silencio general

de la calle, se oyó un timbre que provenía, débil pero nítido, del interior de la casa. Nadie contestó.

También probaron a ponerse en contacto con el exmarido, con la esperanza de que al menos los chicos estuvieran con él. Cuando lograron encontrarlo, dijo que no hablaba con sus hijos desde hacía bastante. No era extraño, ya que había abandonado a la familia por una modelo veinteañera y creía suficiente ejercicio de su deber de padre el puntual ingreso del cheque para su alimentación.

Los técnicos colocaron sensores térmicos alrededor del perímetro de la casa, para buscar eventuales fuentes de calor en el entorno.

—Si hay algo vivo en esa casa, lo sabremos pronto —dijo Roche, que confiaba a ciegas en la eficacia de la tecnología.

En el ínterin, también se comprobaron los suministros de luz, gas y agua. No habían sido cortados porque los recibos habían sido pagados por el banco, pero los contadores llevaban parados unos tres meses, señal de que hacía unos noventa días que allí dentro nadie había encendido una bombilla.

—Es más o menos cuando acabaron la casa de los Kobashi y el dentista se trasladó aquí con la familia —señaló Stern.

—Rosa —pidió Goran—, quiero que examines las grabaciones de las cámaras del circuito cerrado de vigilancia: hay un enlace entre estas dos casas y tenemos que descubrir cuál es.

—Esperemos que no haya habido más apagones del sistema —deseó la mujer.

—Preparémonos para entrar —anunció Gavila.

Mientras tanto, Boris se colocaba las protecciones de kevlar en la unidad móvil.

—Quiero entrar —declaró cuando vio aparecer a Mila en el umbral de la autocaravana—. No pueden impedírmelo, quiero ir.

No aceptaba la idea de que Roche pudiera pedirles a los equipos especiales que entraran primero.

—Solo saben armar jaleo. En la casa será necesario moverse en la oscuridad...

—Bueno, imagino que sabrán apañárselas —comentó Mila, pero sin intención de contradecirlo demasiado.

—¿Y también sabrán salvaguardar las pruebas? —preguntó él en tono irónico.

—Entonces yo también quiero entrar.

Boris se detuvo un instante y la miró sin decir nada.

—Creo que me lo merezco, en el fondo he sido yo quien ha descubierto que el mensaje se encontraba...

Él la interrumpió lanzándole un segundo chaleco antibalas.

Al cabo de poco salieron de la autocaravana para reunirse con Goran y Roche, decididos a imponer sus razones.

—Ni hablar —los liquidó en seguida el inspector jefe—. Ésta es una operación para las fuerzas especiales. No puedo permitirme una ligereza como esa.

—Escuche, inspector... —Boris se colocó frente a Roche, de modo que este no pudiera apartar la mirada—. Mándenlos a Mila y a mí como avanzadilla. Los demás solo entrarán si realmente es necesario. —Roche no quería ceder—. Yo soy un exsoldado, estoy adiestrado para estas cosas. Stern tiene veinte años de experiencia en el campo y podrá confirmárselo, y si no le hubieran sacado un riñón estaría aquí a mi lado, y lo sabe muy bien. Y está la agente Mila Vasquez, que ha entrado sola en casa de un maníaco que tenía prisioneros a un niño y a una chica.

Si Boris hubiera sabido cómo fue realmente, con ella a punto de perder el pellejo junto a los rehenes, no habría apoyado su candidatura de un modo tan vehemente, pensó Mila con amargura.

—En fin, piense: hay una niña viva en alguna parte, pero no lo estará durante mucho más tiempo. Cada escena del crimen nos desvela algo más sobre su secuestrador. —Boris señaló entonces la casa de Yvonne Gress—: Si hay algo ahí que pueda acercarnos a Albert, hay que asegurarse de que no sea destruido. Y el único modo es mandarnos a nosotros.

—No lo creo, agente especial —fue la respuesta seráfica de Roche.

Boris dio un paso hacia él, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Quiere más complicaciones? Ya es bastante difícil así...

Esa frase podía parecer una amenaza sibilina, pensó Mila. Estaba sorprendida de que Boris se dirigiera a su superior en ese tono. Parecía haber algo entre ellos, que los excluía tanto a Goran como a ella.

Roche miró a Gavila un instante de más: ¿necesitaba un consejo, o sencillamente a alguien con quien compartir la responsabilidad de la decisión?

Pero el criminólogo no vio oportunidades al respecto, y simplemente asintió:

—Espero que no nos arrepintamos de ello. —El inspector jefe usó intencionadamente el plural para subrayar la corresponsabilidad de Goran.

En ese momento, un técnico se acercó con un monitor de visión térmica.

—Señor Roche, los sensores han localizado algo en la segunda planta... Algo vivo.

Y la mirada de todos se dirigió de nuevo hacia la casa.

—El sujeto se encuentra en la segunda planta; no se mueve de allí — anunció Stern por radio.

Boris recalcó bien con los labios los números de la cuenta atrás, antes de girar el pomo de la puerta de entrada. La copia de la llave se la había dado el jefe de los guardias de seguridad: había un ejemplar de cada casa, y las tenían por si ocurría una emergencia.

Mila observó la concentración de Boris. Detrás de ellos, los hombres de los equipos especiales estaban listos para intervenir. El agente especial fue el primero en cruzar la puerta, ella lo siguió. Habían desenfundado las armas y, además de las protecciones de kevlar, llevaban gorros con auriculares, micrófono y una pequeña linterna a la altura de la sien derecha. Desde fuera, Stern los guiaba por radio, mientras controlaba en una pantalla los movimientos de la figura detectada por los sensores térmicos. Aquella figura presentaba múltiples gradaciones de color que indicaban las distintas temperaturas del cuerpo, que iban del azul, al amarillo o el rojo. No era posible distinguir su forma.

Pero parecía un cuerpo tendido en el suelo.

Podía tratarse de un herido. Pero, antes de verificarlo, Boris y Mila tendrían que realizar un esmerado registro, según los procedimientos que preveían asegurar primero el entorno.

En el exterior de la casa se habían colocado dos enormes y potentes reflectores que iluminaban ambas fachadas. Pero la luz penetraba débilmente en el interior, a causa de las cortinas corridas. Mila trató de acostumbrar sus ojos a la oscuridad.

—¿Todo bien? —le preguntó Boris en voz baja.

—Todo bien —confirmó ella.

Mientras tanto, donde antes estaba el jardín de los Kobashi se había colocado Goran Gavila, ansioso por fumarse un cigarrillo como no lo estaba desde hacía mucho tiempo. Estaba preocupado. Sobre todo por Mila. Cerca de él, Sarah Rosa visionaba las filmaciones de las cámaras de seguridad sentada delante de cuatro monitores dentro de una unidad móvil. Si de veras había una relación entre aquellas dos casas enfrentadas, dentro de poco lo sabrían.

Lo primero que Mila notó en la casa de Yvonne Gress fue el desorden.

Desde la entrada podía tener una vista completa del cuarto de estar a su izquierda y de la cocina a su derecha. Sobre la mesa había amontonadas cajas de cereales abiertas, botellas de zumo de naranja semivacías y cartones de leche rancia. También había latas de cerveza vacías. La despensa estaba abierta y parte de la comida se hallaba esparcida por el suelo.

Alrededor de la mesa había cuatro sillas. Pero solo una había sido desplazada.

El fregadero estaba repleto de platos sucios y ollas con restos incrustados. Mila dirigió el haz de su linterna hacia la nevera: bajo un imán en forma de tortuga vio la foto de una mujer rubia de unos cuarenta años, que abrazaba sonriente a un muchacho y a una chica un poco mayor.

En el cuarto de estar, la mesa baja delante de una enorme pantalla de plasma estaba llena de botellas de bebidas alcohólicas vacías, más latas de cerveza y ceniceros que rebosaban de colillas. Un sillón había sido arrastrado al centro de la habitación, y se podían ver señales de zapatos enfangados sobre la moqueta.

Boris llamó la atención a Mila y le enseñó el plano de la casa, dándole a entender que se dividirían para luego encontrarse en la base de la escalera que llevaba a la planta superior. Le indicó la zona tras la cocina, reservándose la biblioteca y el estudio.

—Stern, ¿todo sigue bien en la planta de arriba? —susurró Boris por radio.

—No se mueve —fue la respuesta.

Se dirigieron una señal y Mila se encaminó en la dirección que le había sido asignada.

—Lo tengo —dijo en ese momento Sarah Rosa señalando en dirección al monitor—. Mire esto...

Goran se asomó por encima de su hombro: según la sobreimpresión en el margen de la pantalla, aquellas imágenes habían sido tomadas nueve meses antes. La casa de los Kobashi aún estaba en construcción. En la visión acelerada de la videocámara, los obreros vagaban alrededor de la fachada incompleta como hormigas frenéticas.

—Y mire ahora...

Rosa hizo correr un poco la grabación, hasta el ocaso, cuando todos dejaron la obra para irse a casa y volver al día siguiente. Luego puso el vídeo a velocidad normal.

En ese momento se entrevió algo en el recuadro de la puerta de entrada de la casa de los Kobashi.

Era una sombra, quieta, como a la espera. Y fumaba.

El ascua intermitente del cigarrillo desvelaba su presencia. El hombre se hallaba dentro de la casa del dentista y estaba esperando que cayera la noche definitivamente. Cuando estuvo suficientemente oscuro, salió al exterior. Miró a su alrededor, recorrió los pocos metros que lo separaban de la casa de enfrente y entró sin llamar.

—Escuchadme...

Mila se encontraba en el taller de Yvonne Gress, entre telas amontonadas aquí y allá, caballetes y colores esparcidos. Cuando oyó la voz de Goran en el auricular, se detuvo.

—Probablemente hemos entendido lo que ha sucedido en esa casa.

Mila se quedó en espera de la continuación:

—Nos las estamos viendo con un *parásito*.

Mila no entendía nada, pero Goran aclaró la definición:

—Uno de los obreros ocupados en la construcción de la casa de los Kobashi esperaba todas las tardes al cierre de la obra para luego meterse en la vivienda de enfrente. Tememos que pueda haber... —el criminólogo se concedió una pausa para definir mejor la escalofriante idea— secuestrado a la familia en su propia casa.

El huésped toma posesión del nido, asumiendo los comportamientos de la otra especie. Reproduciéndolos en una grotesca imitación, se convence de

formar parte de ella. Lo justifica todo con su amor infecto. No acepta ser rechazado como un cuerpo extraño. Pero cuando se cansa de esa ficción, se deshace de sus nuevos parientes y se busca otro nido que infestar.

Mientras observaba en el taller de Yvonne las señales podridas de su paso, Mila recordó las larvas de *Sarcophaga carnaria* que se retorcían en la alfombra de los Kobashi.

Luego oyó a Stern, que preguntaba:

—¿Durante cuánto tiempo?

—Seis meses —fue la respuesta de Goran.

Mila sintió un nudo en el estómago. Porque durante seis meses, Yvonne y sus hijos habían sido prisioneros de un psicópata que podía haber hecho con ellos lo que había querido. Y además, entre decenas de otras casas, de otras familias, que se habían aislado en aquel lugar para ricos creyendo huir de las cosas malas del mundo, encomendándose a un absurdo ideal de seguridad.

Seis meses. Y nadie se había dado cuenta de nada.

El jardín se podaba todas las semanas, y las rosas en los bancales seguían recibiendo los cuidados cariñosos de los jardineros del complejo residencial. Las luces del porche se habían encendido todas las noches, con el temporizador sincronizado con el horario indicado por el reglamento del condominio. Los niños habían jugado con las bicicletas o a pelota en la avenida de delante de la casa, las señoras habían paseado charlando sobre el pan y los peces e intercambiado recetas de postres. Los hombres habían hecho *jogging* el domingo por la mañana y habían lavado sus coches delante del garaje.

Seis meses. Y nadie había visto nada.

No se habían preguntado el porqué de aquellas cortinas corridas también de día. No se habían fijado en el correo que se acumulaba en el buzón mientras tanto. Nadie había reparado en la ausencia de Yvonne y de sus hijos en los actos sociales del club, como el baile de otoño y la tómbola del 23 de diciembre. Los adornos navideños —iguales para todo el complejo— habían sido dispuestos por los empleados alrededor y sobre la casa, como era habitual, y luego retirados después de las fiestas. El teléfono había sonado, Yvonne y los chicos no habían ido a abrir la puerta cuando alguien había llamado. Sin embargo, nadie había sospechado nada.

Los únicos parientes de los Gress vivían lejos. Pero tampoco a ellos les

había parecido extraño ese silencio dilatado durante tanto tiempo.

En todo aquel larguísimo período, la pequeña familia había invocado, esperado, rezado diariamente para recibir una ayuda o una atención que no llegaron nunca.

—Probablemente se trata de un sádico. Y ese era su juego, su diversión.

«Su casa de muñecas», lo corrigió mentalmente Mila, recordando cómo estaba vestido el cadáver que Albert había dejado en el sofá de los Kobashi.

Pensó en toda la violencia que Yvonne y sus hijos habrían sufrido en aquel larguísimo período de tiempo. Seis meses de suplicios. Seis meses de torturas. Seis meses de agonía. Pero, bien mirado, había bastado menos para que el mundo entero se olvidara de ellos.

Y tampoco los «guardianes de la ley» se habían percatado de nada, ¡incluso estando más de veinticuatro horas en alerta!, justo delante de la casa. También ellos eran de alguna manera culpables, cómplices. También ella.

Una vez más, reflexionó Mila, Albert había sacado a la luz la hipocresía de aquella porción del género humano que se siente «normal» solo porque no suele matar a niñas inocentes cortándoles un brazo, pero que es capaz de cometer otro crimen igual de grave: la indiferencia.

Boris interrumpió el flujo de los pensamientos de Mila.

—Stern, ¿cómo va en la planta de arriba?

—El camino sigue libre.

—Está bien, entonces nos movemos.

Como habían acordado, se encontraron en la base de la escalera que conducía a la segunda planta, la de los dormitorios.

Boris le hizo un gesto a Mila para que lo cubriera. Desde ese momento observarían en el más absoluto silencio para no revelar su posición. Stern estaba autorizado a quebrantarlo únicamente para advertirles en caso de desplazamiento de la figura viva.

Empezaron a subir. También la moqueta que revestía los peldaños estaba cubierta de manchas, huellas y restos de comida. En la pared, a lo largo de la escalera, fotos de vacaciones, cumpleaños y fiestas familiares y, encima, un retrato al óleo de Yvonne con sus hijos. Alguien le había arrancado los ojos a la pintura, quizá fastidiado por aquella mirada insistente.

Cuando llegaron al descansillo, Boris se hizo a un lado para permitirle a Mila que se acercara. Entonces avanzó el primero: diversas puertas entreabiertas se asomaban al pasillo, que, al fondo, giraba a la izquierda.

Tras ese último rincón se encontraba la única presencia viva en toda la casa.

Boris y Mila empezaron a caminar lentamente en esa dirección. Al pasar junto a una de las puertas, Mila reconoció el sonido cadencioso del mensaje en morse que habían hallado en el éter. Abrió despacio la puerta y se encontró frente a la habitación del chico de doce años. Había pósteres de planetas en las paredes y libros de astronomía en los estantes. Delante de la ventana atrancada se veía un telescopio.

Sobre el pequeño escritorio había un diorama de ciencias: la reproducción a escala de un puesto telegráfico de principios del siglo XIX. Consistía en una tablilla de madera con dos pilas secas conectadas, a través de los electrodos y el hilo de cobre, a un disco agujereado que giraba sobre un carrete a intervalos regulares: tres puntos, tres rayas, tres puntos. Todo ello unido con un pequeño cable a un *walkie-talkie* en forma de dinosaurio. Sobre el diorama había una placa de latón en la que se podía leer: 1.^{er} PREMIO.

De allí provenía la señal.

El chico de once años había transformado su trabajo de la escuela en una estación transmisora, evitando los controles y las restricciones del hombre que los tenía prisioneros.

Mila movió el haz de la linterna hacia la cama deshecha. Debajo había un cubo de plástico sucio. Luego también vio señales de roces en los bordes de la cabecera.

Justo en el lado opuesto del pasillo estaba la habitación de la chica de dieciséis años. En la puerta, letras de colores componían un nombre: Keira. Mila echó un vistazo rápido desde el umbral. Las sábanas estaban amontonadas en el piso. Un cajón del armario, que contenía ropa íntima, estaba volcado en el suelo. El espejo de la cómoda había sido colocado frente a la cama. No era difícil imaginar la causa. También en este caso, sobre los montantes había señales de roces.

«Esposas —pensó Mila—. De día los mantenía atados a sus camas.»

Esta vez, el cubo de plástico sucio estaba en un rincón. Debía de servir para las necesidades fisiológicas.

Un par de metros más adelante se encontraba la habitación de Yvonne. El colchón estaba mugriento, y solo había una sábana. En la moqueta se veían manchas de vómito y había esparcidas compresas usadas. En una pared había un clavo que quizá antes había sujetado un cuadro, pero del que ahora colgaba un cinturón de cuero bien visible, mostrando quién mandaba y cómo.

«¡Ésta era tu habitación de los juegos, bastardo! ¡Y quizá de vez en cuando también visitabas a la jovencita! Y cuando te cansabas de ellas, entrabas en la habitación del niño, aunque solo fuera para pegarle...»

La rabia era el único sentimiento que le habían concedido en esta vida. Y Mila se aprovechaba de ello, obteniéndola ávidamente de aquel pozo oscuro.

Quién sabía cuántas veces Yvonne Gress se había forzado a resultar «atractiva» a ojos de aquel monstruo solo para retenerlo consigo en aquella habitación y evitar que fuera a desahogarse con sus hijos.

—Chicos, algo se está moviendo —el tono de Stern era de alarma.

Boris y Mila se volvieron simultáneamente hacia el rincón donde acababa el pasillo. No había más tiempo para inspeccionar, así que apuntaron las armas y las linternas en esa precisa dirección, esperando ver recortarse algo de un momento a otro.

—¡Quieta ahí! —dijo Boris.

—Va hacia vosotros.

Mila desplazó el índice al gatillo e inició una ligera presión. En sus oídos notaba el corazón latirle cada vez más de prisa.

—Está detrás de la esquina.

La presencia soltó un gemido sumiso. Asomó el morro peludo, luego los miró. Era un Terranova. Mila levantó el arma y vio que Boris hacía lo mismo.

—Todo bien —le dijo él a la radio—, solo es un perro.

Tenía el pelo revuelto y pegajoso, los ojos enrojecidos, y estaba herido en una pata.

«No lo ha matado», pensó Mila al tiempo que se acercaba a él.

—Hola, bonito, ven aquí...

—Ha resistido aquí solo durante al menos tres meses; ¿cómo lo ha hecho? —se preguntó Boris.

A medida que Mila avanzaba hacia él, el perro retrocedía.

—Ten cuidado, está asustado, podría morderte.

Mila no prestó atención a las recomendaciones de Boris y siguió acercándose lentamente al Terranova. Se mantenía arrodillada, para tranquilizarlo, y mientras tanto lo llamaba:

—Vamos, precioso, ven conmigo.

Cuando estuvo bastante cerca, vio que llevaba una chapa colgada del collar. A la luz de la linterna leyó el nombre.

—*Terry*, ven conmigo, valiente...

Por fin, el perro se dejó alcanzar. Mila le puso una mano delante del morro, para que la olisqueara.

Boris mientras tanto estaba impaciente.

—Bien, terminemos de comprobar la planta y después dejemos entrar a los demás.

El perro levantó la pata hacia Mila, como si quisiera enseñarle algo.

—Espera...

—¿Qué pasa?

Mila no contestó, sino que se levantó y vio que el Terranova se volvía hacia el rincón oscuro del pasillo.

—Quiere que lo sigamos.

Fueron tras él. Doblaron la esquina y vieron que el pasillo acababa unos metros más allá. Al fondo, a la derecha, había una última habitación.

Boris lo comprobó en el plano.

—Da a la parte de atrás, pero no sé qué es.

La puerta estaba cerrada. Delante de ella había objetos arrinconados. Un edredón con dibujos de huesos estampados, un cuenco, una pelota de colores, una correa y restos de comida.

—Él es el que ha saqueado la despensa —dijo Mila.

—¿Por qué habrá traído aquí sus cosas?

El Terranova se acercó a la puerta como para confirmar que aquella era su caseta.

—Dices que se ha instalado solo ahí... ¿Por qué?

Como si quisiera contestar a la pregunta de Mila, el perro empezó a rascar la madera de la puerta y a aullar.

—Quiere que entremos...

Ella cogió la correa y ató al animal a uno de los radiadores.

—Sé bueno, quédate aquí, *Terry*.

El perro ladró, como si la hubiera entendido. Apartaron los objetos y Mila agarró el pomo de la puerta mientras Boris la mantenía a tiro: los sensores térmicos no habían detectado otras presencias en la casa, pero nunca se sabía. Ambos, en cambio, estaban convencidos de que tras aquella sutil barrera se escondía el trágico epílogo de lo que había ocurrido durante muchos meses.

Mila hizo girar el pomo y luego empujó. La luz de las linternas traspasó la oscuridad. Los haces se movieron de un lado a otro.

La habitación estaba vacía.

Medía cerca de veinte metros cuadrados, el suelo no tenía moqueta y las paredes estaban pintadas de blanco. La ventana estaba cerrada por una gruesa cortina. Del techo colgaba una bombilla. Era como si aquella habitación nunca se hubiera utilizado.

—¿Por qué nos ha traído aquí? —preguntó Mila, más para sí que para Boris—. ¿Y dónde están Yvonne y sus hijos?

Aunque la pregunta exacta era: «¿Dónde han acabado los cuerpos?».

—Stern.

—¿Sí?

—Haz entrar a la científica; nosotros hemos acabado aquí.

Mila volvió al pasillo y desató al perro, que huyó de su control, metiéndose en la habitación. La agente corrió tras él y lo vio colocarse en un rincón.

—¡*Terry*, no puedes estar aquí!

Pero el perro no se movía. Entonces ella se le acercó con la correa entre las manos. El animal ladró de nuevo, pero no parecía amenazador. Finalmente empezó a olfatear el suelo al lado del zócalo. Mila se inclinó junto a él, le apartó el morro y apuntó mejor su linterna. No había nada en aquel punto. Pero luego la vio.

Una manchita marrón.

Tenía un diámetro inferior a tres milímetros. Se acercó más, vio que era oblonga y con la superficie ligeramente arrugada.

Mila no tuvo dudas de lo que era.

—Aquí fue donde sucedió —dijo.

Boris no la entendió.

Entonces Mila se volvió hacia él:

—Aquí fue donde los mató.

—En realidad nos dimos cuenta de que alguien había entrado en aquella casa... Pero ¿sabe?, la señora Yvonne Gress era una mujer sola, agradable... Por eso pensamos que era normal que recibiera visitas masculinas del vecindario a altas horas.

El jefe de los vigilantes jurados le hizo un gesto de complicidad, al que Goran reaccionó levantándose de puntillas para mirarlo mejor a los ojos.

—No se atreva jamás a volver a insinuar algo así.

Lo dijo con un tono neutro, pero que contenía todo el sentido de aquella amenaza.

El falso policía había tenido que justificarse ante sus subordinados por aquel grave incumplimiento. Pero ahora estaba soltando lo acordado con los abogados del complejo de Cabo Alto. Su estrategia consistía en hacer parecer que Yvonne Gress era una mujer fácil porque estaba soltera y era independiente.

Goran le hizo notar que el *ser* —porque no era posible definirlo de otro modo— que durante seis meses había entrado y salido de su casa se había aprovechado del mismo pretexto para cometer todas sus perversidades.

El criminólogo y Rosa habían visionado muchos días filmados de aquel largo período de tiempo. Tuvieron que acelerar la grabación, pero más o menos siempre se repetía la misma escena. A veces, el hombre no se quedaba por la noche, y Goran imaginó que aquellos serían los mejores momentos para la familia segregada. Pero quizá también los peores, ya que no podían desatarse de sus camas, ni tampoco conseguir comida ni agua si él no se ocupaba de ellos.

Ser violados significaba sobrevivir, perennemente desesperados en la búsqueda del mal menor.

En aquellas filmaciones, el hombre también se veía de día, mientras estaba trabajando en la obra. Siempre llevaba una gorra con visera, que impedía a las cámaras de vigilancia grabar los rasgos de su rostro.

Stern interrogó al propietario de la empresa constructora que lo había contratado como temporal. Este dijo que el hombre se llamaba Lebrinsky, pero ese nombre resultó ser falso. Ocurría a menudo, sobre todo porque en las

obras se empleaban extranjeros sin permiso de residencia. Por ley, el empresario solo tenía la obligación de pedirles la documentación, pero no la de averiguar también que fuera auténtica.

Algunos obreros que trabajaron en la casa de los Kobashi en aquel período dijeron que era un tipo taciturno, que iba siempre a la suya, y pusieron a disposición sus recuerdos para trazar un retrato. Pero las reconstrucciones resultaron demasiado diferentes unas de otras para poder ser útiles.

Cuando hubo acabado con el jefe de los vigilantes privados, Goran se reunió con los demás en la casa de Yvonne Gress, que, mientras tanto, se había vuelto dominio exclusivo de Krepp y los suyos.

Los *piercings* del experto en huellas tintineaban alegres sobre su cara, mientras se movía por aquel lugar como un duendecillo por un bosque encantado. Porque eso era precisamente lo que ahora parecía la casa: la moqueta estaba completamente cubierta por telas de plástico transparente, y las lámparas halógenas iluminaban aquí y allá, resaltando una zona o solo un detalle. Hombres con batas blancas y gafas protectoras de plexiglás rociaban cada superficie con polvos y reactivos.

—Bien, nuestro hombre no es muy listo —empezó Krepp—. Aparte del lío que ha organizado el perro, él ha dejado por ahí toda clase de restos: latas, colillas de cigarrillo, vasos usados. ¡Hay tanto ADN que podríamos clonarlo! —ironizó el experto.

—¿Huellas digitales? —preguntó Sarah Rosa.

—¡A montones! Pero por desgracia nunca se ha hospedado en una cárcel, y no está fichado.

Goran sacudió la cabeza: semejante cantidad de huellas y no era posible relacionarlas con un sospechoso. Ciertamente, el parásito era mucho menos prudente que Albert, que se había apresurado a desconectar las cámaras de seguridad antes de introducirse con el cadáver de la niña en la casa de los Kobashi. Justo por eso, había algo que no le encajaba a Goran.

—¿Qué me decís de los cuerpos? Hemos visionado las filmaciones y el parásito nunca ha sacado nada de esta casa.

—Porque no han salido por la puerta...

Todos se interrogaron con la mirada, intentando encontrarle el sentido a esa frase. Krepp añadió:

—Estamos comprobando las alcantarillas, creo que se deshizo así de

ellos.

Los había descuartizado, concluyó Goran. Aquel maniaco había jugado a hacer de maridito dulce y de papaíto adorado. Y luego, un día, se había cansado, o quizá simplemente había acabado su trabajo en la casa de enfrente y entró allí por última vez. Quién sabía si Yvonne y sus hijos se habían dado cuenta de que se estaba acercando el fin.

—Lo extraño, sin embargo, me lo he reservado para el final... —dijo Krepp.

—¿Qué es lo extraño?

—La habitación vacía de la planta superior, donde nuestra amiga policía ha encontrado esa pequeña mancha de sangre.

Mila se sintió cohibida por la mirada de Krepp. Goran la vio ponerse rígida, a la defensiva. El experto producía ese efecto en mucha gente.

—La habitación de la segunda planta será mi «capilla Sixtina» —enfaticó él—. Esa mancha nos hace suponer que llevó a cabo la masacre allí. Y que después él lo limpió todo, aunque se le escapó ese detalle. Pero también hizo algo más: ¡incluso repintó las paredes!

—¿Por qué motivo? —preguntó Boris.

—Porque es estúpido, obviamente. Después de haber dejado semejante montón de pruebas tras de sí y de haberse deshecho de los restos arrojándolos a la alcantarilla, ya se había ganado la cadena perpetua. Así pues, ¿por qué tomarse la molestia de pintar una habitación?

También a Goran le resultaba aún oscuro el motivo.

—Entonces, ¿cómo procederás?

—Quitando la pintura y mirando qué hay debajo. Tardaremos un poco, pero con las nuevas técnicas puedo recuperar todas las manchas de sangre que ese idiota trató de ocultar de una manera tan pueril.

Goran no estaba convencido.

—Por el momento solamente tenemos secuestro de personas y ocultación de cadáver. Le caerá cadena perpetua, pero eso no significa que hayamos hecho justicia. Para hacer salir la verdad y también colgarle la acusación de asesinato, necesitamos esa sangre.

—La tendrás, doctor.

Por el momento, lo que tenían era una descripción muy sumaria del sujeto

que debían buscar. La confrontaron con los datos recogidos por Krepp.

—Diría que se trata de un hombre de entre cuarenta y cincuenta años — empezó a enumerar a Rosa—. Corpulento, de un metro setenta y ocho de altura.

—Las huellas de los zapatos en la moqueta son de un cuarenta y tres, por tanto, diría que se corresponde.

—Fumador.

—Lía los cigarrillos, con picadura y papel de fumar.

—Como yo —dijo Boris—. Siempre es un placer tener algo en común con gente de esa calaña.

—Y diría que le gustan los perros —concluyó Krepp.

—¿Solo porque ha dejado con vida al Terranova? —preguntó Mila.

—No, querida. Hemos hallado pelos de un perro callejero.

—Pero ¿cómo sabemos que fue ese tipo quien lo llevó a la casa?

—Los pelos se encontraban en el lodo del que estaban compuestas las huellas de zapatos que el hombre dejó en la moqueta. Obviamente, también había material de la obra (cemento, colas, disolventes), que sirvió como receptor de todo lo demás. Y, por tanto, también incluía lo que el tipo traía de los alrededores de su casa.

Krepp miró a Mila con la expresión de quien ha sido desafiado de manera inconsciente y al final ha prevalecido con su astucia aplastante. Después de ese paréntesis de gloria, apartó la mirada de ella para volver a ser el frío profesional que todos conocían.

—Y hay otra cosa, pero todavía no he decidido si es digna de mención.

—Tú dila de todos modos... —lo azuzó Goran, manifestándole todo su interés porque sabía cuánto le gustaba a Krepp hacerse de rogar.

—En ese lodo bajo los zapatos había una gran concentración de bacterias. Le he pedido el parecer a mi químico de confianza...

—¿Por qué un químico y no un biólogo?

—Porque he intuido que se trataba de bacterias existentes en la naturaleza utilizadas para usos diferentes, como devorar plástico y derivados del petróleo. —Después especificó—: En realidad, no comen nada, solo producen una enzima. Se usan para sanear los antiguos vertederos.

Al oír esas palabras, Goran notó que Mila desplazaba rápidamente la

mirada hacia Boris, y que él hacía otro tanto.

—¿Los antiguos vertederos? Maldita sea... Lo conocemos.

24

Feldher estaba esperándolos.

El parásito se había atrincherado en su capullo, encima de la colina de residuos.

Tenía armas de todo tipo, que había acumulado durante meses para prepararse para ese ajuste de cuentas. No había hecho mucho por esconderse, en realidad. Sabía bien que antes o después alguien iría a pedirle explicaciones.

Mila llegó con el resto del equipo, seguido por las unidades especiales, que se desplegaron alrededor de la propiedad.

Desde lo alto de su posición, Feldher podía controlar los caminos que conducían al antiguo vertedero. Además, había cortado los árboles que le impedían una vista perfecta. Pero no empezó a disparar en seguida: esperó a que estuvieran apostados para iniciar su tiro al blanco.

Acertó primero a su perro, *Koch*, el chuchito roñoso que vagaba entre la chatarra. Lo dejó seco de un solo tiro en la cabeza. Quería demostrarles a aquellos hombres de allí afuera que iba en serio. Aunque quizá también lo hizo para ahorrarle al animal un final peor, pensó Mila.

Acurrucada detrás de uno de los vehículos blindados, la agente de policía observaba la escena. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde el día en que había estado en esa casa junto con Boris? Habían ido allí para preguntarle a Feldher sobre el orfanato religioso en que había crecido, y él, en cambio, escondía un secreto mucho peor que el de Ronald Dermis.

Había mentido sobre muchas cosas.

Cuando Boris le preguntó si había estado en la cárcel, él asintió. Pero no era verdad. Por eso no habían podido cotejar las huellas dejadas en casa de

Yvonne Gress. Esa mentira, en cambio, le había servido para tener la certeza de que los dos agentes que tenía enfrente no sabían casi nada de él. Y Boris no se había dado cuenta de nada, porque generalmente uno no miente para dar una imagen negativa de sí mismo.

Feldher lo había hecho. Había sido astuto, consideró Mila.

Les había tomado las medidas y había jugado con ellos, seguro de que no tenían elementos para relacionarlo con la casa de Yvonne. Si hubiera sospechado lo contrario, probablemente no habrían salido vivos de aquella casa.

Con posterioridad, Mila se dejó engañar por su presencia en el funeral nocturno de Ronald. Creyó que se trataba de un gesto de piedad, cuando en realidad Feldher estaba controlando la situación.

—¡Malditos bastardos, venid a cogerme!

Los tiros secuenciales de una ametralladora desgarraron el aire, algunos yendo sordamente a impactar sobre los blindados, otros repicando sobre la chatarra.

—¡Hijos de puta! ¡No me cogeréis vivo!

Nadie le respondía, nadie trataba con él. Mila miró a su alrededor: no había ningún negociador con el megáfono listo para intentar persuadirlo de que dejara las armas. Feldher ya había firmado su condena de muerte. A ninguno de los hombres de allí afuera le interesaba salvarle la vida.

Solo esperaban un movimiento en falso para borrarlo de la faz de la Tierra.

Un par de francotiradores ya estaban apostados, listos para disparar en cuanto se asomara un poco de más. De momento, lo dejaron desahogarse. Así era más probable que cometiera un error.

—¡Ella era mía, bastardos! ¡Mía! ¡Solo le he dado lo que quería!

Estaba provocándolos. Y a juzgar por la tensión de los rostros que lo miraban, el intento estaba teniendo éxito.

—Debemos cogerlo vivo —dijo Goran en un momento dado—. Solo así podremos descubrir la relación que existe entre él y Albert.

—No creo que los de las unidades especiales estén muy de acuerdo con eso, doctor —repuso Stern.

—Entonces tenemos que hablar con Roche: debe dar la orden de traer a un

negociador.

—Feldher no se dejará coger: ya lo ha previsto todo, incluido su fin —le hizo notar Sarah Rosa—. Buscará un golpe teatral para irse a lo grande.

No se equivocaba. Los artificieros llegados al lugar localizaron algunas variaciones en el terreno que rodeaba la casa. «Minas antipersona», le dijo uno de ellos a Roche cuando llegó para unirse a sus hombres.

—Con toda la inmundicia que hay ahí debajo, podría desencadenar el fin del mundo.

Consultaron con un geólogo, que confirmó que el vertedero que formaba la colina podía guardar en su interior bolsas de metano producidas por la descomposición de los residuos.

—Tenéis que alejaros de aquí en seguida: un incendio podría ser devastador.

Goran le insistió al inspector jefe para que al menos lo dejara intentar hablar con Feldher. Al final, Roche le concedió media hora.

El criminólogo pensaba utilizar el teléfono, pero Mila recordó que la línea estaba cortada por impago porque, cuando días antes ella y Boris habían intentado ponerse en contacto con Feldher, contestó una voz grabada. La compañía telefónica tardó siete minutos en restablecer el contacto. Disponían solo de veintitrés para convencer al hombre de que se rindiera. Pero cuando el teléfono empezó a sonar en la casa, Feldher le disparó al aparato.

Goran no se dio por vencido. Cogió un megáfono y se colocó tras el blindado más próximo a la casa.

—¡Feldher, soy el doctor Goran Gavila!

—¡Que te den por culo! —Y siguió un disparo.

—Escúcheme: yo lo desprecio, como lo desprecian todos los que están aquí ahora conmigo.

Mila comprendió que Goran no quería engañar a Feldher haciéndole creer cosas que no eran ciertas porque no serviría de nada. Ese hombre ya había decidido su propia suerte. Por eso el criminólogo puso en seguida las cartas sobre la mesa.

—¡Pedazo de mierda, no quiero escucharte! —Otro disparo, esta vez a pocos centímetros de donde estaba Goran.

Aunque estaba bien protegido, el médico se sobresaltó.

—¡Pero creo que lo hará, porque le conviene escuchar lo que tengo que decirle!

¿Qué tipo de ofrecimiento podía hacerle en el punto en que estaban? Mila perdió el sentido de la estrategia de Goran.

—Usted nos es útil, Feldher, porque probablemente conoce al hombre que mantiene prisionera a la sexta niña. Nosotros lo llamamos Albert, pero estoy seguro de que usted sabe cuál es su verdadero nombre.

—¡Me importa una mierda!

—¡Yo creo que sí le importa, porque esa información tiene un valor en este momento!

La recompensa.

Entonces, ¿ese era el juego de Goran! Los diez millones ofrecidos por la Fundación Rockford a quienquiera que diese noticias útiles para el rescate de la niña número seis.

Alguien podría haberse preguntado también qué ventajas podría obtener de esa suma un hombre seguro de ser condenado a cadena perpetua. Mila lo entendió. El criminólogo quería hacer relampaguear en la mente de Feldher la idea de librarse de todo, de poder «burlarse del sistema». Eso que lo había perseguido durante toda la vida, convirtiéndolo en lo que ahora era. Un miserable, un fracasado. Con ese dinero podría pagarse la defensa de un gran abogado, que alegaría enfermedad mental, una opción procesal generalmente reservada a los acusados ricos porque era difícil de demostrar sin los medios económicos adecuados. Feldher podría esperarse una condena inferior — quizá solo una veintena de años— que pagar, no en la cárcel, sino entre los pacientes de un hospital judicial. Luego, una vez que hubiera salido, disfrutaría de su riqueza durante el resto de su vida. De hombre libre.

Y Goran acertó. Porque Feldher siempre había deseado ser algo más. Por eso había entrado en la casa de Yvonne Gress. Para saber, al menos una vez, qué se sentía viviendo como los privilegiados, en un sitio de ricos, con una mujer hermosa, unos hijos guapos y un montón de cosas bonitas.

Ahora tenía la posibilidad de conseguir un doble resultado: adjudicarse el dinero y salir impune.

Saldría de aquella casa por su propio pie, desfilando sonriente por delante de más de cien agentes que lo querían muerto. Pero, sobre todo, saldría como un hombre rico. En cierto modo, hasta como un *héroe*.

Feldher no profirió ningún insulto y no disparó ningún tiro en señal de respuesta: lo estaba pensando.

El criminólogo aprovechó el silencio para alimentar ulteriormente sus expectativas.

—Nadie puede quitarle lo que se ha ganado. Y aunque no me gusta admitirlo, muchos se lo tendrán que agradecer. Por tanto, ahora tire las armas, salga afuera y deje que lo detengan...

«Una vez más, el mal con el fin de hacer el bien», reflexionó Mila. Goran estaba usando la misma técnica que Albert.

Transcurrieron algunos segundos que se le hicieron interminables. Pero sabía que, cuantos más pasaran, más esperanzas había de lograr su plan. De detrás del blindado que la protegía, vio a uno de los hombres de las unidades especiales que alargaba una vara con un espejo en un extremo para comprobar la posición de Feldher en la casa.

Poco después, lo vio en el reflejo.

De él solo se veían el hombro y la nuca. Vestía una chaqueta de camuflaje y un sombrero de caza. Luego también entrevió por un instante su perfil, el mentón con la barba sin afeitar.

Fue cuestión de décimas de segundo. Feldher levantó el fusil, quizá para disparar o en señal de rendición, y el silbido ahogado pasó rápidamente sobre sus cabezas.

Antes de que Mila pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, el primer proyectil ya había alcanzado a Feldher en el cuello. Luego también llegó el segundo, desde otra dirección.

—¡No! —gritó Goran—. ¡Quietos! ¡No disparéis!

Mila vio a los tiradores escogidos de las unidades especiales salir de sus resguardos para apuntar mejor.

Los dos agujeros de bala que Feldher tenía en el cuello rociaban chorros de sangre al ritmo del latido de la carótida. El hombre se arrastró sobre una pierna, con la boca abierta. Con una mano intentaba desesperadamente taponarse las heridas, mientras que con la otra trataba de mantener levantado el fusil para responder al fuego.

Goran, sin pensar en el peligro que corría, salió al descubierto en un desgraciado intento de detener el tiempo.

En ese instante, un tercer tiro más preciso que los otros impactó en la nuca del blanco.

El parásito había sido abatido.

25

—A Sabine le gustan los perros, ¿sabe?

Lo había dicho en presente, pensó Mila. Era normal: aquella madre aún no había ajustado cuentas con el dolor. Dentro de poco empezaría, y la mujer no encontraría descanso ni sueño durante bastantes días.

Pero aún no, era demasiado pronto.

En casos como éstos, a veces, quién sabe por qué, el dolor deja un espacio, una separación entre uno mismo y la noticia, una barrera elástica que se estira y vuelve a su lugar, sin permitir que las palabras «hemos encontrado el cuerpo de su hija» lleven a destino su mensaje. Las palabras rebotan contra ese extraño sentimiento de quietud. Una breve pausa de resignación antes del derrumbamiento.

Un par de horas antes, Chang había entregado a Mila un sobre con los resultados de la comparación del ADN. La niña sentada en el sofá de los Kobashi era Sabine.

La tercera secuestrada.

Y la tercera encontrada.

Ya era un esquema consolidado. Un modus operandi, como diría Goran. Aunque nadie había arriesgado una hipótesis sobre la identidad del cadáver, todos esperaban que fuera ella.

Mila dejó a sus compañeros interrogándose sobre la derrota sufrida en casa de Feldher y buscando, en aquella montaña de residuos, posibles huellas que condujeran a Albert. Había pedido un coche del Departamento y ahora estaba en el cuarto de estar de la casa de los padres de Sabine, en una zona de campo poblada sobre todo por criadores de caballos y gente que había elegido vivir en contacto con la naturaleza. Había recorrido casi ciento cincuenta

kilómetros para llegar allí. El sol estaba poniéndose y ella había podido disfrutar del paisaje de bosques atravesados por riachuelos que luego desembocaban en pequeños lagos de color ámbar. Pensaba que para los padres de Sabine, incluso a aquella hora tan insólita, el hecho de recibir su visita podía resultar tranquilizador, como un indicio de que alguien cuidaba de su pequeña. Y no se equivocaba.

La madre era menuda, delgada, con el rostro excavado por pequeñas arrugas que le imprimían fuerza.

Mila observaba las fotos que la mujer le había puesto entre las manos, la escuchaba contar los primeros y únicos siete años de vida de Sabine. El padre, en cambio, estaba de pie en un rincón de la habitación, apoyado contra la pared, con la mirada baja y las manos a la espalda: se mecía, concentrado solo en su respiración. Mila estaba convencida de que la mujer era la verdadera personalidad fuerte de la casa.

—Sabine nació prematura: ocho semanas antes de lo previsto. Entonces nos dijimos que había sucedido porque tenía unas ganas locas de venir al mundo. Y lo cierto es que algo había de verdad en ello... —Sonrió y el marido la miró, asintiendo—. Los médicos nos dijeron en seguida que no sobreviviría porque su corazón era demasiado débil. Pero, contra todo pronóstico, Sabine resistió. Era tan larga como mi mano y pesaba quinientos gramos, pero luchó con fuerza dentro de la incubadora. Y, semana tras semana, su corazón fue haciéndose cada vez más fuerte... Entonces, los médicos se vieron obligados a cambiar de idea, y nos dijeron que probablemente sobreviviría, pero que se pasaría la vida entre hospitales, medicinas e intervenciones quirúrgicas. En definitiva, que habríamos hecho mejor deseando que muriera... —Se tomó una pausa—. Y así lo hice. En un momento dado estaba tan convencida de que mi niña sufriría durante el resto de sus días que recé para que su corazón se detuviera. Pero Sabine también fue más fuerte que mis oraciones: se desarrolló como una niña normal, y, ocho meses después de su nacimiento, la trajimos a casa.

La mujer se interrumpió y, por un instante, su expresión cambió: se tornó malévola.

—¡Ese hijo de puta ha frustrado todos sus esfuerzos!

Sabine era la más pequeña de todas las víctimas de Albert. Había sido secuestrada en un tióvivo, un sábado por la tarde. Delante de la madre y el

padre, y de las narices de todos los demás padres.

«Porque cada uno de los presentes solo miraba a su propio hijo —había dicho Sarah Rosa en la primera reunión en el Pensatorio. Y Mila recordó que también había añadido—: A la gente no le importa nada, esa es la realidad.»

Mila, en cambio, no había ido a esa casa solo para consolar a los padres de Sabine, sino también para hacerles algunas preguntas. Sabía que tenía que aprovechar esos momentos antes de que el sufrimiento se desbordara de su refugio temporal y lo borrara todo, irremediamente. También era consciente del hecho de que ambos cónyuges habían sido interrogados decenas de veces antes sobre las circunstancias en que había desaparecido la pequeña. Pero quien se había ocupado de ello quizá no poseía su experiencia en materia de niños desaparecidos.

—El hecho —empezó diciendo la agente— es que ustedes son los únicos que podrían haber visto o notado algo. Todas las demás veces, el secuestrador ha actuado en lugares aislados, o cuando estaba solo con sus víctimas. Pero en este caso corrió un riesgo. Y también es posible que hubiera algo que no hubiese funcionado.

—¿Quiere que se lo cuente todo desde el principio?

—Sí, por favor.

La mujer reunió las ideas y luego empezó:

—Aquella era una tarde especial para nosotros. Debe saber que, cuando mi hija cumplió tres años, decidimos dejar el trabajo en la ciudad para trasladarnos aquí. Nos atraía la naturaleza y la posibilidad de criar a Sabine lejos del ruido y la contaminación.

—Ha dicho que la tarde en que su hija fue secuestrada era especial para ustedes...

—En efecto. —La mujer buscó la mirada del marido, después prosiguió—: Nos había tocado la lotería; una buena suma. No es que fuéramos ricos de repente, pero sí teníamos lo suficiente para garantizarles a Sabine y a sus hijos un futuro decoroso... En realidad, yo nunca juego, pero una mañana compré un boleto y sucedió.

La mujer se concedió una sonrisa forzada.

—Apuesto a que siempre se ha preguntado qué cara tendría un ganador de la lotería.

Mila asintió.

—Bueno, ahora ya lo sabe.

—Y fueron al parque de atracciones para celebrarlo, ¿no es así?

—Sí.

—Me gustaría que reconstruyera para mí los momentos exactos en los que Sabine estuvo sobre aquel tiiovivo.

—Elegimos juntos el caballito azul. Durante las primeras dos vueltas, su padre se quedó con ella. Luego Sabine insistió en dar sola la tercera. Era muy testaruda, así que la contentamos.

—Entiendo, con los niños ya se sabe —dijo Mila para absolverla preventivamente de cualquier sentido de culpa.

La mujer levantó los ojos, la miró y luego dijo, segura:

—Sobre la tarima del tiiovivo había otros padres, cada uno junto a su propio hijo. Yo tenía los ojos clavados en la mía. Le juro que no perdí un solo instante de aquella vuelta. Excepto durante los momentos en que Sabine se encontraba en el lado opuesto al nuestro.

«La hizo desaparecer como en un truco de magia», había dicho Stern en el Pensatorio refiriéndose al caballito que había regresado sin ella.

—Nuestra hipótesis es que el secuestrador ya se encontraba sobre el tiiovivo: un padre entre muchos otros —explicó Mila—. De ahí hemos deducido que tiene el aspecto de un hombre común: logró pasar por un padre de familia, escapando en seguida con la niña y confundiéndose entre la multitud. Quizá Sabine lloró o protestó, pero nadie le prestó atención porque, a los ojos de los demás, solo parecía una niña con una rabieta.

Probablemente la idea de que Albert se hubiera hecho pasar por el padre de Sabine dolía más que todo el resto.

—Le aseguro, agente Vasquez, que si hubiera habido un hombre extraño sobre aquel tiiovivo, yo me hubiera dado cuenta. Una madre tiene un sexto sentido para esas cosas.

Lo dijo con tal convicción que Mila no se atrevió a contradecirla.

Albert había conseguido camuflarse a la perfección.

Veinticinco agentes de policía, encerrados en una habitación durante diez días, examinaron cuidadosamente centenares de fotos hechas en el parque de atracciones aquella tarde. También habían sido visionadas las filmaciones caseras realizadas con las videocámaras de las familias. Nada. Ninguna foto

había inmortalizado a Sabine con su secuestrador, ni siquiera de pasada. No aparecían en ningún fotograma, tampoco como sombras desenfocadas al fondo.

Mila no tenía más preguntas que hacer, así que se despidió. Antes de irse, la madre de Sabine insistió para que se llevara una foto de su hija.

—Así no la olvidará —dijo sin saber que Mila, en todo caso, nunca lo haría, y que dentro de unas horas imprimiría sobre su propio cuerpo un tributo a aquella muerte bajo la forma de una nueva cicatriz.

—Lo cogerán, ¿verdad?

La pregunta del padre de Sabine no la sorprendió, sino que más bien la esperaba. Todos lo preguntaban: «¿Encontrarán a mi hija? ¿Capturarán al asesino?».

Y ella le dio la respuesta que daba siempre en esos casos:

—Haremos todo lo posible.

La madre de Sabine había deseado que su hija muriera. Y su petición había sido atendida con siete años de retraso. Mila no pudo evitar pensarlo mientras conducía para volver al Estudio. Los bosques que le habían alegrado el viaje a la ida ahora eran dedos oscuros que se encaramaban hacia el cielo movidos por el viento.

Había programado el navegador GPS para que la llevara de vuelta por el recorrido más corto. Luego ajustó el *display* en la modalidad nocturna. Aquella luz azul resultaba relajante.

La radio del coche solo recibía estaciones de onda media, y, después de un vano peregrinar por las frecuencias, logró sintonizar una que emitía viejos clásicos. Mila tenía la foto de Sabine en el asiento de al lado. Gracias al cielo, a los suyos se les había ahorrado la dolorosa praxis del reconocimiento del cadáver, con los restos descompuestos y ya presas de la fauna cadavérica. Bendijo las conquistas hechas en el campo de la extracción del ADN.

La breve conversación le había dejado un sentimiento de imperfección. Algo no había ido bien, algo que no había funcionado, y que la había bloqueado. Era solo una impresión. Un buen día, la mujer había comprado un boleto de lotería y le había tocado. Luego, su hija había sido víctima de un asesino en serie.

Dos acontecimientos muy improbables en una sola vida.

Lo más terrible de todo, sin embargo, era que ambos acontecimientos estaban conectados.

Si no hubieran ganado la lotería, nunca hubieran ido a celebrarlo al parque de atracciones. Y Sabine no habría sido secuestrada y brutalmente asesinada. El pago definitivo de aquel golpe de suerte había sido la muerte.

«No es verdad —se repitió—. Él ha elegido a las familias, no a las niñas. La habría secuestrado de todos modos.»

Pero, en cualquier caso, ese pensamiento la molestaba, y no veía la hora de llegar al Estudio para relajarse y librarse de él.

La carretera se incrustaba entre las colinas. De vez en cuando, aparecían los carteles de los criaderos de caballos. Estaban separados unos de otros por distancias similares, y para llegar hasta ellos era necesario tomar caminos secundarios que a menudo discurrían por el medio de la nada durante kilómetros. En todo el viaje Mila solo se había cruzado con un par de coches que circulaban en sentido contrario y con una cosechadora con las luces encendidas para señalar a los demás vehículos su lenta velocidad.

En la radio sonó un viejo éxito de Wilson Pickett, *You can't stand alone*.

Tardó algunos segundos en relacionar al artista con el nombre del caso que Boris señaló cuando hablaron de Goran y su mujer.

«Fue mal. Hubo errores, y alguien amenazó con disolver el equipo y despedir al doctor Gavila. Fue Roche quien nos defendió y presionó para que nos quedáramos en nuestros puestos», le había explicado.

¿Qué había ocurrido? ¿Tenía que ver con las fotos de la chica guapa que había entrevistado en el Estudio? ¿Sus nuevos compañeros no habían estado en el piso desde entonces?

En todo caso, eran preguntas a las que no podría dar una respuesta ella sola, y las desechó. Hizo girar el botón del climatizador un poco: afuera había una temperatura de menos tres grados, pero en el coche se estaba bien. Se había quitado la parka antes de iniciar el viaje y había esperado a que el coche se calentara gradualmente. Ese paso del frío intenso al calor al final le había calmado los nervios.

Se dejó seducir agradablemente por el cansancio, que, poco a poco, estaba apoderándose de ella. En definitiva, ese viaje en coche le estaba gustando. En un rincón del parabrisas, el cielo que todos aquellos días había estado cubierto por un grueso manto de nubes se abrió de repente, como si alguien

hubiera descosido un borde, revelando un montón de estrellas esparcidas y dejando filtrar la luz de la luna.

En ese momento, en la soledad de aquellos bosques, Mila se sintió privilegiada, como si aquel espectáculo inesperado fuera solo para ella. Mientras la carretera se curvaba, la franja de luz se desplazó por el cristal del parabrisas. La siguió con la mirada. Pero cuando sus ojos se posaron por un instante sobre el retrovisor, vio un reflejo.

La luz de la luna se había reflejado sobre la carrocería del coche que estaba siguiéndola con los faros apagados.

El cielo se cerró por encima de ella. Y se hizo de nuevo la oscuridad. Mila trató de conservar la calma. Una vez más, alguien estaba copiando sus pasos, como había ocurrido en la plaza empedrada del motel. Pero si la primera vez había aceptado que pudiera ser fruto de su fantasía, ahora estaba absolutamente convencida de su realidad. «Tengo que mantener la calma y pensar.» Si hubiera acelerado, habría revelado su estado de alarma. Y además no conocía la habilidad como conductor de su perseguidor: en aquellas carreteras inaccesibles y desconocidas para ella, una huida podría revelarse fatal. No había casas a la vista, y la primera población estaba al menos unos treinta kilómetros. Además, la aventura nocturna en el orfanato, con Ronald Dermis y su droga en el té, había significado una dura prueba para su ánimo. Hasta entonces no lo había admitido, más bien les decía a todos que se sentía bien y que no había sufrido *shock* alguno. Pero ahora ya no estaba tan segura de poder enfrentarse a otra situación de peligro. Los tendones de los brazos se le agarrotaban, la tensión nerviosa subía. Sentía cómo se le aceleraba el corazón y no sabía cómo pararlo. El pánico se estaba adueñando de ella.

«Debo mantener la calma, mantener la calma y razonar.» Apagó la radio para concentrarse mejor. Comprendió que el acosador se valía de la referencia ofrecida por sus luces de posición para conducir con los faros apagados. Entonces miró por un instante la pantalla del navegador GPS. Lo despegó del salpicadero y se lo colocó sobre las piernas.

Luego alargó el brazo hacia el interruptor de las luces y las apagó.

Aceleró de golpe. Delante solamente tenía un muro de oscuridad. Sin saber por dónde circulaba, únicamente confiaba en el trayecto indicado por el navegador. Curva a la derecha de cuarenta grados. Obedeció y vio el cursor sobre la pantalla dibujar el recorrido. Una recta. La enfiló con un ligero

derrape. Mantenía las manos bien firmes sobre el volante, porque sin orientación bastaría la más mínima variación para enviarla fuera de la carretera. Curva a la izquierda, sesenta grados. Esta vez tuvo que cambiar de marcha de repente para no perder el control y evitar salirse por el arcén. Otra recta, más larga que la anterior. ¿Cuánto tiempo podría resistir sin encender las luces? ¿Había conseguido engañar a quien la perseguía?

Aprovechando la recta que tenía enfrente, miró por el retrovisor durante un instante.

Los faros del coche que iba tras ella se habían encendido.

Su acosador se había mostrado por fin, y no cejaba en su empeño. Las luces de su coche también proyectaban su haz sobre ella y más allá, sobre la carretera que tenía enfrente. Mila viró a tiempo para tomar la curva y, a la vez, encendió los faros. Aceleró y recorrió algo más de trescientos metros a toda velocidad.

Luego frenó de golpe en medio de la carretera y miró de nuevo por el retrovisor.

El repiqueteo del motor junto al tambor que le retumbaba en el pecho fueron los únicos ruidos que oyó. El otro coche se había detenido antes de la curva. Mila podía ver el haz blanco de los faros que se alargaba sobre el asfalto. El rugido del tubo de escape la hizo pensar en una fiera salvaje lista para dar el último salto e hincarle el diente a su presa.

«Ven, estoy esperándote.»

Cogió su revólver y pasó un proyectil al cañón. No sabía de dónde provenía ese ánimo que solo un poco antes parecía no tener. La desesperación la empujaba a un duelo absurdo en medio de la nada.

Pero su perseguidor no aceptó la invitación. Los faros más allá de la curva desaparecieron y dejaron sitio a dos débiles reflejos rojos.

El coche había dado media vuelta.

Mila no se movió. Luego volvió a respirar con normalidad.

Por un instante bajó la mirada hacia el asiento, casi queriendo encontrar consuelo en la sonrisa de Sabine.

Solo entonces se percató de que en aquella foto había algo que estaba mal.

Era poco más de medianoche cuando llegó al Estudio. Todavía estaba

nerviosa, y durante el resto del trayecto no había hecho más que pensar en la foto de Sabine, mirando al mismo tiempo alrededor, a la espera de que quienquiera que la hubiera seguido apareciera de un momento a otro por un camino lateral o la acechara desde detrás de alguna curva.

Subió con rapidez la escalera que llevaba al piso. Quería hablar con Goran en seguida y contarle al equipo lo que había pasado. Quizá fuera Albert quien la seguía. Es más, estaba segura de que se trataba de él. Pero ¿por qué precisamente a ella? Y luego estaba aquella historia de Sabine, pero también podía tratarse de un error suyo...

Al llegar al piso, abrió la pesada puerta acorazada con las llaves que Stern le había dejado, superó la garita y se encontró inmersa en el más completo silencio. El gemido de sus zapatos de goma sobre el suelo de linóleo era el único sonido en aquellas habitaciones, que revisó rápidamente. Primero la sala común, donde en el borde de un cenicero reparó en un cigarrillo que se había consumido dejando una larga tira de ceniza gris. En la mesa de la cocina se veían los restos de una cena —el tenedor apoyado a un lado del plato, una porción de flan apenas tocada—, como si alguien se hubiera visto obligado a interrumpir de repente su comida. Las luces estaban todas encendidas, también las del Pensatorio. Mila aceleró el paso hacia los dormitorios: indudablemente algo había pasado. La cama de Stern estaba deshecha, sobre su almohada había una cajita de caramelos de menta.

El timbre de su teléfono le anunció la llegada de un SMS. Lo leyó.

**Vamos a casa Gress. Krepp quiere mostrarnos algo.
Alcánzanos. Boris.**

26

Al llegar a casa de Yvonne Gress vio que no todos habían entrado: Sarah Rosa se estaba poniendo la bata y los cubrezapatos de plástico junto al furgón. Mila se dio cuenta de que, durante los últimos días, la mujer estaba mucho más tranquila cuando se encontraban. Pasaba de largo, casi siempre sumida en sus pensamientos; quizá fuera por sus problemas familiares.

Rosa la miró.

—¡Joder! No te pierdes una, ¿eh?

«Como si no hubiera dicho nada...», pensó Mila.

La ignoró e intentó subir al furgón para coger una bata. Pero Rosa se plantó en la escalerilla, impidiéndole el paso.

—¡Eh, estoy hablando contigo!

—¿Qué quieres?

—Te gusta mucho hacerte la sabelotodo, ¿verdad?

Estaba a pocos centímetros de su cara. Desde abajo, Mila pudo percibir su aliento, que olía a cigarrillos, chicle y café. Habría querido apartarla, o a lo mejor decirle cuatro cosas. Pero luego recordó lo que le había contado Goran a propósito de su separación y de la hija con trastornos alimentarios, y prefirió aplazarlo.

—¿Por qué me la tienes jurada, Rosa? Solo estoy haciendo mi trabajo.

—Pues entonces ya deberías haber encontrado a la niña número seis, ¿no te parece?

—La encontraré.

—¿Sabes?, no creo que te quedes mucho tiempo en este equipo. Por el momento parece que los has conquistado, pero antes o después comprenderán que podemos prescindir de ti.

Rosa se hizo a un lado, pero Mila permaneció donde estaba.

—Si tanto me odias, ¿por qué después de lo del orfanato, cuando Roche quiso echarme, tú también votaste para que me quedara?

La mujer se volvió hacia ella con una expresión divertida.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El doctor Gavila.

Rosa dejó escapar una risotada y sacudió la cabeza.

—¿Ves, querida?, es precisamente por este tipo de cosas por lo que no durarás mucho. Si te lo reveló en confianza, lo has traicionado al decírmelo. Por otra parte, él se burló de ti..., porque yo voté en contra.

Y la dejó allí, petrificada, mientras ella se encaminaba hacia la casa con paso seguro. Mila la siguió con la mirada, desconcertada por sus últimas palabras. Luego entró en el furgón para cambiarse.

Krepp había garantizado que sería su «capilla Sixtina», y, de hecho, la comparación con la habitación de la segunda planta de la casa de Yvonne Gress no era tan azarosa.

En la era moderna, la obra maestra de Miguel Ángel se había beneficiado de una restauración radical que había devuelto a las pinturas su esplendor original, a menudo liberándolas de la capa de polvo, humo y sebo animal acumulada durante siglos de uso de velas y braseros. Los expertos habían empezado su trabajo en una pequeña porción —casi del tamaño de un sello— para hacerse una idea de lo que se escondía debajo. Su sorpresa fue enorme: la espesa capa de hollín ocultaba colores extraordinarios, imposibles de imaginar antes.

Así que Krepp había empezado por una simple gota de sangre —aquella encontrada por Mila con la ayuda del Terranova— para llegar a realizar su obra maestra.

—En los desagües de la casa no había material orgánico —dijo el experto de la científica—. Pero las tuberías estaban deterioradas y había rastros de ácido hidroclorehídrico. Suponemos que Feldher lo utilizó para disolver los restos y así deshacerse mejor de ellos. El ácido es muy eficaz incluso con los tejidos óseos.

Mila solo oyó la última parte de la frase cuando llegaba al descansillo de

la escalera de la segunda planta. Krepp se encontraba en el centro del pasillo y delante de él estaban Goran, Boris y Stern. Más atrás estaba Rosa, apoyada en la pared.

—Por tanto, el único elemento que tenemos para atribuirle la matanza a Feldher es esa pequeña mancha de sangre.

—¿Ya la has hecho analizar?

—Chang sostiene que existe el noventa por ciento de posibilidades de que pertenezca al chiquillo.

Goran se volvió a mirar a Mila, luego se dirigió de nuevo a Krepp:

—Bueno, ya estamos todos. Podemos empezar...

La había esperado. Debería haberse sentido halagada, pero no podía olvidar las palabras de Sarah Rosa. ¿A quién creer? ¿A aquella loca histérica que la maltrataba ya desde el principio, o bien a Goran?

Mientras tanto Krepp, antes de hacerlos pasar a la habitación, les recomendó:

—Podremos estar dentro a lo sumo un cuarto de hora, por tanto, si tenéis preguntas hacedlas ahora.

Callaron.

—Bien, entremos.

La habitación estaba sellada por una doble puerta acristalada con un pequeño paso en el centro que permitía la entrada a una sola persona cada vez y que servía para preservar el microclima. Antes de acceder, un colaborador de Krepp tomó a cada uno la temperatura corporal con un termómetro de infrarrojos, parecido al que suele usarse con los niños. Luego introdujo los datos en un ordenador unido a los humectantes presentes en la habitación que corregirían las propias aportaciones para mantener constante la condición térmica del lugar.

El motivo de aquellas medidas fue explicado por el propio Krepp, que entró en la habitación en último lugar.

—El problema principal ha sido la pintura utilizada por Feldher para cubrir las paredes. No se podía retirar con un disolvente normal sin llevarse también por delante lo que había debajo.

—Entonces, ¿cómo lo has hecho? —quiso saber Goran.

—La hemos analizado y hemos descubierto que se trataba de un tinte al

agua que usa como aglutinador una grasa de origen vegetal. Ha bastado con introducir en el aire una solución de alcohol fino y dejarla en suspensión durante algunas horas para liberar la grasa. Prácticamente hemos reducido el espesor de la pintura de las paredes. Si hay sangre ahí debajo, el luminol debería ser capaz de hacerla emerger...

La 3-aminofthalhidrazida, más conocida como luminol, es la sustancia sobre la que se apoya gran parte de la técnica de la policía científica moderna. Se basa en la actividad de catalizador del grupo EME contenido en la hemoglobina. El luminol, al reaccionar con ese elemento de la sangre, produce una fluorescencia azul, visible solo en la oscuridad. Para poder ser eficaz, sin embargo, el producto debe combinarse antes con un agente oxidante, generalmente, peróxido de hidrógeno, y después pulverizarse en el aire con una solución acuosa.

El luminol solo tiene un inconveniente: la duración del efecto fluorescente es de apenas treinta segundos. Lo que convierte la prueba en prácticamente irrepetible después de la primera vez.

Por eso, una serie de cámaras de fotos con película de larga exposición documentarían cada resultado antes de que se desvaneciera para siempre.

Krepp distribuyó máscaras provistas de filtros especiales y gafas protectoras porque, aunque no se había demostrado todavía, se temía que el luminol pudiera ser cancerígeno.

Luego se dirigió a Gavila:

—Cuando quieras...

—Empecemos ya.

Con un *walkie-talkie*, Krepp transmitió a los suyos la orden de que se quedaran fuera.

Y apagaron todas las luces.

La sensación no fue agradable para Mila. En aquella oscuridad claustrofóbica, logró reconocer solamente su aliento, que, filtrado por la máscara, casi parecía un estertor sordo. Se sobrepuso a la respiración mecánica y profunda de los humectantes, que bombeaban continuamente sus vapores en la habitación.

Trató de conservar la calma, aunque la ansiedad crecía en su pecho y no veía la hora de que acabara aquel experimento.

Poco después, el ruido cambió. Las boquillas empezaron a introducir en el

aire la solución química que haría visible la sangre de las paredes. El sutil silbido de la nueva sustancia sería acompañado en breve por un ligero reflejo azulado, que empezaba a componerse a todo su alrededor. Parecía la luz del sol filtrada por las profundidades marinas.

En un primer momento, Mila pensó que solo era un efecto óptico, una especie de espejismo creado por su mente en respuesta a un estado de hiperventilación. Pero cuando el efecto se dilató, se dio cuenta de que podía ver de nuevo a sus compañeros. Como si alguien hubiera encendido las luces, reemplazando sin embargo el color helado de los focos halógenos por aquella nueva tonalidad de azul. Al principio se preguntó cómo era posible, luego lo comprendió.

Había tal cantidad de salpicaduras de sangre en las paredes que el efecto del luminol las iluminaba todas.

Las salpicaduras iban en varias direcciones, pero parecían partir todas del centro exacto de la habitación. Como si allí en medio hubiera habido una especie de altar para el sacrificio. El techo, además, parecía un cielo estrellado. La magnificencia de la representación solo se quebraba por el conocimiento de qué era lo que había producido aquella ilusión óptica.

Feldher debía de haber usado una sierra mecánica para reducir los cuerpos a un montón de carne machacada, una papilla fácil de tirar por el váter.

Mila se percató de que también los demás estaban tan petrificados como ella. Miraban a su alrededor como autómatas, mientras las cámaras fotográficas de precisión, dispuestas a lo largo del perímetro, seguían disparando, inexorables y crueles. Habían pasado apenas quince segundos y el luminol seguía haciendo aparecer nuevas manchas, cada vez más evidentes.

Miraron aquel horror.

Luego Boris levantó el brazo hacia un lado de la habitación, señalando a los presentes lo que, poco a poco, afloraba en el muro.

—Mirad... —dijo.

Y ellos lo vieron.

En una zona de la pared, el luminol no había logrado arraigar, no había encontrado nada, y esa parte seguía quedando blanca. Estaba enmarcada por manchitas azules que dibujaban un contorno. Como cuando se utiliza pintura en aerosol sobre un objeto contra un muro y luego, detrás, queda impresa la forma. Como una silueta recortada contra el revoque. Como el negativo de una

fotografía.

Cada uno de ellos pensó que la huella podía compararse vagamente con una sombra humana.

Mientras Feldher se encarnizaba con los cuerpos de Yvonne y sus hijos con escalofriante ferocidad, en un rincón de la habitación, alguien asistía impasible al espectáculo.

27

Han dicho su nombre.

Está segura. No lo ha soñado. Eso ha sido lo que la ha arrancado del sueño esta vez, no el miedo, ni la repentina conciencia de dónde se encuentra desde quién sabe cuánto tiempo.

El efecto de la droga que le confunde los sentidos se ha desvanecido en el momento mismo en que ha oído su nombre retumbar en la barriga del monstruo. Casi como un eco que ha venido a buscarla quién sabe desde dónde, y que por fin la ha encontrado.

«¡Estoy aquí!», querría gritar, pero no lo consigue, aún tiene la boca pastosa.

Y, además, ahora también están esos ruidos. Sonidos que no estaban antes. ¿Qué parecen?, ¿pasos? Sí, son pasos de zapatos pesados. Más zapatos, juntos. ¡Hay gente! ¿Dónde? Están encima de ella, alrededor de ella. Por todos lados, pero en todo caso lejos, demasiado lejos. ¿Qué hacen allí? ¿Han ido a buscarla? Sí, así es. Se encuentran allí por ella. Pero no pueden verla en la barriga del monstruo. Entonces lo único que le queda es intentar que ellos la oigan.

«Socorro», intenta decir.

La voz le sale estrangulada, infectada por días de agonía inducida, de sueño violento y cobarde, que le es suministrado a placer, sin criterio, solo para mantenerla quieta mientras el monstruo la digiere en su estómago de piedra. Y el mundo, ahí fuera, se olvida lentamente de ella.

«¡Pero si ellos están aquí, entonces no me han olvidado todavía!»

El pensamiento le infunde una fuerza que no creía poseer. Una reserva retenida por su cuerpo en un escondite profundo y que solo se usa para las

emergencias. Empieza a razonar.

«¿Cómo puedo señalar mi presencia?»

El brazo izquierdo está siempre vendado. Las piernas le pesan. El brazo derecho es su única posibilidad, el sostén que todavía la mantiene unida a la vida. El mando a distancia siempre está sujeto a la palma de su mano. Conectado solamente a aquellos locos dibujos animados que ya le han consumido la mente. Lo levanta, lo dirige hacia la pantalla. El volumen es normal, pero quizá se puede subir. Lo intenta, pero no logra encontrar el botón adecuado. Quizá porque todos funcionan para dar una sola orden. Mientras tanto, los ruidos continúan por encima de ella. La voz que oye pertenece a una mujer. Pero hay un hombre con ella. Más bien, son dos.

«¡Tengo que llamarlos! ¡Tengo que hacer algo para que se den cuenta de que estoy viva, de otro modo moriré aquí abajo!»

Es la primera vez que nombra la posibilidad de morir. Hasta ahora siempre ha evitado ese pensamiento. Quizá lo haya hecho por una especie de superstición. Quizá porque una niña no debería pensar en la muerte. Pero ahora se da cuenta de que, si nadie fuera a salvarla, esa sería su suerte.

Lo absurdo es que quien pondrá fin a su breve existencia ahora está curándola. Le ha vendado el brazo, le administra las medicinas a través del gotero. Se ocupa escrupulosamente de ella. ¿Por qué lo hace, si al final la matará de todos modos? La pregunta no la consuela. Hay un único motivo para mantenerla ahí abajo con vida. Y sospecha que le producirá mucho más dolor.

Por tanto, quizá esa sea la única ocasión que tendrá para salir de allí, para regresar a su casa y volver a ver a sus seres queridos. Su madre, su padre, su abuelo..., incluso a Houdini. Jura que incluso querrá a ese gato maldito si acaba esa pesadilla.

Levanta la mano y empieza a golpear fuertemente con el mando a distancia en el borde de acero de la cama. El sonido que logra producir es molesto incluso para ella, pero resulta liberador. Más fuerte, cada vez más fuerte. Hasta que siente que el aparato de plástico comienza a romperse. No le importa. Los tañidos metálicos se hacen cada vez más rabiosos. Y de su garganta emerge entonces un grito quebrado:

—¡Estoy aquí!

El mando a distancia se separa de la mano y se ve obligada a parar.

Pero oye algo encima de ella. Puede ser positivo, o no. Es silencio. Quizá se hayan dado cuenta de algo y ahora tratan de escuchar mejor. ¡Es así, no pueden haberse ido ya! Entonces empieza a golpear de nuevo, aunque el brazo derecho le duele. Ahora el dolor le atraviesa la espalda y va a confluír en el izquierdo. Aunque eso no hace más que aumentar su desesperación porque, si por casualidad alguien la oye, después será peor, está segura de ello. Alguien se vengará de ella. Y se lo hará pagar.

Lágrimas frías ruedan por sus mejillas. Pero los ruidos empiezan de nuevo y ella recupera el ánimo.

Una sombra se aparta de la pared de roca y se dirige hacia ella.

La ve, pero ella continúa de todos modos. Cuando la sombra está lo bastante cerca, puede ver las manos delicadas, el vestidito azul, el pelo castaño que le cae suavemente sobre los hombros.

La sombra se dirige a ella con la voz de una niña.

—Ya basta —le dice—. Te oirán.

Luego apoya una mano sobre la suya. Ese contacto es suficiente para hacerla detenerse.

—Te lo ruego —añade la niña.

Y su súplica es tan desconsolada que ella se convence y no empieza de nuevo. No conoce el motivo por el que esa niña desea una cosa tan absurda como quedarse allí dentro. Pero la obedece de todas formas. No sabe si echarse a llorar por ese intento fallido, o bien ser feliz por haber descubierto que no está sola. Está tan agradecida de que la primera presencia humana de la que tiene conocimiento sea una niña como ella que no quiere decepcionarla. Y olvida incluso que quiere salir de allí.

Las voces y los ruidos en la planta de arriba han cesado. Esta vez, el silencio es definitivo. La niña aparta la mano de la suya.

—Quédate... —le suplica ella entonces.

—No debes preocuparte, nos veremos de nuevo...

Y se aleja volviendo a la oscuridad. Ella la deja marcharse, y se aferra a esa pequeña e insignificante promesa para seguir esperando.

28

—¡El sillón de Alexander Bermann!

En el Pensatorio, el equipo se había concentrado en las palabras de Gavila. Regresaron con la memoria al gueto donde el pedófilo tenía su madriguera y el ordenador con el que salía de caza por Internet.

—¡Krepp no encontró huellas en el viejo sillón de piel que había en el sótano!

De repente, a Goran aquello le parecía una revelación.

—¡Sobre todo lo demás, sí, a cientos, pero allí no! ¿Por qué? ¿Porque alguien se había tomado la molestia de borrarlas!

Luego, el criminólogo se movió hacia la pared sobre la que estaban clavados con chinchetas todos los informes, las fotos y los papeles con los resultados del caso del orfanato. Despegó una y empezó a leer. Era la transcripción de la grabación en la que el Ronald Dermis niño se confesaba con el padre Rolf, contenida en la grabadora hallada en el ataúd de Billy Moore.

—«Tú sabes lo que le ha pasado a Billy, ¿verdad, Ron?» «Dios se lo ha llevado consigo.» «No ha sido Dios, Ron. ¿Tú sabes quién ha sido?» «Se cayó. Se cayó de la torre.» «Pero tú estabas con él...» «... Sí.» Y después, más adelante, el cura afirma: «Nadie te castigará si dices lo que pasó. Es una promesa». Y se oye cómo responde Ronald: «Él me dijo que lo hiciera». ¿Lo entendéis? «Él.»

Goran miró uno tras otro los rostros que lo observaban perplejos.

—Escuchad ahora lo que le pregunta el padre Rolf: «¿Él, quién? ¿Billy? ¿Te dijo Billy que lo empujaras?». «No», replica Ronald. «Entonces, ¿fue uno de los demás niños?», y Ronald de nuevo: «No». «¿Entonces, quién? Vamos,

respóndeme. Esa persona que dices no existe, ¿verdad? Es solo fruto de tu imaginación...» Ronald parece seguro cuando lo niega de nuevo, pero el padre Rolf insiste: «No hay nadie más aquí. Solo tus compañeros y yo». Y Ronald finalmente responde: «Él solo viene por mí».

Poco a poco, todos empezaban a darse cuenta.

Goran, excitado como un crío, corrió de nuevo hacia los papeles de la pared y cogió una copia de la carta que el Ronald adulto les había mandado a los investigadores.

—De la carta me sorprendió una frase: «después llegó ÉL. ÉL me entendía, me ha enseñado».

Les mostró la carta señalando el pasaje.

—¿Veis? Aquí la palabra «él» ha sido escrita en letras mayúsculas a propósito... Ya había reflexionado sobre ello, pero la conclusión a la que llegué era errónea. Creí que era un claro ejemplo de disociación de la personalidad, en la que el yo negativo aparece siempre separado del yo agente. Y por eso se convierte en «ÉL»... «He sido YO. Pero ha sido ÉL quien me ha dicho que lo hiciera. La culpa de lo que soy ES SUYA.» ¡Me equivocaba! ¡Y estaba cometiendo la misma equivocación que el padre Rolf treinta años antes! Cuando durante la confesión Ronald lo nombró a «ÉL», el cura creyó que se refería a sí mismo, y que solo estaba tratando de exteriorizar la propia culpa. Es típico de los niños, pero el Ronald que nosotros conocimos ya no era un niño...

Mila vio disminuir un poco la energía en la mirada de Goran, lo que solía sucederle cada vez que cometía un error de valoración.

—¡Ese «Él» al que Ronald hace referencia no es una proyección de su psique, un doble al que atribuir la responsabilidad de las propias acciones! ¡No, es el mismo «Él» que se acomodaba en el sillón de Alexander Bermann cada vez que este se conectaba a Internet a la caza de niños! Feldher deja una miríada de huellas en la casa de Yvonne Gress, pero se preocupa de repintar la habitación de la masacre porque en la pared está lo único que debe ocultar..., o tal vez evidenciar: ¡la imagen inmortalizada por la sangre del hombre que asiste al espectáculo! Por tanto, «Él» es Albert.

—Lo siento, pero no encaja —afirmó Sarah Rosa con una calma y una seguridad que asombró a todo el mundo—. Hemos visionado las filmaciones del sistema de seguridad de Cabo Alto y, aparte de Feldher, nadie más entró en

aquella casa.

Goran se volvió hacia ella, señalándola con un dedo:

—Exacto, porque él desconectó las cámaras al provocar un pequeño apagón cada vez. Bien pensado, el mismo efecto en la pared podía conseguirse con un perfil de cartón o un maniquí. ¿Y eso qué nos enseña?

—Que es un experto creador de ilusiones —dijo Mila.

—¡Exacto también! Desde el principio, ese hombre nos desafía a que comprendamos sus tretas. Tomad como ejemplo el secuestro de Sabine en el tiovivo... ¡Magistral! ¡Decenas de personas, decenas de pares de ojos en el parque de atracciones y nadie notó nada!

Goran daba la impresión de estar realmente admirado por la habilidad de su competidor, pero no porque no sintiera compasión por las víctimas; no era una demostración de falta de humanidad por su parte. Albert era su objeto de estudio, y comprender los dispositivos que movían su mente era un desafío fascinante.

—Personalmente, en cambio —prosiguió—, creo que Albert estaba presente en la habitación mientras Feldher descuartizaba a sus víctimas. Excluiría maniqués o trucos parecidos, ¿y sabéis por qué? —El criminólogo disfrutó por un segundo de la expresión de incertidumbre en sus rostros—. En la disposición de las manchas de sangre en la pared alrededor de la silueta, Krepp ha localizado «variaciones constantes», así las ha definido. Lo que significa que cualquiera que fuera el obstáculo que se interpuso entre la sangre y la pared no estaba inmóvil, sino que se movía...

Sarah Rosa se quedó con la boca abierta. No había mucho más que decir.

—Seamos prácticos —dijo Stern—. Si Albert conoció a Ronald Dermis cuando este era un niño, ¿cuántos años podía tener? ¿Veinte, treinta? Por tanto, ahora tendrá cincuenta o sesenta.

—Justo —asintió Boris—. Y teniendo en cuenta las dimensiones de la sombra que se ha formado en la pared de la habitación de la masacre, diría que mide alrededor de un metro setenta.

—Un metro sesenta y nueve —precisó Sarah Rosa, que ya había hecho tomar la medida.

—Tenemos una descripción parcial del hombre que debemos buscar; ya es algo.

Goran retomó entonces la palabra:

—Bermann, Ronald, Feldher: son como lobos, y los lobos a menudo cazan en manada. Cada manada tiene un jefe, y Albert nos está diciendo precisamente eso: él es su líder. Ha habido un momento en la vida de esos tres individuos en que lo han encontrado, juntos o bien por separado. Ronald y Feldher se conocían, crecieron en el mismo orfanato. Pero es posible que no supieran quién era Alexander Bermann... El único elemento común es él, Albert. Por eso ha dejado su firma en cada escenario del crimen.

—¿Y ahora qué pasará? —preguntó Sarah Rosa.

—Podéis imaginarlo solos... *Dos*. En la lista todavía faltan los cadáveres de dos niñas y, por consiguiente, dos miembros de la manada.

—También está la niña número seis —recordó Mila.

—Sí... Pero esa Albert la reserva para sí mismo.

Llevaba media hora en la acera de enfrente sin encontrar el ánimo para llamar, buscando las palabras exactas para justificar su presencia allí. Estaba tan desacostumbrada a las relaciones interpersonales que hasta las aproximaciones más simples le parecían imposibles. Y, mientras tanto, se estaba helando allí fuera sin poder decidirse.

«Cuando pase el próximo coche azul, me muevo, prometido.»

Eran las nueve pasadas y el tráfico era escaso. En las ventanas de la casa de Goran, en la tercera planta del inmueble, había luz. La calle mojada por la nieve caída era un concierto de goteos metálicos, cañerías gorgoteantes y chorreantes canalones de desagüe.

«Está bien, allá voy.»

Mila salió del cono de sombra que la protegía hasta entonces de las miradas de posibles vecinos curiosos y alcanzó rápidamente el portón. Era un edificio viejo, que había albergado una fábrica a mediados del siglo XIX, con amplios ventanales, anchas cornisas y chimeneas que todavía adornaban los tejados. Había bastantes en la zona. Probablemente todo el barrio había sido recalificado por obra de algún arquitecto que había transformado los viejos talleres industriales en viviendas.

Llamó al portero automático y esperó.

Pasó casi un minuto antes de oír la voz chirriante de Goran.

—¿Quién es?

—Soy Mila. Perdóname, pero necesitaba hablar contigo y prefería no hacerlo por teléfono. Antes, en el Estudio, estabas muy ocupado, y entonces he pensado que...

—Sube. Tercera planta.

A continuación se oyó un breve zumbido y el portón se abrió.

Un montacargas hacía las veces de ascensor. Para accionarlo era necesario cerrar a mano las puertas correderas y maniobrar una palanca. Mila subió lentamente las plantas, hasta la tercera. En el descansillo de la escalera encontró una única puerta, entornada para ella.

—Entra, ponte cómoda.

La voz de Goran la alcanzó desde el interior del piso. Mila la siguió. Era un amplio *loft*, al que se asomaban varias habitaciones. El suelo era de madera tosca. Los radiadores, de hierro colado, estaban dispuestos alrededor de las columnas. Una gran chimenea encendida otorgaba al entorno un color ambarino. Mila cerró la puerta a su espalda, preguntándose dónde estaría Goran. Luego lo vio aparecer fugazmente en el umbral de la cocina.

—Un instante y voy.

—Tómate tu tiempo.

Miró a su alrededor. A diferencia del aspecto siempre descuidado del criminólogo, su casa estaba muy ordenada. No había un solo dedo de polvo y todo parecía reflejar el cuidado que aquel hombre estaba poniendo para aportar un poco de armonía a la vida de su hijo.

Poco después lo vio llegar con un vaso de agua en la mano.

—Lo siento, me he presentado aquí de improviso.

—No pasa nada, generalmente me voy a dormir tarde. —Y añadió, señalando el vaso—: Iba a acostar a Tommy. No tardaré mucho. Siéntate, o sírvete algo de beber: ahí al fondo hay un mueble bar.

Mila asintió y lo vio dirigirse hacia una de las habitaciones. Para sentirse un poco menos incómoda, fue a prepararse un vodka con hielo. Mientras bebía, de pie junto a la chimenea, vio al criminólogo a través de la puerta entreabierta de la habitación de su hijo. Estaba sentado en la cama del niño y le explicaba algo, mientras con una mano le acariciaba el costado. En la penumbra de aquella habitación, apenas alumbrada por una lámpara con forma de payaso, Tommy aparecía como un bulto bajo las mantas, descrito por las caricias del padre.

En ese contexto familiar, Goran parecía otro.

Quién sabe por qué le volvió a la mente el recuerdo de la primera vez que, de pequeña, fue a buscar a su padre al despacho. El hombre con traje y corbata que salía de casa todas las mañanas allí se transformaba: se convertía en una persona dura y seria, muy distinto de su dulce papá. Mila recordó haberse quedado un poco desconcertada.

Para Goran valía el razonamiento opuesto, y verlo cumplir en su papel de padre le inspiraba una inmensa ternura.

Mila nunca experimentaba esa dicotomía. De ella solamente había una versión. No existía solución de continuidad en su vida. Nunca dejaba de ser la agente de policía que buscaba a personas desaparecidas, porque siempre las estaba buscando. En sus días libres, cuando estaba de permiso, mientras hacía la compra. Escutar los rostros de los extraños se había convertido en una costumbre para ella.

Los menores que desaparecen, como todos, tienen una historia. Pero esa historia se interrumpe en algún punto. Mila recorría sus pequeños pasos perdidos en la oscuridad. Nunca olvidaba sus rostros. Podían incluso pasar años, pero ella siempre sería capaz de reconocerlos.

«Porque los niños están entre nosotros —se dijo—. A veces basta con buscarlos en los adultos en que se han convertido.»

Goran le estaba contando un cuento a su hijo, y Mila no quiso perturbar más esa escena tan íntima con su mirada. No era un espectáculo para sus ojos. Se volvió, pero en seguida se cruzó con la sonrisa de Tommy en una fotografía enmarcada. Si la hubiera visto, la habría hecho sentirse mal, así que tardó en levantar la mirada con la esperanza de encontrarlo en la cama.

Tommy era una parte de la vida de Goran que todavía no estaba preparada para conocer.

Poco después, él se reunió con ella y, con una sonrisa, anunció:

—Se ha dormido.

—No quería molestar. Pero he creído que era importante.

—Ya te has excusado. Ahora adelante, dime qué sucede...

Se sentó en uno de los sofás y la invitó a sentarse junto a él. El fuego de la chimenea proyectaba en la pared sombras danzantes.

—Ha ocurrido de nuevo: me han seguido.

El criminólogo arrugó la frente.

—¿Estás segura?

—La otra vez no, pero ahora sí.

Mila le contó lo ocurrido tratando de no omitir ningún detalle. El coche con los faros apagados, el reflejo de la luna sobre la carrocería, el hecho de que su perseguidor hubiera preferido dar media vuelta una vez descubierto.

—¿Por qué alguien iba a seguirte precisamente a ti?

Anteriormente, ya le había hecho esa misma pregunta, en el restaurante, cuando ella le contó que en la plaza del motel había tenido la sensación de que la seguían. Esta vez, sin embargo, pareció que Goran se la hacía sobre todo a sí mismo.

—No logro encontrar una razón válida —concluyó después de una breve reflexión.

—No creo que sea útil que en este punto me pongáis a alguien a vigilarme las espaldas para tratar de coger in fraganti a mi acosador.

—Ahora que está seguro de que tú lo sabes, no lo repetirá.

Mila asintió.

—Sin embargo, no he venido solo por esto.

Goran volvió a mirarla.

—¿Has descubierto algo?

—Más que descubrir, creo que he entendido algo. Uno de los trucos de ilusionismo de Albert.

—¿Cuál de tantos?

—Cómo consiguió llevarse a la niña del tio vivo sin que nadie se diera cuenta de nada.

Ahora los ojos de Goran brillaban de interés.

—Adelante, te escucho...

—Siempre hemos dado por hecho que fue Albert el secuestrador. Es decir, un *hombre*. Pero ¿y si se tratara de una mujer?

—¿Por qué piensas eso?

—En realidad ha sido la madre de Sabine la que me ha hecho considerar esa hipótesis por primera vez. Sin que se lo preguntara, me ha dicho que si hubiera habido un hombre extraño en aquel tio vivo, por tanto, no un padre, ella se habría percatado. También añadió que una madre tiene una especie de sexto

sentido para esas cosas, y la creo.

—¿Por qué?

—Porque la policía ha visionado centenares de fotos disparadas aquella tarde y también las filmaciones particulares, y nadie ha visto a ningún hombre sospechoso. De eso también hemos deducido que nuestro Albert tiene un aspecto muy normal... Y entonces he pensado que para una mujer aún habría sido más fácil llevarse a la niña.

—Según tú, tiene una cómplice... —Al parecer, a Goran no le desagradaba la idea—. Pero no tenemos elementos que respalden una tesis de ese tipo.

—Lo sé. Y ese es el problema.

El criminólogo se levantó y empezó a caminar por la habitación, frotándose la incipiente barba mientras reflexionaba.

—No sería la primera vez..., ya ha ocurrido en el pasado. En Gloucester, por ejemplo, con Fred y Rosemary West.

Goran resumió rápidamente el caso de los cónyuges asesinos en serie. Él, albañil; ella, ama de casa. Diez hijos. Juntos seducían y mataban a chicas inocentes después de haberlas obligado a participar en sus fiestas eróticas, para luego enterrarlas en el patio de la casa, en el número 25 de Cromwell Road. Bajo el suelo del porche había acabado también la hija de dieciséis años de la pareja, que probablemente osó rebelarse. Otras dos víctimas atribuidas a Fred fueron halladas en otros lugares. Doce cadáveres en total. Pero la policía dejó de excavar en aquel chalet gris por temor a que se derrumbara.

A la luz de ese caso ejemplar, Gavila creyó que la teoría de Mila sobre la existencia de una cómplice de Albert no debía caer en saco roto.

—Quizá sea la mujer la que cuida de la sexta niña.

Goran parecía muy intrigado, pero no quería dejarse absorber por el entusiasmo.

—No me malentiendas, Mila: la tuya es una excelente intuición. No obstante, tenemos que verificarla.

—¿Se la contarás a los demás?

—La tendremos en consideración. Mientras tanto pediré a alguno de los nuestros que revise las fotos y las filmaciones del parque de atracciones.

—Podría hacerlo yo.

—Está bien.

—Hay otra cosa... Es solo por curiosidad. Yo misma he buscado la respuesta, pero no he logrado encontrarla.

—¿De qué se trata?

—En los procesos de descomposición, los ojos de un cadáver sufren una transformación, ¿verdad?

—Bueno, generalmente el iris se aclara con el tiempo...

Goran la miró, no entendía adónde quería llegar.

—¿Por qué me lo preguntas?

Mila se sacó del bolsillo la foto de Sabine que la madre le había dado al final de su visita; la misma que había tenido durante todo el viaje de vuelta en el asiento junto al suyo. Aquella que, después del miedo de la persecución, se encontró mirando, y que le había engendrado aquella duda.

Había algo que estaba mal.

Goran la cogió, la miró.

—El cadáver de la niña que hemos encontrado en casa de los Kobashi tenía los ojos azules —le hizo notar Mila—. Los de Sabine, en cambio, eran marrones.

Durante el trayecto en taxi, Goran no dijo una palabra. Después de haberle hecho aquella revelación, Mila vio cómo su humor cambiaba de repente. Además, dijo algo que la afectó profundamente.

«Convivimos con personas de las que creemos conocerlo todo, pero en realidad no sabemos nada de ellas... —Y añadió—: Se han burlado de nosotros.»

Al principio, Mila había pensado que el criminólogo se refería a Albert, pero no era así.

Luego asistió a una rápida ronda de llamadas que incluyó, además de a todos los miembros del equipo, a la canguro de Tommy.

—Tenemos que irnos —le había anunciado él después sin darle explicaciones.

—¿Y tu hijo?

—La señora Runa estará aquí dentro de veinte minutos, él seguirá

durmiendo.

Y habían llamado a un taxi.

La sede de la policía federal todavía estaba iluminada a esa hora. En el edificio había un ir y venir de agentes que cambiaban el turno. Casi todos estaban ocupados en el caso, pues desde hacía días se sucedían los registros en las viviendas de sospechosos o en los lugares indicados por las llamadas de ciudadanos voluntariosos, en busca de la sexta niña.

Tras pagar al taxista, Goran se encaminó hacia la entrada principal sin esperar siquiera a Mila, a la que le costaba ir tras él. En la planta del Departamento de Ciencias de la Conducta, Rosa, Boris y Stern los estaban esperando.

—¿Qué sucede? —preguntó el agente de más edad.

—Es necesaria una explicación —contestó Goran—. Tenemos que ver a Roche en seguida.

El inspector jefe lo vio llegar en medio de una reunión, que ya se estaba dilatando a lo largo de muchas horas, entre las altas jerarquías de la policía federal. El tema era precisamente el caso de Albert.

—Tenemos que hablar.

Roche se levantó del sillón y se dirigió a los presentes:

—Señores, todos conocen al doctor Gavila, que desde hace años presta su contribución a mi Departamento...

Goran insistió, susurrándole al oído:

—Ahora.

La sonrisa de circunstancias se apagó en el rostro de Roche.

—Les pido disculpas; al parecer, hay novedades que requieren mi presencia en otro lugar.

Mientras recogía sus papeles esparcidos sobre la mesa de reuniones, Roche notó encima de él las miradas de todos los presentes. Entretanto, Goran lo esperaba a un par de pasos, mientras el resto del equipo se había quedado en la puerta.

—Espero que sea realmente importante —dijo el inspector jefe después de haber arrojado la carpeta con las hojas sobre el escritorio de su despacho.

Goran esperó a que todos entraran en la habitación. Luego cerró la puerta y se encaró con Roche.

—El cadáver encontrado en el cuarto de estar de los Kobashi no pertenecía a la tercera niña desaparecida.

El tono y la firmeza con que lo dijo no dejaron espacio a un mentís. El inspector jefe se sentó y entrelazó las manos.

—Continúa...

—Esa no era Sabine, sino Melissa.

Mila recordó a la niña número cuatro. Era la mayor de las seis, pero su cuerpo todavía inmaduro podía llevar a engaño.

Y tenía los ojos azules.

—Continúa, te escucho... —repitió Roche.

—Eso puede significar solo dos cosas: que Albert ha modificado su modus operandi porque hasta ahora nos ha hecho encontrar a las niñas según el orden en el que las ha secuestrado, o bien que Chang ha confundido los exámenes de ADN...

—Creo que son plausibles ambas hipótesis —afirmó Roche, seguro de sí mismo.

—En cambio, yo pienso que la primera es casi imposible... ¡Y, acerca de la segunda, creo que tú le has ordenado falsificar los resultados antes de dárselos a Mila!

Roche se sonrojó.

—¡Escucha, doctor, no pienso quedarme aquí a oír tus acusaciones!

—¿Dónde ha sido encontrado el cuerpo de la niña número tres?

—¿Cómo?

El inspector jefe no sabía qué hacer para parecer sorprendido por aquella afirmación.

—Porque es evidente que ha sido encontrada; de otro modo, Albert no habría seguido adelante con la progresión pasando al número cuatro.

—¡El cadáver estuvo en casa de los Kobashi durante más de una semana! Quizá encontráramos primero a la niña número tres, como tú dices. ¡O tal vez, sencillamente, encontramos primero a la cuatro y luego Chang se hizo un lío, yo qué sé!

El criminólogo miró al otro a los ojos.

—Por eso nos diste veinticuatro horas de libertad después de lo sucedido en el orfanato. ¡Para que no estorbáramos!

—¡Goran, ya estoy harto de oír acusaciones ridículas! ¡No puedes probar nada de lo que estás diciendo!

—Es por el caso Wilson Pickett, ¿no es cierto?

—Lo que pasó entonces no tiene nada que ver, te lo aseguro.

—Pero ya no te fías de mí. Y quizá no estés del todo equivocado... Pero si crees que esta investigación también se me está escapando de las manos, prefiero que me lo digas a la cara, sin juegucitos políticos. No tienes más que decirlo y todos nosotros daremos un paso atrás, sin crearte problemas y asumiendo nuestras responsabilidades.

Roche no contestó en seguida. Tenía las manos entrelazadas bajo el mentón y se mecía en su sillón. Luego, con mucha calma, empezó:

—Honestamente, no sé de qué estás...

—Vamos, díganoslo.

Había sido Stern quien lo había interrumpido. Roche lo fulminó con la mirada.

—¡Tú mantente en tu puesto!

Goran se volvió a mirarlo. Luego también miró a Boris y a Rosa, y de inmediato cayó en la cuenta de que todos lo sabían, excepto él y Mila.

«Por eso Boris fue tan evasivo cuando le pregunté qué había hecho en su día libre», pensó ella. Y recordó también el tono levemente amenazador usado por el colega contra Roche en casa de Yvonne Gress, cuando este se negaba a mandarlo dentro antes que los equipos especiales. La amenaza velaba un chantaje.

—Sí, inspector. Cuénteselo todo y acabemos con esto de una vez —dijo Sarah Rosa, apoyando a Stern.

—No puede mantenerlo fuera, no es justo —añadió Boris, señalando al criminólogo.

Parecía que quisieran disculparse con él por haberle ocultado información y que se sintieran culpables por haber acatado una orden que creían injusta.

Roche todavía dejó pasar unos instantes, luego miró alternativamente a Goran y a Mila.

—De acuerdo... Pero si se os escapa una palabra, os arruino la vida.

29

Un tímido amanecer se extendía por los campos.

Apenas alumbraba los perfiles de las colinas que se sucedían como gigantescas olas de tierra. El verde intenso de los prados libres de nieve destacaba contra las nubes grises. Una tira de asfalto se deslizaba entre los valles, bailando en armonía con aquella idea de movimiento impresa en el paisaje.

Con la frente apoyada en la ventanilla posterior del coche, Mila advirtió una extraña quietud, quizá debida al cansancio, quizá a la resignación. Fuera lo que fuese lo que descubriera al final de aquel breve viaje, no la sorprendería. Roche no se había soltado mucho. Después de haberlos intimidado a ella y a Goran para que mantuvieran las bocas cerradas, se había encerrado en su despacho con el criminólogo para un enfrentamiento cara a cara.

Ella se había quedado en el pasillo, donde Boris le explicó los motivos por los que el inspector jefe había decidido mantenerlos fuera a ella y a Gavila.

—Él, en efecto, es un civil, y tú... Bueno, tú estás aquí como consultora, por tanto...

No había mucho más que añadir. Cualquiera que fuera el gran secreto que Roche trataba de custodiar, la situación debía quedar bajo control. Por eso era necesario evitar fugas de noticias. El único modo era reservar el conocimiento a los que estaban bajo su mando directo y que por eso mismo podían ser intimidados.

Aparte de eso, Mila no sabía nada más. Y tampoco había hecho preguntas.

Después de un par de horas, la puerta del despacho de Roche se abrió y el

inspector jefe ordenó a Boris, Stern y Rosa que condujesen al doctor Gavila al tercer lugar. Incluso sin nombrarla directamente, consintió que también Mila participara en la expedición.

Salieron del edificio y fueron hasta un garaje que se encontraba algo alejado. Una vez allí, cogieron dos berlinas con matrículas anónimas, no atribuibles a la policía, para evitar ser seguidos por los periodistas que aparcaban constantemente frente al inmueble.

Mila subió en el coche con Stern y Gavila, evitando intencionadamente el que llevaba a Sarah Rosa. Después de su intento de sembrar de dudas su relación con Goran, no creía que pudiera soportarla más, y temía estallar de un momento a otro.

Recorrieron muchos kilómetros, y ella también trató de dormir un poco. Y en parte lo consiguió. Al despertarse, ya casi habían llegado.

No era una carretera con mucho tráfico. Mila reparó en tres coches oscuros aparcados en el arcén, cada uno con dos hombres a bordo.

«Centinelas —pensó—. Puestos a propósito para detener a eventuales curiosos.»

Discurrieron paralelos a un alto muro de ladrillo rojo durante un kilómetro escaso, hasta que llegaron a una pesada cancela de hierro.

La carretera se interrumpía allí.

No había timbre ni portero automático. En lo alto de una barra había una cámara de seguridad que, en cuanto se detuvieron, los enfocó con su ojo electrónico y se quedó fija en ellos. Tras un minuto por lo menos, la cancela empezó a abrirse de forma automática. La carretera continuaba, para desaparecer casi en seguida detrás de un desnivel. No se veía casa alguna más allá de ese límite, solo una extensión de prado.

Pasaron al menos otros diez minutos antes de divisar las agujas de un antiguo edificio. La casa apareció delante de ellos como si estuviera emergiendo de las entrañas de la Tierra. Era inmensa y austera. El estilo era el típico de las casas de principios del siglo XIX edificadas por los magnates del acero o del petróleo para celebrar la propia fortuna.

Mila reconoció el escudo de armas de piedra que dominaba la fachada. Una enorme R sobresalía en bajorrelieve.

Era la casa de Joseph B. Rockford, el presidente de la fundación que llevaba el mismo nombre y que había ofrecido una recompensa de diez

millones para encontrar a la sexta niña.

Superaron la casa y estacionaron las dos berlinas cerca de las cuadras. Para alcanzar el tercer lugar, que se encontraba en el margen oeste de una finca de bastantes hectáreas, tuvieron que montarse en unos coches eléctricos parecidos a los que se ven en los campos de golf.

Mila subió en el que conducía Stern, que empezó a explicarle quién era Joseph B. Rockford, así como los orígenes de su familia y de su enorme riqueza.

La dinastía se había iniciado hacía más de un siglo con Joseph B. Rockford I, el bisabuelo. La leyenda contaba que este había sido el único hijo de un barbero inmigrante, que, no sintiéndose capacitado para las tijeras y las cuchillas de afeitar, había vendido la tienda de su padre para buscar fortuna. Mientras todos en la época invertían en la naciente industria del petróleo, Rockford I tuvo la feliz intuición de emplear sus ahorros en la creación de una empresa para la perforación de pozos artesanos. Partiendo del supuesto de que el petróleo casi siempre se encuentra en los sitios menos hospitalarios de la Tierra, Rockford concluyó que a aquellos hombres que estaban echando a perder la vida para enriquecerse de prisa muy pronto les faltaría un bien esencial: el agua. La que era extraída de pozos artesanos, colocados en las cercanías de los principales yacimientos de oro negro, casi era vendida al doble del precio del petróleo.

Joseph B. Rockford I había muerto multimillonario. Su final había llegado poco antes de cumplir los cincuenta, a causa de una forma bastante rara y fulminante de cáncer de estómago.

Joseph B. Rockford II había heredado de su padre una fortuna enorme, que había conseguido doblar especulando con todo aquello que se le había puesto a tiro: del hachís a la construcción, de la cría de bovino a la electrónica. Para coronar su ascensión, se casó con una reina de la belleza que le dio dos hijos hermosos.

Pero, poco antes de cruzar la meta de los cincuenta años, había mostrado los primeros síntomas del cáncer de estómago que se lo llevaría antes de dos meses.

Su hijo mayor, Joseph B. Rockford III, lo sucedió muy joven en la dirección del vasto imperio. Su primer y único acto de mando fue eliminar de su nombre el molesto apéndice de números romanos. No teniendo metas

económicas que alcanzar y pudiendo permitirse cualquier lujo, Joseph B. Rockford llevaba una existencia carente de objetivos.

La homónima fundación de la familia había sido una idea de su hermana Lara. La institución se proponía asegurar alimentos, un techo, adecuados cuidados médicos y una buena educación a niños menos afortunados de lo que lo habían sido ella y su hermano. A la Fundación Rockford se destinó en seguida la mitad del patrimonio familiar. A pesar de la generosidad de esta disposición, según los cálculos de sus consultores, los Rockford vivirían en la abundancia durante al menos un siglo más.

Lara Rockford tenía treinta y siete años, y a los treinta y dos se había salvado milagrosamente de un pavoroso accidente de coche. Su hermano Joseph tenía cuarenta y nueve. El cáncer de estómago que había acabado primero con el abuelo y luego con el padre también se había manifestado en él apenas once meses antes.

Desde hacía treinta y cuatro días, Joseph B. Rockford estaba en coma, a la espera de morir.

Mila escuchó cuidadosamente la exposición de Stern mientras el coche eléctrico en el que viajaban renqueaba por las irregularidades del terreno. Estaban siguiendo una senda que debía de haberse formado en aquellos dos días, a causa del continuo paso de vehículos como ese.

Después de una media hora divisaron el perímetro del tercer sitio. Mila reconoció de lejos las industriosas batas blancas que animaban cada escena del crimen. Aun antes de llegar a ver con sus propios ojos el espectáculo que Albert había preparado esta vez para ellos, fue precisamente esa visión lo que más la afectó.

Los especialistas en pleno trabajo eran más de un centenar.

Una lluvia de lágrimas caía sin piedad alguna. Mientras se abría paso entre los empleados absortos en remover grandes cantidades de tierra, Mila se sentía mal. A medida que los huesos iban saliendo a la superficie, alguien iba catalogándolos y metiéndolos en sobres transparentes sobre los que se adhería una etiqueta, para luego ser introducidos en las cajas correspondientes.

En una de ellas, Mila contó al menos unos treinta fémures. En otra, diez caderas.

Stern se dirigió a Goran.

—La niña fue encontrada más o menos allí...

Señaló una zona vallada, cubierta por unos plásticos para preservarla de la intemperie. En el suelo destacaba una silueta del cuerpo realizada con látex. La línea blanca reproducía el contorno. Pero sin el brazo izquierdo.

Sabine.

—Estaba tendida en la hierba, en avanzado estado de descomposición. Ha quedado expuesta durante demasiado tiempo como para que los animales no olfatearan su presencia.

—¿Quién la encontró?

—Uno de los monteros que vigila la finca.

—¿Habéis empezado a excavar en seguida?

—Primero hemos traído a los perros, pero no olieron nada. Luego hemos sobrevolado la zona con un helicóptero para ver si había desigualdades evidentes en la disposición del terreno, y nos hemos percatado de que alrededor del punto en que ha sido hallado el cuerpo la vegetación era diferente. Hemos enseñado las fotos a un botánico y nos ha confirmado que las variaciones podían indicar que había algo enterrado debajo.

Mila ya había oído hablar de ello: técnicas parecidas se utilizaron en Bosnia para encontrar las fosas comunes que contenían a las víctimas de la limpieza étnica. La presencia de cuerpos en el subsuelo tiene efectos sobre la vegetación, porque el terreno se enriquece con las sustancias orgánicas derivadas de la descomposición.

Goran miró a su alrededor.

—¿Cuántos serán?

—Treinta, cuarenta cuerpos, quién puede decirlo...

—¿Y cuánto tiempo hace que se encuentran ahí debajo?

—Hemos hallado huesos muy viejos, otros parecen más recientes.

—¿A quiénes pertenecieron?

—Varones. La mayoría jóvenes, entre los dieciséis y los veintidós, veintitrés años. El análisis dental lo ha confirmado en bastantes casos.

—Algo para hacer olvidar cualquier precedente —comentó el criminólogo, que ya pensaba en las consecuencias cuando aquella historia se supiera—. Roche no creerá en absoluto que puede enterrar el asunto, ¿verdad? Con toda la gente que hay por aquí...

—No, el inspector jefe solo está tratando de posponer el anuncio hasta que todo se aclare.

—Y eso porque todavía nadie se explica qué hace una fosa común en la bonita finca de los Rockford. —Lo dijo con un punto de indignación que no se le escapó a ninguno de los presentes—. Aunque yo creo que nuestro inspector jefe ya se ha hecho una idea... ¿Y vosotros?

Stern no sabía qué responder. Tampoco Boris, ni Rosa.

—Stern, por curiosidad... ¿El hallazgo ha ocurrido antes o después de que se anunciara la recompensa?

El agente admitió con un hilo de voz:

—Antes.

—Lo sospechaba.

Cuando regresaron a las cuadras, encontraron a Roche esperándolos junto al vehículo del Departamento con el que había llegado. Goran bajó del coche eléctrico y fue a su encuentro con aire decidido.

—Así, ¿todavía debo ocuparme yo de esta investigación?

—¡Por supuesto! ¿Qué crees, que ha sido fácil para mí mantenerte fuera?

—Fácil no, puesto que, en todo caso, lo he descubierto. Pero sí diría que ha sido *conveniente*.

—¿A qué te refieres?

El inspector jefe empezaba a mosquearse.

—Que yo ya habría señalado al responsable.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de su identidad?

—Porque si tú no hubieras pensado también que es Rockford el verdadero artífice de todo esto, no te hubieras molestado tanto en mantener esta historia en secreto.

Roche lo cogió por un brazo.

—Escucha, Goran, tú piensas que esto es solo cosa mía. Pero no es así, créeme. Hay tanta presión desde arriba que ni puedes imaginártelo.

—¿A quién intentas encubrir? ¿Cuánta gente está implicada en esta mierda?

Roche se volvió y le hizo una seña al chófer para que se alejara. Después se dirigió de nuevo al equipo.

—Está bien, dejemos las cosas claras de una vez... Siento náuseas cuando

pienso en esta historia. Y no tengo que amenazaros para que mantengáis la boca cerrada porque, si se os escapara una sola palabra, perderíais todo lo que tenéis en un instante. Adiós carrera y pensión de jubilación. Y lo mismo me sucedería a mí.

—Entendido... Ahora, ¿qué hay detrás de todo esto? —insistió Goran.

—Joseph B. Rockford no ha salido de esta casa desde que nació.

—¿Cómo es posible? —preguntó Boris—. ¿Nunca?

—Nunca —confirmó Roche—. Parece que al principio era una obsesión de su madre, la antigua reina de la belleza. Lo alimentó con un amor morboso, impidiéndole vivir su infancia y su adolescencia con normalidad.

—Pero cuando ella murió... —probó a objetar Sarah Rosa.

—Cuando ella murió ya era demasiado tarde: aquel chico no era capaz de establecer el más mínimo contacto humano. Hasta entonces solo había estado rodeado de personas respetuosas, al servicio de su familia. Además, pesaba sobre él la llamada maldición de los Rockford. Es decir, el hecho de que todos los herederos varones morían alrededor de los cincuenta años por un cáncer de estómago.

—Quizá su madre trataba inconscientemente de salvarlo de ese destino —aventuró Goran.

—¿Y su hermana? —preguntó Mila.

—Una rebelde —respondió Roche—. Más pequeña que él, fue capaz de evitar a tiempo las fijaciones maternas. Luego ha hecho con su vida lo que le ha dado la gana: ha visto mundo, despilfarrando su fortuna, consumiéndose en las relaciones más improbables y probando todo tipo de drogas y experiencias. Todo para parecer diferente del hermano prisionero de este lugar... Hasta que el accidente de tráfico de hace cinco años la obligó a permanecer prácticamente encerrada junto a él en esta casa.

—Joseph B. Rockford es homosexual —dijo Goran.

—Sí, lo es... —asintió Roche—. Y nos lo dicen también los cadáveres hallados en la fosa común. Todos en la flor de la vida.

—¿Por qué matarlos, entonces? —preguntó Sarah Rosa.

Fue Goran el que contestó. Lo había visto otras veces.

—El inspector jefe me corregirá si me equivoco, pero creo que Rockford no aceptaba ser como era. O quizá, cuando era joven, alguien descubrió sus

preferencias sexuales y no se lo perdonó nunca.

Todos pensaron en la madre, aunque nadie la nombró.

—Así que, cada vez que repetía el acto, experimentaba un sentimiento de culpa. Pero en lugar de castigarse a sí mismo, castigaba a sus amantes... con la muerte —concluyó Mila.

—Los cadáveres están en la finca y él no se ha movido nunca de este lugar —dijo Goran—. Entonces, los mató aquí. ¿Es posible que nadie (el servicio, los jardineros, los monteros) se diera cuenta de nada?

Roche tenía una respuesta, pero dejó que los demás la intuyeran.

—No puedo creerlo —afirmó Boris—. ¡Los sobornó!

—Ha comprado su silencio durante todos estos años —añadió Stern, asqueado.

«¿Cuánto cuesta el alma de un hombre?», pensó Mila. Porque en el fondo se trataba de eso. Un ser humano descubre que posee una personalidad malvada, que solo experimenta placer a través del asesinato de sus semejantes. Para él existe un nombre: asesino o asesino en serie. Pero los demás, los que están a su alrededor y no impiden todo eso, sino que, más bien, incluso sacan provecho de ello, ¿cómo pueden definirse?

—¿De qué manera conseguía atraer a los chicos? —preguntó Goran.

—Aún no lo sabemos. Hemos emitido una orden de captura para su secretario personal, que, desde que fue hallado el cuerpo de la niña, se ha desvanecido en la nada.

—Y con el resto del personal ¿qué haréis?

—Estoy esperando hasta que aclaremos si han cobrado dinero o no, y cuánto sabían.

—Pero Rockford no se ha limitado a corromper a los que tenía a su alrededor, ¿verdad?

Goran leyó el pensamiento de Roche, que admitió:

—Hace algunos años, un policía sospechó de él: estaba investigando la desaparición de un adolescente que se había escapado de casa y había atracado unos grandes almacenes. Su pista lo llevó hasta aquí. En ese momento, Rockford se puso en contacto con amigos poderosos y el oficial fue trasladado... En otra ocasión, una pareja se metió por el camino que bordea el muro que rodea la finca. Vieron a alguien que saltaba: era un chico

semidesnudo, herido en una pierna y en estado de *shock*. Lo subieron al coche y lo llevaron a un hospital. Pero solo permaneció unas horas allí: alguien fue a buscarlo diciendo que era policía. Desde entonces no se ha sabido nada más del chico. Los médicos y las enfermeras fueron silenciados con abundantes cifras. La pareja del coche eran amantes, así que bastó la amenaza de contárselo todo a sus correspondientes cónyuges.

—Es terrible —dijo Mila.

—Lo sé.

—Y de la hermana ¿qué puede decirnos?

—Creo que Lara Rockford no está muy bien de la cabeza. El accidente de tráfico la dejó realmente mal. Ocurrió no muy lejos de aquí. Lo hizo todo sola: se salió de la carretera y se estrelló contra una encina.

—En cualquier caso, deberíamos hablar con ella, y también con Rockford —afirmó Goran—. Probablemente ese hombre sabe quién es Albert.

—¿Cómo diablos vas a hablar con él? ¡Está en coma irreversible!

—Entonces, ¿se ha burlado de nosotros con su tumor! —Boris era una máscara de rabia—. ¡No solo no puede darnos de ninguna ayuda, sino que además no pasará un solo día en la cárcel por lo que ha hecho!

—Ah, no, te equivocas —dijo Roche—. Si existe un infierno, es allí donde lo están esperando. Pero se está yendo muy lenta y dolorosamente: es alérgico a la morfina, el muy bastardo, por lo que no pueden calmar su sufrimiento.

—Entonces ¿por qué lo mantienen aún con vida?

Roche sonrió con ironía, levantando las cejas:

—Es su hermana quien quiere que sea así.

El interior de la casa de los Rockford hacía pensar en un castillo. Los mármoles negros dominaban la arquitectura de los espacios, sus vetas se apoderaban de toda la luz. Pesados cortinajes de terciopelo oscurecían las ventanas. Los cuadros y los tapices generalmente reproducían escenas bucólicas o de caza, y del techo colgaba una enorme araña de cristal.

Mila notó una sensación de frío intenso en cuanto traspasó el umbral. Por muy lujosa que fuera aquella casa, estaba dominada por una atmósfera decadente. Si uno prestaba atención, podía oír el eco de silencios pasados, sedimentados en el tiempo hasta constituir aquella quietud granítica y

perentoria.

Lara Rockford había «accedido a recibirlos». Sabía bien que no podría evitarlo, pero haber hecho que les dijeran esa frase era indicativo del tipo de persona con la que se encontrarían.

Los esperaba en la biblioteca. Mila, Goran y Boris la interrogarían.

Mila la vio de perfil, sentada en un sofá de cuero, el brazo describiendo una elegante parábola mientras se llevaba a los labios un cigarrillo. Era muy hermosa. A distancia, todos quedaron cautivados por la leve curva de su frente, que descendía a lo largo de una nariz sutil hasta una boca carnosa. El ojo, de un verde intenso, magnético, enmarcado por unas largas pestañas.

Pero cuando llegaron a su altura y la vieron de frente, quedaron desconcertados a la vista de la otra mitad de su cara. Estaba devastada por una enorme cicatriz que, partiendo del nacimiento del pelo, continuaba excavándole la frente para luego hundirse en una órbita vacía y precipitarse como el surco de una lágrima, para terminar por fin bajo el mentón.

Mila reparó también en la pierna rígida, que por mucho que estuviera cruzada por debajo de la otra no podía esconder por completo. Junto a ella, Lara tenía un libro. Estaba boca abajo y no se veían ni el título ni el autor.

—Buenos días —los recibió—. ¿A qué debo su visita?

No los invitó a sentarse. Se quedaron de pie sobre la gran alfombra que casi cubría la mitad de la habitación.

—Queríamos hacerle algunas preguntas —dijo Goran—. Si es posible, naturalmente...

—Por supuesto, los escucho.

Lara Rockford apagó lo que quedaba del cigarrillo en un cenicero de alabastro. Luego cogió otro del paquete que tenía en el regazo dentro de un estuche de piel, junto a un mechero de oro. Mientras lo encendía, sus dedos temblaron imperceptiblemente.

—Fue usted quien ofreció la recompensa de diez millones para encontrar a la sexta niña —dijo Goran.

—Me pareció lo mínimo que podía hacer.

Estaba desafiándolos en el terreno de la verdad. Quizá quería provocarlos, o quizá solo fuera por su raro anticonformismo, que contrastaba claramente con la austeridad de la casa en que había elegido retirarse.

Goran decidió aceptar el desafío.

—¿Usted sabía lo de su hermano?

—Todos lo sabían, y todos han callado.

—¿Por qué esta vez no?

—¿A qué se refiere?

—El montero que encontró el cuerpo de la niña..., imagino que también él estaba a sueldo...

Mila intuyó lo que Goran ya había comprendido. Es decir, que Lara podría haber enterrado fácilmente todo el asunto, pero no había querido hacerlo.

—¿Usted cree en la existencia del alma?

Mientras lo preguntaba, Lara acarició el perfil del libro que tenía a su lado.

—¿Y usted?

—Estoy reflexionando sobre ello desde hace algún tiempo...

—¿Por eso no les permite a los médicos desconectar a su hermano de las máquinas que todavía lo mantienen con vida?

La mujer no contestó de inmediato. Sin embargo, levantó la mirada al techo. Joseph B. Rockford estaba en la planta de arriba, en la cama en la que había dormido desde niño. Su habitación había sido transformada en una sala de vigilancia intensiva digna de un moderno hospital. Estaba conectado a máquinas que respiraban por él, que lo nutrían de fármacos y líquidos, le limpiaban la sangre y las vísceras.

—No me malinterpreten: yo quiero que mi hermano muera.

Parecía sincera.

—Probablemente su hermano conocía al hombre que ha secuestrado y matado a las cinco niñas, y que ahora mantiene prisionera a la sexta. Usted no imagina quién puede ser, ¿verdad?...

Lara volvió su único ojo hacia Goran: por fin lo miraba a la cara. O, mejor, se dejaba mirar por él claramente.

—Quién sabe, podría ser algún miembro del personal. Alguno de los de ahora o tal vez alguien que estuvo aquí en el pasado. Deberían comprobarlo.

—Ya lo estamos haciendo, pero temo que el hombre que buscamos sea demasiado listo para concedernos un favor semejante.

—Como ya habrán comprendido, en esta casa solo entraba la gente a la

que Joseph pagaba. Contratados y asalariados, bajo su control. Nunca he visto a extraños.

—Y a los chicos, ¿los veía? —preguntó Mila impulsivamente.

La mujer se tomó un largo instante para contestar.

—También les pagaba a ellos. De vez en cuando, especialmente en las últimas ocasiones, se divertía sometiéndolos a una especie de contrato por el que le vendían su alma. Pensaban que era un juego, una broma para sacarle un poco de dinero a un multimillonario chiflado. Así que firmaban. Todos firmaban. Encontré algunos de los pergaminos en la caja fuerte del estudio. Las firmas son bastante legibles, aunque lo utilizado no es propiamente tinta...

Se rio de la macabra alusión con una risotada extraña, que turbó a Mila. Le había salido de lo más hondo. Como si hubiera estado macerándose durante mucho tiempo en los pulmones y luego la hubiera escupido fuera. Era ronca de nicotina, pero también de dolor. Finalmente cogió entre las manos el libro que tenía a su lado.

Era *Fausto*.

Mila dio un paso hacia ella.

—¿Tiene usted algo en contra de que intentemos interrogar a su hermano?

Goran y Boris la miraron como si hubiera perdido el juicio.

Lara rio de nuevo.

—¿Y cómo van a hacerlo? Ya está más muerto que vivo. —Después se puso seria y añadió—: Es demasiado tarde.

Pero Mila insistió:

—Déjenos probar.

30

A primera vista, Nicla Papakidis parecía una mujer frágil.

Quizá porque era baja de estatura y de caderas desproporcionadas. O tal vez fuera porque sus ojos albergaban una alegría triste que te hacía recordar la canción de un musical de Fred Astaire, o la foto de la velada de un viejo fin de año, o el último día de verano.

En cambio, era una mujer muy fuerte.

Había reunido esa fuerza poco a poco, durante años de pequeñas y grandes adversidades. Había nacido en un pueblecito, la primera de siete hijos, la única niña. Tenía solo once años cuando murió su madre. Así que le había tocado a ella sacar adelante la casa, ocuparse del padre y criar a sus hermanos. Consiguió que todos se sacaran un diploma para que pudieran encontrar un empleo decoroso, y gracias al dinero ahorrado mediante muchas renunciaciones, nunca les faltó de nada. Los vio casarse con buenas chicas, comprarse una casa y dar a luz a una veintena de sobrinitos que fueron su alegría y su orgullo. Cuando también el más pequeño de los hermanos dejó el hogar paterno, ella se quedó a cuidar al padre en su vejez, negándose a internarlo en un asilo. Para no cargar a los hermanos y a las cuñadas con ese peso, solía decir: «No os preocupéis por mí. Vosotros tenéis vuestras familias, yo estoy sola. No es ningún sacrificio».

Estuvo con el padre hasta que este pasó de los noventa años, cuidándolo como a un recién nacido. A su muerte reunió a los hermanos. «Tengo cuarenta y siete años, y creo que ya no me casaré —les dijo—. Nunca tendré hijos propios, pero considero a mis sobrinos como si lo fueran, y eso me basta. Os agradezco la invitación que me habéis hecho para que me vaya a vivir con vosotros, pero ya hice mi elección hace algunos años, aunque os la revelo solo ahora. No volveremos a vernos, queridos hermanos... He decidido dedicar mi

vida a Jesús; mañana mismo me recluiré en un convento de clausura hasta el final de mis días.»

—¡Entonces, es una monja! —dijo Boris, que, mientras conducía, había escuchado en silencio la historia que Mila acababa de contar.

—Nicla no es solamente una monja. Es mucho más.

—Todavía no puedo creer que lograras convencer a Gavila. ¡Y, sobre todo, que luego él consiguiera convencer a Roche!

—Solo es un intento, ¿qué podemos perder? Además, creo que Nicla es la persona apropiada para mantener en secreto todo el asunto.

—¡Ah, eso seguro!

En el asiento posterior había una caja con un gran lazo rojo.

—Los bombones son la única debilidad de Nicla —dijo Mila cuando le preguntó si podían parar en una pastelería.

—Pero si es una monja de clausura no puede venir con nosotros.

—Bueno, en realidad la historia es un poco más complicada...

—¿A qué te refieres?

—A que Nicla solo ha pasado algunos años en el convento. Cuando se dieron cuenta de lo que sabía hacer, la devolvieron al mundo.

Llegaron poco después de mediodía. En aquella parte de la ciudad imperaba el caos. Al ruido del tráfico se añadía la música de los equipos estereofónicos y los gritos de las peleas que provenían de las casas además de las actividades más o menos lícitas que se desarrollaban en las calles. La gente que vivía en aquel lugar no se movía nunca de allí. El centro —que se hallaba tan solo a unas pocas paradas de metro—, con sus restaurantes de lujo, sus *boutiques* y sus salones de té, estaba casi tan lejos para ellos como podía estarlo el planeta Marte.

Se nacía y se moría en barrios como ese, y nunca se salía de ellos.

El GPS del coche en el que viajaban dejó de dar indicaciones justo después del enlace con la carretera estatal. La única información sobre las calles de que disponían ahora estaba en las pintadas de las paredes que señalaban las fronteras de los territorios de las pandillas.

Boris dobló por una calle lateral que terminaba en un callejón sin salida. Ya desde hacía algunos minutos se había dado cuenta de que tenía a su espalda un vehículo ocupado en seguir su desplazamiento. El hecho de que circulara

por allí un coche con dos policías no había pasado inadvertido a los centinelas que vigilaban cada rincón del barrio.

—Bastará con ir lentamente y mantener las manos bien a la vista —le había dicho Mila, que ya había estado otras veces en lugares como ese.

El edificio al que se dirigían se encontraba al final del callejón. Aparcaron entre los chasis de dos coches calcinados. Descendieron y Boris empezó a mirar a su alrededor. Estaba a punto de accionar el mando a distancia del cierre centralizado cuando Mila lo detuvo:

—No lo hagas. Y deja también las llaves puestas. Ésos serían capaces de forzar las puertas solo por despecho.

—Perdona, pero entonces, ¿qué les impedirá llevarse mi coche?

Mila rodeó el vehículo y pasó al lado del conductor, hurgó en su bolsillo y sacó un rosario de plástico rojo, que ató alrededor del espejo retrovisor.

—Aquí, este es el mejor dispositivo antirrobo.

Boris la miró, perplejo. Luego la siguió hacia el edificio.

El cartel de cartón a la entrada decía: LA FILA PARA LA COMIDA EMPIEZA A LAS ONCE. Y como no todos los destinatarios del mensaje sabían leer, habían añadido al lado un dibujo con las manecillas de un reloj sobre un plato humeante.

El olor era una mezcla de comida y desinfectante. En el zaguán había algunas sillas de plástico desparejadas alrededor de un escritorio con revistas viejas encima. También había folletos informativos que cubrían muchos argumentos, desde la prevención de la caries en los niños hasta las distintas formas de no contraer enfermedades venéreas. El objetivo era que aquel sitio se pareciera a una sala de espera. En la pared se veían numerosos avisos y carteles que desbordaban un tablero. Se oían voces por todos lados, aunque no se sabía exactamente de dónde provenían.

Mila tiró a Boris de una manga.

—Vamos, está arriba.

Empezaron a subir la escalera. No había un solo peldaño sano y la barandilla se balanceaba peligrosamente.

—Pero ¿en qué clase de sitio estamos? —Boris evitaba tocar cualquier cosa por miedo a quién sabe qué contagio. Siguió quejándose hasta que llegaron al descansillo de la escalera.

Delante de una puerta acristalada había una chica de unos veinte años, muy guapa. Estaba entregando un frasco de medicinas a un anciano vestido con harapos que apestaba a alcohol y a sudor rancio.

—Debes tomar una todos los días, ¿entendido?

A la chica no parecía molestarle el hedor. Hablaba con dulzura y en voz alta, recalcando bien las palabras, como se hace con los niños. El viejo asentía pero no parecía muy convencido.

Entonces la chica insistió:

—Es muy importante: no tienes que olvidarte nunca. De lo contrario, acabarás como la otra vez, que te trajeron aquí medio muerto.

Después se sacó del bolsillo un pañuelo y se lo anudó a la muñeca.

—Así no te olvidarás.

El hombre sonrió, contento. Cogió el frasco y se fue, contemplándose el brazo con aquel nuevo regalo.

—¿Qué necesitáis? —les preguntó la joven.

—Estamos buscando a Nicla Papakidis —dijo Mila.

Boris se encontró mirando hipnotizado a la joven; de repente había olvidado todas las quejas que había expuesto por la escalera.

—Creo que está al fondo, en la penúltima habitación —dijo ella, señalando el pasillo a sus espaldas.

Cuando pasaron por su lado, Boris bajó los ojos para mirarle el pecho y se topó con la cruz dorada que la chica llevaba al cuello.

—Pero si es una...

—Sí —le respondió Mila, intentando no reírse.

—¡Qué pena!

A medida que recorrían el pasillo, iban mirando a través de las puertas de las habitaciones; camas de acero, catres o simples sillas de ruedas. Todos los lugares estaban ocupados por humanos desahuciados, jóvenes y ancianos, sin distinciones. Eran enfermos de sida o drogadictos y alcohólicos con el hígado hecho papilla, o sencillamente viejos malparados.

Tenían dos cosas en común: la mirada cansada y la conciencia de haber vivido una vida equivocada. Ningún hospital los acogería en esas condiciones. Y probablemente no tenían una familia que pudiera ocuparse de ellos. O, si la tenían, los habían exiliado.

Iban a ese lugar a morir. Esa era su característica. Nicla Papakidis lo llamaba el «Puerto».

—Realmente hoy hace un día magnífico, Nora.

La monja estaba peinando con cuidado el largo cabello blanco de una anciana tendida en una cama vuelta hacia la ventana, y acompañaba sus gestos con palabras relajantes.

—Esta mañana, mientras paseaba por el parque, he dejado un poco de pan para los pájaros. Con toda esta nieve están en el nido todo el tiempo, calentándose unos a otros.

Mila llamó a la puerta entreabierta. Nicla se volvió y, cuando la vio, su rostro se iluminó.

—¡Mi chiquitina! —dijo, abrazándola—. ¡Qué bien volver a verte!

Llevaba una camiseta de color azul bebé, arremangada hasta los codos porque siempre tenía calor, una falda que le llegaba por debajo de la rodilla y calzaba unas zapatillas de deporte. Su cabello era gris y corto. En la piel blanca del rostro destacaban sus ojos intensamente azules. El conjunto daba una idea de candor y limpieza. Boris reparó en que llevaba un rosario rojo al cuello, igual que el que Mila había anudado al espejo retrovisor del coche.

—Te presento a Boris, un compañero mío.

Él dio un paso adelante en un ademán algo sumiso.

—Es un placer.

—Acabáis de encontraros a la hermana Mery, ¿verdad? —preguntó Nicla, apretándole la mano.

Boris se sonrojó.

—En realidad...

—No se preocupe, a muchos les provoca esa reacción... —Luego la mujer volvió a mirar a Mila—: ¿Por qué has venido al Puerto, pequeña?

Ella se puso seria.

—Imagino que habrás oído hablar del caso de las niñas desaparecidas.

—Aquí rezamos por ellas todas las noches. Pero los noticiarios no dicen mucho.

—Tampoco yo puedo hacerlo.

Nicla la miró a los ojos:

—Has venido por la sexta, ¿verdad?

—¿Qué puedes decirme al respecto?

La monja suspiró.

—Estoy intentando establecer contacto, pero no es fácil. Mi don ya no es lo que antaño fue: se ha debilitado mucho. Quizá deba estar contenta por eso, ya que si lo perdiera completamente me permitirían volver al convento con mis queridas hermanas de hábito.

A Nicla Papakidis no le gustaba que dijeran de ella que era una médium; alegaba que no era una palabra apropiada para definir un «regalo de Dios». Ella no se sentía especial. Lo era su talento. Nicla únicamente era el medio elegido por Dios para usarlo por el bien de los demás.

Entre las muchas cosas que le había dicho a Boris mientras se dirigían al Puerto, Mila le contó cómo Nicla descubrió que tenía una capacidad extrasensorial.

«A los seis años ya era famosa en su país porque lograba encontrar los objetos extraviados: anillos de compromiso, llaves de casa, testamentos demasiado bien escondidos por los difuntos en vida... Una tarde se presentó en su casa el jefe de la policía local: se había perdido un niño de cinco años y su madre estaba desesperada. La llevaron a la casa de la mujer, que le suplicó que encontrara a su hijo. Nicla la miró durante un instante, después dijo: “Esta mujer está mintiendo. Lo ha enterrado en el jardín que hay detrás de la casa”. Y allí fue precisamente donde lo encontraron.»

Boris se había quedado muy turbado al oír la historia. Quizá también por eso se sentó aparte, dejando que fuera Mila la que hablara con la monja.

—Tengo que pedirte algo un poco diferente de lo habitual —le dijo la agente de policía—. Necesito que vengas conmigo a un sitio e intentes establecer contacto con un hombre que se está muriendo.

Mila se había servido más veces de los favores de Nicla en el pasado. A veces, la solución de sus casos llegaba gracias a su intervención.

—Pequeña, yo no puedo desplazarme, ya lo sabes: aquí me necesitan permanentemente.

—Lo sé, pero no puedo evitar insistir. Tú eres la única esperanza que tenemos para salvar a la sexta niña.

—Ya te lo he dicho: no estoy segura de que mi «don» funcione todavía.

—He pensado en ti también por otro motivo... Hay una bonita suma a disposición de quien dé información que contribuya a hallar a la niña.

—Sí, lo he oído. Pero ¿qué haría yo con diez millones?

Mila miró a su alrededor, como si fuera natural pensar en el dinero de la recompensa para renovar aquel sitio.

—Créeme, cuando sepas toda la historia, te darás cuenta de que sería el mejor uso para ese dinero. Vamos, ¿qué me dices?

—Vera tiene que venir a verme hoy.

La que había hablado era la anciana de la cama. Hasta ese momento se había mantenido inmóvil y en silencio, mirando por la ventana.

Nicla se le acercó:

—Sí, Nora, Vera vendrá más tarde.

—Lo ha prometido.

—Sí, lo sé. Lo ha prometido y mantendrá su palabra, ya verás.

—Pero ese chico se ha sentado en su silla —dijo señalando a Boris, que en seguida hizo ademán de levantarse.

Nicla lo detuvo:

—Quédese ahí. —Después, en voz baja, añadió—: Vera era su gemela. Murió hace setenta años, cuando aún eran niñas.

La monja vio a Boris palidecer y estalló en risas:

—No, agente, Nora no es capaz de hablar con el más allá. Pero de vez en cuando le gusta decir que su hermana vendrá a verla.

Era el efecto de las historias que le había contado Mila, y Boris se sintió como un estúpido.

—Entonces ¿vendrás? —insistió ella—. Prometo que alguien te acompañará de vuelta antes de que se haga de noche.

Nicla Papakidis lo pensó aún un poco más.

—¿Has traído algo para mí? —dijo al cabo.

En el rostro de Mila se dibujó una amplia sonrisa.

—Los bombones te esperan abajo, en el coche.

Nicla asintió satisfecha, luego volvió a ponerse seria.

—Lo que percibiré en ese hombre no me gustará, ¿verdad?

—Creo que no.

Nicla apretó el rosario que llevaba al cuello.

—Está bien, vamos.

Se llama «pareidolia», y es la tendencia instintiva a encontrar formas familiares en imágenes desordenadas. En las nubes, en las constelaciones o también en los copos de cereales que flotan en un cuenco de leche.

Del mismo modo, Nicla Papakidis veía aflorar cosas en su interior, aunque no las visiones definitivas. Le gustaba esa palabra, «pareidolia», porque, como ella, tenía orígenes griegos.

Se lo explicó a Boris mientras se zampaba un bombón tras otro en el asiento posterior del coche. Lo que asombraba al agente no era tanto la explicación de la monja, como el hecho de haber encontrado su propio coche intacto y en su sitio en aquel barrio horrible.

—¿Por qué lo llamáis el Puerto?

—Depende de aquello en lo que uno crea, agente Boris. Algunos solo ven un punto de llegada; otros, de partida.

—¿Y usted?

—Ambas cosas.

A media tarde llegaron a la finca de los Rockford.

Delante de la casa los esperaban Goran y Stern. Sarah Rosa estaba en la primera planta, tratando de llegar a un acuerdo con el personal médico que cuidaba del moribundo.

—Habéis llegado justo a tiempo —dijo Stern—. La situación se ha precipitado desde esta mañana. Los médicos están seguros de que es solo cuestión de horas.

Mientras se encaminaban hacia la casa, Gavila se presentó a Nicla y le explicó lo que tendría que hacer, no logrando esconder, sin embargo, su escepticismo. Anteriormente había tratado con médiums de todo tipo que ofrecían sus servicios a la policía. Pero, a menudo, su intervención acababa en nada, o bien contribuía a enturbiar las investigaciones, creando falsas pistas y expectativas inútiles.

La monja no se sorprendió de la perplejidad del criminólogo; había visto muchas veces esa misma expresión de incredulidad en el rostro de la gente.

Stern, religioso como era, no conseguía creer en el don de Nicla. Para él solo era charlatanería. No obstante, que fuera justo una monja quien la practicara lo había confundido. «Al menos no lo hace por afán de lucro», le

había dicho poco antes a una aún más escéptica Sarah Rosa.

—Me gusta el criminólogo —le confió Nicla a Mila en voz baja mientras subían a la planta alta—. Es desconfiado y no le importa no esconderlo.

Ese comentario no era fruto de su don; Mila comprendió que le había salido del alma. Al oír esas palabras de una amiga tan querida, Mila experimentó un sentimiento de gratitud. Y la afirmación acabó con todas las dudas que Sarah Rosa había tratado de sembrar en ella sobre Goran.

La habitación de Joseph B. Rockford estaba al fondo del largo pasillo revestido de tapices.

Las grandes ventanas apuntaban al este, hacia el sol naciente. Desde los balcones se podía disfrutar de la vista del valle.

La cama con dosel se encontraba en el centro de la habitación. A su alrededor, los aparatos médicos acompañaban las últimas horas del multimillonario. Señalaban para él un tiempo mecánico, hecho de los bips emitidos por el cardiomonitor, de los soplos y las inspiraciones del respirador, del goteo repetido y de un bajo y continuo susurro eléctrico.

Rockford estaba recostado sobre varias almohadas. Tenía los brazos extendidos a lo largo de los costados, sobre la colcha bordada, y los ojos cerrados. Llevaba un pijama de seda, de color rosa pálido abierto en el cuello, por donde asomaba el estoma para la intubación endotraqueal. Su escaso pelo era blanco. El rostro estaba excavado alrededor de una nariz aguileña, y el resto del cuerpo formaba apenas un relieve bajo las mantas. Parecía tener casi cien años, aunque en realidad rondaba los cincuenta.

En ese momento, una enfermera estaba curándole la herida del cuello, cambiándole la gasa alrededor de la boquilla que lo ayudaba a respirar. De todo el personal que se turnaba alrededor de aquella cama durante las veinticuatro horas del día, solo tenían permiso para quedarse su médico particular y su ayudante.

Cuando los miembros del equipo cruzaron el umbral, se encontraron con la mirada de Lara Rockford, que por nada del mundo se habría perdido aquella escena. Estaba sentada en un silloncito, aparte, y fumaba a pesar de todas las normas de higiene. Cuando la enfermera le había hecho notar que quizá no era procedente, visto el estado crítico del hermano, la mujer sencillamente contestó:

—Ciertamente, creo que ahora ya no puede hacerle daño.

Nicla avanzó segura hacia la cama, observando la escena de aquella privilegiada agonía; un fin muy diferente de los miserables y obscenamente expuestos que veía a diario en el Puerto. Al llegar junto a Joseph B. Rockford, se santiguó. Luego se dirigió a Goran:

—Podemos empezar.

No podrían verbalizar lo que estaba a punto de ocurrir. Ningún jurado tomaría nunca en consideración algo así como prueba. Y tampoco convenía que la prensa tuviera conocimiento del experimento. Todo tenía que permanecer entre aquellas paredes.

Boris y Stern se situaron, de pie, junto a la puerta cerrada. Sarah Rosa fue hasta un rincón y se apoyó en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho. Nicla se posicionó con una silla junto al dosel. Cerca de ella se sentó Mila, y en el lado opuesto, Goran, que quería observar bien tanto a la monja como a Rockford.

La médium se dispuso a concentrarse.

Los médicos se sirven de la Escala de Glasgow para valorar el coma de un paciente. A través de tres simples pruebas —la respuesta verbal, la apertura de los ojos y la reacción motora—, es posible establecer en qué grado está afectada la función neurológica.

Recurrir a una escala para referirse al estado de coma no es casual, porque en eso consiste precisamente: en bajar peldaños a medida que el estado de conciencia se degrada hasta agotarse.

A excepción de los testimonios de quienes han despertado de ese estado, que aluden a la percepción consciente del mundo que les rodea y la condición de inmovilidad carente de sufrimiento en la que flotan, no se sabe nada de lo que ocurre realmente en ese intervalo entre la vida y la muerte. A eso se suma que quien despierta de un coma ha bajado, a lo sumo, dos o tres peldaños de dicha escalera, y algunos neurólogos opinan que hay hasta cien peldaños.

Mila no sabía dónde se encontraba realmente Joseph B. Rockford en ese momento. Quizá estaba allí con ellos y a lo mejor incluso podía oírlos, o bien ya había bajado lo suficiente como para deshacerse de sus propios fantasmas.

De una cosa, sin embargo, estaba segura: Nicla tendría que descender por un profundo abismo para ir a buscarlo.

—Ya está, empiezo a sentir algo...

Nicla tenía las manos apoyadas sobre las rodillas. Mila reparó en que sus

dedos empezaban a contraerse a causa de la tensión.

—Joseph aún está aquí —anunció la médium—, aunque se encuentra muy... lejos. Pero todavía puede percibir algo...

Sarah Rosa intercambió una mirada de perplejidad con Boris. A él se le escapó una media sonrisa incómoda, que no obstante logró contener.

—Está muy inquieto. Y enfadado... No soporta encontrarse aquí todavía... Querría marcharse, pero no lo logra: algo lo retiene... Le molesta el olor.

—¿Qué olor? —le preguntó Mila.

—El de las flores marchitas. Dice que es intolerable.

Olieron el aire en busca de una confirmación de aquellas palabras, pero solo notaron un perfume agradable: sobre el alféizar de la ventana había un gran jarrón con flores frescas.

—Trata de hacerle hablar, Nicla.

—No creo que quiera hacerlo... No, él no quiere hablar conmigo...

—Tienes que convencerlo.

—*Lo siento mucho...*

—¿Cómo?

Pero la médium no acabó la frase. En cambio, dijo:

—Creo que quiere enseñarme algo... Sí, así es... Está enseñándome una habitación... Esta habitación. Pero nosotros no estamos en ella. Tampoco están las máquinas que ahora lo mantienen con vida... —Nicla se puso tensa—: Hay alguien con él.

—¿Quién es?

—Una mujer, es muy guapa... Creo que es su madre.

Mila vio por el rabillo del ojo que Lara Rockford se agitaba en su silloncito al tiempo que encendía el enésimo cigarrillo.

—¿Qué está haciendo?

—Joseph es muy pequeño... Ella lo tiene sobre sus rodillas y le cuenta algo... Le hace reproches y lo previene... Está diciéndole que el mundo de allí fuera solo puede hacerle daño. Pero si se queda aquí, estará seguro... Le promete protegerlo, cuidar de él, no abandonarlo nunca...

Goran y Mila se miraron. La dorada reclusión de Joseph había empezado así, con su madre alejándolo del mundo.

—Está diciéndole que, entre todos los peligros del mundo, las mujeres son

el peor... Allí fuera está lleno de mujeres que quieren quitárselo todo... Ellas lo querrán solo por lo que posee... Lo engañarán y se aprovecharán de él... —Luego la monja repitió una vez más—: *Lo siento mucho...*

Mila miró a Goran de nuevo. Esa misma mañana, delante de Roche, el criminólogo había afirmado que el origen de la rabia de Rockford —la misma que con el tiempo lo transformaría en un asesino en serie— estaba en el hecho de que no aceptaba ser como era. Porque alguien, muy probablemente su madre, había descubierto un día sus preferencias sexuales, y no se lo había perdonado nunca. Matar a la pareja significaba borrar la culpa.

Pero evidentemente Gavila se equivocaba.

Las palabras de la médium desmentían en parte su teoría. La homosexualidad de Joseph estaba relacionada con las fobias de su madre. Quizá ella sabía lo de su hijo, pero no dijo nada al respecto.

Pero ¿por qué entonces Joseph mataba a sus amantes?

—Yo tampoco tuve nunca permiso para invitar a una amiga...

Todos se volvieron a mirar a Lara Rockford. La joven mujer apretaba entre sus dedos temblorosos el cigarrillo, y hablaba manteniendo la mirada baja.

—Era su madre la que hacía venir aquí a aquellos chicos —dijo Goran.

—Sí —admitió ella—, y les pagaba.

Las lágrimas empezaron a brotar del único ojo sano, transformándole el rostro en una máscara todavía más grotesca.

—Mi madre me odiaba.

—¿Por qué? —inquirió el criminólogo.

—Porque era una mujer.

—*Lo siento mucho...* —dijo una vez más Nicla.

—¡Cállate! —gritó Lara en dirección al hermano.

—*Lo siento mucho, hermanita...*

—¡Silencio!

Lo gritó con rabia, poniéndose en pie. El mentón le temblaba.

—Ustedes no se lo pueden imaginar. No saben qué significa volverse y encontrarse encima aquellos ojos. Una mirada que te sigue por todas partes y tú sabes qué significa, aunque no quieras admitirlo porque la sola idea ya te repugna. Creo que él está tratando de entender... por qué se sentía atraído por mí.

Nicla permanecía en trance, sacudida por un fuerte temblor, mientras Mila le cogía la mano.

—Por eso usted se fue de casa, ¿verdad? —Goran miró a Lara Rockford con la intención de obtener una respuesta a toda costa—. Y fue entonces cuando él empezó a matar...

—Sí, creo que así fue.

—Luego regresó, hace cinco años...

Lara Rockford se rio.

—No sabía nada. Me engañó diciendo que se sentía solo y abandonado por todos. Que yo era su hermana y que me quería, y que por eso teníamos que hacer las paces. Que todo lo demás solo eran obsesiones mías. Lo creí. Cuando vine aquí, los primeros días se comportó con normalidad: era dulce, cariñoso, se ocupaba de mí. No parecía el mismo Joseph que conocí de pequeña. Hasta que...

Rio de nuevo, y su carcajada describió mejor que las palabras toda la violencia padecida.

—No fue un accidente de tráfico lo que la dejó así... —insinuó Goran.

Lara sacudió la cabeza.

—Así, por fin, estuvo seguro de que nunca me iría.

Todos los presentes se apiadaron de aquella joven mujer, prisionera, no ya de aquella casa, sino de su propio aspecto.

—Perdónenme —dijo luego dirigiéndose hacia la puerta, renqueando a causa de la pierna incapacitada.

Stern y Boris se hicieron a un lado para dejarla pasar. Luego volvieron a mirar a Goran, a la espera de que tomara una decisión.

Él se dirigió a Nicla:

—¿Le apetece continuar?

—Sí —dijo la monja, a pesar de que la fatiga y el esfuerzo que estaba haciendo eran evidentes.

La siguiente pregunta era la más importante de todas, no tendrían otra ocasión para hacerla. De la respuesta dependía no solo la supervivencia de la sexta niña, sino también la suya, porque si no lograban darle un sentido a lo que estaba ocurriendo, llevarían para siempre las cicatrices de aquellos hechos como una maldición.

—Nicla, pídale a Joseph que le diga cuándo encontró al hombre que se parecía a él...

31

De noche la oía gritar.

Eran las migrañas, que no la dejaban en paz y le impedían dormir. La morfina tampoco conseguía calmar ya las repentinas punzadas. Se sacudía en la cama y gritaba hasta perder la voz. La belleza de un tiempo, que con tanto cuidado había tratado de preservar del paso inexorable de los años, se había desvanecido por completo y se había vuelto vulgar. Ella, que siempre había prestado tanta atención a las palabras, tan mesurada, se volvió grosera y fantasiosa en las blasfemias. Tenía para todos. Para su marido, que había muerto prematuramente. Para la hija, que había huido de ella. Y para aquel Dios que la había dejado así.

Solo él lograba calmarla.

Iba a su habitación y le ataba las manos a la cama con un pañuelo de seda, para que no pudiera hacerse daño. Ya se había arrancado todo el cabello y tenía la cara estriada de sangre reseca por todas las veces que se había clavado las uñas en las mejillas.

—Joseph —lo llamaba mientras le acariciaba la frente—. Dime que he sido una buena madre. Dímelo, te lo ruego.

Y él, mirándola a unos ojos que se llenaban de lágrimas, se lo decía.

Joseph B. Rockford tenía treinta y dos años. Solo le faltaban dieciocho para su cita con la muerte. No mucho tiempo antes, un conocido genetista había sido interpelado para verificar si también él compartiría la misma suerte que les había tocado al padre y al abuelo. Pero dados los aún escasos conocimientos de la época sobre la herencia genética de las enfermedades, la respuesta fue vaga: las probabilidades de que aquel raro síndrome estuviera dentro de él ya desde su nacimiento oscilaban entre el cuarenta y el setenta por

ciento.

Desde entonces, Joseph había vivido teniendo por delante aquella única meta. Todo lo demás eran solo «etapas de acercamiento». Como la enfermedad de su madre. Las noches de la gran casa eran sacudidas por sus gritos inhumanos, transportados por el eco a través de las grandes habitaciones. Era imposible huir. Después de meses de insomnio forzado, Joseph había empezado a dormir con tapones en los oídos con tal de no pasar aquel suplicio.

Pero no bastaban.

Una madrugada, hacia las cuatro, se despertó. Había tenido un sueño, pero no lograba recordarlo. Sin embargo, no era eso lo que lo había despertado. Se sentó en la cama, tratando de entender qué había sido.

Había un insólito silencio en la casa.

Y Joseph comprendió. Se levantó y se vistió, poniéndose un par de pantalones, un jersey de cuello alto y su chaqueta Barbour de color verde. Luego salió de la habitación y pasó de largo junto a la puerta cerrada de la de su madre. Bajó la imponente escalera de mármol y, al cabo de pocos minutos, se encontró en el exterior.

Recorrió la larga avenida de la finca hasta llegar a la cancela del ala oeste, que generalmente utilizaban los proveedores y la servidumbre. Para él, aquello era el confín del mundo. Muchas veces, cuando eran pequeños, él y Lara se habían acercado hasta allí en sus exploraciones. A pesar de que era mucho más joven que él, su hermana siempre quería ir más allá, demostrando una envidiable valentía. Pero Joseph siempre se echaba atrás. Lara se había ido desde hacía casi un año. Después de haber encontrado las fuerzas para cruzar ese límite, ya no había dado noticias suyas. Él la añoraba.

En aquella fría mañana de noviembre, Joseph permaneció durante algunos minutos inmóvil frente a la cancela. Luego se encaramó para saltar por encima de ella. Cuando sus pies tocaron el suelo, una nueva sensación se apoderó de él, unas cosquillas en medio del pecho que lo iluminaban todo a su alrededor. Por primera vez experimentaba la alegría.

Se encaminó a lo largo de la calle asfaltada.

El alba se anunciaba con la claridad del horizonte. La naturaleza alrededor de él era exactamente idéntica a la de la finca, tanto que por un instante tuvo la impresión de no haber dejado aquel lugar, y que la cancela solo era un

pretexto, porque la entera Creación empezaba y terminaba allí, y cada vez que se cruzaba ese límite comenzaba de nuevo, siempre igual a sí misma, y así hasta el infinito. Una serie interminable de universos paralelos, todos iguales. Antes o después volvería a ver su casa emerger por la senda, y tendría la certeza de haberse ilusionado en vano.

Pero no ocurrió así. A medida que aumentaba la distancia, afloraba la conciencia de poder conseguirlo.

Por allí no había nadie. Ni un coche, ni una casa a la vista. El sonido de sus pasos sobre el asfalto era la única huella humana entre el canto de los pájaros que empezaban a anunciar el nuevo día. No había viento que agitara los árboles, que parecían mirarlo a su paso, como a un extraño. Y él tuvo la tentación de saludarlos. El aire era placenteramente fresco y también tenía sabor. De escarcha, de hojas secas y hierba verde.

El sol era ya más que una promesa. Se deslizaba sobre los prados, ensanchándose y extendiéndose como una marea de aceite. Joseph no era capaz de decir cuántos kilómetros había recorrido. No tenía una meta. Pero eso era lo bonito: no le importaba. En los músculos de sus piernas pulsaba el ácido láctico. Nunca había sospechado que el dolor pudiera resultar agradable. Tenía energía en el cuerpo y aire que respirar. Serían esas dos variables las que decidieran el resto. Por una vez no quería razonar sobre las cosas. Hasta ese día, su mente siempre había tenido ventaja, cerrándole el paso cada vez con un miedo diferente. Y aunque lo desconocido estuviera todavía al acecho a su alrededor, en esos pocos momentos ya había aprendido que, además del peligro, también podía aguardarlo algo valioso. Como el asombro, la capacidad de maravillarse.

Eso fue precisamente lo que sintió cuando percibió un nuevo sonido. Era bajo y lejano, pero se aproximaba paulatinamente a su espalda. Pronto lo reconoció: era el ruido de un coche. Se volvió y vio aparecer el capó más allá de una cima. Luego el vehículo se hundió de nuevo en una pendiente para volver a emerger poco después. Era una vieja ranchera beis, y se dirigía hacia él. El parabrisas sucio no dejaba ver a los pasajeros en su interior. Joseph decidió ignorarla, se volvió y siguió caminando. Cuando el coche ya estuvo cerca, le pareció que ralentizaba la marcha.

—¡Eh!

Él titubeó, pero finalmente se volvió. Quizá era alguien que había ido a

poner fin a su aventura. Sí, eso debía de ser. Su madre se habría despertado y empezado a gritar su nombre. Al no encontrarlo en su cama, habría mandado a la servidumbre a buscarlo por dentro y por fuera de la finca. Quizá el hombre que estaba llamándolo era uno de los jardineros, que había ido a buscarlo con su coche, saboreando una generosa recompensa.

—Eh, tú, ¿adónde vas? ¿Quieres que te lleve?

La pregunta lo alentó. No podía ser alguien de la casa. El vehículo se le acercó. Joseph no podía ver al conductor. Se detuvo, y la ranchera hizo otro tanto.

—Yo voy al norte —dijo el hombre al volante—. Podría hacer que te ahorraras unos pocos kilómetros. No es mucho, pero por aquí no encontrarás a nadie más que te lleve.

Su edad era indefinible. Podía tener cuarenta años, quizá menos. Era la barba rojiza, larga y sin afeitar, lo que hacía difícil saberlo. También llevaba el pelo largo, peinado hacia atrás y con la raya en el medio. Tenía los ojos grises.

—Entonces, ¿qué haces? ¿Subes?

Joseph lo pensó un instante, luego dijo:

—Sí, gracias.

Se acomodó junto al desconocido y el coche arrancó de nuevo. Los asientos estaban revestidos de terciopelo marrón, tan consumido en algunas zonas que mostraba la tela de debajo. En el habitáculo flotaba el olor del ambientador que colgaba del retrovisor. El asiento trasero había sido abatido para obtener un espacio más amplio, ocupado ahora por cajas de cartón y bolsas de plástico, herramientas y recipientes de distintas medidas. Todo estaba perfectamente ordenado. Sobre el salpicadero de plástico oscuro había rastros de adhesivo de viejas pegatinas. La radio, un viejo modelo con casete, reproducía una pieza de música *country*. El conductor, que había bajado el volumen para hablar con él, volvió a subirlo.

—¿Hace mucho que caminas?

Joseph evitaba mirarlo, por miedo a que pudiera darse cuenta de que estaba punto de mentir.

—Sí, desde ayer.

—¿Y no has hecho autoestop?

—Sí. Me recogió un camionero, pero luego tuvo que desviarse hacia otra parte.

—¿Por qué?, ¿tú adónde vas?

No esperaba la pregunta, y dijo la verdad:

—No lo sé.

El hombre se echó a reír.

—Si no lo sabes, entonces, ¿por qué dejaste al camionero?

Joseph se volvió para mirarlo, serio.

—Porque hacía demasiadas preguntas.

El hombre se rio aún más fuerte.

—Dios, me gusta tu carácter directo, chico.

Llevaba un anorak rojo, corto de mangas. Los pantalones eran de color marrón claro y el suéter de lana tenía motivos romboidales. Llevaba puestos unos zapatos de trabajo, con la suela de goma reforzada. Agarraba el volante con ambas manos. En la muñeca izquierda llevaba un reloj barato de plástico, de cuarzo líquido.

—Escucha, no sé cuáles son tus planes y no insistiré en saberlos pero, si te apetece, vivo aquí cerca y podrías venir a desayunar. ¿Qué me dices?

Joseph estaba a punto de decirle que no. Ya había sido bastante azaroso aceptar que lo llevara, así que ahora no lo seguiría quién sabe dónde para permitirle que lo atracara o algo peor. No obstante, se percató de que no era más que otro de sus miedos lo que lo estaba condicionando. El futuro era misterioso, no amenazador, lo había descubierto esa misma mañana. Y para saborear sus frutos, era necesario correr riesgos.

—De acuerdo —dijo finalmente.

—Huevos, beicon y café —prometió el desconocido.

Veinte minutos más tarde abandonaron la carretera principal para tomar un camino de tierra. Lo recorrieron lentamente, entre baches y tumbos, hasta llegar a las proximidades de una casa de madera con el techo inclinado. La pintura blanca que la revestía estaba desconchada en bastantes puntos. El porche tenía un aspecto ruinoso, y matojos de hierba brotaban aquí y allá entre los maderos. Aparcaron junto a la entrada.

«¿Quién es este tío?», se preguntó Joseph cuando vio dónde vivía, y

advirtió, sin embargo, que la respuesta no sería tan interesante como la posibilidad de explorar su mundo.

—Bienvenido —dijo el hombre en cuanto cruzaron el umbral de la puerta.

La primera estancia era de tamaño mediano. La decoración constaba de una mesa con tres sillas, una cómoda a la que le faltaban varios cajones y un viejo sofá con la tapicería arrancada en algunos puntos. De una de las paredes colgaba un cuadro sin marco que reproducía un paisaje anónimo.

Junto a la única ventana se veía una chimenea de piedra sucia de hollín que contenía ascuas ya frías. Sobre un tronco que servía de taburete se amontonaban algunas ollas manchadas de grasa requemada. Al fondo de la sala había dos puertas cerradas.

—Lo siento, no hay baño. Pero ahí fuera hay un montón de árboles —añadió el tipo, riendo.

Tampoco había electricidad ni agua corriente. Al cabo de un rato, el hombre descargó del vehículo los recipientes que Joseph había visto antes. Con viejos periódicos y leña que recogió de fuera, encendió fuego en la chimenea. Después de haber limpiado lo mejor que pudo una de las sartenes, puso a freír manteca y luego echó los huevos junto con el beicon. Aunque sencilla, la comida emanaba un aroma capaz de despertar el apetito.

Joseph, curioso, lo seguía con la mirada, al tiempo que lo atosigaba a preguntas como los niños a los adultos cuando llegan a la edad en que empiezan a descubrir el mundo. El hombre, sin embargo, no parecía molesto, más bien daba la impresión de que le gustaba hablar.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Hace un mes, pero esta no es mi casa.

—¿Eso qué quiere decir?

—La de ahí fuera es mi verdadera casa —dijo señalando con el mentón el vehículo aparcado—. Me gusta recorrer mundo.

—¿Por qué te has detenido, entonces?

—Porque este lugar me gusta. Un día pasaba por la carretera y vi el camino. Giré y llegué aquí. La casa estaba abandonada desde quién sabe cuándo. Probablemente pertenecía a unos campesinos: hay una cabaña con utensilios de labranza detrás.

—¿Qué fue de ellos?

—Ah, no lo sé. Quizá hicieron como muchos otros: cuando hubo la crisis en los campos, debieron de ir a la ciudad en busca de una vida mejor. Por esta zona hay muchas granjas abandonadas.

—¿Por qué no probaron a vender la propiedad?

El tipo soltó una risotada.

—¿Y quién iba a comprar un sitio como este? Esta tierra no da un céntimo, amigo mío.

Terminó de cocinar y vertió directamente el contenido de la sartén en los platos dispuestos sobre la mesa. Joseph, sin aguardarlo, hundió el tenedor en la papilla amarillenta. Estaba hambriento, y le pareció que su sabor era excelente.

—Te gusta, ¿eh? Come con calma, hay mucho más.

Él continuó comiendo de manera voraz. Luego, con la boca llena, preguntó:

—¿Piensas quedarte mucho tiempo por aquí?

—Probablemente hasta finales de semana: el invierno es duro en esta zona. Estoy acumulando provisiones, y voy por las otras granjas abandonadas con la esperanza de encontrar algún objeto que todavía pueda servir de algo. Esta mañana he encontrado una tostadora; creo que está rota, pero puedo arreglarla.

Joseph lo registraba todo en su cabeza como si estuviera componiendo una especie de manual con nociones de todo tipo: cómo se prepara un buen desayuno con huevos, manteca y beicon, cómo aprovisionarse de agua potable. Quizá pensaba que le sería útil en su nueva vida. La existencia de aquel desconocido se le antojaba envidiable. Aunque dura y difícil, era infinitamente mejor que la que él había tenido hasta entonces.

—¿Sabes que todavía no nos hemos presentado?

Joseph detuvo la mano con el tenedor a medio camino de la boca.

—Si no quieres decirme cómo te llamas, por mí está bien. Me pareces simpático de todos modos.

Joseph continuó comiendo. El otro no insistió, pero él sintió que debía recompensarlo de alguna manera por su hospitalidad y decidió revelarle algo de sí mismo:

—Es casi seguro que moriré a los cincuenta.

Y, acto seguido, le habló de la maldición con la que cargaban los herederos varones de su familia. El hombre escuchó con atención. Sin revelar

nombres, Joseph le explicó que era rico, y le contó el origen de su riqueza. La historia de aquel abuelo intuitivo y atrevido que plantó la semilla de una gran fortuna. Y también le habló de su padre, que había sido capaz de multiplicar la herencia con su genio empresarial. Finalmente habló de sí mismo, del hecho de que no tenía metas que alcanzar porque otros ya lo habían conquistado todo para él. Había venido al mundo para dejar solo dos cosas: un ingente patrimonio y un gen inexorablemente mortal.

—Entiendo que la enfermedad que ha matado a tu padre y a tu abuelo sea inevitable, pero con el dinero siempre hay una solución: ¿por qué no renuncias a tu riqueza si no te sientes suficientemente libre?

—Porque he crecido entre dinero, y sin él no sabría cómo sobrevivir ni un solo día. Como ves, haga la elección que haga, estoy destinado a morir.

—¡Tonterías! —replicó el otro mientras se levantaba para ir a fregar la sartén.

Joseph trató de explicarse mejor:

—Puedo tener todo lo que desee, pero, precisamente por eso, no sé qué es el deseo.

—¡Menuda mierda de discurso! El dinero no puede comprarlo todo.

—Créeme, sí puede. Si yo quisiera tu muerte, podría pagar a algunos hombres; ellos te matarían, y nadie se enteraría nunca.

—¿Lo has hecho alguna vez? —dijo el otro, serio de repente.

—¿El qué?

—¿Has pagado alguna vez a alguien para que matara por ti?

—Yo no, pero mi padre y mi abuelo sí lo hicieron, lo sé.

Hubo una pausa.

—Pero no puedes comprar la salud.

—Es verdad. Pero si sabes con antelación cuándo morirás, el problema está solucionado. Mira, los ricos son infelices porque saben que, antes o después, tendrán que dejar todo lo que poseen: no puedes llevarte el dinero a la tumba. En cambio, yo no tengo que torturarme pensando en mi muerte; ya hay alguien que lo ha hecho por mí.

El hombre se detuvo a reflexionar.

—Tienes razón —admitió—, pero es muy triste no desear nada. Habrá algo que te guste de verdad, ¿no? Podrías empezar por eso.

—Bueno, me gusta caminar. Y desde esta mañana, además, también me gustan los huevos con beicon. Y me gustan los chicos.

—Quieres decir que eres...

—En realidad, no lo sé. Me acuesto con ellos, pero no puedo decir que los desee de veras.

—Entonces, ¿por qué no pruebas con una mujer?

—Probablemente debería hacerlo. Pero primero tendría que desearlo, ¿comprendes? No sé cómo explicártelo mejor.

—No, está bien. Creo que has sido bastante claro.

El tipo dejó la sartén sobre las demás, en el taburete. Después miró el reloj de cuarzo que llevaba en la muñeca.

—Son las diez, tengo que ir a la ciudad: necesito las piezas de recambio para arreglar la tostadora.

—Entonces, me voy.

—No, ¿por qué? Quédate por aquí y descansa un poco si quieres. Estaré pronto de vuelta, a lo mejor podríamos comer de nuevo juntos y charlar un rato. Eres un tipo simpático, ¿sabes?

Joseph observó el viejo sofá con la tapicería arrancada y le pareció muy atrayente.

—Está bien —dijo—. Dormiré un poco, si no te molesta.

El hombre sonrió.

—¡Fantástico! —Estaba a punto de salir cuando se volvió—. A propósito, ¿qué te apetecería para cenar?

Joseph lo miró.

—No lo sé. Sorpréndeme.

Una mano lo sacudió dulcemente. Joseph abrió los ojos y descubrió que era tarde.

—¡Pues sí que estabas cansado! —dijo su nuevo amigo sonriendo—. ¡Has dormido nueve horas seguidas!

Joseph se desperezó. Hacía bastante tiempo que no descansaba tan bien. En seguida sintió que le faltaban las fuerzas.

—¿Ya es la hora de la cena? —preguntó.

—Dame un minuto para encender el fuego y la preparo en seguida: he

comprado pollo para hacer asado y patatas. ¿Te gusta como menú?

—Perfecto, tengo hambre.

—Mientras tanto, ábrete una cerveza, están en el alféizar.

Joseph nunca había bebido cerveza, aparte de la que su madre ponía en el ponche de Navidad. Sacó una lata del pack de seis y la abrió. Apoyó los labios en el borde de aluminio y se echó un trago largo. Rápidamente sintió la fría bebida bajarle por el esófago. Fue una sensación agradable, que le quitó la sed. Después del segundo trago, eructó.

—¡Salud! —exclamó el tipo.

Fuera hacía frío, pero dentro el fuego proporcionaba una agradable tibieza. La luz de la lámpara de gas, colocada en el centro de la mesa, iluminaba débilmente la habitación.

—El técnico me ha dicho que la tostadora se puede arreglar. También me ha dado un par de consejos sobre cómo repararla. Menos mal, pienso venderla en alguna feria.

—Entonces, ¿eso es lo que haces para vivir?

—Bueno, sí, de vez en cuando. La gente tira un montón de cosas que todavía pueden utilizarse. Yo las recupero, las arreglo y luego me saco algún dinero. Algunas cosas me las quedo, como ese cuadro, por ejemplo...

Señaló el paisaje que colgaba sin marco de la pared.

—¿Por qué precisamente ese? —preguntó Joseph.

—No lo sé, me gusta. Creo que me recuerda el lugar donde nací, o quizá no; ¿quién puede decirlo?, he viajado tanto...

—¿De veras has estado en tantos lugares diferentes?

—Sí, muchísimos. —Por un instante pareció perderse en sus pensamientos, pero en seguida continuó—: Mi pollo es especial, ya verás. Y, a propósito, tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? ¿Qué sorpresa?

—Ahora no, después de cenar.

Se sentaron a la mesa. El pollo con patatas estaba crujiente y sazonado en su justa medida. Joseph se llenó el plato unas cuantas veces. El tipo —en su cabeza lo llamaba de ese modo— comía con la boca abierta y ya se había bebido tres cervezas. Después de cenar sacó una pipa tallada a mano y tabaco. Mientras la preparaba, le dijo:

—¿Sabes?, he pensado mucho en lo que me has dicho esta mañana.

—¿En qué exactamente?

—Acerca de tu discurso sobre desear cosas. Me ha impresionado.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Yo no pienso que sea malo conocer exactamente el momento en que terminará tu vida. En mi opinión, es un privilegio.

—¿Cómo puedes decir algo así?

—Bueno, naturalmente depende de cómo veas las cosas. Si ves el vaso medio lleno o medio vacío. En fin, puedes quedarte sentado y hacer una lista de todo lo que no tienes. O bien puedes determinar el resto de tu vida en función de ese plazo de tiempo.

—No te sigo.

—Creo que el hecho de que sepas que morirás a los cincuenta años te hace pensar que no tienes ningún poder sobre tu vida. Pero es ahí donde te equivocas, amigo mío.

—¿Qué entiendes tú por «poder»?

El tipo cogió una ramita del fuego y con el extremo incandescente se encendió la pipa. Aspiró una profunda bocanada antes de contestar.

—Poder y deseo van de la mano. Están hechos de la misma maldita sustancia. El segundo depende del primero, y viceversa. Y no lo dice ningún filósofo, sino que es la naturaleza misma la que lo determina. Esta mañana has dicho bien: solo podemos desear lo que no tenemos. Tú crees tener el poder de conseguirlo todo y entonces no deseas nada. Pero eso ocurre porque tu poder deriva del dinero.

—¿Acaso hay otra clase de poder?

—Claro, el de la voluntad, por ejemplo. Tienes que ponerla a prueba para entenderlo. Pero tengo la sospecha de que no quieres hacerlo...

—¿Por qué lo dices? Puedo hacerlo.

El tipo lo observó.

—¿Estás seguro?

—Claro.

—Bien. Antes de cenar te he dicho que tenía una sorpresa para ti. Ahora es el momento de que te la enseñe. Ven.

Se levantó y se dirigió hacia una de las dos puertas cerradas al fondo de la

habitación. Joseph, titubeante, lo siguió a través del umbral entreabierto.

—Mira.

Dio un paso en la oscuridad, y lo oyó. Había algo en la habitación que respiraba agitadamente. Pensó en seguida en un animal y dio un paso atrás.

—Ánimo —lo invitó el tipo—, mira mejor.

Joseph tardó algunos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. La poca luz que llegaba de la lámpara de gas que estaba sobre la mesa era apenas suficiente para iluminar débilmente la cara del chico. Estaba tumbado en una cama, con las manos y los pies atados a los montantes con sogas gruesas. Vestía una camisa de cuadros y unos vaqueros, pero no llevaba zapatos. Un pañuelo alrededor de la boca le impedía hablar, por lo que se limitaba a emitir sonidos inconexos, como gruñidos. El pelo sobre la frente estaba empapado de sudor. Se agitaba como una bestia prisionera y tenía los ojos en blanco a causa del pánico.

—¿Quién es? —preguntó Joseph.

—Un regalo para ti.

—¿Y qué se supone que debería hacer con él?

—Lo que quieras.

—Pero no sé quién es.

—Tampoco yo. Hacía autoestop. Lo he subido al coche mientras volvía hacia aquí.

—Quizá debemos desatarlo y dejar que se vaya.

—Si eso es lo que quieres...

—¿Por qué no debería serlo?

—Porque esa es la demostración de qué es el poder, y de cómo va unido al deseo. Si tú deseas liberarlo, entonces hazlo. Pero si quieres algo más de él, eres dueño de elegir.

—¿Estás hablando por casualidad de sexo?

El tipo sacudió la cabeza, decepcionado.

—Tu horizonte es muy limitado, amigo mío. Tienes a tu disposición una vida humana, la más grande y asombrosa creación de Dios, y follártela es lo único que se te ocurre...

—¿Qué tendría que hacer con una vida humana?

—Tú lo has dicho hoy: si quisieras matar a alguien, te bastaría con

contratar a otras personas para que lo hicieran por ti. Pero ¿crees realmente que eso te otorga el poder de quitar una vida? Tu dinero tiene ese poder, no tú. Hasta que no lo hagas con tus manos, no experimentarás qué significa.

Joseph miró de nuevo al chico, visiblemente aterrorizado.

—Pero yo no quiero saberlo —repuso.

—Porque tienes miedo. Miedo de las consecuencias, del hecho de que podrías ser castigado, o del sentimiento de culpa.

—Es normal tener miedo de ciertas cosas.

—No, no lo es, Joseph.

Ni siquiera se percató de que lo había llamado por su nombre, tan ocupado como estaba cruzando miradas con el chico.

—¿Y si te dijera que puedes hacerlo, que puedes quitarle la vida a alguien y que nadie lo sabrá jamás?

—¿Nadie? ¿Y tú, entonces?

—Yo soy quien lo ha secuestrado y lo ha traído hasta aquí, ¿recuerdas? Y luego también seré quien enterrará su cadáver...

Joseph bajó la cabeza.

—¿No lo sabrá nadie?

—Si te dijera que quedarías impune, ¿eso suscitaría tu deseo de probarlo?

Joseph se miró las manos durante un largo instante, su respiración se aceleró mientras dentro de él nacía una extraña euforia, nunca antes sentida.

—Necesitaría un cuchillo —dijo.

El tipo se fue a la cocina. En la espera, Joseph se fijó en el chico, que le suplicaba con la mirada y sollozaba. Frente a aquellas lágrimas que brotaban silenciosas, Joseph descubrió que no sentía nada. Nadie lloraría su muerte cuando, a los cincuenta, el mal de su padre y su abuelo llegara a por él. Para el mundo, él siempre sería el chico rico, indigno de cualquier forma de compasión.

El tipo volvió con un largo cuchillo afilado y se lo puso entre las manos.

—No hay nada más satisfactorio que quitar una vida —le dijo—. No la de una persona en particular, como un enemigo o alguien que te ha hecho daño, sino un hombre cualquiera. Te otorga el mismo poder que posee Dios.

Luego lo dejó solo y salió, cerrando la puerta a su espalda.

La luz de la luna se deslizaba entre las persianas rotas haciendo brillar el

cuchillo entre las manos. El chico se agitaba y Joseph podía percibir su ansiedad, el miedo bajo la forma de sonidos pero también de olores. La respiración ácida, el sudor de las axilas. Se acercó a la cama, lentamente, dejando que sus pasos crujieran sobre el suelo, para que el muchacho pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. A continuación le apoyó la hoja del cuchillo plana sobre el tórax. ¿Tenía que decirle algo? No se le ocurría nada. Un escalofrío le recorrió la espalda y de repente sucedió algo que no esperaba: tuvo una erección.

Levantó el cuchillo algunos centímetros, deslizándolo lentamente a lo largo del cuerpo del chico hasta llegar al estómago. Luego se detuvo. Tomó aliento y empujó despacio el extremo de la hoja hasta traspasar el tejido de la camisa, hasta tocar la carne. El chico intentó gritar, pero únicamente consiguió emitir una patética imitación de un grito de dolor. Joseph hundió el cuchillo unos centímetros más, la piel se laceró profundamente, como si se rasgara. Reconoció el blanco de la grasa, pero la herida todavía no sangraba. Entonces empujó más la hoja, hasta sentir el calor de la sangre en la mano y advertir una exhalación intensa, liberada por las entrañas. El chico arqueó la espalda, favoreciendo involuntariamente su obra. Él apretó más, hasta que notó la punta del cuchillo que tocaba la columna vertebral. El muchacho era un manojito de músculos y carne debajo de él. Permaneció en esa posición arqueada durante algunos segundos. Luego cayó pesadamente sobre la cama, sin fuerzas, como un objeto inanimado. *Y, en ese instante, las alarmas...*

... empezaron a sonar todas a la vez. El médico y la enfermera se colocaron alrededor del paciente con el carro de emergencias. Nicla, doblada sobre sí misma, intentaba recobrar el aliento: el *shock* de lo que había visto la había arrancado violentamente del estado de trance. Mila le puso las manos en la espalda, tratando de hacerla respirar. El médico abrió el pijama sobre el tórax de Joseph B. Rockford con un gesto limpio, arrancando todos los botones, que rodaron por la habitación. Boris estuvo a punto de resbalar y caer encima de Mila mientras acudía en su ayuda. Luego el médico colocó las placas del desfibrilador que la enfermera le había dado sobre el pecho del paciente y gritó «¡Fuera!» antes de la descarga. Goran se acercó a Mila.

—Saquémosla de aquí —dijo, ayudándola a levantar a la monja.

Mientras dejaban la habitación junto a Rosa y Stern, la agente se volvió

una última vez hacia Joseph B. Rockford. El cuerpo se sacudía por las descargas, pero, bajo las mantas, pudo notar lo que parecía una erección.

«Maldito bastardo», pensó.

El bip del monitor cardíaco se quedó fijo en una nota perentoria. Pero en ese momento Joseph B. Rockford abrió los ojos.

Sus labios empezaron a moverse sin emitir sonido alguno. Las cuerdas vocales habían resultado afectadas cuando le practicaron la traqueotomía para permitirle respirar.

Aquel hombre debería estar muerto. Las máquinas a su alrededor decían que ya era solo un trozo de carne sin vida. Sin embargo, estaba tratando de comunicarse. Sus estertores hacían pensar en alguien que está a punto de ahogarse y busca, braceando, respirar todavía una bocanada de aire.

No duró mucho.

Al fin, una mano invisible lo empujó de nuevo hacia abajo, y el alma de Joseph B. Rockford fue deglutida por su lecho de muerte, dejando tan solo como desecho un cuerpo vacío.

32

En cuanto se restableció, Nicla Papakidis se puso a disposición de un dibujante de la policía federal para trazar el retrato del hombre que había visto con Joseph.

El desconocido que él había bautizado como «el tipo» y que se suponía que era Albert.

La larga barba y la cabellera muy espesa le impedían indicar con exactitud los rasgos de la cara. No sabía cómo era la mandíbula, y la nariz solo era una sombra incierta sobre su rostro. El corte de los ojos se le escapaba.

Únicamente podía asegurar que eran grises.

En todo caso, el resultado se distribuiría entre todas las patrullas de policía, en los muelles, en los aeropuertos y cerca de las fronteras. Roche estaba sopesando enviar también copias a la prensa, pero eso comportaría tener que dar explicaciones sobre el modo en que habían conseguido el retrato. Si revelara que detrás había una médium, los medios de comunicación deducirían que los policías no tenían nada entre manos, que tanteaban a ciegas en la oscuridad, que habían acudido a una médium por pura desesperación.

—Es un riesgo que tienes que correr —le sugirió Goran.

El inspector jefe se reunió de nuevo con el equipo en casa de los Rockford. No había querido estar presente en la sesión con la monja porque había dejado claro ya desde el principio que no quería saber nada de aquel intento: como siempre, la responsabilidad recaería por entero en Goran. El criminólogo, sin embargo, había aceptado de buen grado porque confiaba en la intuición de Mila.

—Chiquilla, he pensado algo —le dijo Nicla a su preferida mientras desde la autocaravana de la unidad móvil observaban a Gavila y al inspector jefe

discutiendo en el prado situado frente a la casa.

—¿El qué?

—Que no quiero el dinero de la recompensa.

—Pero si ese es el hombre que buscamos, te lo has ganado.

—No lo quiero.

—Piensa solamente en las cosas que podrías hacer por las personas de las que te ocupas a diario.

—¿Y qué necesitan que no tengan ya? Tienen nuestro amor, nuestros cuidados y, créeme, cuando una criatura de Dios llega al final de sus días no necesita nada más.

—Si te quedaras con ese dinero, entonces yo podría pensar que de todo esto también puede salir algo bueno...

—El mal solo engendra más mal. Ésta ha sido siempre su principal característica.

—Una vez oí a alguien decir que el mal siempre puede demostrarse; el bien, nunca. Porque el mal deja huellas a su paso, mientras que el bien solo se puede testimoniar.

Nicla sonrió.

—¡Qué tontería! —repuso de inmediato—. Mira, Mila, el hecho es que el bien es demasiado fugaz como para poder ser registrado de alguna manera, y a su paso no produce desechos. El bien es limpio. En cambio, el mal ensucia... Pero yo puedo probar el bien porque lo veo todos los días. Cuando uno de mis pobres se acerca al final, trato de estar con él durante el mayor tiempo posible. Le cojo la mano, escucho lo que tiene que decirme, si me cuenta sus culpas yo no lo juzgo. Cuando comprenden lo que les está ocurriendo, si han llevado una vida buena y no han hecho daño a los demás, o si lo han hecho y luego se han arrepentido..., bueno, ellos siempre sonrían. No sé por qué, pero sucede, te lo aseguro. Por eso la prueba del bien es la sonrisa con que desafían a la muerte.

Mila asintió, animada. No le insistiría a Nicla por la recompensa. Quizá ella tuviera razón.

Eran casi las cinco de la tarde. La monja estaba cansada, pero aún tenía algo que hacer.

—¿Estás segura de que podrás reconocer la casa abandonada? —le

preguntó Mila.

—Sí, sé dónde está.

Solo iba a ser un reconocimiento de rutina antes de volver al Estudio. Sería la prueba definitiva de la información proporcionada por la médium.

Aun así, acudió todo el equipo.

En el coche, Sarah Rosa siguió las indicaciones de Nicla y giró donde la monja le dijo. El parte meteorológico auguraba nieve de nuevo. Por un lado, el cielo estaba limpio y el sol se escondía velozmente. Por el otro, las nubes ya se espesaban en el horizonte, y se podían ver los primeros relámpagos que se acercaban.

Ellos se encontraban exactamente en el medio.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Stern—. Dentro de poco oscurecerá.

Llegaron al camino de tierra y giraron por él. Las piedras crujían bajo los neumáticos. Después de todos aquellos años, la casa de madera todavía se mantenía en pie. La pintura blanca se había desconchado por completo y únicamente quedaban algunas manchas. Los tablones más expuestos a la intemperie estaban podridos, lo que hacía que la casa pareciera un diente cariado.

Bajaron de los coches y se dirigieron hacia el porche.

—Tened cuidado, podría derrumbarse —advirtió Boris.

Goran subió el primer peldaño. El lugar coincidía con la descripción de la monja. La puerta estaba abierta, y al criminólogo le bastó con empujarla apenas. En el interior, el suelo estaba revestido por una capa de mantillo, y se oía a los ratones moverse bajo las tablas, molestos por su presencia. Goran reconoció el sofá, aunque de él ya no quedaba sino un esqueleto de muelles herrumbrosos. La cómoda todavía estaba allí, pero la chimenea de piedra se había derrumbado parcialmente. El criminólogo se sacó de un bolsillo una pequeña linterna para inspeccionar las dos habitaciones de atrás. Mientras tanto, Boris y Stern también entraron y miraron alrededor.

Goran abrió la primera puerta.

—Ésta es la habitación de la cama.

Pero la cama ya no estaba. En su lugar quedaba una sombra más clara en el suelo. Allí era donde Joseph B. Rockford había recibido su bautismo de

sangre. Quién sabía quién había sido el chico asesinado en aquella habitación veinte años antes.

—Tendremos que cavar por los alrededores en busca de restos humanos —dijo Gavila.

—Llamaré a los hombres de Chang en cuanto hayamos acabado la inspección —se ofreció Stern.

Mientras tanto, en el exterior, Sarah Rosa paseaba nerviosamente con las manos metidas en los bolsillos a causa del frío. Nicla y Mila la observaban desde el interior del coche.

—Esa mujer no te gusta, ¿verdad? —dijo la monja.

—En realidad soy yo la que no le gusto a ella.

—¿Has intentado entender por qué?

Mila la miró por el rabillo del ojo.

—¿Quieres decir que es culpa mía?

—No, solo digo que antes de acusar de algo siempre deberíamos estar seguros.

—Ha estado encima de mí desde que llegué.

Nicla levantó las manos en señal de rendición.

—Entonces no te preocupes. Todo pasará en cuanto te hayas ido.

Mila sacudió la cabeza. Algunas veces, el sentido común de la religiosa era insoportable.

En la casa, Goran salió del dormitorio y se volvió automáticamente hacia la otra puerta cerrada.

La médium no había hablado de esa segunda habitación.

Dirigió el haz de luz de la linterna hacia el pomo y abrió.

Era exactamente igual de grande que la de al lado. Y estaba vacía. La humedad atacaba las paredes y una pátina de moho se había apoderado de los rincones. Goran enfocó con la linterna a su alrededor. Al pasar por una de las paredes, se dio cuenta de que reflejaba la luz.

Mantuvo fija la linterna y vio que había cinco cuadrados brillantes, de unos diez centímetros de lado. Se acercó un poco más y luego se detuvo. Clavadas en la pared con chinchetas había unas fotos instantáneas.

Debby. Anneke. Sabine. Melissa. Caroline.

En las fotografías todavía aparecían con vida. Albert las había llevado allí

antes de matarlas. Y las había inmortalizado justo en aquella habitación, delante de aquella pared. Estaban despeinadas y mal vestidas. Un flash cruel había sorprendido sus ojos enrojecidos por el exceso de llanto y su mirada aterrorizada.

Sonreían y saludaban.

Las había obligado a asumir aquella grotesca pose delante del objetivo; una alegría forzada por el miedo que provocaba horror.

Debby tenía los labios retorcidos en un gesto de alegría en absoluto natural, y parecía que de un momento a otro fuera a estallar en llanto.

Anneke tenía un brazo alzado y el otro abandonado a lo largo del costado, en una postura resignada y apagada.

Sabine había sido captada en el momento en que miraba alrededor, tratando de entender lo que su corazón de niña no lograba explicarse.

Melissa estaba tensa, combativa, pero era evidente que pronto también ella cedería.

Caroline aparecía inmóvil, con unos ojos abiertos como platos por encima de aquella sonrisa. Increíble.

Solamente después de haberlas observado una por una, Goran llamó a los demás.

Absurdo. Incomprensible. Inútilmente cruel.

No existía otra manera de definirlo. Todos guardaron el silencio que les había embargado en la casa abandonada mientras volvían al Estudio.

La noche sería larga. Nadie confiaba en conciliar el sueño después de un día como ese. Para Mila ya eran cuarenta y ocho horas incesantes, durante las cuales se habían sucedido demasiados acontecimientos.

El hallazgo de la silueta de Albert en la pared de la casa de Yvonne Gress. Su conversación nocturna en casa de Goran, cuando le reveló que la habían seguido, además de la teoría de que su hombre se servía de una cómplice. Después, aquella pregunta sobre el color de los ojos de Sabine que llevó a descubrir el engaño de Roche. La visita a la casa fantasmagórica de los Rockford. La fosa común. Lara Rockford. La intervención de Nicla Papakidis. La exploración del alma de un asesino en serie.

Y, por último, aquellas fotos.

Mila había visto muchas fotografías en su trabajo. Imágenes de menores, lanzándose al mar o el día de una representación escolar. Se las enseñaban los parientes o los padres cuando iba a verlos. Niños que desaparecían para luego reaparecer en otras fotos —a menudo desnudos o vestidos con ropa de adultos—, en las colecciones de los pedófilos o en los archivos de las morgues.

Pero en aquellas cinco encontradas dentro de la casa abandonada había algo más.

Albert sabía que llegarían hasta allí. Y estaba esperándolos.

¿Había previsto incluso que llegarían a sondear a su alumno Joseph con una médium?

—Nos observa desde el principio —fue el lacónico comentario de Gavila—. Siempre nos lleva un paso de ventaja.

Mila consideró que cada movimiento suyo había sido burlado, eludido y neutralizado. Y ahora, incluso, tenían que guardarse las espaldas. Ese era el peso con el que cargaban sus compañeros en el coche, mientras volvían a su cuartel general.

Y todavía quedaban dos cuerpos por descubrir.

El primero ya era un cadáver seguro. El segundo, con el paso del tiempo, se convertiría también en uno. Nadie tenía el ánimo de admitirlo, pero ya no creían poder impedir el homicidio de la niña número seis.

En cuanto a la pequeña Caroline, ¿quién podía decir qué nuevo horror desvelaría? ¿Podía haber algo peor que lo que ya habían descubierto hasta ese momento? Si lo había, entonces Albert estaba preparando un gran final con la sexta.

Eran las once pasadas cuando Boris aparcó el monovolumen debajo del Estudio. Los hizo bajar, cerró el coche y se dio cuenta de que estaban esperándolo para subir.

No querían dejarlo atrás.

El horror al que habían asistido los había unido más. Porque todo lo que les quedaba eran los compañeros. También Mila formó parte de aquella comunión. Y Goran. Por un momento habían sido excluidos, pero había durado poco, y solo había sido por la manía de Roche de controlarlo todo. La distancia, sin embargo, había desaparecido. Aquel error, perdonado.

Subieron lentamente la escalera del edificio. Stern pasó un brazo alrededor de los hombros de Rosa.

—Vete a casa con tu familia esta noche —le dijo.

Pero ella se limitó a negar enérgicamente con la cabeza.

Mila lo comprendió. Rosa no podía romper aquella cadena. De otro modo, el mundo entero ya no se sostendría, las cancelas que todavía lo protegían se abrirían y darían paso a los Hacedores del Mal, y este último finalmente se extendería por doquier. Ellos eran la última vanguardia en aquella lucha, y, aunque iban perdiendo, no tenían intención alguna de abandonar.

Entraron en el Estudio todos juntos. Boris se detuvo para cerrar la puerta, luego los alcanzó y los encontró inmóviles en el pasillo, como hipnotizados. No entendió qué ocurría hasta que entrevió, por un hueco entre sus hombros, el cuerpo tendido en el suelo. Sarah Rosa gritó. Mila se volvió porque no podía mirarlo. Stern se santiguó. Gavila no consiguió hablar.

Caroline, la quinta.

Y, esta vez, el cadáver de la niña era para ellos.

CÁRCEL DE
DISTRITO PENITENCIARIO N.º 45

Informe n.º 2 del director, Sr. Alphonse Bérenger

16 de diciembre del año en curso

A la atención de la oficina del procurador general,

J. B. Marin

En la persona del viceprocurador, Matthew Sedris

Asunto: RESULTADO INSPECCIÓN - CONFIDENCIAL

Distinguido Sr. Sedris:

La presente es para informarle de que la inspección de la celda de aislamiento del preso RK-357/9 se efectuó, por sorpresa, anoche.

Los guardias de la cárcel irrumpieron en ella para reunir material orgánico “perdido o dejado de manera voluntaria por el sujeto” para obtener su huella genética, siguiendo al pie de la letra las recomendaciones de su despacho.

Le comunico que, con gran estupor, mis hombres se encontraron frente a una celda “inmaculada”. Por ello hemos tenido la impresión de que el preso RK-357/9 nos estaba esperando. Supongo que se mantiene constantemente alerta y que ha previsto y calculado cada uno de nuestros movimientos.

Temo que, sin un error del preso o un cambio en las circunstancias actuales, será bastante difícil llegar a resultados concretos.

Quizá solo nos quede una única posibilidad para desvelar el misterio. Nos hemos percatado de que, algunas veces, el preso RK-

357/9, quizá también a causa de su aislamiento, habla solo. Parecen desvaríos, pero pronunciados en voz baja, así que creemos oportuno esconder, previo consentimiento de usted, un micrófono en la celda para grabar sus palabras.

Obviamente, no renunciaremos a repetir más veces las inspecciones por sorpresa para obtener su ADN.

Someto a su atención una última observación: el sujeto siempre está tranquilo y disponible. Nunca se queja y no parece molesto por nuestros intentos de inducirlo a error.

No nos queda mucho tiempo. Dentro de ochenta y seis días no tendremos otra elección que volver a dejarlo en libertad.

Atentamente,

Sr. Alphonse Bérenger,
director

33

Apartamento denominado «Estudio», ahora renombrado «lugar número cinco»

22 de febrero

Ya nunca nada sería como antes.

Con aquella sombra que se cernía sobre ellos, se retiraron al dormitorio a la espera de que los equipos de Chang y Krepp hicieran su trabajo en el piso. Roche, oportunamente informado, estaba hablando con Gavila desde hacía más de una hora.

Stern estaba tendido sobre el catre, con un brazo detrás de la cabeza y la mirada clavada en el techo. Parecía un cowboy. El planchado perfecto de su traje no había sufrido el estrés de las últimas horas, y él tampoco había advertido la necesidad de aflojarse el nudo de la corbata. Boris estaba tumbado sobre un costado, pero era evidente que no dormía; su pie izquierdo seguía golpeando nerviosamente sobre la colcha. Rosa trataba de ponerse en contacto con alguien a través del móvil, pero la señal era débil.

Mila observaba a ratos a sus compañeros silenciosos, para luego volver al monitor del portátil que tenía sobre las rodillas. Había solicitado los archivos con las fotos particulares sacadas en el parque de atracciones la tarde del secuestro de Sabine. Ya habían sido vistas sin resultado, pero ella quería volver a examinarlas a la luz de la teoría que ya le había expuesto a Goran. Es decir, que el culpable pudiera ser una mujer.

—Me gustaría saber cómo diablos ha conseguido meter aquí dentro el cadáver de Caroline... —declaró Stern, dando voz a la pregunta que agobiaba a todos.

—Sí, yo también querría saberlo... —convino Rosa.

El edificio de oficinas en el que se hallaba el Estudio ya no estaba vigilado como antes, cuando llevaban allí a los testigos protegidos. El inmueble se encontraba prácticamente vacío y los sistemas de seguridad estaban desactivados, pero el único acceso al piso era la puerta de entrada, y estaba blindada.

—Ha pasado por la entrada principal —señaló lacónicamente Boris, emergiendo de su aparente letargo.

Pero había algo que los ponía nerviosos más que ninguna otra cosa. ¿Cuál era el mensaje de Albert esta vez? ¿Por qué había decidido dejar caer una sombra tan pesada sobre sus perseguidores?

—En mi opinión, solo está tratando de demorarnos —aventuró Rosa—. Estábamos acercándonos demasiado a él, y así ha vuelto a barajar las cartas.

—No, Albert no hace las cosas a tontas y a locas —intervino Mila—. Nos ha enseñado que cada movimiento suyo ha sido meditado detenidamente.

Sarah Rosa la fulminó con la mirada.

—¿Y entonces? ¿Qué coño quieres decir? ¿Que por casualidad hay entre nosotros un jodido monstruo?

—No quería decir eso —intervino Stern—. Solo está diciendo que tiene que haber un motivo ligado al diseño de Albert: forma parte del juego al que está jugando con nosotros desde el principio... La razón podría tener que ver con este lugar, con el uso que se hizo de él en el pasado.

—Podría tener relación con un viejo caso —añadió Mila, percatándose de inmediato de que su hipótesis caía en saco roto.

Antes de que pudiera retomarse el diálogo, Goran entró en la habitación cerrando la puerta a su espalda.

—Necesito vuestra atención —dijo en tono perentorio.

Mila dejó el portátil. Todos se dispusieron a prestarle atención.

—Todavía somos los titulares de la investigación, pero las cosas se están complicando.

—¿Qué significa eso? —gruñó Boris.

—Lo entenderéis dentro de unos momentos, pero os invito a que desde ahora mantengáis la calma. Os lo explicaré después...

—¿Después de qué?

A Goran no le dio tiempo a contestar, pues la puerta se abrió y el inspector jefe Roche cruzó el umbral. Lo acompañaba un hombre robusto, de unos cincuenta años, con la americana raída, una corbata demasiado fina para su cuello bovino y un puro apagado entre los dientes.

—Descansen, descansen... —dijo Roche, aunque ninguno de los presentes hizo ademán de saludarlo. El inspector jefe tenía una sonrisa tirante, de esas que querrían infundir tranquilidad pero, en cambio, generan ansiedad—. ¡Señores, la situación es confusa, pero lo conseguiremos: no dejaré que un psicópata siembre dudas sobre la integridad de mis hombres!

Como siempre, subrayó la última frase con demasiado énfasis.

—Así que he tomado algunas precauciones en su exclusivo interés, proporcionándoles a alguien para que los apoye en la investigación. —Lo anunció sin mencionar al hombre que estaba a su lado—. De lo contrario, compréndanme, razones muy poderosas me impondrían relevarlos del encargo. ¡Es embarazoso: no logramos dar con Albert, pero él, en cambio, viene a por nosotros! Así, de acuerdo con el doctor Gavila, le confío al aquí presente capitán Mosca la tarea de asistirles hasta el cierre del caso.

Nadie respiró, aunque entendieron de inmediato en qué consistiría la «asistencia» de la que se beneficiarían. Mosca asumiría el control, dejándoles a ellos una sola elección: ponerse de su parte e intentar recuperar un poco de credibilidad, o bien quedarse fuera del caso.

Terence Mosca era un hombre muy conocido en el entorno de la policía. Debía su fama a una operación de infiltración en una organización de traficantes de droga que había durado más de seis años. Tenía a sus espaldas centenares de detenciones y muchas otras operaciones bajo cobertura. Nunca se había ocupado, en cambio, de asesinatos en serie o de crímenes patológicos.

Roche lo había llamado por un solo motivo: años antes, Mosca había luchado contra él por el sillón de inspector jefe. En vista de cómo se estaban poniendo las cosas, le había parecido oportuno implicar a su peor rival para poder encargarle parte del peso de un fracaso que ya creía más que probable. Un movimiento arriesgado, que demostraba que se sentía contra las cuerdas: si Terence Mosca solucionaba el caso de Albert, Roche tendría que cederle el paso en la jerarquía de mando.

Antes de empezar a hablar, el capitán dio un paso adelante, alejándose de

Roche, para subrayar su autonomía.

—El patólogo y el experto de la científica todavía no han encontrado nada significativo. Lo único que sabemos es que para entrar en el apartamento el sujeto ha forzado la puerta blindada.

Cuando abrió a su llegada, Boris no había visto señales de que hubiera sido forzada.

—Ha tenido mucho cuidado en no dejar huellas: no quería arruinarles la sorpresa.

Mosca seguía masticando el puro e intimidando a todo el mundo con las manos metidas en los bolsillos. No parecía que quisiera encarnizarse con ellos, pero lo lograba de todos modos.

—He encargado a varios agentes que den una vuelta por los alrededores con la esperanza de encontrar algún testigo. A lo mejor logramos conseguir un número de matrícula... En cuanto al motivo que ha empujado al sujeto a depositar el cadáver justo aquí, estamos obligados a improvisar. Si se les ocurre algo, díganmelo sin dudar. De momento, eso es todo.

Terence Mosca se dio media vuelta y, sin dar oportunidad a nadie de replicar o añadir algo, volvió a la escena del crimen.

Roche, en cambio, se detuvo.

—No les queda mucho tiempo. Hace falta una idea, y es necesario que se les ocurra de prisa.

Finalmente, también el inspector jefe abandonó la estancia. Goran cerró la puerta y en seguida los demás formaron corrillo a su alrededor.

—¿A qué se debe esta novedad? —preguntó Boris, mosqueado.

—¿Por qué ahora necesitamos a un perro guardián? —le hizo eco Rosa.

—Tranquilos, no lo habéis entendido —repuso Goran—. El capitán Mosca es la persona más capacitada para llevar el caso en este momento. He sido yo quien ha solicitado su intervención.

Todos se quedaron asombrados.

—Ya sé qué estáis pensando, pero así le he ofrecido una salida a Roche y he salvado nuestro papel en la investigación.

—Oficialmente todavía estamos en el juego, pero todos sabéis que Terence Mosca es un perro sin collar ni amo —señaló Stern.

—Por eso he sugerido que fuera justamente él: conociéndolo, no querrá

que le vayamos detrás, por tanto, no le importará lo que hagamos. Solo tendremos que ponerlo al día de nuestros movimientos, nada más.

Parecía la mejor de las soluciones, pero no eliminaba el fardo de la sospecha que pesaba sobre cada uno de ellos.

—No nos quitarán el ojo de encima —dijo Stern sacudiendo la cabeza enfadado.

—Y nosotros dejaremos que Mosca siga ocupándose de Albert, mientras nos dedicamos a la niña número seis...

Parecía una buena estrategia: si todavía la encontraban viva, se desharían del clima de sospecha que se había generado a su alrededor.

—Creo que Albert ha dejado aquí el cuerpo de Caroline para burlarse del equipo porque, aunque no revele nada sobre nosotros, siempre quedará una duda.

Pese a que intentaba por todos los medios parecer tranquilo, Goran sabía bien que sus afirmaciones no eran en todo caso suficientes para serenar los ánimos. Desde que había sido hallado el quinto cadáver, cada uno de ellos había empezado a mirar a los demás de un modo diferente. Se conocían de toda la vida, pero nadie podía asegurar que alguno de ellos no guardara algún secreto. Ese era el verdadero objetivo de Albert: dividirlos. El criminólogo se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que la semilla de la desconfianza empezara a brotar en el grupo.

—A la última niña no le queda mucho tiempo —afirmó a continuación, seguro—. Albert ya casi está listo para completar su dibujo. Solo se está preparando para el desenlace. Pero necesitaba el campo libre, y nos ha excluido de la competición. Por eso solo tenemos una única posibilidad de encontrarla, y está en las manos de la única de entre nosotros que está fuera de toda sospecha, ya que se incorporó al equipo cuando Albert ya lo había planeado todo.

Iluminada de repente por sus miradas, Mila se sintió incómoda.

—Tú podrás moverte mucho más libremente que nosotros —la animó Stern—. Si tuvieras que actuar sola, ¿qué harías?

En realidad, Mila tenía una idea, pero se la había guardado para sí hasta ese momento.

—Sé por qué sus víctimas solo son niñas.

Se habían hecho esa pregunta en el Pensatorio, cuando el caso aún estaba

en sus inicios. ¿Por qué Albert no había secuestrado también a niños? Su comportamiento no escondía objetivos sexuales, ya que no había tocado a las pequeñas.

«No, él solo las mata.»

Entonces, ¿por qué esa preferencia?

Mila creía haber llegado a una explicación.

—Tenían que ser de sexo femenino por la número seis. Estoy casi convencida de que la eligió la primera, y no la última, como quiere hacernos creer. Las demás eran niñas solo para ocultar ese detalle. Pero ella fue el primer objeto de su fantasía. La causa no la sabemos; quizá tenga una cualidad especial, algo que la distingue de las demás. He aquí por qué tiene que mantener oculta su identidad hasta el final. No le bastaba con hacer saber que una de las niñas secuestradas todavía seguía con vida. No, necesitaba que nosotros no supiéramos en absoluto quién era.

—Porque eso podría conducirnos hasta él —concluyó Goran.

No obstante, se trataba solo de fascinantes conjeturas que no eran de mucha ayuda.

—A menos que... —dijo Mila, intuyendo el pensamiento de los demás, y repitió—: A menos que siempre haya habido una conexión entre nosotros y Albert.

Ya no tenían mucho que perder, así que Mila no tuvo ningún reparo en contarles la historia de las persecuciones que había padecido.

—Ha ocurrido dos veces, aunque solo estoy absolutamente segura de la segunda; la de la plaza del motel se trató más que nada de una sensación...

—¿Y entonces? —preguntó Stern, curioso—. ¿Qué tiene eso que ver?

—Alguien ha estado siguiéndome. A lo mejor también ha sucedido otras veces, no puedo jurarlo, no me he enterado... Pero ¿por qué? ¿Para controlarme? ¿Para qué? Nunca he poseído información de vital importancia y siempre he sido el último mono entre vosotros.

—Quizá para despistarte —arriesgó Boris.

—Tampoco es eso: nunca ha habido una verdadera «pista», a menos que realmente yo me haya acercado demasiado a algo y entonces haya cobrado importancia sin saberlo.

—Pero lo del motel sucedió al poco de llegar, y eso desmiente la hipótesis

del despiste —dijo Goran.

—Entonces, solo nos queda una explicación... Quienquiera que me haya seguido quería intimidarme.

—¿Y por qué razón? —replicó Sarah Rosa.

Mila la ignoró.

—En ambos casos, mi perseguidor no traicionó involuntariamente su presencia. Creo que, más bien, se manifestó de forma intencionada.

—Está bien, lo hemos entendido. Pero ¿por qué iba a hacerlo? —insistió Rosa—. ¡Por favor, esto no tiene ningún sentido!

Mila se volvió bruscamente hacia ella, imponiendo la diferencia de altura.

—Porque desde el principio yo era la única capaz de encontrar a la sexta niña. —Volvió a mirarlos a todos—. No os lo toméis a mal, pero los resultados que he obtenido hasta ahora me dan la razón. Vosotros seréis muy buenos desenmascarando a asesinos en serie, pero yo encuentro a las personas desaparecidas: siempre lo he hecho y sé hacerlo.

Nadie la contradijo. Visto desde esa perspectiva, Mila representaba la amenaza más concreta para Albert, porque era la única capaz de desbaratar sus planes.

—Recapitulemos: él secuestró primero a la sexta niña. Si yo hubiera descubierto en seguida quién era la número seis, todo su diseño se habría derrumbado.

—Pero no lo has descubierto —dijo Rosa—. Quizá no seas tan buena...

Mila no respondió a su provocación.

—Al acercarse tanto a mí en la plaza del motel, Albert podría haber cometido un error. ¡Tenemos que volver a ese momento!

—¿Y cómo? ¡No me dirás que también tienes una máquina del tiempo!...

Mila sonrió. Sin saberlo, Rosa estaba muy cerca de la verdad, porque había un modo de volver atrás. Ignorando una vez más su aliento de nicotina, se volvió hacia Boris.

—¿Qué tal se te dan los interrogatorios bajo hipnosis?

—Ahora, relájate...

La voz de Boris era apenas un susurro. Mila estaba tumbada en su catre, las manos a lo largo de los costados y los ojos cerrados. Él estaba sentado a

su lado.

—Bien, quiero que empieces a contar hasta cien...

Stern había puesto una toalla sobre la lámpara, sumiendo la habitación en una agradable penumbra. Rosa se había confinado en su cama. Goran estaba sentado en un rincón, observando atentamente cuanto ocurría.

Mila contaba lentamente. Su respiración empezó a asumir un ritmo regular. Cuando acabó, estaba totalmente relajada.

—Ahora quiero que veas cosas en tu mente. ¿Estás lista?

Ella asintió.

—Estás en un gran prado. Es por la mañana y hace un bonito sol. Los rayos calientan la piel de tu rostro y el aire huele a hierba y a flores. Caminas descalza: puedes notar el frescor de la tierra bajo los pies. Y se oye la voz de un arroyo que te llama. Te acercas y te inclinas sobre la orilla. Metes las manos en el agua y te las llevas a la boca para beber. Está riquísima.

La elección de las imágenes no era casual: Boris había evocado aquellas sensaciones para asumir el control de los cinco sentidos de Mila. Así, luego sería más fácil hacerla volver con la memoria al momento exacto en que se encontraba en la plaza del motel.

—Ahora que ya has saciado tu sed, querría que hicieras algo por mí. Vuelve atrás unas cuantas noches...

—Está bien —respondió ella.

—Es de noche, y un vehículo acaba de acompañarte al motel...

—Hace frío —dijo ella en seguida.

A Goran le pareció ver cómo la recorría un escalofrío.

—¿Qué más?

—El agente que me ha acompañado me saluda con un gesto de la cabeza, luego da media vuelta. Yo estoy sola en medio de la plaza.

—¿Cómo es? Descríbemela.

—No hay mucha luz. Solo la del letrero de neón, que chisporrotea agitado por el viento. Frente a mí hay varios bungalós, pero las ventanas están a oscuras. Soy la única cliente esa noche. Detrás de los bungalós hay un bosquecillo de árboles que se mecen con el viento. El suelo es de grava...

—Echa a andar...

—Oigo solo mis pasos.

Casi parecía oír el ruido de la grava.

—¿Dónde estás ahora?

—Me dirijo hacia mi habitación y paso por delante del despacho del vigilante. No hay nadie allí, pero el televisor está encendido. Llevo una bolsa de papel con dos sándwiches de queso: es mi cena. El aliento se condensa en el aire helado, y me doy prisa. Mis pasos sobre la grava son el único ruido que me acompaña. Mi bungaló es el último de la fila.

—Vas bien.

—Solo faltan pocos metros y voy concentrada en mis pensamientos. Hay un pequeño hoyo en el suelo, no lo veo y tropiezo... Y entonces lo oigo.

Goran no se percató de ello, pero instintivamente se inclinó en dirección a la cama de Mila, como si pudiera alcanzarla sobre aquella plaza, protegiéndola de la amenaza que recaía sobre ella.

—¿Qué has oído?

—Un paso sobre la grava, detrás de mí. Alguien está copiando mis pasos. Quiere acercarse sin que yo me dé cuenta, pero ha perdido el ritmo de mis pasos.

—¿Y tú qué haces entonces?

—Trato de mantener la calma, pero tengo miedo. Continúo a la misma velocidad hacia el bungaló, aunque querría echar a correr. Y, mientras tanto, pienso.

—¿Qué piensas?

—Que es inútil sacar mi revólver porque, si él va armado, tendrá mucho tiempo para disparar primero. También pienso en el televisor encendido en el despacho del vigilante, y me digo que ya lo ha matado. Ahora me toca a mí... El pánico se acrecienta.

—Sí, pero logras mantener el control.

—Hurgo en mi bolsillo en busca de la llave, porque la única posibilidad que tengo es entrar en mi habitación... Siempre que me deje hacerlo.

—Estás concentrada en la puerta: ya faltan pocos metros, ¿verdad?

—Sí. En mi campo visual solo está la puerta, el resto a mi alrededor ha desaparecido.

—Pero ahora tienes que hacerlo volver...

—Lo intento...

—La sangre late veloz en tus venas, la adrenalina corre, tienes los sentidos en alerta. Quiero que me describas el *sabor*...

—Tengo la boca seca, pero noto el sabor ácido de la saliva.

—El *tacto*...

—Noto el frío de la llave de la habitación en mi mano sudada.

—El *olfato*...

—El viento arrastra un extraño olor de residuos descompuestos, a mi derecha están los cubos de la basura, y pinaza y resina.

—La *vista*...

—Veo mi sombra que se prolonga sobre la plaza.

—¿Y luego?

—Veo la puerta del bungalow, es amarilla y está desconchada. Veo los tres peldaños que conducen al porche.

Boris había dejado intencionadamente para el final el sentido más importante, porque la única percepción que Mila había tenido de su perseguidor había sido sonora.

—El *oído*...

—No oigo nada, excepto mis pasos.

—Presta más atención.

Goran vio que en la cara de Mila se formaba una arruga, justo entre los ojos, por el esfuerzo de recordar.

—¡Lo oigo! ¡Ahora distingo también sus pasos!

—Perfecto. Pero quiero que te concentres aún más...

Mila obedeció. Después dijo:

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé —le respondió Boris—. Estás sola allí, yo no he oído nada.

—¡Pero he oído algo!

—¿El qué?

—Ese sonido...

—¿Qué sonido?

—Algo... metálico. ¡Sí! ¡Algo metálico que cae! ¡Cae al suelo, en la grava!

—Trata de ser más precisa.

—No sé...

—Vamos...

—Es... ¡una moneda!

—Una moneda, ¿estás segura?

—¡Sí! ¡Una de pocos céntimos! ¡Se le ha caído y él no se ha dado cuenta!

Una pista inesperada: encontrar la moneda en medio de la plaza; encontrarla y extraer las huellas. Así se podría identificar al perseguidor. Su esperanza era que se tratara de Albert.

Mila continuaba con los ojos cerrados, pero no dejaba de repetir:

—¡Una moneda! ¡Una moneda!

Boris retomó el control.

—Muy bien, Mila. Ahora tengo que despertarte. Contaré hasta cinco, luego daré una palmada y abrirás los ojos. —Lentamente empezó a contar—: Uno, dos, tres, cuatro... ¡y cinco!

Mila abrió los ojos. Parecía confusa, descolocada. Intentó levantarse, pero Boris la detuvo apoyándole dulcemente una mano en el hombro.

—Aún no —dijo—. Podrías marearte.

—¿Ha funcionado? —le preguntó ella mirándolo.

Boris sonrió:

—Por lo que parece, tenemos una pista.

«Tengo que encontrarla a toda costa —se dijo mientras con la mano apartaba la grava de la plaza—. Me juego mi credibilidad... Mi vida.»

Por eso estaba tan atenta. Pero tenía que darse prisa. No había mucho tiempo.

En el fondo eran pocos los metros que tendría que revisar. Exactamente los que la separaban del bungalow, como aquella noche. Estaba a gatas, sin preocuparse por ensuciarse los vaqueros. Hundía las manos entre los guijarros blancos, y en los nudillos ya tenía las marcas sangrantes de pequeñas heridas que sobresalían del polvo que las cubría. Pero el dolor no la molestaba; más bien la ayudaba a concentrarse.

«La moneda —seguía repitiéndose—. ¿Cómo no me di cuenta?»

Nada más fácil que la hubiera encontrado alguien. Un cliente, o quizá el vigilante.

Había llegado al motel antes que los demás porque ya no se fiaba de nadie, y tenía la impresión de que tampoco sus colegas se fiaban de ella.

«¡Tengo que darme prisa!»

Movía las piedras arrojándolas a su espalda, y mientras tanto se mordía el labio. Estaba nerviosa. Estaba enfadada consigo misma, y con el mundo entero. Inspiró y espiró muchas veces, tratando de combatir la agitación.

Quién sabe por qué recordó un episodio de cuando apenas era una recluta recién salida de la academia. Ya entonces era evidente su carácter cerrado y sus dificultades para relacionarse con los demás. La habían destinado a una patrulla junto con un colega más viejo que no la soportaba. Estaban persiguiendo a un sospechoso por los callejones del barrio chino. Era demasiado rápido y no lograron cogerlo, pero a su colega le había parecido que, al pasar por el patio trasero de un restaurante, había tirado algo en un vivero de ostras. Así que la obligó a sumergirse hasta las rodillas en el agua estancada y a hurgar entre los moluscos. Obviamente, allí no había nada. Probablemente el tipo solo había querido hacerle una novatada. Desde entonces no comía ostras. Pero había aprendido una lección importante.

También las piedras que ahora removía con ahínco eran una prueba. Algo para demostrarse a sí misma que todavía era capaz de sacar lo mejor de las cosas. Esa era su habilidad desde hacía mucho tiempo. Pero justo mientras se complacía de sí misma, un pensamiento cruzó por su mente. Como aquella vez con el colega viejo, también ahora alguien le estaba tomando el pelo.

En realidad, no había ninguna moneda. Solo había sido un engaño.

En el momento exacto en que Sarah Rosa llegó a esa conclusión, levantó la cabeza y vio acercarse a Mila. Desenmascarada e impotente delante de su compañera más joven, su rabia se desvaneció y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tiene a tu hija, ¿verdad? *Ella es la número seis*

34

En el sueño está su madre.

Está hablándole con su sonrisa «mágica», así la llama ella, porque es bonito cuando no está enfadada, y entonces se convierte en la persona más amable del mundo. Pero eso sucede cada vez menos.

En el sueño, su madre le cuenta cosas de sí misma, pero también de su padre. Ahora sus padres están de nuevo de acuerdo y ya no se pelean. Mamá le cuenta lo que hacen, cómo va el trabajo y la vida en casa en su ausencia, y hasta le enumera las películas de vídeo que han visto. Pero no son sus favoritas. Para esas la esperarán. Le gusta oírsele decir. Querría preguntarle cuándo volverá, pero en el sueño su madre no puede oírla. Es como si le hablara a través de una pantalla. Por mucho que ella se esfuerza, no cambia nada. Y la sonrisa en el rostro de mamá ahora parece casi cruel.

Una caricia resbala dulcemente por su pelo y ella se despierta.

La pequeña mano se desliza arriba y abajo, de su cabeza al cojín, y una tierna voz murmura una canción.

—¡Eres tú!

La alegría es tan grande que olvida dónde se encuentra. Lo que ahora cuenta es que a esa niña no la ha imaginado.

—Te he esperado tanto tiempo... —le dice.

—Lo sé, pero no he podido venir antes.

—¿No te dejaban?

La niña la mira con sus ojos serios.

—No, he tenido cosas que hacer.

No sabe en qué pueden consistir los asuntos que la han mantenido tan ocupada como para que no pudiera ir a verla. Pero por el momento no le

importa. Tiene mil preguntas para ella, y empieza con la que le urge más.

—¿Qué hacemos aquí?

Da por sentado que también la niña está prisionera. Aunque es ella la única que está atada a una cama, mientras que la otra, por lo que parece, es libre de merodear a su antojo por la barriga del monstruo.

—Ésta es mi casa.

La respuesta la descoloca.

—¿Y yo? ¿Por qué estoy aquí?

La niña no dice nada y vuelve a concentrarse en su pelo. Ella entiende que está evitando la pregunta y no insiste, ya habrá tiempo para eso.

—¿Cómo te llamas?

La niña le sonríe:

—Gloria.

Pero ella la observa con detenimiento y replica:

—No...

—No, ¿qué?

—Yo te conozco... Tú no te llamas Gloria...

—Claro que sí.

Hace un esfuerzo por recordar. Ya la ha visto antes, está segura de ello.

—¡Tú aparecías en los cartones de leche!

La niña la observa sin entender.

—Sí, y tu cara estaba también en las octavillas. La ciudad estaba llena. En mi escuela, en el supermercado. Pasó... —¿Cuánto tiempo había pasado? Ella todavía estaba en cuarto—. Pasó hace tres años.

La niña sigue sin entender.

—Hace poco que llegué aquí. Un mes como mucho.

—¡Te digo que no! Han pasado al menos tres años.

No la cree.

—No es verdad.

—¡Sí, y tus padres hicieron también un llamamiento por televisión!

—Mis padres están muertos.

—¡No, están vivos! Y tú te llamas... ¡Linda! ¡Tu nombre es Linda Brown!

La niña se pone tensa:

—*¡Mi nombre es Gloria! Y la Linda que tú dices es otra persona. Estás confundiéndonos.*

Al oír su voz romperse de ese modo, decide no insistir. No quiere que se vaya y la deje sola de nuevo.

—*Está bien, Gloria, como quieras. Me he equivocado, perdóname.*

La niña asiente, satisfecha. Luego, como si no hubiera pasado nada, vuelve a acariciarle el pelo con los dedos y a canturrear.

Entonces ella prueba de otro modo.

—*Estoy muy mal, Gloria. No logro mover el brazo, siempre tengo fiebre, y me desmayo a menudo...*

—*Dentro de poco estarás mejor.*

—*Necesito a un médico.*

—*Los médicos solo traen problemas.*

Esa frase parece desentonada en boca de ella. Es como si la hubiera oído tantas veces a otra persona que con el tiempo también se ha incorporado a su jerga. Y ahora la repite para sí.

—*Voy a morir, lo presiento.*

Se le escapan dos enormes lágrimas. Gloria se detiene y las recoge de sus mejillas. Luego empieza a mirarse los dedos, ignorándola.

—*¿Has entendido lo que te he dicho, Gloria? Moriré si no me ayudas.*

—*Steve ha dicho que te curarás.*

—*¿Quién es Steve?*

La niña está distraída, pero le contesta de todos modos:

—*Steve es quien te ha traído aquí.*

—*¿Quién me ha secuestrado, querrás decir!*

La niña vuelve a mirarla.

—*Steve no te ha secuestrado.*

Aunque tiene miedo de hacerla enfadar de nuevo, no puede transigir sobre ese punto: está en juego su supervivencia.

—*Sí, y también ha hecho lo mismo contigo. Estoy segura.*

—*Te equivocas. Él nos ha salvado.*

Le gustaría que no hubiera sido así, pero su respuesta la ha enfadado.

—*¿Qué tonterías dices? ¿Salvado de qué?*

Gloria vacila. Puede ver sus ojos vaciarse, dejando lugar a un extraño temor. Da un paso atrás, pero ella logra agarrarle la muñeca. Gloria querría escapar, intenta librarse, pero ella no dejará que se vaya sin una respuesta.

—¿De quién?

—De Frankie.

Gloria se muerde los labios. No quería decirlo, pero lo ha hecho.

—¿Quién es Frankie?

Consigue zafarse, ella está demasiado débil para impedirselo.

—Nos vemos luego, ¿vale?

Gloria se aleja.

—No, espera. ¡No te vayas!

—Ahora tienes que descansar.

—¡No, por favor! ¡No volverás!

—Claro que volveré.

La niña se aleja. Ella se echa a llorar. Un nudo amargo de desesperación le sube por la garganta y se extiende por su pecho. Los sollozos la azotan, su voz se rompe mientras le grita una pregunta al vacío:

—¡Te lo ruego! ¿Quién es Frankie?

Pero nadie le contesta.

35

—Su nombre es Sandra.

Terence Mosca lo escribió en la página del bloc de notas. Luego levantó la cabeza y miró de nuevo a Sarah Rosa.

—¿Cuándo fue secuestrada?

La mujer se acomodó mejor en la silla antes de contestarle, tratando de reordenar sus ideas.

—Ya han pasado cuarenta y siete días.

Mila tenía razón: Sandra había sido raptada antes que las otras cinco. Y luego Albert la había usado para atraer a Debby Gordon, su hermana de sangre.

Las dos niñas se habían conocido una tarde en el parque mientras miraban a los caballos en el picadero. Un intercambio de palabras y en seguida había nacido una simpatía mutua. Debby se sentía triste porque estaba lejos de casa; Sandra, por la separación de sus padres. Unidas por sus respectivas tristezas, de inmediato se habían hecho amigas.

A ambas les habían regalado una vuelta a caballo. No había sido casual. Albert había provocado su encuentro.

—¿Cómo sucedió el secuestro de Sandra?

—Mientras iba al colegio —continuó Rosa.

Mila y Goran vieron cómo Mosca asentía. Todos estaban presentes — también Stern y Boris— en la amplia sala del archivo, en la primera planta del edificio de la policía federal. El capitán había elegido ese lugar inusual para evitar que se filtrara la noticia, y también para que aquella conversación no se pareciera a un interrogatorio.

La sala estaba desierta a esa hora. Del punto en que se encontraban se

ramificaban largos pasillos de estantes repletos de archivadores. La única luz era la de la lámpara de la mesa de consultas alrededor de la cual se habían reunido. Las voces y los ruidos se perdían en la oscuridad de la estancia.

—¿Qué puedes decirnos de Albert?

—No lo he visto nunca y tampoco he oído su voz. No sé quién es.

—Por supuesto... —asintió Terence Mosca como si eso fuera un agravante para ella.

Formalmente, Sarah Rosa todavía no había sido sometida a ninguna medida restrictiva de libertad, pero pronto sería incriminada por complicidad en un secuestro y en el homicidio de una menor.

Había sido Mila quien la había descubierto indagando sobre el secuestro de Sabine en el tiovivo. Después de haber hablado con la madre de la niña, pensó que Albert podría haberse servido de una mujer para que el secuestro pasara inadvertido delante de toda aquella gente. Pero no una cómplice cualquiera, sino una a la que pudiera chantajear. La madre de la niña número seis, por ejemplo.

Mila obtuvo la confirmación de aquella increíble hipótesis mientras ojeaba en el portátil las fotos de aquella tarde en el parque de atracciones. Al fondo de una instantánea disparada por un padre de familia, reparó en una cabellera y un perfil que le provocaron un intenso cosquilleo en la nuca, seguido por un inequívoco nombre: ¡Sarah Rosa!

—¿Por qué Sabine? —le preguntó Mosca.

—No lo sé —dijo Rosa—. Me envió su fotografía y me hizo saber dónde la encontraría, eso es todo.

—Y nadie se dio cuenta de nada.

En el Pensatorio, Sarah Rosa había dicho: «Cada uno de los presentes solo miraba a su propio hijo. A la gente no le importa nada, esa es la realidad». Y Mila se había acordado. Su colega lo sabía bien porque lo había vivido personalmente.

Mosca continuó:

—Entonces, él conocía los movimientos de las familias.

—Supongo que sí. Sus instrucciones para mí siempre eran muy detalladas.

—¿Cómo te hacía llegar las órdenes?

—Por correo electrónico.

—¿No has intentado localizar la procedencia?

Pero la pregunta del capitán ya tenía una respuesta: Sarah Rosa era experta en informática. Si ella no lo había logrado, entonces era imposible.

—En todo caso, he conservado todos los correos. —Después miró a sus colegas y añadió—: Es muy listo, ¿sabéis? Y muy hábil. —Lo dijo como si quisiera justificarse—. Y tiene a mi hija —agregó.

Su mirada no llegó a Mila.

Le había demostrado hostilidad desde el primer día porque ella era la única que podía descubrir de veras la identidad de la sexta niña, poniendo así en peligro su vida.

—¿Fue él quien te ordenó que te libraras en seguida de Vasquez?

—No, fue iniciativa mía. Ella podía molestar.

Quería manifestarle una vez más su desprecio. Pero Mila la perdonó. Su pensamiento se dirigió a Sandra, la niña que sufría de trastornos alimentarios —como le había contado Goran—, y que ahora se encontraba en manos de un psicópata, con un brazo amputado, padeciendo sufrimientos inenarrables. Durante días había estado obsesionada con su identidad. Ahora por fin tenía un nombre.

—Así, seguiste a la agente Vasquez dos veces, para atemorizarla y obligarla a abandonar la investigación.

—Sí.

Mila recordaba que después de la persecución en coche había ido al Estudio, donde no había nadie. Boris la había avisado con un SMS para que se encontraran todos en casa de Yvonne Gress. Y ella los había alcanzado. Sarah Rosa estaba preparándose junto a la autocaravana de la unidad móvil, y Mila no se había preguntado por qué no se encontraba ya en la casa con los demás. Su retraso no la hizo sospechar. O quizá la mujer había sido más lista, metiéndose con ella para no darle tiempo a pensar y sembrando dudas sobre su relación con Goran.

«Por otra parte, él se burló de ti... porque yo voté en contra.»

Pero no lo había hecho, porque se habría arriesgado a atraer sospechas sobre sí misma.

Terence Mosca no tenía prisa: escribía las respuestas de Rosa en el bloc de notas y pensaba un rato antes de proceder con la siguiente pregunta.

—¿Qué más has hecho por él?

—Entré a hurtadillas en la habitación de Debby Gordon en el colegio. Robé su diario de la caja de latón, forzando el candado de modo que nadie se diera cuenta. Luego quité de la pared las fotos donde también aparecía mi hija. Y dejé el transmisor GPS que os condujo luego al segundo hallazgo en el orfanato...

—¿No pensaste nunca que, antes o después, alguien podría descubrirte? — le hizo notar Mosca.

—¿Acaso tenía elección?

—Fuiste tú quien puso en el Estudio el cadáver de la quinta niña...

—Sí.

—Entraste con tu llave y fingiste que habían forzado la puerta blindada.

—Para que no sospechara nadie.

—Ya... —Mosca la miró durante un largo instante—. ¿Por qué te hizo llevar ese cuerpo al Estudio?

Esa era la respuesta que todos esperaban.

—No lo sé.

Mosca inspiró profundamente por la nariz, un gesto que indicaba que su conversación había concluido. Luego el capitán se dirigió a Goran.

—Creo que es suficiente. A menos que usted también tenga preguntas...

—Ninguna —dijo el criminólogo.

Mosca volvió a dirigirse a la mujer:

—Agente especial Sarah Rosa, dentro de diez minutos llamaré por teléfono al procurador, que formulará oficialmente las acusaciones contra ti. Como acordamos, esta conversación quedará entre nosotros, pero te aconsejo que no abras la boca si no es en presencia de un buen abogado. Una última pregunta: ¿alguien más, además de ti, está implicado en este caso?

—Si está refiriéndose a mi marido, él no sabe nada. Estamos a punto de divorciarnos. En cuanto Sandra desapareció, lo eché de casa con una excusa para mantenerlo al margen de todo. Últimamente nos hemos peleado a menudo porque quería ver a nuestra hija y creía que yo se lo impedía.

Mila los había visto mientras discutían acaloradamente delante del Estudio.

—Bien —dijo Mosca mientras se levantaba. Después se dirigió a Boris y

a Stern al tiempo que señalaba a Rosa—: Mandaré en seguida a alguien para que formalice la detención.

Los dos agentes asintieron. El capitán se inclinó para recobrar su portafolios de cuero. Mila lo vio colocar el bloc de notas junto a una carpeta amarilla; bajo la cubierta se entrevieron algunos papeles con una inscripción escrita a máquina: «W»... «on» y «P».

«Wilson Pickett», pensó ella.

Terence Mosca se encaminó lentamente hacia la salida, seguido por Goran. Mila se quedó con Boris y Stern junto a Rosa. Los dos hombres permanecían en silencio, evitando mirar a la colega que no había confiado en ellos.

—Lo siento —dijo ella con lágrimas en los ojos—. No tenía elección... —repitió.

Boris no contestó, a duras penas lograba contener la rabia. Stern le dijo solamente:

—Está bien, ahora tranquilízate. —Pero no fue muy convincente.

Entonces Sarah Rosa los miró, suplicante:

—Encontrad a mi pequeña, os lo ruego...

Muchos creen, injustamente, que los asesinos en serie se mueven siempre por una motivación sexual. También Mila lo pensaba antes de encontrarse implicada en el caso de Albert.

En realidad, según sus objetivos finales, existen diversos tipos.

Están los «visionarios», que cometen los asesinatos dominados por un álter ego con el que se comunican y del que reciben instrucciones, a veces bajo la forma de visiones o simples «voces». Su comportamiento a menudo desemboca en la psicosis.

Los «misioneros» se ponen una meta inconsciente y están dominados por una autoimpuesta responsabilidad para mejorar el mundo que los rodea, que pasa inevitablemente por la eliminación de algunas categorías de personas: homosexuales, prostitutas, infieles, abogados, inspectores del fisco, etcétera.

Los «buscadores de poder» poseen una escasa autoestima. Su satisfacción procede del control sobre la vida y la muerte de sus víctimas. El asesinato se acompaña con el acto sexual, pero solo como instrumento de humillación.

Finalmente están los «hedonistas», que únicamente matan por el placer de

hacerlo. Entre éstos —y solo como subcategoría— se encuentran también aquellos que tienen un objetivo sexual.

Benjamin Gorka encajaba en los cuatro tipos.

Sufría de visiones que lo empujaban a matar solo a prostitutas después de haberlas violado porque no lograba mantener relaciones con el sexo contrario, y el tema le gustaba bastante.

Se demostró que había acabado con la vida de treinta y seis mujeres, aunque solamente asumió la plena responsabilidad por la muerte de ocho de ellas. Se temía que hubiera matado a muchas más y luego hubiera hecho desaparecer hábilmente los restos. Estuvo en activo durante veinticinco años antes de que lo capturaran.

La dificultad para localizarlo dependió en gran parte de la variedad y la lejanía de los lugares en los que actuaba.

Fue hallado por Gavila y por el equipo después de tres años de intensa caza. Insertaron los datos de los diferentes homicidios en un ordenador que elaboró un esquema circular. A continuación, tras superponerlo sobre un mapa de carreteras, se dieron cuenta de que las líneas del esquema correspondían exactamente al ciclo de distribución de las mercancías.

Benjamin Gorka, en efecto, era camionero.

Su captura se llevó a cabo una noche de Navidad en un área de descanso de la autopista. Pero, por un error de la acusación durante el proceso, consiguió un atenuante por enfermedad mental y una habitación en un manicomio de alta seguridad. Lugar del que, sin embargo, nunca saldría.

Desde el momento de su detención, el país descubrió el nombre de uno de los asesinos más brutales de su historia. En todo caso, para Goran y sus hombres, Benjamin Gorka sería para siempre Wilson Pickett.

Después de haberse presentado dos policías para detener a Sarah Rosa, Mila había esperado a que también Boris y Stern se fueran: quería quedarse sola en el archivo. Luego se había puesto a consultar los ficheros y había encontrado la copia del informe.

Después de hojearlo, no había descubierto el motivo por el cual el criminólogo había bautizado al homicida con el nombre del famoso cantante. En compensación, había hallado la foto de aquella chica tan guapa que había visto ya anteriormente colgada en la pared, el día en que estuvo por primera vez en el Estudio.

Se llamaba Rebecca Springher. Y fue la última víctima de Gorka.

En realidad, en el informe no había mucho más. Mila se preguntaba por qué aquel caso todavía era una herida abierta para los miembros de la unidad, y entonces recordó las palabras de Boris cuando le pidió explicaciones.

«Fue mal. Hubo errores, y alguien amenazó con disolver el equipo y despedir al doctor Gavila. Fue Roche quien nos defendió y presionó para que nos quedáramos en nuestros puestos.»

Algo se había torcido. Pero el informe que tenía entre las manos no hablaba de ningún error, sino que más bien describía la operación como «ejemplar», «llevada a cabo a la perfección».

No obstante, no debía de ser así si Terence Mosca tenía motivos para interesarse.

Mila sacó el acta de la declaración dejada por Goran frente al tribunal que tenía que juzgar al asesino en serie. En aquella ocasión, el criminólogo había definido a Benjamin Gorka como «un psicópata puro, de una naturaleza tan escasa como la de un tigre albino».

Para luego añadir: «Estos individuos son difíciles de descubrir. Aparentemente son hombres normales, comunes. Pero al excavar bajo la superficie de esa normalidad, aparece su “yo” interior. Eso que muchos de ellos llaman “la bestia”. Gorka la ha alimentado con sus sueños, la ha nutrido de sus deseos. A veces ha tenido que saldar cuentas con ella. Quizá incluso la haya combatido durante un cierto período de su vida. Al final, en cambio, ha pactado con ella. Ha entendido que solo había un modo de hacerla callar: contentarla. De otro modo, lo habría devorado desde dentro».

Mientras analizaba aquellas páginas, Mila casi pudo oírlas leídas por la voz de Goran.

«Luego, un día hubo una fractura entre la realidad y lo onírico. Fue entonces cuando Benjamin empezó a planear algo con lo que antes únicamente fantaseaba. El instinto de matar está en cada uno de nosotros. Pero, gracias al cielo, también estamos dotados de un dispositivo que nos permite tenerlo bajo control, inhibirlo. Siempre existe, sin embargo, un punto de inflexión.»

«Un punto de inflexión», reflexionó Mila. Siguió adelante y se detuvo en otro pasaje.

«... pero pronto el acto tiene que ser repetido. Porque el efecto se desvanece, el recuerdo ya no es suficiente y aparece un sentido de

insatisfacción y de disgusto. Las fantasías ya no son suficientes y hay que repetir el ritual. La necesidad debe ser saciada. Hasta el infinito.»

¡Hasta el infinito!

Lo encontró fuera, sentado en uno de los peldaños de acero de la escalera de incendios. Se había encendido un cigarrillo y se lo llevaba a los labios, sujetándolo en vilo entre los dedos.

—No se lo digas a mi mujer —le pidió Stern en cuanto la vio salir por la puerta cortafuegos.

—No te preocupes, quedará entre tú y yo —lo alentó Mila mientras iba a sentarse junto a él.

—¿Y bien?, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Cómo sabes que he venido a pedirte algo?

Stern le contestó levantando una ceja.

—Albert nunca se dejará capturar, tú también lo sabes —dijo entonces Mila—. Creo que ya ha planeado su muerte: también forma parte de su diseño.

—No me importa si se mata. Sé que no es de buen cristiano decir ciertas cosas, pero es así.

Mila lo miró y se puso seria.

—Él os conoce, Stern. Sabe muchas cosas sobre vosotros; de otro modo, nunca habría hecho depositar el quinto cadáver en el Estudio. Debe de haber seguido vuestros casos en el pasado. Sabe cómo os movéis, por eso siempre logra ir un paso por delante. Y creo que sobre todo conoce a Gavila...

—¿Qué te hace pensar eso?

—He leído su declaración en un tribunal relativo a un viejo caso, y Albert se comporta como si quisiera desmentir sus teorías. Es un asesino en serie sui géneris. No parece afectado por un trastorno narcisista de la personalidad porque prefiere llamar la atención sobre otros criminales en lugar de sobre sí mismo. No parece dominado por un instinto irrefrenable, logra controlarse muy bien. No le proporciona placer lo que hace, sino que parece más atraído por el desafío que ha asumido. ¿Tú cómo lo explicas?

—Simple: no me lo explico. Y no me interesa.

—¿Cómo consigues que no te importe? —disparó Mila.

—No he dicho que no me importe, he dicho que no me interesa. Es

diferente. Por cuanto nos concierne, nunca hemos aceptado su «desafío». Consigue mantenernos en ascuas porque todavía hay una niña a la que salvar. Y no es cierto que no tenga una personalidad narcisista, porque lo que quiere es nuestra atención, no la de nadie más: solo la nuestra, ¿entiendes? Los periodistas disfrutarían como locos si les hiciera una señal, pero a Albert no le importa. Al menos por ahora.

—Porque no sabemos cuál es el final que tiene en mente.

—Justo.

—Sin embargo, estoy convencida de que Albert está tratando de llamar la atención sobre vosotros en este momento. Me refiero al caso de Benjamin Gorka.

—Wilson Pickett.

—Me gustaría que me hablaras de él...

—Lee el informe.

—Boris me dijo que hubo algún obstáculo entonces...

Stern tiró lo que quedaba de cigarrillo.

—A veces Boris no sabe lo que dice.

—¡Vamos, Stern, cuéntame cómo fueron las cosas! No soy la única que está interesada en el asunto...

Entonces le habló de la carpeta que había visto en el portafolios de Terence Mosca.

Stern se quedó pensativo.

—Está bien. Pero no te gustará, créeme.

—Estoy preparada para todo.

—Cuando capturamos a Gorka empezamos a analizar su vida al detalle. Aquel tipo prácticamente vivía en su camión, pero encontramos un ticket de la compra de una cierta cantidad de comestibles. Pensamos que se había dado cuenta de que el círculo se estaba cerrando a su alrededor y se estaba preparando para retirarse a algún lugar seguro, a la espera de que se calmaran las aguas.

—Pero no era así...

—Cerca de un mes después de su captura, se denunció la desaparición de una prostituta.

—Rebecca Springher.

—Exacto. Pero el hecho se remontaba más o menos al período navideño...

—Es decir, cuando Gorka había sido arrestado.

—En efecto. Y el sitio donde la mujer trabajaba estaba precisamente en la ruta del camión.

Mila extrajo la conclusión por sí misma:

—Gorka la tenía prisionera, las provisiones eran para ella.

—No sabíamos dónde estaba y cuánto resistiría todavía, así que se lo preguntamos a él.

—Y él se negó a colaborar, claro.

Stern sacudió la cabeza.

—No, no lo hizo. Lo había admitido todo, pero para revelarnos el lugar donde estaba su prisionera nos puso una pequeña condición: solo lo diría en presencia del doctor Gavila.

Mila no entendía nada.

—Y entonces, ¿cuál fue el problema?

—El problema fue que el doctor Gavila no estaba.

—¿Y Gorka cómo lo sabía?

—¡No lo sabía, el muy bastardo! Mientras buscábamos al criminólogo, el tiempo iba corriendo para aquella pobre chica. Boris sometió a Gorka a todo tipo de interrogatorios.

—¿Y logró hacerlo hablar?

—No, pero al escuchar las grabaciones de las conversaciones anteriores se dio cuenta de que Gorka había mencionado casualmente un viejo almacén donde había un pozo. Fue Boris quien encontró a Rebecca Springer, él solo.

—Pero ella ya había muerto de inanición.

—No. Se había cortado las venas con uno de los abrelatas que Gorka le había dejado junto a las provisiones. Pero lo que más rabia nos dio fue otra cosa... Según el médico forense, se había suicidado apenas un par de horas antes de que Boris la encontrara.

Mila se quedó helada. Luego preguntó:

—Y Gavila ¿qué estaba haciendo todo ese tiempo?

Stern sonrió, una manera de esconder sus verdaderos sentimientos.

—Lo encontraron una semana después en el baño de una estación de servicio. Unos automovilistas habían llamado a una ambulancia: estaba en

coma etílico. Había dejado a su hijo con la niñera y había salido de casa para asimilar el abandono de su mujer. Cuando fuimos a buscarlo al hospital, estaba irreconocible.

Tal vez en ese relato estuviera encerrada la razón de la extraña unión entre los policías del equipo y un civil como Goran. Porque a menudo son las tragedias humanas las que unen a las personas más que los éxitos, pensó Mila. Y le volvió a la mente una frase que precisamente le había oído decir a Goran, cuando fueron a su casa, después de haber descubierto el engaño de Roche sobre Joseph B. Rockford: «Convivimos con personas de las que creemos conocerlo todo, pero en realidad no sabemos nada de ellas...».

Era absolutamente cierto, pensó. Por mucho que se esforzara, ella nunca lograría imaginar a Goran en las condiciones en que lo encontraron. Borracho y fuera de sí. Y en ese momento, ese pensamiento la molestó. Decidió cambiar de tema.

—¿Por qué lo llamó Wilson Pickett?

—Un apodo simpático, ¿verdad?

—Por lo que tengo entendido, generalmente Gavila prefiere asignarle un nombre real al sujeto al que hay que capturar, para hacerlo menos difuso.

—Generalmente —remachó Stern—. Pero aquella vez hizo una excepción.

—¿Por qué?

El agente especial la miró a los ojos:

—No es una razón para romperse la cabeza, te lo aseguro. Podría decírtelo yo. Pero si quieres saber realmente cómo ocurrieron los hechos, deberías hacer algo por ti misma...

—Estoy dispuesta a hacerlo.

—Mira, en el caso de Benjamin Gorka ocurrió un hecho extraño... —dijo Stern, y luego añadió—: ¿Alguna vez has encontrado a alguien que haya sobrevivido a un asesino en serie?

36

A un asesino en serie no se sobrevive.

Llorar, desesperarse, suplicar no sirve de nada. Al contrario, alimenta el placer sádico del homicida. La única posibilidad de la presa es la fuga. Pero el miedo, el pánico, la incapacidad de comprender lo que está ocurriendo, juegan a favor del depredador.

Sin embargo, en raras ocasiones sucede que el asesino en serie no lleva a cabo el asesinato. Esto ocurre porque, en el momento en que está a punto de completar el acto, algo —un resorte que se activa de repente por un gesto o una frase de la víctima— lo detiene.

Por eso Cinthia Pearl era una superviviente.

Mila la encontró en el pequeño apartamento que la chica había alquilado en una comunidad de propietarios cerca del aeropuerto. La casa era modesta, pero constituía el éxito más importante de la nueva Cinthia. La antigua había vivido un conjunto de experiencias negativas, de errores repetidos y elecciones equivocadas.

—Me prostituía para comprar droga.

Lo decía sin la más mínima indecisión, como si hablara de otra persona. Mila no lograba creer que la joven que tenía enfrente ya tuviera a sus espaldas una existencia tan dura.

Cinthia apenas aparentaba sus veinticuatro años. Había recibido a la agente de policía aún con el uniforme de trabajo puesto. Desde hacía unos meses estaba empleada como cajera en un supermercado. Su aspecto modesto, con el pelo rojo recogido en una cola y la cara sin una sombra de maquillaje, no lograba ahogar una belleza salvaje, que se acompañaba de un atractivo completamente involuntario.

—Fueron el agente Stern y su mujer los que me buscaron este piso —dijo, orgullosa.

Mila miró a su alrededor para satisfacerla. Los muebles eran de estilos diferentes, puestos juntos más para llenar el espacio y garantizarle lo esencial que para decorar. Pero se veía que a ella no le importaba. Y cuidaba de la casa. Estaba todo limpio, y en orden. Había colocado aquí y allá algunas figuritas, sobre todo pequeños animales de porcelana.

—Son mi pasión. Las colecciono, ¿sabe?

También había fotos de un niño pequeño. Cinthia había sido madre soltera. Los de asuntos sociales le habían quitado a su hijo y lo habían dado en adopción a otra familia.

Para recuperarlo, la joven había emprendido un programa de desintoxicación. Después había entrado a formar parte de la Iglesia que Stern y su mujer frecuentaban. Tras muchas vicisitudes, finalmente había encontrado a Dios. Y se vanagloriaba de su nueva fe llevando al cuello una medallita de san Sebastián. Era la única joya, junto a un fino anillo del rosario que llevaba en el dedo anular.

—Escuche, señorita Pearl, yo no quiero obligarla a que me cuente cómo fueron las cosas con Benjamin Gorka...

—Oh, no, ahora ya hablo de ello abiertamente. Al principio, recordar era difícil, pero ahora creo que lo he superado. Hasta le he escrito una carta, ¿sabe?

Mila no podía saber la reacción de Gorka respecto de la misiva, pero pensando en el tipo estaba segura de que la habría usado para inspirar sus masturbaciones nocturnas.

—¿Y le ha respondido?

—No. Pero tengo intención de insistir: ese hombre tiene una desesperada necesidad de la Palabra.

Hablaba sentada frente a ella mientras se tiraba hacia abajo de la manga derecha de la blusa. Mila intuyó que se esforzaba por disimular algún tatuaje que ya era parte del pasado. Probablemente todavía no había reunido la suma necesaria para quitárselo.

—¿Cómo fueron las cosas?

Cinthia se entristeció.

—El encuentro ocurrió por una serie de coincidencias. No seducía a los clientes por la calle, prefería ir a los bares. Era mucho más seguro, y allí no hacía frío. Las chicas solíamos dejar siempre una propina al barman. —Hizo una pausa—. Nací en una ciudad donde la belleza puede ser una maldición. Pronto comprendes que puedes usarla para irte, mientras que muchos de tus amigos no se irán nunca, sino que se quedarán allí y se casarán entre sí, y serán infelices para siempre. Entonces te miran como si fueras especial, y te cargan de expectativas. Eres su esperanza.

Mila la comprendía, y probablemente también conocía todas las etapas siguientes de aquella historia. Cinthia se había marchado después del bachillerato, había llegado a la gran ciudad pero no había encontrado lo que esperaba. En cambio, había conocido a muchas chicas como ella, con el mismo aire reservado y el mismo miedo en el corazón. La profesión de prostituta no era un imprevisto desdichado, sino una natural consecuencia de cada paso dado en el pasado.

Lo que más la amargaba cuando escuchaba historias parecidas era la idea de que a los veinticuatro años una chica como Cinthia Pearl hubiera quemado ya toda la energía de su juventud. Había entrado en seguida en una espiral desesperada, y Benjamin Gorka simplemente estaba esperándola al final de la pendiente.

—Aquella tarde me lie con un tipo. Parecía legal. Nos fuimos en su coche, fuera de la ciudad. Al final se negó a pagarme y hasta me pegó. Me dejó allí, en medio de la carretera. —Suspiró—. No podía hacer autoestop: nadie recoge a una prostituta. Así que me puse a trabajar allí con la esperanza de que el siguiente cliente me llevara de nuevo a la ciudad.

—Y entonces llegó Gorka...

—Todavía recuerdo su enorme camión acercándose. Antes de subir, discutimos un poco sobre el precio. Parecía amable. Me dijo: «¿Qué haces ahí fuera? ¡Sube, te vas a helar!».

Cinthia bajó la mirada. No le molestaba hablar de las cosas que había hecho para sobrevivir, pero se avergonzaba de haber sido tan ingenua.

—Fuimos atrás, a la cabina, donde generalmente dormía. Era casi como una casa de verdad, ¿sabe? Había de todo. También ese tipo de pósteres... No era una novedad, todos los camioneros los llevan. Pero en aquellas imágenes había algo extraño...

Mila recordó el detalle que había leído en el informe: Gorka sacaba fotos a sus víctimas en posturas obscenas, luego hacía pósteres con ellas.

La particularidad de aquellas imágenes era que retrataban a cadáveres. Pero eso Cinthia no podía saberlo.

—Se subió encima de mí y lo dejé hacer. Apestaba bastante y esperaba que acabara de prisa. Tenía la cabeza hundida en mi cuello, así que pude ahorrarme un poco de teatro. Me bastó con hacerle los habituales gemidos. Mientras tanto tenía los ojos abiertos... —Otra pausa, un poco más larga, para retomar el aliento—. No sé cuánto tardaron mis pupilas en acostumbrarse a la oscuridad, pero cuando lo hicieron vi aquella inscripción en el techo de la cabina...

Estaba hecha con pintura fosforescente, Mila había visto una reproducción. Decía: «Yo te mataré».

—Empecé a gritar... Él, en cambio, se echó a reír. Probé a patalear para quitármelo de encima, pero era más grande que yo. Entonces sacó un cuchillo y empezó a apuñalarme. La primera cuchillada la detuve con el antebrazo, la segunda me alcanzó en una cadera, la tercera me traspasó el abdomen. Sentía la sangre que corría fuera de mí y pensé: «Ya está, me muero».

—En cambio, él se detuvo... ¿Por qué?

—Porque, en un momento dado, le dije algo... Me vino a la cabeza de un modo espontáneo, quizá fue a causa del pánico, no lo sé. Le dije: «Te lo ruego, cuando esté muerta cuida de mi hijo. Se llama Rick y tiene cinco años». —Sonrió con amargura y sacudió la cabeza—. ¿Se imagina? Le pedí de veras a aquel asesino que cuidara de mi cachorro... No sé qué se me pasaría por la cabeza, pero entonces debí de pensar que era algo normal. Porque él estaba arrebatándome la vida y yo ya estaba dispuesta a dársela, pero luego tendría que recompensarme de alguna manera. ¡Es absurdo: pensaba que estaba en deuda conmigo!

—Será absurdo, pero sirvió para detener su furia.

—Aun así, yo no logro perdonármelo.

Cinthia Pearl dio rienda suelta a las lágrimas que había estado conteniendo.

—Wilson Pickett —dijo Mila en ese momento.

—Ah, sí, el recuerdo... Yo estaba medio muerta en aquella cabina y él empezó a conducir de nuevo. Al poco rato me habría dejado en algún

aparcamiento, pero yo todavía no conocía sus intenciones. Estaba aturdida y débil por la sangre que había perdido. Mientras nos íbamos, por la radio sonaba aquella maldita canción... *In the midnight hour*... Luego me desmayé y me desperté en el hospital: no recordaba nada. La policía me preguntó cómo me había hecho aquellas heridas y yo no sabía qué contestar. Me dieron el alta y me fui a casa de una amiga. Una noche, en el telediario, oí la noticia de la detención de Gorka. Pero cuando mostraron su foto, su rostro no me dijo nada... En cambio, un martes por la tarde ocurrió: estaba sola en casa y puse la radio. De nuevo sonaba el tema de Wilson Pickett, y entonces todo volvió a mi memoria.

Mila comprendió que el equipo había puesto ese apodo a Gorka justo después de que lo hubieran capturado. Y lo habían elegido como advertencia y recuerdo de todos sus errores.

—Fue horrible —continuó Cinthia—. Fue como verlo ocurrir una segunda vez. Además, no dejo de pensar, ¿sabe? Si lo hubiera recordado antes, quizá podría haber ayudado a salvar a alguna otra chica...

Esas últimas palabras las dijo por compromiso, Mila lo intuyó por el tono que había utilizado. No porque a Cinthia no le importara la suerte de aquellas chicas, sino porque había puesto una especie de barrera entre lo que le había ocurrido a ella y la suerte que, en cambio, habían corrido las demás. Era una de las muchas defensas que se adoptan para seguir adelante después de una experiencia tan traumática como esa.

Casi como para confirmarlo, Cinthia añadió:

—Hace un mes me encontré con los padres de Rebecca Springher, la última chica asesinada.

«No fue asesinada —pensó Mila—. Fue mucho peor: él la obligó a suicidarse.»

—Acudimos juntos a una misa en memoria de las víctimas de Benjamin Gorka. ¿Sabe?, ellos pertenecen a mi misma congregación. Me observaron durante todo el tiempo, y me sentí culpable.

—¿Por qué? —preguntó Mila, aunque ya sabía la respuesta.

—Por haber sobrevivido, creo.

Mila le dio las gracias y se dispuso a marcharse. Mientras se encaminaba hacia la puerta, reparó en que Cinthia estaba extrañamente silenciosa, como si quisiera preguntarle algo pero no supiera por dónde empezar. Entonces

decidió darle todavía algunos segundos, y, mientras tanto, le pidió si podía usar el baño. La chica le indicó dónde estaba.

Era un cubículo mal aireado. En la ducha había un par de medias colgadas secándose. También allí había animalitos de porcelana y predominaba el color rosa. La agente de policía se inclinó sobre el lavabo para refrescarse la cara. Estaba cansada, abatida. Había comprado otro antiséptico y lo necesario para cortarse; todavía debía rememorar la muerte de la quinta niña. Lo había pospuesto, pero lo haría esa misma noche.

Necesitaba sentir ese dolor.

Mientras se secaba las manos y la cara con una toalla, vio sobre una repisa el frasquito de un colutorio. El color del líquido era demasiado oscuro. Lo olisqueó: era bourbon. También Cinthia Pearl tenía un secreto. Una mala costumbre que le había quedado de su pasada vida. Mila se la imaginó, encerrada en aquel pequeño baño, sentada sobre la tapa del váter mientras se concedía un par de sorbos, con la mirada perdida en las baldosas. Aunque estaba muy cambiada, y para mejor, Cinthia Pearl no podía dejar de cultivar un pequeño lado oscuro.

«Forma parte de la naturaleza humana —pensó Mila—. Pero mi secreto viene de más lejos...»

Cuando por fin estuvo lista para marcharse, Cinthia encontró en la puerta el ánimo suficiente para preguntarle si tal vez podrían volver a verse para ir al cine o de compras. Mila comprendió que necesitaba desesperadamente a una amiga, y no fue capaz de negarle esa pequeña ilusión.

Para contentarla, grabó también su número en el móvil, aunque sabía que no se encontrarían jamás.

Veinte minutos después, Mila llegó al edificio de la policía federal. Vio a bastantes agentes de civil que mostraban su tarjeta de identificación en la entrada, y también a muchas patrullas que regresaban al mismo tiempo: alguien las había llamado.

Debía de haber pasado algo.

Tomó la escalera para no perder tiempo en la fila que se había formado delante de los ascensores. Alcanzó rápidamente la tercera planta del edificio, donde se había instalado el cuartel general después del hallazgo del cadáver en el Estudio.

—Mosca ha convocado a todo el mundo —oyó decir a un detective que hablaba por teléfono.

Se dirigió hacia la sala en la que tendría lugar la reunión. Alrededor de la entrada se amontonaba mucha gente que trataba de coger sitio. Alguien le cedió el paso con caballerosidad.

Mila encontró un hueco en una de las últimas filas. Delante de ella, aunque a un lado, Boris y Stern ya estaban sentados. Este último se dio cuenta de su presencia y la saludó con un gesto de la cabeza. Mila pensó decirle por señas cómo le había ido con Cinthia, pero lo pensó mejor y le dio a entender que hablarían de ello más tarde.

El pitido agudo de un altavoz interrumpió por un instante el parloteo: un técnico estaba preparando el micrófono sobre la tarima y tamborileaba encima de él para cerciorarse de que funcionaba. La pizarra luminosa y la máquina de café habían sido desplazadas a un rincón para dejar espacio para más sillas. Aun así, no eran suficientes, y algunos policías ya se estaban colocando apoyados a lo largo de las paredes.

Aquella reunión no era habitual, y Mila en seguida pensó en algo grande. Además, aún no había visto ni a Goran ni a Roche. Los imaginó junto a Terence Mosca, encerrados en un despacho mientras acordaban la versión que iban a hacer pública.

La espera era enervante. Por fin vio al inspector jefe aparecer por la puerta: entró, pero no se dirigió a la tarima. Se acomodó en la primera fila, en el sitio que le dejó libre un diligente detective. Del rostro de Roche no se traslucía nada. Parecía tranquilo; cruzó las piernas y esperó como todos los demás.

Goran y Mosca llegaron juntos. Los agentes de la puerta se hicieron a un lado mientras ellos dos se dirigían a paso rápido hacia la tarima. El criminólogo fue a apoyarse en el escritorio que estaba colocado contra la pared, mientras que el capitán sacó el micrófono de su soporte y, tirando del cable, anunció:

—Señores, un poco de atención, por favor...

Se hizo el silencio.

—Bien... Veamos... Los hemos convocado aquí porque tenemos una importante noticia. —Mosca hablaba en plural, pero ahora era él la verdadera estrella—. Conciérne al caso de la niña encontrada en el Estudio.

Desafortunadamente, como suponíamos, el escenario del crimen ha sido limpiado. Pero nuestro hombre ya nos tiene acostumbrados a eso. Ninguna huella digital, ningún fluido corporal, ningún rastro extraño...

Era evidente que Mosca estaba tomándose su tiempo, y Mila no fue la única que se dio cuenta, porque a su alrededor más de uno comenzó a impacientarse. El único que parecía tranquilo era Goran, que, de brazos cruzados, miraba al auditorio. Su presencia era ya solo una formalidad. El capitán había asumido el pleno control de la situación.

—No obstante —continuó Mosca—, quizá hayamos comprendido el motivo por el que el asesino dejó allí el cuerpo. Tiene que ver con un caso que seguramente todos recordarán: el de Benjamin Gorka...

El murmullo recorrió la sala como una repentina oleada. Mosca extendió los brazos para invitar a todo el mundo a que guardara silencio y lo dejaran concluir. Luego se metió una mano en el bolsillo y su tono de voz cambió.

—Por lo que parece, hace meses nos equivocamos. Se cometió un grave error.

Había utilizado una expresión genérica, sin indicar quién era el responsable de dicha equivocación, pero subrayando intencionadamente las últimas dos palabras.

—Por suerte, todavía somos capaces de remediarlo...

En ese momento, Mila vio un movimiento extraño por el rabillo del ojo. Stern seguía delante de ella, pero se había llevado lentamente una mano al costado derecho, había quitado el seguro de su cartuchera y liberado así el revólver.

Por un instante le pareció intuir algo, y tuvo miedo.

—Rebecca Springher, la última víctima de Gorka —siguió diciendo Mosca—, no fue asesinada por él..., sino por uno de los nuestros.

El murmullo se convirtió en confusión y Mila reparó en que el capitán miraba fijamente a alguien entre los allí congregados. Stern vio claramente al agente especial, que se ponía en pie y sacaba el arma reglamentaria. Presa de la incertidumbre, también ella estaba a punto de hacer lo mismo. Pero luego Stern se volvió hacia su izquierda, apuntando con el arma a Boris.

—¿Qué coño te pasa? —le preguntó su colega, descolocado.

—Quiero que pongas las manos a la vista, chico. Y no me lo hagas repetir, por favor.

37

—Te conviene decir cómo fueron las cosas realmente.

Tres expertos en interrogatorios del ejército se habían turnado ininterrumpidamente para exprimir a Boris. El policía conocía todas las técnicas para conseguir una confesión, pero ellos confiaban en agotarlo con sus preguntas. No le dieron tregua, pensando que la falta de sueño actuaría mejor que cualquier otra estrategia.

—Te he dicho que no sé nada.

Mila observaba a su compañero desde el otro lado del falso espejo. Estaba sola en la pequeña sala. Junto a ella había una videocámara digital que grababa las imágenes del interrogatorio y las emitía por un circuito cerrado de televisión, evitando así a los peces gordos del Departamento —Roche incluido— tener que asistir directamente al sacrificio de uno de sus mejores hombres. De este modo, podían hacerlo sentados cómodamente en sus propios despachos.

En cambio, Mila había preferido estar presente. Porque aún no lograba creerse aquella terrible acusación.

«Fue Boris quien encontró a Rebecca Springher, él solo.»

Stern le había contado que, en una sala de interrogatorios parecida a aquella que tenía delante, Benjamin Gorka le había dado involuntariamente a Boris ciertas indicaciones sobre un viejo almacén donde había un pozo.

Según la versión oficial, que había mantenido hasta entonces, el agente especial había llegado solo al lugar y había encontrado a la chica muerta.

«Se había cortado las venas con uno de los abrelatas que Gorka le había dejado junto a las provisiones. Pero lo que más rabia nos dio fue otra cosa... Según el médico forense, se había suicidado apenas un par de horas antes de

que Boris la encontrara», le había dicho.

Un par de horas.

Sin embargo, Mila había examinado el informe, y en aquella época, el médico forense, tras analizar los restos de comida presentes en el estómago de la chica y la interrupción de los procesos digestivos como consecuencia de la muerte, estableció que no era posible señalar con absoluta certeza el momento del deceso. Por tanto, en realidad, el fallecimiento también podría haber ocurrido después de las dos fatídicas horas.

Ahora, dicha incertidumbre había sido anulada definitivamente.

La acusación se basaba en que Boris había llegado cuando Rebecca Springher todavía estaba viva. Que frente a esa situación se le había presentado un dilema: salvarla y convertirse en un héroe, o bien llevar a la práctica el mayor deseo de todo asesino.

El asesinato perfecto. Aquel que quedará para siempre impune porque carece de una motivación.

Probar, por una vez, la embriaguez del control sobre la vida y la muerte de un semejante. Tener la certeza de salir impune porque la culpa será atribuida a otro. Esas consideraciones habían tentado a Boris, según opinaban ahora sus acusadores.

En su declaración frente al tribunal que juzgó a Benjamin Gorka, el doctor Gavila afirmó que «el instinto de matar está en cada uno de nosotros. Pero, gracias al cielo, también estamos dotados de un dispositivo que nos permite tenerlo bajo control, inhibirlo. Siempre existe, sin embargo, un punto de inflexión».

Boris había alcanzado ese punto cuando se encontró frente a aquella pobre chica indefensa. En el fondo, solo era una prostituta.

Pero Mila no se lo tragaba.

Sin embargo, lo que al principio solamente era una hipótesis de investigación fue avalada después por el hallazgo, en el transcurso de un registro en casa de Boris, de un fetiche. El souvenir con el que el joven agente especial habría revivido esa empresa pasado el tiempo: las braguitas de encaje de la chica, sustraídas del depósito judicial después del cierre del caso.

—No tienes alternativa, Boris. Estaremos aquí toda la noche si es necesario. Y también mañana, y pasado mañana —escupió el agente que lo

interrogaba. También eso servía para aniquilar moralmente al interrogado.

La puerta de la salita se abrió y Mila vio entrar a Terence Mosca. Llevaba una llamativa mancha de grasa en el cuello de la chaqueta, producto de un almuerzo a base de cualquier asquerosidad de comida rápida.

—¿Cómo va? —preguntó el capitán, con las manos metidas en los bolsillos como siempre.

Mila le contestó sin mirarlo:

—Todavía nada.

—Cederá. —Parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Antes o después, todos ceden. También él lo sabe. Quizá necesitaremos un poco más de tiempo, pero al final elegiré el mal menor.

—¿Por qué ha hecho que lo arrestaran delante de todo el mundo?

—Para no darle la oportunidad de reaccionar.

Mila no olvidaría fácilmente los ojos brillantes de Stern mientras le ponía las esposas al que consideraba como un tercer hijo. Cuando tuvo conocimiento de los resultados del registro en el piso de Boris, el viejo agente especial se ofreció a realizar él mismo la detención. Y no quiso atender a razones cuando Roche trató de disuadirlo.

—¿Y si, en cambio, Boris no tuviera nada que ver?

Mosca interpuso su enorme corpachón entre ella y el cristal y sacó las manos de los bolsillos.

—En veinticinco años de carrera no he arrestado nunca a un solo inocente.

A Mila se le escapó una sonrisa irónica.

—Dios mío, entonces es usted el mejor policía del mundo.

—Los jurados siempre han concluido mis casos con una sentencia condenatoria. Y no porque yo sea bueno en mi trabajo. ¿Quiere saber el verdadero motivo?

—No veo el momento.

—El mundo da asco, agente Vasquez.

—¿Ese conocimiento le viene de alguna experiencia en particular? Porque siento mucha curiosidad por saberlo...

Mosca no respondió a su provocación; le gustaba esa clase de sarcasmo.

—Lo que está ocurriendo en estos días, lo que nos está haciendo descubrir

su... ¿Cómo lo han llamado?

—Albert.

—Bueno, lo que ese maníaco ha llevado a cabo con tanta maestría puede compararse con un pequeño apocalipsis... Sabe qué es el apocalipsis, ¿verdad, agente Vasquez? Según la Biblia, es el fin de los tiempos, en el que se muestran los pecados de los hombres para poder juzgarlos. El bastardo de Albert nos está haciendo asistir a tantos horrores que a estas horas el mundo entero, y no solo esta nación, tendría que pararse por lo menos un momento a reflexionar... En cambio, ¿sabe qué está sucediendo?

Mosca no acababa, así que Mila se lo preguntó:

—¿Qué sucede?

—Nada. Absolutamente nada. ¡La gente continúa matando ahí fuera, robando, arrollando al prójimo como si no pasara nada! ¿Cree que los asesinos se han detenido o que los ladrones están haciendo examen de conciencia? Le pondré un ejemplo concreto: esta misma mañana, dos policías judiciales han llamado a la puerta de un condenado que había salido hace poco de la cárcel por buena conducta. Estaban allí porque ese señor había olvidado presentarse en la comisaría de la zona para su firma habitual. ¿Y sabe qué ha hecho ese tipo? Ha empezado a disparar. Así, sin motivo alguno. Ha herido gravemente a uno de los policías y ahora está atrincherado en esa maldita casa, disparando sobre todo aquel que intente acercarse. ¿Por qué, según usted?

—No lo sé —se vio obligada a admitir Mila.

—Ni yo tampoco. ¡Pero ahora uno de los nuestros está luchando entre la vida y la muerte en una cama de hospital, y mañana yo tendré que inventarme una justificación para una pobre viuda que me preguntará por qué su marido ha muerto de un modo tan absurdo! —Luego añadió tranquilamente—: El mundo da asco, agente Vasquez. Y Klaus Boris es culpable. Fin de la historia. Si yo fuera usted, lo creería.

Terence Mosca le dio la espalda, se metió una mano en el bolsillo y salió dando un portazo.

—Yo no sé nada, y eso son estupideces —estaba diciendo Boris con calma. Después del arrebató inicial, había empezado a dosificar sus fuerzas para las difíciles horas que le esperaban.

Mila estaba cansada de aquella escena. Cansada de tener que volver

siempre a revisar su opinión sobre la gente. Ese era el mismo Boris que le había hecho la corte cuando llegó. El mismo que le había llevado cruasanes calientes y café, y que le había regalado la parka cuando tenía frío. Del otro lado del espejo todavía estaba el colega con el que había solucionado gran parte de los misterios de Albert. El grandullón simpático y un poco torpe, que era capaz de emocionarse cuando hablaba de sus compañeros.

El equipo de Goran Gavila se había roto en mil pedazos. Con él también se había desbaratado la investigación, y se había hecho añicos la esperanza de salvar a la pequeña Sandra, que ahora, en alguna parte, estaba agotando las pocas energías que todavía la mantenían con vida. Al final no moriría a manos de un asesino en serie de nombre inventado, sino por el egoísmo y los pecados de otros hombres y otras mujeres.

Ese era el mejor final que Albert pudiera imaginar.

Mientras pensaba en todo eso, Mila vio el rostro de Goran reflejado en el cristal que tenía delante. Estaba a su espalda, pero no miraba hacia la sala de interrogatorios. En el reflejo, buscaba sus ojos.

Mila se volvió. Se miraron largo rato en silencio. Los unía el mismo desaliento, la misma aflicción. Fue natural acercarse a él, cerrar los ojos y buscar sus labios. Hundir los suyos propios en su boca, y ser correspondida.

Llovía agua sucia sobre la ciudad. Inundaba las calles, anegaba las alcantarillas, era absorbida por las cañerías que luego la expulsaban sin parar. El taxi los llevó a un pequeño hotel cerca de la estación. La fachada estaba ennegrecida por la contaminación y las persianas siempre cerradas, porque quien se detenía allí no tenía tiempo de abrirlas.

Había un constante ir y venir de gente. Y las camas se rehacían continuamente. En los pasillos, camareros insomnes empujaban chirriantes carritos llenos de ropa y pastillas de jabón. Las bandejas con el desayuno llegaban a todas horas. Había gente que solo se detenía allí para darse una ducha y cambiarse de ropa. Y quien iba a hacer el amor.

El portero les entregó la llave de la habitación 23.

Subieron en el ascensor sin decirse una palabra, cogidos de la mano. Pero no como amantes, sino como dos personas que tienen miedo de perderse.

En la habitación, muebles desaparejados, ambientador en spray y olor de nicotina rancia. Se besaron de nuevo, pero esta vez con más intensidad, como

si quisieran deshacerse de algunos pensamientos antes que de la ropa.

Él apoyó una mano en uno de sus pequeños pechos. Ella cerró los ojos.

La luz del cartel de un restaurante chino se filtraba en la estancia brillante por la lluvia, y recortaba sus sombras en la oscuridad.

Goran empezó a desnudarla.

Mila lo dejó hacer, esperando su reacción.

Primero descubrió su vientre plano, luego subió besándola hacia el torso.

La primera cicatriz apareció a la altura de la cadera.

Le quitó el jersey con una gracia infinita.

Y también vio las demás.

Pero sus ojos no se detuvieron. La tarea correspondía a los labios.

Con gran sorpresa para Mila, él empezó a recorrer aquellos viejos cortes sobre su piel con besos lentos. Como si de alguna manera quisiera curárselos.

Cuando le quitó los vaqueros, repitió la operación en las piernas. Allí donde la sangre todavía estaba fresca, o apenas coagulada, donde la hoja de afeitar se había hundido recientemente, abriendo la carne viva.

Mila pudo experimentar de nuevo todo el sufrimiento que había sentido cada vez que había infligido aquel castigo a su alma a través de su cuerpo. Pero, junto a ese viejo dolor, ahora había algo dulce.

Como el cosquilleo de una herida que se cierra, que es al mismo tiempo punzante y agradable.

Luego le tocó a ella desvestirlo; lo hizo como cuando se le quitan los pétalos a una flor. También él llevaba sobre la piel las señales del sufrimiento. Un torso demasiado delgado, excavado lentamente por la desesperación, los huesos salidos donde la carne se había consumido por la tristeza.

Hicieron el amor con un ímpetu extraño, lleno de rabia, de cólera, pero también de urgencia. Como si cada uno hubiera querido con ese acto verse por completo en el cuerpo del otro. Y por un instante incluso lograron olvidar.

Cuando todo acabó, se quedaron uno junto al otro —separados pero todavía unidos—, siguiendo el ritmo de sus propias respiraciones. Entonces la pregunta llegó disfrazada de silencio. Sin embargo, Mila pudo verla mientras aleteaba sobre ellos como un pájaro negro.

Concernía a los orígenes del mal, de su mal.

Ese que primero se imprimía sobre la carne y luego trataba de esconder

con la ropa.

Y, fatalmente, el interrogante también se entrelazaba con la suerte de una niña, Sandra. Mientras ellos intercambiaban ese sentimiento, ella —en alguna parte, cerca o lejos— se estaba muriendo.

Adelantándose a sus palabras, Mila se lo explicó:

—Mi trabajo consiste en hallar a personas desaparecidas. Sobre todo niños. Algunos de ellos están fuera incluso años enteros, y luego no recuerdan nada. No sé si eso es bueno o malo, pero quizá sea el aspecto de mi profesión que me proporciona más problemas...

—¿Por qué? —preguntó Goran, partícipe.

—Porque cuando me cuelo en la oscuridad para sacar a alguien fuera, siempre es necesario encontrar un motivo, una razón fuerte que me conduzca de nuevo hacia la luz. Es una especie de cable de seguridad para volver atrás. Porque, si hay algo que he aprendido, es que la oscuridad te llama, te seduce con su vértigo. Y es difícil resistirse a la tentación... Cuando ya estoy fuera junto a la persona que he salvado, me doy cuenta de que no estamos solos. Siempre hay algo que ha venido con nosotros de dentro del agujero negro, pegado a los zapatos. Y es difícil desembarazarte de ello.

Goran se volvió para mirarla a los ojos.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

—Porque es de la oscuridad de donde vengo. Y es a la oscuridad donde tengo que regresar de vez en cuando.

38

*Está apoyada contra la pared con las manos a la espalda, en la sombra.
¿Cuánto hace que está ahí, mirándola?*

Entonces decide llamarla.

—Gloria...

Y ella se acerca.

Tiene la habitual curiosidad en la mirada, pero esta vez hay algo diferente. Una sombra de duda.

—Me he acordado de una cosa... Una vez tenía un gato.

—Yo también tengo uno: se llama Houdini.

—¿Es bonito?

—Es malo. —Pero en seguida comprende que no es esa la respuesta que la niña quiere de ella, y se corrige—: Sí. Tiene el pelo blanco y marrón; duerme todo el día y siempre tiene hambre.

Gloria piensa un instante, luego todavía pregunta:

—¿Por qué crees que yo olvidé a mi gato?

—No lo sé.

—Estaba pensando que... si me he olvidado de él, entonces tal vez tampoco recuerde muchas otras cosas. Quizá cómo me llamo realmente.

—A mí, «Gloria» me gusta —la anima ella, pensando en la reacción que tuvo cuando le dijo que su verdadero nombre era Linda Brown—. Gloria...

—¿Sí?

—¿Quieres hablarme de Steve?

—Steve nos quiere. Y pronto tú también lo querrás a él.

—¿Por qué dices que nos ha salvado?

—Porque es verdad. Lo ha hecho.

—Yo no necesitaba que me salvara.

—Tú no lo sabías, pero estabas en peligro.

—¿Es Frankie el peligro?

Gloria tiene miedo de ese nombre. Está indecisa. No sabe si hablar o no. Valora bien la situación, luego se acerca más a la cama y habla en voz baja.

—Frankie quiere hacernos daño. Nos está buscando. Por eso tenemos que permanecer aquí escondidas.

—Yo no sé quién es Frankie y por qué debería querer hacerme daño.

—No quiere hacernos daño a nosotras, sino a nuestros padres.

—¿A mis padres? ¿Y por qué?

No puede creerlo, le parece una historia absurda. En cambio, Gloria está convencida de ello.

—Nuestros padres le han hecho una jugada, asuntos de dinero.

Una vez más, de su boca ha salido una frase que parece prestada y aprendida de memoria.

—Mis padres no le deben dinero a nadie.

—En cambio, mi madre y mi padre están muertos. Frankie ya los ha matado. Ahora está buscándome a mí para acabar el trabajo. Pero Steve está seguro de que no me encontrará nunca si me quedo aquí.

—Gloria, escúchame...

De vez en cuando, Gloria se extravía, y es necesario ir a buscarla allí donde esté con sus pensamientos.

—Gloria, estoy hablando contigo...

—Sí, ¿qué pasa?

—Tus padres están vivos. Recuerdo que los vi en la televisión hace poco: estaban en un programa de entrevistas y estaban hablando de ti. Te felicitaban por tu cumpleaños.

La niña no parece afectada por esa revelación. Pero ahora empieza a considerar la eventualidad de que todo ello sea cierto.

—Yo no puedo ver la tele. Solo las cintas que dice Steve.

—Steve. Steve es el malo, Gloria. Frankie no existe. Es solo una invención suya para mantenerte aquí prisionera.

—Él existe.

—Piensa: ¿lo has visto alguna vez?

Gloria piensa.

—No.

—Entonces, ¿por qué lo crees?

Aunque Gloria tiene su misma edad, demuestra muchos menos que sus doce años. Es como si su cerebro hubiera dejado de crecer y se hubiera detenido cuando tenía nueve. Cuando, de hecho, Steve secuestró a Linda Brown. Por ese motivo siempre necesita reflexionar sobre las cosas un poco más.

—Steve me quiere —repite, aunque parece estar autoconvenciéndose de ello.

—No, Gloria. Él no te quiere.

—Entonces dices que, si intento salir de aquí, ¿Frankie no me matará?

—Eso no sucederá nunca. Además, saldremos juntas, no estarás sola.

—¿Vendrás conmigo?

—Sí. Pero tenemos que encontrar un modo de escapar de Steve.

—Pero tú estás mal.

—Lo sé. Y ya no logro mover el brazo

—Está roto.

—¿Cómo sucedió? No me acuerdo...

—Os caísteis juntos por la escalera cuando Steve te trajo aquí. Él se enfadó mucho por eso. No quiere que te mueras, o no podrá enseñarte cómo tienes que quererlo. Es muy importante, ¿sabes?

—Yo no lo querré nunca.

Gloria se toma algunos segundos de tiempo.

—Me gusta el nombre de Linda.

—Me alegro de que te guste, porque ese es tu verdadero nombre.

—Entonces, tú puedes llamarme así...

—Está bien, Linda —dice recalcándolo, y le sonríe—. Ahora somos amigas.

—¿De verdad?

—Cuando dos personas se intercambian sus nombres se convierten en amigas, ¿nadie te lo ha dicho nunca?

—Yo ya sabía cómo te llamas... Tú eres Maria Eléna.

—*Sí, pero todos mis amigos me llaman Mila.*

39

—Aquel bastardo se llamaba Steve, Steve Smitty.

Mila pronunció el nombre con desprecio, mientras Goran la cogía de la mano sobre la cama de cuerpo y medio del hotel.

—Solo era un tipo torpe que no había conseguido nada en la vida. Pasaba de un trabajo estúpido a otro, y ni siquiera lograba que le duraran más de un mes. La mayor parte del tiempo estaba desocupado. A la muerte de sus padres había heredado una casa, aquella en la que nos tenía prisioneras, y el dinero de un seguro de vida. ¡No mucho, pero suficiente como para llevar a cabo su «gran plan»!

Lo dijo con un énfasis exagerado. Después sacudió la cabeza sobre la almohada, pensando en lo absurda que era aquella historia.

—A Steve le gustaban las chicas, pero no se atrevía a acercarse a ellas porque tenía el pene tan pequeño como un meñique y temía que se burlaran de él. —Una sonrisa burlona y reivindicativa atravesó por un instante su rostro—. Así que empezó a interesarse por las niñas, convencido de que con ellas tendría más éxito.

—Recuerdo el caso de Linda Brown —dijo Goran—. Yo acababa de obtener la primera cátedra en la universidad. Pensé que la policía había cometido muchos errores.

—¿Errores? ¡Se hicieron un verdadero lío! ¡Steve era un vago inexperto, dejaba un montón de huellas y de testigos! Ellos no fueron capaces de encontrarlo en seguida, y luego dijeron que era muy listo. Pero ¡en realidad solo era un idiota! Un idiota con mucha suerte...

—Pero había logrado convencer a Linda...

—La había sometido valiéndose de su miedo. Se había inventado a ese

tipo malvado, Frankie, y le había asignado el papel del malo solo para hacerse pasar por el bueno, por el «salvador». Además, el muy imbécil tampoco tenía mucha imaginación: ¡lo había llamado Frankie porque era el nombre de una tortuga que tenía de pequeño!

—Le funcionó.

Mila se tranquilizó.

—Con una niña aterrorizada y trastornada. Es fácil desbaratar el sentido de la realidad en esas condiciones. Cuando pienso que me encontraba en una mierda de sótano y que, en cambio, yo lo llamaba «la barriga del monstruo»... Encima de mí había una casa, y esa casa se encontraba en un barrio de la periferia con muchas otras casas alrededor, todas parecidas, todas normales. La gente pasaba por delante y no sabía que yo estaba allí abajo. Lo más atroz es que Linda, o Gloria, como la rebautizó él poniéndole el nombre de la primera chica que lo había rechazado, podía moverse libremente, pero ¡ni siquiera pensaba en irse, aunque la puerta de la entrada prácticamente siempre estaba abierta! ¡Él no cerraba con llave ni siquiera cuando salía a dar sus paseos, tan seguro estaba de la eficacia de la historia de Frankie!

—Tuviste suerte de salir con vida.

—Tenía el brazo casi necrosado. Durante muchos días los médicos hicieron lo indecible por salvarlo. Y además estaba muy desnutrida. Ese bastardo me daba papillas infantiles y me curaba con medicamentos caducados que cogía de la basura de una farmacia. ¡No necesitaba drogarme: mi sangre estaba tan envenenada por toda aquella mierda que era un verdadero milagro que siguiera consciente!

Fuera, la lluvia seguía cayendo, limpiando las calles de los restos de nieve. Ráfagas repentinas de aire golpeaban contra las persianas.

—Una vez me desperté de aquella especie de coma porque oí a alguien que pronunciaba mi nombre. Había tratado de llamar la atención, pero en aquel entonces Linda pareció convencerme de que me detuviera. Así, cambié mi salvación por la pequeña alegría de no estar sola. Pero no me equivocaba: arriba había realmente dos policías que estaban peinando la zona. ¡Todavía me buscaban! Si hubiera gritado más fuerte, quizá me hubieran oído. En el fondo solo nos separaba un delgado suelo de madera. Con ellos había una mujer, y fue ella quien pronunció mi nombre. Pero no lo hizo con la voz, sino con la mente.

—Nicla Papakidis, ¿verdad? Así fue como la conociste...

—Sí, fue entonces. Yo no le contesté, pero ella logró sentir algo de todos modos. Durante los días siguientes volvió y estuvo paseando por los alrededores de la casa con la esperanza de percibirme todavía...

—Así que no fue Linda quien te salvó...

Mila resopló.

—¿Ella? Siempre acudía a contárselo todo a Steve. Ya era su pequeña e involuntaria cómplice. Durante tres años él había sido todo su mundo. Por lo que sabía, Steve era el último adulto que quedaba sobre la faz de la Tierra. Y los niños siempre confían en los adultos. Pero, aparte de Linda, Steve ya quería deshacerse de mí: estaba convencido de que pronto moriría, así que había cavado un hoyo en la cabaña de las herramientas, detrás la casa.

Las fotos en los periódicos de ese hoyo en el terreno la habían marcado más que ninguna otra cosa.

—Cuando conseguí salir de la casa, estaba más muerta que viva. No me di cuenta ni de los enfermeros que me sacaban en camilla, subiendo la misma escalera por la que el torpe de Steve me hizo rodar cuando me encerró allí abajo. No podía ver las decenas de policías que se amontonaban alrededor de la casa. No oí los aplausos de la muchedumbre que se había congregado allí y que acogió mi liberación con alegría. Pero me acompañaba la voz de Nicla, que seguía describiéndomelo todo en mi cabeza y me decía que no fuera hacia la luz...

—¿Qué luz? —preguntó Goran, curioso.

Mila sonrió.

—Ella estaba convencida de que había una luz. Quizá debido a su fe. Había leído en alguna parte, creo, que cuando morimos nos separamos del cuerpo, y, después de haber recorrido rápidamente un túnel, se nos aparece una luz bellísima... Yo nunca le he dicho que, por el contrario, no vi nada. Solo oscuridad. No quería desilusionarla.

Goran se inclinó sobre ella y le besó el hombro.

—Debió de ser terrible.

—Fui afortunada —dijo ella, y su pensamiento corrió en seguida a Sandra, la niña número seis—. Debería haberla salvado. En cambio, no lo he hecho. ¿Cuántas posibilidades le quedan de sobrevivir?

—No es culpa tuya.

—Sí, lo es.

Mila se incorporó, sentándose en el borde de la cama. Goran alargó un brazo hacia ella, pero ahora ya no podía tocarla. Su caricia se quedó en el límite de la piel, sin alcanzarla, ya que ella estaba lejos de nuevo.

Él se dio cuenta, y la dejó ir.

—Voy a ducharme —dijo—. Tengo que volver a casa, Tommy me necesita.

Mila permaneció inmóvil, todavía desnuda, hasta que oyó el agua que empezaba a correr en el baño. Hubiera querido vaciar la mente de aquellos recuerdos grotescos, volver a tenerla en blanco para llenarla de pensamientos livianos como los de los niños, un privilegio del que había sido privada por la fuerza.

El hoyo en la cabaña de las herramientas detrás de la casa de Steve no había quedado vacío. Dentro había terminado su propia capacidad para sentir empatía.

Alargó una mano hacia la mesilla de noche y cogió el mando a distancia del televisor. Lo encendió con la esperanza de que, como el agua de la ducha de Goran, conversaciones e imágenes insignificantes expulsaran de su cabeza los restos del mal.

En la pantalla, una mujer aferraba un micrófono, mientras el viento y la lluvia trataban de llevárselo por los aires. A su derecha se veía el logo de un telediario. Debajo de ella corría el anuncio de una edición especial. Al fondo, a lo lejos, una casa rodeada por decenas de coches de la policía, con las sirenas encendidas iluminando la noche.

«... y dentro de una hora, el inspector jefe Roche hará una declaración oficial. Mientras tanto podemos confirmarles que la noticia es real: el maníaco que ha aterrorizado y convulsionado a todo el país con el secuestro y la masacre de varias niñas inocentes ha sido localizado...»

Mila no lograba moverse, tenía los ojos clavados en la pantalla.

«... se trata del recluso que se encontraba en libertad vigilada que esta mañana ha abierto fuego sobre los dos policías judiciales que se habían presentado en su casa para un control de rutina...»

Era la historia que Terence Mosca le había contado en la salita contigua a la habitación donde se desarrollaba el interrogatorio de Boris. Mila no daba crédito.

«... después de la muerte en el hospital del policía herido, las unidades especiales enviadas al lugar han decidido irrumpir en la casa. Solo después de haber abatido al condenado y haber entrado en la propiedad, han hecho el inesperado y sorprendente descubrimiento...»

—¡La niña, di algo de la niña!

«... lo recordamos para todos aquellos espectadores que acaben de incorporarse a nuestra emisión: el nombre del condenado era Vincent Clarisso...»

«Albert», corrigió Mila en su cabeza.

«... fuentes del Departamento nos informan de que la sexta niña aún se encuentra en la vivienda a mis espaldas; todavía está siendo asistida por un equipo médico que le está practicando los primeros auxilios. No tenemos confirmación de la noticia, pero parece ser que la pequeña Sandra sigue con vida...»

40

Departamento de Ciencias de la Conducta
25 de febrero

Vincent Clarisso era Albert.

El hombre salido de la cárcel hacía menos de dos meses, después de haber cumplido una parte de su condena por atraco a mano armada.

Una vez en libertad, había empezado su diseño.

Ningún precedente por crímenes violentos. Ningún síntoma de enfermedad mental. Nada que hiciera pensar en él como en un potencial asesino en serie.

El atraco a mano armada había sido un «accidente», según los abogados que defendieron a Vincent en el proceso. La tontería de un chico afligido por una grave dependencia de la codeína. Clarisso procedía de una buena familia burguesa, su padre era abogado, y su madre profesora. Había estudiado y se había graduado como enfermero. Durante un tiempo había trabajado en una clínica como asistente de quirófano. Allí, probablemente, había adquirido los conocimientos necesarios para mantener con vida a Sandra después de haberle amputado el brazo.

La hipótesis del equipo de Gavila, que Albert pudiera ser un médico, no estaba tan lejos de la verdad.

Vincent Clarisso había dejado sedimentar todas aquellas experiencias en una capa embrionaria de su personalidad para luego transformarse en un monstruo.

Pero Mila no se lo creía.

«No es él», seguía repitiéndose mientras llegaba en taxi al edificio de la policía federal.

Después de haber oído la noticia en la televisión, Goran había hablado por teléfono durante unos veinte minutos con Stern, que lo informó sobre los últimos acontecimientos. El criminólogo había caminado adelante y atrás por la habitación del hotel, bajo la mirada ansiosa de Mila. Después se habían separado. Él había llamado a la señora Runa para que se quedara con Tommy también aquella noche, y luego se apresuró hacia el lugar del hallazgo de Sandra. Mila habría querido ir con él, pero su presencia no habría estado justificada. Así que quedaron en verse más tarde en el Departamento de Ciencias de la Conducta.

Ya era más de medianoche, pero había un gran alboroto en las calles. La gente había salido, despreocupándose de la lluvia, para celebrar el final de una pesadilla. Parecía como si estuvieran en fin de año, tocando las bocinas y saludándose todos con grandes abrazos. Para complicar la situación del tráfico estaban los puestos de control para interceptar a eventuales cómplices de Clarisso en fuga, pero también para mantener alejados a los curiosos del lugar donde se había desarrollado el epílogo de aquella historia.

En el taxi que avanzaba lentamente, Mila pudo escuchar en la radio un nuevo informe. Terence Mosca era el personaje del día. El caso se había solucionado por un golpe de suerte, pero, como ocurría a menudo, solo se beneficiaba directamente de ello el jefe de las operaciones.

Cansada de esperar que la fila de coches avanzara, Mila decidió hacer frente a la intensa lluvia y bajarse del taxi. El edificio de la policía federal estaba un par de manzanas. Se cubrió la cabeza con la capucha de la parka y continuó a pie, absorta en sus razonamientos.

La figura de Vincent Clarisso no coincidía con el perfil de Albert trazado por Gavila.

Según el criminólogo, su hombre usaba los cadáveres de las seis niñas como una especie de indicadores. Los había colocado en lugares específicos para revelar horrores que nunca habían emergido a la luz, de los que él, en cambio, tenía conocimiento. Valoraba la hipótesis de que fuera un socio oculto de aquellos criminales, y que todos se lo hubieran encontrado en el transcurso de sus vidas.

«Son como lobos, y los lobos a menudo cazan en manada. Cada manada tiene un jefe, y Albert nos está diciendo precisamente eso: él es su líder», había afirmado Goran.

La convicción de Mila de que Vincent no era Albert quedó confirmada cuando oyó la edad del asesino en serie: treinta años. Demasiado joven para conocer a Ronald Dermis de niño en el orfanato y también a Joseph B. Rockford: el equipo había deducido que debía de tener entre cincuenta y sesenta años. Además, no se parecía en nada a la descripción trazada por Nicla después de haberlo visto en la mente del millonario.

Y, mientras caminaba bajo la lluvia, Mila también encontró otro motivo que validaba su escepticismo: ¡Clarisso estaba en la cárcel mientras Feldher asesinaba a Yvonne Gress y a sus hijos en la casa de Cabo Alto, por lo que no había podido presenciar la matanza dejando su perfil recortado en la sangre de la pared!

«No es él, están cometiendo un error. Aunque seguro que Goran se habrá dado cuenta y estará explicándoselo.»

Cuando llegó al edificio de la policía federal notó que había cierta euforia en los pasillos. Los agentes se daban palmaditas en la espalda, muchos todavía llegaban de la escena del crimen con el uniforme de las unidades de asalto y contaban las últimas novedades. El relato, pues, circulaba de boca en boca y se enriquecía con nuevos detalles.

Mila fue interceptada por un policía que la informó de que el inspector jefe Roche quería verla con urgencia.

—¿A mí? —preguntó, sorprendida.

—Sí, la espera en su despacho.

Mientras subía la escalera, pensó que Roche la había convocado porque se había dado cuenta de que algo no encajaba en la reconstrucción de los hechos. Quizá toda aquella excitación pronto se apagaría o se redimensionaría.

En el Departamento de Ciencias de la Conducta estaban presentes solo unos pocos agentes de civil, y ninguno de ellos estaba celebrando nada. La atmósfera era la de cualquier día laborable, salvo porque ya era de noche y aún se encontraban todos de servicio.

Tuvo que esperar un buen rato antes de que la secretaria de Roche la hiciera pasar a su despacho. Desde el otro lado de la puerta, Mila pudo captar algunas palabras del inspector jefe, que probablemente mantenía una conversación telefónica. Sin embargo, cuando colgó, descubrió para su sorpresa que no estaba solo. Con él se encontraba Goran Gavila.

—Pase, pase, agente Vasquez. —Roche la invitó a acercarse con un gesto

de la mano. Tanto él como Goran estaban de pie, frente a frente junto al escritorio.

Mila avanzó acercándose a Gavila. Él apenas se volvió hacia ella, con un gesto vago. La intimidad compartida una hora antes había desaparecido repentinamente.

—Estaba diciéndole a Goran que querría que ustedes también estuvieran presentes en la rueda de prensa que se celebrará mañana por la mañana. El capitán Mosca está de acuerdo conmigo. Nunca lo habríamos capturado sin su ayuda. Tenemos que agradecerse.

Mila no lograba contener su estupor, y vio que Roche parecía confuso por su reacción.

—Señor, con todo el respeto... Creo que estamos cometiendo una equivocación.

Roche se dirigió a Goran:

—¿Qué coño está diciendo ésta ahora?

—Mila, todo está en orden —dijo el criminólogo, sereno.

—No, no lo está. Ese no es Albert, hay demasiadas incongruencias, yo...

—Supongo que no se le ocurrirá decir eso en la rueda de prensa — protestó el inspector jefe—. Si es así, está excluida de ella.

—También Stern estará de acuerdo.

Roche blandió una hoja de papel que estaba sobre el escritorio.

—El agente especial Stern ha presentado su dimisión con efectos inmediatos.

—¿Cómo? Pero ¿qué está pasando? —Mila no comprendía nada—. Ese Vincent no coincide con el perfil.

Goran intentó explicárselo y, por un instante, ella vio de nuevo en sus ojos la misma dulzura con la que le había besado las cicatrices.

—Hay decenas de pruebas que indican que él es nuestro hombre. Cuadernos repletos de notas sobre los secuestros de las niñas y sobre cómo colocar sucesivamente sus cadáveres, copias de los proyectos del sistema de seguridad de Cabo Alto, un plano del colegio de Debby Gordon y manuales de electrónica e informática que Clarisso había empezado a estudiar cuando todavía estaba en la cárcel...

—¿Y también habéis encontrado todas las conexiones con Alexander

Bermann, Ronald Dermis, Feldher, Rockford y Boris? —preguntó Mila, exasperada.

—Hay un equipo entero de investigadores en esa casa, y siguen encontrando pruebas. Verás cómo pronto aparecerá también algo sobre esas conexiones.

—No es suficiente, creo que...

—Sandra lo ha identificado —la interrumpió Goran—. Nos ha dicho que fue él quien la secuestró.

Mila pareció calmarse durante un instante.

—¿Cómo está?

—Los médicos son optimistas.

—¿Ya está más contenta? —intervino Roche—. Si tiene intención de armar follón, mejor vuélvase a su casa ahora mismo.

En ese momento, la secretaria informó al inspector jefe por el intercomunicador de que el alcalde quería verlo con urgencia. Roche recuperó su chaqueta del respaldo de una silla y se encaminó hacia la puerta, no sin antes advertirle a Goran:

—¡Explícale que la versión oficial es esa: o la suscribe, o que ni se le ocurra tocarme las pelotas! —Después salió dando un portazo.

Mila esperaba que, al quedarse a solas, Goran le diría algo diferente. En cambio, él remachó:

—Los errores, por desgracia, son solamente nuestros.

—¿Cómo puedes decir algo así?

—Ha sido un fracaso total, Mila. Creamos una pista falsa y la seguimos a ciegas. Yo soy el principal responsable: todas aquellas conjeturas eran mías.

—¿Por qué no te preguntas cómo conoció Vincent Clarisso a todos esos otros criminales? ¡Él fue quien nos hizo descubrirlos!

—Esa no es la cuestión... La cuestión, en cambio, es por qué nosotros no reparamos en ellos durante tanto tiempo.

—No creo que estés siendo objetivo en este momento, y creo intuir la razón. En el caso Wilson Pickett, Roche salvó tu reputación y te echó una mano para mantener en pie el equipo cuando sus jefes querían desarticularlo. ¡Ahora tú estás devolviéndole el favor: si aceptas esta versión de los hechos, le quitarás un poco de mérito a Terence Mosca y salvarás el puesto del inspector

jefe!

—¡Se ha acabado! —sentenció Goran.

Durante algunos segundos, ninguno dijo nada. Luego el criminólogo se dirigió hacia la puerta.

—Dime una cosa... ¿Boris ha confesado ya? —casi no tuvo tiempo de preguntarle Mila.

—Todavía no —dijo él sin volverse.

Se quedó sola en la habitación. Los puños cerrados a los lados del cuerpo, maldiciendo ese momento y a sí misma. Vio la carta de dimisión de Stern, y la ojeó. En aquellas pocas líneas formales no había ni rastro de los verdaderos motivos de su decisión. Pero para ella estaba claro que el agente especial debía de haberse sentido traicionado de alguna manera, primero por Boris y ahora también por Goran.

Cuando estaba a punto de devolver la carta a su sitio sobre el escritorio, Mila reparó en un registro telefónico a nombre de Vincent Clarisso. Probablemente Roche lo había solicitado para comprobar si entre los conocidos del maníaco había algún pez gordo al que proteger. Puesto que en el asunto ya estaba de por medio alguien como Joseph B. Rockford, nunca se sabía.

Pero el asesino en serie no debía de tener una gran vida social, porque solo había una llamada y se remontaba al día anterior.

Mila leyó el número y le pareció extrañamente familiar.

Extrajo su móvil del bolsillo, tecleó el número y de pronto apareció el nombre y el apellido.

41

El teléfono sonaba pero nadie contestaba.

—¡Vamos, despierta, carajo!

Las ruedas del taxi levantaban el agua que se acumulaba en el asfalto, pero por suerte había dejado de llover. Las calles estaban alegres como el escenario de un musical, parecía que de un momento a otro pudieran aparecer bailarines vestidos con esmoquin y peinados con brillantina.

La línea se cortó y Mila marcó el número de nuevo. Era la tercera vez que lo intentaba. Al decimoquinto timbrazo, por fin alguien contestó.

—¿Quién narices es a estas horas? —la voz de Cinthia Pearl sonaba pastosa por el sueño.

—Soy Mila Vasquez, ¿se acuerda? Nos vimos anteayer...

—Sí, me acuerdo de usted... Pero ¿no podríamos hablar mañana? ¿Sabe?, me he tomado un somnífero.

No debía asombrarse de que la superviviente de un asesino en serie, además del alcohol, utilizara fármacos para dormir. Pero Mila no podía esperar: tenía que conseguir sus respuestas en seguida.

—No, Cinthia, lo siento: la necesito ahora. Pero no será muy largo...

—Está bien.

—Ayer, hacia las ocho de la mañana recibí una llamada telefónica...

—Sí, estaba a punto de irme a trabajar. Ese tipo consiguió que mi jefe me gritara por haber llegado tarde.

—¿Quién la llamó?

—Dijo que era un inspector del seguro. Presenté una solicitud de indemnización, ¿sabe?, por lo que me sucedió...

—¿No le dijo su nombre?

—Spencer, creo. Debí de anotarlo...

Era inútil: Vincent Clarisso se había presentado con un nombre falso y había usado un pretexto para no levantar sospechas. Mila prosiguió:

—Da igual, no importa. ¿Qué quería de usted ese hombre?

—Que le contara por teléfono mi historia. Y también la de Benjamin Gorka.

Mila se sorprendió: ¿por qué Vincent Clarisso quería conocer el caso Wilson Pickett? En el fondo, había dejado el quinto cadáver en el Estudio para desvelar al mundo que había sido Boris y no Benjamin Gorka el verdadero asesino de Rebecca Springher...

—¿Por qué quería conocer su historia?

—Para completar el informe, me dijo. Los de las aseguradoras son muy meticulosos.

—¿Y no le preguntó o le refirió nada más?

Cinthia no contestó en seguida, y Mila temió que hubiera vuelto a dormirse. Sin embargo, solo estaba pensando:

—No, nada más. Pero fue muy amable. Al final me confió que mi solicitud estaba en un estado bastante avanzado. Tal vez finalmente acaben dándome ese dinero, ¿sabe?

—Me alegro por usted, y le pido disculpas por haberla molestado a estas horas.

—Si lo que le he dicho le sirve para hallar a la niña que está buscando, entonces no ha sido una molestia.

—En realidad, ya la han encontrado.

—¿Cómo? ¿De verdad?

—¿No ve la televisión?

—Suelo acostarme a las nueve de la noche.

La joven quería saber más, pero Mila no tenía tiempo. Fingió tener otra llamada en espera y colgó.

Incluso antes de hablar con Cinthia, en su mente había empezado a abrirse paso una nueva intuición.

Quizá le hubieran tendido una trampa a Boris.

—Un poco más adelante ya no se puede seguir —le advirtió el taxista volviéndose hacia ella.

—No pasa nada, ya hemos llegado.

Pagó y se bajó del coche. Delante tenía un cordón policial y decenas de coches con las sirenas encendidas. Las furgonetas de varias cadenas de televisión estaban alineadas a lo largo de la calle. Las cámaras habían dispuesto sus aparatos de manera que siempre tenían al fondo un buen plano de la casa.

Mila llegó al lugar donde todo había empezado. El escenario del crimen que ahora tenía el nombre distintivo de «lugar número cero».

La casa de Vincent Clarisso.

Aún no sabía cómo superaría los controles para introducirse en la vivienda. Se limitó a sacar la tarjeta de identificación para colgársela del cuello, con la esperanza de que nadie se percatara de que no pertenecía a esa jurisdicción.

A medida que avanzaba, reconoció los rostros de colegas que había visto por los pasillos del Departamento. Algunos improvisaban reuniones alrededor del capó de un coche. Otros aprovechaban para hacer una pausa y tomar un sándwich y un café. También localizó la furgoneta del médico forense: Chang estaba redactando un informe sentado en el estribo y no levantó la mirada cuando Mila pasó por delante.

—Eh, ¿adónde va usted?

Se volvió y vio a un policía obeso que corría tras ella jadeando. No tenía una excusa preparada, tendría que haber pensado en ella antes pero no lo había hecho, y ahora probablemente eso le pasaría factura.

—Está conmigo.

Krepp avanzaba en su dirección. El experto de la científica llevaba una tirita en el cuello de la que sobresalían la cabeza y las garras de un dragón alado, probablemente su último tatuaje.

—Déjela entrar —le dijo al policía—. Tiene autorización.

El agente aceptó sus palabras y giró sobre sus talones para volver por donde había venido.

Mila miró a Krepp sin saber qué decirle. El hombre le guiñó el ojo, luego continuó su camino. En el fondo no era tan extraño que la hubiera ayudado, se dijo. Aunque de manera diferente, ambos llevaban impresa en la carne una

parte de su historia personal.

El camino que conducía a la casa era empinado. Sobre el adoquinado todavía descansaban los casquillos del tiroteo que le había costado la vida a Vincent Clarisso. La puerta de entrada estaba desencajada de las bisagras para permitir un acceso más fácil.

Nada más entrar, Mila notó un fuerte olor a desinfectante.

La sala de estar tenía muebles de formica al estilo de los años sesenta. Un sofá de tapicería arabesca, pero revestido todavía con el plástico protector. Una chimenea con un fuego falso. Un mueble bar que hacía juego con la moqueta amarilla. El dibujo del papel pintado eran unas enormes y estilizadas flores marrones que parecían dragones.

En lugar de focos halógenos, el interior estaba iluminado por lámparas apantalladas. También eso era una señal del nuevo cariz impreso por Terence Mosca. Ninguna «escena» para el capitán. Todo tenía que mantenerse sobrio. La querida vieja escuela de los policías de antaño, pensó Mila. Y entonces vio precisamente a Mosca, que, en la cocina, mantenía una pequeña reunión con sus más estrechos colaboradores. Evitó ir en esa dirección: era mejor pasar inadvertida.

Todos llevaban cubrezapatos y guantes de látex. Mila se los puso a su vez y luego empezó a mirar alrededor, confundándose con los presentes.

Un detective estaba extrayendo los volúmenes de una librería. Uno cada vez. Los cogía, los hojeaba rápidamente y los dejaba en el suelo. Otro estaba revolviendo entre los cajones de una cómoda. Un tercero clasificaba los adornos colocados encima de los muebles. Donde los objetos todavía no habían sido movidos y examinados, todo parecía guardar un orden obsesivo.

No había polvo y era posible catalogarlo todo con la mirada, como si el lugar asignado a cada cosa fuera «exactamente» aquel. Parecía estar en el interior de un puzle ya completado.

Mila no sabía qué buscar. Estaba allí solo porque ese era el punto de partida natural. Lo que la movía era la duda ligada a la extraña llamada que Vincent Clarisso le había hecho a Cinthia Pearl.

Si había querido escuchar la historia de boca de la única superviviente, quizá Clarisso no sabía quién era Benjamin Gorka. Y si no lo sabía, tal vez el quinto cadáver encontrado en el Estudio no era para Boris.

Sin embargo, esa constatación lógica no sería suficiente para exculpar a su

colega, pues también había un sólido indicio de que Boris había matado a Rebecca Springer: las braguitas de la víctima sustraídas del depósito judicial y halladas durante el registro de su casa.

Pero, en todo caso, algo no cuadraba.

Mila descubrió el origen del olor a desinfectante cuando vio la habitación al final del breve pasillo.

Era un entorno aséptico, con una cama de hospital rodeada por una cámara hiperbárica. Había fármacos en grandes cantidades, batas estériles y aparatos médicos. Era el quirófano donde Vincent había practicado la amputación a sus pequeñas pacientes, finalmente transformado en la habitación para la estancia de Sandra.

Al pasar por delante de otra habitación, vio a un agente que trasteaba con un televisor de plasma en el que estaban insertados los enchufes de una videocámara digital. Delante de la pantalla había un sillón con los altavoces de un sistema de audio *surround* a su alrededor. Junto al televisor, una pared entera de cintas MiniDV, clasificadas solo con la fecha. El detective las iba introduciendo en la videocámara una tras otra para visualizar su contenido.

En ese momento, se veían las imágenes de un parque infantil. Risas infantiles en un día de sol invernal. Mila reconoció a Caroline, la última niña secuestrada y asesinada por Albert.

Vincent Clarisso había estudiado meticulosamente a sus víctimas.

—Eh, ¿venís a echarme una mano con esto? ¡Yo soy un negado para la electrónica! —dijo el agente mientras intentaba detener la filmación.

Cuando se dio cuenta de que Mila estaba en el umbral, tuvo por un instante la feliz sensación de haber sido atendido, salvo porque luego se dio cuenta de que no la había visto nunca antes. Antes de que pudiera decir algo, Mila pasó de largo.

La tercera era la habitación más importante.

En su interior había una mesa alta de acero, y las paredes estaban revestidas de tableros llenos de notas, pósits de diferentes colores y demás. Parecía que estuviera en el Pensatorio. En aquel material estaban reunidos, al detalle, los planes de Vincent. Planos, mapas de carreteras, horarios y desplazamientos. La planimetría del colegio de Debby Gordon y también la del orfanato. Estaba la matrícula del coche de Alexander Bermann y las etapas de sus viajes de trabajo. Las fotos de Yvonne Gress y sus hijos y una imagen

del vertedero de Feldher. Había recortes de revistas que hablaban de la suerte de Joseph B. Rockford. Y, obviamente, las instantáneas de todas las niñas secuestradas.

Sobre la mesa de acero había otros diagramas acompañados por anotaciones confusas, como si el trabajo hubiera sido interrumpido de pronto. Probablemente, entre aquellas hojas se escondía, quizá para siempre, el epílogo que el asesino en serie había imaginado para su diseño.

Mila se volvió y se detuvo. La pared que hasta ese momento tenía a su espalda estaba completamente tapizada por fotos que retrataban a los miembros de la Unidad de Investigación de Crímenes Violentos mientras trabajaban. También estaba ella.

«Ahora sí que estoy realmente en la barriga del monstruo...»

Vincent siempre había seguido cuidadosamente sus movimientos. Pero en ese lugar no había nada que condujera al caso Wilson Pickett, y tampoco a Boris.

—¡Joder! ¿Es que nadie piensa echarme una mano? —protestó la voz del agente en la habitación de al lado.

—¿Qué pasa, Fred?

Por fin alguien se había movido en su ayuda.

—¿Cómo sé lo que estoy mirando? Y, sobre todo, ¿cómo clasifico esto si no sé lo que es?

—Enséñamelo...

Mila se apartó de la pared de las fotos, dispuesta a abandonar la casa. Estaba satisfecha, no tanto por lo que había encontrado, como por lo que no se encontraba allí.

No había rastro de Benjamin Gorka. Y no había rastro de Boris. Eso le bastaba.

Con la quinta niña habían pasado algo por alto. O bien se trataba de un despiste en toda regla. La prueba era que Vincent Clarisso, cuando se había dado cuenta de que las investigaciones estaban tomando una dirección diferente de la prevista, había llamado a Cinthia Pearl para saber más.

Mila pensaba hablarle de eso a Roche, y estaba segura de que el inspector jefe encontraría el modo de explotar esa información para exculpar a Boris y redimensionar la gloria de Terence Mosca.

Al pasar de nuevo por delante de la habitación del televisor, vio algo en la pantalla. Un lugar que el agente llamado Fred y su colega no lograban identificar.

—Es un apartamento, ¿qué más hay que decir?

—Sí, pero ¿yo qué escribo en el informe?

—Pues «lugar desconocido».

—¿Estás seguro?

—Sí. Ya se ocupará algún otro de descubrir dónde se encuentra ese sitio.

Pero Mila sí lo conocía.

Repararon en su presencia solo entonces y se volvieron para mirarla, mientras ella no conseguía apartar los ojos de la filmación que reproducía el televisor.

—¿Podemos ayudarla en algo?

Mila no contestó y se alejó. Mientras atravesaba a paso rápido la sala de estar, buscó el móvil en su bolsillo y marcó el número de Goran.

Le contestó cuando ella ya estaba en el camino exterior.

—¿Qué sucede?

—¿Dónde estás ahora? —Su tono era de alarma.

Él no se dio cuenta.

—Aún estoy en el Departamento, estoy intentando organizar una visita de Sarah Rosa a su hija en el hospital.

—¿Quién hay en tu casa en este momento?

Goran empezó a preocuparse.

—La señora Runa está con Tommy. ¿Por qué?

—¡Tienes que ir allí en seguida!

—¿Por qué? —repitió, angustiado.

Mila rebasó la concentración de policías.

—¡Vincent tenía una filmación de tu apartamento!

—¿Qué significa que tenía una filmación?

—Que había entrado allí... ¿Y si tuviera un cómplice?

Goran guardó un instante de silencio.

—¿Aún estás en la escena del crimen?

—Sí.

—Entonces estás más cerca que yo. Pídele a Terence Mosca que te proporcione a un par de agentes y ve a mi casa. Mientras tanto, yo llamaré a la señora Runa y le diré que cierre la puerta con llave.

—De acuerdo.

Mila colgó, luego dio media vuelta para volver a la casa y hablar con Mosca.

«Esperemos que no me haga demasiadas preguntas.»

42

—¡Mila, la señora Runa no responde al teléfono!

Ya amanecía.

—No te preocupes, nosotros casi hemos llegado, falta poco.

—Os estoy alcanzando, estaré ahí dentro de unos minutos.

El coche de la policía se detuvo con un chirrido de neumáticos en la tranquila calle de aquel bonito barrio. Los inquilinos de los edificios todavía dormían. Solo los pájaros habían empezado a saludar al nuevo día, posados entre los árboles y sobre las cornisas.

Mila corrió hacia la puerta. Llamó al portero automático unas cuantas veces, pero nadie respondió. Luego probó con otro timbre.

—Sí, ¿quién es?

—Señor, somos la policía: abra en seguida, por favor.

La puerta se abrió con un zumbido eléctrico. Mila la empujó y se precipitó hacia la tercera planta seguida por los dos agentes que iban con ella. No usaron el montacargas que hacía las veces de ascensor, sino que tomaron la escalera para llegar antes.

«Por favor, haz que no haya sucedido nada... Haz que el niño esté bien...»

Mila invocaba a una entidad divina en la que había dejado de creer desde hacía mucho. Aunque era el mismo Dios que la había liberado de su torturador valiéndose de las dotes de Nicla Papakidis, la agente se había encontrado demasiadas veces frente a un niño menos afortunado que ella como para poder conservar la fe.

«Pero tú haz que no pase de nuevo, haz que no pase esta vez...»

Al llegar al descansillo de la escalera, Mila empezó a llamar con insistencia a la puerta cerrada.

«A lo mejor solo es que la señora Runa tiene el sueño pesado —pensó—. Ahora vendrá a abrir y todo estará bien...»

Pero nada ocurría.

Uno de los policías se le acercó.

—¿Quiere que la echemos abajo?

Le faltaba el aliento para contestar, y simplemente asintió. Los vio tomar un breve impulso y dar juntos una patada. La puerta se abrió.

Silencio. Pero no un silencio normal, sino un silencio vacío, opresor. Un silencio sin vida.

Mila sacó su revólver y precedió a los policías.

—¡Señora Runa!

Su voz se esparció por las habitaciones, pero nadie le devolvió una respuesta. Luego les hizo una seña a los dos agentes para que se separaran. Ella se dirigió hacia los dormitorios.

Mientras avanzaba lentamente por el pasillo, notó que la mano derecha le temblaba apretada alrededor de la empuñadura del revólver. Sintió las piernas torpes y los músculos de la cara contraídos, y los ojos empezaban a arderle.

Llegó a la habitación de Tommy y vio que la puerta estaba entornada. La empujó con la mano abierta, hasta que la estancia se reveló. Las contraventanas estaban cerradas, pero la lámpara en forma de payaso sobre la mesilla de noche giraba proyectando sobre las paredes figuras de animales del circo. En la cama apoyada contra la pared, intuyó bajo las mantas un cuerpecito.

Estaba acurrucado en posición fetal. Mila se acercó a pequeños pasos.

—Tommy... —le dijo en voz baja—. Tommy, despierta...

Pero el cuerpecito no se movía.

Al llegar junto a la cama, dejó su revólver junto a la lámpara. Se sentía mal. No quería apartar las mantas, no quería descubrir lo que ya sabía. En cambio, tenía ganas de dejarlo todo y salir de inmediato de aquella habitación. ¡De no tener también que afrontar aquello, maldita sea! Porque lo había visto en demasiadas ocasiones, y ya temía que sería así siempre.

No obstante, se esforzó en mover la mano hacia el borde de la manta. Lo agarró y tiró de él hacia atrás con un golpe seco.

Durante algunos segundos se quedó con la manta levantada, mirando a los

ojos a un viejo oso de peluche que le sonreía con expresión cándida e inmutable.

—Disculpe...

Mila, aturdida, se sobresaltó. Los dos agentes estaban en la puerta y la observaban.

—Allí hay una puerta cerrada con llave.

Mila estaba a punto de ordenarles que la echaran abajo cuando oyó la voz de Goran que entraba en casa y llamaba a su hijo:

—¡Tommy! ¡Tommy!

Fue a su encuentro.

—No está en su habitación.

Goran estaba desesperado.

—¿Cómo que no está? Entonces, ¿dónde está?

—Ahí hay una habitación cerrada con llave, ¿es normal?

Confuso y angustiado, Goran no la entendía.

—¿Cómo?

—La habitación que está cerrada con llave...

El criminólogo se detuvo...

—¿Has oído?

—¿El qué?

—Es él...

Mila no entendía a qué se refería. Goran la apartó y se dirigió velozmente hacia el estudio.

Cuando vio a su hijo escondido debajo del escritorio de caoba, no pudo contener las lágrimas. Se agachó bajo la mesa, y lo estrechó fuertemente contra su pecho.

—Papá, he tenido miedo...

—Sí, lo sé, mi amor. Pero ahora todo ha terminado.

—La señora Runa se ha ido. Me he despertado y no estaba...

—Pero ahora ya estoy yo, ¿no?

Mila se había quedado en el umbral y había devuelto el revólver a su funda, alentada por las palabras de Goran, agachado debajo del escritorio.

—Ahora vayamos a desayunar. ¿Qué te gustaría comer? ¿Quieres unas tortitas?

Mila sonrió. El susto había pasado.

—Ven, te cogeré en brazos... —dijo entonces Goran.

Y lo vio salir de debajo del escritorio, haciendo un esfuerzo para ponerse de nuevo de pie.

Pero entre sus brazos no había ningún niño.

—Te presento a una amiga mía. Se llama Mila...

Goran esperaba que a su hijo le gustara. Generalmente era siempre un poco retraído con quien no conocía. Pero Tommy no dijo nada, sino que se limitó a señalarle el rostro de ella. Entonces Goran la miró mejor: estaba llorando.

Las lágrimas llegaron de quién sabía dónde, inesperadas. Pero, esta vez, el dolor que las había provocado no era de origen físico. La herida que se había abierto no estaba sobre la carne.

—¿Qué te pasa? ¿Qué sucede? —le preguntó Goran, comportándose como si sostuviera de verdad un peso humano entre los brazos.

Ella no sabía qué contestarle. No parecía que él estuviera fingiendo. Goran realmente creía que llevaba en brazos a su hijo.

Los dos policías, que habían llegado entretanto, lo miraban asombrados, listos para intervenir. Mila les hizo una seña para que se quedaran donde estaban.

—Esperadme abajo.

—Pero nosotros no...

—Id abajo y llamad al Departamento, decidles que manden aquí al agente Stern. Si oís un disparo, no os preocupéis: habré sido yo.

Ambos hombres, aunque reacios, obedecieron.

—¿Qué está sucediendo, Mila? —En el tono de la pregunta de Goran ya no había resistencia. Parecía tan asustado por la verdad que no lograba reaccionar de ningún modo—. ¿Por qué quieres que venga Stern?

Mila se llevó un dedo a los labios, indicándole así que guardara silencio.

Luego se volvió y salió al pasillo. Se dirigió hacia la habitación de la

puerta cerrada. Disparó a la cerradura haciéndola añicos, luego empujó la hoja.

La habitación estaba a oscuras, pero pudo percibir los restos de los gases de la descomposición. Sobre la gran cama de matrimonio había dos cuerpos.

Uno más grande, el otro más pequeño.

Los esqueletos ennegrecidos, envueltos todavía por restos de piel que caían como trozos de tela, estaban fundidos en un abrazo.

Goran entró en la habitación. Notó el olor. Vio los cuerpos.

—Oh, Dios mío... —dijo sin entender a quién pertenecían aquellos dos cadáveres en su dormitorio. Se volvió hacia el pasillo para impedirle a Tommy que entrara..., pero no lo vio.

Miró de nuevo la cama. Aquel cuerpecito... La verdad le cayó encima con una fuerza despiadada. Y entonces lo recordó todo.

Mila lo encontró junto a la ventana. Miraba afuera. Después de días de nieve y lluvia, el sol volvía a resplandecer.

—Esto era lo que Albert quería decirnos con la quinta niña.

Goran no dijo nada.

—Tú desviaste la investigación hacia Boris. Te bastó con sugerirle a Terence Mosca en qué dirección indagar: el informe sobre el caso Wilson Pickett que vi en su portafolios se lo diste tú... Y siempre eras tú el que tenía acceso a las pruebas del caso Gorka, así sustrajiste las braguitas de Rebecca Springher del depósito judicial para colocarlas en casa de Boris durante el registro.

Goran asintió.

El aire era como un cristal que se rompía cada vez que ella respiraba y lo dejaba entrar en sus pulmones.

—¿Por qué? —preguntó Mila con un hilo de voz.

—Porque, después de haberse ido, *ella* volvió a esta casa. Porque no volvió para quedarse. Porque quería llevarse lo único que todavía me quedaba para amar. Y porque *él* quería irse con ella...

—¿Por qué? —repitió Mila, sin poder contener las lágrimas que ya brotaban libremente.

—Porque una mañana desperté y oí la voz de Tommy que me llamaba

desde la cocina. Fui y lo vi sentado en su lugar habitual. Me pedía el desayuno. Y yo estaba tan feliz que *olvidé* que, en realidad, él ya no estaba...

—¿Por qué? —suplicó ella.

Y esta vez él lo pensó bien antes de contestarle:

—Porque los quería.

Y, sin que ella pudiera impedirselo, Goran abrió la ventana y se arrojó al vacío.

43

Siempre había deseado un poni.

Recordaba haber atormentado a su madre y a su padre para que le regalaran uno, sin tener en cuenta que en donde vivían ni siquiera había un lugar apto para tenerlo. El patio trasero era demasiado estrecho, y junto a la cochera había apenas una franja de tierra donde su abuelo cultivaba el huerto.

Sin embargo, ella insistía. Sus padres pensaron que se cansaría antes o después de aquel absurdo capricho, pero en cada cumpleaños y en cada carta a Papá Noel siempre expresaba ese deseo.

Cuando Mila salió de la barriga del monstruo para volver a casa, al final de sus veintiún días de reclusión y tres meses de hospital, un bonito poni blanco y marrón la esperaba en el patio.

Su deseo había sido atendido. Pero ella no consiguió alegrarse por ello.

Su padre había pedido favores, apelado a sus modestos contactos para conseguir un buen precio de compra. Su familia no nadaba en dinero y en su casa siempre habían hecho grandes sacrificios. De hecho, ella era hija única sobre todo por motivos económicos.

Sus padres no podían permitirse darle un hermano o una hermana; en cambio, le habían comprado un poni. Y ella no era feliz.

Había fantaseado muchas veces con conseguir por fin ese regalo. Hablaba continuamente de ello. Imaginaba que lo cuidaba, que le trenzaba borlas de colores en la crin, que lo cepillaba bien. A menudo obligaba a su gato a sufrir los mismos tratos. Quizá también era por eso por lo que *Houdini* la odiaba y se mantenía alejado.

Hay una razón por la que los ponis gustan tanto a los niños, y es porque no crecen nunca, porque permanecen inmortalizados en el hechizo de la infancia.

Una condición envidiable.

No obstante, después de su liberación, Mila solo quería hacerse mayor en seguida para poner distancia entre ella y lo ocurrido. Además, con un poco de suerte, quizá incluso conseguiría olvidar.

El poni, en cambio, con su absoluta imposibilidad de crecer, representaba para ella un insostenible pacto con el tiempo.

Cuando la sacaron, más muerta que viva, del fétido sótano de Steve, para Mila empezó una nueva vida. Después de tres meses de hospital para recuperar la movilidad del brazo izquierdo, tuvo que volver a adquirir confianza en las cosas de la vida, no solo en la cotidianidad de su casa, sino también en la rutina de sus seres queridos.

Graciela, su amiga del alma, con quien antes de desaparecer en la nada había celebrado el ritual de las hermanas de sangre, se comportaba ahora de una manera extraña con ella. Ya no era aquella con la que siempre compartía el último chicle del paquete, aquella delante de la que no le avergonzaba hacer pis, aquella con la que había intercambiado un beso «a la francesa» para practicar para cuando llegaran los chicos. No, Graciela era distinta. Le hablaba con una sonrisa fija en la cara, y ella temía que, si seguía así, después de un rato le dolerían las mejillas. Se esforzaba en ser buena y amable, e incluso había dejado de decir tacos, cuando no hacía tanto tiempo ni siquiera la llamaba por su nombre: «vaca infecta» y «guarra pecosa» eran los apodosos que solían usar entre ellas.

Se habían pinchado la yema del índice con un clavo herrumbroso porque así serían amigas para siempre, para que nunca ningún chico o prometido las separara. Y, en cambio, habían bastado unas pocas semanas para cavar entre ellas una zanja insalvable.

Bien mirado, ese pinchazo en el dedo había sido la primera herida de Mila. Pero le había procurado más dolor cuando se cerró por completo.

«¡Dejad de tratarme como si acabara de regresar de la Luna!», habría querido gritarles a todos. ¡Y aquella expresión en el rostro de la gente! No la soportaba. Inclinan la cabeza hacia un lado y tensaban los labios. También en la escuela, donde nunca había sobresalido, sus errores eran ahora tolerados con cordialidad.

Estaba cansada de la condescendencia de los demás. Le parecía ser la protagonista de una película en blanco y negro, como las que daban en la tele

de madrugada, donde los habitantes de la Tierra habían sido reemplazados por clones marcianos, mientras ella se salvaba porque había permanecido en el vientre caliente de aquella madriguera.

Las posibilidades eran solo dos. O bien el mundo había cambiado de veras, o tras veintiún días de embarazo el monstruo había dado a luz a una nueva Mila.

A su alrededor nadie volvió a mencionar lo sucedido. La hacían vivir como suspendida en una burbuja, como si estuviera hecha de cristal y pudiera hacerse añicos de un momento a otro. No entendían que, en cambio, ella solo quería un poco de autenticidad, después de todos los engaños que había tenido que padecer.

Once meses después había empezado el proceso contra Steve.

Había esperado ese momento durante largo tiempo. Hablaban de ello todos los periódicos y los noticiarios que sus padres no le dejaban ver; para protegerla, decían. Pero ella los veía a hurtadillas en cuanto podía.

Tanto Mila como Linda tendrían que testificar. El fiscal esperaba mucho más de ella, porque su compañera de cautiverio seguía defendiendo a capa y espada a su torturador. Había pedido que volvieran a llamarla Gloria. Los médicos dijeron que Linda padecía serios trastornos mentales. A Mila le correspondería, pues, la tarea de culpar a Steve.

En los meses siguientes a su captura, Steve hizo de todo para parecer un enfermo mental. Se inventó absurdas historias sobre hipotéticos cómplices a los que solamente habría obedecido. Estaba tratando de colarle también al mundo la historia que había utilizado con Linda: la de Frankie, el socio malvado. Pero fue desmentida en cuanto un policía descubrió que ese solo era el nombre de la tortuga que había tenido de pequeño.

Aun así, la gente quería tragarse aquella historia de todos modos. Steve era demasiado «normal» para ser un monstruo, demasiado parecido a ellos mismos. La idea de que hubiera alguien más detrás, un ser todavía misterioso, un verdadero monstruo, paradójicamente los alentaba.

Mila llegó al proceso determinada a devolverle a Steve todas sus culpas, además de una parte del daño que él le había infligido. Haría que se pudriera en la cárcel, y por eso también estaba dispuesta a representar el papel de la pobre víctima, que hasta entonces se había negado tercamente a interpretar.

Se sentó en el banco de los testigos, frente a la jaula en la que Steve se

hallaba esposado, con la intención de contarle todo sin quitarle en ningún momento los ojos de encima.

Pero cuando lo vio, con aquella camisa verde abotonada hasta el cuello, demasiado grande para él, que ahora era todo piel y huesos, con aquellas manos que le temblaban mientras trataba de tomar notas en un bloc, con aquellos pelos que se había cortado él solo y que estaban más largos de un lado, sintió algo que nunca habría esperado: pena. Sintió lástima pero también rabia por aquel miserable, precisamente porque le daba pena.

Esa fue la última vez que Mila Vasquez sintió empatía por alguien.

En el momento en que había descubierto el secreto de Goran, lloró.

¿Por qué?

Una memoria perdida en su cabeza le decía que habían sido lágrimas de empatía.

De repente, un dique se había roto en alguna parte, liberando una gama sorprendente de emociones. Ahora le parecía que incluso podía percibir los sentimientos de los demás.

Como cuando Roche llegó al lugar y ella sintió su terrible conciencia de tener ya las horas contadas, porque su mejor hombre, su «punta de diamante», le había servido el peor de los bocados envenenados.

En cambio, Terence Mosca le había parecido confuso, entre la alegría por la segura promoción de su carrera y el desaliento por lo que la había motivado.

Notó nítidamente el desconcierto y la tristeza de Stern en cuanto este cruzó la puerta de la casa. Y de inmediato comprendió que se pondría en seguida manos a la obra para poner orden en aquel feo asunto.

Empatía.

La única persona por la que no lograba sentir nada era Goran.

Mila no había caído como Linda en la trampa de Steve: ella nunca había creído en la existencia de Frankie. En cambio, había caído en el engaño de que en aquella casa vivía un niño, Tommy. Había oído hablar de él. Pero también había presenciado las llamadas que su padre le hacía a la niñera para cerciorarse de que estaba bien, preocupándose por él. Hasta había creído verlo mientras Goran lo acostaba. Todo eso no lograba perdonárselo, porque

la había hecho sentir como una estúpida.

Goran Gavila había sobrevivido a una caída desde doce metros de altura, pero ahora se debatía entre la vida y la muerte en una cama de la unidad de vigilancia intensiva.

Su casa había sido ocupada por las autoridades, pero solo externamente. En su interior solo había dos personas. El agente especial Stern, que había congelado momentáneamente su dimisión, y Mila.

No buscaban nada, solo estaban intentando ordenar los acontecimientos cronológicamente, para encontrar las respuestas a las únicas preguntas posibles. ¿En qué momento un ser humano equilibrado y tranquilo como Goran Gavila había madurado su proyecto de muerte? ¿Cuándo se le había disparado el resorte de la venganza? ¿Cuándo había empezado a transformar su rabia en un diseño?

Mila estaba en el estudio y oía a Stern que inspeccionaba la habitación contigua. Había hecho numerosos registros en su carrera, y sabía lo reveladores que podían ser los detalles de la vida de alguien.

Mientras exploraba el refugio en el que Gavila había madurado sus reflexiones, trataba de mantenerse concentrada, tomando nota de los detalles, de las pequeñas costumbres que pudieran desvelarle accidentalmente algo importante.

Goran conservaba las grapas en un cenicero de cristal. Afilaba los lápices directamente en la papelera. Y tenía un marco sin foto sobre el escritorio.

Aquel marco vacío era una ventana hacia el abismo del hombre que Mila había creído poder amar.

Apartó la mirada, casi por temor a ser tragada por ese abismo. Luego abrió uno de los cajones laterales de la mesa. Dentro había una carpeta. La sacó y la puso encima de las que ya había examinado. Pero esa era diferente, porque por la fecha se trataba del último caso del que se había ocupado Gavila antes de que saliera a la luz la historia de las niñas desaparecidas.

Además de los documentos, contenía una serie de cintas de audio.

Empezó a leer el contenido de las hojas; escucharía las cintas si merecía la pena.

Se trataba de un intercambio de cartas entre el director de una penitenciaría, un tal Alphonse Bérenger, y el despacho del procurador. Y concernía al raro comportamiento de un preso que era identificado solamente

con su número de registro.

RK-357/9.

El sujeto había sido encontrado, meses antes, por dos policías mientras vagaba de noche, solo y desnudo, por una carretera rural. Se había negado ya desde el principio a proporcionar los propios datos personales a los oficiales públicos. Del examen de sus huellas digitales solamente pudo saberse que no estaba fichado. Pero un juez lo había condenado por obstrucción a la justicia.

Todavía estaba cumpliendo condena.

Mila cogió una de las cintas de audio y la miró, tratando de imaginar qué podía contener. En la etiqueta solo constaban una hora y una fecha. Luego llamó a Stern y le resumió rápidamente aquello que había leído.

—Escucha lo que le escribe al director de la cárcel... «Desde el mismo momento en que llegó a la penitenciaría, el detenido RK-357/9 nunca ha dado señales de insubordinación, sino que se ha mostrado siempre respetuoso con el reglamento carcelario. Además, el individuo es de índole solitaria y poco propenso a socializar. Quizá también por eso nadie se había dado cuenta de su particular comportamiento, recientemente descubierto solo por uno de nuestros carceleros. El detenido RK-357/9 limpia y repasa con un paño de fieltro todos los objetos con los que entra en contacto, recoge cada uno de los pelos que pierde a diario, lustra a la perfección los cubiertos y el inodoro cada vez que los usa...» ¿Qué te parece?

—No lo sé. También mi mujer tiene obsesión por la limpieza.

—Pero escucha cómo continúa: «Así pues, o bien estamos ante un maníaco de la higiene, o, mucho más probablemente, ante un individuo que quiere evitar a toda costa dejar “material orgánico”. Albergamos, por consiguiente, la seria sospecha de que el detenido RK-357/9 haya cometido algún crimen de particular gravedad y quiera impedirnos conseguir su ADN para identificarlo...». ¿Y bien?

Stern le cogió la hoja de las manos y la leyó.

—Sucedió en noviembre... Pero ¿no dice si al final lograron obtener su ADN?

—Por lo que parece, no podían obligarlo a someterse al análisis, y tampoco hacérselo arbitrariamente porque eso habría violado sus derechos constitucionales...

—Entonces, ¿qué hicieron?

—Intentaron obtener algún cabello mediante inspecciones por sorpresa en su celda.

—¿Lo mantenían aislado?

Mila echó un vistazo a las hojas para buscar el punto en que había leído acerca de eso. Lo encontró.

—Aquí está, el director escribe: «Hasta hoy, el sujeto ha compartido la celda con otro preso, lo que lo ha favorecido ciertamente para confundir las propias huellas biológicas. Sin embargo, le informo de que como primera medida hemos suprimido tal condición de promiscuidad, aislándolo».

—Entonces, ¿lograron obtener su ADN o no?

—Por lo que parece, el preso fue más listo que ellos y consiguió que siempre encontraran la celda perfectamente limpia. Pero luego se dieron cuenta de que hablaba solo e instalaron un micrófono oculto para grabar qué decía...

—¿Y el doctor Gavila qué tenía que ver con eso?

—Debieron de pedirle su opinión de experto, no lo sé...

Stern pensó un instante.

—Quizá deberíamos escuchar las cintas.

En un mueble del estudio había una vieja grabadora que probablemente Goran usaba para registrar sus notas en voz alta. Mila le tendió una cinta a Stern, que se acercó al aparato, la introdujo y se dispuso a pulsar *play*.

—Espera.

Sorprendido, Stern se volvió para mirarla: había palidecido.

—¡Joder!

—¿Qué sucede?

—El nombre.

—¿Qué nombre?

—El del preso con el que compartió la celda antes de que lo pusieran en aislamiento...

—¿Y bien?

—Se llamaba Vincent... Era Vincent Clarisso.

44

Alphonse Bérenger era un sesentón con cara de niño.

Su rostro rubicundo estaba surcado por una espesa red de vasos capilares. Cada vez que sonreía achinaba los ojos hasta convertirlos en dos rayas. Dirigía la penitenciaría desde hacía veinticinco años y le faltaban pocos meses para la jubilación. Sentía pasión por la pesca, en un rincón de su despacho había una caña y una caja con anzuelos y cebos. En breve, esa sería la principal ocupación de sus días.

Bérenger era considerado un buen hombre. Durante los años de su gestión, en la cárcel nunca se habían desarrollado episodios graves de violencia. Dispensaba un trato humano a los reclusos, y sus carceleros raramente recurrían a la fuerza física.

Alphonse Bérenger leía la Biblia y era ateo. Pero creía en las segundas oportunidades y siempre decía que cada individuo, si quiere, tiene derecho a merecerse el perdón. Cualquiera que sea el pecado que haya cometido.

Tenía fama de ser un hombre íntegro y se consideraba en paz con el mundo. Pero desde hacía algún tiempo ya no lograba dormir por las noches. Su mujer le decía que era porque se aproximaba a su jubilación, pero no era así. Lo que atormentaba sus sueños era el pensamiento de tener que volver a dejar en libertad al preso RK-357/9 sin saber en realidad quién era y si había cometido algún crimen atroz.

—Ese tipo es... absurdo —le dijo a Mila mientras cruzaban una de las cancelas de seguridad, directos al ala donde estaban situadas las celdas de aislamiento.

—¿En qué sentido?

—Es absolutamente imperturbable. Le cortamos el agua corriente con la

esperanza de que dejara de lavarse. Pero él siguió limpiándolo todo solo con los trapos. Cuando le requisamos también los trapos, empezó a usar el uniforme. Lo obligamos a utilizar los cubiertos de la cárcel, pero entonces dejó de comer.

—¿Y qué hicieron luego?

—¡No podíamos matarlo de hambre, claro! A cada tentativa nuestra siempre ha contrapuesto una tenacidad desarmante... o una templada determinación.

—¿Y la científica?

—Pasaron tres días en esa celda, pero no encontraron el suficiente material orgánico para extraer su ADN. Y yo me pregunto: ¿cómo es posible? Todos nosotros perdemos millones de células a diario, bajo la forma de minúsculas escamas de piel o de pestañas...

Bérenger había ejercitado toda la paciencia de experto pescador con la esperanza de que bastara. Pero no había sido suficiente. Su último recurso era esa agente de policía que se había presentado por sorpresa esa mañana, contando una historia tan absurda que parecía cierta.

Tras recorrer un largo pasillo, llegaron delante de una puerta de hierro pintada de blanco. Era la celda de aislamiento número 15.

El director miró a Mila.

—¿Está segura?

—Dentro de tres días este hombre saldrá de aquí, y tengo la impresión de que ya no volveremos a verlo. Por tanto, sí, estoy absolutamente segura.

La pesada puerta fue abierta y cerrada en seguida a su espalda. Mila dio el primer paso en el pequeño universo del preso RK-357/9.

Era diferente de cómo se lo había imaginado y del retrato que Nicla Papakidis había trazado después de haberlo visto en los recuerdos de Joseph B. Rockford. A excepción de un detalle: los ojos grises.

Era pequeño de estatura. Tenía los hombros estrechos y los huesos de las clavículas muy prominentes. El mono naranja de la cárcel le quedaba grande, tanto que lo obligaba a doblarse las mangas y los bajos de los pantalones. Tenía poco cabello, concentrado a los lados de la cabeza.

Estaba sentado sobre el catre y tenía sobre las rodillas una escudilla de acero, que repasaba con un paño de fieltro amarillo. A su lado, sobre la cama,

se encontraban ordenadamente los cubiertos, un cepillo de dientes y un peine de plástico. Probablemente acababa de lustrarlos. Apenas levantó la cabeza para mirar a Mila, sin dejar de frotar ni un instante.

Ella tuvo la convicción de que el hombre sabía por qué estaba allí.

—Hola —dijo—. ¿Le molesta si me siento un rato?

Él asintió educadamente, indicándole un taburete cerca de la pared. Mila lo cogió y se acomodó.

El frotar insistente y regular de la bayeta sobre el metal era el único sonido en la celda de reducidas dimensiones. Los ruidos típicos de la cárcel estaban desterrados de la sección de aislamiento, para hacer más incómoda la soledad de la mente. Pero al preso RK-357/9 eso no parecía disgustarle.

—Aquí todos se preguntan quién es usted —empezó Mila—. Se ha convertido en una especie de obsesión, creo. Lo es para el director de esta penitenciaría. Y también para la oficina del procurador. Los demás presos ya cuentan su leyenda.

Él siguió mirándola, imperturbable.

—Yo no me lo pregunto; yo lo sé. Usted es la persona a la que hemos llamado Albert. La persona a la que estamos dando caza.

El hombre no reaccionó.

—Usted era quien se sentaba en el sillón de Alexander Bermann en su madriguera de pedófilo. Quien encontró a Ronald Dermis en el orfanato, cuando todavía era un niño. Estaba presente en la casa de Yvonne Gress mientras Feldher descuartizaba a la mujer y a sus hijos: es suyo el perfil en la sangre de la pared. También estaba junto a Joseph B. Rockford cuando asesinó por primera vez en aquella casa abandonada... Ellos eran sus *discípulos*. Instigó su abominación, inspiró sus maldades, manteniéndose siempre oculto en la sombra...

El hombre frotaba, sin perder el ritmo siquiera por un instante.

—Luego, hace algo más de cuatro meses, decidió forzar su detención. Porque lo hizo a propósito, no me cabe duda. En la cárcel encontró a Vincent Clarisso, su compañero de celda. Tenía casi un mes para instruirlo, antes de que Clarisso acabara de cumplir la pena. Después Clarisso, en cuanto estuvo fuera, empezó a ejecutar su plan... Secuestrar a seis niñas, amputarles el brazo izquierdo, disponer los cadáveres para revelar todos aquellos horrores que nadie nunca sería capaz de descubrir... Mientras Vincent llevaba a cabo la

tarea, usted estaba aquí. Por eso nadie puede incriminarlo. Estas cuatro paredes son su coartada perfecta... Pero su obra maestra es Goran Gavila.

Mila recuperó del bolsillo una de las cintas de audio que había encontrado en el estudio del criminólogo y la lanzó sobre el catre. El hombre miró la parábola que describió antes de caer a pocos centímetros de su pierna izquierda. No se movió, ni tampoco hizo ademán de esquivarla.

—El doctor Gavila no lo había visto nunca, no lo conocía. Pero usted sí lo conocía a él.

Mila notó cómo se le aceleraban los latidos del corazón. Era rabia, resentimiento, y también algo más.

—Encontró el modo de establecer contacto con él estando aquí dentro. Fue genial: cuando lo pusieron en aislamiento, empezó a hablar solo como si fuera un pobre mentecato, a sabiendas de que le colocarían un micrófono para luego hacerle escuchar las grabaciones a un experto. No a uno cualquiera, sino al mejor en su campo...

Mila señaló la cinta.

—Las he escuchado todas, ¿sabe? Horas y horas de grabaciones ambientales... Aquellos mensajes no iban dirigidos a la nada. Eran para Goran... «Matar, matar, matar...» Él le hizo caso y mató a su mujer y a su hijo. Fue un paciente trabajo sobre su psique. Dígame algo: ¿cómo lo hace? ¿Cómo lo logra? Es usted muy bueno.

El hombre no entendió el sarcasmo, o no le importaba. Sin embargo, parecía sentir curiosidad por descubrir el resto de la historia porque no le quitaba los ojos de encima.

—Pero no es usted el único que sabe introducirse en la cabeza de la gente... Últimamente he aprendido mucho sobre los asesinos en serie. He aprendido que se dividen en cuatro clases: visionarios, misioneros, hedonistas y buscadores de poder... Pero hay una quinta categoría: los llaman asesinos subliminales.

Se hurgó en los bolsillos, sacó una hoja doblada y la desplegó.

—El más célebre es Charles Manson, que empujó a los miembros de su famosa «Familia» a llevar a cabo la matanza de Cielo Drive. Pero creo que hay dos casos aún más emblemáticos... —Leyó—: «En 2005, un japonés llamado Fujimatzu logró convencer a dieciocho personas, a las que había conocido en un chat y estaban repartidas por todo el mundo, de que se quitaran

la vida el día de San Valentín. Diferentes en edad, sexo, condición económica y extracción social, eran hombres y mujeres normales, sin problemas aparentes». —Levantó los ojos hacia el recluso—: Cómo logró convencerlos es todavía un misterio... Pero escuche, esta es mi preferida: «En 1999 Roger Blest, de Akron, Ohio, mató a seis mujeres. Cuando lo capturaron, contó a los investigadores que se lo había “sugerido” un tal Rudolf Migby. El juez y el jurado pensaron que quería hacerse pasar por loco y lo condenaron a muerte por inyección letal. En el año 2002, en Nueva Zelanda, un obrero analfabeto llamado Jerry Hoover mató a cuatro mujeres y luego declaró a la policía que se lo había “sugerido” un tal Rudolf Migby. El psiquiatra de la acusación recordó entonces el caso del año 1999 y, siendo improbable que Hoover pudiera conocer el hecho, descubrió que un compañero de trabajo del hombre se llamaba efectivamente Rudolf Migby, y que había residido en Akron, Ohio, en 1999». —Mila observó de nuevo al hombre—: Bueno, ¿qué me dice? ¿Encuentra similitudes?

El hombre no respondió. Su escudilla brillaba, pero él todavía no estaba completamente satisfecho con el resultado.

—Un «asesino subliminal» no comete materialmente el crimen. No es imputable, no es punible. De hecho, para procesar a Charles Manson recurrieron a un artificio jurídico. Algún psiquiatra los define como susurradores por su capacidad de incidir en las personalidades más débiles. Yo prefiero llamarlos lobos... Los lobos cazan en manada. Cada manada tiene un líder, y a menudo los demás lobos cazan para él.

El preso RK-357/9 acabó de frotar la escudilla y la depositó a su lado. Luego apoyó las manos en las rodillas, a la espera de oír el resto de la historia.

—Pero usted los supera a todos... —Mila se echó a reír—. No hay nada que demuestre su implicación en los crímenes cometidos por sus discípulos. Sin pruebas para inculparlo, dentro de poco volverá a ser un hombre libre... Y nadie podrá impedirlo.

Mila dejó escapar un profundo suspiro. Se miraron.

—Qué pena: si solo supiéramos su verdadera identidad, se haría célebre y pasaría a la historia, se lo aseguro.

Se inclinó hacia él y su tono de voz se tornó sutil y amenazador:

—De todos modos, descubriré quién eres.

Poniéndose en pie, se limpió las manos de un polvo inexistente y se preparó para salir de la celda. Antes, sin embargo, todavía se concedió algunos segundos junto a aquel hombre.

—Tu último alumno ha fracasado: Vincent Clarisso no ha logrado llevar a cabo tu diseño, porque la niña número seis todavía está viva... Y eso significa que tú también has fracasado.

Estudió su reacción y por un instante le pareció que algo se había movido en aquel rostro inescrutable.

—Nos vemos fuera —dijo Mila, y le tendió la mano.

Él se sorprendió, como si no lo esperara. La observó por un largo instante. Luego levantó el brazo con apatía, y se la estrechó. Al tacto de aquellos dedos blandos, Mila sintió repulsión.

Él dejó resbalar la mano de la suya.

Acto seguido, ella le dio la espalda y se encaminó hacia la puerta de hierro. Llamó tres veces y esperó, sabiendo que sus ojos todavía la estaban siguiendo, clavados entre sus omóplatos. Afuera, alguien empezó a girar la llave en la cerradura. Antes de que la puerta se abriera, el preso RK-357/9 habló por primera vez:

—*Es una niña* —dijo.

Mila se volvió hacia él, creyendo que no lo había entendido. El detenido había vuelto a su trazo, a frotar meticulosamente otra escudilla.

Salió, la puerta de hierro se cerró a su espalda y Bérenger fue a su encuentro. Con él también estaba Krepp.

—Entonces..., ¿lo has conseguido?

Mila asintió y le tendió la mano con la que había estrechado la del preso. El experto de la científica extrajo unas tenazas y le despegó delicadamente de la palma una sutil pátina transparente en la que habían sido capturadas las células de la epidermis del hombre. Para preservarla, la metió en seguida en una cubeta de solución alcalina.

—Y ahora veamos quién es ese hijo de puta.

5 de septiembre

Nubes blancas aisladas cruzaban el cielo, destacándose contra el azul purísimo. Puestas todas juntas, habrían cubierto irremediablemente el sol. En cambio, estaban allí, dejándose llevar por el viento.

Había sido una estación muy larga. El invierno había dado paso al verano sin solución de continuidad. Aún hacía calor.

Mila conducía con las ventanillas abiertas, disfrutando de la brisa que le mecía el pelo. Se lo había dejado crecer, y ese no era más que uno de los pequeños cambios de los últimos tiempos. Otra novedad era el vestido que llevaba. Había abandonado los vaqueros y ahora incluso llevaba una falda de flores.

Sobre el asiento del copiloto había una caja con un gran lazo rojo. Había elegido ese regalo sin pensarlo demasiado, porque ahora ya lo hacía todo fiándose solo de su instinto.

Había descubierto la fértil imprevisibilidad de la existencia.

Ese nuevo curso de las cosas le gustaba. Pero el problema ahora eran los caprichos de su esfera emocional. Le ocurría, a veces, que se detenía justo en medio de una conversación, o mientras estaba despachando algún asunto, y se echaba a llorar. Sin motivo aparente, una extraña y agradable nostalgia se adueñaba de ella.

Durante mucho tiempo se había preguntado de dónde provenían aquellas emociones que la invadían regularmente, a oleadas o bien a espasmos.

Ahora lo sabía. Pero de todos modos no había querido conocer el sexo del bebé.

«Es una niña.»

Mila evitaba pensar en ello, tratando de olvidar todo lo referente a esa historia. Sus prioridades eran otras. Estaba el hambre que la pillaba desprevenida demasiado a menudo, y que había devuelto un poco de feminidad a sus formas. Luego estaba la necesidad repentina y urgente de orinar. Y finalmente estaban aquellos leves puntapiés en la barriga, que había empezado a sentir desde hacía ya algo de tiempo.

Gracias a ellos, estaba aprendiendo a mirar solo hacia delante.

Aun así, era inevitable que, de vez en cuando, su mente volara hacia el recuerdo de aquellos acontecimientos.

El preso RK-357/9 había salido de prisión un martes del mes de marzo. Sin un nombre.

La treta de Mila, sin embargo, había funcionado.

Krepp había extraído el ADN de sus células epiteliales, que introdujo en

todos los bancos de datos disponibles. La comparación también se realizó con el material orgánico no identificado que concernía a casos todavía sin solución.

Nada había salido a la luz.

«Quizá todavía no hemos descubierto todo el diseño», se decía Mila. Y sentía miedo de aquella previsión.

Cuando el recluso sin nombre recobró la libertad, en los primeros tiempos los policías lo tuvieron constantemente bajo vigilancia. Vivía en una casa puesta a su disposición por los servicios sociales e, ironías del destino, había empezado a trabajar como limpiador en unos grandes almacenes. No dejaba traslucir nada de sí mismo que no conocieran ya. Así, con el tiempo, la vigilancia de los agentes fue reduciéndose. Sus superiores ya no estaban dispuestos a asumir el pago de las horas extras, y las rondas voluntarias solo duraron unas pocas semanas. Al fin, todos habían abandonado.

Mila había seguido controlándolo, pero también para ella se hacía cada vez más pesado. Después del descubrimiento del embarazo abandonó la vigilancia.

Luego, un día de mediados de mayo, él desapareció.

No había dejado huellas tras de sí, ni pudieron tampoco imaginar su destino. Al principio Mila se enfadó, pero luego sintió un extraño alivio.

La agente de policía que hallaba a las personas desaparecidas, en el fondo, deseaba que aquel hombre desapareciera.

La señal vertical a su derecha indicaba el desvío hacia el barrio residencial. Ella lo tomó.

Era un lugar bonito: las avenidas estaban llenas de árboles y las plantas repetían siempre la misma sombra, como si no quisieran contrariar a nadie. Los chalets estaban adosados unos a otros, con una bonita parcela de tierra delante, y eran todos iguales.

Las indicaciones del folleto que Stern le había dado acababan en el cruce que tenía delante. Aminoró la velocidad, mirando a su alrededor.

—Joder, Stern, ¿dónde estás? —le dijo al teléfono.

Antes de que contestara lo vio pegado al móvil, haciéndole señas desde lejos con un brazo levantado.

Mila aparcó el coche donde le indicó y bajó.

—¿Qué tal?

—Aparte de las náuseas, los tobillos hinchados y las continuas carreras al baño..., diría que bien.

Él le pasó un brazo alrededor de los hombros:

—Ven, están todos en la parte de atrás.

Resultaba extraño verlo sin chaqueta ni corbata, con los pantalones cortos azules y una camisa de flores abierta en el pecho. Si no hubiera sido por el infalible caramelo de menta, habría estado casi irreconocible.

Mila se dejó conducir hacia el jardín trasero, donde la mujer del ex agente especial estaba poniendo la mesa. Corrió a abrazarla.

—Hola, Marie, te veo muy bien.

—¡Por fuerza: ahora me tiene en casa todo el día! —rio Stern.

Marie le dio una palmadita en el hombro a su marido.

—¡Vete a cocinar de una vez!

Mientras Stern se alejaba hacia la barbacoa, listo para asar salchichas y mazorcas de maíz, Boris se les acercó con una botella de cerveza medio vacía en la mano. Estrechó a Mila entre sus poderosos brazos y la levantó en volandas.

—¡Pues sí que has engordado!

—¡Mira quién fue a hablar!

—¿Cuánto has tardado en llegar?

—¿Estabas preocupado por mí?

—No, solo tenía hambre.

Rieron. Boris siempre la colmaba de atenciones, y no solo porque lo había salvado de la cárcel. En los últimos tiempos había engordado a causa de la vida sedentaria y de la promoción de su cargo que había recibido de manos de Terence Mosca. El nuevo inspector jefe había querido borrar en seguida aquel pequeño «desliz» que habían cometido con él, y le había hecho una oferta a la que no había podido renunciar. Roche había presentado su dimisión justo después del cierre oficial del caso, no sin antes haber acordado con el Departamento un procedimiento de salida que incluía una ceremonia con la asignación de una medalla por méritos al servicio y otros honores. Se decía que estaba valorando la posibilidad de meterse en política.

—¡Qué tonta: he olvidado la caja en el coche! —recordó Mila de repente

—. ¿Podrías ir a buscármela, por favor?

—Claro, voy en seguida.

En cuanto Boris desplazó su mole, se le abrió la vista a los demás presentes.

Bajo un cerezo estaba Sandra en una silla de ruedas. No conseguía caminar. Había transcurrido un mes desde que le dieran el alta en el hospital. Los médicos decían que el bloqueo neurológico era debido al *shock*. Ahora estaba siguiendo un riguroso programa de rehabilitación.

Una prótesis sustituía el brazo izquierdo.

Junto a la niña estaba su padre, Mike. Mila lo había conocido yendo a visitar a Sandra, y lo encontraba simpático. A pesar de la separación de su mujer, seguía cuidando tanto de ella como de su hija con cariño y dedicación. Sarah Rosa estaba con ellos. Se la veía muy cambiada. Había perdido mucho peso en la cárcel y el pelo se le había puesto blanco en poco tiempo. La condena había sido severa: siete años y despido con deshonor, lo que también le había hecho perder el derecho a la pensión por jubilación. Estaba allí gracias a un permiso especial. Algo más lejos estaba Doris, la agente de vigilancia que la acompañaba, que saludó a Mila con un gesto de la cabeza.

Sarah Rosa se levantó para acercarse. Se esforzaba en sonreírle.

—¿Cómo estás? ¿Va bien el embarazo?

—El mayor inconveniente son los vestidos: mi talla cambia continuamente y no gano tanto como para renovar mi vestuario tan a menudo. ¡Uno de estos días tendré que salir en albornoz!

—Hazme caso: disfruta de estos momentos, porque lo peor aún está por llegar. Durante los primeros tres años, Sandra no nos dejó pegar ojo. ¿Verdad, Mike?

Él asintió.

Se habían visto otras veces antes. Pero nadie le había preguntado nunca a Mila quién era el padre del bebé. Quién sabe cómo habrían reaccionado si supieran que llevaba en su vientre al hijo de Goran.

El criminólogo todavía permanecía en coma.

Mila había ido a visitarlo solo una vez. Lo había visto desde detrás de un cristal, pero no pudo aguantar más que algunos segundos y se marchó en seguida.

Lo último que le dijo, antes de arrojarse al vacío, fue que había matado a su mujer y a su hijo porque los quería. Era la lógica incontrovertible de quien justifica el mal con el amor. Y Mila no podía aceptarla.

En otra ocasión, Goran había afirmado: «Convivimos con personas de las que creemos conocerlo todo, pero en realidad no sabemos nada de ellos...».

Pensó que se refería a su mujer, y recordaba esa frase como una verdad banal, no a la altura de su inteligencia. Hasta que se vio implicada en eso que había dicho. Sin embargo, precisamente ella habría tenido que entenderlo mejor que nadie. Ella, que le había dicho: «Es de la oscuridad de donde vengo. Y es a la oscuridad donde tengo que regresar de vez en cuando».

También Goran había viajado muchas veces a esas mismas tinieblas. Pero un día, cuando emergió, algo lo había seguido. Algo que ya no lo abandonó nunca más.

Boris la alcanzó con el regalo.

—¿Por qué has tardado tanto?

—No conseguía cerrar ese cacharro. Deberías comprarte un coche nuevo.

Mila le quitó la caja de las manos y se la llevó a Sandra.

—¡Eh, feliz cumpleaños!

Se inclinó sobre ella para darle un beso. La jovencita siempre se alegraba de volver a verla.

—Mamá y papá me han regalado un iPod.

Se lo enseñó, y Mila dijo:

—Es fantástico. Ahora tendremos que llenarlo con un poco de honesto y sano rock.

Mike no estaba de acuerdo:

—Yo preferiría Mozart.

—Mejor los Coldplay —decidió Sandra.

Abrieron juntos el regalo de Mila. Era una chaqueta de ante con flecos, adornos de varios tipos y tachuelas.

—¡Vaya! —exclamó la homenajeadada cuando reconoció la marca de un famoso diseñador.

—¿Ese «vaya» significa que te gusta?

Sandra asintió sonriente, sin levantar los ojos de la chaqueta.

—¡A comer! —anunció Stern.

Se sentaron a la mesa, a la sombra de un cenador. Mila reparó en que Stern y su mujer se buscaban y a menudo se tocaban como dos recién enamorados. Y sintió un poco de envidia. Sarah Rosa y Mike interpretaron el papel de buenos padres en beneficio de su hija. Pero él también estaba muy atento con Sarah. Boris contó muchos chistes, y rieron tanto que la agente Doris hasta se atragantó. Era un día agradable, sin preocupaciones. Y probablemente Sandra olvidó durante un rato su condición. Recibió muchos regalos y sopló las velas de su decimotercer cumpleaños sobre una tarta de chocolate y coco.

Acabaron de comer pasadas las tres. Se había levantado una brisa que invitaba a tumbarse en el prado y dormir. Las mujeres quitaron la mesa, pero Mila fue exonerada por la esposa de Stern a causa de su tripa. Aprovechó para estar con Sandra, bajo el cerezo. Con un poco de esfuerzo logró sentarse también en el suelo, junto a su silla de ruedas.

—Se está muy bien aquí —dijo la joven. Luego miró a su madre mientras llevaba dentro los platos sucios y le sonrió—. Querría que este día no acabara nunca. Echaba mucho de menos a mamá...

El uso de ese tiempo verbal era sintomático: Sandra evocaba una nostalgia diferente de la de cuando su madre volvía a la cárcel. Estaba hablando de lo que le había ocurrido.

Mila sabía bien que esas breves señales formaban parte del esfuerzo que la muchacha estaba haciendo para poner orden en su pasado. Debía resituar sus emociones y ajustar cuentas con un miedo que, aunque todo había acabado ya, seguiría acechándola durante muchos años.

Un día, ambas afrontarían juntas el relato de lo ocurrido. Mila pensaba contarle antes su historia. Quizá eso la ayudaría. Tenían tantas cosas en común...

«Encuentra primero las palabras, pequeña, tienes todo el tiempo...»

Mila sintió una gran ternura por Sandra. Al cabo de una hora, Sarah Rosa tendría que regresar a la penitenciaría. Y cada vez, aquella separación era un sufrimiento para madre e hija.

—He decidido revelarte un secreto —le dijo para distraerla de ese pensamiento—. Pero solo te lo diré a ti... Quiero contarte quién es el padre de mi bebé.

Sandra compuso una sonrisa impertinente.

—Pero si lo sabe todo el mundo.

Mila se quedó paralizada por el estupor, luego ambas se echaron a reír. De lejos, Boris las observaba sin entender qué estaba ocurriendo.

—Mujeres —exclamó en dirección a Stern.

Cuando por fin lograron dejar de reír, Mila se sentía mucho mejor. Una vez más había infravalorado a quienes la querían, creándose problemas inútiles, cuando a menudo las cosas eran condenadamente sencillas.

—Él estaba esperando a alguien... —dijo Sandra, seria.

Y Mila entendió que estaba hablando de Vincent Clarisso.

—Lo sé —respondió simplemente.

—Tenía que llegar para unirse a nosotros.

—Ese hombre estaba en la cárcel, pero nosotros no lo sabíamos. Hasta le habíamos puesto un nombre, ¿sabes? Lo llamábamos Albert.

—No, Vincent no lo llamaba así...

Una ráfaga de viento cálido agitó las hojas del cerezo, pero eso no impidió a Mila advertir un escalofrío repentino que le subía por la espalda. Se volvió lentamente hacia Sandra y posó sus grandes ojos en los de ella, inconscientes de lo que acababa de decir.

—No... —repitió la chiquilla con calma—. Él lo llamaba *Frankie*.

El sol resplandecía en aquella tarde perfecta. Los pájaros entonaban sus cantos sobre los árboles y el aire estaba repleto de polen y perfumes. La hierba del prado invitaba a tumbarse en ella. Mila nunca olvidaría el instante preciso en que descubrió que tenía muchas más cosas en común con Sandra de lo que realmente imaginaba. Sin embargo, habían estado siempre ahí, delante de sus ojos.

Ha elegido solo a niñas y no a niños.

También a Steve le gustaban las niñas.

Ha elegido a las familias.

Tanto ella como Sandra eran hijas únicas.

A todas les ha cortado el brazo izquierdo.

Ella se había roto el brazo izquierdo al caer por la escalera con Steve.

Las dos primeras eran hermanas de sangre.

Sandra y Debby. Como ella y Graciela muchos años antes.

«Los asesinos en serie, con sus acciones, intentan contarnos una historia», había dicho Goran en una ocasión.

Pero esa historia era su historia.

Cada detalle la devolvía al pasado a la fuerza, obligándola a mirar a la cara a la terrible verdad.

«Tu último alumno ha fracasado: Vincent Clarisso no ha logrado llevar a cabo tu diseño, porque la niña número seis todavía está viva... Y eso significa que tú también has fracasado.»

En cambio, nada había ocurrido por casualidad. Y ese era el verdadero desenlace de Frankie.

Todo eso era por ella.

Un movimiento en su vientre la recondujo atrás. Entonces Mila bajó la mirada y se obligó a no preguntarse si también eso formaba parte del diseño de Frankie.

«Dios es silencioso —pensó—. El diablo susurra...»

Y, en efecto, el sol seguía brillando en aquella tarde perfecta. Los pájaros entonaban incansablemente sus cantos sobre los árboles, y el aire aún estaba repleto de polen y perfumes. La hierba del prado todavía invitaba.

Alrededor de ella, y en todas partes, el mundo transmitía el mismo mensaje.

Que todo era como antes.

Todo.

También Frankie.

De vuelta, para desaparecer de nuevo en las vastas extensiones de las sombras.

NOTA DEL AUTOR

La literatura criminológica ha empezado a ocuparse de los «susurradores» en relación con el desarrollo del fenómeno de las sectas, un argumento difícil que genera múltiples problemas. La mayor dificultad es precisamente la de proporcionar una definición de «susurrador» que sea útil a los objetivos judiciales, porque incide directamente en las categorías de imputabilidad y punibilidad.

Así pues, donde no exista un nexo causal entre la actividad del culpable y la del susurrador, no es posible imputar ningún tipo de crimen a este último. El recurso de la figura de la instigación al delito arroja en numerosas ocasiones un resultado demasiado débil para imponer una condena, porque en el caso de los susurradores va más allá del simple delito de esclavitud. La actividad de estos individuos implica un nivel subliminal de comunicación que *no añade* un intento criminal a la psique del agente, sino que en todo caso *hace emerger* un lado oscuro —presente de manera más o menos latente en cada uno de nosotros— que finalmente lleva al sujeto a cometer uno o más delitos.

A este respecto, es emblemático el caso Offelbeck, de 1986: el ama de casa que recibe una llamada telefónica anónima y que luego un día, de buenas a primeras, asesina a toda su familia vertiendo matarratas en la sopa.

Además, es necesario añadir que quien comete a menudo crímenes violentos tiende a repartir la responsabilidad moral con una voz, una visión o con personajes de fantasía, por lo que resulta particularmente arduo distinguir cuándo tales manifestaciones son el fruto de comportamientos psicóticos y cuándo, en cambio, son realmente atribuibles a la obra oculta de un susurrador.

Entre las fuentes utilizadas en la novela, además de manuales de criminología, psiquiatría forense y textos de medicina legal, deben ser citados los estudios efectuados por el FBI, que posee el mérito de haber constituido el

más valioso banco de datos en materia de asesinos en serie y crímenes violentos.

Muchos de los casos mostrados en estas páginas han ocurrido realmente. En algunos, los nombres y los lugares se han cambiado oportunamente porque los hechos relativos a las investigaciones y los procesos no puede decirse que hayan concluido aún por completo.

Las técnicas de investigación y también las aplicadas por la policía científica descritas en la novela son reales, aunque en algunas circunstancias el autor se ha tomado la libertad de adaptarlas a las exigencias narrativas.

AGRADECIMIENTOS

Muchos piensan que escribir es una aventura solitaria. En cambio, son muchas las personas que contribuyen, también inconscientemente, a crear una historia. Son ellos los que me han nutrido, apoyado y animado durante todos los meses de gestación de la novela, y, de un modo u otro, forman parte de mi vida.

Con la esperanza de que se queden junto a mí mucho tiempo, quiero decirles: «Gracias».

A Luigi y a Daniela Bernabò, por el tiempo y la entrega que han dedicado a esta historia y a su autor. Por sus valiosos consejos, que me han permitido madurar como escritor, ayudándome a pulir el estilo y la eficacia de estas páginas. Y por haber puesto el corazón en ello. Si ahora estáis leyendo estas palabras, se lo debo sobre todo a ellos. Gracias. Gracias. Gracias.

A Stefano y Cristina Mauri, que han dado la cara por mí, confiando hasta el final.

A Fabrizio, mi «susurrador», por sus despiadados consejos, por su amable firmeza, por haber amado con fuerza cada página, cada palabra.

A Ottavio, el amigo que espero tener cerca toda la vida. A Valentina, que es realmente especial. A las pequeñas Clara y Gaia, por el afecto con el que me han colmado.

A Gianmauro y Michela, con la esperanza de tenerlos cerca en todos los momentos importantes. Y a Claudia, mi luz.

A Massimo y Roberta, por su sostén, su apoyo y su amistad sincera.

A Michele, mi primer mejor amigo. Es bonito saber que siempre estará ahí cuando lo necesite. Y es bonito que sepa que también yo estaré ahí.

A Luisa, por sus contagiosas sonrisas y por las canciones cantadas por la noche en voz alta, en el coche, por las calles de Roma.

A Daría, y al destino, que me la ha regalado. Por cómo ve el mundo y por cómo me lo hace ver con sus ojos.

A Maria De Bellis, que ha custodiado mis sueños de niño. Si soy escritor, también se lo debo a ella.

A Uski, mi incomparable «socia».

A Alfredo, volcánico compañero de mil aventuras.

A Achille, que no está..., pero que está siempre.

A Pietro Valsecchi y Camilla Nesbit, y a toda la Taodue.

Gracias también a todas las colaboradoras de la agencia Bernabò que han seguido los primeros pasos de esta novela. Y a todos los amigos que han leído la historia y me han ayudado a hacerla crecer con valiosas sugerencias.

A toda mi gran familia. A los que están, a los que han estado..., a los que estarán.

A mi hermano Vito, los primeros ojos que han encontrado esta historia y muchas otras, desde siempre. Aunque no podáis escucharla, la música que hay en estas páginas le pertenece a él. Y a Barbara, que lo hace feliz.

A mis padres. Por lo que me han enseñado, y por lo que me han permitido aprender solo. Por lo que soy, y lo que seré.

A mi hermana Chiara, que cree en sus sueños y también en los míos. Sin ella mi vida estaría terriblemente vacía.

A quien ha llegado al final de estas páginas. Con la esperanza de haberle regalado una emoción.

Parte de los beneficios de este libro serán donados a una asociación para las adopciones a distancia. Quien quiera contribuir ulteriormente puede hacerlo por transferencia bancaria a:

Associazione Famiglie Adozioni a Distanza-Martina Franca

BANCO DI NAPOLI

Filiale di Martina Franca

IBAN- IT 87 T010 107893110000000248

Donato Carrisi